4

1930-1939

Tiempos dificíles

Historia Gráfica del Siglo XX



ibercultura

HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN IV

1930 ~ 1939

TIEMPOS DIFICILES

EDITORIAL LABOR, S.A.

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-704-2 Tomo IV

Impreso en España
www.ibercultura.net

Sumario

El fascinante cambalache del siglo XX

Por FELIX LUNA

I

EL siglo XV fue el de los inventos y descubrimientos. El siglo XVI, el del Renacimiento. El XVII se caracterizó por las guerras religiosas y la apertura científica. El XVIII por la Ilustración y la Razón. El XIX fue el siglo del progreso y del liberalismo. ¿Cómo definirá nuestra centuria la historia del futuro? ¿Será acaso el siglo de las guerras mundiales? ¿El de la aparición del Tercer Mundo? ¿El de la inestabilidad monetaria? ¿La «muerte de Dios»? ¿La conquista del espacio? ¿La explosión tecnológica?

Todos estos rasgos y muchos más definen este acelerado tiempo en que estamos viviendo. Junto a vertiginosos avances científicos y técnicos, crece un malestar generalizado y difícil de apaciguar. Paralelamente a un conocimiento profundo de la mente humana y de las motivaciones de su conducta, han aflorado aberraciones como los campos de concentración nazis o las clínicas psiquiátricas soviéticas. Al lado de un pensamiento osado, que cuestiona todo y descompagina las categorías comunes de la mente (pensemos en Einstein, la astrofísica o la ingeniería genética), existe una creciente idiotización de las masas a través de medios de comunicación de difusión generalizada y de la propaganda consumista.

¿Qué clave puede aplicarse para entender el sentido de estos años nuestros? Acaso no exista semejante cifra, y sólo pueda repetirse lo que hace algunos años decía en tiempo de tango nuestro Enrique Santos Discépolo en Cambalache: «Siglo veinte, cambalache / problemático y febril...» El puesto de compra y venta, el batiburrillo que amontona en su «vidriera irrespetuosa» una Biblia y un calefón junto a un sable, ese juntadero final de cosas distintas y contradictorias, tiradas sin ningún orden: tal vez ésta sea la imagen que defina mejor nuestra centuria...

II

Veamos, sin embargo, si es posible establecer series significativas de hechos, dentro de la esencial contradicción de nuestro siglo:

1. Contrariamente a lo que se pensaba a principios de esta centuria, la guerra no solamente no se ha eliminado, sino que estalló infinidad de veces en ámbitos locales, y en dos oportunidades con dimensión mundial y aterrador poder destructivo.

2. Del mismo modo, contrariamente al universalismo que parecía prevalecer a principios de este siglo, los nacionalismos se han desarrollado con una inesperada fuerza y un tremendo poder convocante sobre los pueblos.

3. También en choque con las predicciones comunes en aquellos años, el capitalismo se ha afirmado, las condiciones de vida de los trabajadores del mundo occidental han mejorado sustancialmente y la tecnología les ha traído niveles de confort, seguridad, transporte, comunicaciones, vestido, alimentación, higiene y salud, que tienden a aumentar y extenderse por todo el mundo.

4. Por su parte, la ideología socialista, que se expresaba a principios de siglo y en unos escasos grupos de activistas, ahora vertebra el pensamiento y la acción de medio mundo, y la URSS es una superpotencia con obligaciones imperiales y conflictos internos no demasiado diferentes a los de EE.UU., su par en la hegemonía mundial.

5. Contradiciendo lo que parecía ser un postulado incuestionable, hay por lo menos dos países (Alemania y Japón) que carecen de poder militar y, no obstante, manejan un enorme poderío económico y tienen una gran importancia en el escenario político mundial.

6. Hay que agregar que, a partir de 1919 y con el solo paréntesis de la Segunda Guerra Mundial, se ha instituido un intento de gobierno universal que, con todas sus imperfecciones, falencias y debilidades, constituye un foro para todas las naciones y ha logrado éxitos no desdeñables en la preservación del equilibrio y la paz del mundo.

Otro de los aspectos notables del siglo es la entrada a la vida política independiente de pueblos que anteriormente padecían una condición colonial. Muchos de estos nuevos países han inaugurado sus primeros pasos de modo vacilante y azaroso; agregando renovados factores de inestabilidad al mundo contemporáneo. De todos modos, la existencia del llamado Tercer Mundo expresa la ansiedad de millones de seres humanos por acceder a formas de cultura y civiliza-

ción más altas que las que históricamente han vivido, aunque en muchos casos estas justas exigencias se diluyen en el manejo trivial de elementos tecnológicos que no contribuyen a su mejoramiento ni modifican regímenes políticos y condiciones sociales atrasadas y aun bárbaras.

Pero los cambios de este siglo se sienten y palpan en terrenos más cotidianos. Así, la vida de la gente común se ha hecho más libre, menos convencional, menos sometida a prejuicios sociales, ideológicos, morales o religiosos. El deporte dejó de ser individual para convertirse en un fenómeno masivo y universal. La mujer tiende a alcanzar los mismos derechos que el hombre y, de hecho, en muchos países está en una posición por lo menos igualitaria.

El acervo de conocimientos ha aumentado tan vertiginosamente que ya es imposible abarcarlo en su totalidad, ni aun por sectores. La especialización se impone como una necesidad, y en consecuencia se diluyen los fines últimos de la ciencia. El arte puede ser incomprensible al hombre común, así como los avances científicos se basan en premisas que chocan a la inteligencia simple. De esta suerte, la ciencia y la tecnología, con sus inmensas contribuciones, constituyen ámbitos cerrados, confiados exclusivamente a sus propios custodios, lo que crea por reacción una visceral desconfianza hacia éstos y un cierto miedo sobre la manera en que podrán utilizarse.

El planeta —como lo señaló MacLuhan— se ha reducido a la dimensión de una aldea, donde un líder mundial nos es tan familiar como lo era hace dos mil años el jefe de una tribu; y el lugar más remoto nos resulta vecino, a través de una información abrumadora e inmediata. Aunque ello no ha evaporado las tensiones y hostilidades entre pueblos, las va tornando cada vez más injustificables. En otras palabras, lo humano es una categoría cada vez más admisible.

III

Sin embargo, la característica más definida de nuestros tiempos en relación con la vida cotidiana, es la masiva y universal difusión de ingenios que la tecnología del motor de explosión, la electricidad, la electrónica y, cada vez más, la informática han puesto al alcance de todos.

Es el siglo del automóvil y el avión, pero también el de la radio y la televisión, la computadora, la fotocopiadora, los electrodomésticos, los semáforos y el teletipo. Estas palabras —algunas de raíces arcaicas pero todas de invención reciente— señalan una cantidad de elementos que hoy acompañan la existencia diaria de miles de millones de hombres y mujeres, ayudan y hacen más confortable su vida, pero también los esclavizan y mutilan. Tras esas palabras y las realidades que definen se agazapa una gigantesca infraestructura de servicios dependientes de fuentes energéticas, a veces muy vulnerables, que se realimenta permanentemente y cuya complejidad, peligrosidad e impersonalidad son inquietantes.

La conquista del espacio parece ser la etapa final de este proceso. Sin que sus espectaculares logros se correspondan con beneficios paralelos, de alguna manera la evasión del hombre al cosmos encauza el indetenible avance tecnológico por una vía exterior relativamente inofensiva y eventualmente útil. Y además, canaliza la aptitud creadora de la humanidad por rumbos que son comunes a todos los pueblos.

Finalmente, digamos que el planeta ha dado en este siglo un enorme paso hacia su unificación. Las grandes ciudades se parecen cada vez más. La gente se viste de manera parecida, se diluyen las particularidades locales y se extienden por todo el planeta formas de vida, hábitos, tendencias y gustos universales. El inglés es una suerte de lingua franca, *y quien viaja por una autopista o arriba a un aeropuerto, dondequiera que esté, no encuentra mayores diferencias. Se ha dicho muchas veces que el mundo se ha achicado. Es cierto: lo exótico, lo desconocido es hoy casi inhallable, y virtualmente no hay pueblos en estado puro. Todo está interconectado en mayor o menor medida, y el espíritu aventurero ha tenido que dirigirse al espacio o al fondo del mar para transitar caminos todavía desconocidos. Tal vez estas características son las que llevan a muchos a regresar a los objetos fabricados a mano, no seriados, al arte ingenuo y a las artesanías tradicionales; la misma motivación que anima a quienes luchan por la preservación del medio ambiente y la valoración de formas más simples de vida colectiva.*

En este marco, la religión sigue siendo consuelo y

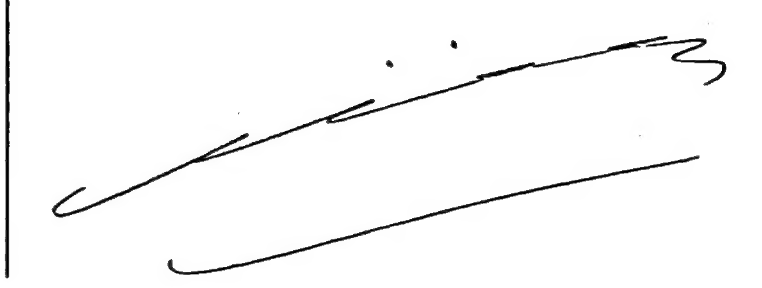
estímulo para muchos, pero sin duda ha perdido su antigua fuerza. Aunque el islamismo vertebre el nacionalismo de los pueblos árabes, aunque la Iglesia católica cumpla un noble papel de orientación y advertencia, es incuestionable que la humanidad ha perdido buena parte de sus preocupaciones religiosas y la vida se ha tornado más laica, menos ligada a motivaciones metafísicas. Lo cual ha permitido una mayor comprensión entre los pueblos y las razas, y también una tolerancia más sincera. Pero a la vez crea un vacío espiritual que muchos intentan llenar con supersticiones, drogas y sucedáneos de todo orden, como los mitos ideológicos que en China, ese inmenso convento sin dios, reemplazan las creencias ancestrales.

Soy un historiador. Estudiando diversos momentos de la trayectoria de nuestra civilización, me he preguntado si me hubiera gustado vivir en otra época. ¿La Grecia clásica, con su armonía, su sentido de la belleza y su amor por la especulación intelectual? ¿La Roma de los emperadores filósofos y su grandeza imperial? ¿El instante deslumbrador y vital del Renacimiento? ¿Los pacíficos años victorianos, con su apariencia de solidez eterna?

Muchas veces me lo he preguntado y llegué siempre a la misma conclusión: me quedo en este siglo nuestro, con sus enormes contradicciones, con sus vergüenzas y orgullos, con sus fracasos y logros. Esta centuria donde todo está cuestionado y nada es valioso por sí mismo; donde la autoridad y la tradición son sacudidas y comprobadas sin ningún temor, donde lo masivo nos invade pero también la individualidad creadora encuentra inspiración y oportunidades múltiples para fortalecerse.

No. No viviría en otro siglo que éste fascinante del cambalache y el caos. Porque entre el conflicto y el desorden se adivina un segundo milenario desde el cual puede el hombre surgir más libre, más rico, más completo que en ningún otro momento de la historia.

Y acaso el destino sea tan benévolo que me permita vislumbrarlo...



GANDHI, LA FUERZA DE LA NO VIOLENCIA

1930

LÍDER nacionalista y jefe espiritual, reformador social y promotor de un nuevo estilo de acción política, Mohandas Karamchand Gandhi, llamado el Mahatma («alma grande»), decide en 1930 violar las leyes impuestas a su pueblo por el Imperio británico.

No es nueva esta actitud «desobediente» del líder hindú, que ya había sido condenado años atrás por una decisión parecida.

Su huella quedó grabada en la formación de la India libre y en todo el mundo occidental. Gandhi fue a la vez cortés y, sin embargo, categórico, puro en sus intenciones y, sin embargo, rápido en conocer el punto débil de su adversario, impaciente, pero sabiendo esperar su hora e incluso aceptar provisionalmente concesiones, injuriado en tiempos por sus vestidos de gentleman y haciéndose recibir con unos simples trapos por el Parlamento inglés.



Las húmedas calles de Londres reciben al apóstol de la no violencia.

La sola presencia física de Gandhi, el oírle hablar y la gran entereza con que afrontaba las situaciones difíciles eran una demostración viviente de que sus heterodoxas ideas se podían llevar a la práctica. En la foto, Gandhi, con su característica indumentaria, atraviesa bajo la lluvia el patio de una fábrica textil inglesa, adonde acudió en 1931 a explicar personalmente a los trabajadores por qué los nacionalistas indios que él acaudillaba habían lanzado el movimiento khadi, boicoteando el consumo de tejidos británicos y proponiendo que cada uno se tejiera sus propias ropas con las ruecas tradicionales de la India.

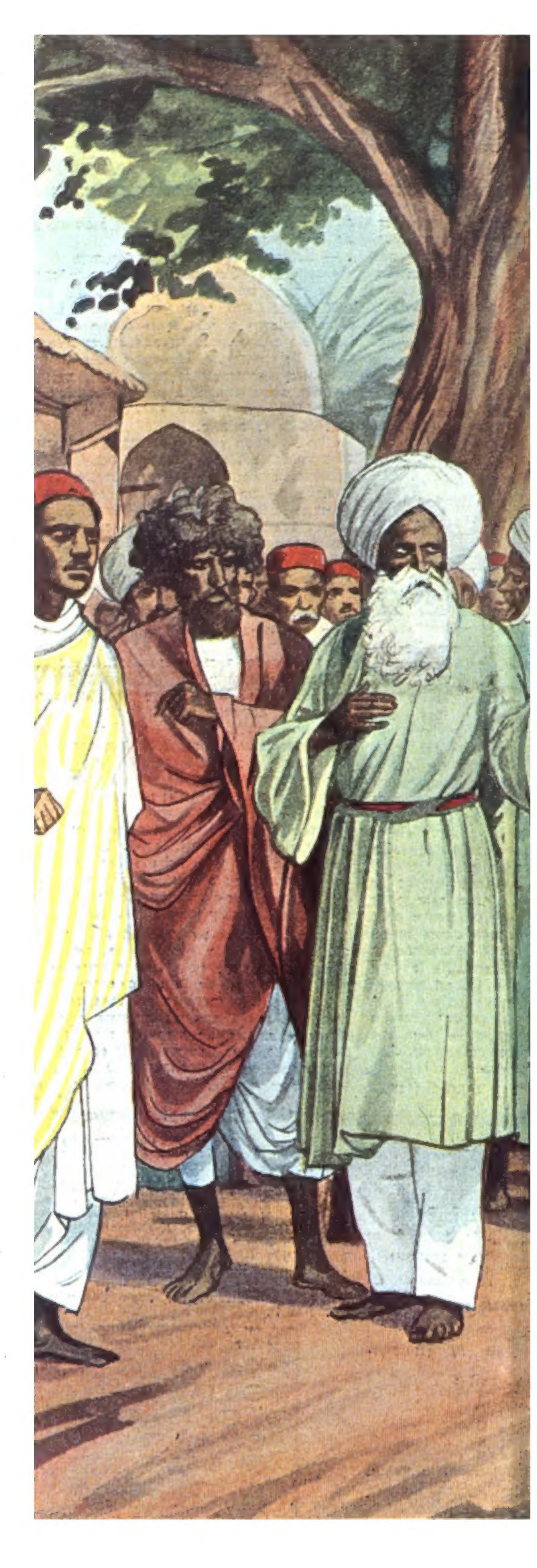
Ilustración de la época colonial en la que una fila de soldados británicos ataviados con falda escocesa y el típico casco para climas tropicales esperan, con la bayoneta calada, las órdenes de un oficial, encargado de disolver una concentración de indios.

Himnos religiosos contra alambres de espino

El veterano periodista norteamericano Webb Miller, corresponsal de la agencia United Press en la India, fue testigo ante el mundo, el 5 de mayo de 1930, del final de la marcha pacífica de los discípulos de Gandhi (el maestro fue detenido por la policía aquella misma madrugada) contra la ley que establecía el monopolio imperial británico sobre la sal y prohibía a los indios recoger y vender este producto natural. Más de 2.500 *satyagrahis* (personas que habían hecho voto de *satyagraha* o espíritu de sacrificio y *ahimsa* o no violencia), vestidos solamente con *dhotis* o taparrabos blancos de algodón tejidos a mano (desde hacía años los seguidores de Gandhi habían decretado el boicot de los tejidos industriales ingleses), marcharon cantando himnos religiosos contra los alambres de espino y la policía nativa que defendía con los típicos *lathis* (lanzas de bambú con punta de acero) las salinas de Dharasana, propiedad de su graciosa majestad imperial británica. Webb Miller certificó en su crónica el buen orden de los pacifistas, sus cantos, sus gritos de *¡Inquilah Zindabad!* (¡Viva la revolución!) y su absoluto espíritu de sacrificio ante las crueldades a que fueron sometidos por la policía británica: apaleamientos hasta el desmayo, cabezas abiertas, retorcimiento de testículos e introducción de estacas de bambú por el ano. Las órdenes eran muy claras: ni un solo *satyagrahi* debía conseguir entrar en las salinas. Detrás de los lanceros, sobre una loma, había 25 fusiles dispuestos a disparar contra el primero que pudiera cruzar las alambradas. No pudo ninguno, y el *raj* o dominio imperial británico se mantuvo intocado. Webb Miller escribió: «En dieciocho años de periodismo en veintidós países, durante los cuales he visto innumerables disturbios, motines, luchas callejeras y rebeliones, nunca fui testigo de escenas tan terribles como las habidas en Dharasana».

La matanza de Amritsar (1919)

En realidad, la represión de Dharasana no fue más que otro escalón de la violencia imperial británica contra el nacionalismo hindú, pero el inmenso país asiático (y la propia opinión pública democrática de todo el mundo, incluida la de Gran Bretaña) se movilizó contra la opresión, lo mismo que había hecho tras la irracional matanza de la ciudad santa de Amritsar, el 13 de abril de 1919. Entonces, el brigadier de origen irlandés, pero nacido en la India,





Gandhi, la fuerza de la no violencia

El nacionalismo hindú fue un movimiento de lenta gestación que se inició a finales del siglo XIX y siempre tuvo múltiples ramas, que iban desde las sociedades secretas de carácter violento a los grupos de estudios teosóficos, pasando por las formaciones políticas minoritarias al estilo occidental. Curiosamente, el idioma que sirvió a los diversos nacionalismos locales para entenderse entre ellos fue el inglés, la lengua oficial de los colonizadores británicos. El Congreso Nacional Indio (partido mayoritario antes y después de la independencia) fue constituido formalmente en 1885 por Banerjea. Tras el liderazgo de Tilak, el movimiento nacionalista sería capaz de movilizar a millones de indios agrupados alrededor de la figura del Mahatma Gandhi a partir de la década de los treinta. La independencia llegaría en 1947 con la división del país entre hindúes (Unión India) y musulmanes (Pakistán).

Campañas pacíficas de desobediencia civil contra bayonetas dispuestas al ataque.

Reginald Dyer, al mando de una columna de soldados mercenarios *gurkhas* y *baluchis*, decidió imponer «para siempre» en su jurisdicción la *pax britannica* y, tras hacer arrastrarse a los indios por una calle donde se había agredido a una señorita inglesa, entró a sangre y fuego en la plaza del mercado, disparando contra la multitud en diez minutos 1.650 balas (como contó luego una comisión investigadora muy británica) que produjeron 379 muertos y casi 1.500 heridos.

Gandhi declaró al enterarse de la matanza: «Se han vuelto locos», y todos los 13 de abril, hasta su muerte, ayunaba durante todo el día. Meses después, tras la conveniente reflexión y antes de lanzar la gran campaña no violenta de *hartal* (huelga general y ayuno masivo de toda la población india, junto a la no cooperación, devolución de medallas británicas, no comprar productos ingleses, no asistir a las escuelas oficiales, ni reconocer tribunales ni autoridades británicos), Gandhi lanzó la siguiente proclama al gobierno: «Podéis ahorcarnos en el patíbulo o enviarnos a la cárcel, pero no obtendréis nuestra cooperación. La conseguiréis en la prisión o en el cadalso, pero no en los regimientos del ejército, ni en las cámaras legislativas, ni en ninguna oficina del gobierno.

Hoy el Imperio británico representa al sata-



«... Descubrí que no tenía derechos como hombre porque era indio.»



Gandhi es recibido por lord Mountbatten.



Criticó duramente la industrialización del capitalismo moderno.

nismo, y los que aman a Dios no pueden amar a Satán.

Este imperio es culpable de tan terribles atrocidades que si no se disculpase por ellas ante Dios y ante el país, con toda seguridad que perecería. Y aún diré más: diré que a menos que se disculpe, sería deber de todo indio destruirlo.»

«Emperador contra señor Gandhi». El Mahatma en el banquillo de los acusados

Como consecuencia de la masiva campaña de desobediencia civil no violenta de 1920, Gandhi se afianzó como líder indiscutible del nacionalismo hindú (en el que pretendía integrar no sólo a hindúes, sino también a mahometanos, sikhs y resto de minorías del inmenso país indio), y los británicos intentaron darle un severo escarmiento acusándolo y juzgándolo por sedición.

La vista de la causa «Emperador contra señor Gandhi» tuvo lugar el 18 de marzo de 1922 en Ahmadabad, ciudad donde Gandhi había llevado a cabo su primer ayuno de protesta, en 1918, en apoyo de los obreros textiles en huelga, y donde había fundado el *ashram* o comunidad rural donde vivía con sus discípulos según rígidas y austeras normas.

La última declaración de Gandhi ante el democrático juez Robert Broomfield, que le dio todas las posibilidades de defensa y expresión, es un modelo de motivación política personal y resume admirablemente la trayectoria pública del Mahatma: «Quizá deba, tanto al público indio como al público inglés (...), explicar por qué desde una posición de súbdito leal y cooperador he pasado a ser un no cooperador y oponente al gobierno. También debo decir al tribunal por qué me declaro culpable de haber incitado a la rebelión contra el gobierno establecido legalmente en la India.

Mi vida pública se inició en Sudáfrica, el año 1893, en momentos muy difíciles para aquel país. Mi primer contacto con las autoridades británicas no tuvo un carácter muy feliz. Descubrí que, como hombre y como indio, yo no tenía ninguna clase de derechos. Es decir, aún más, descubrí que no tenía derechos como hombre porque era indio.

Pero no desmayé en absoluto. Pensé que este tratamiento que se daba a los indios era una excrecencia nacida en un sistema que intrínsecamente era bueno. Presté al gobierno to-



En la página opuesta, arriba, rostro de Gandhi, personaje que representó la lucha de un país por su libertad. Abajo, el padre de la independencia india es recibido en el palacio virreinal de Nueva Delhi por lord Mountbatten y su esposa. Lord Mountbatten fue un destacado marino en la Segunda Guerra Mundial y un gran diplomático, encargado como último virrey británico de la India de tutelar el proceso de independencia. Fue asesinado en Irlanda, en el verano de 1979, por un comando terrorista del IRA (Ejército Republicano Irlandés). Junto a estas líneas, el Mahatma aparece manejando el khadi, *la tradicional rueca hindú con la que tejía sus propios vestidos.*

Dos fotogramas de la película Gandhi, de R. Attenborough. Arriba, la policía montada británica disuelve una manifestación durante los disturbios de 1931 en la populosa ciudad de Calcuta. Abajo, el Mahatma Gandhi encabeza una marcha a través de los campos hacia las salinas de Dharasana en 1930, para oponerse al monopolio colonial sobre la extracción de sal. El apóstol de la no violencia gustaba de recordar a sus seguidores: «No os quejéis. Empezad por ser mejores que los demás y conseguiréis su respeto...».

Dos escenas de la película de Attenborough.



da mi cooperación y mi buena voluntad, criticándole libremente cuando me parecía que obraba mal, pero nunca lo hice con deseos de derribarle o perseguir su destrucción. Consecuentemente (...) el año 1899, ante el desafío *boer*, serví al gobierno, creé un cuerpo de enfermeros indios voluntarios y participé en varias acciones (...). Igualmente, en 1906, ayudé al gobierno con mis voluntarios durante la rebelión de los zulúes (...). Por mi trabajo en Sudáfrica recibí condecoraciones (...). Cuando estalló la guerra de 1914 entre Inglaterra y Alemania también formé un cuerpo de ambulancias con voluntarios indios (...) y ayudé al reclutamiento de soldados en la India (1.200.000 indios lucharon con los británicos en la Primera Guerra Mundial, y Gandhi los animó a alistarse "no contra Alemania, sino para morir por la India y por Inglaterra") (...). La primera desilusión me llegó en 1919 con la promulgación de la Ley Rowlatt (una especie de ley antiterrorista y antinacionalista que restringía las libertades personales de los hindúes), ley que sólo tenía por objeto suprimir al pueblo toda su verdadera libertad (...), protesté contra ella (...), luego vinieron las matanzas de hindúes (...) y los culpables no fueron castigados (...). Me di cuenta de que las reformas no reformaban nada de nada, pero sí eran un método más de quitar su riqueza a la India y prolongar su servidumbre.

Llegué, aunque de mala gana, a la conclusión de que las relaciones con los británicos habían convertido a la India en un país mucho más desamparado que antes, tanto política como económicamente (...). La India ha llegado a ser tan pobre que carece de resistencia para soportar el hambre. Antes de la llegada de los británicos se tejía e hilaba en sus millones de hogares (...), todo esto fue arruinado por procesos increíblemente crueles (...), las masas de la India caminan poco a poco hacia la sepultura por hambre (...), el gobierno establecido legalmente en la India británica no tiene más objeto que la explotación de las masas (...).

No siento personalmente el menor odio hacia el gobierno imperial, pero considero que es una virtud no sentir el menor afecto hacia un gobierno que, en conjunto, ha hecho más daño a la India que ningún otro sistema anterior. La India ha llegado a ser un objeto nulo bajo el gobierno británico. Al creerlo así, considero un pecado sentir afecto por el sistema. En realidad, creo que he prestado un servicio a Inglaterra adoptando la postura de no cooperación ante la situación poco natural en que ambas partes viven (...). Ansío demostrar a mis compatriotas que la no cooperación violenta multiplica el mal, y que como el mal sólo puede sostenerse por la violencia, la retirada de ayuda al mal requiere una total y absoluta abstención de la violencia.»

El juez Broomfield agradeció a Gandhi su sinceridad y el hecho de declararse culpable, pero, ¿qué pena aplicar a un hombre que hablaba con tal valor y movilizaba a millones de personas? Tras recordar que Lokamanya Tilak, otro prestigioso líder del nacionalismo hindú, había sido condenado a seis años de cárcel, la sentencia fue igual para Gandhi. Este agradeció al juez su benevolencia y ambos inclinaron la cabeza en señal de respeto. En poco más de hora y media se había resumido casi toda la historia de la India moderna en una vista modelo que pasaría a la historia como «El gran juicio».

El orgullo de la humildad

Coinciden todos los biógrafos en que Gandhi era un valiente. Su fuerza moral —tan molesta para los poderosos— le venía de su inquebrantable fe en Dios (algo que estaba por encima de todas las religiones y que el Mahatma gustaba de resaltar leyendo en sus oracio-



JAWAHARLAL NEHRU (Allahabad, 1889-Nueva Delhi, 1964)

Nacido en una familia de casta brahmánica procedente de Cachemira Jawaharlal (literalmente *joya roja*, nombre que según su propia confesión él siempre encontró odioso) Nehru era hijo de un próspero abogado. A los quince años fue a estudiar a Inglaterra, primero en el colegio de Harrow, luego en el Trinity College de Cambridge y finalmente en Inner Temple en Londres. En 1912 volvió a la India y comenzó a trabajar en el bufete de su padre. Desde el año siguiente participó en las actividades del movimiento del Congreso, dirigido por Gandhi.

En la lucha por la independencia de su país, Nehru se plegó siempre a los deseos del Mahatma, aunque le separaban de él una concepción socialista y laica de la política y unas posturas más radicales. Las diferencias entre ambos se hicieron patentes en 1927, cuando Nehru propugnaba la independencia total, frente al concepto más vago de autogobierno por el que abogaba Gandhi. Por otra parte, las posiciones de Nehru, favorable a una industrialización rápida del país, chocaban con las ideas de Gandhi, mucho más apegado a las estructuras tradicionales de la sociedad agrícola.

Sin embargo, en 1929 el Mahatma reconoció la importancia política de Nehru como líder de la generación más joven de nacionalistas y le apoyó para la presidencia del Congreso, convirtiéndole en su sucesor natural.

En 1931, Nehru fue detenido, junto con su padre, por

primera vez. En total, hasta 1945 pasaría nueve años en prisión. Sus tres libros (*Momentáneas de la historia mundial,* 1934; *Hacia la libertad. Una autobiografía,* 1936; *El descubrimiento de la India,* 1946) fueron escritos en la cárcel.

La Segunda Guerra Mundial fue para Nehru especialmente difícil. Antifascista decidido —visitó la España republicana en 1938—, estimaba que la política de no violencia de Gandhi sólo podía beneficiar al imperialismo japonés. En consecuencia, intentó llegar a un acuerdo con los británicos que le permitiera participar a su lado en el esfuerzo bélico a cambio de garantías de que la India obtendría su independencia al terminar la guerra, algo que Londres no estaba dispuesto a prometer. En estas condiciones, Nehru se sumó a la campaña para quedar al margen de la guerra. El 9 de agosto de 1942 fue encarcelado hasta el 15 de junio de 1945. En septiembre de 1946 se dedicó a dirigir el gobierno provisional encargado de preparar el acceso a la independencia, proclamada el 15 de agosto de 1947.

Desde entonces, Nehru, que continuaría como primer ministro hasta su muerte el 27 de mayo de 1964, asumió la inmensa tarea de intentar por vías pacíficas y democráticas una revolución económica y social en un país profundamente conservador y con un bajo nivel de vida, agravado por un crecimiento demográfico galopante.

Los planes quinquenales para el desarrollo económico no pudieron desterrar el hambre de la población, y la administración del país se deterioraba lentamente.

En política exterior, asumida por él directamente, Nehru jugó un papel decisivo en la escena mundial. Articulada sobre el anticolonialismo, la oposición al racismo y el neutralismo como base, la política india fue un punto de referencia para los pueblos del Tercer Mundo. Sólo dos sombras en este panorama: la invasión y posterior anexión de la colonia portuguesa de Goa en 1961 y la desastrosa guerra fronteriza con China en 1962.

En cualquier caso, Nehru dominó indiscutido la escena india hasta su muerte, impregnándola de un pragmatismo laico y democrático que, a pesar de las difíciles circunstancias, convirtieron al país en un modelo de gobierno parlamentario.



Puertos europeos, mentalidades europeas, reciben al líder hindú, con su vestimenta hindú.

nes el mahometano *Corán* y el *Nuevo Testamento* cristiano —especialmente el Sermón de la Montaña— junto a los libros sagrados hindúes *Bhagavad Gita* y *Ramayana*. El núcleo central de su inmensa fe era que «Dios es la Verdad» y que ningún justo debía temer a la Verdad y por supuesto a ningún otro hombre por poderoso que fuera. El camino para conseguir la *purana* o unión con Dios era despegarse del mundo y de las comodidades materiales (Gandhi criticó duramente la industrialización y el capitalismo moderno por su materialismo y defendió la formación de pequeñas comunas agrícolas) por medio de la *satyagraha* o espíritu de sacrificio voluntario (frugalidad de los alimentos y períodos de ayuno, castidad voluntaria a perpetuidad o *brahmadhrya,* que el propio Mahatma practicó desde 1906, y *ahimsa* o voto de no utilizar nunca la violencia). Las dificultades, o la propia muerte, que un *satyagrahi* encontraba en su camino de sacrificio hacia la Verdad no eran más que accidentes necesarios que probaban, ante él mismo, ante sus compañeros y ante Dios, su perfección y su fuerza moral. Como Gandhi recordó muchas veces a sus seguidores, un *satyagrahi* no violento y dispuesto a morir por la Verdad es un hombre todopoderoso e invencible —dentro de su total humildad y precisamente por ella— que por su fe en Dios no teme «ni a marajás, ni a virreyes, ni a policías, ni siquiera al mismo rey Jorge». Es alguien que lleva a Dios dentro.

«Divide y vencerás»

La India de hoy (de la que se ha separado Pakistán desde su misma independencia en 1947, y luego, de éste, Bangla Desh tras la guerra de 1971), con sus 670 millones de habitantes, es el segundo país en población del mundo (después de China) y el séptimo en superficie territorial. El *raj* o dominio británico se extendía a todo el subcontinente y, más allá, a Sri-Lanka (Ceilán), Birmania y Afganistán. Las palabras de Gandhi eran escuchadas por más de 350 millones de personas, ya que el Mahatma siempre defendió la unidad política de todo el territorio y la igualdad de sus habitantes ante la ley. Pero el dominio británico se basaba precisamente en lo contrario. El lema *divide and rule* (divide y gobierna) era inteligentemente utilizado por los ingleses, que habían hecho pactos bilaterales de Estado a Estado con los más de 600 marajás o reyezuelos de otros tantos miniestados indios, y procuraban enfrentar a los hindúes (aproximadamente el 80 por 100 de la población) con los musulmanes, los sikhs y otras minorías.

Gandhi, aunque nunca llegó a ocupar directamente ningún cargo político (y en las enciclopedias se sitúa buena parte de su pensamiento dentro de la ideología anarquista), controlaba por medio de sus discípulos el llamado Congreso Hindú, partido mayoritario del país. En múltiples ocasiones intentó la unidad de acción con los musulmanes, representados mayoritariamente por la Liga Musulmana de Mohamed Alí Jinnah, creador del Pakistán o «país de los

Gandhi, la fuerza de la no violencia

En la página opuesta, Gandhi desembarca en Marsella con destino a Londres para asistir a la conferencia sobre el autogobierno indio en 1931. En esta página, arriba, el Mahatma sale de la primera ronda de conversaciones.



Tras la sesión inaugural de la mesa redonda sobre la India.



Vitoreado por trabajadores de una fábrica textil inglesa.



Monumento conmemorativo de la independencia.



Sello húngaro emitido en honor a Gandhi.

puros» y opositor total a la idea de una India unida. Tras el fracaso de la reunión de Simla, en 1945, entre Jinnah y Gandhi, y las matanzas de hindúes a manos musulmanas el Día de Acción Directa Mahometana (16 de agosto de 1946) y las venganzas posteriores, se perfiló claramente que «la división política era preferible a la guerra civil». Gandhi no tuvo otro remedio que aceptar la división entre una India hindú y un Pakistán musulmán dividido a su vez en dos territorios, uno a cada lado de la India, pero lo consideró como el castigo de un gran pecado de violencia colectiva.

Defensa de «los intocables»

Gandhi en persona realizó varios ayunos de protesta, que tuvieron en jaque a todo el país, para oponerse a la violencia de los hindúes contra los musulmanes y viceversa. Había estados de clara mayoría de una de las dos religiones, pero en otros como Cachemira, Bengala y Pendjab (aquí también había sikhs) estaban mezclados, y la relación mayoría-minoría cambiaba según las zonas. La división política supuso el trasvase de 14 millones de personas (siete de cada lado), y los ataques que sufrieron los trasladados (por uno y otro bando) produjeron casi 200.000 muertos. Si a esto se añade la división lingüística en unos 850 idiomas (hoy, el oficial es el hindi a nivel nacional y otros 16 en diversos estados), que obligaba a muchos dirigentes a «entenderse en inglés», el idioma administrativo de entonces, se tendrá una idea resumida de lo confuso y complejo de la India de Gandhi.

Pero al Mahatma le gustaban las dificultades, y por si las enumeradas no fueran bastantes decidió luchar también contra la discriminación que la religión hindú cargaba a las espaldas de los llamados *parias* o «intocables». Estos constituían la casta más baja de la sociedad (la más alta era y es la de los *brahmanes*, uno de cuyos miembros asesinó a Gandhi), desempeñaban oficios «impuros», como la recogida de basuras, y ni siquiera podían entrar en los templos. Gandhi —a riesgo de ser considerado hereje por los puristas hindúes— decidió que tal discriminación era injusta, y en septiembre de 1931 inició un ayuno a favor de los intocables y contra la propuesta británica de que votaran y tuvieran representación política aparte de los demás hindúes para, supuestamente, garantizar sus derechos de minoría. A los seis días, Gandhi consiguió anular el intento de división británica, y los intocables fueron admitidos —de mala gana— en los templos hindúes.

Gandhi, en un gesto muy suyo, rechazaba toda pompa y boato, decía «la verdad» por dura que fuera ante quien fuera y siempre se colocaba al lado de los más oprimidos (con los parias entre los hindúes, con éstos cuando eran minoría en los estados musulmanes y viceversa). Su enorme popularidad fue ganada a pulso, a base de enfrentarse a virreyes, marajás y no temer al peligro ni al escándalo.

El libro en el que Gandhi refleja más apasionadamente su ideario político fue escrito durante un viaje en barco de Inglaterra a Sudáfrica en 1909. Su título *Hind Swaraj (Gobierno Indio)* es una fuerte defensa del derecho al autogobierno, su condena —mezclada con una cierta admiración— de la violencia y el aviso al Imperio de que ésta puede estallar si no se hacen las reformas políticas adecuadas. Otros libros fundamentales para entender su complejo pensamiento religioso y político son su *Autobiografía*, el *Relato de mis experiencias con la Verdad* y *La India de mis sueños.*

Gandhi era hijo del primer ministro de un pequeño Estado indio, Porbandar (donde se hablaba *gujarati,* un idioma minoritario), estudió en su país y se hizo abogado en Inglaterra. Ejerció con poco éxito en la India y con mucho en Sudáfrica, donde se convirtió en líder indiscutible de la oprimida minoría india (hasta 1983 no se concedió a los indios surafricanos, ya fueran hindúes o musulmanes, representación parlamentaria). Viajó como negociador plenipotenciario a Inglaterra y apoyó a ésta en la Primera Guerra Mundial; se opuso al derecho de los británicos a hablar en nombre de la India en la segunda contienda. Conversó, negoció y protestó ante marajás, virreyes y el propio rey Jorge V, en 1930. Se rió en el estreno de *Luces de la ciudad* con Charlie Chaplin. Admiró el anarquismo de Tolstoi, Henry David



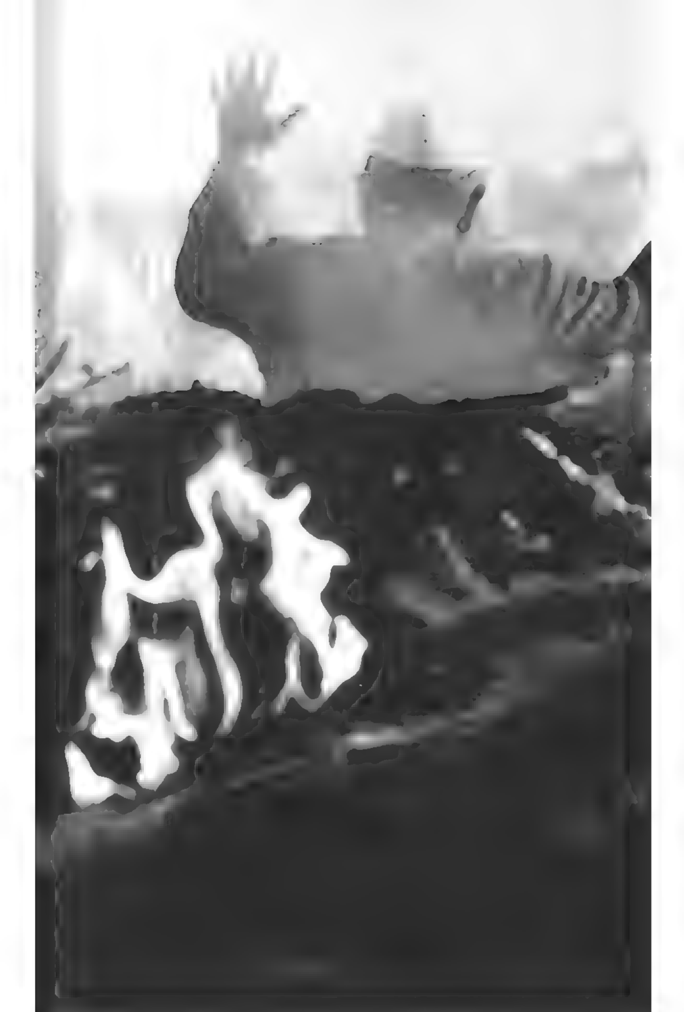
Los discípulos de Gandhi, como Vinoba Bhave, se encargaron de seguir haciendo oír su voz.

La influencia del pensamiento de Gandhi no se limitó al ámbito del nacionalismo indio, sino que, en poco tiempo, su figura quijotesca y su prédica de la no violencia se hicieron universales, en un siglo asolado por dos grandes conflictos bélicos generales y numerosas guerras locales. Contra los nacionalistas radicales hindúes que eran partidarios de la violencia política, Gandhi no cesaba de repetir: «El hombre es hombre porque es capaz de dominarse. Si queréis ser grandes, autolimitaos». (...) «Los medios violentos nos darían una liberación violenta que sería una amenaza para el mundo y para la propia India (...)». En la página opuesta, arriba, monumento conmemorativo de la independencia hindú. Abajo, sello húngaro emitido en honor de Gandhi. En esta página, portada de Time en la que Vinoba Bhave, el anarquista fundador de comunas agrícolas y discípulo de Gandhi, lanza su mensaje: «He venido a saquearos con amor», dentro de su campaña de pedir dinero y tierras a los ricos para dárselas a los pobres.

La poetisa hindú Sarojini Naidu dijo a las mujeres que lloraban sobre el cuerpo de Gandhi, asesinado a tiros: «A qué vienen estos lloriqueos. ¿Hubieseis preferido acaso que Gandhi muriera de viejo o de una indigestión? Esta es la única muerte lo suficientemente grande para su alma grande». El cadáver del Mahatma fue incinerado en una pira (foto de abajo) según el rito hindú, sus cenizas arrojadas a todos los ríos sagrados de la India y los huesos no quemados echados al punto de unión del Ganges con el Jumna a los que también se une, según la tradición, «el invisible río celestial». En la foto de arriba, inicio de la ceremonia de incineración del cadáver. Jawaharlal Nehru fue testigo directo de las exequias de su maestro Gandhi. La hija de Nehru tomó el nombre del maestro y el de la nación —Indira Gandhi— alcanzando la primera magistratura del país.



Una muerte grande para un alma grande.



Sus cenizas fueron arrojadas a los ríos sagrados de la India.



Thoreau, Ruskin y otros pensadores. Su discípulo Vinoba Bhave, pidiendo pacíficamente tierras a los ricos consiguió 2.000 millones de áreas de cultivo (afirmaba necesitar 240.000 millones) y fundó la mayor red de *gramdan* o comunas agrícolas anarquistas que existe en el mundo.

Gandhi, dentro de su humildad, fue un gran orgulloso que se comportó como un tirano —exigía demasiado— con su fidelísima esposa y con sus hijos. Su verdadera familia eran sus seguidores y todo aquél que sufría. Pasó de las cárceles a los palacios, viviendo con los parias de los basureros y disfrutando en limpiar personalmente las letrinas (la limpieza era junto a la dietética —desde su juventud fue vegetariano— una de sus obsesiones personales). Con su movimiento *khadi* o vuelta a la rueca manual, arruinó la exportación de la industria textil británica y explicó su postura personalmente a los obreros ingleses que iban a quedar sin trabajo, quienes, tras oírlo, terminaron aplaudiéndole. Los pobres siempre le entendían y los poderosos le temían.

Nunca tuvo miedo a la muerte y cayó asesinado de tres balazos el 30 de enero de 1948 por Nathuram Godse, un joven brahmán, director de un periódico ultranacionalista de provincias, que dijo de él: «Mi respeto por el Mahatma era profundo e inmortal». Su ceremonia funeraria de incineración fue seguida por millones de personas en vivo y estremeció a medio mundo. Desde el cielo y esperando en Dios su próxima reencarnación, Mohandas Karamchand Gandhi, liberado ya de sus escasos 50 kilos y su taparrabo (sus pocas miserias materiales terrenales), debió de sonreír tras sus anteojos oyendo a la impresionante multitud lanzar su famoso grito de victoria *¡Mahatma Gandhi ki jai!* (¡Victoria para Gandhi!), y otro nuevo, todavía más placentero: *¡Mahatmaji amar ho gae!* (¡Nuestro Mahatma —alma grande— se ha convertido en inmortal!).

J. R. A.

Bibliografía básica

Gandhi: *Autobiography*, Public Affairs Press. Washington, 1948.

——: *India of my dreams*, Navajivan Publishing House. Ahmadabad, 1947.

——: *The Story of my experiments with Truth*, Beacon Press. Boston, 1957.

Fischer, L.: *The life of Mahatma Gandhi*, Harper and Brothers. Nueva York, 1950.

Payne, R.: *Gandhi*, Colección El Hombre y la Idea, Bruguera. Barcelona, 1971.



GRETA GARBO

EN 1930 se estrena la película Anna Christie. *Era la primera vez que la Garbo iba a dejar escuchar su voz al gran público; éste, después de oír la primera frase, decidió que podía seguir adorándola eternamente; sin embargo, Greta les abandonó en la plenitud de su carrera.*

Un diálogo cruzado entre Marthe Keller y William Holden en la película Fedora *(1978), podía muy bien resumir la leyenda de esta mujer: «—Ya no se hacen películas como antes». «—Porque ya no existen mujeres como las de antes.»*

No se cita el filme de Billy Wilder al azar; en la historia del productor de Hollywood (W. Holden), que viaja a Corfú para convencer a la célebre actriz Fedora (M. Keller) de que vuelva al cine, tras una larga e inexplicable retirada de los platós en pleno éxito, la crítica ha visto con todo fundamento una réplica de la historia de Greta Garbo y su fulgurante alejamiento del cine.

Infancia y vocación

Greta-Louisa Gustafsson nació el 18 de septiembre de 1905 en el barrio proletario de Södermalm, en la ciudad de Estocolmo. Tercera hija de un matrimonio humilde (su padre era obrero municipal) de ascendencia campesina, tuvo una infancia, como la de tantas otras estrellas del cinematógrafo, llena de privaciones y estrecheces. Ya desde sus tiempos escolares, Greta se granjeó entre maestros y condiscípulos fama de niña retraída y solitaria, mostrando inclinación por disciplinas imaginativas como la historia y el dibujo. Cuando tenía 14 años, pocos meses después de haber finalizado sus estudios primarios, fallece su querido padre, con el que tenía, como atestiguan las fotos, un notable parecido. Greta, siguiendo el ejemplo de sus hermanos mayores, decide ponerse a trabajar, y halla un empleo de ayudanta en una barbería. A fines de ese mismo año, 1920, entra a trabajar de dependienta en la sección de modas femeninas de unos grandes almacenes de la capital, la famosa firma PUB (siglas que corresponden al nombre del magnate propietario Paul U. Bergström).

Fue, curiosamente, este trabajo de vendedora el que, tras una serie de felices coincidencias, le daría la oportunidad de ponerse delante de las cámaras. Hay que señalar que, desde pequeña, Greta Gustafsson había sentido una atracción casi enfermiza por el teatro, y cuando el gerente de los almacenes le propuso posar de modelo para un catálogo de novedades de la sección de sombrerería, la futura actriz aceptó entusiasmada, y convirtió esas fotografías publicitarias en imágenes trascendidas por una expresividad ya plenamente dramática. A la vista de sus dotes, y también de su belleza, Greta es llamada poco después para intervenir en dos películas publicitarias de la misma firma, y esa primera incursión fílmica, aunque modesta, dio a la muchacha el suficiente empuje para presentarse espontáneamente en las oficinas del director cinematográfico Erik A. Petschler, a quien había conocido ocasionalmente en los grandes almacenes. Petschler la oyó recitar unos versos que ella había memorizado y le ofreció sin dudarlo un papel secundario en su siguiente película *Pedro el vagabundo (Luffar Petter).*

Para intervenir en esa película, Greta hubo de abandonar su trabajo en PUB, decidida a lanzarse de lleno a una incierta carrera de actriz. Era el año 1922, y en la comedieta de Petschler, director de pocas pretensiones, Greta Gustafsson (como aún figuró en los créditos) interpretaba a la hija de un oficial cortejada por el vagabundo protagonista; su aparición más

1930

Dicen que un especialista en biografías al que encargaron realizar la de la enigmática actriz sueca en 1980 —75.° aniversario de la que ha pasado a la historia del cine como la Divina*— se negó a ello, alegando la total imposibilidad de seguir el rastro vital de la que decidió retirarse de la pantalla en 1941. El biógrafo frustrado, tras ver todas las películas de «la ninfa del bosque» y quedar cautivado —como tantos millones— por la belleza y «la clase» de* la Divina, *sugirió a los editores que bastaba con publicar un álbum de fotos para captar toda la grandeza de quien es mito en la historia del siglo gracias a su excepcional fotogenia.*

notable era —enfundada en uno de los largos bañadores de la época— dentro de una escena cómica en la que remedaba a las pizpiretas *bathing-girls* de las comedias de Mack Sennett. Una revista local, sin embargo, destacó su intervención, augurando que «podría llegar a ser una estrella del cine sueco, por la sencilla razón de su aspecto anglosajón».

Bajo estas líneas, Greta Garbo, acompañada del productor y director Clarence Brown, con quien rodó en 1937 María Walewska, se retoca el peinado, poco antes de la interpretación de una escena cinematográfica. En la página opuesta, arriba, la actriz sueca junto al galán John Gilbert, compañero y amigo íntimo. Su supuesto idilio llenó páginas y páginas de las revistas del corazón de la década de los treinta. Abajo, una de las escenas más «atrevidas» del primer largometraje de la Garbo, Pedro el vagabundo, dirigido por Erik A. Petschler en 1922, cuando la Divina todavía no había viajado a América.

El influjo de Stiller

Aconsejada y animada por Petschler, Greta entró ese mismo año en la Real Academia de Arte Dramático de Estocolmo, superando las difíciles pruebas de ingreso sólo con un mes de preparación. Su paso por la Academia fue brillante. Tuvo allí ocasión de tratar a futuros realizadores de importancia en el cine sueco como Alf Sjöberg y Gustaf Molander; este último, siendo director de la Academia, fue quien la envió, estando ella todavía en segundo curso, a una prueba que Mauritz Stiller estaba realizando para completar el reparto de su película *La leyenda de Gösta Berling.*

Aunque nacido en Finlandia, Stiller era un judío ruso que estaba refugiado en Suecia huyendo de la Rusia soviética y se había convertido, al lado de Sjöström, en el nombre más prestigioso del cinema sueco. Tras el éxito europeo de su película *Erotikon* (1920), Stiller empezó a preparar una adaptación al cine de la novela de Selma Lagerlöff, *Gösta Berling;* curiosamente, antes de buscar a la heroína, Stiller quiso hallar un nombre adecuado para la hipotética actriz que la encarnase: «un nombre que sea moderno, elegante e internacional; un nombre que diga quién es ella lo mismo en Londres o París que en Budapest o Nueva York». Su guionista Arthur Norden, especialista en historia, le propuso «Mona Gabor», inspirado en el rey húngaro del siglo XVII, Bethlen Gabor, y cuando, meses más tarde, Greta Gustafsson fue aceptada por Stiller para su película, Mona Gabor pasó a convertirse en Greta Garbo, sin duda porque *garbo* (en noruego, «ninfa del bosque») es usado como término cariñoso.

El encuentro de Stiller y Greta fue decisivo para la carrera de la actriz. En la citada prueba de reparto, la primera impresión del realizador fue negativa, aunque quedase intrigado por sus movimientos y su intuición dramática. Stiller le recomendó que, si quería trabajar en el cine, tendría que adelgazar al menos 10 kilos, pero acabó contratándola para el papel. A partir de ese momento se desarrolló entre la actriz y el cineasta una relación mucho más profunda que la puramente profesional, marcada por el signo de Pigmalion. La actriz afirmaría años más tarde, ya fallecido Stiller: «El me impelía a hacer lo que él quería. Todo se lo tengo que agradecer». Palabras que recuerdan el célebre «Sin tí no soy nada» de Marlene Dietrich, referido a su descubridor Josef von Sternberg, y que ponen de manifiesto el curioso paralelismo entre las dos relaciones. Como hizo Sternberg años más tarde en su *Angel Azul* con Marlene, Stiller hubo de imponer casi forzosamente a los productores a la desconocida Greta para *La leyenda de Gösta Berling.* Y aunque la carrera conjunta de Stiller y Garbo fue brevísima, al contrario que la de Dietrich y su mentor/director, no cabe duda de que el refinado *dandy* que era Stiller pulió, educó y formó a su pupila en esos pocos años, al igual que el director germano lo hizo con Marlene.

Estrenada en 1924, *La leyenda de Gösta Berling* se convirtió en un éxito internacional, a pesar de su excesivamente largo metraje y del fárrago psicologista con que Stiller trataba la saga de ese pastor protestante víctima de la sensualidad y redimido al fin por el espiritual amor de una mujer. Stiller obtuvo inmediatamente un ventajoso contrato para rodar un filme de gran presupuesto en el que Greta, ya sin resistencias de nadie, sería la protagonista ab-



La actriz se retoca el peinado antes de rodar una escena.

soluta. El proyecto no fraguó, debido a la quiebra de la firma productora, Trianon, pero la actriz había llamado la atención del entonces incipiente director alemán Georg Whilhelm Pabst, que le confió un papel de relieve en *La calle sin alegría (Die freudlose Gasse,* 1925).

Mientras tanto, tenía lugar en Suecia un acontecimiento que iba a alterar radicalmente el rumbo de la carrera de Greta Garbo. Louis B. Mayer, vicepresidente de la poderosa productora Metro Goldwyn Mayer, viajaba por Europa buscando nuevos talentos en el entonces prestigiado cinema centroeuropeo, y, tras ver *La leyenda de Gösta Berling,* ofreció un generoso contrato de tres años al director Stiller para trabajar en Hollywood. Stiller aceptó, pero poniendo la condición indispensable de que con él viajase, también contratada, su musa. Aunque Mayer estaba más interesado en el nombre y la personalidad del realizador (los estudios de la Metro ya contaban con los servicios de la otra gran figura del cine sueco, Victor Sjöström), no puso inconvenientes a extenderle otro contrato de menor cuantía a la actriz. Y así, en cuanto acabó el rodaje berlinés del filme de Pabst, Greta y Stiller embarcaron en Göteborg, el 23 de junio de 1925, rumbo a Estados Unidos.



John Gilbert fue su galán en la época del cine mudo.

Cuando Greta Garbo se llamaba Greta Gustafsson.

En esta página, arriba, cartel sueco de La leyenda de Gösta Berling, *largometraje rodado en 1923 por Mauritz Stiller, compatriota y descubridor de la gran actriz sueca. Greta escribía de Stiller, tras la muerte de éste en 1929: «(...) Le adoraba. Hay quien cree que aquello fue una historia de amor. Pero era más. Se trataba de una total devoción... de la adoración de una estudiante por su profesor, de una niña tímida por un genio (...)». Abajo (página 18) cartel en inglés de* La mujer ligera, *dirigida en 1928 por Clarence Brown. Bajo estas líneas, cartel francés de* Margarita Gautier, *rodada en 1936 por George Cukor.*

La conquista de América

En Los Angeles, la realidad iba a invertir pronto los papeles en que el director y su protegida habían llegado. Stiller se vio en seguida envuelto en una serie de discusiones agrias con Irving Thalberg, hombre fuerte de la productora, que no aceptaba ninguno de los proyectos del sueco, a la vez que éste rechazaba los que le ofrecían rodar. Por el contrario, Greta causó impacto en el estandarizado universo de las *flappers* y jovencitas inocentes, tipo Lillian Gish, que predominaba en Hollywood. «Aquí no existen tipos como el mío», escribía Greta en una carta de 1926, y aunque ella, con su característica vena pesimista, veía en eso un factor contraproducente, la verdad es que sucedió todo lo contrario. Garbo poseía, para empezar, un físico peculiar y poco corriente. De considerable estatura y cuadrados hombros, y con una extraordinaria preparación física (era y siguió siendo mucho tiempo una consumada gimnasta), la recién llegada logró imprimir a sus peculiaridades un sello de fascinante distinción.



Largometraje rodado en 1923 a las órdenes de Stiller.




Una mujer ligera, *a las órdenes de C. Brown.*

A fines de ese mismo año de 1925, Greta protagoniza, al lado del galán Ricardo Cortez —ya bajo el escrupuloso ojo fotográfico de su cameraman preferido y amigo, William Daniels, que trabajaría impuesto por ella en casi todas sus películas—, su primera cinta americana: *El torrente (The Torrent).* Se trataba de una adaptación de la novela de ambiente valenciano *Entre naranjos*, de Vicente Blasco Ibáñez, autor entonces muy en boga en Hollywood a raíz del éxito de la adaptación de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis.* Dirigida rutinariamente por Monta Hell, antiguo asociado de Chaplin, la película no pasa de ser un melodrama convencional en el que ya destaca, con todo, la ajustada interpretación de Garbo, quien cada día, tras el rodaje, se reunía con su mentor Stiller para preparar minuciosamente su papel. La prensa americana reparó de inmediato en los valores de la joven, y la influyente revista del espectáculo *Variety* llegó a escribir: «La presentación cinematográfica de Greta Garbo en Estados Unidos es uno de los hallazgos del año. Esta muchacha lo posee todo: belleza, talento y personalidad».

Se trataba ahora de capitalizar el fulminante éxito de la actriz y, muy en la tónica americana, se pensó en repetir la fórmula: otra adaptación de Blasco Ibáñez (*La tierra de todos*), otro galán latino (Antonio Moreno) y, en esta ocasión, se llamaba como director al conflictivo Stiller. Este, sin embargo, pronto chocó con los responsables de la Metro. Rehizo el guión a su modo, concibiendo una adaptación de la novela distinta a la prevista, y tuvo desde el primer día de filmación serias desavenencias con el galán español Moreno, cuya influencia era grande en la productora por ser uno de sus accionistas. A los diez días de rodaje, Louis B. Mayer tomó personalmente la decisión de relevar a Stiller, llamando en su lugar a Fred Niblo. La actriz quiso, por solidaridad, abandonar la película, pero el propio Stiller la convenció de que continuase. *La tierra de todos (The Temptress*, 1926) tuvo poca relevancia y, de nuevo, la interpretación de Garbo fue lo mejor del filme. Stiller abandonó tras ese tropiezo la Metro Goldwyn Mayer y obtuvo otro contrato con la casa rival Paramount, donde filmaría una de sus mejores obras: *Hotel Imperial*.

La confirmación del talento dramático de Greta llevó a los responsables de la Metro a preparar con más cuidado el siguiente vehículo interpretativo de la actriz, y así, *El demonio y la carne (Flesh and the Devil*, 1926) es la primera gran película de la actriz, gracias al trabajo del acreditado, aunque irregular, Clarence Brown y al feliz emparejamiento con el galán John Gilbert. Inmediatamente acabado el rodaje, las páginas de chismes hollywoodienses empezaron a hablar de un idilio entre Gilbert y la actriz, y llegó incluso a sugerirse una boda en secreto. Todas las evidencias apuntan a que Gilbert estuvo profundamente enamorado de la sueca, pero ésta, correspondiéndole al menos en una época, nunca se decidió a formalizar la relación.

«La Garbo puede convertirse en una mina de oro, como lo fue para la Fox la gran Theda Bara.» Esta frase de una importante revista americana, con ocasión del triunfal estreno de *El demonio y la carne*, revelaba la evidencia de un gran impacto taquillero, y abrió los ojos de la aún ingenua estrella. El 1 de junio de 1927, Greta Garbo firmaba un nuevo contrato por cinco años con la Metro, a razón de 5.000 dólares semanales, que irían aumentando anualmente. Inmediatamente, se empezó a preparar una adaptación de «calidad» de *Ana Karenina*, la novela de Tolstoi, que se pensó vehículo ideal para la actriz nórdica, y en la que tendría de nuevo como pareja a John Gilbert. Durante los preparativos, Garbo vivía recluida en Santa Mónica (ahora que Stiller, enfermo, había regresado a Suecia), mejorando su aún imperfecto inglés. La película, dirigida por Edmund Goulding, inició una serie de tres (las otras fueron *La mujer divina, The Divine Woman*, 1928, y *La mujer misteriosa, The Mysterious Lady*, 1928), en la que se estereotipaba a Garbo en papeles de mujer cosmopolita y desarraigada, moviéndose en un marco exótico, turbulento y aventurero.

Un nuevo estilo femenino

Esta identificación no era del agrado de Garbo, deseosa de ampliar la gama de sus personajes e interpretar papeles de mujer moderna, urbana, enfrentada a situaciones verosímiles dentro de la sociedad de su tiempo. Y fue ella misma la que sugirió adaptar al cine una come-



Margarita Gautier, *versión francesa*.

dia de Michael Arlen, *El sombrero verde,* que había visto en los escenarios la misma noche de su llegada a Nueva York. En *La mujer ligera (A woman of affairs,* 1928), dirigida de nuevo por C. Brown, Greta actúa una vez más al lado de Gilbert, quien ya no volvería a trabajar con ella hasta pasados cinco años y que, decepcionado de sus negativas, contrajo un tercer matrimonio poco después. Es a partir de esta película cuando Garbo empieza a imponer desde la pantalla su inconfundible tipo físico y su estilo. A su llegada a Hollywood, los responsables del estudio habían tratado de desvirtuar su aspecto, asemejándolo al de las actrices en boga: se le quiso rizar su larga y dorada cabellera, cubrirle la cara de cosméticos y vestirla con volantes y gasas. Garbo logró preservar su diferencia, para después recrearla, en una deliberada e inteligente «construcción» de personaje e imagen que, a la postre, redundaría en su éxito tanto en la moda como en los «modos». Zapatos de tacón bajo, sombreros que ocultan parcialmente la cara, chaquetones sueltos, camisolas de hombre con corbata, cinturones de *cowboy,* unidos a la casi total ausencia de maquillaje, fueron al principio extravagancias que acabaron conformando un estilo femenino con el que la mujer expresaba una nueva conciencia independiente y más adulta.



Foto de la actriz tomada por Cecil Beaton.

Una vez retirada del cine, la actriz se escondió del público.

A mitad del rodaje de su siguiente película, *Orquídeas salvajes (Wild orchids,* estrenada en 1929), recibe Greta la noticia de la muerte, en Suecia, de Mauritz Stiller, que contaba 45 años. Aunque separados físicamente desde hacía dos años, la desaparición de su descubridor y «creador» fue un golpe irreparable que, según todos los indicios, extremó el retiro social y acrecentó el carácter introvertido y depresivo de la actriz. Tres semanas después de terminar el rodaje, Greta consigue que los estudios le den unas vacaciones y regresa por vez primera a su país.



Huir continuamente del fotógrafo, que la persigue sin tregua.

En la página 20, arriba, una de las pocas fotos personales de Greta Garbo tomada fuera de su trabajo cinematográfico. Su autor fue Cecil Beaton, amigo de la enigmática actriz. Abajo, supuesta foto de la Garbo, paseando de incógnito por una calle de la capital francesa poco antes de su 75.° cumpleaños. En esta página la Divina, *sorprendida por los fotógrafos a su llegada a la italiana isla de Capri, se tapa la cara para que su efigie ajada por los años no pueda ser reproducida.*

Garbo tiene voz

De regreso a Estados Unidos, y tras una interpretación menor en *Tentación (The Single Standard,* 1929), al lado de su compatriota el galán Nils Asther, y otra memorable en una excelente comedia dramática del francés Jacques Feyder, *El beso (The Kiss,* 1929), Garbo tuvo que enfrentarse al gran desafío que estaba en esas fechas de finales de década revolucionando la industria cinematográfica: la invención del sonoro. Como es sabido, el cine hablado acabó con la buena fortuna de algunas estrellas populares del cine, incapaces de adaptarse al nuevo sistema interpretativo o dotadas de una voz defectuosa (caso de John Gilbert), y, lógicamente, Hollywood tuvo que prescindir entonces de grandes actores europeos que no se expresaban bien en inglés. Pola Negri y el gran trágico alemán Emil Jannings fueron algunas de esas víctimas, pero a Greta Garbo, entonces en un momento álgido de su trayectoria, le fue ofrecida la facilidad de hablar por vez primera en la pantalla encarnando a la emigrante sueca Anna Christie, adaptación del drama de O'Neill. La incógnita de esa nueva fase tan arriesgada de su carrera se saldó con un rotundo éxito.

Anna Christie (1930), de Clarence Brown, no satisfizo a la actriz, que consiguió de la Metro la realización posterior, dirigida por Feyder, de una versión de más categoría cinematográfica en alemán (más tarde doblada por ella misma al sueco), práctica frecuente en esa década. Brown también dirigiría las dos películas siguientes, *Romance,* 1930, e *Inspiración (Inspiration,* 1931), pero tanto ésas como las interpretadas a continuación ese mismo año, *Susan Lenox* y *Mata Hari,* aportan poco a la filmografía de la actriz. Hay que esperar a *Grand Hotel,* 1932, basada en la novela de Vicky Baum, para llegar a otra de las cimas de su carrera. Rodeada de un reparto estelar —Lionel y John Barrymore, Wallace Beery, Joan Crawford—, Garbo interpretaba con sutileza y sensualidad el papel de una famosa bailarina rusa dudosa de su propio arte y proclive al suicidio, en una película en la que drama y comedia se mezclan armoniosamente. No faltó quien viese en el personaje depresivo y hermético de la bailarina un *alter ego* de la actriz, y en su abandono a mitad de un ballet la premonición de la posterior retirada de Garbo. Lo cierto es que el momento sublime en que ella, en su suite del hotel, pronuncia hastiada la frase «I want to be left alone» («Quiero que me dejen sola»), tiene resonancias extraficticias.

Mujeres con historia

Como ha apuntado Parker Tyler, uno de los secretos de la atracción de Garbo reside en su ambigüedad, en los ribetes andróginos de alguna de sus caracterizaciones. La actriz, que emulando a Sarah Bernhardt y a Asta Nielsen, entre otras, quiso, en distintas etapas de su carrera, interpretar papeles masculinos como Hamlet o San Francisco de Asís, logró en 1933 realizar uno de sus sueños: encarnar a su compatriota la reina Cristina de Suecia, papel para el que







Colección de portadas con el rostro de la Garbo.

El rostro bellísimo y extrañamente perfecto de la sueca Greta Gustafsson —Greta Garbo— fue motivo preferido de primera página durante muchos años por revistas de todo tipo, a lo largo y ancho del mundo. Aquí aparecen diversas portadas de revistas especializadas en cinematografía, editadas en diferentes países. Una de ellas resume brevemente el temperamento de la actriz y su total abandono de la vida pública desde 1941: «La Bella Solitaria». Mujer inteligente, además de bella, Greta escribía así, antes de retirarse, de su afán de soledad: «Al morir Stiller me encontré como un barco sin timón. Me sentí aterrorizada, perdida y terriblemente sola. Me negué a hacer declaraciones porque no sabía qué decir... poco a poco fui retirándome... retrayéndome más y más en mi concha. Construí un muro alrededor de mí misma y me retiré a vivir tras él... Me siento intimidada, tímida y asustada... soy como una tumba con respecto a mis asuntos privados... Ante los rumores, yo estoy callada como una tumba porque mis asuntos privados son estrictamente eso: privados».

debía trasvestirse de hombre en varias secuencias importantes.

Esa película, realizada tras su poco airosa intervención en *Como tú me deseas (As You Desire Me,* 1932), adaptación vulgarizada de la obra de Pirandello, sólo salvable por la actuación megalomaníaca de Eric von Stroheim, marcó además la renovación de su contrato con la Metro: 250.000 dólares por cada película, obligándose a realizar dos por año e imponiendo ella, a partir de ahora, condiciones en los repartos y en la elección de temas. *Reina Cristina de Suecia,* 1933, fue dirigida por uno de los más grandes nombres de la pléyade de europeos emigrados a Hollywood, Rouben Mamoulian, de origen ruso, como Stiller, con el que la actriz se identificó plenamente, aunque sin llegar al idilio que algunos periodistas les atribuyeron. John Gilbert, impuesto por la actriz no por amor sino por solidaridad, realizó una mediocre interpretación del embajador español, Don Antonio, y esa nueva oportunidad perdida significó su definitiva debacle; tres años después moría fracasado y amargado.

Aunque colaborase en el guión una de sus poquísimas amigas íntimas, la escritora Salka Viertel, *El velo pintado (The Painted Veil,* 1934) no fue más que una pálida y esquemática versión de la novela de Somerset Maugham. Tras este sonado fracaso de público, Garbo volvió a sus papeles favoritos de heroína de época, histórica o novelesca: *Ana Karenina,* 1935, *remake* hecho por Brown de la cinta de 1927; *María Walewska,* 1937, también de Brown, junto a Charles Boyer en el papel de Napoleón, y, más destacadamente, en 1936, la excelente *Margarita Gautier (Camille).*

Final de comedia

En el período de descanso y vacaciones europeas que Greta disfrutó desde finales de 1937 a septiembre de 1938, un nuevo romance le fue atribuido, esta vez con todo lujo de pruebas fehacientes. Sí parece, por lo demás, que la actriz se sintió muy vinculada sentimentalmente al director de orquesta Leopold Stokowski, el hombre en cuestión, que había llegado a Hollywood para intervenir en una de aquellas inefables «películas con orquesta» y fue presentado a Greta por la escritora Anita Loos. Poco después de conocerse y mostrarse asiduamente en público, Stokowski se divorció de su segunda mujer, y en febrero de 1938 el músico y la actriz se reunieron en Ravello, en una villa aislada del Mediterráneo italiano, donde pasaron un mes. La pareja continuó viajando junta por espacio de cuatro meses, y en Nueva York un periódico llegó a publicar la fecha precisa de la boda. Pero en julio, Stokowski regresaría solo a Estados Unidos y contraería nuevo matrimonio poco después con la millonaria Gloria Vanderbilt. Greta, una vez más en solitario y sin decir palabra, regresó en septiembre.

Para la que iba a ser última etapa de su carrera, Greta Garbo consiguió de la Metro que le dejasen cambiar de género. No sin recelos de los productores, y tras muchas vicisitudes, Greta interpretó, a las órdenes de Ernst Lubitsch (otro director emigrado de Europa, y con el que Greta, gran admiradora de su obra, deseaba trabajar), su primer gran papel de comedia, *Ninotchka,* 1939, por primera vez sin trasfondos misteriosos, trajes de lamé ni pieles, pasiones desenfrenadas ni finales trágicos. «Garbo







ríe» fue el slogan de lanzamiento, y con ella todo el público rió, a carcajadas, en la espléndida sátira suavemente anticomunista coescrita por el también germánico Billy Wilder. Dos años después, Garbo, dirigida de nuevo por Cukor, quiso insistir en la vena ligera con *La mujer de las dos caras (Two-faced Woman),* pero la cinta, mal escrita y con graves problemas de censura en su estreno, fue un fracaso artístico y comercial que afectó seriamente a la actriz. Garbo pensó, y quizá con razón, que el público no se acostumbraba a verla en papeles de comedia americana de los que tanto éxito proporcionaban en esas fechas a Katherine Hepburn, por ejemplo.

Deprimida por el fracaso («absurdo vehículo... resulta tan desagradable como encontrarse borracha a la propia madre», escribió del filme la revista *Time)* y muy preocupada por la guerra mundial iniciada en suelo europeo, Greta, a sus 35 años cumplidos, inició callada, pero resueltamente, su abandono del cine. Muchas teorías existen sobre esa decisión, como sobre los enigmas de su eterna soltería. Quizá la más convincente sea la que insinúa —como se dijo al comienzo— su convicción de estar de más en la etapa cinematográfica de Hollywood que siguió a la segunda guerra; también influyó sin duda, como ha sugerido Alexander Walker, la larga y costosa cadena de dudas, renuncias y aplazamientos no intencionados que la fueron desvinculando de la realidad industrial del cine. Una «vuelta», acabada la guerra, tras esos primeros años de retiro estratégico, hubiera supuesto el temible reencuentro con un *mito,* algo que debió, simplemente, inspirarle miedo. Garbo prefirió esa dorada aura que conservan los que mueren o enmudecen tempranamente y en plenitud. Instalada en 1945 en Nueva York y viajando luego de incógnito por toda Europa, Greta Garbo mantuvo aún durante muchos años la esperanza de un retorno y, por encima de ello, la memoria visible de una personalidad irrepetible.

V. M. F.

Bibliografía básica

ARCONADA, C. M.: *Vida de Greta Garbo, 1929,* Miguel Castellote, editor. Madrid, 1974.

FERNÁNDEZ CUENCA, C.: *Greta Garbo,* Publicaciones del Festival Internacional de Cine. San Sebastián, 1962.

TYLER, P., y otros: *Los films de Greta Garbo,* Aymá. Barcelona, 1979.

WALKER, A.: *El sacrificio del celuloide,* Anagrama. Barcelona, 1972.



El mutismo de la Garbo sólo se rompió en 1978 para desmentir notarialmente los datos que sobre ella y su vida contaba una biografía «falsa y sensacionalista» escrita por Antoni Gronowicz. El enigma de «la Bella Solitaria» aún permanece sin desvelar.



Las carreras: un deporte, una tradición, un sombrero nuevo y una apuesta.

1930

ASCOT: EL MUNDO DE LAS CARRERAS

EL caballo no es tan sólo un noble bruto. Es el animal que, en la paz o en la guerra, más dinero ha movido en la historia de la humanidad. La aparición de los hipódromos estables y la reglamentación de las apuestas significaron uno de los más importantes métodos para enriquecer las arcas de un Estado, allá donde las carreras se convirtieron en deporte popular. Jos Martín, periodista, escritor, actual director de La Revista del Caballo, *desarrolla a partir del premio King George and Queen Elisabeth, celebrado en Ascot en 1930, una visión de lo que ha representado el apasionante mundo de las carreras.*

En la página opuesta, ilustración de una revista antigua que representa una carrera ecuestre en plena acción. Abajo, la joven yegua Detroit, *junto a su sonriente jinete, tras ganar en el hipódromo parisiense de Longchamp el Grand Prix de l'Arc de Triomphe, una de las carreras de caballos más importantes del mundo.*



Longchamp: la yegua* Detroit *ganadora de la carrera.



J. Beraud: Carreras de caballos.

El prestigio y solera de una prueba ecuestre viene dado por su antigüedad, pero sobre todo por la actuación de los grandes caballos —de las mejores cuadras del mundo— que han participado en ellas a lo largo de la historia. Para muchos entendidos el Derby de Epsom, que se celebra en esta localidad inglesa cercana a Londres todos los primeros miércoles de junio desde 1779, y en la que los caballos deben correr milla y media (2.400 metros), sigue siendo la carrera más «clásica» ya que, a diferencia de otras grandes pruebas, aquí los caballos compiten libremente, sin selecciones previas, y es donde se han revelado innumerables «estrellas». En la ilustración, cuadro del pintor J. Beraud representando una carrera de caballos del Carnavalet parisiense, con todo el público vistiendo trajes de época.

Una Estuardo amante de las competiciones hípicas

Viernes, 31 de julio de 1930. Ascot se despierta bulliciosa y mañanera. Ascot, una pequeña localidad de Gran Bretaña en Berkshire, al sudoeste de Londres, muy cerca de Windsor. Es su día grande. Desde que la reina Ana, esa Estuardo amante de la competición a caballo que llegó al trono a sus treinta y seis años con diecisiete hijos muertos, decidiera que Ascot debía ser el centro mundial de las carreras de caballos, allá en el año 1711, la ciudad se vuelca en estos días para recibir, acomodar, alimentar y agasajar a los muchos visitantes que, con motivo de la celebración de la prueba más importante del Reino Unido, llegan a ella. Hoy se disputa el gran trofeo del rey Jorge y la reina Isabel, el *King George* que llaman los lugareños para abreviar, dotado de 1.440 libras, sobre una distancia de seis *furdess*, unos mil doscientos metros, en el que estarán presentes como todos los años los mejores ejemplares de velocidad que existen en las islas.

Los caballos han pasado la noche en sus *boxes* arropados con una manta, a pesar de la excelente temperatura reinante, para evitar que cualquier cambio brusco del termómetro, por leve que éste sea, una corriente de aire, aunque imperceptible, pueda acatarrar tan preciados animales. De amanecida, se pone en marcha la maquinaria: mozos de cuadra, preparadores, ayudantes, propietarios, yoquis, veterinarios se dedican con fruición exquisita a limpiar, relajar, embellecer, acariciar, observar y tratar a sus campeones. El mozo de cuadra se despierta y, nada más poner un pie en el suelo, se dirige presto al *box*, abre los portones y realiza un examen exhaustivo: la piel, por si se ha rozado con las paredes o el suelo, los tendones, las rodillas, los corvejones, el casco, le mira la cara, los ojos, espejo de su salud, le retira la parte posterior de la manta y le acaricia la grupa, no por halagarlo, sino para revisar su temperatura corporal. Todo está en orden. Ya tranquilo, puede ir a desayunar un té caliente acompañado por distintos tipos de panes con mantequilla, el *porridge*, semejante a las gachas españolas o al ñaco americano, de la más rancia tradición, o simplemente huevos fritos con *bacon* y *beans*, judías cocinadas con un toque dulzón. El fuerte desayuno es previsor, porque en un día como hoy nadie puede intuir cuándo volverá a ingerir otro alimento.

El periódico

En la calle, el espectador llegado de cualquier lugar reproduce el desayuno copioso a horas más tardías y con una mayor parsimonia, debido fundamentalmente a la lectura del periódico. Ya saben, el *Times,* porque para los británicos el periódico por antonomasia es el *Times.* Corren tiempos difíciles en el mundo, pero, oficialmente, no hay depresión en Gran Bretaña porque «el periódico» no habla de ella, y cuando lo hace se refiere a otras naciones, a otros lugares del globo. Los británicos aseguran que «si el *Times* predice que va a llover, llueve aunque luzca un sol espléndido». Algo similar ocurre en el aspecto económico. La Gran Depresión de Estados Unidos que sumergió en la ruina a este país el pasado año, 1929, llega a Europa galopando en el más rápido corcel. Aquello ha significado una debacle para los hipódromos norteamericanos, para sus carreras, sus caballos y las correspondientes apuestas, una gran fuente de ingresos para cada Estado y su cría caballar. No era la primera vez que las carreras, el *turf,* sufría tan duro golpe. Los cuarenta años que siguieron a la guerra de Secesión suelen describirse como la edad de oro de las carreras en Estados Unidos. Durante este tiempo, los caballos de crianza americana empezaron a competir en Gran Bretaña con no poco éxito, pero la imagen del deporte empezó a verse manchada por la conducta inmoral de quienes se preocupaban exclusivamente de conseguir un corredor rápido. Ni siquiera la formación de un club americano al estilo del Jockey Club (sociedad fundada en 1750 en Newmarket, Inglaterra, que rige, controla y domina el mundo de las carreras en el Reino Unido con tal fuerza que fue capaz, en 1791, de sancionar y descalificar al príncipe de Gales, el futuro Jorge IV, tras una investigación en torno a las sospechosas circunstancias en las que corría su caballo *Escape)* pudo frenar la oleada de indignación pública, tan poderosa que llevó a prohibir o restringir seriamente las carreras en un Estado tras otro.

Sólo se salvaron Maryland y Kentucky, e incluso en este último Estado la amenaza se esquivó a duras penas. Poco después del *derby* de Kentucky de 1908, el alcalde de Louisville, ante la presión de los grupos reformistas, rehabilitó una casi olvidada ley en contra de los corredores de apuestas. Sin el aliciente del juego, Churchill Downs estuvo a punto de cerrar sus puertas. Sin embargo, el coronel Matt Winn, principal responsable de que las carreras clásicas recuperasen un lugar de honor, solventó el problema adoptando una idea francesa, las apuestas mutuas o totalizadoras. Según este sistema, las ganancias o dividendos se deciden en relación directa con las cantidades invertidas en cada caballo. Sin la competición de los corredores, esta maquinaria de apuestas cosechó un éxito inmediato, éxito que no tardó en llamar la atención de los legisladores, que vieron en él una forma lucrativa y cómoda de recaudar impuestos.

El péndulo de la balanza empezaba a equilibrarse; poco a poco, las carreras recuperaron el favor del público, mientras que el Jockey Club y sus organismos asociados ejercían un control absoluto. En cada Estado, empero, se establecieron comisiones para autorizar las pistas y supervisar los encuentros dentro de unos límites. La única forma de juego autorizada tenía lugar a través de los totalizadores o mutualistas; un porcentaje de las recaudaciones totales iba a engrosar las arcas del Estado, y la porción restante se invertía de nuevo en el deporte. Así, cuanto más apasionante fuese la carrera, mayores serían las inversiones públicas, y mayores también los beneficios de los diversos gobiernos federales. Los propios estados tenían ahora cierto interés en el éxito del deporte, pese a lo cual la recuperación fue lenta, pues la interrupción casi total del juego había supuesto



Elegancia en la moda del hipódromo.

Portada de Le Figaro Illustré *de principios de siglo en la que puede verse a dos señoras elegantemente vestidas charlando entre ellas durante el desarrollo de una de las pruebas. Una escena muy típica de cualquier hipódromo. Aparte del Derby de Epsom, la Copa de Oro de Ascot y el King George and Queen Elisabeth Stakes —las tres grandes pruebas clásicas de Gran Bretaña—, otras carreras de prestigio mundial son el Grand Prix de l'Arc de Triomphe, de París; el Gran Premio de Berlín; el Washington International, el Derby de Kentucky (EEUU), y la Gran Copa de Melbourne (Australia). La más popular del mundo es una carrera de obstáculos (en la que, por tanto, la velocidad deja paso a la pericia y, según los entendidos, demasiado a la suerte), el Grand National, que se celebra en Aintree, Inglaterra, a principios de abril, desde 1839.*

La familia real británica hace su entrada en el hipódromo de Ascot poco antes del inicio de la tradicional carrera ecuestre, en el verano de 1980. La reina Isabel II, tocada con un sombrero de plumas, aparece entre su hermana, la princesa Margarita, y su marido Felipe de Edimburgo, príncipe consorte. Al fondo, en el centro de la fotografía, la reina madre, acompañada de su nieto Carlos, príncipe de Gales, y su prometida Diana Spencer. El que la bella Diana Spencer apareciera en Ascot en el palco de la familia real confirmó su compromiso con el príncipe Carlos, heredero del trono del Reino Unido, con quien contrajo matrimonio un año más tarde.

poco menos que la bancarrota. El mercado de caballos pura sangre había tocado fondo durante el período en que menudeaban las oportunidades de correr, cuando los mejores ejemplares se habían vendido, muchas veces a precio de saldo, debido a las medidas protectoras introducidas en Gran Bretaña y Francia.

Sin embargo, el resurgimiento de las carreras y de sus apuestas fue total. Los felices años veinte formaron una masa de ciudadanos norteamericanos procedentes de una clase media que se enriquecía falsamente con dinero ficticio, con operaciones bursátiles que acabaron en el *crack*. Estos nuevos ricos solían ser aficionados a las carreras, compraban caballos pura sangre, mantenían pequeñas cuadras y apostaban con ilusión enormes cantidades de dinero. Mantener una yeguada, poseer un caballo ganador o simplemente estar dentro del mundo del *turf* americano aun a costa de pérdidas materiales significaba subir un escalón social, penetrar en una élite que pocos habían soñado hasta entonces. El optimismo desmesurado desembocó en tragedia y el «dorado sueño americano» acabó a veces en suicidio, otras en una ruina que obligó a malvender caballos, a abandonar tierras de pastizal o a olvidarse, al menos de momento, del hipódromo. Por un tiempo, será la depresión la que galope en Occidente.

La importancia del vestido

Pero *british are british*, los británicos son los británicos, y aunque la crisis mundial golpea cada vez más duramente en toda Europa, los ciudadanos de la otrora «pérfida Albión» se niegan a reconocerlo en público, y tan sólo cuando hay que apretarse el cinturón en la cocina, en los gastos caseros o en la vida cotidiana se piensa, en el fuero interno, que algo está pasando. Son momentos duros, pero no tanto como para abandonar la costumbre de asistir a Ascot, de gastarse los pocos chelines de la hucha en probar suerte con un caballo. Es verdad que los trajes para tan ceremonioso momento son del año pasado, algo raídos por el tiempo, cuando antes era impensable que un vecino pudiera ver en el hipódromo a un buen ciudadano y su esposa con el mismo vestido de antaño, y el sombrero, una prenda imprescindible que debe cambiar en cada celebración, ha sufrido algunas modificaciones para disimular su uso. Si era de color gris, un tinte lo ha convertido en negro, si llevaba la banda negra, se ha cambiado por una de tono crema, si el sombrero de la señora portaba plumas, hase trocado por cerezas. Aquí no pasa nada.

Aquí no pasa nada porque desde hace siglos el viejo imperio se ocupa de que no se pierda

La familia real británica ha mantenido la tradicional afición a la hípica.



su vieja tradición ecuestre y la Corona es uno de los estamentos más empecinados en ello. En otros tronos, el amor a la cultura, la música, la pintura, las artes en suma, a la paz o la guerra ha sido una constante que se transmite de generación en generación. En Gran Bretaña, el nexo de unión es el caballo y todas sus modalidades deportivas. Ricardo Corazón de León es uno de los primeros en darse cuenta del provecho que la ganadería caballar inglesa puede obtener con una transfusión de sangre oriental, e importa sementales árabes que cruza con yeguas locales seleccionadas. A continuación, organiza la primera carrera regular conocida en Europa, a la que dota regiamente con cuarenta libras de oro. En el siglo XVI, Enrique VIII crea la Saint George Bell (la Campana de san Jorge) y ofrece como trofeos hípicos las bateas, bandejas de orfebrería antecesoras de las copas y placas, lo que dio lugar a una popularización de carreras locales precursoras de la modalidad del *cross-country*. El Estuardo Jacobo I realiza en el siglo XVII el primer reglamento y crea en Newmarket el primer hipódromo; Carlos I y Carlos II dan un nuevo impulso a las carreras que apasionan a la plebe dotando de importantes premios a las pruebas, con lo que la importación de sementales de categoría aumenta. Durante el reinado de Guillermo III aparece «la trinidad» los tres caballos que dieron origen a la raza pura sangre inglesa, base y protagonista de las carreras de caballos.

Porque desde este origen, el caballo de carreras va indefectiblemente unido a la realeza, al poder y a la suerte. Así, todos los amantes de la hípica conocen la historia de tres ejemplares famosos a los que se ha llamado «la trinidad»; *Byerley Turk* fue llevado desde Budapest a Inglaterra por el noble capitán Byerley, con el que peleó por tierras extrañas; *Darley Arabian*, que venía de Palmira, fue trocado entre hermanos por un fusil del último modelo, y *Godolphin* era un regalo poco estimado del bey de Túnez a Luis XV, quien se deshizo del animal, y cuando tiraba modestamente de un carro en las calles de París fue comprado por un viajero inglés. Este mito aún subyace en la mente de los apasionados y se basa en dos premisas: el deporte del caballo es digno de reyes, y un caballo, con un golpe de suerte, puede hacer un millonario.

La carrera

Ascot, en este año de 1930, no ha perdido un ápice de su tradición. Con cierto nerviosismo e ilusión, los apostantes sueñan con profetizar el ganador, unas libras nunca vienen mal,



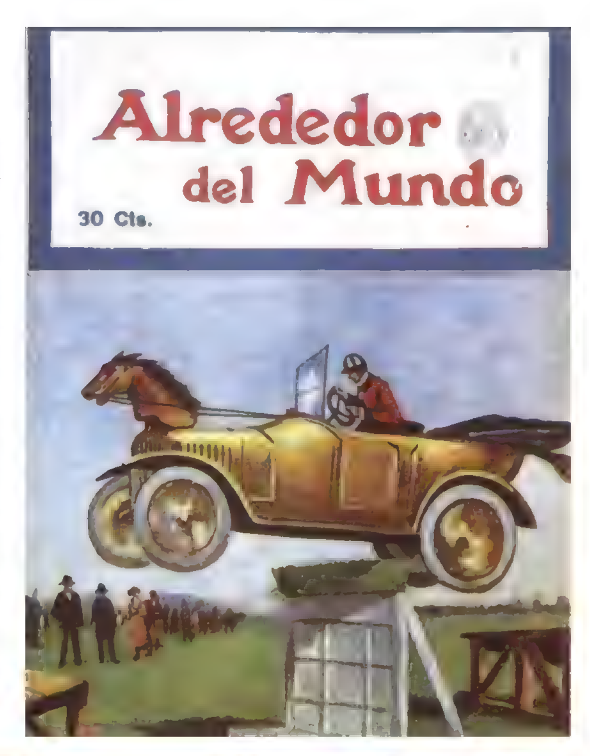
Yóquey y propietario, amor tras la victoria.



***Portada del* Illustrated London News.**

Arriba, Ron Franklin, 18 años, 1,52 metros de estatura, 48 kilos de peso, yóquey de profesión, abraza emocionado al propietario del caballo Spectacular Bird, *ganador (siempre gana el caballo, no el jinete, en términos jurídicos) del prestigioso Derby de Kentucky (EEUU). Abajo, hombres y mujeres elegantemente vestidos presencian una carrera de caballos a principios de siglo.*

Arriba, curiosa portada de la revista Alrededor del Mundo *en la que un coche con cabeza de caballo salta un obstáculo de prueba hípica. El jinete de competición que más victorias ha obtenido hasta ahora en su vida profesional es el norteamericano, de Texas, Willie Shoemaker, alias* The Shoe (El Zapato), *que con sus 141 centímetros de estatura ha logrado más de 8.000 triunfos en 33 años de competición. En España, Claudio Carudel, de 52 kilos y 46 años, ha conseguido en 30 años de monta ser nombrado 16 veces «mejor jinete del año». En el hipódromo madrileño de La Zarzuela puede vérsele cada domingo protagonizando bellas escenas como la de la fotografía. Caballos y yoquis se esfuerzan al máximo para alzarse con la victoria.*



los profesionales sueñan con ganar la carrera y, al cabo, sólo unos pocos lograrán su propósito. En las tribunas el gentío se apresta a conseguir un buen lugar que le permita ver la carrera y todo lo que se mueve alrededor de ella: sus protagonistas, jinetes y caballos, personalidades, directivos, apostadores profesionales, técnicos e incluso intelectuales y artistas que no quieren perderse tal evento para disfrutarlo y, al mismo tiempo, sacar provecho dejándose fotografiar para el *Illustrated London News* o cualquier otra revista ilustrada. En las cuadras, preparadores y veterinarios ejercen su labor en última instancia, dan las órdenes precisas e imparten su sabiduría en beneficio del resultado final. Hay nervios y emoción. Cada contrario es observado minuciosamente para encontrar el resquicio que pueda propiciar el triunfo. Las apuestas comienzan su cántico, trece a uno para *Pladda,* cuatro a uno para *Tag End;* y así, una y otra vez, el personal sigue gastándose un dinero imposible.

Yoquis y potros unidos en su lucha por la victoria.

Todos esperan el momento cumbre. Por un instante, las voces callan, el silencio se adueña del recinto, no hay apuestas y las miradas se dirigen hacia la verja principal. Atención: llega el rey. Y aquello que parece una instantánea, una fotografía colorista, toma vida en caluroso aplauso. El carruaje real, tirado por cuatro caballos en pares guiados por dos jinetes montados ambos en los equinos de la izquierda, atraviesa el camino hasta el palco de honor. En él, viajan el rey Jorge V, y su egregia esposa, junto al príncipe de Gales, Eduardo, y su hermano Jorge. La aparición de Eduardo produce una enorme emoción después de que su padre le prohibiera practicar la equitación deportiva por temor a que algún accidente grave, ya ha tenido varios, pudiera separarle del trono o imposibilitarle para las altas tareas a las que está llamado por su sangre. Afortunadamente, el príncipe ha aceptado la decisión paterna por razones de Estado, pero ha sentido tener que abandonar la práctica de una de sus pasiones más fuertes: el deporte hípico.

Mientras tanto, los yoquis preparan su vestimenta y montura con el *handicap*, el peso que les ha correspondido de más. Escuchan la primera campanada y se dirigen al pesaje con su silla de montar bajo el brazo y los lingotes de plomo correspondientes, para presentarse a los comisarios en el cuarto de balanzas. Allí, los *handicapers* o jueces comprueban uno a uno que las condiciones exigidas para la carrera son las adecuadas y conformes a la ley que rige este premio. El tablón de anuncios señala el número del caballo, el nombre del yóquey, el lugar que ocupará según la suerte en la cinta de salida y otros detalles para el conocimiento general. Luego, con la segunda campanada, propietarios y preparadores dan las últimas instrucciones a sus pupilos, quienes, al mismo tiempo, comprueban por vez postrera su equipo. Montan a caballo. Dan algunas vueltas en el *paddock* para que los curiosos observen los pura sangres y cuando escuchan la tercera campanada salen a la pista. Hay entonces un intento contenido en el interior de cada apostante por dar fuerza a su caballo favorito mientras dan vueltas hasta colocarse en la línea de salida. Los litigantes quedan a las órdenes del *starter* o juez de salida. Todos están en sus puestos: la familia real, las personalidades, los aficionados, los apostantes, los propietarios, los responsables, los jinetes, los caballos.

Los campeones

Se escucha el sonido del silencio. La bandera cae y se escucha el sonido de la multitud. Parte como favorita la yegua *Pladda* montada por T. Weston, con un porcentaje en las apuestas de diez sobre uno, seguida de *Tag End*, con cuatro sobre uno, y *Tiffin*, con once sobre cuatro. Conforme van tomando posiciones, el griterío aumenta. Es mucho el dinero, las ilusiones que están en juego y en época de crisis aún es mayor lo que se espera de un simple juego. Los prismáticos se desplazan continuamente con el acontecer de la carrera, pero ya se intuye que la lucha final va a darse entre los tres favoritos.

El momento álgido comienza cuando los caballos se dirigen a la recta de llegada. La flema británica desaparece y todos parecen apoyar con su esfuerzo corporal, en especial de las cuerdas vocales, la labor de sus favoritos. Una batalla enconada y, al fin, *Tiffin* entra en la meta como ganador. El preparador, mister F. Darling, da un salto de alegría. Le siguen la favorita *Pladda* y *Tag End*, montado por H. Wragg. El señor Fox, yóquey que ha conducido a la

Abajo, hipódromo de La Rinconada, sito en Caracas, la capital de Venezuela. El nuevo mundo ha sido también un continente de acogida para las carreras de caballos, destacando, aparte de Estados Unidos y Canadá, Argentina y Venezuela.



Caracas, hipódromo de La Rinconada.

meta el caballo ganador, lleva a la salida al caballo, acompañado desde el suelo por su propietario, que recoge el animal mientras que el jinete se dirige nuevamente al peso. Nadie puede tocarle hasta que el juez determine que el peso es correcto, para evitar que en el camino pueda tomar más lastre del que lleva en la carrera.

La decepción del apostante perdedor y la alegría del que ha acertado conviven en el hipódromo. Luego, se entregan los premios con el máximo ceremonial y el *God save the King,* himno nacional, suena nuevamente para despedir a la familia real. Los caballos eliminan el sudor de su esfuerzo al aire libre y en movimiento, mientras los decepcionados propietarios, preparadores, yoquis y ayudantes se consuelan pensando que la próxima vez habrá más suerte. La fiesta ha terminado.

El inmortal poeta griego Homero relata en el canto XXIII de La Iliada *que las pruebas ecuestres (carreras de carros militares) celebradas durante los funerales del héroe Patroclo, fallecido en el sitio de Troya, fueron presenciadas directamente por los dioses, que bajaron del Olimpo y se mezclaron entre la multitud para compartir la emoción de las masas jaleando a sus caballos y aurigas favoritos. La emoción de los minutos de la carrera, en los que cada espectador grita con la boca o con el corazón a su caballo preferido el clásico ¡Corre, corre!, es algo digno de ser vivido al menos una vez. Abajo, postal del Grand Prix en el que la estampa de un caballo se ha formado con la combinación de las figuras de dos bellas mujeres.*

El gran negocio

Pasaron los inquietos años treinta, los desastrosos cuarenta y pasó la guerra que azotó al mundo. Como aquel día de verano en Ascot, los hipódromos continuaron ofreciendo el espectáculo de las carreras, el aliciente de las apuestas, allá donde este deporte atraía el ámbito popular: Estados Unidos, Méjico, Argentina, Chile, Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Australia... La crisis mundial del petróleo enriqueció fundamentalmente algunos países árabes, y aquellos nuevos ricos, caprichosos y derrochadores, invertían sumas tan fabulosas en la compra de pura sangres que se encareció el mercado hasta límites insospechados. A partir de los años setenta es muy difícil encontrar una sociedad propietaria de un caballo de carreras de primera línea de la que no forme parte un opulento árabe.



Postal de época.

En 1983, se produjo un hecho insólito en la historia del *turf:* el secuestro del caballo *Shergar,* valorado en tres mil millones de pesetas, cuyo principal propietario es el Aga Khan. Cuando desapareció, debía cubrir cincuenta y cinco yeguas, lo que representaba para sus dueños unos trece millones de pesetas por cada potro, más la tarifa de apareamiento. Ello significa que la sociedad propietaria del ejemplar perdió en tan sólo siete días medio millón de dólares, unos sesenta millones de pesetas. Las consecuencias de este secuestro fueron calificadas por el propio Aga Khan como devastadoras para la industria irlandesa, ya que allí veinticinco mil personas vivían de la cría del pura sangre de carreras. Según cifras publicadas en 1983, en Irlanda se invertían anualmente dieciocho mil doscientos millones de pesetas en este negocio. En Francia, se hizo público que en ese mismo año la cría de caballos y el hipódromo ocupaban el segundo lugar en la lista de beneficios que llenaban las arcas del Estado galo. En Estados Unidos, un semental de nombre *Northern Dancer* cubría cada yegua por el importe de treinta y cinco millones de pesetas. Valgan estos datos como ejemplo.

Y el Grand National

La carrera más popular del mundo no se corre sobre terreno liso sino con obstáculos, no participan caballos jóvenes sino veteranos, algunos con más de diez años de edad (suelen vivir entre veinticinco y treinta años), que difícilmente sirven para la reproducción o están castrados, y es tal su dificultad y espectacularidad que muchos han dejado su vida en ella. Se trata del Grand National. En 1839, se reunieron en Aintree los mejores caballos y jinetes de caza para disputar un premio de «veinte soberanos por apuesta y la adición de cien soberanos» sobre un recorrido con veintinueve obstáculos, algunos de ellos impresionantes, como el *Becher's Brook* (el Arroyo de Becher, llamado así porque el capitán de este nombre se cayó en él). Desde entonces, la popularidad de

la prueba ha ido en aumento hasta que su retransmisión por las principales cadenas de televisión mundiales hizo de ella el espectáculo hípico visto por mayor número de espectadores cada año.

Dice D. H. Lawrence: «Dentro, en lo más profundo de nuestro ser, galopa el caballo... ¡Galopa, caballo! Símbolo de la potencia arrolladora y de la capacidad de movimiento, de la acción...». Tal vez, al escritor británico se le olvidó decir «símbolo de poder y de dinero...».

J. M. G.

Bibliografía básica

EDWARDS, E. H.: *Enciclopedia del Caballo,* Blume. Barcelona, 1981.

ETIENNE SAUREL: *El caballo,* Noguer. Barcelona, 1976.

ENSMINGER, M. E.: *Producción equina,* Editorial El Ateneo. Buenos Aires, 1978.

ROBERTSON, W. H. P.: *History of thoroughbred in America,* Prentice-Hall Englewood Cliffs. Nueva Yersey, 1965.

ZUENER, F. E.: *History of domesticated animals,* Harper & Row. Gran Bretaña.

LADY WENTWORTH: *Thoroughbred racing stock,* Charles Scribner's Sons. Nueva York, 1938.

La reina Victoria asiste a las carreras.

1930

Ascot: el mundo de las carreras

Arriba, la reina Victoria, que gobernó el Imperio británico desde 1837 a 1901, asiste a la tradicional carrera de Ascot. Una vez, mientras la soberana presenciaba el Derby de Epsom, agitadores irlandeses provocaron un motín antimonárquico en el hipódromo, lo que aumentó el jolgorio festivo de la jornada. Abajo, un yóquey de la prestigiosa cuadra del Aga Khan y la Begum charla con sus patronos, dueños de una inmensa fortuna (cada año el Aga Khan como descendiente de Alí, el yerno de Mahoma, recibía de sus fieles seguidores musulmanes del actual Pakistán su peso en oro y piedras preciosas) y grandes aficionados a las carreras de caballos.



El Aga Khan y su esposa, Salima, en el hipódromo.



Política internacional

Dimite en España el general Primo de Rivera. El general Berenguer le sustituye.
En la Conferencia Naval de Londres se llega a nuevos acuerdos de limitación naval y a desarmes parciales entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón e Italia.
Caída del gobierno de coalición alemán. En las nuevas elecciones, los nacionalsocialistas pasan de 12 a 107 escaños, convirtiéndose en el segundo partido del país.
Carol II es proclamado rey de Rumania.
El rey de Abisinia, Ras Tafari Makonnan, se corona emperador con el nombre de Haile Selassie I.
Frustrada sublevación de republicanos españoles en Jaca. Son fusilados los capitanes Galán y García Hernández.
Rafael Leónidas Trujillo implanta la dictadura en la República Dominicana.
Fin de la ocupación del territorio del Sarre por tropas aliadas.
Movimiento revolucionario en Brasil encabezado por Getulio Vargas. El 3 de noviembre asume el poder mediante una proclama. Suspende la Constitución de 1891 y gobierna de modo autoritario.
Muere en París el general Primo de Rivera.

Sociedad

Mahatma Gandhi inicia una segunda campaña de desobediencia civil en protesta por el impuesto británico sobre la sal. Detenciones masivas en la India.



Arthur Conan Doyle.

Economía

Oposición popular alemana al plan Young por el que Alemania se comprometía a pagar a los aliados hasta 1988 un total de 34.500 millones de marcos.
En Estados Unidos, el presidente Herbert Hoover convierte en ley la tarifa proteccionista Smoot-Hawley. Para defender su economía, otras naciones elevan sus tarifas, lo que incidirá en la ya grave depresión mundial.

Ciencia y tecnología

El astrónomo americano Clyde Tombaugh descubre el planeta Plutón basándose en los cálculos que había hecho P. Lowell veinte años antes.
Amy Johnson vuela en solitario de Gran Bretaña a Australia.
Descubrimiento de las ruinas de Sodoma.
Se inaugura el primer supermercado en Estados Unidos.
Vacuna preventiva contra la fiebre amarilla descubierta por Theiler.
Inauguración del ferrocarril entre Turkestán y Siberia.
El avión Domier DO X, con capacidad para 170 pasajeros, vuela sobre Amsterdam, Río de Janeiro y Miami, en su ruta a Nueva York.
Premio Nobel de Fisiología y Medicina a Karl Landsteiner por su descubrimiento de los grupos sanguíneos.

Sucesos

Es detenido el famoso «Vampiro de Dusseldorf».

Deportes

Uruguay gana la final en el I Campeonato Mundial de Fútbol.

Literatura

Sinclair Lewis, premio Nobel.
Thomas Stearns Eliot: Miércoles de ceniza.
John Dos Passos: Paralelo 42.
Nicolás Guillén: Motivos del son, sóngoro cosongo.
Salvatore Quasimodo: Aguas y tierras.
José Ortega y Gasset: La rebelión de las masas.
Dashiell Hammett: El halcón maltés.
Winston H. Auden: Poemas, 1930.
Alfred Rosemberg: El mito del siglo XX.
Muere Sir Arthur Conan Doyle.

Cine

Lewis Milestone: Sin novedad en el frente.
Josef von Sternberg: El ángel azul.
Howard Hughes: Los ángeles del infierno.
Jean Cocteau: La sangre de un poeta.

Mervyn Le Roi: Hampa dorada.
Oscar al mejor actor a George Arliss por Disraeli, *y a la mejor actriz a Norma Shearer por* La divorciada.

PHILHARMONIA
PARTITUREN • SCORES • PARTITIONS

BÉLA BARTÓK
STREICHQUARTETT II
VONÓS NEGYES . STRING QUARTET
QUATUOR À CORDES

Eigentum der
Universal-Edition A. G. Wien-Leipzig-New York
und mit deren Genehmigung in die
PHILHARMONIA-Partiturensammlung aufgenommen

WIENER PHILHARMONISCHER VERLAG A. G.

Bela Bartok.

Teatro

Noel Coward: Vidas privadas.
George Bernard Shaw: El carro de las manzanas.

Música

Leos Janácek: Desde la casa de los muertos.
Kurt Weill y Bertolt Brecht: Ascensión y caída de la ciudad de Mahagonny.
Arnold Schönberg: Acompañamiento para una escena filmada.
Igor Stravinski: Sinfonía de los salmos.
Bela Bartok: Cantata profana.

Pintura y escultura

Pablo Picasso: Bañista sentada.
Camille Bombois: Atleta de feria.
Thomas Benton: Escenas de ciudad.
Grant Wood: Gótico americano.
Fallece Julio Romero de Torres.

Arquitectura

Pier Luigi Nervi, Estadio comunal, *Florencia.*
Shreve, Lamb y Harmon, Empire State Building. *Nueva York.*



Sherlock Holmes, *edición alemana.*



***Julio Romero de Torres:* Chiquita piconera.**

1931

LA CAIDA DE ALFONSO XIII Y LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA

ENTRE el 28 de enero de 1930, en que la dimisión del general Primo de Rivera pone fin a su Dictadura, y el 18 de julio de 1936, en que una sublevación militar da comienzo a la guerra civil más sangrienta de nuestra historia, se agudizan extraordinariamente las contradicciones sociales y las tensiones políticas en España. La Segunda República no fue un acontecimiento aislado, sino un eslabón más en la cadena de quince nuevas repúblicas que se instauran en Europa entre 1910 (Portugal) y 1931 (España). El proceso obedece al reajuste subsiguiente a la Primera Guerra Mundial.

«¡No se ha ido, que le hemos barrido. No se ha marchao, que le hemos echao»! eran algunos de los gritos que podían oírse en las calles de Madrid el 14 de abril de 1931, fecha de la proclamación de la Segunda República Española. Abajo, el rey exiliado se dispone a tomar el tren París-Londres para visitar a la familia real británica con la que estaba emparentado. A la derecha, un orador republicano arenga al pueblo madrileño el día de la proclamación del nuevo régimen, bajo una bandera tricolor.

Adiós a un rey. No hubo aclamaciones en la estación.



Bienvenida la república. Alegría en las calles.



Tras el golpe primorriverista la monarquía perdió el apoyo popular.

Arriba, Alfonso XIII junto a Primo de Rivera y su Directorio Militar el día de la instauración de la Dictadura primorriverista en 1923. Desde entonces, la monarquía perdió la mayor parte del apoyo popular, y el rey pagó su error ocho años más tarde. Abajo, el ya destronado Alfonso XIII aprende a jugar al golf en Gran Bretaña, la tierra de su esposa, Victoria Eugenia de Battenberg. En la página opuesta, postal oficial de los reyes, acompañados de su hijo primogénito Alfonso, príncipe de Asturias.

Antecedentes

El reinado de Alfonso XIII conserva, al menos formalmente, el sistema político establecido en 1875 por la Restauración canovista. Pero el tinglado restauracionista se ha tambaleado en 1898 y ha entrado en barrena en 1917, fecha en la que, en un reflejo español de la Primera Guerra Mundial, se plantea una auténtica crisis estructural del sistema.

La crisis obedecía a complejas razones, tanto económicas como sociales y políticas. Entre las primeras hay que señalar un precario desarrollo capitalista, «anclado en su estadio agrario» (Acosta Sánchez) y controlado por una oligarquía rapaz. En el aspecto social, la lenta aparición y organización política y sindical del proletariado y la existencia de un numeroso campesinado, tan falto de tierra, trabajo e instrucción, como sobrado de hambre e ignorancia. En el terreno político, el Estado burgués de la Restauración ha construido un sistema parlamentario de fachada impecable, en cuyo interior habita cómodamente la burguesía —y ni siquiera todos sus sectores—, pero nadie más. La corrupción programática del sufragio universal a través del *caciquismo,* elevado poco menos que a institución, convierte el sistema parla-

Juego de golf para un ex rey.

mentario en una bufonada de dudoso gusto.

Por otra parte, el creciente proceso de urbanización y de industrialización y concentración del sistema económico —todo lo precario que se quiera, pero que en torno a 1920 está ya básicamente determinado— introduce factores políticos y sociales que se van a dejar sentir a lo largo del reinado de Alfonso XIII (1902-1931). Hay que destacar la autentificación cada vez mayor del sufragio en los núcleos urbanos, que va marcando el progresivo distanciamiento de la monarquía de amplios sectores de la España urbana, acompañado todo ello de graves y mayores tensiones sociales.

La Dictadura del general Miguel Primo de Rivera

Cuando el bloque en el poder considera que no logra detener el proceso por los tradicionales métodos políticos, decide liquidar el parlamentarismo con el recurso a la Dictadura militar del general Primo de Rivera (1923-1930), a la que no fueron ajenos factores de menor monta como las responsabilidades del desastre de Annual y las veleidades militaristas del propio monarca. Pero la Dictadura llevó al callejón sin salida que era. Incapaz de constituirse en un sistema duradero, a pesar de los deseos y torpes intentos del dictador (Unión Patriótica, etc.), no resolvió los problemas económicos, que se fueron agravando, y dejó prácticamente intactos todos los problemas políticos (salvo el marroquí) a cuya solución se decía llamada. El error garrafal en que cayó toda la élite política, rey incluido, fue suponer que, liquidada la Dictadura, se podía volver impunemente al parlamentarismo corrompido por el propio sistema, como si todo siguiera igual que en 1923. Tal error le costó la corona a Alfonso XIII, y a la nación le mereció la Segunda República.

España en los albores de los años treinta era, antes y más que nada, un país agrario por lo que a población se refiere. El censo de 1930 daba algo más de 23,5 millones de habitantes, de los que más de 3 millones vivían en 11 ciudades de más de 100.000 habitantes. La población rural (localidades de menos de 10.000 habitantes) superaba los 13 millones. Y éste no es un dato más. El problema campesino no sólo condicionó en gran medida el curso de la Segunda República, sino que fue un factor importante en el estallido de la Guerra Civil. El arcaísmo de la estructura agraria española permitía que unas diez mil familias poseyeran más de la mitad de la tierra catastrada (Pascual Carrión). Más de un millón de trabajadores agrícolas no poseían un palmo de tierra. La heterogeneidad estructural interna de la economía española (X. M. Beirás), permitía la coexistencia de elementos precapitalistas, o mejor protoindustriales, cuando otros sectores habían entrado ya en la fase del capital monopolista.



Los reyes de España con el príncipe de Asturias en brazos. Postal de época.



Pablo Iglesias dirige la palabra al público madrileño.

El año de 1930

«Destituido, más que dimitido, Primo de Rivera» (Tuñón de Lara), el rey otorgó el poder al jefe de su Casa Militar, general Dámaso Berenguer, quien formó un gobierno conservador, al que un político tan moderado como Ossorio y Gallardo calificó de «tertulia palatina». Más que de un cambio se trataba de un simple relevo de quienes ejercían el poder. Un conservador, Bugallal, con perspicacia muy propia de su mentalidad, fue capaz de decir: «Aquí no ha pasado nada. Estamos en el año veintitrés». Habían pasado menos cosas de las que iban a pasar.

En efecto, se recrudeció la conflictividad social «remansada» por la Dictadura, y los sectores políticos contrarios a la misma se lanzaron ya a una oposición abierta a la monarquía, a la que, uno tras otro, van abandonando políticos notorios como Sánchez Guerra, Ossorio y Gallardo, Alcalá Zamora o Miguel Maura, muchos de los cuales desempeñarían importantes papeles en el inminente futuro republicano. Personajes, todos ellos, situados en una perspectiva burguesa reformista, nada proclive a veleidades revolucionarias. «La república... no nació de una lucha sangrienta, sino de... un consenso antimonárquico» (E. Malefakis).

Arriba, Pablo Iglesias Posse (El Ferrol, 1850 - Madrid, 1925), tipógrafo fundador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y primer diputado de esa ideología en España, da un mitin en una plaza madrileña antes de la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera. Abajo, el Comité Revolucionario Republicano es puesto en libertad a finales de marzo de 1931, en plena descomposición de la Dictadura y la monarquía. El socialista Largo Caballero, que pronto será ministro de Trabajo de la República, es abrazado por un entusiasta. A su lado, Miguel Maura, republicano conservador y próximo ministro de la Gobernación.

Un entusiasta abrazo a Largo Caballero al ser puesto en libertad en 1931.



Manifestación obrera en Madrid a principios de siglo.

Por su parte el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y su central sindical, la Unión General de Trabajadores (UGT), que habían salido notablemente fortalecidos de la Dictadura (el PSOE pasó de 8.215 afiliados en 1923 a 16.878 en 1930 y la UGT de 210.617 a 287.333 en las mismas fechas), distan mucho en la coyuntura del cambio de régimen de ningún enfrentamiento global con él sistema establecido. Esta moderación iba a ser aprovechada por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que, aunque muy quebrantada por la represión de la Dictadura, se recuperó rápidamente y fue legalizada en 1930, para canalizar el descontento de los sectores proletarios y campesinos más radicalizados.

Las fuerzas republicanas se agrupan en el pacto de San Sebastián (27-8-1930), del que sale un Comité Revolucionario. Dada la composición y carácter de las fuerzas coaligadas, se hace necesario un pacto con alguna organización de masas que apoye el cambio de régimen. El acuerdo con el PSOE se alcanzó en octubre, y la CNT prestó su apoyo a principios de noviembre. Huelgas obreras y estudiantiles hacen subir la temperatura política. El 15 de noviembre José Ortega y Gasset publicó en *El Sol* un artículo famoso, titulado «El error Berenguer», que terminaba así: «¡Españoles: vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est monarchia.*»

Faltaba el detonante, y se había pensado, en la más clásica tradición decimonónica, en el pronunciamiento militar apoyado por la huelga general. El 12 de diciembre de 1930 el capitán Fermín Galán proclamó la república en Jaca. La precipitación y la falta de coordinación aislan esta sublevación; Galán y el también capitán García Hernández fueron fusilados el domingo 14 de diciembre. Buena parte de los miembros del Comité Revolucionario fueron detenidos, y el movimiento, previsto para el día 15, resultó un fracaso en Madrid, pero no en muchos lugares de España, donde estallaron formidables huelgas y hubo serios enfrentamientos. Se declaró el estado de guerra. La intentona de derribar la monarquía por la vía insurreccional había fracasado. Quizá por ello el gobierno mantuvo la convocatoria de elecciones a Cortes, con el empecinado convencimiento de que se podía volver a poner en marcha la máquina electoral como antes de 1923.

El año de 1931 empezó con una huelga universitaria, abiertamente política. El 10 de febrero, Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala presentaron a la nación, en sonado manifiesto, su agrupación «Al servicio de la República». El juicio contra los miembros del Comité Revolucionario detenidos en diciembre de 1930 se convirtió —con la condena a seis meses y un día y la inmediata puesta en libertad— en un juicio contra la monarquía.

El apoyo obrero y popular fue fundamental para el advenimiento y proclamación de la Segunda República española, pero el nuevo régimen —acosado por la crisis económica internacional, la incultura secular y el extremismo político— fue incapaz de satisfacer rápidamente las demandas de numerosos sectores de la sociedad española. En la fotografía, manifestación obrera en Madrid pidiendo «Pan y Trabajo» y «Libertad para los presos políticos y sociales».

La crisis laboral producida por la suspensión de las obras públicas en algunas ciudades, y la crisis olivarera en el campo andaluz, desencadenaron una serie de huelgas. Romanones convenció al rey de que había que convocar elecciones municipales antes de las legislativas y de que, para ello, hacía falta otro gobierno. Lo presidiría, tras intrigas palaciegas y alguna reunión tensa, otro militar, el almirante Aznar, y de él formaría parte el propio Berenguer como ministro del Ejército. El gobierno quedó constituido el 18 de febrero y, según Tuñón de Lara, «representaba un amplio abanico de las fuerzas sociales dominantes». Las elecciones serían triples, municipales, provinciales y legislativas; las Cortes elegidas acumularían funciones de ordinarias y constituyentes.

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931

Las elecciones se celebraron el domingo 12 de abril de 1931, con limpieza y en orden y con una participación ciudadana que rondaba el 70 por 100 del censo electoral. La conjunción republicano-socialista ganó en 41 de las 50 capitales de provincia y en la mayoría de los núcleos urbanos importantes. Los propios monárquicos, como para contradecir la mucha tinta vertida sobre el tema, fueron desde el principio conscientes de lo que significaban las municipales: el rechazo nacional a la monarquía. El mismo Romanones fijó así su posición: «... se carece de fuerza moral para emplearla (la fuerza) contra las manifestaciones del sufragio. El



La joven República española, un retrato de ojos esperanzados.

Cartel de propaganda republicana en el que una bella mujer aparece tocada con el gorro frigio y una diadema de torres almenadas, sustituto de la antigua corona real en los escudos y símbolos oficiales. A partir del 14 de abril de 1931 numerosos capitales comenzaron a salir de España hacia el extranjero, enviados por la oligarquía y las clases altas que «tenían miedo» y, aunque se autocalificaban públicamente de «patriotas», se negaban a colaborar con el nuevo régimen salido de las urnas y la voluntad popular. Latifundista hubo en Andalucía y Extremadura que dejó de cultivar sus tierras, arruinándolas y enviando al paro forzoso a cientos de jornaleros. A éstos se les decía con sorna: «¿No queríais república? Pues hala, comed república». De estas provocaciones y otras similares, procedentes de los extremismos, salieron las tempestades que acabaron en guerra civil y asolaron el país, anegándolo en sangre.

máuser es un arma inadecuada contra el voto.» En el consejo de ministros celebrado el día 13, sólo De la Cierva y Bugallal se mostraron partidarios de mantener la monarquía por la fuerza; incluso el rey rechazó el recurso a la violencia. Mientras tanto, el ya casi gobierno provisional de la Segunda República española, negociaba desde el domicilio de Miguel Maura el traspaso de poderes y la salida del rey, que fue exigida para antes de la puesta del sol del día 14 de abril.

El 14 de abril de 1931. La proclamación de la república

El 14 de abril de 1931 fue una jornada memorable en la historia de España. A las siete de la mañana la república estaba proclamada en Eibar, y muchedumbres ingentes llenaban alegremente las calles de Barcelona, Valencia, Zaragoza, Oviedo, Gijón y otras muchas ciudades españolas. Madrid rebosaba de gente; desde las tres de la tarde ondea sobre Correos la bandera republicana. A las seis y media de la tarde el Comité Revolucionario sale de la casa de Miguel Maura, situada en la calle del Príncipe de Vergara, y en varios coches se dirige al Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Es tal el entusiasmo popular que tardaron hora y media en llegar a su destino. Miguel Maura y Largo Caballero fueron los primeros en llegar junto al edificio, y encontraron la bandera republicana ondeando y la puerta cerrada, aunque pronto se abrió y apareció un piquete de la Guardia Civil cerrando el paso. Miguel Maura se cuadró ante ellos, se descubrió y dijo: «¡Señores: paso al gobierno de la república! Los soldados, como si lo hubieran ensayado previamente, abrieron el paso y, en dos filas, una a cada lado, presentaron armas» (Miguel Maura).

Esa misma noche, en el edificio de la Puerta del Sol, constituido ya el gobierno, procedió Alcalá Zamora a dictar, sin una sola nota y sin la menor vacilación, los 16 decretos publicados al día siguiente en la *Gaceta de Madrid,* por los que quedaba legalmente instaurado el nuevo régimen político español.

Las Cortes constituyentes

La Segùnda República hubo de enfrentarse a muchos más problemas de los que supo y pudo resolver. Por un lado, a la articulación de un Estado moderno sin tocar el aparato del Estado monárquico. Por otro, a los problemas militar, eclesiástico y agrario. Y, de fondo, la incesante actividad conspiratoria de sus enemigos: «La conspiración (monárquico-católica, militar y financiera, integrista y fascista) contra la Segunda República comienza prácticamente al día siguiente de ser proclamada» (Daniel Sueiro).

Formado el gobierno provisional, las elecciones a Cortes constituyentes se celebraron el 28 de junio de 1931, con el triunfo de la conjunción republicano-socialista. La Constitución de 1931, la más avanzada de nuestra historia constitucional, fue aprobada el 9 de diciembre de 1931. El 11 de mayo, tras una violenta pastoral del cardenal Segura, la república tuvo su primer tropiezo serio en la quema de conventos del 10 de mayo en Madrid y en otras varias ciudades. El ciego anticlericalismo de la época

En el centro de la fotografía de arriba, Indalecio Prieto (socialista, ministro de Obras Públicas), Niceto Alcalá Zamora (conservador, católico, presidente de la República) y Manuel Azaña (republicano radical, primer ministro y futuro presidente de la República), los tres con el sombrero en la mano. Abajo, saqueo del madrileño convento de Isabel la Católica el 11 de mayo de 1931.



Indalecio Prieto, Alcalá Zamora y Manuel Azaña.



Asalto al convento madrileño de Isabel la Católica.

La llamada «cuestión social» y el «reparto de tierras» en el sur fueron dos problemas arrastrados durante siglos. El lujo de unos pocos y la miseria de los más incitaban al enfrentamiento de las dos Españas. En la foto, reconstrucción ante el juez de la entrada a la casa del gaditano pueblo de Casas Viejas en la que se atrincheraron el anarquista Seisdedos y su familia, tras una fracasada proclamación en la localidad del «comunismo libertario» en 1933. Un guardia de Asalto resultó muerto, y otro herido, igual que un sargento de la Guardia Civil. La casa fue incendiada y todos sus moradores perecieron quemados o ametrallados. Dos horas después, otros catorce jornaleros «anarquistas» fueron detenidos, maniatados y fusilados en un corral por «las fuerzas del orden». Según su capitán, esto se hizo «para ejemplarizar».

respondía de forma tan radical al secular apoyo de la Iglesia católica a los poderosos.

El «bienio azañista»

Elevado Alcalá Zamora a la presidencia de la república, Manuel Azaña Díaz va a ser la figura descoyante de este primer bienio republicano. Frente al problema militar, Azaña aligeró un ejército sobrecargado de mandos hasta extremos grotescos (195 generales y 16.926 jefes y oficiales para unos 105.000 hombres de tropa), ofreciendo el retiro, con el sueldo íntegro, a los militares desafectos a la república. En el terreno educativo no hay que olvidar la creación de 6.570 escuelas entre 1932 y 1933. La ley de bases de la Reforma Agraria, aprobada el 9 de septiembre de 1932 —junto con el Estatuto de Cataluña—, de elaboración lenta y compleja, resultó en exceso moderada e incapaz de resolver el dramático problema del campesinado del sur.

La conspiración militar hizo su primer intento, fracasado, en el pronunciamiento de Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932. Por su izquierda, la república hubo de hacer frente al radicalismo cenetista, que planteó repetidos problemas de orden público que culminaron en la tragedia de Casas Viejas (8-1-1933), hábilmente explotada por las derechas contra la coalición presidida por Azaña. Todo ello en el marco de una situación económica progresivamente difícil, producto del impacto en España de la tremenda crisis general del capitalismo en 1929 que, junto con la evasión de capitales y la actitud de la patronal, agravó sensiblemente la conflictividad social, sobre todo en el campo.

El desgaste del gobierno de Azaña llevó a Alcalá Zamora a forzar las elecciones que, con el recién concedido voto femenino (otro de los indiscutibles avances republicanos), se celebraron el 19 de noviembre de 1933, con una participación del 67,46 por 100, y una clara victoria derechista. Los partidos republicanos se desplomaron prácticamente, y los grandes ven-



«Casas Viejas» es el título de la crónica negra de estos años.



José Antonio Primo de Rivera en una manifestación de apoyo al gobierno.

cedores fueron los componentes de la heterogénea Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que lograron 115 escaños.

El bienio derechista

La segunda etapa de la república la va a constituir el bienio derechista —llamado, en la época, «bienio negro»—, abierto con el triunfo electoral de las derechas en 1933 y cerrado con las elecciones de febrero de 1936. El bienio derechista se caracteriza por la demolición sistemática de la labor reformista, lenta, insuficiente y tímida, llevada a cabo por el primer bienio y, lo que no es menos importante, por la reorganización política de la derecha. Pero no sólo de los menguados sectores de la misma que aceptaban la república, sino de los sectores cada vez mayores que emprenden una acción política claramente encaminada a liquidar el régimen republicano. Los grupos fascistas incrementan sus sangrientas provocaciones callejeras, y el republicanismo de la CEDA se hace más discutible de día en día. Por su parte, el movimiento anarquista promueve, en diciembre de 1933, un levantamiento revolucionario en Aragón y Rioja, con repercusiones en el sur, que dio lugar a fuertes enfrentamientos con las fuerzas de orden público y a una dura represión posterior.

La revolución de octubre de 1934

La entrega del poder a Hitler (30-1-1933) alarmó con razón a los sectores más izquierdistas del PSOE. La formación, el 4 de octubre de 1934, de un gobierno presidido por Lerroux, en el que entraron tres ministros de la CEDA, fue la señal esperada por los socialistas y otros grupos de izquierda para promover, amén de movimientos de menor importancia en Madrid y Barcelona, un auténtico levantamiento armado en Asturias, donde los mineros tomaron numerosos pueblos, e incluso Oviedo, organizan-

Bajo estas líneas, el derechista general Sanjurjo pasea con sus partidarios por las calles de Sevilla el 10 de agosto de 1932, tras haberse alzado en armas contra la república en la capital andaluza. Fracasado el golpe de Estado, Sanjurjo y sus cómplices son detenidos al intentar cruzar a Portugal desde Ayamonte (Huelva). El gobierno derechista, surgido de las elecciones de 1933 los sacará de la cárcel. En el centro, manifestación falangista de apoyo a este gobierno tras la represión de la revuelta izquierdista-autonomista de Cataluña, en octubre de 1934. Señalado con un círculo, aplaudiendo, José Antonio Primo de Rivera, fundador del partido fascista Falange Española.





La Sanjurjada, ***otro golpe contra la república.***

La reorganización territorial de España en un Estado con autonomías regionales que devolviera a la periferia sus derechos, usurpados por la fuerza de las armas y el uniformismo borbónico de siglos anteriores, fue otra polémica tarea que la república acometió y que sus enemigos reaccionarios no toleraron. Arriba, Lluís Companys, presidente de la Generalitat (Gobierno autónomo) de Cataluña desde el 1 de enero de 1934. Exiliado a Francia tras la derrota republicana en la Guerra Civil, fue capturado por la Gestapo hitleriana y entregado a la policía política franquista, que lo fusiló en Barcelona en octubre de 1940. Abajo, Francisco Franco, capitán general de Canarias, fotografiado con sus oficiales durante las maniobras realizadas en Monte Esperanza (Tenerife) el 17 de junio de 1936, un mes antes de sublevarse contra la república.



Lluís Companys.

do todos los servicios y la vida cotidiana en las poblaciones que dominaban. El gobierno, «puenteando» al subsecretario del Ministerio del Ejército (general Castelló) y al jefe del Estado Mayor Central (general Masquelet), encargó la represión al general Franco, que trasladó a la península fuerzas del Tercio y de Regulares con las que, a pesar de su aplastante superioridad, tardó varios días en reducir a los mineros. La revolución comenzó el 5 de octubre. El general López Ochoa ocupó Avilés el 9, y el 10 desembarcaron en Gijón 2.000 legionarios y regulares. El asalto militar a Oviedo estuvo protegido por la artillería y la aviación. A pesar de todo, el ejército no logró la rendición total de los sublevados hasta el día 18. La revolución costó 1.335 muertos en combate, la mayoría (1.051), lógicamente, revolucionarios. La represión reflejó no sólo la magnitud de los hechos, sino también la naturaleza del gobierno en el poder. Las propias fuentes de la derecha admiten más de 200 fusilamientos perpetrados por los militares sin juicio de ningún género. Pueblos enteros fueron saqueados al estilo africano de los regulares, menudearon los casos de torturas y hubo unos 30.000 encarcelados.

Reunión de Franco con sus oficiales en Canarias.

La derrota obrera de octubre de 1934 supuso el endurecimiento general de las derechas en el aspecto político y el dominio absoluto de la patronal en el aspecto laboral, más notorio y cotidiano. Los escasos sectores de la oligarquía, desplazados en 1931, volvieron triunfantes a los centros de poder.

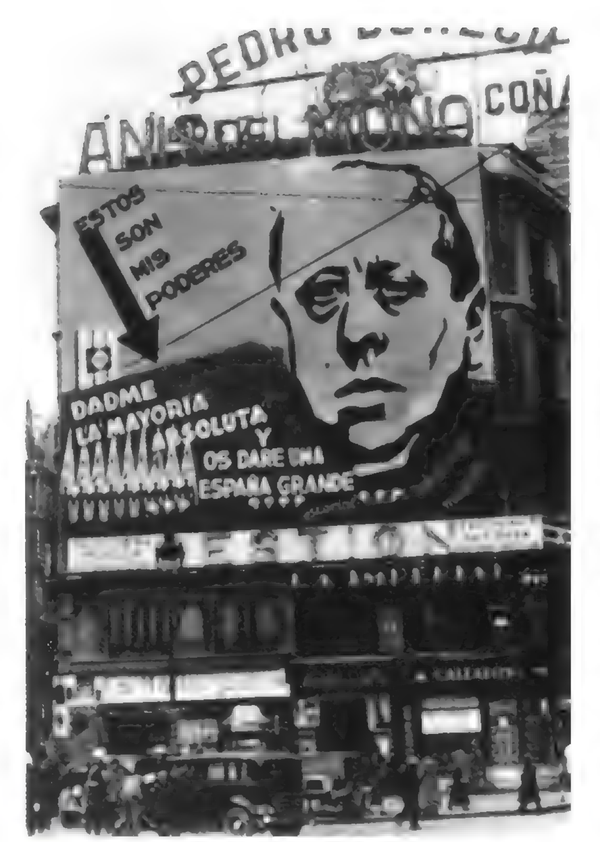
Hacia el Frente Popular

La represión de 1934 sirvió para despertar a la izquierda. Poco a poco se fueron reorganizando los partidos republicanos, desarbolados tras la derrota electoral de 1933. La petición de amnistía de los miles de presos se convirtió en clamor nacional y condicionó no pocos de los votos emitidos en las elecciones legislativas de febrero de 1936. A lo largo del año 1935 se va perfilando el Frente Popular, que, a pesar de lo mucho escrito sobre el tema, no fue más que una alianza electoral de los partidos de la izquierda, con un programa, modesto y nada extremista, de reformismo democrático que intentaba poner en práctica los proyectos del primer bienio, desmontados por el bienio derechista, y que en ocasiones fueron desbordados por la lógica impaciencia de las masas.

Las elecciones se celebraron el 16 de febrero de 1936, con una participación electoral del 72 por 100. La polarización del país quedó de manifiesto en los mismos resultados electorales: las formaciones de centro obtuvieron la exigua cifra de 526.615 votos; los partidos derechistas, 4.503.524; los izquierdistas, 4.654.116. El gobierno salido de estas elecciones, aunque apoyado por las fuerzas de la izquierda, a excepción del movimiento libertario, que se limitó a no hacer campaña abstencionista, estuvo integrado exclusivamente por políticos pertenecientes a los partidos republicanos.

Esta vez los conspiradores se aplicaron con eficacia a la tarea, y la máquina golpista, cuidadosamente montada y engrasada a lo largo de la corta vida de la república, se completó y puso rápidamente en movimiento. Militares como Mola, Varela, Franco, etc., en conexión con políticos derechistas y con los gobiernos nazi-fascistas de Alemania e Italia, habían preparado la sublevación desde principios de marzo. Aplazada en varias ocasiones por razones «técnicas», estalló, como es bien sabido, el 18 de julio de 1936. Con ella se abría paso, en el bando republicano, a una revolución frustrada; en todo el país, a la guerra civil más sangrienta y a la dictadura más larga de toda la historia de España.

F. R.



La derecha temía la fuerza del Frente Popular.

Con la opinión pública dividida casi en dos mitades, el constante «equilibrio catastrófico» de la historia de España —las dos Españas—, y más de 30.000 presos políticos metidos en la cárcel por el gobierno derechista, se afrontaron las elecciones de febrero de 1936. Dos bloques enfrentados, el «nacional-derechista» y el «popular-izquierdista». Arriba, cartel de propaganda con la efigie de Gil Robles, «el Jefe» de la derechista CEDA, colocado en la céntrica Puerta del Sol madrileña. Abajo, primera página de La Voz recogiendo el triunfo del Frente Popular. Las derechas no aceptaron la derrota electoral de febrero, y en julio estalló el Alzamiento Nacional del general Franco.



LA VOZ

ESPAÑA VOTA POR LAS IZQUIERDAS

EL FRENTE POPULAR TENDRA MAYORIA ABSOLUTA EN LA PROXIMA CAMARA

SE CALCULA QUE SU MAYORIA EXCEDERA DE DOSCIENTOS SETENTA DIPUTADOS

EL SR. LERROUX SE HA QUEDADO SIN ACTA

Se ha declarado el estado de alarma en toda España

Madrid electoral, desde un taxi

La Casa del Pueblo condena toda manifestación pública no ordenada por los elementos directivos y responsables

Ayer por la mañana pasó la frontera el Sr. March

Todas las voces anuncian el triunfo de las izquierdas.

Política internacional

Ramsay MacDonald, primer ministro del gobierno laborista inglés, dimite y forma un «gabinete de coalición nacional».
Japón ocupa Manchuria e inicia la guerra contra China.
Las elecciones municipales celebradas en España dan el triunfo a la coalición de republicanos y socialistas en las principales ciudades del país. Formación de un gobierno provisional republicano. El rey Alfonso XIII marcha al exilio.
Pierre Laval, primer ministro de Francia.
La Unión Soviética y Turquía renuevan un pacto de seguridad de fronteras.
México ingresa en la Sociedad de Naciones.
Las Cortes españolas aprueban una nueva Constitución. Niceto Alcalá Zamora es elegido presidente de la República y Manuel Azaña primer ministro.



Stanley Baldwin y Ramsay MacDonald.

Sociedad

Con la firma del pacto de Delhi, Mahatma Gandhi pone fin a la campaña de desobediencia civil. Los británicos dejan en libertad a la mayoría de presos políticos.
Publicación de la encíclica Quadragesimo anno, *de Pío XI, que sigue la línea social de la* Rerum Novarum, *de León XIII.*
Trabajos forzados y tráfico de esclavos en Liberia.

Economía

Quiebra del Creditanstalt, el banco más importante de Austria.
Suspensión de pagos del Danatbank, lo que lleva al cierre de todos los bancos alemanes.
Como consecuencia del colapso financiero europeo, el presidente norteamericano Herbert Hoover propone un año de tregua para todas las deudas derivadas de la Primera Guerra Mundial.
Gran Bretaña abandona el patrón oro. Hundimiento de la libra.

Ciencia y tecnología

Primer microscopio electrónico del alemán Knoll.
El profesor Auguste Piccard asciende a la estratosfera sobrepasando la altitud de 16.000 metros.
Viaje al Artico del alemán Hugo Eckener, a bordo del dirigible Graf Zeppelin.
Edwin P. Hubblet y M. L. Humason deducen de la velocidad de fuga de las nebulosas cómo debió de ser el momento inicial de la expansión del universo.
Fallece el prolífico inventor Thomas A. Edison.



Auguste Piccard.

Sucesos

Un seísmo y un maremoto destruyen la ciudad de Napier en la costa oriental de Nueva Zelanda.

Literatura

Erik A. Karlfeldt, premio Nobel.
André Gide: Edipo.
Pearl S. Buck: La buena tierra.
Antoine de Saint-Exupery: Vuelo nocturno.
Virginia Woolf: Las olas.
William Faulkner: Santuario.
Paul Valéry: Miradas al mundo actual.
Giovanni Papini: Gog.

Cine

Wesley H. Ruggles: Cimarrón.
René Clair: El millón.
G. W. Pabst: La comedia de la vida.
Charles Chaplin: Luces de la ciudad.
James Whale: El doctor Frankenstein.
Fritz Lang: M, el vampiro de Dusseldorf.
Norman Taurog: Skippy.
Primer Congreso Hispanoamericano de Cinematografía en Madrid.
Oscar de Hollywood a Lionel Barrymore por Alma libre, *y a Marie Dressler por* Min and Bill.

Teatro

Eugene O'Neill: A Electra le sienta bien el luto.
Bertolt Brecht: Un hombre es un hombre.
Carl Zuckmayer: El capitán de Köpenick.
Muere Ana Paulova.

Música

Karol Szymanowski: Harnasie.
Edgar Varèse: Ionización.
Olivier Messiaen: Offrandes oubliées.
W. T. Walton: El festín de Baltasar.
Hans Pfitzner: El corazón.
Gian Francesco Malipiero: El triunfo del amor.

Pintura y escultura

Charles Sheeler: Paisaje clásico.
Salvador Dalí: La persistencia de la memoria.
Ben Shahn: La Pasión de Sacco y Vanzetti.
Jacob Epstein: Génesis.
Se celebra la segunda exposición de superrealismo en París.
Fallece Santiago Rusiñol.

Arquitectura

Le Corbusier: Hôtel Suisse, *Ciudad Universitaria, París.*
L. de Koninck, Casa Claes, *Anderghem.*



Ana Paulova.



El petróleo lleva a la lucha a Bolivia y Paraguay.

1932

LA GUERRA DEL CHACO

SON demasiado frecuentes los rencores entre vecinos en la América del Sur. Viejos litigios enconados por cuestiones de frontera, disputas territoriales sobre zonas que unos consideran suyas y otros irredentas, mueven oleadas de sentimientos, ríos de tinta, y se convierten a veces en «la cuestión nacional». Hay patriotismos levantados casi exclusivamente sobre la negación del vecino.

Y, sin embargo, bolivianos y paraguayos no conservan ese tipo de enemistad. Paraguayos y bolivianos se enfrentaron en 1932 en la guerra del Chaco, una guerra de extrema dureza, con sacrificio de gran parte de sus juventudes respectivas, con un balance de sangre y dolor muy elevado, y no conservan odio entre ambos. Cuando sonó la hora del alto el fuego, los que se habían combatido se lanzaron unos hacia los otros para abrazarse.

José Luis Rubio Cordón y María de las Nieves Pinillos, autores de este artículo, son profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

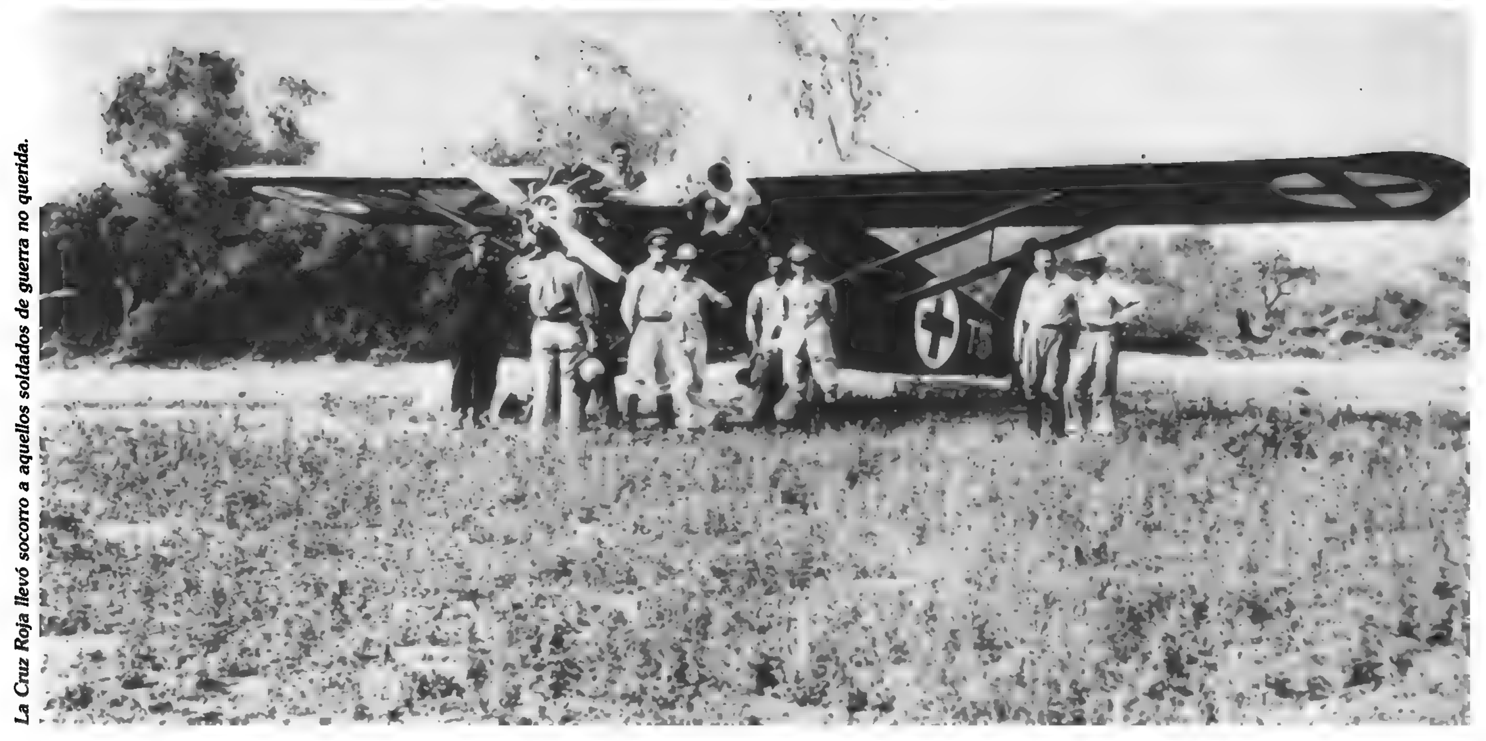
Guerras por control remoto

Tal vez lo que ha distinguido a bolivianos y paraguayos, herederos de este enfrentamiento bélico, de otros ciudadanos de América del Sur herederos, a su vez, de otras guerras de frontera, es la conciencia de que no fueron ellos mismos los gestores del drama, de que no fueron los intereses de sus pueblos los determinantes fundamentales de la lucha, de que fueron intereses distantes y poderosos los que se habían puesto en juego a costa de sus sangres. Y, por eso, sobre todo por la parte boliviana —que fue la que sufrió, además, el cercenamiento territorial—, el conflicto no dio lugar al resentimiento contra el vecino, sino al surgimiento de un «nacionalismo crítico», denunciador del imperialismo económico como enemigo principal de ambos pueblos.

No tuvieron Bolivia y Paraguay en 1932 la «suerte» que otros pueblos americanos, como Guatemala y Honduras, tuvieron en 1931. En esa fecha, los dos países centroamericanos, llegaron al borde mismo de la guerra por reclamaciones territoriales sobre la línea mal definida de su frontera. Estuvieron en alto las espadas. El clima de tensión, previo al combate, se había creado convenientemente en ambos países. Cuando el «ardor bélico» estaba a punto, el peligro de guerra desapareció de pronto. ¿Qué había sucedido? Sencillamente que, detrás de los aparentes intereses de Guatemala estaban los intereses de la United Fruit Company (la *mamita Yunai* de la novela de Carlos Luis Fallas), con la pretensión de extender sus concesiones en la frontera. Por parte hondureña, presionaba en sentido similar la Cuyamel Fruit Company. Los intereses eran norteamericanos; la sangre, centroamericana. Pero tuvieron suerte los hondureños y guatemaltecos en aquella ocasión: en una buena jugada financiera la United Fruit Company compró las acciones de la Cuyamel Fruit Company, y, unificadas las dos compañías, las razones del conflicto desaparecieron. Hubo paz. Y tratado de límites. Y el dictador guatemalteco, Ubico, pudo ser proclamado «benemérito de la patria».

Bolivianos y paraguayos no tuvieron tanta suerte y llegaron a la guerra por el territorio del Chaco boreal: a la «guerra del Chaco», en 1932. Dos compañías petroleras de distinta nacionalidad tenían concesiones en el territorio en disputa. La Standard Oil de Nueva Jersey (norteamericana) las tenía en Bolivia, mientras que la Royal Dutch Schell (holandesa) las tenía en Paraguay. Ese fue el detonante del conflicto, en el que se mezclaron también intereses —a veces instrumentales, a veces propios— de Argentina y Brasil.

En la foto de la página opuesta, un soldado paraguayo, armado con un viejo rifle y un machete, poco antes de que finalizara la contienda bélica entre Bolivia y Paraguay por la posesión del Chaco boreal, una inmensa planicie de casi un millón de kilómetros cuadrados, poblada sólo por algunos indígenas, que vivían en medio de un paisaje estepario, con zonas de desierto y amplias manchas forestales de selvas subtropicales. Tras dos años y medio de una guerra absurda, en la que miles de «soldaditos» de los dos bandos murieron de sed (por el mal avituallamiento), picaduras de insectos y otras enfermedades tropicales. Bolivia tuvo que ceder ante la superioridad militar paraguaya y sólo pudo quedarse con una cuarta parte del árido, polémico, ensangrentado y petrolífero territorio.


La Cruz Roja llevó socorro a aquellos soldados de guerra no querida.

Arriba, un aeroplano utilizado en la campaña del Chaco por la Cruz Roja paraguaya. Abajo, «soldaditos bolivianos» apiñados en la trasera de un camión militar. Reclutados muchos de ellos a la fuerza entre la población india de quechuas y aymarás (85 por 100 del país, frente al 15 por 100 de blancos, que ejercen realmente el poder) del altiplano, fueron la verdadera «carne de cañón» de la contienda. Analfabetos, sin instrucción de ningún tipo, mal equipados, dirigidos por extranjeros o por «patriotas» blancos con mano de hierro, fueron trasladados desde la altiplanicie andina a las selvas y desiertos del Chaco, donde subsistían a base de mascar hojas de coca y casi todos morían rápidamente por su falta de aclimatación.

Los orígenes del conflicto

Dice el escritor boliviano Mariano Baptista Gumucio: «El triángulo formado por los ríos Paraguay, Pilcomayo y Parapetí, en el sudeste del territorio boliviano, constituía nuestro Chaco boreal: una tierra avara, de flora magra y espinosa, que la canícula castigaba de día y el frío de noche».

La disputa por la posesión de esta «tierra avara» determinó el estallido del conflicto. Pues, a pesar de los tratados de límites, o acuerdos para respetar la situación establecida, de 1879, 1886, 1890, 1907 y 1918, nunca llegó a considerarse resuelta la cuestión por ninguna de las dos partes. Además, sobre el tema de la soberanía vino a incidir el tema del petróleo: el Chaco se consideraba muy rico en hidrocarburos, sin un conocimiento demasiado riguroso de la zona y de sus posibilidades. Los dos países, a sus antiguas aspiraciones de soberanía, añadieron la de controlar aquella riqueza del subsuelo. Bolivia pretendía, también, resolver el permanente problema de enclaustramiento que padecía desde la guerra del Pacífico, cuando perdió a manos de Chile su salida al mar: pretendía garantizar su salida fluvial al Atlántico.

Sobre estos intereses nacionales se sobrepusieron los de las grandes compañías petroleras.

En Bolivia, la Standard Oil Company de Nueva Jersey tenía una concesión otorgada el 22 de julio de 1922, a nombre de su subsidiaria la Standard Oil de Bolivia (que asumía la concesión hecha en 1920 a Richmond Levering y Compañía). Desde ese mismo 1922, la Standard exploró y explotó el petróleo a través de una serie de pozos en el sudeste boliviano, especialmente en la zona de Villa Monte-Tarija. Continuó la explotación, aunque la apertura de nuevos pozos cesó en 1932.

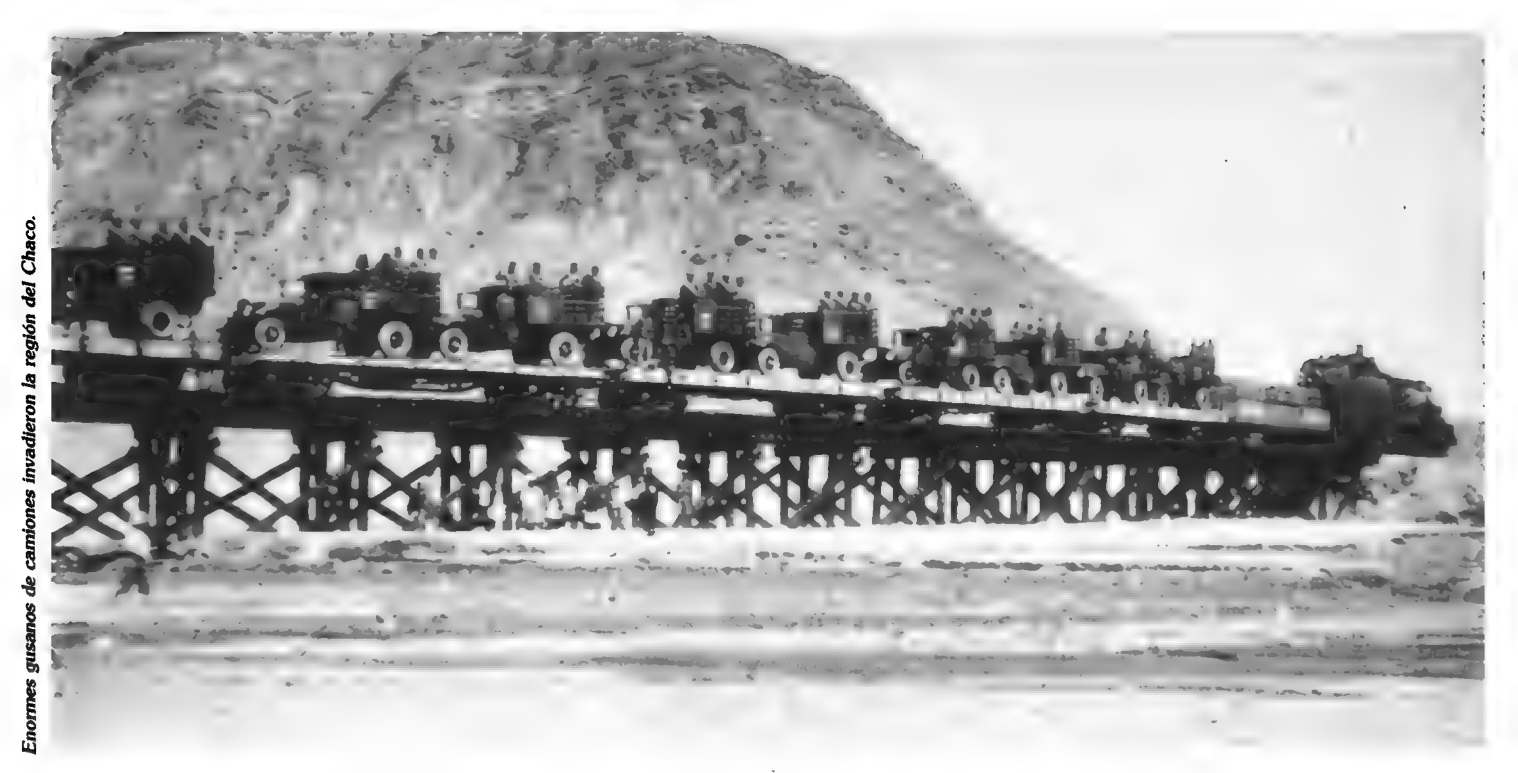
Para facilitar la salida del petróleo, la compañía había construido un oleoducto sin autorización oficial, llevándolo hasta Argentina por debajo del río Bermejo. La posibilidad de salida al mar, a través de los ríos que se vierten finalmente en el río de la Plata, era, pues, una aspiración importante de la Standard.

En Paraguay, la Royal Dutch Schell, holandesa, tenía concesiones a su vez, a través de su subsidiaria Union Oil Company, desarrollando sus operaciones en el Chaco, bajo soberanía paraguaya.

La guerra

La guerra no llegó inopinadamente. Vino precedida de una serie de escaramuzas y combates, reducidos y aislados, y de la construc-





Enormes gusanos de camiones invadieron la región del Chaco.

En la fotografía, camiones cargados de soldados atraviesan un rudimentario puente sobre un barranco, camino de uno de los frentes de la inmensa llanura del Gran Chaco. Ante la lejanía de miles de kilómetros de las bases de aprovisionamiento bolivianas, los paraguayos casi siempre llevaron las de ganar. Los soldados, aislados en fortines en medio del desierto o la selva, llegaron a beberse sus propios orines ante la falta de agua, con lo que no hacían más que acelerar su propio proceso de deshidratación, que los llevaba irremisiblemente a la muerte.

ción de fortines por ambas partes para dar testimonio de la ocupación real del territorio.

En 1927 se produjo el incidente del fortín Sorpresa, y en diciembre de 1928 los de los fortines Vanguardia y Boquerón. La gravedad de los mismos no llevó al conflicto total por la «política de entendimiento» entre los presidentes Hernando Siles —de Bolivia— y José Pérez Guggiari —de Paraguay—.

Sin embargo, en 1931, las tensiones vuelven a recrudecerse. El 31 de julio hay ruptura de relaciones. Los choques locales se van generalizando. Ya está en el poder Daniel Salamanca en Bolivia. En Paraguay, Guggiari cede la suprema magistratura al vicepresidente F. González Navero, aunque la recupera en 1932.

La verdadera guerra se despliega a partir de mediados de ese año. En el poder van a sucederse los presidentes Salamanca (hasta 1934) y José Luis Tejada Sorzano (hasta 1936) en Bolivia; y Pérez Guggiari (hasta 1932) y Eusebio Ayala (hasta 1936) en Paraguay.

Las tropas paraguayas están dirigidas por el general José Félix Estigarribia; las bolivianas, por el alemán Kundt, pero la alta oficialidad va a mostrar una falta de preparación evidente. Los paraguayos cuentan con mejores —más cortas— líneas de avituallamiento, y una mejor preparación sobre el terreno. Para los bolivianos, más distantes de sus núcleos principales de población, con una tropa no habituada a la naturaleza selvática, al clima y a la baja altura del Chaco, todo son dificultades. La sed y la falta de alimentos, más la inhospitalidad del clima, van a ser enemigos mucho más implacables que los soldados contrarios. La sed, sobre todo, llega a ser la principal protagonista.

El conflicto se desencadena con los combates por la laguna Chuquisaca o Pitiantuta, que acaba en manos paraguayas el 16 de julio de 1932. Bolivia reacciona ocupando los fortines paraguayos de Boquerón, Corrales y Toledo (31 julio). A su vez, Paraguay reconquista el primero (29 septiembre) y toma los de Arce (22 octubre) y Alihuatá (25 octubre).

Hasta ese momento, las armas han dado la victoria a los paraguayos, y un primer ejército boliviano ha sido destruido.

Desde ese momento, la guerra, por una parte, se estabiliza y se convierte en guerra de trincheras, y por otra lleva al desarrollo de largos combates (Campo Jordán, 1 a 20 diciembre). Nuevas acometidas bolivianas consiguen hacerse con los fortines Platanillo, Bolívar, Loa y Corrales.

A comienzos de 1933, los ataques bolivianos se estrellan en Nanawa contra las defensas paraguayas, lo mismo que ante los fortines Fernández y Toledo, aunque consiguen ocupar el fortín Alihuatá.



Soldados bolivianos: reclutas a la fuerza.

A mediados de año (4 julio), un nuevo ataque boliviano contra Nanawa se transforma en la mayor hecatombe de todo el conflicto, muriendo dos mil atacantes, sin conseguir el objetivo. Los desastres se suceden para las armas bolivianas: dos de sus divisiones son cercadas por los paraguayos en Campo Vía, y acaban rindiéndose un total de 8.000 hombres (15 octubre a 12 diciembre). Ante semejantes fracasos, el general Kundt es destituido.

El año siguiente (1934), victorias y desastres se suceden para ambos bandos. Bolivia triunfa en Cañada Cochabamba (14 a 24 mayo). Paraguay toma Cañada Torija (29 marzo), Picuiba y los fortines Irindague, Algodonal e Isopoirenda (6 a 24 septiembre), y obtiene la victoria en numerosas batallas: El Condado (18 junio y 8 julio), Picuiba, Carandaití, poniendo en fuga a las fuerzas enemigas en El Carmen (13 a 22 noviembre). Ello produce un cambio importante en el esquema político boliviano: el presidente Salamanca es depuesto por el alto mando militar (27 noviembre), quien coloca en su lugar al vicepresidente José Luis Tejada Sorzano. El cambio no soluciona los problemas militares, y las fuerzas bolivianas se retiran en diciembre de Picuiba.

Bajo estas líneas, soldados paraguayos casi muertos de sed son transportados por tropas de refresco a la caja del camión que intentará llevarlos con vida a la base más próxima. Muchos de ellos morirían durante el largo viaje. Los que vienen de relevo quizá sufran la misma suerte unas semanas más tarde.

El año de 1935 se inicia con mejor suerte para las armas del altiplano: los reiterados y tenaces ataques paraguayos no logran quebrar la defensa boliviana de Villamontes, que resiste hasta 34 acometidas (5 a 20 febrero). Y posteriormente se produce una contraofensiva boliviana que reconquista Charagua (21 abril) y Pozo del Tigre (4 junio).

Diez días más tarde (14 junio), se produce el alto el fuego, según lo acordado dos días antes en Buenos Aires. La guerra ha terminado, y comienza el intercambio de prisioneros.

El tratado de paz y sus consecuencias

Para poner fin a la guerra, que conmovió a la opinión pública mundial y en especial a la americana, se movilizaron las cancillerías de to-



Tropas paraguayas del general Estigarribia transportan a los moribundos, víctimas de la sed.

do el continente. A una comisión integrada por representantes de Colombia, Cuba, Estados Unidos, México y Uruguay, sucedieron los esfuerzos pacificadores del «ABC» (Argentina, Brasil y Chile), destacándose las gestiones del argentino Carlos Saavedra Lamas —premio Nobel de la Paz en 1936—, y participando también la Sociedad de Naciones.

Los esfuerzos llevaron a una reunión en Buenos Aires, donde se alcanzó, el 12 de junio de 1935, la firma de un protocolo de armisticio, que llevó dos días más tarde al cese de todas las operaciones «de Villamontes a Puerto Suárez».

Una vez concluida la fase militar —con la subsiguiente devolución de prisioneros—, comenzó la fase de negociaciones en una conferencia de paz que se desarrolló igualmente en la capital argentina (del 1 de julio de 1935 al 23 de enero de 1939).

El 21 de julio de 1938 se alcanzó el acuerdo de delimitación de fronteras, firmándose el texto por ambas partes. A pesar de la lesión territorial que suponía para Bolivia, el 9 de julio se había aprobado su contenido por la Convención Nacional de este país.

El conflicto costó —como precio más importante— no menos de 50.000 vidas de soldados bolivianos, y no menos de 30.000 de combatientes paraguayos.

En el aspecto territorial, Paraguay se reservaba tres cuartas partes del territorio en disputa, y Bolivia guardaba la cuarta parte restante, que incluía, no obstante, zonas petrolíferas. Bolivia veía esfumarse sus aspiraciones a un puerto en el río Paraguay, aunque el tratado le permitía libre tránsito hasta Puerto Casado, sobre el mismo río. El enclaustramiento boliviano quedaba confirmado por esta derrota, que, además, significaba la renuncia a cerca de 250.000 kilómetros cuadrados de territorio considerado propio hasta entonces. (Por sucesivas pérdidas a favor de sus vecinos, la Bolivia independiente de 1825, con una extensión de 2.300.000 kilómetros cuadrados, quedaba reducida a sus actuales 1.098.000.)

Otros efectos

La guerra conmovió los cimientos de ambos países combatientes. Pero la derrota significó para Bolivia un trallazo mucho más hondo en su conciencia popular. Hay un antes y un después de la guerra del Chaco en la historia moderna boliviana. La guerra significó una integración en el dolor y el infortunio jamás lograda en tiempos anteriores. La población indígena —mayoritaria— se encontró con una «nación» que, verdaderamente, antes no conocía. Dijo Alcides Arguedas, en *Pueblo Enfermo:* «La gran revelación de lo que es el indio como elemento asimilable y de lo que puede dar de sí cuando se le pide un esfuerzo organizado, se ha operado en estos días y en las regiones del Chaco, donde el indio supo luchar y morir por una patria que desconoce y que nunca hizo nada por él».

Unidos codo con codo, por primera vez, campesinos, universitarios y clases medias crearon la nacionalidad boliviana moderna.

«Entre 1932 y 1935 —escribe Bedregal— se quebró definitivamente esa aparente "docilidad" de la sociedad respecto a su Estado y a su Ejército. La tarea desplegada por el "patiñismo" y por la "cultura del estaño" de dividir, disociar y desmoralizar al país nacional, limitando la función política a un contingente exclusivo y minoritario de gentes cultas y alfabetizadas, se quebró totalmente. En medio de las pústulas de un pueblo malherido por un adversario externo, se identificaron dentro del sino de la adversidad el joven estudiante de clase media, el

En la fotografía, soldados bolivianos capturados por los paraguayos tras la sangrienta batalla de Campo Vía. Cercados por los enemigos, aislados de sus bases de aprovisionamiento y diezmados por la sed y las enfermedades, unos 8.000 militares bolivianos se entregaron a sus enemigos, quienes, al menos, les dieron de beber.



Soldados bolivianos hechos prisioneros tras la batalla de Campo Vía.



Comité de Arbitraje para la guerra del Chaco.

Arriba, el Comité de Arbitraje sobre el conflicto del Chaco se reúne en Washington. Sus miembros eran: Fuertes (Chile), Gurgel do Amaral (Brasil), Víctor Maurtua (Perú), Charles Evans Hughes (Estados Unidos) y Orestes Ferrara (Cuba). Abajo, un soldado solitario, en medio de los desérticos campos del Chaco iza la bandera de su país, cuyos colores, dada la distancia, no llegan a distinguirse claramente. Era lo mismo. Los pueblos boliviano y paraguayo habían pagado muy caro con su sangre una guerra de intereses económicos extranjeros.



La árida tierra del Chaco observa, solemne, la bandera izada.

obrero *cholo* y el campesino indígena. Todos en la horrible metamorfosis de ser "carne de cañón" redescubrieron una sociedad escindida y débil, y a un Estado incapaz de ser instrumento rector y ejecutor de esa auténtica y limpia pretensión de "pisar fuerte en el Chaco".»

La reflexión sobre la guerra y sus causas, sobre la derrota y sus motivos, llevó a la aparición en Bolivia de un «nacionalismo revolucionario», que se va a manifestar en tres vertientes: militar —con la creación de Razón de Patria (RADEPA), logia de oficiales nacionalistas—; política —con la creación del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en 1942, agrupación de jóvenes profesionales lanzados a una acción de movilización de masas—, y sindical —con la posterior creación de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), germen de todo el movimiento obrero organizado del país—.

Manifestaciones de esta nueva actitud fueron los gobiernos del coronel Toro, que crea Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos y, el 13 de marzo de 1937, decreta la anulación de la concesión petrolera a la Standard Oil; del coronel Busch, del mayor Villarroel y, sobre todo, la revolución del MNR en 1952.

De cualquier forma, hay que rubricarlo, ese nacionalismo boliviano no significó, en ninguna forma, animadversión hacia el Paraguay. Roberto Prudencio escribe: «Fue una guerra sin odio, porque fue una guerra sin amor. Ningún soldado boliviano amaba la tierra por la cual luchaba y por la cual moría. El Paraguay, la nación adversaria, nos era ajena, no teníamos ningún conocimiento de ella. No había pues por qué odiarla. Y la guerra misma no nos enseñó a odiar».

La guerra del Chaco y la literatura

La magnitud del desastre nacional y humano que significó para los dos pueblos su enfrentamiento por el Chaco boreal alcanza su más expresiva plasmación en la narrativa que tiene como tema este conflicto.

La generación combatiente se integra también en generación literaria, realizando una patética confesión colectiva de la desolación y la angustia vividas.

La novela de la guerra del Chaco es pacifista, pero no antimilitarista. Porque no se trata de una guerra inventada o alimentada por militares. Su absurdo viene de que ni siquiera es una guerra obligada por intereses nacionales irreconciliables. Los intereses que se ventilan son

más bien transnacionales. Por eso, las novelas de ambos países no respiran animadversión recíproca, no exaltan nacionalismo alguno y, en cambio, sí denuncian un juego de intereses monopolísticos petroleros que se dirimen en suelo y con sangre ajenos, es decir, iberoamericanos.

En este ciclo narrativo predomina la novela de carácter autobiográfico, en la que se reflejan los sucesos reales, vividos muchas veces por los propios autores. Es común a todas ellas un agudo espíritu crítico, justificado en el básico rechazo de la guerra; revisión crítica que, al final, les conducirá en general a una posición ideológica revolucionaria.

La necesidad de contar, en una especie de impulso catártico, les vino, en gran medida, por la lejanía del escenario de la guerra. El Chaco era un territorio selvático, a mucha distancia de los centros de población. En la retaguardia resultaba muy difícil darse cuenta de lo que verdaderamente había sido la guerra, cosa que agudizaba la sensación de incomprensión que afectaba a los combatientes.

Habían luchado sin saber por qué. «¿Por qué luchamos?», es una pregunta frecuente reflejada en la novela. No se siente animosidad ante el enemigo. En realidad, todos los soldados, bolivianos y paraguayos, están trágicamente unidos frente a enemigos comunes: la selva y la sed.

Al final, estos enemigos son los victoriosos. En los combatientes humanos sólo hay perdedores. Este es el ánimo que manifiestan los escritores de las dos nacionalidades en pugna, en relatos que podrían ser intercambiables: espíritu de derrota y de horror.

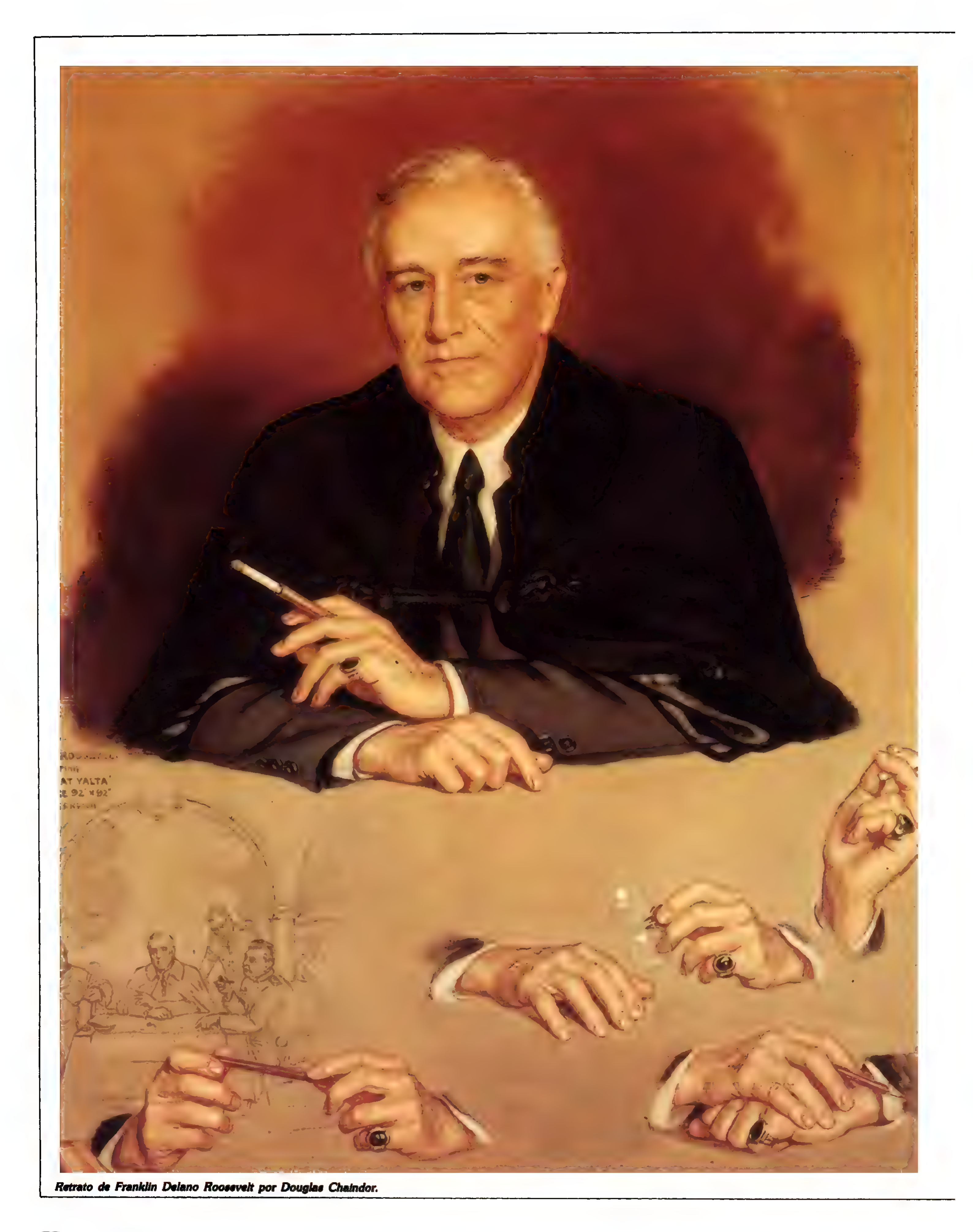
Esta narrativa, que una vez más ayuda a comprender la historia, se plasma en una serie de novelas, entre las que destacan, por parte paraguaya: *Hijo de hombre,* de Augusto Roa Bastos; *La selva, la metralla y la sed,* de Silvio Macías; *El infierno verde,* de José Marín Cañas, y *Cruces de quebracho,* de Armando Valdovinos. Y, por parte boliviana: *Sangre de mestizos,* de Augusto Céspedes; *Coca,* de Raúl Botello Gosálvez; *Repete,* de Jesús Lara; *Cutimuncú,* de Luis Toro Ramallo, y *Aluvión de fuego,* de Oscar Cerruto.

J. L. R./M. N. P.

Bolivia, independiente desde 1825 de España, ha sido «un país mártir», y la vida de su gente, la de «un pueblo en la cruz», según el título de un famoso libro. País de mayoría india, invertebrado social y políticamente, y explotado económicamente por el imperialismo extranjero en connivencia con las minoritarias oligarquías locales, que controlaban la minería del estaño, el petróleo y la cocaína, Bolivia ha sufrido más de 190 golpes de Estado militares en sus 159 años de «independencia». En este período, Bolivia ha perdido más de la mitad de su territorio nacional —incluida su salida al mar— en guerras con Chile, Brasil, Perú y Paraguay. En la fotografía, una sesión de la Conferencia de paz boliviano-paraguaya que puso fin a la guerra del Chaco.



Conferencia de paz boliviano-paraguaya.



Retrato de Franklin Delano Roosevelt por Douglas Chaindor.

Franklin Delano Roosevelt, un político de «buena familia», según la tradición más conservadora norteamericana, que fue tachado de hereje y traidor a su clase porque trató de corregir las aberraciones sociales que producía el «libre mercado», abolió el patrón-oro y utilizó el Presupuesto para crear trabajo y empleo. Simplemente, Roosevelt tuvo la gran entereza moral de aplicar «la imaginación» para remontar la gran crisis económica de 1929, confiando en el espíritu creativo y emprendedor de sus compatriotas. Lo que parecía imposible pudo conseguirse y el «presidente paralítico» gozó de las más altas cotas de popularidad en la guerra y en la paz, siendo reelegido tres veces, hasta su muerte. A la izquierda, su retrato, pintado por Douglas Chaindor.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT: UN JEFE PARA UNA EPOCA

NO estaba destinado a la política ni fue educado para ella. Cuando tenía veinte años nadie habría apostado un centavo por el espectacular futuro del joven Roosevelt, pese a su honorable apellido. Aquel petimetre alto y de ojos azules era demasiado débil para sobresalir en el deporte, y sus calificaciones apenas alcanzaban la media. Parecía más dotado para la vida social que para las empresas elevadas, y durante mucho tiempo conservaría la costumbre de no mirar a los ojos de su interlocutor, sino a un punto fijo situado a unos dos centímetros por encima de la cabeza de éste.

Enrique Gómez del Prado, autor de este artículo, es especialista en temas de política internacional.



Theodore Roosevelt, primo en quinto grado de F. D. Roosevelt.



Roosevelt recibió un país en plena agonía económica.



Mendigos y parados para los que había que encontrar pan y trabajo.

Un hidalgo rural

Franklin Delano Roosevelt nació el 30 de enero de 1882 en Hyde Park, Nueva York. Hijo único de James Roosevelt y Sara Delano, su infancia transcurrió apaciblemente en una hermosa finca de centenares de hectáreas, a orillas del Hudson. Los Roosevelt, que alternaban la vida placentera y sosegada de Hyde Park con frecuentes viajes a Europa, carecían de precedentes políticos inmediatos en sus respectivas familias —Theodore Roosevelt sólo era primo de Franklin en quinto grado—. Ambos consideraban el de caballero rural como el mejor y único destino posible para su hijo, y a este fin encaminaron sus esfuerzos.

Franklin creció protegido por una legión de sirvientes y cerca siempre de la atenta vigilancia paterna. Su madre le enseñó a leer e hizo desfilar por la casa a institutrices y profesores que introdujeron al niño en los misterios del latín, del francés, del alemán, de la escritura y de la aritmética. Fuera del personal de la finca, los contactos de Franklin se limitaban al amplio núcleo familiar y al selecto círculo de relaciones de sus padres, al que era posible encontrar tanto en Hyde Park como en París o en Londres. En este limbo familiar pasó los primeros catorce años de su vida.

En 1896 ingresó en Groton School, Massachusetts, un centro muy exclusivo creado por el reverendo Endicott Peabody según el modelo de Eton. Pronto demostró su capacidad de adaptación y de adhesión a los criterios de la mayoría, pero casi nada más. Recibió una educación mediocre, basada en el aprendizaje memorístico y las grandes virtudes del caballero cristiano que, para Peabody, le obligaban a contribuir con sus talentos a la mejora de los asuntos mundanos. Curiosamente, estos vagos principios tuvieron en el joven Roosevelt una influencia duradera. Ya al final de su vida reconocería haberse apoyado en el rector de Groton «más de lo que la mayoría de la gente supone».

Cuando en 1900 ingresó en Harvard, Franklin era un muchacho atractivo, de cabello rubio peinado con raya en medio y rasgos delicados y aristocráticos, lo que, unido a su sólida herencia, le convertía en una presa apetecible para las casamenteras damas de Boston. De hecho, en sus salones cosechó sus más sólidos triunfos. Ni como deportista ni como estudiante fue capaz de destacar y ni siquiera consiguió ser admitido en alguno de los clubs universitarios más restringidos. Por aquella época murió su padre, y Sara se instaló en Boston. Desde aquel momento su presencia dominante iba a gravitar siempre sobre la vida de su hijo y, muy especialmente, sobre la de su futura esposa.

Más importantes que las enseñanzas de los profesores fueron, durante aquellos años, las influencias recibidas de otra rama de la familia Roosevelt, la de Oyster Bay. Era lógico que Theodore, el enérgico y jovial presidente, adquiriera proporciones casi míticas a los ojos de su joven primo. Tampoco resultaba fuera de lo común que eligiese mujer entre sus primas. Lo que sorprendió a muchos fue que la elección recayese sobre Eleanor, sobrina carnal del presidente, una muchacha tímida y grave, más notable por su dulzura que por su belleza. Cuando a los diecinueve años recibió la propuesta de matrimonio de Franklin, la vida de Eleanor no era la habitual en una debutante neoyorquina de la mejor sociedad. Entre fiestas, teatros y óperas encontraba tiempo para dar clases en un centro de asistencia social e investigar las condiciones de trabajo de las mujeres. La boda se celebró el 17 de marzo de 1905, con el presidente Theodore actuando como padrino de la novia.

Comienza la carrera

La joven pareja se instaló en Nueva York. Poco después del nacimiento del primer hijo, en 1906, Franklin abandonó sus estudios de Leyes en la Universidad de Columbia, no sin antes superar el examen del Colegio de Abogados de Nueva York. Obtuvo su primer empleo en un prestigioso bufete de Wall Street, *Carter, Leylard y Milburn,* especializado en la defensa de las grandes compañías ante cualquier intento antimonopolista. Posteriormente, sus enemigos políticos utilizarían contra él esta vinculación profesional con el conservadurismo.

A principios de siglo, casi un cuarto de la población americana vivía en el más absoluto desamparo, a expensas de la ferocidad del juego de la oferta y la demanda en la pureza casi total de su formulación. Las arcas de los Estados y del gobierno federal se nutrían de impuestos indirectos, con lo que la redistribución de la riqueza era nula. La semana laboral superaba las sesenta horas y las condiciones de trabajo, en especial para millones de mujeres y niños, no tenían nada que envidiar a las descritas por Dickens. La evidente necesidad de reformas sociales cristalizaba en docenas de movimientos. El mismo Theodore Roosevelt incluyó medidas reformistas en su programa, y Eleanor contribuyó a sensibilizar a su marido al respecto. De todas formas, las ideas políticas del joven Roosevelt eran más bien vagas. Demócrata por tradición familiar, votó en 1904 a la candidatura republicana del primo Theodore, cuyo ejemplo, sin duda, acabó despertando sus inclinaciones políticas.

En la foto, tomada el 29 de octubre de 1929, la gente se agolpa ante la Bolsa de Nueva York, en Wall Street, tras conocerse el crack *financiero que acabó con los años de prosperidad estadounidense e inició la dura etapa de la Gran Depresión. Ese día pasó a la historia con el nombre de* martes negro. *El hundimiento del sistema económico «de libre mercado», convertido en la práctica en dominio casi total de los grandes monopolios (en 1932 el 1 por 100 de la población estadounidense controlaba el 59 por 100 de la riqueza del país y 600 sociedades poseían el 65 por 100 de la industria), llegó a poner en peligro la democracia política. Antes de la llegada de Roosevelt, América dudaba entre el fascismo y el marxismo, en un mundo donde los totalitarismos estaban de moda.*



Roosevelt quiso hacer olvidar aquel terrible martes negro de 1929.

En su toma de posesión como 32.º presidente de Estados Unidos, el 4 de marzo de 1933 —momento que recoge la fotografía—, el demócrata Franklin Delano Roosevelt afirmó: «Dejadme proclamar en primer lugar mi profunda convicción de que la única cosa a la que debemos tener miedo es al propio miedo, a este terror anónimo, irracional e injustificable que paraliza los esfuerzos que debemos hacer para transformar el retroceso en avance (...)».

La ocasión se presentó casi casualmente en 1910, cuando los demócratas del condado de Dutches le propusieron que presentara su candidatura al Senado del Estado de Nueva York. Roosevelt aceptó encantado. Basó su campaña electoral en la integridad y la lucha contra el caciquismo, y adquirió una cierta notoriedad recorriendo los 35.000 kilómetros cuadrados del distrito en un automóvil engalanado, gesto verdaderamente llamativo para la época. En noviembre de 1910, aún con 28 años, fue elegido senador. Dos años más tarde sería reelegido, esta vez con la ayuda del que en adelante sería su fiel colaborador, el periodista Louis McHenry Howe.

Como senador, Roosevelt fue moderadamente progresista. Se manifestó en favor de la autonomía municipal, defendió, tras algunas vacilaciones, el derecho al voto femenino y luchó por los agricultores y campesinos. Tomó parte activa, y no siempre con éxito, en las luchas internas del partido, en las que su protagonismo le ganó algún renombre a escala nacional.



Toma de posesión de Roosevelt en marzo de 1933.

Los demócratas también ganaron en 1912 las elecciones presidenciales. Roosevelt, que hacía ya algún tiempo había prestado su apoyo a Woodrow Wilson, gobernador de Nueva Jersey y líder del ala progresista del partido, recibió su recompensa cuando éste llegó a la presidencia. En marzo de 1913 fue nombrado subsecretario de Marina, a las órdenes de Josephus Daniels. Fue la única vez que tuvo un superior administrativo a lo largo de su carrera y demostró ser un pésimo subordinado. Los desacuerdos entre el fogoso Roosevelt, partidario siempre de ensayar nuevas líneas de acción, y el paciente Daniels fueron notorios. Pero se ganó la reputación de ser un gestor eficaz y consiguió mantener buenas relaciones tanto con el almirantazgo —para lo que le fue muy útil su amor por los barcos y sus conocimientos náuticos, aprendidos en el Hudson— como con los trabajadores civiles del sector.

La Primera Guerra Mundial le convirtió en un ardiente defensor de la expansión de la Marina. Partidario de los aliados, pese a la postura oficial de neutralidad, vio con satisfacción la entrada en combate de su país y volcó todas sus energías en la administración naval. Sus deseos de alistarse eran enormes y finalmente consiguió ser enviado a Europa en misión de inspección en julio de 1918. Durante años contó las emociones del viaje, adornándolo cada vez con mayores detalles.

Un temperamento de primera

Muchos años después, un viejo juez retirado comentaría acerca de él: «Ah, el joven Roosevelt. Le conozco: un intelecto de segunda clase, pero un temperamento de primera». Efectivamente, Roosevelt nunca fue un teórico y ni siquiera una persona de ideología clara. Cuando Keynes, fascinado por el *New Deal*, le conoció, comprobó asombrado su escasísima formación económica. Como algún otro presidente de su país, parecía incapaz de concentrarse en dos frentes de lucha: durante la crisis económica se olvidó del mundo, y durante la Segunda Guerra Mundial relegó los problemas internos de su país. Emprendía constantemente nuevas líneas de acción, a menudo contradictorias, y las sustituía con independencia de su éxito. Habilísimo manipulador de la opinión

pública, vivía, sin embargo, esclavo de ella. «No hay nada más peligroso en tiempos de guerra que vivir en la atmósfera temperamental de una encuesta Gallup», comentaría Churchill, irritado, en plena guerra mundial, ante las vacilaciones estadounidenses respecto a la intervención. Centenares de críticos solventes ponen en duda la eficacia de la política rooseveltiana, y los hechos no despejan la incógnita. Pero nadie niega a su autor un lugar en el rincón de los mitos históricos, igual que es evidente que sus tres períodos presidenciales dieron un quiebro irreversible a la política interior y exterior de Estados Unidos.

Pero todo esto era imprevisible al acabar la guerra. Roosevelt tenía entonces treinta y siete años y cuatro hijos. Había renunciado a una mujer de la que estaba enamorado y apaciguado a una dolorida Eleanor, entre otras cosas, por no obstaculizar su carrera pública. Deseaba, con el presidente Wilson, pero en contra de la mayor parte de sus compatriotas, que Norteamérica ingresara en la Sociedad de Naciones y asumiera su papel en el mundo. Y en 1920 fue elegido candidato demócrata a la vicepresidencia del país, acompañando al candidato presidencial James Cox. La Sociedad de Naciones fue el tema fundamental de la campaña. Perdidas las elecciones, Roosevelt se concentró en los negocios.

Lo que probablemente vio como un paréntesis en su actividad política, iba a prolongarse más de siete años. El siguiente verano, mientras pasaba sus vacaciones en la isla de Campobello, cayó víctima de la poliomielitis. Durante casi dos años estuvo inmovilizado, y pareció que nunca podría volver a andar. Naturalmente, su madre le invitó a retirarse a Hyde Park, pero Eleanor y Louis Howe, que permaneció infatigablemente a su lado, decidieron que ningún estímulo sería para él mejor que la política. Su esposa comenzó ahora a asistir a las reuniones y congresos del partido y a desplegar una actividad infatigable para mantener frescos los vínculos y la información de Roosevelt. Con el inteligente asesoramiento de Howe cubrió a la perfección este flanco y permitió que su marido concentrara sus energías en su recuperación. Durante mucho tiempo éste se negó a aceptar que no volvería a andar sin muletas, y luchó incesantemente por desprenderse de ellas. La beneficiosa influencia de las aguas termales le hizo crear una fundación benéfica en Warm Springs (Georgia), para la que consiguió el reconocimiento de los médicos neoyorquinos. Tan absorto estaba en su terapia y en su fundación que tuvo serias dudas cuando, en 1928, el partido le pidió que fuera su candidato al gobierno de Nueva York.

Contra la depresión, «New Deal»

El presunto gobernador de Nueva York no tenía nada que ver con el señorito de Hyde Park. Si ya antes de su parálisis había aprendido a no mirar por encima del hombro, los años de inmovilidad cambiaron hasta su aspecto físico. Roosevelt había engordado y desarrollado un torso de atleta, gracias al ejercicio constante. Su rostro, más lleno y maduro, irradiaba cordialidad e inspiraba confianza. Ante la silla de ruedas, la gente tendía a olvidar su edad y considerarle como un anciano vigoroso, lleno de sabiduría y experiencia. Pero Roosevelt sólo tenía cuarenta y seis años y había conquistado una gran confianza en sí mismo. «Me he pasado dos años en la cama intentando el modo de

Franklin Delano Roosevelt: un jefe para una época

Frente a su oponente electoral, el presidente republicano Herbert Hoover, político y magnate financiero, defensor a ultranza del «libre mercado», Roosevelt con el New Deal *(Nuevo Reparto) proponía que el Estado interviniera en la vida económica para redistribuir las rentas y paliar en algo las desigualdades que se traducían en miseria para muchos. En la foto, el candidato demócrata hace campaña a bordo de un tren especial.*



Un tren especial llevó por todo el país el lema «un nuevo reparto».



George Washington Carver saluda al presidente.



A la izquierda, Roosevelt charla desde su silla de ruedas con el prestigioso científico norteamericano, George Washington Carver, de raza negra. En el centro, acompañado de su antecesor en el cargo, el republicano Herbert Hoover, Roosevelt se dirige en coche descubierto al Capitolio de Washington para jurar el cargo de presidente de Estados Unidos, el 4 de marzo de 1933. Frente a los pronósticos, el artífice del New Deal *ganó en 42 de los 48 estados de la Unión. Dos semanas antes, el presidente electo había sufrido un atentado en Miami. Giuseppe Zangara, emigrante italiano de 33 años, albañil de profesión y simpatizante anarquista, había disparado seis tiros contra Roosevelt porque «detestaba a los poderosos».*

mover el pulgar del pie», confesaría. «Es la empresa más difícil que nadie puede imaginarse: a partir de esto, todo lo demás es sencillo.»

Contra el consejo de Howe y la indecisión de su esposa, Roosevelt aceptó. Durante toda la campaña recorrió miles de kilómetros en automóvil para demostrar a sus oponentes su capacidad física. Aceptaba la ayuda de los demás para dar unos pasos o mantenerse en pie con tanta sencillez y jovialidad que nadie se sentía incómodo. Los demócratas perdieron las elecciones presidenciales, pero Roosevelt salió elegido gobernador del Estado de Nueva York, lo que le situaba en un lugar privilegiado para aspirar en el futuro a la presidencia del gobierno de la nación.

Durante toda la década el país había gozado de una prosperidad sin precedentes, iniciada al final de la Gran Guerra, que lo convirtió en el principal acreedor del mundo. «Los negocios de América son los negocios», dijo uno de los presidentes republicanos del período. Y eso parecía. Bajo el pintoresco telón de la *ley seca,* no sólo florecía la industria del crimen, sino la Bolsa. Se creía que cualquiera podía enriquecerse con invertir unos pocos dólares al mes en acciones. De hecho, buena parte de la actividad bursátil era especulativa. Se compraban las acciones a plazos y se pagaban con los beneficios obtenidos. A menudo, las empresas apenas existían más que nominalmente. Cuando Roosevelt inició su mandato, la Bolsa parecía hecha del oro del rey Midas. Un año después se desplomaba como un castillo de naipes, poniendo fin a los *happy twenties.*

Roosevelt clamó contra los republicanos. Por su imprevisión, su codicia y su *laissez faire.* Convirtió al Estado de Nueva York en banco de pruebas para el reformismo. Consiguió medidas legislativas en ayuda a los parados y desposeídos, estableció la primera agencia estatal de asistencia social y propuso un sistema de seguridad social para los ancianos y el aprovechamiento energético del río San Lorenzo. Su clamorosa reelección en 1930 le convirtió en el candidato obvio para las elecciones presidenciales de 1932. Al aceptar la candidatura declaró: «Os prometo, me prometo a mí mismo, un nuevo reparto *(new deal)* para el pueblo americano». Probablemente la frase fue casual. Pero la expresión hizo fortuna y sirvió para denominar la política reformista de Roosevelt, encaminada a conseguir una mayor justicia económica y social, un mejor «reparto de las cartas». El 57,4 por 100 de los electores le dio su voto, convirtiéndole en el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos.

El 4 de marzo de 1933 pronunció su discurso de toma de posesión. El PNB había disminuido en un 27 por 100 respecto a 1929. La producción industrial en un 50 por 100. Era casi imposible cobrar un cheque, porque la mayoría de los bancos estaban cerrados. Trece millones de parados, una cuarta parte de la


Junto a Herbert Hoover, su antecesor en el cargo.



Un contacto permanente con el pueblo.

población activa, agotaban sus ahorros y muchos de ellos vagaban de un lado a otro en busca de una oportunidad de subsistencia. Roosevelt les infundió confianza. «A lo único que debemos temer es al miedo mismo», dijo. Y al día siguiente comenzó a actuar.

Del «New Deal» a la Segunda Guerra Mundial

Lo primero que hizo Roosevelt fue decretar unas breves vacaciones bancarias. Al cabo de una semana, Roosevelt, en la primera de sus «Charlas junto al fuego», informó a los radioyentes que sus fondos estaban garantizados por el Estado. Resuelto este problema, inició una sesión extraordinaria del Congreso, conocida como «los cien días», en la que se aprobaron infinidad de medidas. Las primeras iban dirigidas a aliviar la situación de los distintos grupos sociales. Realizadas las tareas más urgentes de asistencia se iniciaría la reforma del sistema.

Las leyes decretaban fondos de ayuda a los parados, servicios de trabajo voluntario para los menores de veinticinco años, proyectos de obras públicas, creación de un organismo federal para el aprovechamiento hidráulico y la ordenación del valle del Tennessee —que años atrás había querido adquirir Henry Ford—, reorganización de la industria privada, reglamentación de la actividad bursátil, etc. Cada ley exigía la creación de un nuevo organismo para su desarrollo, lo que supuso una ingente multiplicación de organismos administrativos. En conjunto, el compromiso financiero del gobierno federal carecía de precedentes.

Roosevelt renunció desde el principio a la idea de colaborar con el resto del mundo en la solución de la crisis. Los asuntos domésticos requerían toda su atención. Sus relaciones exteriores en esta época fueron mínimas e insolidarias. Latinoamérica, sin embargo, se vio beneficiada. A través de la política de «buena vecindad», el presidente abolió la enmienda Platt, que limitaba la soberanía cubana, retiró a los *marines* de Haití y suavizó las relaciones con Panamá. Incluso envió al secretario de Estado, Hull, en señal amistosa, a la Conferencia Panamericana de Montevideo.

Muchas de las medidas de los primeros tiempos se encaminaron a la planificación moderada de la vida económica, en sus distintas esferas. Así, la Agricultural Adjustment Administration concedía primas a los agricultores que aceptaban restringir su producción, la National Recovery Administration trataba de estimular los precios y por tanto la inversión, y las empresas fueron invitadas a presentar un código de precios y salarios justos. Algunos de estos proyectos presentaban dificultades adicionales que los hacían inviables; otros fueron abandonados y unos pocos sufrieron la oposición fron-

Poco después de su toma de posesión presidencial, Roosevelt confesaba a su hijo que «aparte de haber temido siempre al fuego, ahora también tengo miedo de no poseer la fuerza suficiente para cumplir dignamente mis nuevas tareas». Pero su estilo directo, su sinceridad y moralidad, acompañados de una política de grandes obras públicas, supo paliar la miseria de millones de personas y devolver la ilusión a la sociedad norteamericana. Sus dos instrumentos de «contacto directo con los ciudadanos» fueron el teléfono (hablaba una media de 5 horas diarias) y la radio. Sus «Charlas ante el fuego» —una de las cuales recoge la fotografía— llevaron la esperanza a millones de hogares. Fueron bautizadas así por el veterano periodista de la CBS, Harry Butcher.

Franklin Delano Roosevelt habla ante el Congreso norteamericano proponiendo la declaración de guerra contra Japón, tras el masivo ataque nipón contra la base naval estadounidense de Pearl Harbour (Hawai), el 7 de diciembre de 1941, que decidió la importante participación norteamericana en casi todos los frentes de la Segunda Guerra Mundial. A la derecha, con uniforme, su hijo James Roosevelt, y a su espalda, Sam Rayburn (izquierda), speaker del Congreso, y Henry A. Wallace. Elegido presidente en 1932 y reelegido en 1936, 1940 y 1944 (una excepción en la política estadounidense), el «moralista» F. D. Roosevelt, desde su silla de ruedas, fue capaz de unir a su pueblo contra la crisis, sentar las bases del nuevo orden internacional de posguerra y vencer a las fuerzas del eje Berlín-Roma-Tokio en todos los frentes. Murió, agotado, el 12 de abril de 1945, poco antes del triunfo definitivo de los aliados.

tal del Tribunal Supremo, bastión del conservadurismo. Y aunque muchas medidas tuvieron éxito, en conjunto no consiguieron reducir el desempleo ni incrementar la producción notablemente. Mientras los empresarios se escandalizaban por el crecimiento del déficit público —que se mantuvo discretamente entre los dos y tres mil millones de dólares anuales— y Roosevelt prometía un presupuesto equilibrado, John Maynard Keynes, desde Londres, recomendaba multiplicar el gasto público como única salida posible a la crisis.

En 1936, Roosevelt fue reelegido por amplia mayoría e inició un deslizamiento a la izquierda con una vigorosa arremetida contra los *trusts*. También planteó una batalla frontal al Tribunal Supremo, tratando de nombrar nuevos jueces favorables a su programa. Fracasó en su proyecto y, aunque en el futuro las actuaciones del Tribunal serían más satisfactorias, escandalizó a los republicanos —que empezaron a llamarle dictador— y a buena parte de los demócratas.

En este período se reconoció el derecho a la sindicación, y se regularon las relaciones entre trabajadores y empresarios. Asustado por la inflación que acarreaba el incipiente crecimiento, Roosevelt disminuyó, en 1937, los gastos federales, lo que agravó la crisis. Al año siguiente la inversión aumentó, pero también creció la oposición al *New Deal*, tanto por parte de los conservadores como por parte de la izquierda radical, que no veía salida a sus problemas económicos más acuciantes. Pero un nuevo frente de preocupación empezaba a acosar a Roosevelt. En septiembre de 1939 se iniciaba la guerra mundial que, paradójicamente, traería la recuperación de la economía de Estados Unidos mediante la política que siempre propugnó Keynes: la multiplicación del gasto público.

Un largo y duro mandato

Durante la Guerra Civil española, Roosevelt se había manifestado a favor de los republicanos, pese a que oficialmente mantuvo la neutralidad. Durante largo tiempo mantuvo la misma actitud respecto a la contienda europea. Ni la gravedad de la situación ni las desesperadas llamadas de angustia de Gran Bretaña y Francia hicieron mella en la opinión pública norteamericana, que deseaba permanecer al margen del conflicto. La ley de neutralidad impedía incluso la venta de armamento a los aliados, y Roosevelt, atado de pies y manos por el Congreso, fue incapaz de asumir decisiones drásticas.

En 1940 consiguió ser reelegido por tercera vez, convirtiéndose en el primer y único presidente norteamericano que se ha presentado a un tercer mandato y ganándose la oposición de muchos demócratas. Su popularidad había descendido notablemente. Siempre consciente de la oposición frontal entre la mayoría de sus compatriotas y sus propios deseos de interven-



A él correspondió la tarea de proponer al Congreso una declaración de guerra.



Roosevelt y Churchill, dos líderes para un mismo frente de batalla.

ción, comenzó a preparar al país para la guerra, que veía inevitable. Mediante argucias legales que podrían haberse puesto en práctica mucho antes, se inició el envío de material bélico a Gran Bretaña. El ataque japonés a Pearl Harbour, en diciembre de 1941, dio fin a una situación de exasperantes vacilaciones. Ganar la guerra a las potencias del Eje se convirtió entonces en el principal objetivo de Estados Unidos.

A lo largo de la conflagración, Roosevelt se entrevistó con Churchill en numerosas ocasiones. En diciembre de 1943, cuando ya los aliados daban por segura la victoria, tuvo lugar la primera reunión tripartita en Teherán. Roosevelt, Churchill y Stalin discutieron y resolvieron el problema del segundo frente y formularon proyectos para una organización internacional que mantuviera la paz en el futuro.

Roosevelt se entendió bien con Stalin, tanto en Teherán como, un año después, en Yalta. Para entonces, el presidente norteamericano, que acababa de ser reelegido por cuarta vez, no gozaba de muy buena salud. El agotamiento y las múltiples preocupaciones habían hecho presa por fin en él. Junto a los destellos de su antigua vivacidad había lapsos de ensoñación o abatimiento. Algunos achacan a esto las amplias ventajas concedidas a Stalin en las negociaciones, que darían lugar al actual reparto del mundo. Pero, como siempre, Roosevelt era incapaz de centrarse en dos frentes a la vez. E ignorante aún de las posibilidades de la bomba atómica, preveía una larga lucha antes de conseguir la derrota del Japón.

Roosevelt tenía confianza en la paz. Se había hecho reelegir para participar en su construcción. Esta vez sí lograría atraer a su pueblo a la causa de las Naciones Unidas. El congreso fundacional estaba ya preparándose en San Francisco. Su madre había muerto, y muchos de los antiguos amigos le habían abandonado. El partido demócrata, cuya unidad siempre persiguió, estaba lastimosamente dividido, en parte por su causa. Había llegado el momento de volver los ojos a casa, de controlar la inflación, de asegurar que el retorno de los soldados no relanzara el desempleo. Y después, Hyde Park, donde le esperaban la biblioteca nueva y una cabaña recién construida en una colina, mirando al Hudson.

Pero no llegaría a ver la posguerra. Murió en Warm Springs de una hemorragia cerebral, el 12 de abril de 1945. No vio la guerra fría, ni la caza de brujas, ni los resultados prácticos del fin del aislamiento norteamericano. Tal vez no hubiese llegado nunca a Hyde Park si lo hubiese visto. Era un demócrata, pero se consideraba indispensable.

E. G. P.

Tras la agresión hitleriana contra Polonia y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, Roosevelt veía con buenos ojos la construcción de un frente común —los aliados— contra el fascismo. La ayuda estadounidense a Inglaterra fue en aumento hasta la declaración de guerra al Eje en diciembre de 1941, y Roosevelt prodigó sus contactos personales con el premier británico Winston Churchill (juntos en la fotografía), con quien se entrevistó en Washington (1941); en Casablanca (Marruecos, 1943); nuevamente en la capital norteamericana, en mayo de ese mismo año; en Quebec (Canadá, agosto de 1943); en El Cairo (Egipto), reunión a la que asistió el general nacionalista chino Chiang Kai-shek (noviembre del mismo año); en Teherán, la capital de Persia (hoy Irán) adonde también acudió Stalin, un mes más tarde, y la decisiva conferencia de Yalta (URSS), celebrada en febrero de 1945 y donde norteamericanos, soviéticos y británicos se repartieron el mundo en zonas de influencia que todavía persisten.



Política internacional

Inauguración de la Conferencia de Desarme en Ginebra, que fracasará en sus propósitos.
Japón implanta la República de Manchukuo en Manchuria.
Eamon de Valera, jefe del gobierno del Estado libre de Irlanda.
Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay por la posesión del territorio de aquel nombre.
Fallido levantamiento militar del general Sanjurjo en Sevilla.
Antonio de Oliveira Salazar elegido primer ministro de Portugal.
Paul von Hindenburg reelegido presidente de Alemania. Derrota a Hitler por 6 millones de votos.
Franz von Papen nombrado canciller de Alemania.
El gobierno colonial de la India declara ilegal al Congreso indio. Mahatma Gandhi es detenido.
Guerra entre Perú y Colombia suscitada por el problema del puerto de Leticia. Interviene la Sociedad de Naciones en la resolución del conflicto.
Franklin D. Roosevelt elegido presidente de Estados Unidos.
El presidente francés Paul Doumer es asesinado por un emigrante ruso.
Fundación del Reino de Arabia Saudí por Ibn Saud.
Mueren André Maginot y Aristide Briand.

Sociedad

El presidente del gobierno español firma el decreto de disolución de los jesuitas.
Karl Jaspers publica Filosofía.

Economía

En la conferencia de Lausana se decide poner fin a los pagos de reparaciones alemanas con un único pago simbólico de 3.000 millones de marcos.
Bélgica y Luxemburgo acuerdan una supresión paulatina de sus fronteras aduaneras.
Japón renuncia al patrón oro.
Quiebra de la compañía sueca de fósforos Kreuger.
La crisis económica mundial llega a producir 30 millones de parados.
Comienza el segundo plan quinquenal en la Unión Soviética.

Conferencia de Desarme en Ginebra.



Harold C. Urey.



Benjamin Britten.

Ciencia y tecnología

Gerhard Domagk sintetiza la sulfamida (Prontosil).
Harold C. Urey descubre el hidrógeno pesado.
Primer marcapasos artificial en Estados Unidos.
Se inaugura la línea de transporte en dirigible entre Alemania y América.
Karl G. Janskay recibe una emisión de ondas cortas de radio procedente de la Vía Láctea. Comienza la radioastronomía.

Sucesos

Secuestro y asesinato del hijo de Charles Lindbergh.
Naufragio del buque escuela alemán Niobe, *en el que perecen 70 de sus tripulantes.*

Deportes

Celebración de la Olimpiada de Los Angeles.
Ignacio Ara, campeón de Europa de los pesos medios.

Literatura

John Galsworthy, premio Nobel.
Aldous Huxley: Un mundo feliz.
Ernest Hemingway: Muerte en la tarde.
Vicente Aleixandre: Espadas como labios.
Juan Bosch: Camino real.
Boris Pasternak: Segundo nacimiento.
Ezequiel Martínez Estrada: Radiografía de la pampa.
Erskine Caldwell: La ruta del tabaco.
Louis-Ferdinand Céline: Viaje al fondo de la noche.
Graham Greene: Tren para Estambul.
Stefan Zweig: La curación por el espíritu.
Máximo Gorki es nombrado presidente de la Unión de Escritores Soviéticos.

Cine

Frank Borzage: Bad girl.
Josef von Sternberg: El expreso de Shanghai.
Tod Browning: La parada de los monstruos.
Julien Duvivier: Pelirrojo.
Edmund Goulding: Gran Hotel.
Luis Buñuel: Las Hurdes.
Jean Renoir: Boudu salvado de las aguas.
Jean Cocteau: La sangre de un poeta.
Oscar de Hollywood a los mejores intérpretes masculinos a Wallace Beery por El campeón *y a Frederick March por* Dr. Jekill y Mr. Hyde. *Oscar a la mejor intérprete femenina a Helen Hayes por* El pecado de Madelon Claudet.

Teatro

Bertolt Brecht: Madre coraje.
John B. Priestley: Esquina peligrosa.
Se funda el teatro universitario La Barraca, dirigido por García Lorca.

Música

Benjamin Britten: A Boy was Born.
Igor Stravinski: Concierto para violín.
Carlos Chávez: Antígona.

Pintura y escultura

Vasili Kandinski: Ligazón.
Salvador Dalí: Nacimiento del deseo líquido.
Grant Wood: Hijas de la revolución.
Carel Willinks: Retrato del pintor Ch. Roelofsz.
Alberto Giacometti: Mujer con el cuello cortado.
Marc Chagall: La caída del ángel.
Mueren María Blanchard y Ramón Casas.



Los votantes de Adolf Hitler alzan sus brazos ante el dios viviente.

1933



Desde 1933, la bandera con la cruz gamada presidió actos públicos, edificios, hogares y más de una cabeza.

LA IRRESISTIBLE ASCENSION DE ADOLF HITLER

HUBO en Alemania un tiempo en que muy pocos conocían a Adolf Hitler y en el que casi nadie votaba al pequeño partido nacionalsocialista. Bastaron diez años para que la radio, los carteles y la agitación callejera convirtieran al pequeño ultraderechista en amo y señor de Alemania. Su fulminante ascensión intriga desde entonces a historiadores, sociólogos y psicólogos. Porque Hitler conquistó el poder en 1933 sin necesitar un golpe de Estado: fueron los propios alemanes quienes le auparon con sus votos. Luego no tuvieron la posibilidad de retirarle su confianza, y queda, por tanto, la duda de hasta qué punto la nación alemana se identificó con el programa y los modales nazis.

José María Solé Mariño, escritor y periodista especializado en temas de política internacional, analiza en este artículo las causas del ascenso nazi al poder.



Proceso por el golpe de Estado contra la república en 1923.

Arriba, momento del proceso contra Hitler tras el fracasado golpe de Estado que intentó en noviembre de 1923 con el general Ludendorff. Condenado a 5 años de cárcel en enero de 1924, no estuvo ni uno en prisión y aprovechó su estancia tras las rejas para dictar a Rudolf Hess su único libro, Mein Kampf (Mi lucha).

Alemania 1918: la cuna de la revancha

Tras cuatro años de guerra, los meses de octubre y noviembre de 1918 aportarán el máximo grado de tensión para la nación alemana. Convencida la población de la seguridad de la victoria, debido a la profunda labor de los medios de propaganda, los grupos dirigentes del Estado y del ejército ya no son capaces de sostener esta evidente falacia. Para los conocedores de la realidad, la derrota se presenta ya inevitable, y los altos jefes militares, verdaderos responsables directos de la situación, se preparan para encontrar una salida airosa y, por encima de todo, adecuada a la salvaguardia de sus intereses. El inmediato desprestigio nacional que las fuerzas armadas tendrían que sobrellevar en caso de descubrirse estos hechos, supondría un golpe demasiado fuerte, que el militarismo germano no está dispuesto a sufrir.

De esta forma, mostrando un perfecto conocimiento de la psicología de la población, los altos mandos observan que solamente apartándose en los momentos negativos se mantendrán limpios de culpa aparente, aunque esta maniobra solamente pueda ser útil de cara a una opinión demasiado mediatizada. Pero la población alemana —salvo sectores sociales muy concretos— estaba acostumbrada a actitudes que no supusiesen un cuestionamiento básico del sistema. De esta forma, la entrega del poder político a los civiles, con la finalidad de que fuesen éstos los protagonistas de la petición de armisticio, contó desde el principio con el aplauso de todos los comprometidos en unos hechos de los que ahora no sabían en qué forma salir.

El nuevo gobierno parlamentario habría de cargar así con la pretendida *culpa* histórica de una situación de desastre a la que en absoluto había contribuido a crear. Mientras, los verdaderos responsables se retiraban de la escena a la espera de tiempos mejores. Por otra parte, y para agravar todavía más la situación en el orden político, la petición de armisticio —que constituye una tremenda sorpresa para una población no avisada de la realidad bélica— se ve rodeada por una sucesión de profundos trastornos sociales. Así, al mismo tiempo que se produce la caída del sistema imperial, toda Alemania se ve sacudida por acontecimientos que traslucen una auténtica fiebre revolucionaria. A imagen de los hechos producidos un año antes en Rusia, obreros y soldados, marinos y cuerpos de seguridad alemanes se constituyen en avanzadillas de la revolución inminente.

El nacimiento de la república, el día 9 de octubre, seguido dos días más tarde por la firma del armisticio, identificará de esta manera aquel clima de trastorno general y de sensación de derrota con el nuevo régimen, que da sus primeros y vacilantes pasos. Es, pues, el momento del derrumbamiento de unos valores y unas estructuras hasta entonces consideradas inamovibles. Y, para una importante fracción de la población, la desaparición del sistema imperial, que era símbolo de la etapa más brillan-

Hitler, Von Hindenburg y Goering.

te de la historia reciente del país, viene traído de la mano de unos arribistas. La nueva clase política republicana, en sus secciones izquierdistas, aparecía inexperta, dubitativa y decididamente desafiada por unos enemigos demasiado poderosos.

Por el momento, estos sectores tradicionalmente decisores —ejército, terratenientes, grandes industriales y financieros— se mantienen en una actitud de reticente expectativa. Fomentan desde el principio la falsa idea de una *traición* al pueblo alemán por parte de los políticos profesionales, a los que acusan de constituir centros de influencia de ideologías e intereses extranjeros, contrarios lógicamente a los de la nación. Esta actitud aparecerá, bajo todas las formas posibles y en todo momento, a lo largo de la dificultosa experiencia política que supuso la vida de la Primera República alemana. Crispado el nacionalismo más burdo, expectantes los intereses conservadores, el terreno más propicio para la creación y fructificación del espíritu de revancha está ya dado.

Dentro de una sociedad acostumbrada a un autoritarismo paternalista, la aparición descarnada de tensiones y, por encima de todo, la necesidad de adoptar decisiones donde antes nunca se había hecho, suponen un trastorno de alcances incontrolables. Frente a los sectores de izquierda más radicalizados, que creen llegado el momento del vuelco total, una gran mayoría se mantiene tensa. Aunque demócrata, la opinión no puede asistir indiferente al derrumbamiento de estructuras que, a pesar de sus defectos, habían elevado a Alemania al rango de primera potencia continental en muy pocos años. Mientras, el resentimiento hacia los que ahora representan un nuevo orden nacido de la derrota y el caos económico, va arraigando fuertemente en amplias capas de la población. La idea de la «puñalada por la espalda», tan fomentada en todo momento por los sectores interesados en el debilitamiento del régimen democrático, cobrará volumen hasta convertirse en el verdadero espectro político de los republicanos y de sus soportes sociales.

Weimar: el caos permanente

Una marcada convulsión social y política, una profunda crisis económica y el fuerte auge de la vida cultural caracterizan la etapa conocida como la *República de Weimar*.

Los brotes revolucionarios alcanzaron, en 1919, niveles especialmente graves cuando, de

En la página opuesta, abajo, ya alcanzado el poder en 1933, Hitler, en compañía del viejo mariscal H. Hindenburg y del ministro nazi Goering, escucha el discurso sobre las necesidades de «unir la vieja y la nueva Alemania» que pronuncia su correligionario M. Koch, gobernador de la Prusia Oriental. Sobre estas líneas, dentro del «populismo» practicado por los nazis, se declara el 1.° de mayo Fiesta Nacional del Trabajo (para arrancar una bandera de las manos del «internacionalismo comunista»). A la Opera de Berlín asisten, de izquierda a derecha: Von Papen, Werrl, Raeder, Hess, Schmidt, Hitler, Goering, Frick y Seldte.



Celebración del 1.° de mayo en la Opera de Berlín.

Primer plano de Hitler, de civil, y su cartilla militar de la Primera Guerra Mundial. Abajo, registro de la policía republicana en una sede nazi. En la página opuesta, el mariscal Hindenburg, que apoyó a Hitler ante los altos círculos castrenses.





Aún no era tiempo de uniformes.



Registro policial en la sede del partido nazi.

forma casi simultánea, coincidieron el levantamiento espartaquista de Berlín, la proclamación de una república soviética en Baviera y las frecuentes asonadas rojas en todas las zonas industriales. El nuevo gobierno socialdemócrata se vio obligado a intervenir duramente en contra de estos sectores, que no se resignaban a un simple cambio de modelo político que no llevara aparejada una transformación social. Con ello, los posibles apoyos que el régimen pudiese esperar de la extensa clase obrera quedaron irremisiblemente perdidos. Así, la república sufrirá desde la izquierda ataques y condenas como sistema traidor a unos principios en los que afirma inspirarse, y, desde la derecha, ninguna actitud de defensa del orden establecido será capaz de disminuir el grado de desconfianza inicial.

El aislamiento de la clase política republicana, conservadora o moderadamente izquierdista, irá acrecentándose con el paso del tiempo. Paralelamente, la crisis económica, de la que el país no se vio libre en ningún momento, fomentó el auge de las posturas abiertamente autoritarias que aprovechaban cualquier ocasión para lanzarse contra el mismo corazón del sistema. Constituye ya un tópico comentar las condiciones realmente inimaginables que la inflación y el paro alcanzaron en la Alemania weimariana. A partir del momento en que los victoriosos aliados imponen sus condiciones de paz, la economía alemana experimenta un rudísimo golpe, a causa, sobre todo, de la obligación del pago de las reparaciones de guerra. Este asunto, verdadero caballo de batalla en la Europa de entreguerras, sufrirá frecuentes matizaciones con el paso de los años, pero en todo momento será considerado por los alemanes como una losa de la que necesitan librarse. Y, a pesar de la relativa comprensión con que los aliados anglosajones van observando la cuestión, la obstinada postura de Francia, siempre temerosa y ahora envalentonada y revanchista, será la que se imponga hasta el final.

Para el alemán medio, que ve peligrar todo su sistema de vida, que pierde el trabajo o se halla en trance de perderlo, las imposiciones materiales aliadas no son más que una maniobra tramada contra su país. En este campo, después de unos años —la segunda mitad de la década de los veinte— que remediaron en parte la maltrecha economía germana, el mazazo de la crisis general desencadenada en 1929 constituirá el punto álgido del proceso de caída de Alemania en el caos. Desde ese momento, hasta el acceso del nacionalsocialismo al poder, solamente existió un compás de espera en el que el régimen republicano será gradualmente estrangulado por sus enemigos.

Dentro de aquella Alemania, que mantenía intactas sus estructuras económicas y sociales a pesar de las apariencias, la vida cultural alcanzaría un auge difícilmente superable. Sobre bases sentadas durante el régimen anterior, todos los ámbitos de la cultura experimentaron un desarrollo que puede resultar sorprendente dentro de aquel marasmo general. A los espacios tradicionales de la música, la literatura, la pintura, la arquitectura o el teatro, vendrían a añadirse otras disciplinas de cuño reciente, como el cine, el diseño, la publicidad o el periodismo de nuevo signo. En todos ellos, el progresismo y la audacia que se manifestaban era el más perfecto complemento para la altísima calidad media de todos los productos elaborados. La vida intelectual y artística de Alemania, fundamentada ante todo en un espíritu democrático, servirá así de dramático contrapunto al período que habría de seguir, anulador de toda expresión que se hallase en desacuerdo con la ideología y la estética impuestas por el régimen.

Adolf Hitler: una carrera hacia el poder absoluto

En la Alemania de la primera posguerra se daban todas las condiciones precisas para el surgimiento de un *salvador* del pueblo, de un hombre providencial que situase nuevamente al país al nivel que hasta entonces había tenido. La amplísima gama de grupúsculos nacionalistas y reaccionarios que proliferaban en aquel nuevo Estado hacía fácil la elección. Aunque al nacionalsocialismo alemán puedan rastreársele muchos puntos en común con el pensamiento conservador europeo anterior a su surgimiento, es preciso observarlo ante todo desde una óptica que considere el espacio y el tiempo que vieron este imparable brote.

Adolf Hitler, un agitador más entre tantos otros, llegó a personificar los extendidos anhelos de resurgimiento a base de fórmulas prácticas que no hacían más que recoger e interpretar unas creencias y valores que se hallaban ya presentes en lo más profundo de la sociedad alemana. Reunía, además, en su propia persona los rasgos precisos para convertirse en un verdadero arquetipo del hombre alemán del período. Era un furibundo patriota, quizá por haber nacido en una zona fronteriza de ambiguo carácter nacional; era, además, un desclasado procedente de la pequeña burguesía, amenazada ahora de proletarización, y un conservador que observaba aterrado las acciones de la izquierda revolucionaria. Y, por último, al igual que otros varios millones de alemanes de-



El mariscal Von Hindenburg.

A finales de diciembre de 1980, un año después de que prescribieran oficialmente en la República Federal de Alemania las responsabilidades por los crímenes nazis, el Tribunal Supremo de Berlín occidental dictó sentencia absolutoria post mortem a favor del obrero Marinus van der Lubbe. Albañil comunista en paro, Van der Lubbe fue acusado por los nazis de haber incendiado el Reichstag (Parlamento alemán) la noche del 27 de febrero de 1933 y fue ahorcado el 10 de enero de 1934. Durante su proceso (foto de la derecha), en el que los acusadores no pudieron aportar pruebas concluyentes, los nazis intentaron implicar a «todos los comunistas en un levantamiento general contra la democracia». El propio brazo derecho de Hitler, Hermann Goering, a la sazón presidente del Reichstag y ministro del Interior de Prusia, perdió los nervios ante la profesionalidad y entereza del también acusado y a la vez defensor de sus compañeros Georgi Dimitrov (que luego sería presidente de Bulgaria) y le gritó en la sala del juicio: «Para mí, usted es un bandido, un comunista, carne de horca».

sesperados, era un parado sin futuro, que sólo dejó el ejército cuando otra actividad —en este caso, la política activa— le aseguró la posibilidad de contar con unos ingresos fijos.

Como se ha afirmado con absoluta certeza, Adolf Hitler no fue más que uno de los muchos *hitlers* del momento. Su ventaja inicial residía en aunar en su persona elementos que, en los demás casos, se presentaban dispersos. Contando con las condiciones del momento, Hitler se convirtió rápidamente en una especie de emblema modélico, en un reclamo de inmediata y sencilla utilización. Además, sabía expresar sentimientos que, clara o difusamente, formaban parte del pensamiento tradicional alemán, ahora exasperado y susceptible de ser más fácilmente manipulado.

El nacionalsocialismo, aun antes de fraguar en su forma definitiva, se valdría de todos los ingredientes que insuflaban las convicciones comunitarias de una Alemania que en muy pocos años había conseguido una espectacular industrialización. Nacionalismo, socialismo, capitalismo, tecnocracia, autoritarismo, militarismo, burocracia y racismo podrían anotarse como principales rasgos del pensamiento configurador de la Alemania que se disponía a recibir al hombre que la sacaría de la ruina moral y material en que se debatía sin esperanzas de futuro. Rasgos todos ellos que serán hábilmente instrumentados por el ascendente nazismo, que los convertirá a todos ellos —en diferente grado, por supuesto— en *leitmotivs* básicos de su particular entramado ideológico.

Así, al contrario de tantos otros grupos centrados excesivamente en un aspecto concreto, la clave del éxito popular del nacionalsocialismo estribaría precisamente en esa adopción de multitud de motivos. De esta forma, una gran mayoría de la población habría obligatoriamente de identificarse, como mínimo, con uno u otro de los postulados presentes. Esta amalgama de elementos permite, por consiguiente, la adopción de variadas teorías acerca de las causas que determinaron su implantación entre el pueblo alemán. Si, por una parte, existen quienes ven al nacionalsocialismo como una creación del militarismo alemán, otros se inclinan a considerarlo como una contrarrevolución del capitalismo o como un resultado directo de los duros tratados de paz. Las teorías posibles parecen aquí inagotables, y lo anterior no se contradice, en absoluto, con lo afirmado por los que estudian el movimiento como un producto de la psicología particular del pueblo alemán, o con los que sostienen que su triunfo no fue más que el resultado de un engaño y una coacción ejercidos por un reducido grupo de elementos sin escrúpulos.

Ninguna de estas tesis, por sí sola, sirve para



El edificio del Reichstag tras el incendio del 27 de febrero de 1933.



Un incendio como arma política para las elecciones.

una interpretación del nazismo; pero todas ellas en conjunto dibujan una idea válida sobre la que basar el estudio de un fenómeno tratado con falseadora trivialidad en demasiadas ocasiones. El caos económico y la anarquía moral, marcos de toda la evolución vital del malogrado sistema de Weimar, serán el campo ideal para la fructificación y potenciación de ese conjunto de elementos en presencia. Adolf Hitler se convertirá en hábil intérprete—casi con seguridad el mejor intérprete posible entonces— de esa desazón generalizada. Con su presencia y actuación, dará al pueblo lo que éste quiere: trabajo, estabilidad social, prestigio nacional, aun a costa del altísimo precio a pagar por ello.

El camino hacia el triunfo

A cuestiones sencillas, Hitler ofrece soluciones o respuestas del mismo carácter. El futuro *Führer* se dirige a una población insegura, frustrada y temerosa, para decirle lo que ella quiere oír. Se lo anuncia con palabras comprensibles y, al tiempo que ofrece un programa de regeneración nacional, denuncia a los culpables de la situación: los judíos, los capitalistas, los extranjeros... Nada falta ya para que se establezca la comunión del pueblo con su líder, ornado de un componente carismático que sabrá utilizar con un alto grado de perfección durante toda su vida pública.

En muchas ocasiones se ha considerado la psicología individual de Adolf Hitler como la causa determinante del surgimiento y evolución del régimen nazi. Sin negar en su totalidad esta visión, no conviene olvidar que el elemento social es el centro fundamental de causalidades en un estudio histórico que pretenda un mínimo de rigor. Adolf Hitler representa algo mucho más interesante, y dotado de mayores posibilidades de estudio, que un simple caso ceñido al ámbito personal. Este perfecto intérprete de un pensamiento tradicional, retocado a tenor de las circunstancias del momento, es el ejemplo más acabado de inductor masivo en sentido absolutamente negativo. Solamente considerándole como una emanación de aquella sociedad, necesitada de un instrumento a través del cual actuar, es posible un acercamiento válido a toda la trayectoria del nacionalsocialismo alemán. Una trayectoria, por otra parte, no solamente modificadora de la realidad europea de su tiempo, sino configuradora del mundo de hoy, debido a los efectos de su ascenso y caída.

Pero la aportación de estos elementos situados en un plano nacional, y en alta medida irracionales, hubiera resultado imposible si,



Proceso a los acusados del incendio.



PAUL JOSEPH GOEBBELS (Rheydt, Rhineland, Alemania, 1897-Berlín, 1945)

Tercero de los cinco hijos de un oficinista, educado en el catolicismo, se graduó en filología alemana en la Universidad de Heidelberg en 1921, dedicándose sin éxito al periodismo. Inútil para el servicio militar por la deformación de un pie, su inferioridad física le produjo no pocos problemas psicológicos y amorosos a lo largo de su vida. Imbuido desde joven de una ideología nacionalista a ultranza, muy difundida en la Alemania de la época, no fue, al menos en sus primeros años, antisemita.

En el año 1924 entró en contacto con grupos nazis que pronto supieron valorar su capacidad oratoria y sus cualidades de propagandista, instrumento político al que Hitler dio gran importancia desde los comienzos del partido nazi. En 1926 ya era administrador de la sección nazi de Elberfeld y director de un periódico bisemanal de la misma ideología. Su gran talento para la propaganda le abrió una fulgurante carrera en el partido nazi, en el que, flexible y pragmático a toda costa, siempre logró situarse junto al ganador en las múltiples rencillas internas, aunque ello fuera contra sus escasas y dúctiles convicciones personales. Organizador del nazismo en Berlín, en 1928 Hitler le encargó la propaganda nazi en toda Alemania.

Como indica el historiador alemán Bracher, «el nacionalsocialismo le debe principalmente a él el hecho de que la idea caudillista tuviera tan enorme eco y de que

la movilización de las masas se lograra con tanta eficacia. Sólo así pudo convertirse Hitler en una especie de divinidad... El punto fuerte de Goebbels no radicó en sus propias convicciones, sino en la manipulación de las convicciones de los demás».

Precavido, ambicioso y racional en un ambiente de irracionalistas rayanos en el delirio, supo organizar un colosal sistema de entronización de la mentira y falseamiento sistemático de la realidad, tanto en la paz como en la guerra. Jefe de Propaganda del partido, ministro de Propaganda y presidente de la Cámara de Cultura, Goebbels se convirtió en juez de todo pensamiento o idea artística públicamente expresados en Alemania y de no pocos de los expuestos en privado. Controlaba, amén del formidable aparato de propaganda del partido, la prensa, las publicaciones de todo tipo, la radio, etc.

En 1931 contrajo un ventajoso matrimonio del que tuvo seis hijos. Frío y realista, tuvo siempre las cosas muy claras; en la inauguración de la Cámara de Cultura, en noviembre de 1933, no tuvo inconveniente en declarar: «Nuestra revolución es total... en ella nada importan los medios de que nos sirvamos». Cuando ya era innegable que Alemania perdía la guerra que había desencadenado el régimen nazi, Goebbels siguió manejando la propaganda, encargándose de la guerra total, para la que se le concedieron plenos poderes en 1944. Consciente de que no había posibilidad de retroceder —«... ya hemos quemado las naves...», reconocía en 1943—, permaneció fiel a Hitler hasta el final. Antes de suicidarse, Hitler le nombró Canciller del Reich. Al día siguiente, el 1 de mayo de 1945, en el búnker de la cancillería berlinesa cercado por todas partes, el último sucesor de Bismarck y su mujer envenenaron a todos sus hijos antes de suicidarse, en un final tan siniestro como lo fueron el personaje y su vida.

dentro del grupo original, la personalidad de Hitler no se hubiera impuesto sobre las demás facciones presentes. Incidiendo ahora sobre el significado del Hitler personal dentro de un ámbito reducido, esto es, en el interior de la agrupación que él acabaría llevando hasta el poder, es preciso insistir sobre algunos aspectos significativos de su carácter. Adolf Hitler contaba con unas indudables y probadas dotes políticas; en él, una especial mezcla de fanatismo y astucia se complementaban con una marcada rapidez y fuerza de actuación. A lo largo de toda su carrera política, demostró una vigorosa capacidad de reflexión, ocultada muy convenientemente por crisis de frenesí y rabia, perfectos elementos de disfraz a utilizar en momentos oportunos.

Los apoyos decisivos

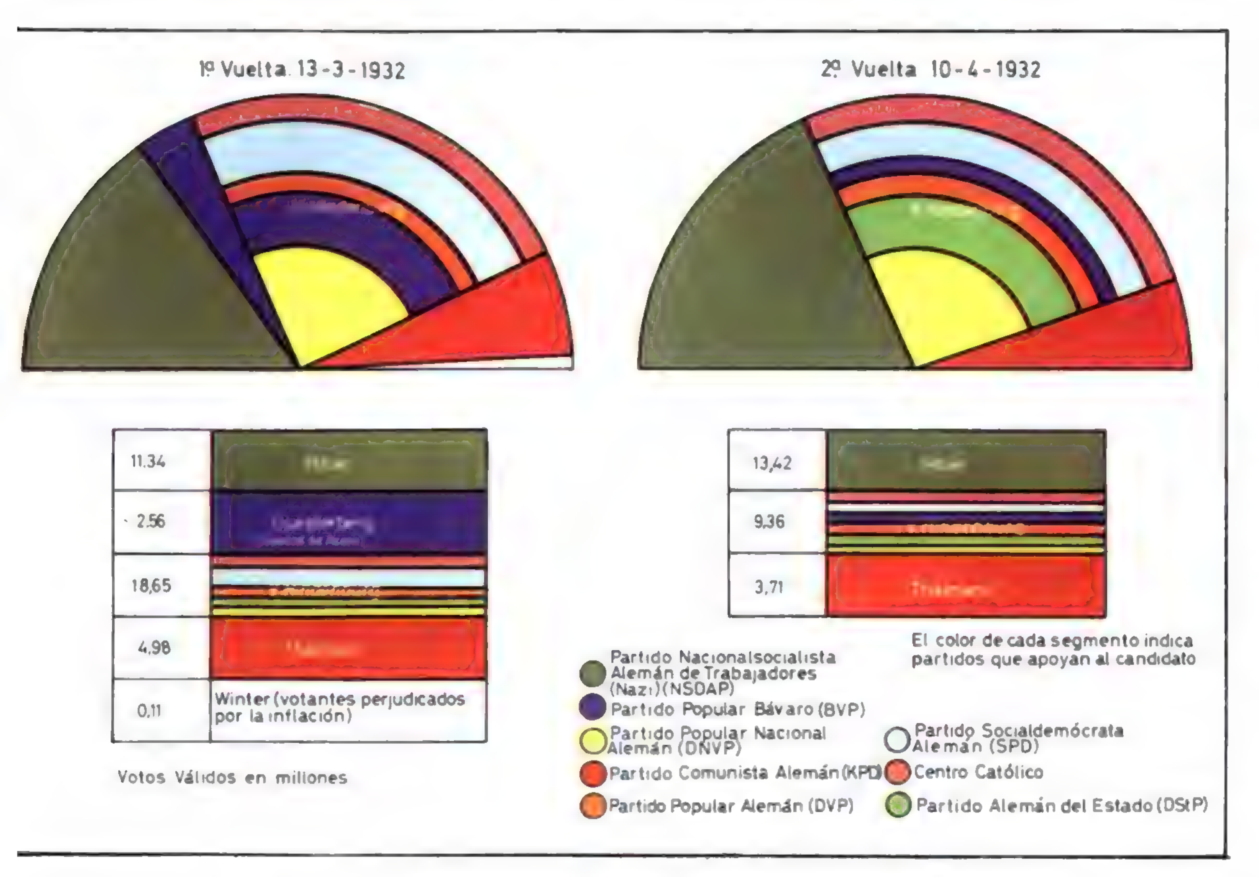
La demostración de este fuerte instinto político le valió a Hitler, en primer lugar, el liderazgo de su grupo y, más tarde, el apoyo de los grupos poderosos de la sociedad alemana. En una primera etapa, mientras construía su carismática imágen exterior ante la población, Hitler contó con apoyos esporádicos dentro de la administración estatal. La república, al dejar intacto todo el aparato burocrático, judicial y educativo, había permitido —como se apuntaba más arriba— el crecimiento en su mismo seno de fuertes contingentes hostiles a su existencia. Pero, a pesar de la incidencia de los ya señalados ingredientes de unión popular emocional con un posible dirigente *salvador*, a lo largo de toda la evolución de la Alemania de entreguerras se pudo comprobar electoralmente una tendencia mayoritaria hacia el abandono de posturas extremas.

En efecto, tan pronto las condiciones económicas presentan un grado de recuperación aceptable, el descenso electoral sufrido por el partido nacionalsocialista —al igual que por el comunista— es evidente. El electorado mostró en general una voluntad de moderación, otorgando sus votos preferentemente a la socialdemocracia o al centro católico. Eran, pues, la inquietud material y el descontento por ella producido los que, en momentos dados, concedían a las soluciones extremas una oportunidad electoral. Casi al final del período, la crisis iniciada en 1929 se presentó como la gran ocasión para el triunfo de posiciones de esta índole. En las dos consultas electorales celebradas



Hindenburg es saludado en la calle por simpatizantes del partido nazi.

El general Hindenburg, presidente de la República por el derechista Bloque del Imperio desde 1925 hasta su muerte, en 1934, nombró en 1933 a Hitler canciller del Reich. En la foto, Hindenburg es saludado militarmente por un policía y brazo en alto por militantes y simpatizantes nazis.



1933

La irresistible ascensión de Adolf Hitler

En 1928 los nazis tenían 12 diputados, que se convirtieron en 107 dos años más tarde. En la elección presidencial frente a Hindenburg, en enero de 1932, Hitler perdió, pero obtuvo 13.400.000 votos. En julio de ese mismo año los nazis tenían 230 diputados, que bajaron a 196 en las nuevas elecciones de noviembre. Pero el 30 de enero de 1933, Hindenburg nombraba a Hitler nuevo canciller de Alemania. Los nazis ya no abandonarían el poder. A la muerte de Hindenburg, ilegalizados todos sus oponentes políticos, Hitler fundió en su persona los cargos de canciller (primer ministro) y de presidente de la República, ostentando el de Reichsführer *(Caudillo del Imperio), que fue aprobado en plebiscito por el 88 por 100 de los votos en agosto de 1934.*

en el año 1932, cuando los peores efectos del desastre económico azotan a Alemania más duramente que a ningún otro país, los únicos partidos que consiguen un significativo aumento de votos son los nazis y los comunistas. Para entonces la izquierda, con su profunda desunión, ha establecido uno de los presupuestos fundamentales para el ascenso del nacionalsocialismo al poder.

Paralelamente, los partidarios de Hitler han conseguido el más importante de sus objetivos, esto es, la absorción de la práctica totalidad de las posiciones de derecha. Ante la radicalización de la situación, con el imparable aumento del número de desocupados, la degradación del nivel medio de vida y el riesgo de convulsiones sociales incontrolables, el débil sentido democrático del conservadurismo alemán se esfuma. Al mismo tiempo —y esto es fundamental a la hora de intentar comprender el fenómeno de la victoria nazi en el plano político—, las grandes figuras decisoras se han acercado al partido de Hitler en busca de un elemento a utilizar frente a potenciales reacciones de la izquierda. Los medios de la alta finanza, la industria y el ejército van convenciéndose de la posible utilidad que una fuerza de choque de tal naturaleza podría ofrecerles. Ante el agravamiento de la situación moral y material, los medios democráticos no les parecen ya seguros.

Así, estas clases dirigentes, que en ningún momento han perdido su papel protagonista en una Alemania formalmente republicana, escogen al partido nazi, que ya ha dado muestras de capacidad para actuar en defensa de sus intereses, como mano ejecutora de sus decisiones. Producto del nexo entre esta voluntad fría y las actitudes populares ya comentadas, en las elecciones celebradas en marzo de 1933 el partido nacionalsocialista obtiene el cuarenta y cuatro por ciento del total de los votos expresados, aunque sobre este resultado planee la duda, debido a que por entonces Hitler ocupaba ya la cancillería del Reich y sus hombres controlaban los medios de comunicación.

Toda la derecha, ambigua en su aceptación del sistema democrático y sectores nada desdeñables de una clase obrera desesperada por la crisis económica, entregaron su voluntad a quienes se presentaban como futuros ejecutores de una política de resurgimiento total. A los primeros, el nazismo en el poder podría asegurarles el mantenimiento de unas posiciones ahora amenazadas por imprevistos y temidos cataclismos. Para los segundos, Hitler era la única esperanza en su deseo de recuperación de condiciones que permitiesen una vida digna. Las clases medias, a las que el nazismo ha ofrecido orden, estabilidad económica y control del movimiento obrero acabarán convirtiéndose en el sustento del régimen. Procedentes de uno u otro grupo, los apoyos sociales del nazismo suman una proporción que, entre la totalidad de la población alemana, aporta al partido una legitimidad democrática que en sus primeros momentos nadie puede negarle.


Fue la invasión de un rostro y un emblema.

La moderación desaparece entonces de la vida alemana. A nadie se oculta que el acceso al poder de Hitler y su grupo inaugura una nueva etapa de guerra civil encubierta, enmarcada por la implantación de un terrorismo de Estado que dominará durante doce años. Sus efectos no quedarán reducidos solamente a Alemania.

El Tercer Reich: instauración y estabilización

Los doce años de existencia del régimen nazi pueden ser analizados, para su mejor comprensión, desde tres perspectivas: la organización del Estado, la política social y la económica.

En primer lugar, el nacionalsocialismo en el poder supondrá una profunda exacerbación del nacionalismo alemán, ya presente en la mentalidad popular con mucha anterioridad. Es el momento de la potenciación del Estado como bien supremo y, en función de esta idea, la fuerza es considerada oficialmente como el más alto valor posible. La guerra, así, no solo deja de ser condenada, sino que, al tiempo que responde a razones de índole económica, está en perfecto acuerdo con la ideología impuesta. También, como lógica emanación de este estatalismo, la centralización más absoluta será la nota determinante en cuanto a la nueva organización del país. En esta línea, la supresión de los parlamentos provinciales, junto con la anulación de la tradicional autonomía de las ciudades, serán las primeras medidas adoptadas. Este fortalecimiento del centralismo se impondría incluso en el interior del mismo gobierno, reunido conjuntamente en contadas ocasiones, y compuesto por unos ministros que se han visto obligados a jurar fidelidad y obediencia a la persona del *Führer.* La aprobación parlamentaria de una ley de plenos poderes para el canciller —muy pocas semanas después de su acceso al cargo— significará la *legalización* de una situación que conocerá sucesivas renovaciones hasta el mismo final del régimen.

El partido nazi se convierte así en una verdadera administración paralela que, progresivamente, va ganando terreno a la oficial. Junto a ello, la presencia de innumerables agrupaciones paraoficiales acentúan la intervención del partido en la vida particular del alemán. La población, en la mayor parte de las ocasiones, se ve obligada a integrarse en una de ellas al menos, con la finalidad de evitar la calificación de *opositor.* Complementariamente, el sistema de policías y milicias que se impone no conocerá precedente alguno en cuanto a organización y ámbito espacial de actuación.

Aplastados en junio de 1934 los cuerpos armados SA —como obsequio demostrativo a un Ejército todavía reticente—, la vigorosa ascensión de las SS hará posible a esta organización el agrupamiento de más de un millón de miembros en 1944. Dentro de su jurisdicción, la existencia de un perfeccionadísimo sistema concentracionario otorga a la Alemania nazi un rasgo represivo muy particular. Los campos de prisioneros existen desde los primeros momentos del régimen, y tienen una doble finalidad: por una parte, la anulación física de opositores o de componentes de grupos considerados marginales, a extirpar por tanto del cuerpo social; por otra, el aprovechamiento de una extensa mano de obra forzada, fundamental para el desarrollo de una economía en claro proceso de expansión.

Mientras, los grandes servicios del Estado, sobre todo la justicia, sufrirán cambios drásticos. Al tiempo que son creados multitud de tribunales especiales, la judicatura pierde totalmente su autonomía, para convertirse en un simple órgano auxiliar del gobierno. La utilización masiva de la detención preventiva hará posible el más absoluto estado de inseguridad jurídica para la población.

En el aspecto cultural, la intervención estatal alcanza asimismo un altísimo grado. El ministerio de Propaganda, presidido por el doctor Goebbels, controla y utiliza todos los medios de comunicación, y los pone al servicio del régimen. La propaganda oficial en la Alemania nazi presenta, por tanto, aspectos totalmente nuevos, y prácticamente inexistentes hasta ese momento, en cuanto a extensión y eficacia. Una cámara oficial de Cultura servirá, al mismo tiempo, como órgano fiscalizador de la vida intelectual. Un área que, a pesar de los esfuerzos oficiales tendentes a la obtención de apoyos en su interior, habrá de manifestarse mayoritariamente opuesta a la existencia de un sistema de terrorismo de Estado, basado en un espíritu de irracional barbarie sistematizada, como fue el régimen nacionalsocialista.

Sociedad y economía

Una política social intervencionista prodigó sus atenciones sobre la formación ideologizada de la juventud, sobre la familia y sobre la natalidad, fin último de un Estado lanzado hacia la expansión territorial. En cuanto a la organización laboral, la supresión forzosa de los sindicatos existentes, y su sustitución por una organización vertical y obligatoria, supuso el control gubernamental directo de todo el cuerpo social trabajador. Esto hizo posible una apariencia de



De la ilegalidad al poder sin un golpe de Estado.

Tras ser nombrado canciller en enero de 1933, Hitler sale al balcón para ser aclamado por sus seguidores, foto de arriba. Abajo, primer discurso del nuevo canciller ante el Reichstag, o Parlamento alemán, que disolvería de inmediato. Una rápida campaña electoral con derroche de medios y propaganda (en la foto de la página 80, militantes y simpatizantes nazis retocan bajorrelieves con la efigie de Hitler), la acusación contra los comunistas del incendio del Reichstag y la aplicación de la fuerza en las calles a cargo de las SA (Secciones de Asalto), unido al miedo del resto de los partidos, dieron a los nazis la victoria electoral con un 44 por 100 de los votos el 5 de marzo. Dieciocho días más tarde Hitler conseguía de este Parlamento «plenos poderes» durante cuatro años. No volvió a haber elecciones.



Primer discurso como canciller de la nación.



La irresistible ascensión de los nazis al poder absoluto y dictatorial, utilizando a su favor las libertades y los cauces del sistema democrático, puede explicarse por la crisis económica internacional, la humillación alemana tras la derrota de 1919 y, sobre todo, por la complicidad financiera de la gran burguesía alemana que ingenuamente pensaba que los nazis no enraizarían y podrían ser reducidos una vez prestaran el servicio que se les pedía: «eliminar el peligro comunista». El pastor protestante Martin Niemoller describe así el proceso vivido por muchos alemanes: «Cuando los nazis eliminaron a los comunistas, / yo me callé. / Yo no era comunista. / Cuando los nazis encerraron a los socialdemócratas, / yo me callé. / Yo no era socialdemócrata. / Cuando se metieron con los católicos, / yo no protesté. / Yo no era católico. / Cuando vinieron a por mí, / ya no había nadie que pudiera protestar».

reconciliación social, incapaz por otra parte de ocultar su carácter represivo y anulador de todo derecho democrático.

De cualquier forma, fue en el aspecto laboral en el que las realizaciones del régimen se granjearon un mayor respaldo de la opinión. Mediante la organización de un servicio oficial de trabajo, fue absorbido el extensísimo número de desocupados existente, al ser empleado en las grandes obras públicas que se llevaban a cabo o en la misma maquinaria burocrática del partido. Esta consecución del pleno empleo, junto a demagógicas medidas de carácter social, dieron a Alemania un nuevo rostro, en una Europa que sufría con dureza los efectos de la crisis económica.

El restablecimiento del equilibrio de la balanza comercial fue el primero de los pasos dados cara a la reconstrucción económica. Una vigorosa política agraria supondrá la base material primera para el establecimiento de una autosubsistencia en este aspecto. Mediante planes cuatrienales, la industria experimenta un desarrollo espectacular, que le permitirá el sostenimiento de una economía de guerra cuando llegue el momento. En 1939, Alemania es el segundo país del mundo en producción industrial, hecho posibilitado por la potenciación y aceleración de la concentración capitalista, que el régimen favorece en beneficio de los sectores que le han elevado al poder y le sostienen en él. Planificación ésta que, en muchas ocasiones, pudo hacer pensar en el nacionalsocialismo como en una forma de organización socializante, cuando su finalidad primera fue precisamente ese reforzamiento de la iniciativa privada. Una realidad que puede justificar la definición de «sistema de exasperación de las formas capitalistas de ordenación económica».

Consideraciones finales

Durante los doce años de su existencia, el régimen nazi no hubo de enfrentarse a significativas tendencias opositoras. Anulada toda posibilidad material, los sectores potencialmente generadores de las mismas —ejército, iglesias, partidos o sindicatos de izquierda, etc.— soportaron la acción del Estado sin contar con la menor oportunidad de actuación efectiva en su contra. Puede decirse que, a pesar de acciones o actitudes demasiado mitificadas posteriormente, el nazismo silenció con efectividad toda voz discrepante.

Lanzado a una guerra expansionista que, durante más de tres años, le aportó significativos frutos en todos los órdenes, el régimen nacionalsocialista cayó como consecuencia de su derrota militar. Durante los años de guerra, las

Pequeños nazis, nazis niños. Jugar a la guerra de verdad.

Junto a estas líneas, las Juventudes Hitlerianas desfilan bajo la lluvia ante el Arco de Triunfo de Berlín. Abajo, portada de la revista Die Woche *en la que aparece un atleta arropado con la bandera del partido nazi, elevada a «enseña imperial». Culturalmente la ascensión hitleriana supuso un retroceso importante para Alemania. Todo lo que no fuera arte, música o literatura «clásica» era calificado de «arte degenerado». Hitler lo había dicho en el* Mein Kampf: *«No quiero intelectuales». Y su ministro de propaganda, Goebbels, remachaba: «Cada vez que oigo la palabra "cultura" echo mano a la pistola».*

condiciones de vida del pueblo alemán, dentro del marco trazado más arriba, irían conociendo un endurecimiento paralelo a la marcha de los acontecimientos bélicos. El Tercer Reich, que se había atribuido una capacidad de vida de mil años, vio su fin en abril de 1945.

El régimen nazi supuso, en definitiva, la plasmación más acabada del modelo político de totalitarismo estatal aplicado sobre el cuerpo social de un país. Un prototipo imitado en multitud de ocasiones y lugares, pero incapaz de asentarse de forma perdurable.

J. M. S. M.

Bibliografía básica

Arendt, H.: *El sistema totalitario,* Alianza Editorial. Madrid, 1983.
Bullock, A.: *Hitler,* Editorial Bruguera. Barcelona, 1971.
Collotti, E.: *La Alemania nazi,* Alianza Editorial. Madrid, 1972.
Davidson, E.: *Cómo surgió Adolfo Hitler,* F. C. E. México, 1977.
Guerin, D.: *Fascismo y gran capital,* Fundamentos. Madrid, 1973.
Klein, C.: *La República de Weimar,* Ed. Península. Barcelona, 1970.
Poulantzas, N.: *Fascismo y dictadura,* Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976.
Shirer, W.: *Auge y caída del III Reich,* Luis de Caralt. Barcelona, 1972.
Wiskemann, E.: *La Europa de los dictadores,* Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976.



Todo era atlético y poderoso en el nazismo.



Política internacional

Adolf Hitler es nombrado por Paul von Hindenburg canciller de Alemania.
Incendio del edificio del Reichstag en Berlín.
El Parlamento alemán concede al gobierno la facultad legislativa, estableciéndose así un poder dictatorial nazi.
Concordato entre el Reich alemán y la Santa Sede.
Firma del Pacto de los Cuatro, entre Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania.
Tratado de amistad y no agresión entre Italia y la Unión Soviética.
En España dimite el gobierno Azaña. Disolución de las Cortes y convocatoria de nuevas elecciones. Triunfo de las derechas, que forman gobierno.
Las tropas japonesas atacan el territorio chino situado al norte de la Gran Muralla.
La Sociedad de Naciones acusa al Japón de la ocupación de Manchuria. Japón abandona la Sociedad de Naciones.
El partido nacionalsocialista es declarado el único partido legal en Alemania.
Alemania abandona la conferencia de Ginebra y la Sociedad de Naciones.
Estados Unidos reanuda las relaciones con la Unión Soviética.
Firma de un pacto de no agresión entre los países iberoamericanos reunidos en Río de Janeiro.
Reconocimiento de la República Soviética por parte de la República Española.
El canciller federal austriaco Engelbert Dollfuss suspende el gobierno parlamentario.
En Portugal un plebiscito confirma la nueva Constitución, que es la de un Estado corporativo según el modelo fascista.
El rey Nadir Chan de Afganistán es asesinado. Le sucede su hijo Sahir Schah.

Sociedad

Disolución de los sindicatos en Alemania. Son sustituidos por el Frente Alemán del Trabajo.
José Antonio Primo de Rivera funda Falange Española en una reunión celebrada en el teatro de la Comedia de Madrid.
En Estados Unidos es derogada la ley seca.
Quema de libros considerados de autores «indeseables» en Alemania. Se suprimen la crítica y las libertades artísticas.
Empieza la persecución de los judíos en Alemania.

Economía

Franklin D. Roosevelt instaura la política del New Deal *en Estados Unidos.*
Celebración de la Conferencia Económica Mundial en Londres en la que no se obtendrá ningún resultado positivo debido a la negativa del presidente norteamericano a un convenio monetario internacional.
Estados Unidos abandona el patrón oro.
En Polonia se inaugura el ferrocarril del carbón Silesia Superior-Gdingen para evitar así el tránsito por Alemania.

Ciencia y tecnología

Descubrimiento del polietileno.



Paul Adrien Dirac.

Primera extirpación de pulmón debida a un cáncer bronquial.
Carl David Anderson y Robert Andrews descubren los electrones positivos.
Radiodifusión por frecuencia modulada (FM) en Estados Unidos.
Erwin Schrödinger y Paul Dirac comparten el premio Nobel de Física por sus estudios sobre mecánica cuántica aplicada al átomo.

Sucesos

Desaparece en tierras americanas el avión español Cuatro vientos, *tripulado por Barberán y Collar.*

Literatura

Ivan Alexéievitch Bunin, premio Nobel.
Pablo Neruda: Residencia en la tierra.
André Malraux: La condición humana.
Thomas Mann: José.
Gertrude Stein: Autobiografía de Alice B. Toklas.
Pedro Salinas: La voz a ti debida.
Nathanael West: Miss Lonelyhearts.



Katharine Hepburn.



Richard Strauss.

Cine

Leo McCarey: Sopa de ganso.
Rouben Mamoulian: La reina Cristina de Suecia.
Merian Cooper y Ernest Shoedsack: King Kong.
Alexander Korda: La vida privada de Enrique VIII.
Frank Lloyd: Cabalgata.
Oscar de Hollywood al mejor intérprete masculino a Charles Laughton por La vida privada de Enrique VIII, *y a la mejor intérprete femenina a Katharine Hepburn por* Gloria de un día.

Teatro

Eugene O'Neill: Ah, Wilderness.
Federico García Lorca: Bodas de sangre.
Alejandro Casona: La sirena varada.
Luigi Pirandello: Los gigantes de la montaña.
Elmer Rice: Nosotros, el pueblo.

Música

Richard Strauss: Arabella.
Aaron Copland: The Short Symphony.
Igor Stravinski: Perséfone.
La Orquesta Sinfónica de México estrena Janitzio, *poema sinfónico del compositor mexicano Silvestre Revueltas.*

Pintura y escultura

Henri Matisse: La danza.
Rufino Tamayo: Frescos del Conservatorio Nacional de México.
Aristide Maillol: La guerra.
Benjamín Palencia: Composición.
Alberto Giacometti: El palacio a las cuatro de la madrugada.
Salvador Dalí: Gala y el Angelus de Millet.
El pintor norteamericano Edward Hopper celebra su primera exposición individual en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Arquitectura

Ammann y Strauss: Golden Gate, *San Francisco.*
Alvar Aalto: Biblioteca de Viipuri.

1934



LA LARGA MARCHA



EN el otoño de 1934, el ejército rojo chino iniciaba, desde la República Soviética de Kiangsi, en el sur de China, una retirada estratégica, la Larga Marcha, que finalizaría un año después, en octubre de 1935, en Shensi, en la región de Yenán. Durante estos doce meses, el ejército rojo, formado en su mayoría por hombres que no sobrepasaban los veinte años, atravesó dieciocho cordilleras, cinco de las cuales tienen nieves perpetuas, cruzó a través de doce provincias, más extensas la mayoría de ellas que un país europeo medio, vadeó 24 ríos y se enfrentó a múltiples peligros, sufrimientos y condiciones insalubres de vida; además, tuvo que luchar con diez ejércitos de los distintos señores feudales cuyos territorios recorrieron, sin olvidar su principal enemigo: unos 300.000 hombres del Kuomintang, a los que tuvieron que eludir o derrotar en el curso de estos doce meses. En los tres últimos siglos, no había habido una migración armada semejante en Asia. La fe en sus propios objetivos —y muy especialmente en la necesidad de una guerra nacional contra los invasores japoneses— ayudó a convertir lo que podría haber sido una derrota desmoralizadora en una llegada triunfal; esta gran aventura habría de unir a los rojos entre sí más firmemente que a ninguna élite política de nuestro tiempo.

Más de 75.000 soldados comunistas perecieron en los 378 días (del 13 de octubre de 1934 al 29 del mismo mes del año siguiente) que duró la Larga Marcha, desde el Kiangsi al «rincón sagrado» del Shensi o «País de Tsin», cuna del guerrero Tsin She Huang-ti, que por primera vez unificó China en un gran imperio en el siglo III a. C., construyó la Gran Muralla y cuyas gestas Mao admiraba. Antes de iniciar esta gran retirada estratégica, el líder chino dijo a sus tropas: «Recordad nuestro viejo proverbio: Es en un largo camino cuando se ve la fuerza de un caballo y se pone a prueba el corazón de un hombre. Los débiles van a morir y lo sabemos. Confiamos en que mueran valerosamente». No había otra salida mejor.

La ruptura con el Kuomintang

Bajo estas líneas, un grupo de pioneros del comunismo chino, entre ellos Mao Tse-tung (tercero por la izquierda, de pie) fotografiados en Yenán, en 1927, tras haber ayudado a los campesinos a recoger la cosecha de ese año. Para Mao, la revolución debía iniciarse en el campo para luego «cercar y conquistar las ciudades». Un pequeño núcleo comunista debía predicar, organizar, armar e instruir militarmente a los campesinos y «comenzar a poner orden». El lema era «guerra sin cuartel a los terratenientes, erradicación de la corrupción, de todos los vicios de la vieja China y creación inmediata de un nuevo orden» (reforma agraria, reparto de tierras) que convenciera a los campesinos de su propia fuerza y de que con el cambio no tenían nada que perder y sí mucho que ganar.

Los acontecimientos que dieron lugar a estos hechos tienen su origen en la fundación de la primera *base roja* en las montañas de Chingkang, en el territorio de Kiangsi, en 1927. Tres años antes, el recién creado Partido Comunista chino se había adherido al Kuomintang, movimiento nacionalista, democrático y socializante, opuesto al régimen imperial manchú y dirigido en aquel momento por Sun Yat-sen. A la muerte de éste, en 1925, el movimiento se escinde en un ala izquierdista, dirigida por la viuda de Sun, y otra más derechista, al frente de la cuál se encuentra el general Chiang Kai-shek. Este último consigue el control del partido, rompe con la misión soviética, con la que Sun Yat-sen se había aliado en 1923, cuando ocupaba la presidencia de la República, y de la que había recibido apoyo, y emprende una represión sistemática y generalizada contra los comunistas. Uno de los episodios más conocidos de esta represión es la masacre de los trabajadores de Shanghai en abril de 1927, los mismos que le habían entregado la ciudad a Chiang poco antes, episodio inmortalizado por André Malraux en su libro *La Condición Humana*. La razón era que Chiang había decidido cambiar sus alianzas, inclinándose hacia las clases poderosas tanto urbanas como rurales.

Este cambio en la situación venía a confirmar las tesis de Mao, tendentes a considerar al campesinado como la columna vertebral de la revolución en China, frente a la línea del resto del comité central, que, fiel a las instrucciones de la Komintern, dominada a su vez por la figura de Stalin, quería poner todo el acento en el proletariado industrial y en la insurrección de las ciudades. Así pues, tras el desastre de 1927, Mao se retira con unos cientos de seguidores a las montañas de Chingkang y organiza allí la primera *base roja* y la primera división del ejército rojo. Se inicia también la primera reforma agraria; y al mismo tiempo que Chiang instala el gobierno en Nankín, Mao va estableciendo las bases de la que, en 1931, sería proclamada como la Primera República Soviética de China. En 1930, Mao y sus seguidores, que han adquirido ya una gran experiencia en la guerra de guerrillas y en la captación del campesinado, obedecen las órdenes del comité central de Shanghai de ocupar varias ciudades del sur y centro de China con el fin de provocar una extensión de la revolución entre los trabajadores urbanos, pero cuando comprueban que la persistencia en el empeño sólo puede llevar a una cuantiosa pérdida de vidas, Mao desobedece las órdenes y regresa a las bases de Kiangsi, donde poco después se proclama la república, presidida por él; a partir de ese mo-



Pioneros del partido comunista chino, entre ellos Mao, fotografiados en Yenán.



Un aleccionamiento a los estudiantes en 1937.



Chu En-lai, uno de los líderes de la marcha.

mento, no abandonará la creencia de que la única vía para la revolución en China ha de ser la creación por todo el país de bases rurales que pongan cerco a las ciudades.

El campesinado, base de la revolución

La preocupación por hacer de las masas campesinas un ejército poderoso, consciente, políticamente avanzado, fue la característica principal de las bases rojas durante veinte años. A causa del permanente cerco a que las tropas del Kuomintang las tenían sometidas, sólo podían sobrevivir mediante la cooperación entre el ejército y el campesinado, que estaba basada en el cumplimiento de las aspiraciones de aquél: la abolición del vasallaje y los impuestos, la reforma agraria y la política de hacer del soldado un hermano para el campesino, en lugar de un azote, como era tradicional en China. La experiencia posterior de la Larga Marcha no haría más que confirmar a Mao en la convicción de que el trabajo político entre el campesinado era fundamental en China para el triunfo de la revolución. Con este fin, la concepción del ejército varió sensiblemente en esta etapa. Por un lado, estaba compuesto exclusivamente por voluntarios y basado en un intenso adoctrinamiento político, con hermandad igualitaria entre oficiales y soldados. Ya desde los primeros tiempos de las montañas de Chingkang se habían impuesto tres reglas simples: obedecer rápidamente las órdenes, ninguna confiscación a los campesinos pobres, entrega inmediata al gobierno de lo confiscado a los terratenientes. Posteriormente, se añadieron otras ocho reglas que las tropas recitaban cantando, y que insistían sobre todo en el respeto a los campesinos y sus bienes.

La táctica política explicaba una parte del éxito militar; otra parte era debida a los principios tácticos de la guerrilla: retirarse cuando el enemigo avanza, molestarle cuando se para a descansar, atacar cuando intenta evitar la batalla y perseguirle cuando se retira. De esta forma, el ejército rojo perfeccionó su movilidad y su fuerza en el ataque y diezmó durante algún tiempo a las fuerzas del Kuomintang, mejor preparadas para una guerra de posiciones y más numerosas, pero incapaces de resistir el desgaste continuo de un enemigo móvil e invisible. Sin embargo, Chiang Kai-shek cambia de método después de cuatro campañas *de exterminación,* emprendidas entre 1930 y 1933, que sólo lograron debilitar sus fuerzas; a finales de este último año, Chiang llega a movilizar 900.000 hombres intentando rodear con una

A la izquierda, Mao habla en 1937 a los estudiantes de la Universidad de Yenán sobre la necesidad de agruparse en un frente nacional para oponerse a la invasión japonesa (1937-1945). El ejército rojo pasó a llamarse Ejército de Liberación Nacional y dedicó todo su esfuerzo a hostigar al invasor nipón, tradicional enemigo de China. Ante su abnegación y ejemplo, una parte del ejército del Kuomintang se pasó a los comunistas. A la derecha, Chu En-lai (1898-1976), eficacísimo colaborador de Mao e intelectual de gran valía. De buena familia, estudió en Japón, Inglaterra, Francia y Alemania. Afiliado al PC chino desde 1921 destacó como soldado y hábil negociador diplomático. Tras el triunfo comunista fue ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro de la República Popular China, nacida en 1949. En las páginas siguientes, a la derecha, gráfico representativo del repliegue estratégico de los comunistas chinos hacia el Shensi, conocido como la Larga Marcha. Arriba, una estampa de la misma.

Mao, la revolución unida a la tradición.



tenaza a la guerrilla; a lo largo del año 1934, se asesora con el general nazi alemán Von Seeckt, quien impone tácticas nuevas: adoctrinamiento de la población y traslado de la misma en caso necesario; construcción de fortalezas de piedra y carreteras, llevando a cabo un avance lento pero seguro que poco a poco va cercando a los rojos; por otra parte, aprende también a no caer en las trampas de la guerrilla. A las dificultades creadas por la nueva situación se unen decisiones militares equivocadas tomadas en el campo rojo a instancias de la Komintern y en contra de la opinión de Mao y Chu Teh, las cuales empujaron a las tropas comunistas a una guerra de posiciones que tenía por objeto, una vez más, conquistar pueblos y ciudades. El resultado fue negativo, y el cerco impuesto por Chiang siguió estrechándose. En este contexto se produce la decisión de abandonar la República Soviética, después de siete años de lucha, y llevar a cabo una retirada estratégica mediante la cual el derrotado ejército rojo habría de recuperar la iniciativa que, quince años más tarde, le conduciría a la victoria.

La Larga Marcha

El 16 de octubre de 1934, el ejército rojo, es decir, los 90.000 hombres sobrevivientes, cargados con imprentas —con las cuales hacían sus folletos y también su propia moneda—, archivos, equipajes y todo tipo de suministros, inician una retirada al oeste, hacia el interior de China. Lo que podía haber sido una retirada psicológicamente destructiva, se convierte en una marcha triunfal, un episodio de resistencia épica llevada a cabo en las condiciones más penosas: de los 90.000 que empezaron, sólo consiguieron sobrevivir y llegar a su destino 7.000. La consigna dada por Mao al comienzo de la marcha era que el ejército rojo se dirigía al norte a luchar contra los japoneses, que, después de la ocupación de Manchuria en 1931, habían atacado Shanghai en 1932 y al año siguiente iniciaban la ocupación del norte de China. Es en esta ocasión cuando se puso de manifiesto la fuerte personalidad de Mao Tse-tung como estratega político, al ser capaz de conducir a su ejército después de una virtual derrota hacia un objetivo tan lejano, a través de un territorio habitado por gente que había sido aleccionada para odiarles y teniendo que enfrentarse prácticamente a diario con el enemigo.

El primer problema al que había que enfrentarse era el de romper el cerco de las tropas del Kuomintang; para ello optaron por el oeste, en el territorio de los señores guerreros de Kwei-

chow, donde consiguieron abrir una brecha y seguir avanzando por la provincia después de haber derrotado al gobernador de la misma y ocupar su palacio en Tsuen-yi. Allí tuvo lugar, en enero de 1935, una histórica sesión del Politburó, en la que Mao fue proclamado presidente y reconocido inequívocamente como responsable de la estrategia. Ello suponía la consagración de su vieja teoría sobre la preminencia del campo como foco revolucionario, en contra de la línea tradicional del PC chino y de la Komintern; y en contra también de la táctica seguida en la última campaña, que tantas pérdidas ocasionara en los tiempos de Kiangsi, y de la que era responsable el general Li Teh. Mao escribiría, como resumen de las lecciones políticas de esta etapa, uno de los documentos más clásicos dentro del partido chino, *Problemas estratégicos en la guerra revolucionaria de China.*

Entre barrancos

Siempre siguiendo hacia el oeste, el ejército rojo tuvo que cruzar el río Yangtsé, en el Yunnan occidental, en una zona muy montañosa donde el río circula por gargantas de cientos de metros de profundidad. Como todos los puentes habían sido tomados por el gobierno, y las embarcaciones estaban en la orilla norte, para lograr su objetivo los rojos tuvieron que apoderarse de una pequeña guarnición del Kuomintang en la orilla sur, después de una marcha récord de 100 kilómetros en 24 horas a través de montañas, y, disfrazados con las ropas del enemigo, solicitar de las tropas nacionalistas de la orilla opuesta el envío de embarcaciones. Una vez conseguido esto, tomaron el fuerte y por este camino siguieron hacia el oeste. Una odisea similar tuvo que realizar el ejército de Mao para cruzar el río Tatu, en el Szechwan occidental, atacando y ganando el último puente utilizable. Previamente a la llegada al río, las tropas de Chiang les habían arrinconado contra un territorio poblado por aborígenes llamados *lolos,* enemigos irreconciliables de todos los chinos. El ejército comunista, al verse obligado a cruzarlo como única posibilidad de llegar al río, tuvo que convencer a los *lolos* de que ellos eran «chinos rojos», también enemigos, por tanto, de los «chinos blancos». Después de una hábil negociación, llegaron a un acuerdo y cruzaron sin peligro todo el territorio, escapando una vez más de la tenaza de Chiang.

Cruzar este río fue fundamental para poder seguir hacia el norte. De no haberlo conseguido, el ejército comunista hubiera tenido que


Uno de los momentos de la Larga Marcha



CHIANG KAI-SHEK (Fenghua, 1887-Taipei, 1975)

Nacido en una familia de campesinos, fue enviado a los dieciocho años a la Academia Militar de Paoting. De allí pasó a Japón en 1907 a continuar los estudios militares. En Tokio entró en contacto con los revolucionarios que conspiraban para derribar a la dinastía Manchú. Allí conoció a Sun Yat-sen, con quien participó en la revolución de 1911, en el intento de derrocar a Yuan Che-kai y en los distintos gobiernos que Sun procuró implantar en Cantón desde 1917.

De septiembre a noviembre de 1923, Chiang visitó Moscú estudiando la organización del partido comunista y del ejército soviético. A su vuelta a China puso en marcha la Academia Militar de Whampoa. Tras la muerte de Sun Yat-sen (1925), Chiang Kai-shek, apoyado por los intelectuales cantoneses, empieza a perfilarse como el sucesor del «padre de la República de China». Los éxitos en su campaña contra los «señores de la guerra» del Norte fortalecieron aún más su posición. A continuación centró sus esfuerzos en la destrucción de los comunistas, sus aliados de la víspera y la única fuerza bien organizada aparte del Kuomintang, fusilando a un número incontable de sus miembros.

Dueño absoluto del Sur y del Centro de China emprendió la conquista del Norte. El 8 de junio de 1928 sus tropas entraban en Pekín, la unificación del país había terminado.

El 4 de octubre de 1928, Chiang Kai-shek fue nombrado presidente de la República. Su poder, sin embargo, se hallaba amenazado desde dos frentes: por Mao Tse-tung, que desde Yenán organizaba las guerrillas comunistas, y por las ansias expansionistas de Japón.

Desde finales de 1935, la agresión japonesa había provocado en China un estado de opinión de «salvación nacional» que llevaría de nuevo a la colaboración entre el Kuomintang y los comunistas. El 12 de diciembre de 1936, Chiang fue detenido en Sian por sus propias tropas y liberado días más tarde por la intervención de Chu En-lai.

Sin embargo, las querellas pasadas no se olvidaron

continuar en dirección oeste, donde le esperaban las nieves eternas del Tibet. Sin embargo no pudo eludir el costoso tributo a las montañas de la región. Sólo en la travesía de uno de los pasos montañosos, el Paotung Kan, uno de los cuerpos del ejército, perdió las dos terceras partes de las bestias de carga, y cientos de hombres y mujeres cayeron al borde de la ruta, incapaces de continuar. Por fin, al principio del verano, llegaron a Song Pan, en el extremo oriental del Tibet, donde se reunieron con el ejército rojo del cuarto frente, que su jefe, Chang Kuo-tao, había conseguido trasladar desde el valle central del Yangtsé, huyendo de los distritos rojos arrasados. Chang conservaba su ejército intacto, unos 100.000 hombres, mientras que Mao sólo mandaba ya, a esas alturas, alrededor de 30.000.

Peligro de escisión

Este hecho, unido a las discrepancias que mantenía Chang con las propuestas de Mao, que llegaron incluso a la no aceptación de los resultados de la conferencia de Tsuen-yi que había proclamado a aquél presidente del Politburó, llevaron a una gran escisión entre una y otra fuerza, a pesar de la vieja amistad que unía a ambos líderes desde los días de la fundación del partido. Chang no quería avanzar hacia el norte, sino permanecer en Szechwan occidental, estableciendo allí una nueva base. Llegó hasta el secuestro de Chu Teh y otros oficiales como medio para presionar a Mao, pero el avance de las tropas de Chiang Kai-shek y la crecida espectacular de uno de los ríos de la zona separaron a los dos ejércitos, dejando en la orilla sur al de Chang Kuo-tao. Mao decide entonces aprovechar las circunstancias, dejando bien a su pesar a Chu Teh en manos de su oponente y, después de solicitar y obtener la adhesión de Chu En-lai, Peng Teh-huai y Lin-Piao, reanuda la marcha con sus hombres hacia el norte. Esta crisis, que casi destruyó al partido, fue el momento más difícil de su historia, y así ha sido revivido por Mao en escritos posteriores. Durante todo el trayecto había habido una áspera lucha ideológica dentro del partido, centrada principalmente en la disyuntiva entre fundar bases retiradas y seguras, para esperar, o ir a posiciones de vanguardia; asimismo, el trabajo ideológico había sido constante entre los soldados, lo que había permitido mantener la disciplina, pero nunca se había estado más cerca del desastre que en Song Pan.

La etapa más penosa del viaje todavía no había llegado; a continuación, y en su avance hacia el norte, atravesaron zonas salvajes, habitadas por tribus que les acosaban a diario, marchando por bosques impenetrables y selvas cenagosas, donde perecieron muchos hombres a causa de las enfermedades o hundiéndose en el lodo, y con grandes dificultades para encontrar alimentos. En la zona de los Grandes Herbazales, tierras altas y húmedas, siguieron las pérdidas humanas y creció la dificultad para orientarse, sólo posible cuando obligaban a algún nativo capturado a guiarles entre los enormes pantanos, donde no era posible encontrar agua, comida ni leña seca para calentarse. El propio Mao ha contado después cómo de noche se veían obligados a atarse unos hombres con otros junto a los pocos arbustos existentes para no desaparecer en los mares de hierba húmeda.

Desde los Grandes Herbazales, descendieron lentamente hasta la llanura de Kansu, donde aún habrían de seguir combatiendo, esta vez con algunos cordones débiles de caballería muslímica, que, una vez superados, les permitieron entrar en el fértil valle del río Amarillo, donde, por fin, los exhaustos soldados se pudieron aprovisionar de todo lo necesario. Siguieron avanzando por la provincia de Yenán hasta llegar a Shensi, el 25 de octubre de



Mao, R. W. Reef, Chu Teh y Yeh Fang-kue.

1935, donde se unieron a las fuerzas rojas locales de Liu Chih-tan, famoso guerrillero comunista que había encabezado la lucha en Shensi durante los tres años anteriores.

A lo largo de un recorrido de 10.000 kilómetros, 7.000 hombres habían llegado, por caminos de los más difíciles del mundo, las montañas más altas y los ríos más caudalosos a la región de Yenan, sacudida durante siglos por cientos de batallas. De escenario de disputas entre bandidos y señores feudales pasó a ser campo de batalla entre comunistas y nacionalistas. Dadas sus condiciones geográficas, era un terreno ideal para la guerra de guerrillas. Lo acertado de la decisión de Mao en la conducción de la gran odisea quedó de relieve muy poco después, cuando, a partir de 1936, el norte de Shensi se convirtió en la principal base de entrenamiento desde la que los rojos sostuvieron, durante los ocho años de guerra chino-japonesa que siguieron, las operaciones de la guerrilla, que infectó como una plaga las llanuras del norte de China ocupadas intermitentemente por las tropas japonesas.

A. B.

昌奉同志

努力工作，忠实于党，

忠实于人民！祝你

胜利。 毛泽东

Al camarada Chen Chang-fen / ¡Ardor en el trabajo, fidelidad al partido y al pueblo! / Te deseo que siempre tengas éxito.
Mao Tse-tung.

nunca. Durante la Segunda Guerra Mundial, los comunistas, más acostumbrados al contacto con la población, llevaron una labor continua de propaganda que pronto despertó los recelos nacionalistas. Mientras, Chiang Kai-shek, que había acumulado los éxitos en el exterior hasta convertir a su país en el «cuarto grande», junto a Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS, dejaba desarrollarse en el interior la corrupción y la ineficacia. En 1944 estalla de nuevo la guerra civil. En los años siguientes, a pesar de algunas victorias efímeras al principio, el Kuomintang entra en una descomposición continuada. Desde comienzos de 1949, el ejército nacionalista retrocede en todos los frentes. A finales de ese año, Chiang, con dos millones de chinos, se refugia en Taiwán y establece un gobierno nacionalista chino.

Reconocido por gran número de países como depositario de la soberanía china y reelegido presidente hasta su muerte, el 5 de abril de 1975, Chiang mantuvo una dictadura personal hasta 1970, año en que la enfermedad y la vejez le hicieron delegar el poder en su hijo Chiang Ching-kuo.



Arriba, un escrito con la firma autógrafa de Mao Tse-tung. Abajo, el que luego sería llamado Gran Timonel, *sentado con un asesor extranjero de Chu Teh, el propio Chu Teh (antiguo «señor de la guerra» y jefe de policía que en 1927, tras una estancia en Europa, se había pasado a los comunistas con 30.000 hombres) y la señora Yeh Fang-kue, de izquierda a derecha, en una foto tomada en Tien Shin en 1930. Finalizada la Larga Marcha y desde el bello refugio del Shensi, Mao escribió numerosos poemas. Uno de ellos termina así: «(...) Pero todo eso es pasado. / Para encontrar verdaderos héroes / hay que buscar en el presente».*

Política internacional

Crisis del sistema parlamentario en Francia. Formación de un gobierno de coalición para evitar una guerra civil.
Ernst Roehm y otros jefes de las SA (Tropas de Asalto) son asesinados durante la «noche de los cuchillos largos». Se les acusaba de un supuesto complot contra Hitler.
Guerra civil en Austria a raíz de la prohibición de todos los partidos políticos a excepción del de Engelbert Dollfuss.
Lázaro Cárdenas elegido presidente de México.
La Unión Soviética es admitida en la Sociedad de Naciones.
Empieza la Larga Marcha de los guerrilleros comunistas chinos de Mao Tse-tung.
Japón denuncia el convenio de Washington sobre rearme naval.
Serge Kirov, íntimo colaborador de Stalin, es asesinado. José Stalin aprovecha el suceso para una nueva purga.
Pacto de los Balcanes entre Turquía, Grecia, Rumania y Yugoslavia.
Estados Unidos renuncia a sus derechos sobre Cuba a cambio del protectorado sobre Haití.
Hitler recibe la denominación de Führer *a la muerte del presidente del Reich alemán Von Hindenburg.*
Filipinas se independiza de Estados Unidos.
Encuentro de Adolf Hitler y Benito Mussolini en la ciudad de Venecia.
Constitución de la Real Armada India.
El rey Alejandro de Yugoslavia es asesinado en Marsella por miembros del movimiento clandestino croata. En el mismo atentado fallece el ministro francés de Asuntos Exteriores Jean Louis Barthou.
El rey Alberto de Bélgica muere en un accidente de montaña. Le sucede su hijo Leopoldo III.
Fallido golpe de Estado nazi en Viena. Muere asesinado el canciller federal austriaco Engelbert Dollfuss.
Huelga general revolucionaria en España. Sublevaciones en Cataluña y Asturias.
Augusto César Sandino, patriota nicaragüense que encabezó la lucha contra la ocupación norteamericana en su país, es asesinado.

Sociedad

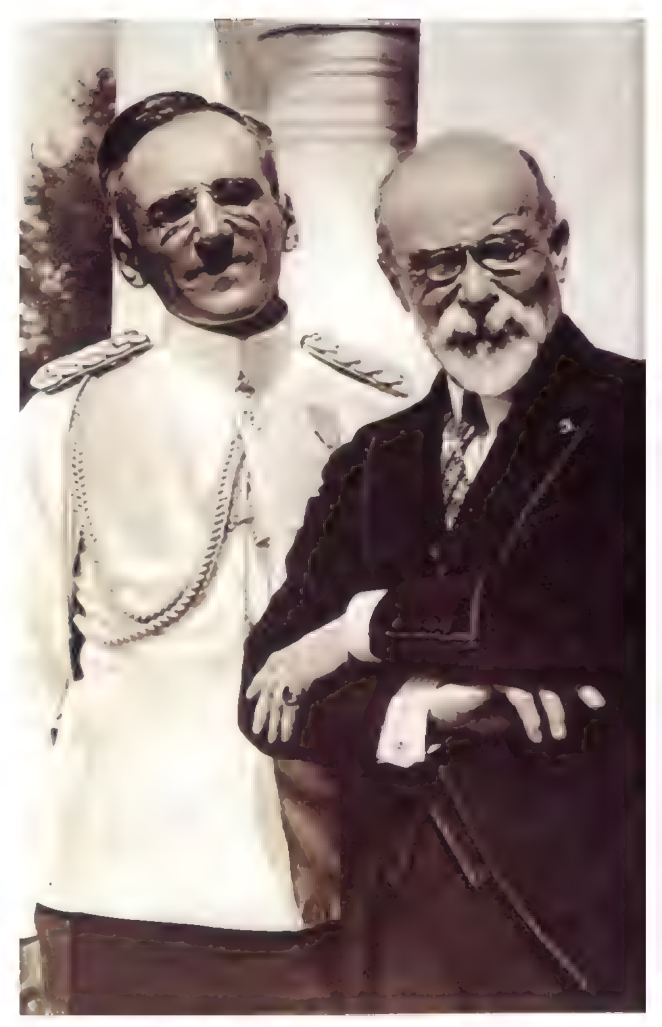
Da comienzo en Estados Unidos la lucha contra el gangsterismo organizado.
Boda de don Juan de Borbón con doña María de las Mercedes.
Arnold Toynbee publica Estudio de la historia.
Formación del Partido Revolucionario mexicano.

Economía

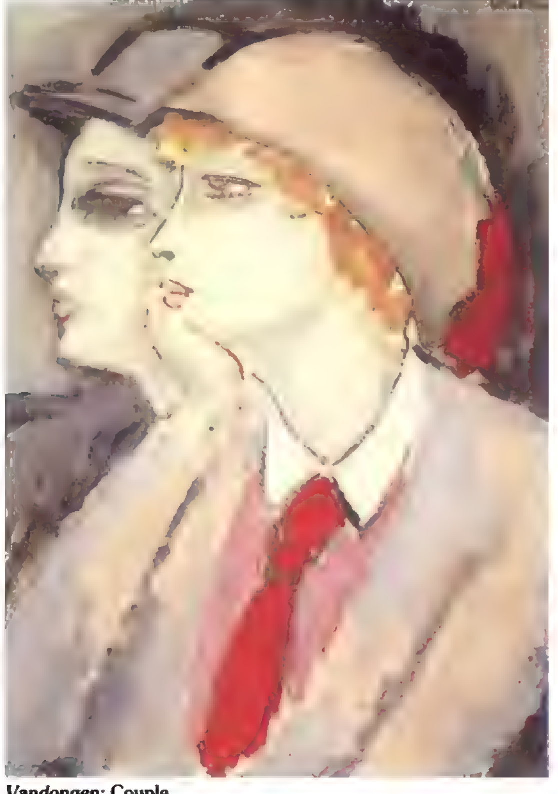
En la ley para la ordenación del trabajo nacional alemán se implanta el «principio del Führer*», por el que éste es el único responsable.*
El dólar es devaluado en un 59,6 por 100.
Francia, Bélgica, Suiza y Holanda renuncian al patrón oro. Se regula la economía a base de divisas.

Ciencia y tecnología

Irene y Frédéric Joliot-Curie descubren la radiactividad artificial.



Alejandro de Yugoslavia junto a Jean Louis Barthou.



***Vandongen:* Couple.**

Inauguración de la primera lavandería pública en Estados Unidos.
Harold Urey, premio Nobel de Química. Su trabajo sobre separación de isótopos tuvo gran influencia en el desarrollo de estudios posteriores sobre utilización de la energía atómica.
Mueren Santiago Ramón y Cajal y Marie Curie.

Deportes

Se celebra la primera Vuelta Ciclista a España.

Literatura

Luigi Pirandello, premio Nobel.
Francis Scott Fitzgerald: Tierna es la noche.
Robert Graves: Yo, Claudio.
Louis Aragon: Hurra por el Ural.
Henry Miller: Trópico de Cáncer.
Georges Simenon: Maigret.
Constantin Kavafis: Poemas.
Alexei N. Tolstoi: Pedro el Grande.

Cine

Frank Capra: Sucedió una noche.
Leni Riefenstahl: El triunfo de la voluntad.
Florián Rey: La hermana San Sulpicio.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Clark Gable por Sucedió una noche, *y a la mejor actriz a Claudette Colbert por la misma producción.*

Teatro

Jean Cocteau: La máquina infernal.

Música

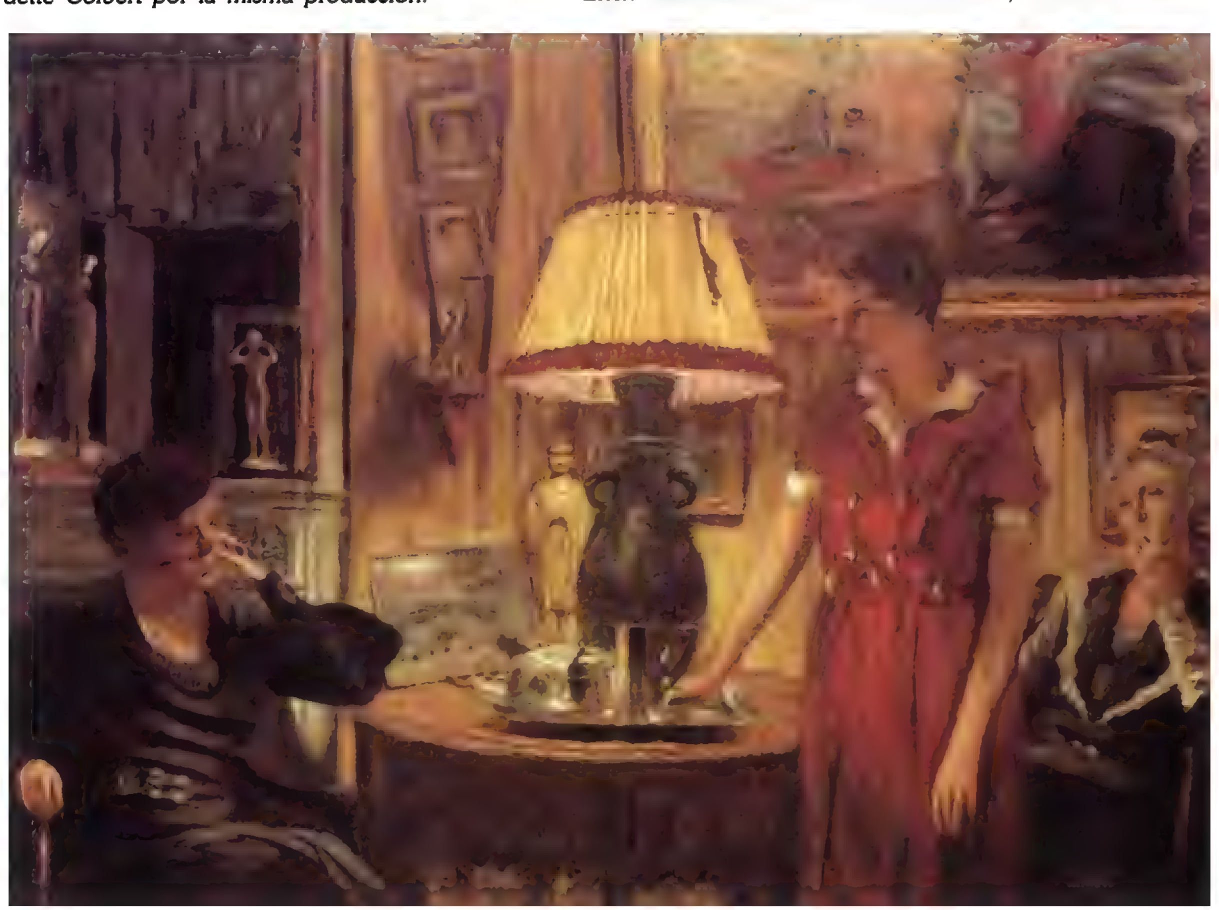
Sergheï Rachmaninov: Rapsodia sobre un tema de Paganini.
Paul Hindemith: Matías el Pintor.
Carlos Chávez: Sinfonía proletaria.
Virgil Thomson: Four Saints in Three Acts.
Dimitri Shostakovich: Katerina Ismailova.

Pintura y escultura

Diego Rivera: decoración del Palacio de Bellas Artes de México.
Marcel Duchamp: La caja verde.
Alberto Giacometti: Objeto invisible.
René Magritte: La violación.
Alexander Calder: Steel Fish.
Vandongen: Couple.
Edouard Vuillard: The visit.
Joaquín Torres, pintor uruguayo, expone su teoría del «constructivismo».

Arquitectura

Otto Bartning: Iglesia de Gustavo Adolfo, *Berlín-Charlottenburg.*
Estaciones del metro de Moscú.
Erich Mendelsohn: Pabellón de la Warr, *Bexhill.*





Carlos Gardel popularizó el tango en el mundo.



Una vida corta plagada de actividades.

EL ULTIMO TANGO DE CARLOS GARDEL

UN trimotor está a punto de despegar; una muchedumbre agita pañuelos blancos; es un día especial en la pista de aterrizaje Blaya Ferrera de Medellín, Colombia, porque en ese avión viaja Carlos Gardel, el intérprete por antonomasia del tango. De pronto, y al parecer por un golpe de viento, se produce la catástrofe: el trimotor choca con otro que está a la espera de pista libre para su despegue. Una hoguera alimentada por veinte mil litros de combustible se lleva la voz y la vida de Carlos Gardel, junto con la de la mayoría de sus compañeros de viaje, entre ellos el amigo entrañable y colaborador del cantante, Alfredo La Pera. La tragedia puso fin a la última gira por Hispanoamérica de aquel ídolo popular. Una voz excepcional por su registro y su timbre, una técnica vocal depurada y una afinación perfecta se habían conjugado con la capacidad interpretativa —un don casi inefable— de un hombre sencillo, dueño de una intuición artística certera. La noche de la víspera, desde La Voz de la Víctor, emisora de Bogotá, Gardel decía palabras previsibles, que se verían convertidas por las circunstancias en frases premonitorias: «... No sé si volveré, porque el hombre propone y Dios dispone...».

Ana Goldar, autora de este artículo, es escritora y musicóloga.

El nombre de Carlos Gardel alcanzó categoría de mito y se inscribe con letras de oro en la historia de la música hispanoamericana, junto al de folkloristas como la chilena Violeta Parra y el también argentino Atahualpa Yupanqui. A la izquierda, el Gardel que grabó más de mil discos, tocado con un típico sombrero argentino. Arriba, el cantante porteño toca la guitarra en una escena de la película Cuesta abajo *(1934).*

El tango tiene dos caras, una triste y otra alegre.



Bailar a solas un tango.

Un francés en Buenos Aires

En 1885 o en 1887 había nacido en Tolouse, Francia, Charles Romuald Gardés, hijo de Berta Gardés y de padre desconocido. En 1890 madre e hijo emigraron a la Argentina y poco se sabe de la vida de ambos —dura, con certeza— hasta los primeros años del decenio de 1910. Por esa época Carlos ya es conocido como buen cantante de patios y cafés (entre éstos el casi mítico Hansen) y, sobre todo, en el barrio del mercado de abasto; también por entonces formó con Francisco Martino un dúo de vida breve y éxito pobre. En 1913, Martino, Saúl Salinas, José Razzano y Gardel forman un cuarteto folklórico, de destino tan precario como el del grupo anterior. La deserción de los dos primeros deja solos al *Morocho del Abasto* —Gardel— y al *Oriental* —Razzano—, y así nace el dúo más célebre de cantes rioplatenses populares. Su repertorio se centraba en cifras, estilos y milongas camperas, con lo que recogían la herencia de los últimos payadores, como Gabino Ezeiza y José Betinoti, este último amigo y consejero de Gardel. En 1917, Max Blucksmann contrata al dúo para grabar discos con la marca La Nacional Odeón. Uno de esos discos, en su segunda cara, tiene grabado el primer tango cantado por Gardel como solista: *Mi noche triste*, letra y música de Pascual y Samuel Contursi. Según la frase de Enrique Santos Discépolo, un gran poeta de la *Guardia Nueva*, en ese momento «el tango subió de los pies a la boca» de la gente; se eclipsaba en parte la danza para dar paso a la canción. La carrera de Gardel continuó con presentaciones personales, en los discos y en el cine. Sus películas tuvieron un éxito de público enorme: en algunos cines argentinos, el operador se veía obligado a rebobinar el rollo para repetir los tangos cantados por el protagonista. Desde 1925, a causa de una enfermedad de Razzano, el dúo desaparece, y Gardel sigue su camino en solitario. Barcelona, Madrid (en el Teatro Romea), París, Nueva York asisten a sus presentaciones y dan su beneplácito. Entre los títulos de la filmografía gardeliana destacan *Luces de Buenos Aires, Melodía de arrabal, Cuesta abajo, El tango de Broadway, El día que me quieras* y *Tango Bar*.

En Colombia, a su muerte, y en Buenos Aires, a la llegada de sus restos en febrero de 1936, la gente manifestó su admiración hacia el cantante en aglomeraciones espectaculares. En el cementerio de Chacarita, Claudio Martínez Payva despedía los restos del tanguero impar con una frase que arrancó lágrimas: «El ala victoriosa del zorzal nativo se plegó en las sombras».

Baile de negros, baile de arrabal

Los esclavos africanos introducidos en el virreinato del Río de la Plata crearon sus cofradías locales y se expresaron con danzas nuevas, basadas en modelos europeos, que cristalizaron en distintos tipos, surgidos y diferenciados en las diversas regiones americanas. Los nombres de esos «bailes de negros» eran *tambo, tango, habanera, maxixe, candombe.* Pero de los esclavos de la colonia el tango no recibió más que la palabra que lo nombra: la teoría del origen africano del tango ha sido descartada por los expertos. En cambio, los sociólogos han reconocido que, en la relación dominante-dominado, el segundo grupo modeló un producto cultural que se impondría al primer grupo. La habanera estilizada fue bien recibida en todos los sectores de la sociedad hispanoamericana, porque había sido adoptada sin rechazos por los compositores españoles, que en sus obras popularizaron el ritmo. Hasta los primeros años del siglo XX seguiría siendo el baile de los salones de la sociedad burguesa. Entre tanto, los maestros de la zarzuela —con Asenjo Barbieri a la cabeza— trabajaban con ritmos y temas populares y daban nacimiento, a fines del siglo XIX, al *tango americano,* canción y no danza como la habanera. Por esos mismos años, en los *ranchos* del suburbio bonaerense comenzaba a practicarse una danza que en la pluma de los cronistas de la época merece los calificativos de lasciva y voluptuosa. Los bailarines no se mueven en una sola línea, sino que realizan desplazamientos y giros laterales, además de *interpretar* la música, cuyas pausas acompañan con *cortes* y *quebradas.* En un principio, estas palabras describían una figura coreográfica, pero con los años llegaron a ser sinónimo de tango; por otra parte, señalaban uno de los modos de bailar: *con corte,* por oposición a *liso.* Desde sus orígenes al baile del arrabal entabla una lucha para ser admitido en los salones del centro, pero pesa sobre el tango la acusación de indecente. Con las celebraciones del Centenario, en 1910, a pesar de todo, los visitantes extranjeros advierten algo especial en ese baile, y un año más tarde París y otras capitales europeas lo aceptan, con no pocas modificaciones. En esa época florecieron los

En la página opuesta, arriba, Carlos Gardel posa ante las dos máscaras —risueña y triste— del tango, una música entrañable que él inmortalizó. Abajo, dibujo del español (emigrado a Estados Unidos) Rafael de Penagos, representando a Dos bailarines de tangos. *Bajo estas líneas,* Bandoneón y guitarra, *los instrumentos fundamentales del tango argentino, según un cuadro del pintor Julio Vanzo.*



Un bandoneón, una guitarra, una linda poesía: un tango.



Había melancolía en la música y en la orquesta.

Arriba, Una orquesta de tangos, *dibujo del artista C. Alonso. A la derecha, restos del avión estrellado en el aeropuerto colombiano de Medellín el 24 de junio de 1935, entre los que pereció abrasado Carlos Gardel. Gardel no fue el primer cantor de tangos pero sí el que creó «una nueva forma de cantarlos» que han continuado innumerables voces posteriores. Gardel también fue —y sigue siendo— «el más internacional de todos los argentinos».*

bailarines profesionales de fama internacional, como Casimiro Aín, *el Vasquito* (su padre lo era), que junto con su mujer, Marta, actuó en los festivales del Centenario, organizados por el Jockey Club de Buenos Aires para agasajar a las delegaciones extranjeras. En 1913, Aín viajó a Europa con la orquesta típica de Vicente Loduca; de la capital francesa pasó a Nueva York, volvió a París y regresó a su tierra lleno de fama. En 1924 bailó ante el papa Pío XI un tango *(Ave María,* de Francisco y Juan Canaro) para lograr que se levantara la prohibición eclesiástica que pesaba sobre este baile; el interés demostrado por la aristocracia europea y la benevolencia de la Iglesia dieron pasaporte de aceptabilidad al tango rioplatense.

La música del tango

La música del tango adquirió prontamente su forma. Una de sus características se cifraba en los pies del acompañamiento musical (corchea con puntillo y semicorchea más dos corcheas); el ritmo básico del tango no utilizó acordes desplegados, tal como la habanera, sino que lo hizo con una resultante melódica distinta (por ejemplo, no se respeta siempre el orden de las notas integrantes del acorde y a menudo se las presenta en otro orden o con repetición de alguna de ellas). La indicación del compás es el tan conocido 2/4. Además, desde sus orígenes, el tango se define por un elemento básico: el ritmo total, en el que se produce una interacción de melodía y acompañamiento a través del uso de pequeños recursos (silencios, síncopas, desplazamientos de acentos y empleo habitual de frases anacrúsicas). Pero tales recursos nunca imponen su presencia, resultan hasta sorpresivos, constituyen un imprevisto rítmico. Aunque a menudo usa la síncopa y el contratiempo, el del tango no es un ritmo sincopado. El diseño melódico característico contiene con frecuencia grupos de cuatro sonidos, con los que se configura un peldaño, sucedido por otro igual, hacia arriba o hacia abajo, y así se forma una especie de escalera.

En los primeros conjuntos instrumentales del tango hubo músicos con buena formación académica, hecho que abrió muchas posibilidades en la elaboración de las melodías, contracantos o acompañamientos.



Restos del avión en que murió Carlos Gardel.

A este respecto, cuenta la tradición que entre los años 1915 y 1925 fue muy conocida y admirada en el ambiente porteño la figura de *El Alemán Fritz*, un violonchelista de la orquesta del Teatro Colón, quien compuso las contramelodías de tangos como *Chiqué* (Brignolo) o *Inspiración* (Paulos).

La poesía del tango

También la temática del tango estaba fijada; sus personajes eran los *compadritos* y *taitas* del suburbio, las mujeres entregadas a la prostitución porque habían caído en la red de la trata de blancas, las madres abnegadas en su miseria, el barrio mismo con su fealdad turbia pero poética: una visión del mundo visceral, melancólica y desencantada. En las letras de tango de fines de los años diez desaparecen la descripción del ambiente rural y la tendencia procaz de los primeros estribillos. El proceso se debe a la aparición de una actividad literaria integrada con elementos de la narrativa gauchesca y los componentes del entorno cotidiano, tanto en lo que se refiere a tipos sociales *(malevos, guapos*, los guardaespaldas de los caciques políticos), como en lo que se relaciona con la realidad lingüística de la zona portuaria y del suburbio. Con la incorporación de voces de lenguas y dialectos extranjeros (francés, italiano, genovés) nace el *lunfardo,* una jerga empleada en sus orígenes por delincuentes, que pasará a las calles y a la vida de cada día. La poesía lunfardesca y las letras de tangos son dos hechos independientes, aunque en un primer momento puedan haberse relacionado. Entre 1916 y 1920 surge la creación de letristas como Silverio Manco, Pascual Contursi o Angel Villoldo. Desde 1920 y hasta el 30, la temática lunfarda comienza a subrayar la emoción personal; la tendencia será interrumpida por la crisis del 30. La miseria, el egoísmo, el carácter absurdo de una sociedad cruel, la reacción de amplios grupos anárquicos (que no anarquistas) pasan a ser el fondo y el primer plano del tango. En este breve lapso hay una serie de nombres que pertenecen a una transición, entre ellos Celedonio Flores y Enrique Cadícamo. Entre 1930 y 1950, el tango conoce su apogeo —y quizá el preanuncio de su muerte— en la obra de poetas como Juan de Dios Filiberto, Cátulo Castillo, Enrique Santos Discépolo u Homero Manzi. La obra de estos creadores presenta rasgos comunes con la de los escritores más destacados de la época, como Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal. Muchos tangos de Discépolo *(Cafetín de Buenos Aires, Yira.. yira* y otros) presentan ambien-



Como toda la música popular, el tango se hace eco de las preocupaciones y los problemas de sus protagonistas. Nacido con el siglo, en una heterogénea mezcla de habaneras, ritmos caribeños y folklore andaluz, la crisis económica de 1929 y la miseria a la que arroja a los emigrantes europeos que se hacinan en Buenos Aires (y tantos otros puertos americanos), destruyendo todas sus ilusiones de «hacer fortuna», lo llevan a evolucionar tanto en su música como en su letra. Aquélla se hace más seria, más dramática; ésta se vuelve dura, casi una canción protesta. Hay tangos como Vida Amarga, *de Eugenio Cárdenas, cuya letra dice: «Mudo de pena me quedo / cuando llega la pobreza / hasta la mísera pieza / de un pobre trabajador. / Y quisiera que mi vida / en oro se convirtiera / para que nadie bebiera / las hieles del sinsabor».*



Cantar y bailar las penas del pueblo.

tes y personajes que parecen salidos de una novela de Arlt o a punto de introducirse en ella.

La Guardia Vieja

Hasta 1920 llega el período llamado *Guardia Vieja*. En un principio, esta música era interpretada por pianistas (los *morenos* del tango) y más tarde por conjuntos de guitarra, flauta y violín que se ampliaron con el agregado de clarinetes, piano, bajo, violonchelo y bandoneón. En un principio, las distintas secciones (cada sección consta, en el tango, de 16 compases) se tocaban sin diferencias de ritmo o con un progresivo *accelerando* y sin ninguna dinámica: los contrastes de intensidad *(forte, mezzo forte, piano, pianissimo)* eran inexistentes hasta la aparición del director, compositor y pianista Roberto Firpo (1884-1969), quien impuso estos matices y agrandó la formación orquestal; en 1917 dirigía un conjunto de cuatro bandoneones (Arolas y Fresedo, entre ellos), cinco violines, dos pianos, flauta y contrabajo. Hacia estos años, el bandoneón, el *fuelle*, se había impuesto como un instrumento imprescindible; su sonido melancólico parecía traducir aquel clima denso, tocado de angustia, del tango. Con el paso de los años, el influjo de la música clásica (sobre todo el romanticismo, con preponderancia de la ópera italiana) se hizo más visible en las instrumentaciones y en los temas.

La Guardia Nueva

La orquestación de unas partituras sencillas en su origen (una voz y acompañamiento) floreció gracias a la posibilidad de contar con buenos instrumentistas. Entre 1920 y 1950 las *orquestas típicas* llegaron a estar muy acreditadas en América del Sur. En Buenos Aires el tango conquistó el centro y recibió ovaciones. La producción masiva de discos y la edición de partituras en grandes tiradas determinan una difusión impensada hasta entonces. En esta etapa se multiplican los nombres de letristas, cantantes, compositores y directores de valía. Las voces de Azucena Maizani, Ada Falcón, Nelly Omar, Tania, Francisco Fiorentino, Alberto Marino, Edmundo Rivero o Julio Sosa, y muchas otras, supieron despertar entusiasmos resonantes. Entre los intérpretes, directores y compositores no pueden olvidarse dos nombres, de entre los numerosos y buenos que surgieron por aquellos años, aun cuando nombrar sólo a dos parezca de injusticia. En primer lugar, el de Julio de Caro (1899), violinista de gran calidad, que pasó por las orquestas de Arolas, Fresedo y Cobián, para culminar su carrera dirigiendo un sexteto legendario. Tiempo después llegaría el bandoneón casi mágico de Aníbal Troilo (1914-1975), de cuya hondura interpretativa existen muchos testimonios grabados. En colaboración con Homero Manzi, Troilo compuso tangos antológicos: *Barrio de tango, ¡Che bandoneón!* o *Sur*, tal vez la culminación del lirismo crepuscular de esta etapa.

La generación del 40: el tango de vanguardia

Hacia finales de los años 40 comenzó a asomar otra tendencia. Los compositores —algunos integrantes de la Guardia Nueva— dieron paso a sus preferencias por un tango instrumental o sinfónico, si se quiere. En general, esos autores han sido o son músicos cultos, como por ejemplo Atilio Stampone, Astor Piazzolla, Eduardo Rovira o Roberto Pansera. Un antecedente importante de este estilo o escuela ha sido Mariano Mores (1922), cuya obra sirvió de nexo entre una y otra orientación. Entre los poetas del tango de vanguardia hay que mencionar a Juan Carlos Lamadrid, Horacio Ferrer y Roberto Santoro. El más conocido de los músicos citados es Astor Piazzolla (1921), alumno de Aníbal Troilo y también de Nadia Boulanger. A diferencia de Stampone —muy influido en su obra por el impresionismo francés y, por ende, por el uso del color—, Piazzolla presenta una tendencia clasicista y con ese ropaje *(Las estaciones: Verano Porteño, Otoño Porteño, Invierno Porteño, Primavera Porteña*, alusión directa a Vivaldi) describe el clima taciturno del Río de la Plata, envuelto en una manera *camerística* de hacer música. A pesar de esto, quizá ya esté escrito el epitafio del tango en los versos de Manzi en *El último organito:* «... el último organito se perderá en la tarde y el alma del suburbio se quedará sin voz».

A. G.

Bibliografía básica

FERRER, H.: *El libro del tango: arte popular de Buenos Aires*, A. Tersol. Buenos Aires, 1980.

MARTINI, J. C., y PAMPIN, M.: *La historia del tango*, Corregidor. Buenos Aires, 1982.

MATAMORO, B.: *La ciudad del tango: tango histórico y social*, Galerna. Buenos Aires, 1982.

STILMAN, E., y GOBELLO, J.: *Las letras del tango de Villoldo a Borges*, Brújula. Buenos Aires, 1966.

VIÑAS, D.: *Grotesco, inmigración y fracaso*, CEAM. Buenos Aires, 1965.

En la página opuesta, dibujo que representa una fiesta popular, en un patio del barrio portuario de Buenos Aires, donde se bailan tangos —el pecaminoso «agarrao»— con la ayuda de la música de un viejo gramófono. En ese ambiente sonaba, vivía en el corazón de la gente, la voz de un Carlos Gardel que cantaba, por ejemplo, Al pie de la Santa Cruz *(compuesto en 1933 por Battistella y Delfino), entonando con amargura: «Declaran la huelga, hay hambre en las casas / es mucho el trabajo y poco el jornal / y en ese entrevero de luchas sangrientas / se venga de un hombre la ley patronal». En 1931 el propio Gardel declaraba a la revista uruguaya* Cancionera: *«Siento devoción por el tango. Creo firmemente en él, siempre que se canten argumentos reales, sacados de la vida del pueblo».*



En la fotografía, el emperador Haile Selasie, el Negus (rey en lengua etíope), retorna triunfal a Addis Abeba en 1941, capital del reino que había tenido que abandonar ante el ejército colonial italiano seis años antes. El también llamado Nigusa Nagast (Rey de reyes) sería derribado definitivamente del trono en 1974 por una revolución marxista, dirigida por oficiales jóvenes.

ETIOPIA: LA GRAN AVENTURA AFRICANA DE MUSSOLINI

EL 3 de octubre de 1935 fue un día especial. Por un lado, un impresionante y bien pertrechado ejército italiano, invadió, sin previo aviso, «a la japonesa», una de las pocas naciones independientes que había en el continente africano: Abisinia o Etiopía. Por otro, para los historiadores más avisados, se producía una quiebra en la historia de Europa.

En efecto. La puesta en marcha de una nueva guerra colonial por parte de un Estado europeo y moderno significaba, en primer lugar, el fracaso de una política de diálogo y negociación, tal como había ve-



Haile Selasie vuelve triunfal a Etiopía seis años después de su exilio.

nido propugnando la Sociedad de Naciones. Y lo que era peor, esta política estaba siendo sustituida por otra que tenía su razón de ser más profunda en la fuerza de las armas. Como el tiempo se encargaría de demostrar, tanto la Italia fascista como la Alemania nazi y el Japón imperial, irían entrenando sus ejércitos en contiendas menores, para terminar en la gran conflagración de finales de la década. Italia y Alemania intervendrían luego en España con gran fuerza; anteriormente, el Japón lo había hecho en Manchuria; Alemania invadiría Austria.

El caso de Italia

Toda esta «gimnasia» militar fue tomada en su época como una simple acción de unos estados militaristas para alcanzar nuevos territorios coloniales. Esto, para las democracias, era algo preocupante, pero en definitiva tolerable. No se dieron cuenta de que la batalla final vendría después, ni de que lo que se dilucidaba era la confrontación entre regímenes dictatoriales de extrema derecha y democracias parlamentarias. Quedaba la cuestión de la Unión Soviética, que gozaba de las profundas antipatías de ambos sistemas, pero que, por razones estratégicas, se intentó alinear en uno y otro bando, decidiéndose finalmente por las democracias aliadas.

El caso peculiar de Italia y su relación con las colonias partía del hecho histórico de ser uno de los países del viejo continente que más tarde había logrado la unificación. Las viejas familias nobiliarias habían gozado desde el Renacimiento de un poder casi feudal sobre extensas zonas de la península; había además que contar con el Estado temporal del papa de Roma y con dos territorios ocupados: el sur por España y el norte por Austria. En el siglo XIX se lograría, gracias a la acción de una serie de líderes nacionalistas, la unificación de Italia, que llegaba en un momento en el que todos los países habían ya conquistado un imperio colonial. Incluso algunos, como era el caso de España, ya lo habían perdido casi totalmente.

La nación italiana, joven y fogosa, intentó hacerse con algunos territorios en Africa. Se instaló primero en Eritrea, y más tarde en Somalia. A partir de 1869, fecha de la apertura del canal de Suez, la penetración hacia el Africa oriental se había hecho relativamente fácil, y el incipiente capitalismo italiano intentó instalarse en algunos de los pocos territorios aún sin ocupar por otras potencias. El mismo año de 1869, la Società Rubbatino compra a un gobernante local la bahía de Assab en Eritrea, y en los treinta años siguientes, de forma lenta, va obteniendo el resto de territorios con la complacencia de Gran Bretaña y las protestas de Francia, que ve llegar un nuevo competidor, aliado de su secular enemigo inglés.

Sin embargo, justamente en medio de estos dos territorios —Eritrea y Somalia— había un gran país independiente, llamado Abisinia, con un sistema predominantemente feudal y cuyo emperador, autodenominado *Rey de Reyes*, pretendía ser descendiente de la legendaria noche de amor entre el rey Salomón y la reina de Saba. Parecía presa fácil, y hacia ella se dirigió Italia en competencia con otros vecinos, como Egipto y Sudán, áreas de dominio inglés.

1935

La actual Etiopía (que engloba la provincia de Eritrea, muchos de cuyos habitantes aspiran a la independencia) es la heredera directa del antiguo reino de Akstum y la vieja Abisinia. Su población es una mezcla de blancos árabes y numerosas tribus negroides, algunas de gran belleza física. Mayoritariamente cristianos coptos, separados de la Iglesia de Roma a raíz de la herejía monofisita y rodeados de un Islam hegemónico, los reyes etíopes ostentaban en su escudo un león coronado, sosteniendo una cruz, símbolo del León de Judá. Este viejo reino, convertido desde 1974 en república marxista-leninista, sufrió en sus carnes una de las infamias más ignominiosas del colonialismo europeo, dirigido por los caprichos imperiales del dictador de turno, en este caso del Duce *(Caudillo) Benito Mussolini, ansioso de completar con esta perla la diadema del rimbombantemente llamado «Imperio Italiano», compuesto por Eritrea, Somalia y Libia, donde ni siquiera llegaron a descubrir sus inmensas y superficiales bolsas de petróleo y donde el Eje perdió la Segunda Guerra Mundial en Africa por falta de combustible.*

Tropas eritreas en febrero de 1912.



Soldados italianos esperan en el muelle su destino indeciso en las colonias.

El gran Menelik

En el año de 1887 sube al trono de Abisinia un hombre fundamental para la historia de este país; se trata de Menelik II, rey de Shoá, una región que tuvo un papel histórico similar a la Prusia alemana, al Piamonte italiano o a la Castilla española: Shoá fue la plataforma desde la que se hizo la unidad etíope, y Menelik II (1887-1913) el emperador que la llevó a cabo.

Menelik sometió a los señores feudales y creó un Estado moderno y centralizado, aboliendo la esclavitud y creando un ejército relativamente eficiente para su época. Durante su reinado se construyen carreteras, se apoya a una élite ilustrada y se auspicia desde el poder una interpretación más flexible de la religión (el monofisismo) para acabar con las guerras de religión.

En política exterior, Menelik intentó firmar tratados de buena amistad con las potencias europeas y, de hecho, firmó uno de amistad con Italia en 1889. Sin embargo, las ambiciones imperialistas de Italia lo interpretan como «tratado de protectorado» y comienzan a mover tropas desde Eritrea para hacerse con territorios abisinios.

En 1893, el emperador Menelik, de acuerdo con Francia, denuncia las intenciones de Italia y afirma que las fronteras del país coinciden con las del antiguo imperio Aksum y que, por tanto, los italianos deben mantener fuera sus tropas. En 1895 y ante esta actitud que juzga arrogante, Italia invade el Tigrè, y en ese mismo año Menelik decreta la movilización general. Así dio comienzo la primera guerra italo-abisinia.

Derrota y frustración

La sorpresa estalla en Adowa (o Adua): por primera vez, un Estado africano derrota y humilla a una potencia europea.

Por lo que concierne a Etiopía, la victoria confirma su actitud resuelta de permanecer independiente ante las potencias coloniales. Menelik, que vivirá hasta 1913, refuerza y moderniza el país y hace una meritoria labor diplomática para impedir que italianos, franceses y británicos dividan Abisinia en tres zonas de influencia. El *Rey de Reyes* aprovechará las diferencias entre los tres países para mantener el suyo fuera de las ambiciones europeas.

En Italia, en cambio, el revés provoca un auténtico terremoto político. Tras verse obligado a firmar la paz, el gobierno cambia, el Parlamento niega a los militares más fondos para seguir la guerra y en distintas ciudades estallan

disturbios, al tiempo que los soldados anuncian que no lucharán más en Africa. En los medios intelectuales aparece una izquierda que incluye cada vez más en su política ideas de talante antimilitarista y anticolonialista.

La derrota de 1896 ha sido comparada al 98 español. Se demuestra algo: el capitalismo italiano aún no está maduro para emprender aventuras coloniales. El deseo de tener nuevos territorios en otros continentes parte más bien de grupos políticos o de sectores militares, más preocupados por el honor o la gloria que por las ventajas económicas; es lo que Lenin llamaría un «imperialismo de pordioseros».

Sin embargo, a principios de siglo cambian las circunstancias. El capitalismo italiano crece mucho más rápidamente, y esto se traduce en nuevas aventuras exteriores. Entre 1911 y 1912 se conquista Libia y se reinicia la ocupación de algunos territorios en las zonas de Eritrea y Somalia.

En cambio, el fin de la Gran Guerra (1914-1918), con el reparto en Versalles de los despojos de las potencias vencidas, deja marginada a Italia, que había desempeñado un importante papel en la etapa final de la contienda venciendo a Austria y dejando sin apoyo a Alemania. Al quedar excluida, Italia adquiere un sentimiento de frustración que no le abandonará hasta mucho más tarde. Mussolini se referirá una y otra vez a la humillación sufrida por su país tras la Gran Guerra como justificación principal de su política de rearme con intenciones imperialistas.

Al mismo tiempo, en Etiopía, a la muerte de Menelik sube al trono Lidch-Iyasu, hijo del ras de Wollo, que sólo reinará tres años, antes de ser depuesto por la nobleza y el clero. Lidch-Iyasu era proislámico y simpatizaba con Turquía, por lo que orientó a su país hacia las potencias centrales y entró en conflicto con las tres naciones que mantenían colonias en sus fronteras, es decir, Italia, Francia e Inglaterra. A esta última, incluso, estuvo a punto de expulsarla de Somalia.

En 1916, reina Zauditú, hija de Menelik, y las naciones aliadas occidentales influyen para que sea nombrado regente un hombre mucho más favorable a Francia e Inglaterra. Se trataba del ras Tafari Makonnen, que será el auténtico monarca durante todo el reinado de Zauditú; ésta muere en 1930, y ras Tafari pasa a ser emperador con el nombre de Haile Selasie I. Hay que hacer notar, entre paréntesis, que de poco sirvió su anglofilia tras la guerra, ya que Gran Bretaña e Italia establecieron varios tratados repartiéndose Etiopía y hasta organizaron golpes de Estado que a duras penas pudo detener el entonces regente.

El fascismo y la aventura africana

A punto de terminar los años treinta, el fascismo en el poder ha terminado con la oposición ideológica y parlamentaria; los periódicos que mantienen tesis opuestas a las aventuras coloniales han sido silenciados; Mussolini juega, entonces, una baza muy hábil. Convence al capitalismo industrial de que una intervención en el exterior será un provechoso escape para su productividad, a la vez que exalta ante el pueblo, acostumbrado a emigrar a América, las ventajas de obtener tierras en otro lugar de ultramar perteneciente al imperio italiano. Ni que decir tiene que cuenta con el visto bueno del Ejército y de los nostálgicos de la pretendida gloria del pasado romano.

Se llega así a una especie de acuerdo nacional para obtener colonias, a lo que se oponen desesperadamente los partidos de izquierda clandestinos. Incluso los católicos, o buena parte de ellos, se alían al fascismo tras el acuerdo entre el régimen y la Santa Sede en 1929.

Sin embargo, no todo el mundo estaba de acuerdo. Varios de los colaboradores de Mussolini pensaban que era mucho mejor concentrarse en el desarrollo interior en un momento en que la economía se recuperaba. El *Duce*, por su parte, compartía las ideas imperantes por aquella época de que una nación solamente era grande si tenía colonias; quería revalorizar Italia y quería tener contentos a los esta-

1935

Etiopía: La gran aventura africana de Mussolini

Tras la aprobación cómplice de Gran Bretaña y Francia al expansionismo africano de la Italia fascista, un fuerte ejército de este país invade Etiopía en 1935. En la página opuesta, abajo, miles de soldados esperan ser embarcados en un buque transporte rumbo a la llamada «Africa Oriental Italiana». Arriba, la tradicionalmente valerosa caballería eritrea, aliada de los italianos, persigue a un grupo de soldados etíopes. Bajo estas líneas, un voluntario recién alistado al ejército del Negus*, siembra el pánico en una calle de una ciudad etíope, por su afán de disparar el fusil para ver cómo funciona. Campesinos como éste, en continua guerra de guerrillas, no dejarían nunca de hostigar al invasor.*



Un voluntario abisinio dispara su arma para ver cómo funciona.

El jefe abisinio Ras Seyum habla a una tribu del desierto sobre la necesidad de unirse a los aliados para «derrotar al invasor extranjero», poco antes de la decisiva batalla de Amba Alagi en 1941. Pese a la superioridad numérica de los italianos la victoria fue para británicos y etíopes. El ejército aliado nunca tuvo mejores amigos que los guerrilleros abisinios, que boicotearon sin descanso los suministros y la organización militar de los italianos.

mentos más fuertes del país, es decir, a los capitalistas y a los militares. En cuanto al pueblo, necesitaba distraerle de los graves problemas económicos por los que atravesaba la nación.

Comienza, de esta manera, una larga serie de contenciosos, provocados todos ellos por Italia. Mussolini no se cansa de recordar Adua, la batalla perdida ante Etiopía treinta y tantos años antes. En Italia se llega a borrar de los mapas la frontera entre la Somália italiana y Etiopía. Se dice que estas fronteras no están claras y que corresponden a Italia grandes territorios que Etiopía considera suyos. Sólo detiene a Mussolini la reacción de las potencias europeas y sobre todo la de la Sociedad de Naciones que se reúne en Ginebra.

La diplomacia italiana se esfuerza durante los primeros años treinta por asegurarse la amistad, o al menos la neutralidad, de la mayor parte de las potencias europeas, especialmente de aquellas que podían tener intereses encontrados en Africa. En enero de 1935, el primer ministro francés, Laval, va a Roma a discutir los intereses comunes en Africa: deciden repartirse las influencias. Al partir, dice, refiriéndose a Haile Selasie: «He vendido al negro». Londres acaba por desinteresarse del asunto, que apenas le concierne, e Italia consigue la aprobación de Grecia, Turquía y Yugoslavia. La Sociedad de Naciones no reconoce el derecho de Italia a «adquisiciones territoriales», pero le reconoce «derechos en Etiopía».

Mientras, el *Duce* había encontrado un *casus belli* algunos meses antes. En diciembre de 1934, las tropas italianas habían disparado contra la escolta etíope de una delegación angloabisinia en el oasis de Wal-Wal, al que consideraban dentro del territorio italiano. Mussolini, ante las protestas del *Negus,* manifestó que las tropas etíopes habían sido las primeras en disparar y exigió reparaciones. Durante todo el año de 1935 y parte de 1936 se fue arrastran-



Ras Seyum, jefe abisinio, se dirige a la tropa antes de la batalla de Amba Alagi.

do el contencioso de Wal-Wal, preámbulo de una guerra inevitable.

Una guerra desigual

El día 3 de octubre los ejércitos italianos comienzan la campaña de Etiopía. Unos días antes, el 28 de septiembre, el país africano había decretado la movilización de sus tropas.

Sin embargo, la guerra no podía ser más desigual. Etiopía, a pesar de los esfuerzos de modernización realizados por Menelik y Haile Selasie, era un país apenas salido de la Edad Media. Sus tropas estaban armadas con fusiles *Etienne* de 1874 y carecían casi totalmente de ametralladoras, carros de combate y aviación. Sus generales eran hombres valientes, pero poco acostumbrados a las guerras modernas. En cuanto a la situación social, aún subsistía la nobleza feudal que rivalizaba en su defensa personal y la de sus territorios mientras el pueblo tenía escaso interés por defender el imperio del *Rey de Reyes.*

En cambio, el ejército italiano era numerosísimo. Mussolini volcó casi todas sus fuerzas humanas e industriales en la guerra; el *Duce* solía decir que «el carácter italiano ha de formarse mediante la lucha», y así entrenó a sus hombres. Prometió, además, una guerra «sin lágrimas» ya que la fuerza de Italia aplastaría, casi sin lucha, al enemigo. La casa Fiat presentó allí sus ametralladoras y sus tanques ligeros. Por si fuera poco, las tropas italianas utilizaron el llamado gas mostaza y, desde luego, la aviación.

No obstante, los generales italianos demostraron un notable desconocimiento de las modernas tácticas de la guerra, tal como las aplicarían alemanes y japoneses unos años más tarde. El general De Bono, que tomó en principio el mando de la operación, partió con sus tropas desde Eritrea y avanzó con increíble lentitud, utilizando la táctica militar de la Primera Guerra Mundial de consolidar posiciones y mantenerse en ellas. En enero de 1936 aún estaba en Adua y hubo de ser sustituido por el general Badoglio, un hombre medianamente considerado por el partido fascista, pero que resultó, militarmente hablando, mucho más eficaz.

Según la opinión de los expertos en táctica militar, si los ejércitos etíopes se hubieran replegado sin presentar batalla, hostigando al invasor mediante guerrillas, y hubieran esperado la época de las lluvias en el mes de abril, es posible que la penetración italiana hubiera sido mucho más lenta y hubiera podido desembocar en una guerra de desgaste. En cambio, los jefes militares del *Negus* decidieron presentar batalla en campo abierto en el monte Aradam, donde fueron destrozados por las tropas de Badoglio. Las puertas de Addis Abeba, la capital, quedaban abiertas.

Por el sur, desde Somalia, el general Graziani realizó un fácil avance hasta enlazar con las tropas del norte. El 5 de mayo cae Addis Abeba, y el 9 Mussolini proclama el imperio y nombra a Víctor Manuel III rey-emperador. El *Negus* huye y se refugia en Europa.



Tanquetas italianas se disponen a entrar en Addis Abeba.

En la fotografía, tanquetas ligeras italianas, similares a las utilizadas en la guerra de España por los fascistas de aquella nacionalidad que vinieron a ayudar al bando franquista, se disponen a entrar triunfalmente en Addis Abeba en mayo de 1936. El avance italiano al principio de la campaña fue fulgurante, así como su superioridad numérica y material. Frente al escaso y anticuado ejército etíope (180.000 hombres tras la movilización general) los italianos tenían 280.000, encuadrados en 10 divisiones (5 de camisas negras fascistas, voluntarios) y varios cuerpos de tropas indígenas eritreas, 10 agrupaciones blindadas y 11 escuadrillas de aviación.

El primer exilio del Rey de Reyes

Haile Selasie se refugió en Londres, adonde poco a poco irían llegando otros monarcas y presidentes que huían de la marea fascista. Los que le vieron recuerdan su estampa triste y cómica, con un sombrero hongo, una capita corta y un paraguas bajo el brazo. Intentó hacer valer sus derechos en Ginebra ante la Sociedad de Naciones, pero pocos le hicieron caso. El mismo mes de mayo, la Asamblea de este organismo reconocía el hecho consumado de la ocupación de Etiopía.

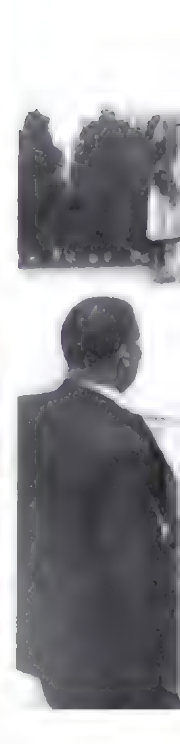
En general, los gobiernos europeos no se inmutaron por lo ocurrido en Etiopía. No sucedió lo mismo, desde luego, con la gente de la calle: para los jóvenes de la época, Etiopía tuvo el mismo significado que tendría después la guerra de España y, años más tarde, la de Vietnam. Hubo una reacción auténticamente popular contra los agresores, bien armados, de un pueblo pobre e indefenso. La figura del *Negus* sobrepasó su propia posición política, más bien



Grupo operativo del ejército italiano en Abisinia.



Guerrero abisinio izando la bandera blanca



A la izquierda, grupo operativo del ejército colonial italiano en Etiopía, equipado con camellos y adaptado a la vida en el desierto. A la derecha, un combatiente etíope iza la bandera blanca, indicativa de la rendición, ante la superioridad de las fuerzas italianas. Sin embargo, éstas no llegarían nunca a controlar totalmente el vasto territorio abisinio y serían hostigadas sin descanso.

tendente a la autocracia, para convertirse en un símbolo de la resistencia antifascista.

En cambio, el gobierno francés de Laval, los políticos ingleses Winston Churchill y Lloyd George, los gobiernos españoles de la coalición de derechas y, por supuesto, Alemania estuvieron de parte de Italia e hicieron lo posible para que el conflicto fuera silenciado en su parte más sórdida y agresiva, presentándolo como un acto más de exportación de la civilización occidental.

Los partidos de izquierda simpatizaban con Abisinia o, más claramente, repudiaban cualquier agresión colonial. En Italia, los comunistas de Palmiro Togliatti y los socialistas de Pietro Nenni, lanzaron una campaña de «no dar un solo hombre, ni un solo céntimo para la aventura africana del fascismo». En España, los partidos de izquierda (PSOE, PCE, POUM y FAI) eran anticolonialistas, y hubo muchas organizaciones populares que apoyaron la causa del *Negus* , tales como los movimientos negros de Estados Unidos y algunos otros ingleses. Entre los países que desde el gobierno apoyaron a Etiopía estaban la URSS, Suiza y Suecia.

Por lo demás, la instalación de civiles italianos en Etiopía no pudo ser más desgraciada. Los que recibieron tierras y trataron de trabajarlas descubrieron la dificultad de hacerlo en una región que les era desconocida y en la que extrañaban desde el clima hasta los sistemas de riego y los productos naturales. Además, los antiguos poseedores de las tierras fértiles, es decir, los campesinos etíopes, pasaron a la guerrilla y no cesaron de hostigar a los colonos. En cuanto comenzó la guerra en Europa, se produjo un levantamiento popular, apoyado por los ingleses, para traer de nuevo al *Negus* y expulsar a los italianos definitivamente.

En 1941, volvía a su país Haile Selasie, terminando de esta manera su primer exilio. Treinta y tres años más tarde, en 1974, una revolución militar de orientación izquierdista le arrebataba el trono de nuevo.

El fin de un imperio

Esta vez, sin embargo, las simpatías de la izquierda mundial ya no estaban con el *Negus*, sino en su contra. Durante treinta años se había demostrado que la tímida modernización emprendida era justo lo suficiente para salir de la Edad Media, pero nada más. De hecho, siguió practicando la autocracia tal como habían hecho todos sus antecesores y protegiendo la nobleza y el alto clero contra los legítimos deseos del pueblo.

Quiso el destino que la evolución de la política mundial convirtiera al *Negus* en un peón fundamental de la política exterior de Estados Unidos. Addis Abeba se convirtió con el tiempo en capital de la Organización para la Unidad



El Negus pide solidaridad para con su pueblo.



Poblado etíope.

Tras la caída de Addis Abeba en mayo de 1936, el Negus huyó a la entonces colonia francesa de Djibuti o Yibuti (independiente desde 1977 con el nombre de Territorio de los Affar y los Issas) y posteriormente se exilió a Londres, desde donde apeló en numerosas ocasiones a la solidaridad de la opinión pública internacional (momento que recoge la fotografía de la izquierda) y coordinó los contactos del ejército británico con los etíopes resistentes en el interior del país. A la derecha, un poblado indígena se recorta sobre el desértico paisaje abisinio.

Africana, y desde allí Estados Unidos, a través de su aliado incondicional, se encargaba de vigilar posibles desviaciones izquierdistas.

En 1960 hubo un intento palaciego, dirigido por el propio heredero, para acabar con el *Negus* , además de otros intentos menores capitaneados por la nobleza. De forma secreta, los partidos de izquierda se organizaban en la clandestinidad, y el propio ejército, brazo derecho del trono, comenzaba a estar minado por la oposición radical. Cuando llegó el momento de la caída, lo que sorprendió no fue el destronamiento de un emperador en decadencia, sino la orientación del golpe.

El tema de Eritrea

Paralelamente a la historia de Etiopía y sus históricos enfrentamientos con Italia, está el caso de Eritrea. Ya queda dicho cómo una parte de este territorio fue comprado por una sociedad italiana a fines del siglo pasado y cómo el resto de lo que se conocía como tal fue ocupado después por el régimen fascista.

En la contienda de 1935 los italianos formaron un potente ejército de áscaris eritreos prometiéndoles, en caso de obtener la victoria, la independencia del emperador de Addis Abeba. Y los eritreos se lanzaron a la lucha con gran ánimo; dice el teniente coronel inglés Barker que «aunque las tropas italianas intervinieron en gran número, fueron los eritreos los que llevaron el peso de cada acción».

Pero una vez acabada la guerra, los eritreos no recibieron ningún tipo de independencia y quedaron bajo el régimen colonial italiano, igual que los etíopes.

Los ingleses, que habían expulsado a los italianos durante la Segunda Guerra Mundial, permanecieron en Etiopía hasta concederle la independencia en 1944. En 1952 incluyeron, por una arbitraria decisión unilateral, a Eritrea dentro del territorio etíope. Desde entonces no han cesado los brotes independentistas en esta región, más o menos atizados por las potencias extranjeras, deseosas de debilitar primero al *Negus* y luego a los militares izquierdistas. El antagonismo histórico entre ambos pueblos ha ayudado a esta situación: la cuestión de Eritrea es otro más de los problemas heredados de un triste pasado colonial.

R. C.

Bibliografía básica

JESMAN, C.: *La paradoja etíope*, Eudeba. Buenos Aires, 1965.

HEARDER y WALLEY: *Breve historia de Italia*, Espasa-Calpe. Madrid, 1966.

LURAGHI, R.: *Histoire du colonialisme*, Marabout Université. Verviers. Bélgica, 1967.







Cartier Bresson y Robert Capa, dos nombres famosos gracias a una cámara.





Excursión de fotógrafos americanos a finales del siglo XIX.



NUEVOS HORIZONTES PARA LA FOTOGRAFIA

De Nadar a Lartigue, de Steichen a Haas, de Weston a Newman, de Capa a Smith, los grandes fotógrafos deben al siglo XX el haberles procurado, paso a paso, unas técnicas que fueron y son vehículo de su arte. Sin los nuevos materiales, muchos de estos artistas habrían quedado en el anonimato. Su capacidad radica en ver más allá de lo que todos contemplamos y podemos demostrar que su mirada es objetiva pero cargada de una sensibilidad especial. Ellos, más que nadie, son capaces de extraer de lo cotidiano, de cada ciudad, de cada guerra, lo que otros no hemos sabido ver.

El año 1935 es una fecha clave; aparece la película en color. Sólo será necesario exigir más para obtener más y mejor.

Belén Agosti es autora de este artículo.

En la página opuesta: mujeres lavando en un helado río de Rusia; Henri Cartier Bresson dispara su cámara sobre un espantapájaros «plantado» junto a unas coles en la nevada estepa siberiana; una mujer y sus hijos lloran ante la tumba del cabeza de familia, muerto en la guerra de liberación de la Indochina francesa, instantánea recogida por el famoso Robert Capa, que también moriría en esta contienda, y, finalmente, del mismo autor, una niña intentando dormir sobre unos sacos durante la Guerra Civil española.



La fotografía ya era popular, sólo esperaba la llegada de hombres que la convirtiesen en arte.

Postal en color de época que muestra a un grupo de marineros que guardan turno para ser fotografiados. El primero se acicala cuidadosamente, dispuesto a que «inmortalicen» su efigie frente a una sábana sobre la que se ha pintado un exótico decorado.

La llegada del color

Desde el nacimiento de la fotografía, la gran desilusión por parte del público fue el no poder conseguir el color. Como invento reproductor de la realidad, carecía de algo tan importante. Desde un principio, la investigación fue intensa. La fecha clave para el descubrimiento es la de 1904, cuando los hermanos Lumière descubren un proceso de obtención de placas en color. En la práctica, la obtención de fotografías se había dificultado, ya que las nuevas placas eran menos sensibles a la luz que las de blanco y negro, y por tanto las tomas tenían que ser más prolongadas.

En 1935, la casa Kodak saca al mercado un sistema de obtención de transparencias en color aptas para su proyección o para imprenta. En todos los países desarrollados se investiga sobre el sistema. Kodak lanza su proceso Kodachrome, y poco después Agfa el Agfacolor. Estos dos sistemas se impondrán en la fotografía de color en todos los países hasta nuestros días.

Pero es el aficionado quien va a mandar, y la industria de este sector se va a desarrollar alrededor de sus necesidades. Por ello no se puede hablar del gran momento de la fotografía a color en 1935. El *amateur* pide copias en positivo y no transparencias, que requieren de todo un

sistema tecnológico para su proyección. En cambio prefiere la copia adosable a un álbum y asequible en cualquier momento sin más preparación.

La casa Agfa saca a la luz su proceso negativo/positivo en 1935, pero su desarrollo comercial no se consigue hasta 1950 a causa de la guerra. Por su parte, la casa Kodak tiene ya su sistema para color en positivo desde mediados de 1942.

El fotógrafo artista ha tenido sus precauciones al elegir el soporte con el que trabajar, especialmente cuando se ha tratado de color. Mientras que el blanco y negro ofrece toda la gama de grises y se crea tomando en cuenta las masas de luces y sombras, simplificando la realidad; cuando el fotógrafo concibe una toma en color, el planteamiento es diferente: los colores no son totalmente fieles a la naturaleza. La cámara ve el color de diferente manera al ojo y cada película, además, tiene sus características: en unas domina un color y en otras otro. Por ello, hasta bastante después de 1935 no hay fotografía en color con un estilo específico, ni fotógrafos que quieran utilizarla como medio. Los procesos de revelado y positivado, para los que se requiere una tecnología complicada y muy costosa, fuera del alcance del aficionado, acentuaron aún más el retraso.

A pesar de ello, cada día se utiliza más el color, sobre todo entre los aficionados: las fotografías del niño, de la novia o los álbumes familiares se hacen en color; y algo parecido sucede con la prensa ilustrada. Incluso los diarios intentan superar las dificultades técnicas para poder imprimir en cuatricromía.

En el campo creativo ha habido grandes fotógrafos, como Elliot Porter y Ernst Haas, que siempre han utilizado el color. Hoy existe en Estados Unidos una nueva generación que conjuga la artificialidad de los colores en la realidad con la artificialidad del proceso fotográfico, consiguiendo imágenes sorprendentes. William Eggleston y Joël Meyerovitz, son dos de los fotógrafos que mejor podían representar esta corriente.

La fotografía como vanguardia

Es en los años veinte cuando se produce el verdadero cambio en fotografía. Después de un largo rodaje, la imagen fotográfica se ve liberada de la estaticidad de las poses y de la estética pictorialista al uso, encontrando en ella misma su propia estética y su razón de ser. Paul Strand define el momento con estas palabras: «La objetividad es la verdadera esencia, su gran descubrimiento al mismo tiempo que su limitación». Realmente, el único requisito para una expresión vívida es la intensidad en la visión. Saber ver, ver de forma personal y ver nuevas visiones. Con ello, toda una etapa anterior había sido superada y muchas de las intuiciones de los fotógrafos pioneros se hacían por fin realidad.

Nuestra cultura visual era joven todavía. No se conocían, pero sí era consciente de toda una serie de nuevas visiones posibles que plasmar en un papel. Había pues que buscar esas visiones. Es ahora cuando aparecen las primeras abstracciones en fotografía. La Primera Guerra Mundial deja un ambiente de insatisfacción, y

En la página siguiente, arriba, fotografía del consejo de administración de la importante compañía petrolífera holandesa Royal Dutch Shell. Seis semanas tardó el también holandés Erich Salomón —el primer fotógrafo de prensa moderno— en conseguir la autorización para retratar a los magnates.

Cartel anunciador y fotograma de la primera película del cinematógrafo Lumière.





Seis semanas de esfuerzos para conseguir esta fotografía.



Retrato de Erich Salomon.

en las artes vemos cómo las normas clásicas de composición no son suficientes: había que buscar nuevos caminos expresivos.

La incipiente pintura abstracta puso de manifiesto nuevas estéticas, demostrando que esas formas novedosas, que en principio «no decían nada» y que tan alejadas estaban de lo que tradicionalmente se entendía por «realidad», eran visiones que sí podían encontrarse en la vida y que incluso eran fotografiables. Es aquí donde la fotografía alcanza su gran logro. Se la había considerado como un mero medio reproductor, incapaz de crear, y resultó que incluso se podía abstraer con ella. De esta manera llegaba a la plenitud y al reconocimiento como medio de expresión, colocándose en la vanguardia de las artes.

Los dadaístas revitalizaron el fotomontaje de manera totalmente distinta a las anteriores composiciones victorianas, saliéndose del orden lógico de representación en las artes tradicionales. Del grupo de dadaístas surgen las primeras fotografías obtenidas con el sistema de colocar objetos planos sobre una hoja de papel emulsionado, consiguiendo así el positivo de lo que hubiera sido el negativo del objeto. Man Ray desarrolla este sistema, añadiendo objetos tridimensionales y llamándoles rayogramas. Moholy Nagy, también interesado en estas investigaciones, los llamará fotogramas. En 1923, Nagy es profesor de fotografía en la Bauhaus, y profundiza en las posibilidades del nuevo medio en combinación con otras artes, como el diseño industrial, la pintura y el diseño textil.

Para un Paul Klee las imágenes que resultaron de la aplicación de la fotografía al campo científico, como la microfotografía, supusieron un mundo nuevo de inspiración.

La búsqueda de lo nuevo, combinada con el momento de industrialización que se apodera de la vida individual, dan a esta época un significado de máxima creatividad.

La nueva objetividad

Bajo este nombre se agrupan una serie de artistas alemanes encabezados por el fotógrafo Albert Renger-Patzch. Se trataba de unos artistas que, como demuestra el libro de Gustav Hartlamb *Die Welt is Shöh (El mundo es bello)*, habían encontrado un nuevo realismo. Fotografiaban objetos extraídos de un mundo más amplio, que al ser encuadrados y separados de su contexto habitual tomaban otra identidad. Eran visiones de un trozo de rueda de ferrocarril por ejemplo.

La nueva objetividad luchó contra el romanticismo, los sentimentalismos y los retratos idealizantes; estos quedaban para los salones, sociedades fotográficas y la industria de las postales.

El grupo Fotoform

La no representatividad, eclipsada algún tiempo por el auge que la guerra da a los reportajes, toma nuevos bríos hacia 1950 con Otto Steinert y el movimiento Fotoform. Eran pocas las diferencias formales con lo anterior, aunque numerosas en el terreno de las intenciones. Fotoform proponía una huida de la realidad; una huida incluso de algo a lo que la fotografía está sujeta: la documentación; una salida de los límites de un arte reproductor. El camino era difícil, y al final tuvieron que reconocer de dónde partían. Las imágenes son su-

El Dr. Salomon sube por la escalera que alquiló para conseguir su foto.



ROBERT CAPA (Budapest, Hungría, 1913-Thai Binh, Vietnam, 1954)

En 1933, un joven fotógrafo húngaro, llamado Andrei Friedmann, se instala en París, después de haber abandonado la Universidad de Berlín como consecuencia del acceso al poder de los nazis. Aseguraba que era ayudante de laboratorio de un inexistente Robert Capa, fotógrafo estadounidense, que dada su considerable fortuna se negaba a vender sus fotos a precios normales. Sus trabajos fueron tan solicitados que, aunque pronto se descubrió el engaño, Robert Capa tenía que existir, y Andrei Friedmann adoptó su nombre como seudónimo. Con estos antecedentes no es de extrañar que el escritor John Hersey le definiera como «el hombre que se inventó a sí mismo».

En París conoció a la que sería su mujer, Gerda Taro. Ambos vinieron a España como reporteros gráficos durante la Guerra Civil. Gerda encontró la muerte en la batalla de Brunete. Poco después, Robert Capa abandonó España. Previamente, sus fotos, personales y poéticas, que muestran como nadie el horror del desastre, le habían supuesto la consagración definitiva. Entre ellas merece destacarse la de *Muerte de un combatiente republicano*, reproducida tantas veces que ha llegado a convertirse en uno de los símbolos de la Guerra Civil española.

Aunque Capa no ocultó su aversión a la guerra —«me encuentro feliz como fotógrafo de guerra en paro y espero seguir desempleado como tal durante el resto de mi

vida»—, cubriría la información gráfica de otros cuatro conflictos bélicos hasta su muerte prematura en uno de ellos.

Primero, en Asia con motivo de la guerra chino-japonesa. Poco después, durante la Segunda Guerra Mundial, cubrió para la revista *Life* las campañas de Africa, Sicilia, Italia, y consiguió fotografías memorables del desembarco en Normandía. En 1948 viajó al Oriente Próximo para seguir los enfrentamientos entre árabes e israelíes. Finalmente, en 1954, aceptó el encargo de la revista *Life* para fotografiar la guerra de Indochina. El 25 de mayo de ese año murió en Thai Binh como consecuencia de la explosión de una mina. El gobierno francés le concedió la *Croix de Guerre* póstuma porque «había caído como un soldado».

En 1947, Capa había fundado, junto con Cartier Bresson y otros tres fotógrafos, George Rodger, William Vandivert y David Seymour, la Magnum Photos, la primera agencia cooperativa de fotógrafos. Junto con la labor normal de venta y de orientación a los nuevos fotógrafos que se fueron incorporando a la agencia, la Magnum Photos desarrolló un importante trabajo de archivo y conservación de originales, que hasta entonces se amontonaban y acababan desapareciendo en revistas y periódicos.

En 1955, *Life* creó un premio anual en su memoria para las fotografías excepcionales «que hubieran requerido especial valor e intrepidez».

En 1952 el Museo de Arte Moderno de Nueva York organizó una exposición de su obra. Desde entonces otras similares se han sucedido en numerosos países: en 1956 y en 1962 en Colonia, en 1960, 1962 y 1968 en Japón, de 1960 a 1965 y de 1969 a 1972 una muestra itinerante de la obra de Robert Capa recorrió Estados Unidos, en 1969 sus fotografías se exhibieron en varios países europeos...

También han sido muchos los libros que le han sido dedicados: *Death in the Making* (Nueva York, 1937), *Slightly out of Focus* (Nueva York, 1947), *The Russian Journal* (Nueva York, 1948), *Report on Israel* (Nueva York, 1950), *Images of War* (Nueva York, 1964), *Das Gesicht des Krieges* (Dusseldorf, 1965), *Images de Guerre* (París, 1966), *Robert Capa* (Nueva York, 1968).

gerentes. En su estética se busca la belleza de lo no visto, sea lo que sea y hecho como fuese; solamente había una condición: tenía que ser fotografía. Comenzaron con imágenes que rozaban la estética del diseño gráfico, de gran simplicidad de líneas. Más tarde son solamente imágenes en las que el espectador olvida cuestiones como «¿qué será?» o «¿cómo se habrá fotografiado?».

Pero no todos continúan este estilo. En Estados Unidos los hay que insisten en la línea de la nueva objetividad. Sus grandes representantes son Edward Weston y su hijo Brett, que consiguen las fotografías más sutiles dentro de una parcela de la realidad, con un perfeccionismo técnico capaz de dar insospechada vida a una duna o a unas flores. Otros representantes son Aaron Siskind, Harry Callahan y Bill Brandt (este último en Inglaterra).

El reportaje

La gran contribución de la fotografía al mundo actual es la fotografía documental o de reportaje. Las cosas hubieran sido muy diferentes sin ella. Hoy día hemos visto con nuestros propios ojos, y no por referencia, países, gentes y situaciones, sin necesidad de movernos de nuestra casa. Sabemos cómo es el mundo y cómo son las culturas ajenas, al menos en su imagen externa. Profundizar en ello ya es más difícil y ahí reside la calidad del fotógrafo. Una imagen tendrá más fuerza cuanta mayor cantidad de información y de originalidad sea capaz de transmitirnos, aunque ello no baste para obtener un buen reportaje: es frecuente encontrarse con trabajos periodísticos asépticos, en los que cada fotografía camina por un lado diferente, incapaz de unir su información al resto del conjunto, desvaneciendo así el mensaje y privándole de fuerza.

En el reportaje, el problema del anonimato es mayor que en los otros campos, como por ejemplo, el de la fotografía artística. Al documentar un tema con tanta fuerza como la guerra, se corre el riesgo de que el público sólo se fije en lo que esas fotografías dicen y no en su autor. Por ello, el gran fotógrafo en este campo es el que consigue dar a un hecho una impronta personal, una opinión en imágenes.

Esta gran revolución en la información se viene dando tan sólo desde los años veinte. En sus comienzos, la fotografía de prensa se vendió en postales con soporte de papel fotográfico, hasta que la prensa consiguió adaptar su mecánica a la impresión de fotografías.

Entre los pioneros del reportaje debemos



Sinagoga en Jerusalén, Henri Cartier Bresson.

Su arte consistía en saber aprisionar en un papel instantes de vida.



mencionar en primer lugar a Fenton, que en 1855 fotografió la guerra de Crimea; a Robertson, que fotografió dos años después el sitio de Sebastopol, y a Felice Beato, autor de placas sobre la guerra del opio en China en 1860. De todas formas la primera guerra fotografiada con rigor en todos sus frentes fue la guerra civil americana gracias a la labor de M. B. Brandy.

Durante la Primera Guerra Mundial, los fotógrafos presenciaban los combates mezclados con la tropa. De esta guerra tenemos postales, álbumes y transparencias estereoscópicas, aunque los aparatos fotográficos y la técnica no estaban todavía preparados para la acción: las cámaras eran enormes y difíciles de transportar, y las poses requerían bastante tiempo. Habría que esperar el desarrollo de la técnica con la aparición de cámaras más manejables y de material fotográfico más sensible, para poder captar así el movimiento o las tomas con poca luz o nocturnas. Se estaban poniendo las bases para el descubrimiento de lo que luego se llamaría la instantánea, con el consiguiente cambio en la mentalidad respecto a este medio. Lo que fotógrafos pioneros como Muybridge habían conseguido al fotografiar, por ejemplo, el movimiento del caballo al galope a base de colocar una serie de cámaras en batería con un disparador automático, empezaba a estar ya al alcance de todos.

Abajo, espléndida fotografía de la Sinagoga Mayor de Jerusalén, captada por Henri Cartier Bresson. Del mismo autor, sobre estas líneas, apaleamiento público en Dessau (Alemania) de informadores de la Gestapo (policía política nazi) descubiertos por las tropas soviéticas tras la derrota hitleriana en 1945.

Desde los comienzos de nuestro siglo, innovaciones técnicas van abriéndose camino para salvar estos inconvenientes. Se buscan lentes más luminosas, diafragmas más rápidos y facilidad en la ampliación de negativos. En 1924, una empresa de Dresde, la Ernemann-Werke, saca al mercado la lente Ernistar, acoplable a la cámara Ermanox. Esta lente, que comenzó con un focal de 2 y luego pasó a 1.8, abría, en palabras del fabricante, «una nueva era en la fotografía». Sus características permitían fotografiar tanto a niños, modelos siempre inquietos, como escenas nocturnas u obras de teatro. En una palabra: permitía la instantánea.

Se abre así la época de pioneros del periodismo fotográfico, como el Dr. Erich Salomon, llamado «el rey de lo indiscreto», que gracias a su magnífico aspecto y a sus buenas relaciones sociales lograba introducirse con su cámara camuflada en los ambientes más selectos. Así consiguió tomas insospechadas de los protagonistas políticos de su época en Alemania, manteniendo siempre un aceptable nivel de calidad, no falto de humor. Llegó a ser tan popular que, en una reunión política internacional, un ponente llegó a decir: «No veo por aquí al Dr. Salomon, la reunión no debe ser suficientemente importante». Este tipo de fotografías, tan diferentes de los estáticos temas de estudio, fue lo que se llamó «fotografía cándida». La cámara propicia era la Leica de negativos de 35 mm obtenidos de negativo del cine, y que fue introducida en el mercado en 1924, con un objetivo de 50 mm y una luminosidad de 3.5.

A Félix H. Man, otro pionero alemán, debemos lo que se llamó la *fotohistoria*. Man ideó la forma de sacar una serie de fotografías que formaban una historia o una serie de tomas de un personaje famoso, algunas tan interesantes como las realizadas con Mussolini e Igor Stravinski. Man trabajó en una de las primeras agencias de reporteros, la Dephot, radicada en Berlín. Este nuevo modelo de empresas periodísticas, que surge en los años treinta, nació en Alemania, desde donde luego se exportó a Francia e Inglaterra.

Curiosa e inquietante fotografía de un hombre y dos mujeres con una navaja de afeitar, tomada por Henri Cartier Bresson en Alicante (España) durante la Guerra Civil que estalló en 1936. Esta contienda fue una de las más fotografiadas y filmadas del mundo, a la vez que fuente de inspiración literaria para miles de escritores.



Cartier Bresson: España, Alicante, 1936.

Su estilo consistía en considerar la cámara como un libro de anotaciones, sin importar la nitidez o el encuadre: era el dato y el momento lo más importante.

En el capítulo de la fotografía de reportaje no puede dejar de mencionarse el impulso que una medida tomada por el gobierno norteamericano, el Farm Security Administration, dio a este tipo de fotografía. En torno a los años treinta, recién salido el país del *crack* del 29, el gobierno encargó a un grupo de fotógrafos reflejar gráficamente la situación de las zonas agrarias más deprimidas. Entre estos fotógrafos estaban Walker Evans, Dorothea Lange, Arthur Rothsein y Margaret Bourke-White. Con ellos nacía una fotografía de reportaje. La visión de esa realidad contribuyó a concienciar socialmente al pueblo americano sobre sus zonas más pobres. Las fotografías de Walker Evans son hoy día un símbolo de lo que aquellos años representan. No fue él, sin embargo, el primero en realizar en Norteamérica un trabajo de este tipo. Jacob Riis y Lewis Hine fueron sus predecesores. Este último logró con sus fotografías de los emigrantes europeos a su llegada a Nueva York y de los niños trabajando en las fábricas, cambiar la legislación que afectaba a la situación laboral y social de estas gentes. La fotografía se convertía así en un instrumento de gran utilidad política.

Life, Look, Vogue...

Está muy extendida la idea de que el reportaje nace en los años cuarenta con *Life* y otras revistas ilustradas. La fecha no es exacta, pues, como hemos visto, los primeros reportajes se realizan en los años veinte. Sin embargo, es cierto que es en los años cuarenta cuando éstos reciben un fuerte impulso, y el gran público se percata de ello. Hasta la fecha, la fotografía se había utilizado siempre al servicio de los escritores: era un dato más que apoyaba a unos textos. Con la revista *Life* se pone a prueba la validez de la fotografía por sí sola. Los fotógra-

Siempre en primera línea de combate, Robert Capa paseó su cámara y su cerebro creativo por todos los frentes de guerra hasta que murió él mismo en medio del fragor del conflicto de Indochina, en lucha contra el colonialismo francés. En la foto, una anciana y dos muchachas alemanas abandonan su granja, incendiada durante los combates que paracaidistas norteamericanos protagonizaron contra un foco de resistencia nazi.



Esa otra imagen de la guerra que siempre supo captar Robert Capa.



***Man Ray:* Retrato solarizado.**

Arriba, Retrato solarizado, *de Man Ray, obtenido por este gran artista y fotógrafo experimental norteamericano en 1931. En la página opuesta, arriba, pequeño retrato en color de Steichen. Abajo, una obra de Ernst Haas titulada* Creación II.

fos no tenían ya que ilustrar textos, y éstos, que eran cada vez menos numerosos, debían ir acompañados por la mayor información gráfica, a la que además se exigía una gran calidad de imagen. Esta última exigencia se convertirá en uno de los rasgos distintivos de la fotografía norteamericana. Tanto en *Life* como en *Look, Vogue* o *Harpers Bazaar* trabajaron los mejores fotógrafos del momento, a los que se envió a todos los lugares del mundo para obtener sus historias fotográficas.

La introducción de cámaras de pequeño formato posibilita un nuevo tipo de toma, como demuestran los libros *Paris la nuit,* de Brassai, y *English at home,* de Bill Brandt, con fotografías directas y llenas de calor humano. El gran representante del momento es Henri Cartier Bresson, para quien la cámara es una extensión del ojo. Cartier Bresson compone a través del visor, y consigue así una fotografía justo en el momento álgido de la acción, que él definía como el «momento decisivo». Descritas como antiplásticas, ambivalentes y accidentales, sus fotografías han influido en la mayoría de los profesionales actuales.

Las nuevas agencias de fotógrafos se ven desbordadas por el trabajo. En 1947 se funda la agencia Magnum en París. En ella colaboraron Robert Capa, David Seymour y Ernst Haas, entre otros. Capa muere en la última de las ocho guerras que fotografió, y Seymour en la invasión de Egipto. Werner Bischof fotografía la India y su gran problema, el hambre. Los tiempos han cambiado para los reporteros: ya no existen las apacibles reuniones políticas del Dr. Salomon. La magnífica fotohistoria de Eugene Smith sobre el pueblo español, publicada por primera vez en *Life* en 1951, nos hace

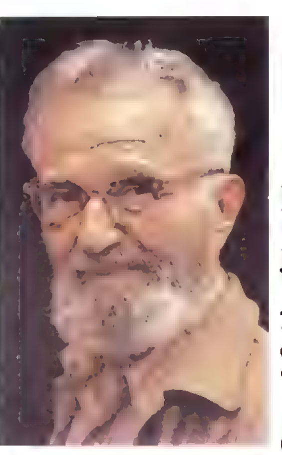
pensar que el fotógrafo ha tenido que tomar otro papel, y en cierta manera se ha convertido en otro protagonista de la acción. Entra en terrenos de la sociología y antropología al mismo tiempo que se involucra personalmente. Si no fuera así, la fotografía de este reportaje del velatorio en el pueblo no hubiera podido tomarse.

Son los grandes fotógrafos los que descubren nuevos temas. La vida de las grandes ciudades en todos sus estratos sociales es un tema repetido, tanto las fiestas de la alta sociedad como los crímenes, suicidios, incendios o la vida nocturna de los bares. Como confesó el gran fotógrafo español Alfonso, en los tiempos en que los crímenes eran pasionales, él tenía contactos en las casas de socorro, que le avisaban incluso antes que a la policía.

En Estados Unidos, Arthur Fellig, más conocido como *Weegee,* fotografió con valor y sentido crítico la vida nocturna de la ciudad de Nueva York, con todo tipo de acontecimientos. En esta línea y en este país hay que mencionar también a Robert Frank, que, según algunos, dividió la fotografía contemporánea americana entre los que siguieron su estilo y los que prefirieron el opuesto. Su libro *Los americanos* es un estudio gráfico del pueblo americano, realizado con la clásica manera de ver de Frank, crítica, sutil y sencilla en el aspecto formal.

Al llegar la televisión, muchos de los fotógrafos que trabajaban para la prensa ilustrada pensaron que el nuevo medio iba a acabar con la fotografía y la prensa ilustrada. Sin embargo no fue así: la televisión reforzó la necesidad de la información en imágenes, demostrando que nuestra cultura es fundamentalmente visual.

B. A.



Edward J. Steichen: Autorretrato.



Biznietos de una curiosa pareja de cómicos judíos centroeuropeos, Lafe y Fanny Schoenberg (él ventrílocuo, ella arpista), emigrados a Estados Unidos en el siglo XIX, *los cinco hijos del matrimonio de Minnie Schoenberg (también tocadora de arpa) y el sastre y bailarín Sam Marx pasarían a la historia del cine con los nombres de Groucho, Chico, Harpo, Gummo y Zeppo, sobrepuestos a los suyos verdaderos de Julius, Leonard, Adolph, Milton y Herbert, respectivamente. Pero sus personalidades se fundirían bajo la alocada y crítica batuta de Julius-Groucho en una mezcolanza cómica, entre demoledora y chabacana que inmortalizaría el castigado apellido familiar: los* Hermanos Marx. *En la foto, Chico, Groucho y Harpo, junto al direc'or Sam Wood durante el rodaje de* Una noche en la ópera, *considerada como su mejor película.*

Cuatro ases del mejor humor.

Una escena de alta política

La década de los años treinta fue una de las más agitadas del siglo. Dictadores, revolucionarios, espías y conspiradores recorrían el viejo continente poseídos por una actividad frenética. Nadie estaba libre de sospecha; cualquiera podía ser vigilado. En situaciones históricas tan inestables, el político que no contase con un buen sistema de información podía darse por perdido, especialmente si realizaba su trabajo en la siempre explosiva región de los Balcanes. Trentino, el embajador de Sylvania en Freedonia, lo sabía muy bien, y había puesto los medios para que nada le pasara inadvertido. ¿Qué mejor que contratar los servicios de dos confidentes italianos, de dos herederos de Maquiavelo y de los Borgia, para que día y noche siguieran los pasos de Rufus T. Firefly, el nuevo hombre fuerte de Freedonia? Tras una semana de implacable marcaje, Chicolini, el jefe de una red de dos personas que incluía a un agente mudo, rindió cuentas de su actividad a Trentino: «El lunes vigilamos la casa de Firefly, pero el tipo no apareció. No estaba en casa. El martes fuimos a ver un partido al estadio, pero nos despistó y no se dejó ver. El miércoles sí que fue al estadio, y nosotros le seguimos, pero no nos dejamos ver. El jueves, el patinazo fue doble. Ni él ni nosotros nos dejamos ver. El viernes llovió todo el día y no hubo partido, así que nos quedamos en casa y seguimos los de-

1935



LOS HERMANOS MARX

TRAS protagonizar cinco películas para la Paramount, los Hermanos Marx se sintieron en una situación incómoda. Su último trabajo, Sopa de ganso, *no había funcionado bien de cara a la taquilla, y la productora empezaba a perder la confianza en su comicidad. Irving Thalberg, el joven y enfermizo cerebro de la Metro, les contrató encantado. Estaba seguro de que podían ser un auténtico filón. Bastaba con poner los medios. Fruto de esta confianza se estrenó por fin, en 1935,* Una noche en la ópera, *el mayor éxito de la carrera de los Marx.*

portes por la radio». ¿Y el sábado?, preguntó Trentino. «Me alegra que me haga esa pregunta. Seguimos a nuestro hombre hasta un motel, y allí se encontró con una mujer casada. Yo creo que era su mujer.» Trentino frunció el ceño. «Firefly no está casado». «¿Sabe entonces lo que le digo, jefe? Creo que hemos seguido a un hombre equivocado.»

Este retrato al minuto del lado sucio de la diplomacia está recogido en una película norteamericana de 1933, producida por la Paramount y titulada *Sopa de ganso*. El director era Leo MacCarey, el mismo que años después emocionó a media humanidad convirtiendo a Bing Crosby en sacerdote, y los protagonistas principales eran cuatro artistas de vodevil, conocidos como los Hermanos Marx. *Sopa de ganso* no gustó mucho a los norteamericanos el día de su estreno y acabó reportando pocos beneficios. Eso sí, funcionó mejor que en Italia, donde sólo desagradó a un espectador, pero tan bien relacionado (un tal Benito Mussolini) que fue imposible estrenarla.

Los chicos de Minnie

Bastantes años antes, Sam Marx, un sastre de origen alsaciano, y Minnie Schoenberg, una chica alemana de mucho carácter, fundaron su hogar en uno de los barrios pobres de Nueva



Uno de los primeros musicales de los Hermanos Marx.

Cartel anunciador de la primera de las trece películas rodadas por los Hermanos Marx. Se trata de Cocoanuts *o* Los cuatro cocos *(1929), a la que muchos críticos consideran más una revista musical cómica filmada que una película propiamente dicha. Pero la mezcla de gags cómicos, música, piernas bonitas («las mías, por supuesto», diría Groucho) y humor absurdo haría las delicias del público de todo el mundo.*

York. Uno de los cinco hijos del matrimonio, Julius, explicó luego por qué había funcionado tan bien el matrimonio: «Mi madre venía de Alemania, mi padre venía de Francia. Cuando se encontraron, ninguno entendía una palabra de lo que el otro decía, así que se casaron».

Según el mismo Julius, que pasaría luego a la historia como *Groucho* («gruñón», en inglés), era muy sencillo distinguir a los clientes de su padre: todos usaban pantalones con una pernera más larga que otra o abrigos en los que el cuello dudaba si inclinarse hacia el hombro derecho o hacia el izquierdo. Sam Marx se negaba en redondo a utilizar la cinta métrica porque, en su opinión, un sastre que se tuviera por tal, sólo necesitaba de la vista para tomar las medidas. Cualquier otra ayuda significaba confundir una profesión artística como la suya con la de un vulgar constructor de ataúdes. Salvada la dignidad creadora, Sam Marx sólo necesitaba un poco de intuición para saber cuándo una zona de la ciudad estaba ya saturada por sus productos, para decidir entonces el traslado a otra barriada.

Minnie era el elemento fuerte de la pareja. Hija de un mago y ventrílocuo y de una intérprete de arpa, comprendió pronto que las habilidades de Sam como sastre no iban a sacar nunca a la familia de los pisos de 27 dólares de alquiler. Tenía además a un hermano, Al Shean, bien situado en el mundo del vodevil, o para decirlo con otras palabras, sabía que era posible vivir, y muy bien, de las tablas. Para ella quizás era ya demasiado tarde, pero no para sus hijos, y a ello dedicó casi toda su vitalidad. A finales del siglo XIX el clan Marx-Schoenberg estaba formado por diez personas: Sam y Minnie, los dos abuelos maternos, los cinco hijos del matrimonio y una sobrina adoptada, a quien las artes como casamentera de Minnie convirtieron muy pronto en la esposa de otro sastre de la vecindad.

El mayor de los hermanos nació en 1891 y durante algunos años respondió al nombre de Leonard. Murió en 1961, pero para entonces todos le conocía como *Chico*. Era, con diferencia, el más golfo de toda la familia, y dedicó sus mejores energías al juego y a las mujeres. En sus ratos libres se dedicó al teatro y al cine, y aunque ganó con ellos una fortuna, murió en la ruina. El segundo hermano Marx nació en 1893 y se llamó Arthur. El encuentro fortuito con la vieja harpa de la abuela le aficionó a la música y le dio, de paso, un nuevo nombre. *Harpo* vivió toda su vida con la misma mujer, adoptó cuatro hijos y murió en 1964. Su harpa está hoy en un museo de Israel. El tercer Marx nació también en 1893, rodó unos años con el nombre de Milton y acabó luego rebautizado como *Gummo*. Es la cara menos conocida de la familia Marx, pues su carrera se interrumpió, por voluntad propia, a su vuelta de los frentes de la Primera Guerra Mundial, y no llegó a actuar en ninguna película con el resto de su familia. Montó una agencia artística y descubrió, entre otros, a Glenn Ford. En 1895 le tocó el turno a Julius, el más popular del quinteto. El mismo cambió su nombre por el de *Groucho*, aunque luego nunca aceptó ser una persona demasiado gruñona. Fue el primero de los hermanos que decidió probar suerte en el mundo del espectáculo, el último en retirarse, y quien personificó hasta el final el espíritu

ácrata y devastador que les hiciera famosos ya en los años veinte. Para su sorpresa, las corrientes libertarias y lúdicas que refrescaron el ambiente a partir de los años sesenta, encontraron en él un ejemplo admirable y elevaron su popularidad a un grado incluso más alto que el alcanzado en los momentos de *Una noche en la Opera,* allá por los años treinta. En los últimos cumpleaños de su vida, Groucho, que era un Libra nacido el 2 de octubre, recibía el regalo de docenas de admiradores que, minuciosamente disfrazados de él mismo, paseaban desde primeras horas de la mañana ante la puerta de su casa en Beverly Hills. Groucho murió en 1977, el mismo año que Gummo.

El único superviviente es *Zeppo,* el hermano más joven y el único de los Marx que nació en el siglo XX. Zeppo, que en realidad se llama Herbert, sustituyó a Gummo después de la guerra, pero le tocó jugar el papel más aburrido del cuarteto: «Tenía que hacer de hombre serio, y eso no me gustaba nada. Yo quería ser cómico. Pero ya había tres y no quedaba sitio para ninguno más, y menos aún si era un hermano menor que para colmo había llegado tarde. Tuve que conformarme con ser el hombre serio y desempeñar un papel menor, cosa que me ofendía. No sólo me ofendía, sino que me hacía sentir inferior. Llegó un momento en que, a fuerza de no hacer lo que me gustaba y no poder demostrar mi capacidad, me harté». Fue una buena decisión porque, una vez libre de los papeles de galán sosaina que le tocó interpretar, Zeppo Marx demostró ser un águila para los inventos. En la actualidad es propietario de una empresa de pesca y conservas de atún en Florida.

¡Hay que hacerse ricos!

Groucho Marx escribió su primer libro, *Camas,* en 1930. Era ya una declaración de principios. Doce años después publicó *Feliz cumpleaños,* y a éste siguieron *Groucho y yo, Memorias de un amante sarnoso* y la recopilación de sus *Cartas.* Groucho se sintió siempre muy orgulloso de su faceta como escritor, y si no la convirtió en su verdadera profesión fue porque pensó que nadie se hace excesivamente rico rellenando holandesas y que, por tanto, no convenía perder el tiempo por ese camino. Con el paso de los años, su opinión sobre el dinero se hizo más sutil; cumplidos ya los ochenta, dijo a Charlotte Chandler, periodista de *Play Boy:* «Yo antes pensaba que ser rico era tener un montón de dinero. Ahora pienso que ser rico es tener un montón de dinero».

Los Marx consiguieron en sus películas la auténtica escenificación del diálogo de humor.

Pero a los 15 años, después de una etapa no muy brillante en una oficina neoyorquina, Groucho no veía el porvenir con demasiado optimismo. Mientras Chico y Harpo se labraban ya un futuro, como encargado de billares uno y como repartidor de una carnicería el otro, él se había estancado lamentablemente. Por eso, cuando una mañana leyó en el *World* que alguien necesitaba a un muchacho cantante para protagonizar un número de variedades, no se lo pensó y acudió a la preselección. Las cosas rodaron bien, y Groucho era, unas horas más tarde, miembro del *Trío Larong,* contratado por cuatro dólares a la semana. El *show* que Robin Larong había ideado para entretener al

Cartel de la película Una noche en la ópera, *rodada por los Hermanos Marx y dirigida por Sam Wood en 1935 para Irving Thalberg de la Metro-Goldwyn-Mayer. El filme constituyó un rotundo éxito mundial de taquilla y de público.*



Una escena familiar de los Hermanos Marx. Chico, al piano y sin el sombrero característico de sus actuaciones cinematográficas, toca para sus hermanos, Zeppo (centro) y Groucho (derecha), acompañados los tres por sus respectivas esposas e hijos. La foto fue tomada en un hotel londinense en 1930. Falta Harpo, «el rizos de oro» que, debido a su dificultad con los diálogos, llegaría a encarnar perfectamente el papel de «mudo» y se haría escuchar en la pantalla a golpe de bocina.

público de Grand Rapids y de Cripple Creeck rebosaba imaginación: «Lo empezábamos los tres vestidos con falda corta, medias de seda, zapatos de tacón alto y unos voluminosos y recargados sombreros de viuda alegre. Estos disfraces eran muy corrientes en las variedades de aquella época. Los tres cantábamos una canción titulada *No sé lo que ocurrirá con el correo*... Luego, poniéndome un traje de monaguillo, reaparecí y canté *Jerusalén, abre tus puertas y canta* para un público extrañamente silencioso. El único que aplaudió fue un fanático religioso que, bajo la impresión de que aquella canción tenía algún significado sacro, se puso en pie y empezó a gritar "¡Aleluya!"... Larong puso punto final a la representación disfrazado de Estatua de la Libertad y sosteniendo en la mano una antorcha. Morton y yo aparecimos como soldados continentales, protegiendo a la señorita Libertad de sus enemigos invisibles».

Larong estaba convencido de que en cuanto llegaran a Nueva York las reseñas de su espectáculo, los empresarios de Broadway iban a hacer cola para contratarle. Pasado un tiempo prudencial, y a la vista de que en Nueva York nadie se movía, Larong decidió hacerlo él y se fugó con el dinero. Fue la primera vez que a Groucho le sucedía algo así. El segundo incidente coincidió con su segundo contrato, pero esa vez la estrella del espectáculo, una cantante inglesa llamada Irene Furbelow, le pagó un billete de tren desde Waco (Texas) a Nueva York, antes de fugarse con un domador de fieras. «Lamenté la marcha de la Furbelow, pero era agradable saber que esta vez regresaba a casa con un capital apreciable. En el tren me sentía seguro y feliz. Constantemente acariciaba mi saquito de gamuza. El segundo día decidí abrirlo y echar una ojeada a mi fortuna. En lugar de los sesenta y cinco dólares que creía llevar a casa, lo único que encontré fueron unos recortes de diarios viejos. Siendo un caballero de la vieja escuela, no diré que la señorita Furbelow me birlara los ahorros, pero ella era la única que sabía dónde guardaba yo el dinero».

Chico, al piano, rodeado por Zeppo y Groucho y sus respectivas esposas.



De Los Tres Ruiseñores a Los Cuatro Ruiseñores, pasando por Las Seis Mascotas

A la vista de los éxitos que como trabajador por cuenta ajena conseguía Groucho en el mundo del espectáculo, Minnie decidió que había llegado ya el momento de establecer a sus hijos por cuenta propia. Compró primero unos trajes de marinero muy rebajados, formó luego un duo con Groucho y Harpo y acabó completando el proyecto con una rubia especializada en no dar la misma nota dos veces seguidas. Nacían así *Los Tres Ruiseñores*, la primera de las muchas combinaciones que una familia numerosa permitía realizar a una madre con iniciativa.

El sistema que Minnie seguía para conseguir contratos a sus hijos pasaba casi siempre por el estómago de los empresarios. Con una peluca rubia de vampiresa y un corsé dos tallas por debajo de sus medidas reales, Minnie repartió invitaciones a comer por todas las agencias de contratación de la ciudad, segura de que las habilidades de Sam Marx en la cocina ablandarían cualquier corazón. Las cosas fueron bien, y ya en las proximidades de la Primera Guerra Mundial la *troupe* de los Marx, a la que se habían añadido Chico, Gummo y otra joven, convirtiéndola en *Las Seis Mascotas*, era una de las familias más populares en el campo del vodevil. Pero la guerra provocó algunos cambios. El más llamativo fue la negativa de Gummo, recién llegado del frente, a pisar otra vez un escenario. Hubo, pues, que recurrir de nuevo a las reservas familiares, y Zeppo sustituyó a su hermano. Pero como para entonces no quedaban ya chicas en el grupo, Minnie rebautizó a sus representados como *Los Cuatro Ruiseñores*. De ahí a *Los Cuatro Hermanos Marx* sólo había un paso, y lo dieron pronto. Luego, como ya se dijo, en 1933 Zeppo se cansó de ser el serio del grupo, se hizo inventor y dejó al grupo convertido en *Los Hermanos Marx*.

Famosos

En más de uno de sus libros, Groucho repite la idea de que el talento no basta para triunfar si no va acompañado también de una cierta dosis de suerte. Verdad o mentira, no estaba expresando algo que había leído en una enciclopedia, sino una experiencia bastante cercana. Porque sin ese poco de suerte, los Marx quizás no hubiesen superado con su popularidad los límites del vodevil. El cambio llegó de la mano del propietario de dos minas de carbón y una fábrica de galletas que, llevado por el amor hacia una bailarina, aceptó el riesgo de financiar a los Marx en un proyecto teatral de cierta envergadura. La obra elegida fue una comedia musical titulada *The Thrill Girl* que, previamente remozada y rebautizada como *I'll Say She Is (Y tanto que lo es)*, se extrenó con gran éxito y consiguió llegar a Broadway en 1924.

El día del estreno en Nueva York, Minnie Schoenberg se rompió una pierna durante el ensayo general y saboreó el triunfo de sus hijos desde un palco, con la pierna enyesada. Otros espectadores de excepción fueron los críticos teatrales más influyentes de la ciudad, Percy Hammond y Alexander Woollcott, que nunca hubieran ido al estreno de no haberse suspendido otra representación dramática a la que tenían pensado asistir, y que con sus críticas convirtieron a *Y tanto que lo es* en el espectáculo de moda.

Desde entonces las cosas rodaron excelentemente para los Marx. *The Cocoanuts (Los cuatro cocos)*, su siguiente obra, fue un éxito aún



Harpo Marx.

Tras la deserción de Zeppo de la escena en 1933 para dedicarse al negocio de patentes, su hermano Harpo adoptó como mascota un pequeño monito al que bautizó con el nombre de «Fugitivo» y adiestró para que le sustituyera en el escenario sin ningún éxito, ya que para «hacer el mono ningún macaco puede dar lecciones a un Marx», en palabras de Groucho, a quien todos los críticos consideran como «el más Marx de todos los Marx».


Groucho Marx junto a Ruth Roman y Lisette Vera.

mayor, y lo mismo sucedió con *Animal Crackers (El conflicto de los Marx)*, una pieza escrita por George S. Kaufman y Morris Ryskind, con música de Irving Berlin. La industria cinematográfica, que afrontaba por entonces las dificultades de la llegada del sonoro, no podía ignorar a unos cómicos que habían hecho de la palabra su arma arrojadiza favorita. Empezaron a llegar las ofertas. Llovía sobre terreno abonado, porque también los Marx habían descubierto las posibilidades del cine y habían intentado incluso un rodaje casero con el título de *Humorisk*. Al final, en 1929, la Paramount se impuso a la Fox, y los hijos de Minnie (que murió antes de poder verlos en una pantalla) se comprometieron a protagonizar cinco películas por setenta y cinco mil dólares cada una.

Se estrenaron con *The Cocoanuts (Los cuatro cocos)*, que no pasó de ser más que una filmación de la obra teatral del mismo título. En 1930 se presentó la siguiente, *Animal Crackers (El conflicto de los Marx)*, también basada en la comedia que habían estrenado unos años antes, pero que ya poseía valores cinematográficos más acusados. En ella Groucho representaba al capitán Spaulding. La tercera fue *Monkey Business (Pistoleros de agua dulce)* que, además de presentar a los Marx como polizones, ofrecía el encanto extra de la rubia Telma Todd. Tanto *Monkey Business* como la siguiente, *Horse Feathers (Plumas de caballo)* contaron como guionista con S. J. Perelman. Su opinión sobre la familia Marx no deja lugar a muchas dudas: «Eran caprichosos, tramposos hasta decir basta, completamente falsos y traicioneros hasta un grado que hubiera hecho inclinarse a sus pies al mismísimo Maquiavelo». El último rodaje de los Marx con Paramount fue sin duda lo mejor del lote: *Duck Soap (Sopa de ganso)*, el alegato más vitriólico que, según muchos, se ha realizado contra la guerra.

El toque Thalberg

Sopa de ganso no fue bien en taquilla, lo que unido a las quejas de los Marx por el trabajo de la Paramount, convenció al clan de que había llegado el momento de cambiar de aires. Ya en situación de transferibles, recibieron ofertas de Samuel Goldwin y de Irving Thalberg, el cerebro de la MGM. Por si había dudas, Goldwin las resolvió en seguida: «Mirad, si Thalberg os quiere contratar será mejor que aceptéis, porque tiene en un solo dedo más talento que el que yo tengo en todo el cuerpo». Y eso hicieron.

Thalberg estaba convencido de que los Marx podían llegar a ser un buen filón si el estudio

ponía las condiciones para lograrlo. Un buen guión de Morris Ryskind, un director seguro como Sam Wood y su supervisión diaria de todo lo rodado le dieron la razón. *A Night at the Opera (Una noche en la ópera)* fue con mucho la mejor película de los Marx. Como, además, el contrato que ahora les unía a la Metro (negociado directamente entre Chico y Thalberg, viejos conocidos de la mesa de juego) incluía un 15 por 100 de las ganancias, *Una noche en la ópera* se convirtió también en una magnífica fuente de ingresos. Pero la alegría duró poco. Thalberg era un hombre enfermizo a quien los médicos habían pronosticado que no pasaría de los treinta años. Poco a poco, antes de su muerte en 1936, fue abandonando el trabajo en otras manos. Los Marx perdían así a su principal valedor. Aunque su siguiente película, *A Day in the Races (Un día en las carreras)* fue también un éxito, su carrera empezaba a declinar. Groucho lo explicó luego en su autobiografía: «Después de la muerte de Thalberg, mi interés por las películas se desvaneció. Continué apareciendo en ellas, pero mi corazón estaba en otra parte. Ya no me divertía hacerlas. Era como un viejo boxeador que seguía actuando, pero ahora únicamente por el dinero».

Los últimos coletazos de ingenio los dieron en *At the Circus (Un día en el circo)*, en *The Big Store* y en *A Night in Casablanca (Una noche en Casablanca)*. Esta última, rodada en 1946 con un productor independiente, les reunió después de unos años de separación. Los tres tenían ya más de 50 años. Fue la última vez. «Ya sé que parecerá una exageración, pero durante el rodaje Harpo afirmó que podía oír el ruido de mis huesos, incluso por encima del sonido del diálogo. Un día, después de una sesión especialmente dura, decidimos que marchábamos ya cuesta abajo y que iba siendo hora de que nos retirásemos mientras seguíamos parcialmente vivos».

J. G. A.

En la página opuesta, Groucho Marx materializando uno de sus sueños más preciados: rodearse de bellas mujeres «para tener donde agarrarse en caso de necesidad». En la foto, flanqueado por Ruth Roman (izquierda) y Lisette Vera en 1945. En el centro, «el cerebro de los Marx» en una de sus poses características, siempre con el puro entre dientes, al igual que aparece en el dibujo de una portada de la revista Time, *a la derecha. Hablando de la carrera artística de los Hermanos Marx, Groucho decía con enigmático sarcasmo: «Hemos salido de la nada para llegar a la más absoluta miseria».*



«El más Marx de todos los Marx.» *Groucho se convirtió en el símbolo del humor de los Marx.*



Política internacional

El territorio del Sarre se incorpora a Alemania tras la celebración de un plebiscito entre su población.
Firma del convenio germano-británico de las Flotas.
Boris III instaura una dictadura en Bulgaria.
Dimite el primer ministro británico Ramsay MacDonald. Sube al poder un gobierno conservador bajo el mando de Stanley Baldwin.
Italia invade Etiopía.
Pierre Laval, ministro de Asuntos Exteriores francés, visita Italia estrechando lazos de amistad.
Dimisión del presidente checoslovaco Thomas G. Masaryk.
Reinstauración de la monarquía en Grecia. Regresa el rey Jorge II.
Muere el presidente de Polonia Josef Pilsudski. Toma el poder un grupo militar bajo el mando de Edward Rydz-Smigly.
En el Congreso Mundial de la Tercera Internacional en Moscú se determina la lucha contra el fascismo por medio de «frentes populares».
Concluye la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. La mayor parte del territorio pasa a pertenecer a Paraguay.
Gran Bretaña implanta una nueva Constitución para la India. Separa Birmania, y la India queda repartida en once provincias. Se opone el partido del Congreso Hindú que tiene la mayoría parlamentaria.
Los radicales se retiran del poder en España como consecuencia del escándalo del «estraperlo».
Francisco Franco es nombrado jefe del ejército de Marruecos y posteriormente del estado mayor central.
Muere el dictador venezolano Juan Vicente Gómez. El pueblo celebra su muerte y lapida las casas de los que fueron sus colaboradores.
Fallecen Alfred Dreyfus y la reina Astrid de Bélgica.



Sociedad

Se implanta el servicio militar obligatorio en Alemania y Francia.
Canonización de Tomás Moro.
Las leyes de Nuremberg privan de ciudadanía a los judíos alemanes y prohíben las bodas entre judíos y «arios».
Franklin D. Roosevelt firma la ley de Seguridad Social que otorga pensiones a todos los trabajadores norteamericanos a partir de los 65 años.
Introducción de un nuevo baile, el swing, *inspirado en el jazz.*

Economía

El minero ruso Alexei G. Stajanov, con su exceso de productividad, introduce una nueva modalidad de trabajo que lleva su nombre.
Con la entrada en vigor del New Deal *se introduce un plan de empleo total en Estados Unidos.*

Ciencia y tecnología

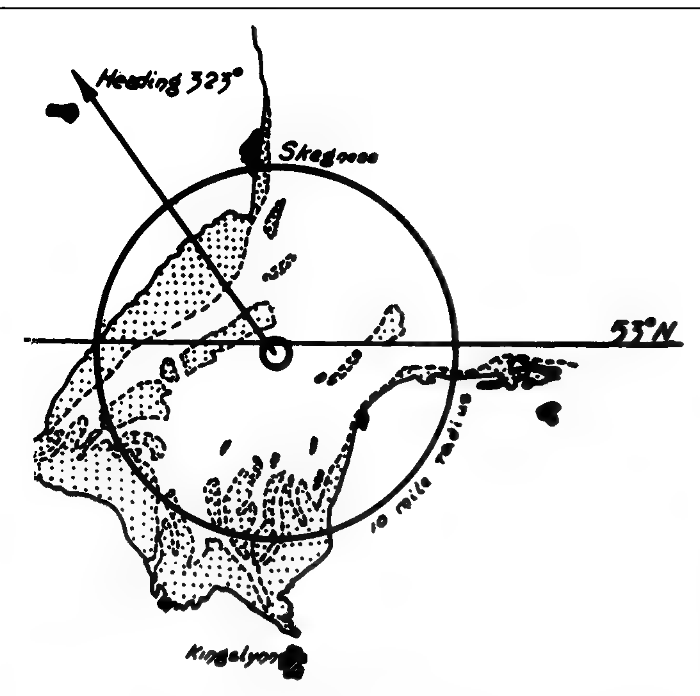
Inauguración de un oleoducto desde Irak hasta el Mediterráneo.
Robert Watson-Watt construye el primer equipo práctico de radar para la detección de aviones.






Watson-Watt.





El radar.



Bette Davis.

Frédéric Joliot y su mujer Irene Joliot-Curie obtienen el premio Nobel de Química.
Son encontrados en la isla de Java los restos del Pithecanthropus erectus, *que confirman las teorías evolucionistas del origen del hombre en la tierra.*

Sucesos

Grave terremoto en la India y Pakistán con unos 5.000 muertos.

Deportes

Termina la vuelta aérea a España.

Literatura

No se concede premio Nobel.
John Steinbeck: Tortilla Flat.
Graham Greene: Inglaterra me hizo así.
Jorge Luis Borges: Historia universal de la infamia.
Luis Cernuda: Donde habita el olvido.
André Malraux: Tiempo de desprecio.
Leopoldo Marechal: Laberinto de amor.

Cine

John Ford: El delator.
Sam Wood: Una noche en la ópera.
Rouben Mamoulian: La feria de las vanidades.
Mark Sandrich: Sombrero de copa.
Florián Rey: Nobleza baturra.
Jacques Feyder: La kermesse heroica.
Frank Lloyd: Rebelión a bordo.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Victor McLaglen por El delator, *y a la mejor actriz a Bette Davis por* Dangerous.

Teatro

Jean Giraudoux: No habrá guerra de Troya.
Thomas Stearn Eliot: Asesinato en la catedral.
Robert Sherwood: El bosque petrificado.

Música

George Gershwin: Porgy and Bess.
Carlos Chávez: Sinfonía India.
Alban Berg: Concierto «A la memoria de un ángel» *y* Lulú.
Richard Strauss: La mujer silenciosa.
Mueren Alban Berg y Carlos Gardel.

Pintura y escultura

Sir Jacob Epstein: Ecce Homo.
Pablo Picasso: Minotauromaquia.
Oscar Domínguez: La máquina de coser electrosexual.
Max Ernst: Espárrago lunar.

Arquitectura

N. Golossov: Bloque de oficinas para el diario Pravda, *Moscú.*
Michel Roux-Spitz: Oficina de Correos, *Lyon.*

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EN la tarde del 17 de julio de 1936, la guarnición de Melilla se alzaba contra la autoridad del gobierno republicano. Era la señal para un alzamiento militar de carácter derechista que, en las siguientes horas, intentó controlar el resto de las ciudades españolas. Triunfó en algunas y fracasó en otras, entre ellas Madrid y Barcelona, y lo que se fraguó como clásico golpe de Estado acabó por convertirse en una larga guerra civil, con abundante participación extranjera.

Luis Romero, autor de éste y de los próximos artículos dedicados al conflicto, es autor, entre otras muchas obras, de Tres días de julio, *una recreación exahustiva de los primeros momentos de la lucha.*




1936



El cadáver, recién encontrado, de Calvo Sotelo.

Antesala republicana

El 14 de abril de 1931 se había proclamado la república; una oleada de esperanza conmovió a la mayoría de los españoles, algunos la aclamaron con entusiasmo, otros se dispusieron a acatarla. Sólo unas minorías, por idealismo monárquico o en defensa de intereses y preeminencias amenazadas, se mantuvieron hostiles y al acecho. En junio, las elecciones a Cortes Constituyentes dieron a republicanos y socialistas una victoria abrumadora. Las disposiciones en materia religiosa, que la mayoría de los católicos consideraron sectarias, la amplia autonomía que se reconoció a Cataluña, la reestructuración del Ejército, la necesaria, justa y tímida reforma agraria, que sólo perjudicaba a los latifundistas, el divorcio y otras medidas progresistas, fueron explotadas por las poderosas minorías conservadoras para atraer hacia los partidos de extrema derecha a descontentos o decepcionados. Al resurgir de la derecha intransigente contribuyeron los excesos demagógicos de gobernantes con mentalidad jacobina, muchos de ellos inexpertos, las actitudes de numerosos catalanes y vascos, que fueron denunciadas como separatistas, y en gran medida los movimientos reivindicativos y revoluciona-

Almuerzo ofrecido al general Franco en Tenerife el 17 de junio de 1936.

rios de una parte considerable del proletariado hasta entonces desatendido, que provocaba huelgas y disturbios graves. En 1932, algunos generales trataron de imponer medidas reaccionarias; la falta de asistencias dentro del propio estamento militar y la nula cooperación civil hicieron que fracasara la intentona. Nuevas elecciones en 1933 dieron el triunfo al centro y a las derechas. Gobernaron republicanos moderados que necesitaban el voto derechista, lo que les hacia escorar a esa banda; despechadas por la derrota, las izquierdas calificaron al nuevo gobierno de fascista. Los que hemos calificado de jacobinos lo desautorizaron sistemáticamente, mientras que socialistas, comunistas y, en algunas zonas, los anarcosindicalistas se alzaron en armas. En Asturias la revolución proletaria fue extremadamente violenta y puso al gobierno en un aprieto; tuvieron que emplearse a fondo efectivos militares, y las destrucciones fueron muchas, lo mismo que las muertes. La represión fue dura. En Madrid y otros puntos los focos insurgentes se sofocaron con mayor prontitud. Carácter distinto tuvo la sublevación del gobierno autónomo de Cataluña, falto de auténtico apoyo popular; el ejército restableció el orden en una sola noche. Inoportunidad política y ambigüedad entre nacionalismo exaltado y secesionismo lo hicieron fracasar. Los gobernantes de centro-derecha, dominada la situación, demostraron un espíritu revanchista y malograron la oportunidad de emprender reformas a fondo. Su obsesión contrarrevolucionaria y retrógrada les llevó a la derrota electoral de febrero de 1936. Con corta diferencia de votos en el conjunto de la nación, ganaron por amplia mayoría de escaños las izquierdas, coaligadas en el Frente Popular. Nuevamente, las huelgas, asonadas, encarcelamientos, violencias, así como las represalias sangrientas a que se entregaron los extremistas de ambos bloques, actuando sobre el miedo recíproco y sobre el espíritu cainita y beligerante que invadía a amplios sectores de ciudadanos, frustraron las posibilidades del gobierno de republicanos burgueses. Socialistas y comunistas anunciaban a bombo y platillo que implantarían la dictadura del proletariado, y en ciudades, pueblos y campos desbordaban a los gobernantes a quienes sostenían en el Parlamento. Desesperanzados y espantados por el Frente Popular elegido por la mayoría, un elevado número de militares, apoyados por elementos derechistas y aun centristas, urdieron una conspiración que incluía a los antiguos enemigos del régimen.

En la página opuesta, arriba, el cuerpo del líder político de las derechas en el Parlamento, José Calvo Sotelo, es contemplado por un médico y algunos periodistas en el depósito de cadáveres de un cementerio madrileño, tras ser asesinado durante la noche del 13 de julio de 1936 por un grupo de policías amigos del teniente socialista José Castillo, asesinado a su vez el día anterior por cuatro pistoleros, supuestamente al servicio de los grupos de choque de la derecha. Comenzaban «los ajustes de cuentas». Abajo, almuerzo ofrecido al general Franco por la oficialidad de Tenerife (Canarias) el 17 de junio, un mes antes de producirse la sublevación militar contra la República. Bajo estas líneas, el gobierno presidido por el dubitativo Casares Quiroga dimitió tras conocerse el alzamiento que había sido incapaz de atajar.



El gobierno de Casares Quiroga.



El lema «¡No pasarán!» aglutinó a todos aquellos unidos contra el fascismo.

Composición con los retratos de los considerados héroes del Alzamiento.

Innovadora en muchos aspectos bélicos, en tecnología y en estrategia militar, la Guerra Civil española también fue un campo de ensayo para la propaganda y la contrapropaganda de los dos bandos contendientes. Arriba, aglutinador e ingenuo cartel en el que intentan estar representadas todas las divididas y plurales fuerzas que sostenían al régimen republicano contra el fascismo. Abajo, composición nacionalista con los retratos de «los héroes del Alzamiento». Junto a los líderes políticos y mártires. Calvo Sotelo y Primo de Rivera, la flor y nata de los militares sublevados. Franco, en el centro, unificaba con mano de hierro castrense todas las tendencias en un mando único, factor clave de la victoria. En la página opuesta, un autobús requisado en Madrid se dirige materialmente repleto de milicianos hacia el frente, bajo un cielo frecuentemente sometido a incursiones de la aviación enemiga.

Sobre la inestable base social de injusticias antiguas y generalizadas, que en extensas zonas agrícolas se traducían en hambre, agravadas por el insuficiente desarrollo económico e industrial, idealismos exacerbados y contrapuestos, afán de poder, espíritu de venganza, defensa de privilegios e intereses materiales, incultura, violencia temperamental, religión y antirreligión, clericalismo y anticlericalismo, miopía política, radicalizaciones influidas por las corrientes fascistas europeas o por el comunismo soviético, el anarquismo que hacía la guerra por su cuenta, y en gran medida la crisis económica mundial que afectó a todo el período republicano, provocaron el estallido de una paz precaria sostenida por una democracia vacilante y condicionada alternativamente por la izquierda o la derecha extremas. La nación española marchaba hacia la guerra civil, la parcial autodestrucción y el secuestro de las libertades.

La sublevación

El gobierno presidido por Casares Quiroga tenía noticias de la sublevación que se tramaba, pero, desconociendo su verdadera extensión, adoptó medidas que en su momento se revelaron insuficientes.

Por la tarde del 17 de julio de 1936 se sublevó la guarnición de Melilla y, tras ella, las de todo Marruecos. Los generales que ostentaban los mandos fueron depuestos y detenidos, así como el alto comisario y los jefes y oficiales que se opusieron al levantamiento. Creyó el gobierno que aquél era el foco principal y ordenó a la escuadra, que ya estaba prevenida, que bloqueara el estrecho y cañoneara las plazas rebeldes. A la mañana siguiente, el general Francisco Franco, comandante militar de Canarias, sublevó las islas y voló a Marruecos; estaba designado para hacerse cargo del mando del ejército de Africa, el más aguerrido y mejor entrenado, con propósito de trasladarlo a la península. La conspiración la dirigía desde Pamplona el general Emilio Mola, como delegado del general José Sanjurjo, que moriría en accidente de aviación al tratar de desplazarse desde Lisboa a Burgos para ponerse al frente del movimiento subversivo. Con un golpe de mano, el general Queipo de Llano se levantaba en Sevilla el día 18. La misma noche se produjeron sublevaciones en Aragón; el general Miguel Cabanellas era jefe de la V División Orgánica, único de todos ellos que se unió a la rebeldía. En Valladolid, Saliquet destituía a Molero y declaraba el estado de guerra. En Burgos era arrestado el general Domingo Batet por sus propios subordinados. Se produjeron alzamientos en Cádiz, Algeciras, Jerez y Córdoba, y en las guarniciones de Castilla la Vieja y León. Al gobierno la situación se le escapaba de las manos, y Casares Quiroga, incapaz de hacer frente al alud, se amilanó. Se había negado a entregar armas del ejército y de los cuerpos de Orden Público a socialistas, comunistas y anarquistas —«al pueblo» se decía—, pues tenía casi tanto miedo a la revolución y a la dictadura del proletariado como a los insurgentes de la derecha. El presidente de la República, en un intento desesperado por mantener las vías del diálogo, encargó nuevo gobierno a un republicano moderado, Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes. Este se puso en comunicación con militares de alta graduación: primero con Emilio Mola. La noche del 18 al 19 de julio le ofreció un pacto y, en garantía, la cartera de Guerra. Era tarde; Mola rechazó la oferta y por la mañana se sublevó. Consiguió algunos éxitos parciales, pero en Madrid los militares de izquierda, guardias de Asalto, socialistas y comunistas, cuantos dominaban la calle se opusieron, y Azaña hubo de plegarse a la situación. Nombró entonces a un amigo y correligionario, José Giral, que formó nuevo gabinete con sólo republicanos. Fueron entregadas armas a las milicias populares, se disolvieron las unidades sublevadas y se reforzaron las medidas para enfrentarse con la insurrección.

La delimitación de los frentes

Entre tanto, el general Manuel Goded sublevó Mallorca y se dispuso a trasladarse a Barce-



Milicianos que se dirigen al frente.



MANUEL AZAÑA DIAZ (Alcalá de Henares, 1880-Montauban, Francia, 1940)

Fallecidos sus padres, ingresó a los 13 años en el colegio de los agustinos de El Escorial. En junio de 1898 terminó la licenciatura en Derecho en Zaragoza y dos años más tarde leyó su tesis doctoral en la Universidad Central. Paralelamente había colaborado en la revista alcalaína *Brisas del Henares*.

Poco a poco fue dándose a conocer en el mundillo periodístico e intelectual del Madrid de la época. En 1913 se afilió al Partido Reformista de Melquíades Alvarez. Durante la Primera Guerra Mundial viajó a los frentes franceses, tras adoptar una marcada postura aliadófila. Sus *Estudios de política francesa contemporánea* (1918) son una teoría de la forma de vida democrática escrita de cara a España, además de un análisis concreto de política militar.

Tras una corta estancia en Francia fundó en Madrid la revista *La Pluma*, empezó su gran obra de carácter autobiográfico, la novela *El jardín de los frailes*, publicada en 1927, y en plena guerra de Marruecos se encargó de la dirección de la revista *España*. En 1925 fundó Acción Republicana y desarrolló una interesante labor publicitaria opuesta a la Dictadura del general Primo de Rivera. Al año siguiente se le otorgó el premio Nacional de Literatura. En 1930 pronunció su primer discurso de alcance nacional, fue elegido presidente del Ateneo e inició una intensa actividad prorrepublicana.

El cambio de régimen en abril de 1931 deparó a Azaña

su salto a la historia: ministro de la Guerra en el gobierno provisional, introdujo importantes reformas, muy controvertidas, en las obsoletas Fuerzas Armadas españolas. Destacó como gran orador parlamentario, profundo, incisivo y anticlerical. Fue presidente del primer gobierno republicano con el intento de llevar a la práctica la concepción del liberalismo racional y tradicional que había ido madurando, pero ello le valió la hostilidad implacable de las derechas.

La derrota de los partidos gubernamentales en las elecciones de noviembre de 1933 alejó a Azaña del poder, disminuido en su prestigio por los sucesos de Casas Viejas, pero no de la política. Fundó un partido —Izquierda Republicana— y tras verse perseguido por la coalición radical-cedista, vio acrecentarse su valor de símbolo para una gran parte del electorado burgués y progresista.

Su libro *Mi rebelión en Barcelona* y sus abundantes discursos le proyectaron durante 1935 hacia la primera línea de la confrontación política, plasmada espectacularmente en su nombramiento como presidente del Consejo a raíz de la victoria frentepopulista en las elecciones de febrero de 1936, en las cuales había sido hombre clave. Es entonces cuando Azaña se encuentra en el cenit de su carrera política, pues su inmediato paso a la Presidencia de la República, en mayo del mismo año, marcaría el comienzo de su marginación de las tareas ejecutivas.

Sorprendido por la Guerra Civil, cuya evolución le amedrentó física y emocionalmente, Azaña se refugiaría en sus diarios, desplazado por una situación límite favorecedora de la descomposición del Estado reformista y burgués por él encarnado.

Enfrentado a Largo Caballero, no se opuso al nombramiento de Negrín como jefe del gobierno en la crisis de la primavera de 1937, pero tras duros choques también terminó distanciándose de éste. Convencido de la imposibilidad de ganar la guerra y de la inutilidad de prolongarla —en contra de las tesis negrinistas y comunistas— abandonó España a comienzos de 1939, se refugió en la embajada republicana en París y se negó a regresar, a pesar de las reconvenciones de Negrín.

Murió en Montauban, Francia, el 3 de noviembre de 1940.


Consejo de Guerra a los oficiales sublevados contra la República en Barcelona.

lona. Al amanecer del domingo 19 se alzó una parte importante de la guarnición barcelonesa y salió a la calle. Atacadas las unidades rebeldes por las fuerzas de Orden Público, numerosas y disciplinadas, y por el paisanaje, en particular por los anarcosindicalistas, fracasaron después de sangrientos combates que se prolongaron hasta la mañana del lunes. El coronel Aranda se levantó en Oviedo y no consiguió enlazar con los sublevados de Gijón, que serían aniquilados días después. Cortos efectivos de Africa atravesaron el Estrecho y ayudaron a consolidar la situación en Cádiz, Algeciras, Sevilla y su zona. Pocas unidades de la escuadra se mantuvieron leales con sus mandos al frente, pero en muchos buques mandos subalternos y marinería redujeron a los oficiales. La plaza de Cartagena y la base naval permanecieron fieles. De la numerosa aunque anticuada flota aérea, la mayor parte obedeció al mando. Cuando en Madrid, en la mañana del día 20, se rebelaron el cuartel de la Montaña y los cantones, la partida estaba perdida para los desorganizados insurgentes: fueron reducidos por fuerzas leales y milicias, con ayuda de escasas piezas de artillería y de la aviación. En el cuartel de la Montaña se ejecutó a numerosos oficiales. En los combates hubo, asimismo, bastantes muertos. Gran parte de las armas fueron distribuidas entre las milicias populares; el armamento y efectivos militares de la capital, que eran los más importantes de toda España, quedaron en poder del gobierno y de partidos y sindicatos, principalmente de los socialistas. Estas organizaciones, armadas y numerosas, con fuerte apoyo popular, constituyeron en la práctica un nuevo poder paralelo al del gobierno al cual desbordaron.

El mismo día 20, en Galicia, los rebeldes se aprestaban a dominar en las cuatro provincias. En San Sebastián se alzaba la guarnición, pero aislados y combatidos tuvieron que rendirse días después. Dominaron los sublevados en Alava, mientras que Santander permanecía fiel al gobierno. No hubo sublevaciones efectivas en Valencia ni en Murcia (en Albacete pronto fue sofocada la sedición de la Guardia Civil). En Castilla la Nueva la guarnición de Guadalajara fue reducida de inmediato por fuerzas enviadas desde la capital. Los rebeldes de Toledo pronto tuvieron que encastillarse en el Alcázar. Granada y Córdoba quedaron con Queipo, Almería y Jaén con el gobierno, lo mismo que Huelva, que no tardaría en cambiar de manos. En Badajoz dominaron los gubernamentales, y en Cáceres los sublevados. Hubo grandes extensiones rurales donde las cosas quedaron indefinidas, pero la proximidad de núcleos de mayor población solía inclinar la balanza en favor de los que dominaban.



Imagen tras la conquista del cuartel de la Montaña en Madrid.

Arriba, el patio del madrileño cuartel de la Montaña aparece sembrado de cadáveres de oficiales sublevados, tras la sangrienta conquista del reducto por las milicias populares, con enormes pérdidas humanas por ambas partes. Abajo, cadáveres de personas y animales comparten el suelo de la céntrica plaza de Cataluña de Barcelona con las tradicionales palomas, después de los violentos choques de los militares sublevados con las milicias de la Alianza Revolucionaria Antifascista, dirigidas por anarquistas, que les hicieron frente y consiguieron derrotarles.

En muchos de los pueblos en las regiones de Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva y de todo el territorio gubernamental, los comités locales se hicieron cargo del mando instaurando medidas revolucionarias. Las zonas más industrializadas de Cataluña, Vascongadas y Asturias quedaron en poder del gobierno. Rebeldes y gubernamentales se esforzaban por ensanchar las áreas sometidas, se formaron columnas, se produjeron choques y pronto se perfilaron unos frentes discontinuos. El más importante de ellos en las sierras al norte de Madrid. Para defender los pasos acudieron unidades militares, fuerzas de orden público y milicias populares. Para atacar la capital venían tropas de Valladolid, de Burgos, Navarra y La Rioja, a las que se añadían voluntarios, carlistas navarros y falangistas castellanos. Con ánimo de conquistar Zaragoza y Huesca partieron de Barcelona y otros puntos de Cataluña unidades militares, guardias civiles y de Asalto, y numerosos milicianos, entre los que dominaban los anarcosindicalistas al mando de sus dirigentes. Al enfrentarse con tropas de la V División se establecieron frentes. Desde Valencia se atacó Teruel, y unidades gubernamentales de Levante avanzaron hacia Córdoba y Granada, y llegaron hasta sus mismas puertas. Mola, que envió parte de sus efectivos hacia Madrid, trataba también de abrirse paso hacia Irún y San Sebastián.



En Barcelona, animales y hombres comparten un triste destino.

Armas en los frentes y terror en las retaguardias

Las fuerzas quedaron equilibradas y en seguida se advirtió por ambas partes la escasez de material, munición y efectivos que les permitieran sostener una guerra civil, que suponían muy corta. El gobierno Giral desde el primer momento recurrió a Francia para comprar aviones y otro armamento. Los rebeldes lo hicieron por distintos conductos a Italia y Alemania, donde supusieron tendrían mejor acogida. Tanto unos como otros fueron inmediatamente atendidos.

Los primeros envíos de armas despertaron el temor de que el conflicto español se generalizara, y Francia propuso, con el decidido apoyo de Gran Bretaña, la formación de un Comité de No Intervención. Del mismo entrarían a formar parte más de veinte naciones, y entre ellas las que más directamente intervendrían: Alemania, Italia y la URSS. Y Francia y Portugal, cuya situación fronteriza les daba facilidades.

Como consecuencia de la situación planteada se desencadenó en ambas zonas una persecución sangrienta contra quienes consideraban enemigos, y la mayor parte de las veces lo eran. En el bando que calificamos de gubernamental, además de la represión contra los militares sublevados o personas sospechosas de simpatías hacia ellos, la policía y las milicias políticas y sindicales se entregaron a una sistemática y sangrienta persecución contra políticos o simpatizantes derechistas —falangistas en primer lugar—, contra sacerdotes, religiosos y religiosas, contra propietarios, burgueses, intelectuales y contra todos aquellos que genéricamente calificaban de «enemigos del pueblo». Ardieron numerosos templos, edificios religiosos, colegios y objetos de culto sin excluir obras de arte; menudearon los registros y saqueos. Sólo en regiones fronterizas los perseguidos hallaban ocasión de ponerse en franquía o incorporarse a su bando. En ambas zonas se llenaron penales y cárceles, públicas y secretas, y se habilitaron muchos edificios al efecto. En los territorios dominados por los rebeldes se fusiló a militares que no secundaron la insurrección, a gobernadores civiles, diputados y políticos de izquierda y, con mayor saña, a dirigentes sindicales. Y en ambos bandos se mataba o encarcelaba a cuantos se opusieran con las armas a quienes resultaron ganadores. El terror se imponía en las retaguardias respectivas donde se exageraban las atrocidades del contrario y se disimulaban las propias, que se consideraban medidas justicieras. Hay que señalar, sin embargo, que las cifras se han desorbitado

El viejo carlismo vuelve a estar en pie de guerra.

ESPAÑOLES:

El Ejército es dueño de toda España, menos de algunos puntos aislados donde luchamos con ventaja. Las columnas victoriosas que se dirigen a Madrid están en el Guadarrama a pocos kilómetros de la Capital, que no tardará en caer en nuestras manos. El General Franco se encontraba ayer en Córdoba al frente de una fuerte columna de tropas procedentes de Africa.

El General Caminero, que organizaba la resistencia en León, ha sido hecho prisionero en Puebla de Sanabria.

Es inútil oponerse al avance de la mayor parte del pueblo español sano, que sólo desea una España libre de odios.

El intentar resistir sólo conduciría a derramar sangre que el Ejército quiere evitar, pues está convencido que libres de los errores y malas pasiones que en el pueblo han querido encender malos españoles, podemos, todos unidos, conseguir la grandeza de nuestra Patria.

EL GENERAL MOLA.

Octavilla para atraer a la población civil en favor de los sublevados.

por parte de quienes, por sectarismo o ignorancia, hicieron de los números armas de propaganda contra el enemigo.

Franco avanza

Utilizando el primer puente aéreo de la historia, en el que pronto colaborarían algunos aparatos enviados por las potencias totalitarias, Franco consiguió ir situando en la península legionarios y moros encuadrados por oficiales españoles, tropas de choque entrenadas y disciplinadas. Con efectivos reducidísimos se formaron en agosto tres columnas que iniciaron la marcha sobre Madrid por la vía de Extremadura. Al principio se les oponían milicias locales que pronto eran vencidas o dispersadas. Mandadas por el coronel Juan Yagüe, avanzaban en camiones, peleaban con celeridad y violencia, y arrollaban a su paso toda resistencia sin preocuparse apenas de los flancos ni la retaguardia, que, si acaso, ocupaban otras tropas, la Guardia Civil o milicias ciudadanas. Tras enconada y mortífera lucha, el 14 de agosto se asaltó Badajoz, donde se ejercieron tremendas e inmediatas represalias. Los gubernamentales acumulaban efectivos y lanzaban contraataques enérgicos, pero el avance sólo sufría cortas interrupciones. Por iniciativa catalana y con apoyo de la escuadra se efectuó un desembarco en Mallorca. El resultado fue una inútil dispersión de fuerzas, pérdidas de hombres y de material, y que la base de Mahón quedara aislada para el resto de la guerra. Zaragoza, Hues-



Las Brigadas Internacionales, protagonistas de los sueños de simpatizantes izquierdistas de todo el mundo.



Los milicianos festejan la caída del cuartel de la Montaña.

En la página opuesta, arriba, cartel nacionalista dibujado por Carlos Sáenz de Tejada, en el que muestra a dos requetés alzados en armas. Vuelve el carlismo tradicionalista contra el Estado liberal y jacobino. Abajo, octavilla de propaganda del general Mola invitando a la población civil a someterse al ejército sublevado. En esta página, arriba, cartel de propaganda de las Brigadas Internacionales. Miles de activistas y simpatizantes de la izquierda de todo el mundo vinieron a España a luchar «por la libertad y contra el fascismo». Abajo, un grupo de milicianos festejan por las calles de Madrid la toma del cuartel de la Montaña.



El general Franco se dirige al pueblo de Burgos.

ca y Teruel resistieron a las milicias y tropas de Cataluña y Valencia, que a pesar de su superioridad numérica no lograron avances decisivos. Los confederales colectivizaron los bienes patrimoniales del Aragón invadido y llevaron a cabo ensayos de comunas libertarias, cuyos resultados fueron y son juzgados contradictoriamente. Unidades gallegas iniciaron una ofensiva para acudir en auxilio de los cercados en Oviedo; a pesar de la tenaz oposición de las milicias asturianas, abrirán un estrecho y precario corredor que enlazará con las fuerzas de Aranda. A los gallegos les apoyaban unidades africanas.

Cambios en el gobierno republicano

La dispersión de poderes perjudicaba al gobierno, cuya autoridad era mínima aunque mantenía la fachada legal, muy útil en particular para su representación internacional. Aparte de los numerosos comités locales y sindicales, de la Generalidad de Cataluña y el Comité de Milicias, la parte de las provincias vascongadas que quedaba en zona gubernamental, y a la cual pronto se le concedería estatuto de autonomía, era gobernada por una coalición en la

Arriba, el general Franco, ya nombrado Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Gobierno del Estado (transformado luego el decreto en Jefe del Estado, gracias a los buenos oficios de su hermano Nicolás) por la Junta de Defensa Nacional, se dirige al pueblo de Burgos, capital de los nacionalistas. A la derecha, con barba blanca, el general Cabanellas, presidente por edad de la Junta, asiste al hecho ya consumado. Abajo, una barricada de las milicias populares en una calle de Toledo espera el asalto de las tropas nacionalistas, que liberarían a sus compañeros del Alcázar el 28 de septiembre, tras más de dos meses de encarnizada resistencia, convertidos luego en símbolo de la voluntad de morir o vencer del bando nacionalista.



Toledo se convirtió en un símbolo para el bando nacionalista.

que predominaban los nacionalistas, que tenían ejército propio. En el territorio de Euzkadi no se produjeron incendios de iglesias ni persecución religiosa, pues los nacionalistas eran católicos, y gran parte del clero, nacionalista. Sólo en la franja norte o cantábrica, separada del resto del territorio gubernamental, coexistían junto al de Euzkadi otros dos gobiernos autónomos: el de Santander y el de Asturias.

Los sucesivos fracasos militares y la escasa autoridad del gobierno republicano forzaron a nombrar el 5 de septiembre nuevo presidente: el líder socialista Francisco Largo Caballero. En el gabinete estaban en mayoría los socialistas pero había republicanos, un catalanista de la Esquerra, y un miembro del PNV. En el Banco de España se guardaban las cuantiosas reservas de oro del Estado; parte de ellas se destinaron a la compra de armas en Francia y mercados internacionales, y casi todo el resto fue enviado a la URSS para responder de los pagos del cuantioso material que de allí estaba recibiendo el gobierno. La URSS, a través de su embajador, situó en España cuantioso personal militar, policial y económico, que luego seguiría incrementando. El PCE, bien organizado y poderoso, con la decisiva influencia soviética acrecentaría su poder. El bando rebelde, que vamos a llamar *nacional*, y no nacionalista, para evitar confusiones con los vascos, estaba dirigido por una Junta militar presidida por el general más antiguo, Miguel Cabanellas. Cuando las tropas expedicionarias, cuyo mando superior ejercía Franco, conquistaron Toledo y liberaron a los sitiados del Alcázar, y como el territorio dominado por ellos se hallaba ya comunicado, unido, se sintió la necesidad de establecer un mando único. El 2 de octubre, Franco fue investido como Generalísimo de los Ejércitos, y pasó a ser jefe del Estado. Se nombró una Junta Técnica, que equivalía a un gobierno con facultades limitadas. Las fuerzas políticas predominantes eran las derechas tradicionales, los falangistas de carácter y apariencia fascista, y los carlistas. La contribución de Italia y Alemania se había ido incrementando, y la aviación de ambos países desempeñaba un importante papel en los combates.

La batalla de Madrid

El gobierno republicano se esforzaba por reconstruir un ejército que respondiera a las exigencias de una guerra; su base operativa sería la Brigada Mixta. A los mandos militares se les sumaban, por méritos y por imperativos políticos, los de milicias que se habían acreditado en

Al entrar en Toledo, como en otras muchas ciudades, las tropas vencedoras no hacían prisioneros, y según un oficial legionario, testigo presencial de los hechos, «por la calle principal corría la sangre hacia las puertas de la ciudad». En la foto, el comandante nacionalista Ortiz de Zárate es hecho prisionero en Guadalajara por milicianos, guardias de asalto y guardias civiles fieles al régimen republicano. La tristeza del rostro del perdedor contrasta con las sonrisas de sus captores. La escena se repetiría, y la suerte de los protagonistas daría vueltas y cambiaría en muchos rincones de España. Y la muerte por doquier. «Aquí fusilan como si talaran», escribió de la Guerra Civil española el aviador y literato francés Antoine de Saint-Exupéry.



El comandante Ortiz de Zárate hecho prisionero por los milicianos.



La muerte fue dejando su huella, un pueblo tras otro



La imagen de Buenaventura Durruti ayuda a una llamada general contra el fascismo.

la lucha. Se instituyó el Comisariado Político. Encuadraron con mandos propios a los extranjeros que iban afluyendo, y con ellos se fueron creando las Brigadas Internacionales. Pronto la Komintern, que contaba en España con agentes activos, ejercería su control sobre estas unidades.

Venciendo resistencias cada vez más fuertes, las columnas del sur, cuyo mando conjunto correspondía ahora al general Varela, se acercaban a Madrid con fuerte colaboración aérea. En los primeros días de noviembre llegaban a los arrabales extremos. Resultaba necesario ampliar aún más la base del gobierno y no excluir a ningún grupo; se incluyeron cuatro ministros anarcosindicalistas. Era aquél un hecho apenas sin precedentes, pues sólo unos días antes, en el gobierno de la Generalidad, el presidente Companys les había dado entrada; y ellos lo habían aceptado al disolverse el Comité de Milicias. En Madrid se habían acumulado efectivos militares y se habían llevado a término obras de defensa. Al aproximarse el enemigo, los tanques y la aviación soviéticos, que habían llegado en grandes cantidades, comenzaron a operar.

Muchos suponían que Madrid no iba a resistir, y los nacionales confiaban en que sus fogueadas tropas entrarían venciendo resistencias parciales. El gobierno se trasladó a Valencia (el presidente de la República hacía días que estaba en Barcelona), y en Madrid quedó una Junta Delegada con representaciones políticas y sindicales, presidida por el general José Miaja. Jefe del Estado Mayor de la Defensa se nombraría al teniente coronel Vicente Rojo.

Las tropas de Varela atacaron por distintos puntos, pero principalmente por la Casa de Campo, en violentos combates consiguieron cruzar el Manzanares y se corrieron por parte de la ciudad Universitaria. Las columnas madrileñas mandadas por militares y alguna de ellas por milicianos, se opusieron con tenacidad y acabaron cerrándoles el paso. La batalla duró varios días y fue de extrema dureza. Los internacionales que en número de dos mil entraron en combate desde la llegada del enemigo, levantaron los ánimos a los demás combatientes y desempeñaron un buen papel. Franco, a pesar del fracaso, no renunciaba a tomar Madrid y fue tanteando ataques por otros frentes donde tampoco lograba acciones resolutivas. No se consiguió envolver la capital aunque quedó amenazada seriamente y al alcance de los cañones que la castigaban.

Italia y Alemania reconocieron al gobierno de Franco y enviaron embajadores. Con objeto de ayudar a los nacionales, tropas italianas comenzaron a desembarcar en puertos andalu-

ces. Se instituyó la llamada Legión Cóndor, con efectivos alemanes, que se comprometía a mantener en España un centenar aproximado de aviones de todos los tipos con su correspondiente personal; también artillería antiaérea y material de transmisiones. Combatieron tanques alemanes pero no integrados en la Cóndor. Los nacionales pondrán a punto dos buenos cruceros con lo cual el poderío naval de ambos bandos tiende a equilibrarse, siempre con ventaja del republicano. El 19 de noviembre muere en la Ciudad Universitaria de un disparo casual, Buenaventura Durruti, uno de los principales líderes del anarcosindicalismo catalán, que había acudido con sus hombres a la defensa de Madrid. Un día más tarde, José Antonio Primo de Rivera, fundador y jefe de Falange Española, era fusilado en Alicante donde se hallaba preso desde antes de iniciarse la rebelión. Falange había tomado una gran preponderancia dentro de la zona nacional; se adoptaron muchas de sus consignas, formas externas, la camisa azul y el saludo de estilo fascista; las tendencias sindicalistas en lo social se miraban con mayor recelo, y los conservadores tendían a ponerles freno.

L. R.

Resistencia popular desesperada e infructuosa en muchos pueblos de Andalucía y Extremadura al avance de las bien entrenadas tropas de Franco (foto de la página opuesta, arriba). Abajo, cartel de propaganda anarquista llamando a luchar contra el fascismo en nombre del mítico Buenaventura Durruti. En esta página, la población civil mira alarmada el cielo de Barcelona.



Entre una idea y otra, una bomba y otra, el miedo era algo común.



LA OLIMPIADA DE BERLIN

EL primer día de agosto de 1936, dos semanas después de que en España estallara la Guerra Civil, daba comienzo en Berlín la XI Olimpiada. En la tribuna, Hitler y sus colaboradores contemplaban satisfechos un espectáculo levantado a la mayor gloria de los ideales nacionalsocialistas. Los horarios, las ceremonias, las instalaciones, todo iba a funcionar como el mejor mecanismo de relojería. Una vez más, el ideal de pacífica competición entre los pueblos, que el barón de Coubertin rescatara de la tradición griega a fines del siglo XIX, se ponía en marcha. Cuatro años más tarde, los atletas no acudieron ya a la siguiente cita; luchaban entre sí convertidos en soldados.

El fuego sagrado en Berlín

El 1 de agosto de 1936, al tiempo que más de tres mil palomas inundaban al vuelo el cielo de Berlín, el alemán Enk Schilgen prendía la antorcha olímpica ante una multitud de 110.000 espectadores, e inauguraba oficialmente la XI Olimpiada. Por primera vez desde que Pierre de Coubertin reinstaurara esta gran competición deportiva en 1896, tres mil atletas habían cruzado a pie el suelo europeo para llevar a la ciudad sede el fuego tomado de los rayos del sol en las ruinas del templo de Zeus, en Olimpia. Una práctica que se conserva hasta nuestros días.

En esta ocasión, además, la celebración de las Olimpiadas y su carácter propiamente deportivo se iba a ver nuevamente amenazado por las circunstancias políticas de una Europa expectante ante el ascenso del nacionalsocialismo alemán. Y no era la amenaza de una segunda gran contienda el único antecedente bélico, pues casi con simultaneidad a la ceremonia inaugural estallaba la guerra en España, y su equipo nacional debía regresar inmediatamente.

Otro equipo, el brasileño, quedaba también fuera de la competición antes de empezar, constituyendo una de las muchas consecuencias de la progresiva identificación que se estaba produciendo en Alemania entre el partido nazi y las estructuras de poder. Dicha asimilación derivaba necesariamente en un control efectivo del comité organizador de las Olimpiadas por dicho partido, lo cual no redundaba en absoluto ni en beneficio del deporte ni del carácter apolítico e imparcial del COI (Comité Olímpico Internacional). Hoy, con la perspectiva del tiempo, se ha clarificado mucho el porqué del interés de Adolf Hitler en estos Juegos. Nadie duda en afirmar que con ellos se inició el colosalismo olímpico y que la organización fue casi perfecta, pero se sabe, como entonces se supo, que su valor como propaganda de una Alemania en auge y el intento —frustrado, por otra parte— de demostrar en ellos la supremacía aria enmascaraban el entusiasmo deportivo del líder alemán.

Deporte y poder

De hecho, la elección de Berlín como sede de la XI Olimpiada, el 13 de mayo de 1931, se produce casi dos años antes de que Hitler sea nombrado canciller del Reich. En esta elección influye la frustrada adjudicación de la sede a la misma ciudad en 1916 y la circunstancia de que Barcelona, la otra gran capital con posibili-



Eran muchas las llamas encendidas por el nazismo en Berlín antes de que el atleta Enk Schilgen prendiese el pebetero en el Gran Estadio.

Los XI Juegos Olímpicos de la era moderna se celebraron en Berlín, la capital alemana, durante la primera quincena de agosto de 1936 con la pompa y los actos de masas tan del gusto del nacionalsocialismo en el poder. La idea de unir los ideales de belleza y armonía de la Grecia clásica con los de «la nueva y joven Alemania» se plasmó en desfiles, exposiciones arqueológicas y ceremonias como la que recoge la fotografía. Por primera vez en las Olimpiadas modernas, el fuego sagrado griego fue transportado desde Olimpia hasta la sede de los Juegos por 3.000 atletas que se fueron pasando la antorcha. El 1 de agosto de 1936 el alemán Enk Schilgen encendió el pebetero del Gran Estadio de Berlín, completamente abarrotado de público y decorado con numerosos símbolos nazis, momento que recoge la fotografía.





A la izquierda, un aspecto del gran desfile inaugural de los atletas participantes en la Olimpiada de Berlín. Parte del público saluda a las delegaciones «brazo en alto», signo de los tiempos que entonces corrían en Alemania. A la derecha, bonito cartel de los Juegos Olímpicos de Berlín, con dos atletas corriendo en primer plano.

dades, vivía desde el mes anterior la proclamación de la república.

Sin embargo, ya en los Juegos de Los Angeles de 1932 se registraron en Alemania protestas antisemitas. Y la prueba de que la elección resultaría conflictiva en el futuro está en la inmediata solicitud de una olimpiada popular paralela realizada por un polaco a Lluís Companys después de recorrer a pie el trayecto entre Varsovia y Barcelona, ciudad a la que correspondía ese año alojar al Comité en sus deliberaciones. El entonces presidente de la Generalidad acepta la proposición, pero los avatares políticos de España impedirán su celebración.

Así pues, con Von Hindenburg como presidente del Reich y Hitler como cabeza visible del mismo, comienzan los planes organizativos. Hay que decir que en un principio este último no había mostrado excesivo interés, para pasar en seguida a una segunda postura mucho más favorable. Influyó en ello, sin duda, la presión de Theodore Lewald, por entonces miembro del COI, pero también el propio espíritu del nacionalsocialismo, en el que se concebía el fomento del deporte como un instrumento político y un aglutinante de la juventud. Y al tiempo que los preparativos, comenzaron también las tensiones dentro y fuera de Alemania, tensiones que resultarían tan importantes en estas Olimpiadas como el desarrollo mismo de las competiciones.

Por una parte, en el seno del país organizador llegaron a oponerse claramente dos bandos. Uno, el que podríamos llamar olímpico, contaba con el ya citado Lewald, cuya preocupación por el deporte había de entrar en conflicto antes o después con la mayor proyección política que el otro bando, el del partido, quería imprimir a los Juegos. Lewald llegó a ser sustituido como miembro del COI por Tschanner Und Osten en calidad de *reichs-sportführer*, una especie de jefe deportivo del partido, y fue necesaria la intervención del propio Comité Olímpico para que se anulase este nombramiento y se normalizase de momento la situación. No era ni la primera ni la última vez que el Comité se había de enfrentar con Hitler, porque ya desde que comenzó la organización de los Juegos le había exigido el compromiso de no interferir en su desarrollo y de respetar la Carta Olímpica. Pero esto no bastó para tranquilizar a la opinión pública europea ni, mucho menos, a Estados Unidos.

La presencia americana

Hacia 1936, el mundo no presentaba un aspecto muy tranquilizador, y muchos países contaban con dificultades para enviar un equipo olímpico a Berlín. La postura inicial de Hitler hacía difícil, además, participar de buen



En el palco de honor, los brazos en alto declaran inaugurados los juegos.

grado en unas competiciones de las que se pretendía excluir a los no arios, tanto participantes como espectadores. Y aunque luego esta actitud varió considerablemente, en un intento de dar una imagen pacificadora y tolerante del nacionalsocialismo hitleriano, no podía por menos de resultar inquietante acudir a unas instalaciones deportivas donde la cruz gamada se adoptaba como bandera oficial frente a la bandera nacional alemana.

También es cierto que tanto en los documentos como en los símbolos oficiales el emblema olímpico se reducía al entrelazado del águila con los cinco aros, que cesaron las persecuciones raciales durante la Olimpiada y que incluso la tiradora de florete judía Helena Mayer formó parte del equipo alemán. Pero ni esto ni las extraordinarias condiciones de organización de que luego hablaremos impidieron que la repulsa internacional del nazismo derivara hacia Estados Unidos. La virulencia de la polémica encendida allí cruzaría el océano y determinaría hasta su resolución la expectación europea.

Pero no eran los círculos deportivos estadounidenses, estrictamente apolíticos, los que se oponían a la participación. Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico de Estados Unidos y de la Asociación Olímpica de Estados Unidos, y uno de los principales partidarios de la participación, cuenta en sus *Memorias* cómo tuvo que vencer dos importantes obstáculos para conseguir su objetivo. Por un lado, la tenaz oposición de Ernst Lee Jahncke, al que derrotó en su reelección como miembro del COI. Y por otro, la pasión antinazi que animaba a la prensa y a la opinión pública americanas, sobre todo estando al frente de un organismo como el USOC, que se mantenía gracias a las suscripciones populares precisamente para garantizar la inexistencia de interferencias políticas gubernamentales en sus actividades.

Jesse Owens, el dios negro del estadio

Con independencia de los avatares políticos, las modernas y sofisticadas instalaciones deportivas berlinesas fueron escenario también de un gran despliegue de hazañas en los distintos deportes. El primer sorprendido fue el propio Hitler, que en un arrebato de entusiasmo hizo subir al palco presidencial a los atletas alemanes ganadores de las primeras pruebas, «olvidándose» luego de hacer lo mismo con el campeón negro de salto de altura Johnson. Al menos así quiso verlo y se lo hizo ver a Hitler el conde Henri de Baillet-Latour, entonces presidente del COI, que con buenas pero enérgicas palabras le exigió no excederse en su mero

Aspecto que ofrecía el palco de honor del Gran Estadio de Berlín durante la ceremonia de inauguración de los XI Juegos Olímpicos de la era moderna. El presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), Henri de Baillet-Latour, declara abierta la competición, mientras Adolf Hitler (centro) y otros dirigentes nazis saludan brazo en alto. El segundo por la izquierda es Rudolf Hess, y los dos de la derecha (sonriendo junto al cámara), Goebbels y Goering, respectivamente. La tensión política entre el Comité Olímpico y el montaje propagandístico nazi estuvo presente durante todo el desarrollo de los Juegos.



James Cleveland Owens fue el héroe indiscutible.

La pretendida «superioridad de la raza aria» sobre las demás, que defendían Hitler y otros ideólogos del nazismo, rodó por tierra en numerosas ocasiones durante los Juegos Olímpicos de Berlín, al ganar atletas negros diversas pruebas frente a competidores alemanes y nórdicos. Sobre estas líneas y en la página siguiente, dos momentos de las actuaciones del negro norteamericano James Cleveland Owens (conocido como Jesse Owens), vencedor en 100 y 200 metros lisos, relevos 4 × 100 y salto de longitud. En esta prueba, su marca de 8,06 metros no sería superada hasta 1960. Ganador de cuatro medallas de oro, Jesse Owens fue la «estrella negra» del Gran Estadio Olímpico de Berlín.

papel de huésped. A partir de entonces, la tirantez entre el canciller y el COI fue en aumento, ya que éste nunca cedió el protagonismo. En un acontecimiento tan insignificante y significativo a la vez radica la única base de veracidad del ya célebre mito de los desplantes de Hitler a los atletas negros.

Otro mito, forjado éste en la velocidad y la resistencia demostradas en la pista de atletismo, empezaba a tomar cuerpo entre la muchedumbre que llenaba a diario el estadio de Berlín. Lo encarnaba Jesse Owens, el *rayo de Ohio*, un estudiante negro rebosante de cordialidad y simpatía con las que acompañaba todas sus prodigiosas intervenciones. Después de los 2,03 de Johnson en altura, Owens conseguía para su país la medalla de oro en 100 metros y en 200 metros lisos, y elevaba a 8,06 metros el récord mundial en salto de longitud. Los «auxiliares negros», según los calificaba a su llegada la prensa alemana, arrasaban además en los 400 y en los 800, en una exhibición deportiva sin precedentes que hablaba por sí sola.

La participación alemana se veía, a su vez, recompensada, al conseguir un mayor número de medallas que en olimpiadas anteriores y destacar indiscutiblemente en remo y equitación. Americanos y japoneses se repartían los primeros puestos en natación; la India derrotaba a franceses y alemanes en hockey sobre hierba con tanteos inusitados (10-0 y 8-1, respectivamente), al tiempo que el dominio de Estados Unidos sobre Canadá en baloncesto se resolvía en un 18-8 como resultado final, casi ridículamente alejado de los marcadores sobre cien a los que estamos acostumbrados actualmente.

En fútbol, el juego brutal, más que duro, de los italianos les adjudicaba el oro, con el desgraciado precedente de los incidentes producidos en el partido entre Perú y Austria, que llegaron a provocar agresiones a los consulados alemanes y huelgas de descargadores en el puerto de El Callao contra los barcos de bandera alemana.

Bajo el signo olímpico de los cinco aros

Convencido de que la piedra era el «único material noble capaz de recibir dignamente a todos los atletas», Hitler había exigido su utilización para la construcción del estadio olímpico de Berlín. Una premisa, la del colosalismo, determinaba el trazado de las nuevas instalaciones, levantadas según criterios de funcionalis-

mo, equilibrio y tecnicismo atlético, e inauguradas para la ocasión.

La trayectoria de Alemania en cuanto a la Olimpiada se refiere había ido en aumento desde su primera convocatoria, que a causa de la nacionalidad francesa de Pierre de Coubertin despertó poco entusiasmo. Pero ya en 1912 la participación fue completa, hasta el punto de solicitar ser el país organizador cuatro años después. La Primera Guerra Mundial truncó este proyecto, pero fue precisamente durante la posguerra cuando el desarrollo de la educación física desempeñó un papel paralelo al intelectual en el plan de reconstrucción nacional.

En su calidad de país organizador de la Olimpiada en 1936, Alemania contaba, pues, con este importante precedente, incrementado con la famosa tradición alemana de la gimnasia individual o *turnvereire*. En la práctica, el control de los servicios públicos por el gobierno facilitó muchísimo la tarea organizativa, que gozó de una enorme cantidad de medios y de un aparato cultural complementario digno de destacar.

Exposiciones, festejos, óperas y conciertos con obras de Beethoven y Schiller acompañaron a los acontecimientos deportivos. Richard Strauss creó un nuevo himno oficial. Leni Reifenstahl —se dice que con presupuesto ilimitado— rodó *Los Dioses del Estadio*, que hoy recuerda irónicamente al título de otro famoso filme de Lucino Visconti. Se creó, asimismo, un museo para alojar los hallazgos de los arqueólogos alemanes en Pérgamo, demostrando así en cierta forma el ya tradicional interés de los alemanes por la Grecia clásica, que les había llevado a las ruinas de Olimpia aún antes de que Coubertin decidiera reemprender la aventura olímpica.

Una organización, en definitiva, extraordinaria, donde las recepciones a las distintas delegaciones corrían a cargo de los lugartenientes y ministros de Hitler, Ribbentrop, Goebbels y Goering, en cuya céntrica casa de la capital se montó un *buffet* de bienvenida que incluía a la orquesta de Berlín y un auténtico parque de atracciones bávaro.

La ceremonia de clausura de la XI Olimpiada dejaba tras de sí una turbia trama de intenciones políticas y un desarrollo deportivo sin precedentes en un marco todavía más excepcional. Pero sobre la cita en la que muchos atletas habrían tenido de nuevo un lugar cuatro años más tarde, se cernía ya la amenaza de un enorme conflicto bélico en el que muchos de ellos encontrarían la muerte.

E. L. de Q.

Bibliografía básica

BRUNDAGE, A.: *Memorias*. Editora Nacional. Madrid, 1973.
MERCÉ VARELA, A.: *De Olympia a Munich*. Editorial Planeta. Barcelona, 1972.

En los XI Juegos Olímpicos celebrados en Berlín del 1 al 16 de agosto de 1936 participaron 4.069 atletas de 49 países, que compitieron en 20 pruebas olímpicas. A pesar de las tensiones y los montajes de la demagogia política, todos ellos se esforzaron para que el lema olímpico: «Más digno, más alto, más fuerte» brillara por encima de todo lo demás, para «construir una humanidad más fuerte, más valiente y sobre todo más generosa», según las palabras del barón Pierre de Coubertin, restaurador de las Olimpiadas de la era moderna en 1896.



Un hombre de raza negra echó por tierra los sueños de otro de raza aria.

1936

EDUARDO VIII Y LA SEÑORA SIMPSON

Yo, Eduardo VIII de la Gran Bretaña, Irlanda y los Dominios Británicos de Ultramar, rey, emperador de la India, declaro Mi irrevocable determinación de renunciar al Trono para Mí y para Mis descendientes, y Mi deseo de que se ponga inmediatamente en práctica este Instrumento de Abdicación.

»En prueba de ello he puesto en él Mi mano este día 10 de diciembre de mil no-



La nueva pareja real británica con sus hijas.

A la izquierda, el ex rey Eduardo VIII, ya simple duque de Windsor y felizmente casado con la divorciada norteamericana Wallis Warfield Simpson, posa junto a la novia y los testigos tras haber contraído matrimonio civil ante el alcalde de la ciudad francesa de Mons, en 1937. A la derecha, dibujo de la famosa revista Vanity Fair *en la que el príncipe de Gales, heredero de la corona británica, aparece ataviado para practicar el deporte de la equitación, al que era muy aficionado.*

vecientos treinta y seis, en presencia de los testigos cuyas firmas se insertan.»

Con este breve y frío documento finalizaba un reinado que había comenzado once meses antes con los mejores auspicios. Por primera vez en la historia de Gran Bretaña, y tal vez en la del mundo, un rey ha abandonado el trono para casarse con una mujer a quien su pueblo no deseaba como reina.



El ex rey dijo «sí» a Wallis Simpson.

Su majestad, el príncipe de Gales, heredero de la corona del Imperio.

Investidura de Eduardo VIII como príncipe de Gales.



Cuatro generaciones de la familia real inglesa.

Los peligros de la hípica

En 1930, el príncipe de Gales era, a sus treinta y seis años, el soltero más codiciado del mundo. No tanto por su apariencia física como por el hecho de ser el heredero de la corona de un país cuyas posesiones imperiales abarcaban en aquel entonces, casi una cuarta parte de la Tierra, tanto en kilómetros cuadrados como en número de habitantes.

Aunque tenía un cabello rubio y suavemente ondulado y unos claros y bellos ojos, la constitución del príncipe Eduardo era más propia de un adolescente que de un hombre en la flor de su edad. Las fotos de su época de servicio en los *Coldstream Guards* hacen pensar en un pigmeo entre gigantes. Sin embargo, Eduardo, había sido en sus años mozos un valeroso y esforzado jinete. Fue su padre, Jorge V, quien le disuadió de seguir practicando un deporte que podía dejar al país y al Imperio sin el heredero a quien tanto trabajo había costado formar. Eduardo, siempre obediente a las órdenes de su progenitor, abandonó los concursos de salto y la caza del zorro, y trató de engañar a su augusto padre y al gobierno de la nación dedicándose al polo; la treta, sin embargo, no dio resultado: una nueva advertencia regia le obligó a decir adiós a los caballos; pero sólo para dedicarse a pilotar aviones —un deporte que había puesto de moda entre la alta sociedad de ambas orillas del Atlántico la proeza de Lindbergh—. Tampoco en esto se salió con la suya, porque de nuevo los genios protectores de la Corona inglesa le impidieron seguir arriesgando su preciosa vida. Fue entonces cuando Eduardo colgó definitivamente los uniformes distintivos del riesgo y se vistió los pantalones bombachos y los calcetines a cuadros propios de los pacíficos practicantes del noble deporte del golf, actividad en la que, pese a su tesón, jamás llegó a destacar.

Por supuesto que el golf no era su principal ocupación. Esta era, como él decía, la de «principear». Es decir, su trabajo como príncipe. Un trabajo bien pagado, pero agotador, que consistía en hacer todo aquello que el rey su padre no tenía tiempo de hacer: pronunciar discursos, plantar árboles, poner primeras piedras, botar barcos y dejarse ver por toda la Commonwealth. Durante los seis años que dedicó a hacer giras como «primer viajante de comercio» del Imperio británico, visitó cuarenta y cinco países y colonias, recorriendo más de doscientos cuarenta mil kilómetros por diversos medios de locomoción, especialmente en barco y tren. «Al final —reconoce Eduardo en sus memorias— me había convertido en una verdadera enciclopedia de ferrocarriles, himnos naciona-

les, estadísticas, costumbres, platos típicos y filiación política de un centenar de alcaldes.»

El príncipe que sabía divertirse

De todos modos, su principal atractivo nunca había sido algo físico. De hecho, sus numerosos accidentes de equitación, lejos de verse como lo que en realidad eran, la prueba de su arrojo, eran vistos más bien como la consecuencia de la impericia de un ser de constitución débil.

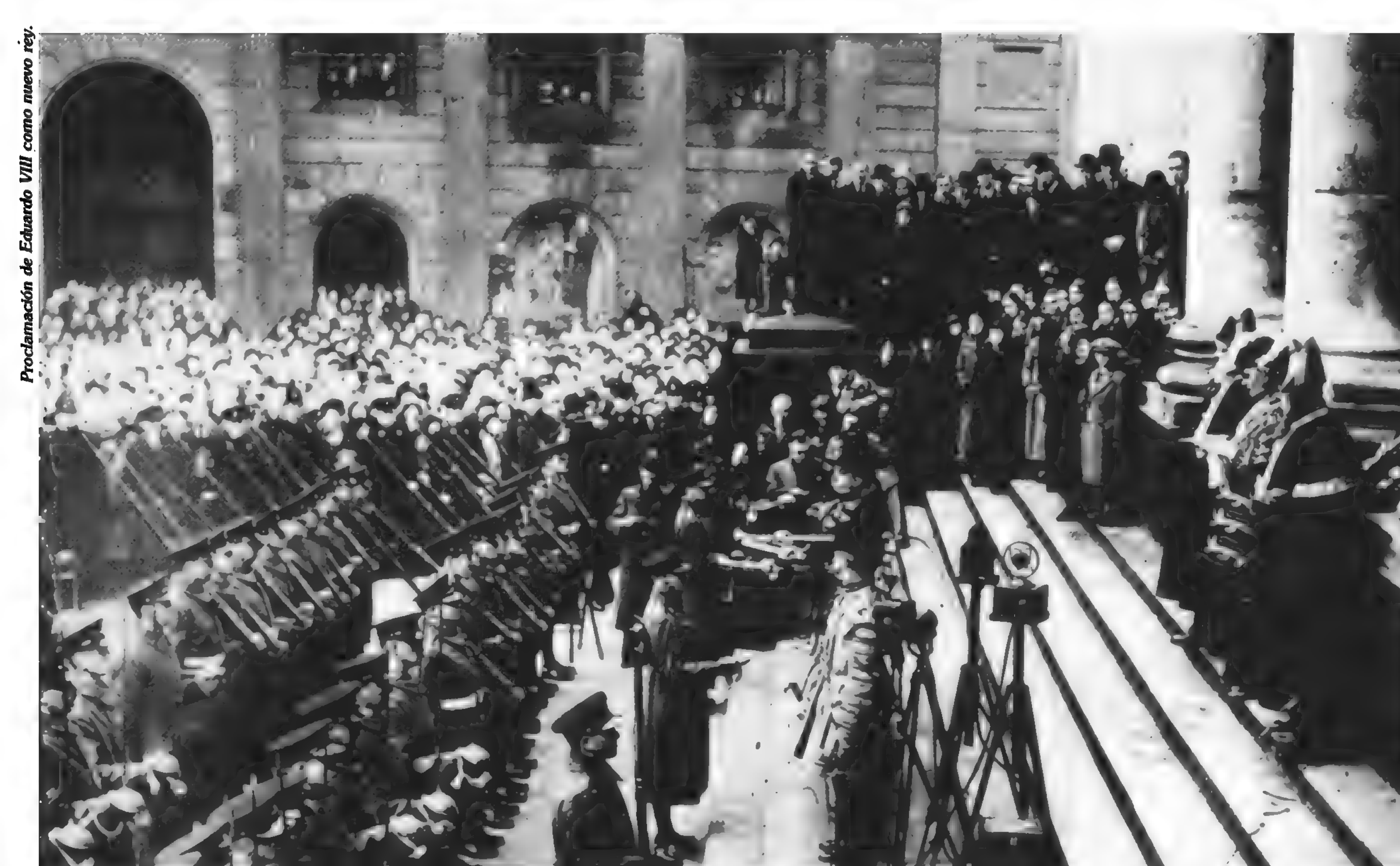
Su fuerte era probablemente la capacidad para las relaciones sociales, su habilidad para moverse entre la gente y una forma democrática —dentro de un orden— de ver las cosas. Eduardo habría sido un nuevo tipo de monarca dentro de la moderna tradición británica. Lejos del estiramiento y la aburrida forma de actuar de su bisabuela Victoria y de su padre, Jorge V, el dinámico príncipe de Gales había heredado de su abuelo Eduardo VII el amor por la diversión y los acontecimientos mundanos. Como cosecha propia, habría aportado al estilo de reinar de los Windsor un cierto desenfado y una preocupación real por las condiciones de vida de sus súbditos.

Para las damas de la sociedad de la época, algunas de estas cualidades eran algo que no tenía precio. Un rey a quien le gustase bailar hasta altas horas de la noche y que prefiriese la incandescente media luz de clubes como el *Kit Kat*, el *Nigth Light* o el *Embassy* a la severa iluminación de los salones del castillo de Windsor era un partido doblemente apetecible. Si a ello añadimos la pasión del príncipe por los viajes y su indudable inclinación a saltarse las rígidas normas de etiqueta que encorsetaban la vida de la aristocracia británica, el bocado se hacía aún más apetitoso para toda una clase femenina crecida entre los ardores y la disipación de los años veinte.

Su imagen pública sugería dinero alegremente gastado, relaciones mundanas, fiestas en sucesión interminable, vida nocturna, toda una serie de valores muy en boga como aderezo al esplendor y el boato inherentes a la realeza. Pero también, y esto era quizás lo más importante, Eduardo ofrecía una personalidad propia: la del hombre que, saltándose las recomendaciones de sus padres, había ido demorando la hora de elegir esposa, a la espera de encontrar a la mujer de la cual se sintiera verdaderamente enamorado. Así como en la cuestión de montar a caballo o pilotar aviones Eduardo transigió, en el asunto del matrimonio no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Se casaría cuando hallase a la mujer adecuada. En ningún caso permitiría que las razones de Estado prevalecieran sobre las del corazón.

Lo cual no quiere decir, desde luego, que el príncipe consumiera su tiempo de espera de forma monacal. Como él mismo confiesa en sus memorias, «con esto no quiero sugerir que en esos años juveniles de viajes y continuas relaciones sociales se hubieran hurtado mis emo-

En la página opuesta, arriba, escena del día de la investidura, en 1911, del futuro Eduardo VIII como príncipe de Gales. El joven se dirige en carroza al Parlamento acompañado de sus padres, el rey Jorge V y la reina Mary. Abajo, postal en la que se agrupan cuatro generaciones de la familia real británica. La reina Victoria, Eduardo VII, el entonces príncipe de Gales y futuro Jorge V, y su hijo, Eduardo de Gales, futuro Eduardo VIII. Un matrimonio por amor, alejado de los intereses dinásticos, echaría por tierra «la continuidad del derecho de primogenitura» y quebraría una larga y tradicional cadena. Abajo, proclamación de Eduardo VIII como nuevo rey de Inglaterra el 22 de enero de 1936.



Proclamación de Eduardo VIII como nuevo rey.

Wallis Warfield Simpson, heroína de las revistas del corazón del presente siglo, logró hacer lo que otras muchas sólo se atreven a soñar. Arrancar a un rey de su trono —y más si éste es el de un Imperio, como ocurría en el caso de Inglaterra— no parece ser una historia que se repita todos los días. Una norteamericana de Baltimore, culta y rica, divorciada dos veces, logró imponerse contra todo pronóstico a los intereses políticos de Britannia. En la foto, tomada en 1919, la entonces Wallis Warfield Spencer (apellido de su primer marido), antes de convertirse en la señora Simpson y posteriormente en la duquesa de Windsor, consorte del ex monarca del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y ex emperador de la India.



Cuando Wallis Simpson era la Sra. Spencer.



Para los británicos fue algo más que cambiar un nombre en una larga lista.

ciones al atractivo de las mujeres. Tuve horas de enternecimiento, incluso de encantamiento, sin las cuales hubiera sido punto menos que intolerable una existencia principesca. Pero en cuanto al matrimonio, estaba resuelto a no admitir prisas. En consecuencia, mi vida se deslizó, como ahora comprendo, con un sentido de cosa incompleta y de descontento interior».

El peligro de las mujeres casadas

Sus relaciones sentimentales con al menos dos de esas mujeres a cuyo atractivo no supo hurtarse pudieron haber puesto a sus amigos más allegados sobre la pista de lo que sucedería después. Winifred Mary Birkin, *Frieda* para los íntimos, y Thelma Furness no se parecían demasiado. La primera era más inteligente y la segunda más bella. Pero tenían algo en común: estaban casadas.

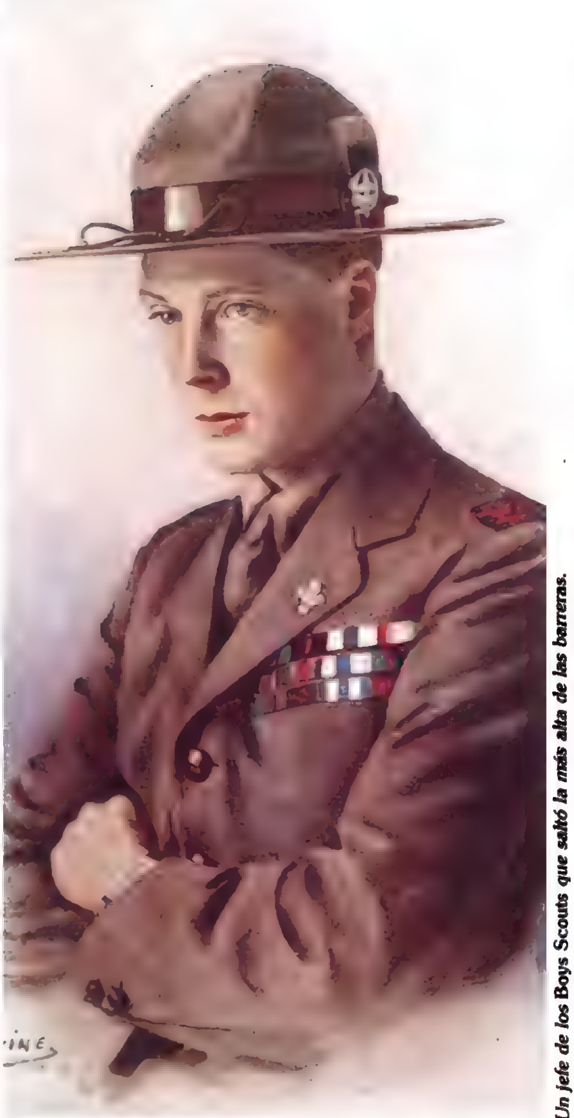
Fijarse en mujeres casadas podía constituir una forma cómoda y segura para un futuro rey de disfrutar de sus aventuras sentimentales; pero también una desastrosa estrategia si, en lugar de simple diversión, el príncipe heredero estuviese buscando esposa. Este último parece haber sido el caso de Eduardo, que ya había sido rechazado por la señora Ward (Mary Birkin de soltera) cuando le propuso matrimonio. Esta inteligente dama debió ser muy consciente de que, en la Gran Bretaña de entonces, acceder al corazón real con los ojos puestos en el matrimonio era una victoria pírrica, dada la firme oposición que el *stablishment* presentaba al divorcio.

Aunque constitucionalmente el rey podía casarse con la mujer que quisiera, siempre que no fuera católica (como era el caso de Thelma Furness), la Iglesia anglicana era opuesta al divorcio. Y el rey, como defensor de la fe, era el jefe titular de la Iglesia de Inglaterra y estaba obligado a asumir sus directrices. En tiempos de Eduardo VII, ninguna persona divorciada era admitida en la corte. En tiempos de Jorge V esta situación se había atenuado considerablemente, como consecuencia del gran número de divorcios con que se saldaron los numerosos matrimonios contraídos apresuradamente durante la guerra. De este modo las víctimas del divorcio eran admitidas en la corte, pero la parte culpable aún permanecía no sólo alejada de palacio sino también de los puestos públicos y relegada a una especie de limbo social. La aristocracia británica, a imitación de la actitud que tanto en público como en privado debían adoptar los reyes, era enormemente firme e intransigente en este punto.

Eduardo VIII y la señora Simpson

La familia real y la monarquía son instituciones de gran peso y popularidad en la vida británica. La abdicación de Eduardo VIII fue «un mazazo» para buena parte del país. En el centro, el nombre del nuevo rey, Jorge VI, es añadido a la lista de monarcas que exhibe un restaurante de postín londinense. A la derecha, ilustración de la revista Vanity Fair *en la que se ve al príncipe de Gales ataviado con el uniforme de Jefe de los* Boys Scouts. *La gente cantaba una cancioncilla que decía: «Bailé con una muchacha que bailó con un muchacho que bailó con una muchacha que bailó con el príncipe de Gales». El príncipe era el símbolo de toda una generación.*





Un jefe de los Boys Scouts que saltó la más alta de las barreras.

Para cualquier casamiento real con ribetes anómalos existía, además, otro obstáculo. Según el Estatuto de Westminster, sancionado en 1931, el Parlamento imperial dejaba de tener soberanía sobre los Dominios. Estos quedaban simbólicamente unidos por medio de la Corona inglesa, que los cobijaba a todos. Cualquier matrimonio real debía, pues, ser consultado a los Dominios.

Pero quizás el peor enemigo de un matrimonio irregular del príncipe heredero era el propio gobierno británico. Y casamiento irregular era casi todo aquel que no se contrajera con jóvenes solteras de la nobleza inglesa o escocesa. Los factores personales eran muy importantes en este terreno. Como por ejemplo la peculiar sensibilidad de la esposa del primer ministro Stanley Baldwin, cuyo legendario puritanismo no le había impedido traer al mundo cuatro hijos, a quienes había engendrado, según explicó, «cerrando los ojos y pensando en Inglaterra». O el conservadurismo del propio primer ministro, no muy inferior al de su esposa.

Una pregunta premonitoria

Cuando en 1924 el joven príncipe de Gales desembarcó del *Berengaria* y puso el pie sobre los muelles de Nueva York, fue inmediatamente rodeado por un enjambre de periodistas que le ametrallaron con todo tipo de preguntas. Cosas tales como qué corbatas y calcetines usaba, si le gustaba América, qué se proponía hacer y otras candentes cuestiones. Pero una joven que se destacó de entre sus compañeros le planteó una pregunta que había de quedar grabada en su mente: «¿Se casaría usted con una muchacha norteamericana si se enamorara usted de ella?». Las carcajadas de los demás reporteros y las risas un tanto desdeñosas de sus acompañantes británicos amortiguaron la respuesta afirmativa del príncipe.

Sin embargo, Eduardo volvería a su país enamorado no de una muchacha norteamericana en concreto, pero sí muy inclinado hacia la mujer norteamericana en general.

Siete años después, la pregunta cobraría todo su valor premonitorio, porque aquel invierno de 1931, en una mansión del condado de Leicester, Eduardo conoció a Wallis Warfield Simpson.

Ella era una norteamericana de Baltimore que, antes de casarse con Ernest Simpson lo había hecho otra vez anteriormente y que se había pasado la vida luchando duramente por dos objetivos: un amor para toda la vida y el nivel social que ella y su madre habían perdido el día en que su padre murió de forma prematura. Si ello era posible, tampoco desdeñaría

En un palco de honor del hipódromo parisiense de Longchamp, los ya duques de Windsor asisten a una carrera de caballos en compañía de una amiga. Abajo, la duquesa-esposa de ex rey, ataviada con uniforme, ayuda a la expedición de paquetes navideños para los soldados aliados del frente europeo, durante la Segunda Guerra Mundial.

superar ese nivel. Con una compleja y rica vida sentimental a sus espaldas, Wallis era, a sus treinta y cinco años, una mujer de mundo que había viajado, había conocido el fracaso y era muy consciente de que las verdaderas oportunidades se presentan muy de vez en cuando y, cuando lo hacen, es preciso atraparlas al vuelo.

En cuanto a Mr. Simpson, se trataba de otro norteamericano trasplantado a la Gran Bretaña —más concretamente a la *City* londinense— con tanto éxito que, al cabo de algunos años, no sólo se sentía sino que *era* más británico que el más recalcitrante súbdito de Su Majestad. Era el tipo de caballero incapaz de abandonar su casa sin su sombrero hongo, su paraguas y su maletín, aún cuando su casa se estuviera quemando. Y no se trata de una metáfora, sino de un ejemplo sacado de la vida real de Mr. Simpson. Su papel en toda esta historia es sin duda el más desairado, pero, en honor a la verdad, hay que decir que acertó a llevarlo con una entereza y una rectitud que no suelen darse ni siquiera en los libros escritos por caballeros británicos y que dice mucho en favor de los viejos ideales caballerescos de la Inglaterra que Mr. Simpson adoptó como su verdadera patria.





Los duques de Windsor en el hipódromo de Longchamp.



La duquesa, vestida de uniforme, colabora durante la Segunda Guerra.

Un idilio que conmovió al mundo



Wallis aprovechó las primeras frases de circunstancias que intercambió con el príncipe de Gales para señalarse como una mujer franca, original y de gran naturalidad. El siguiente recuerdo que dejó en Eduardo proviene de cuando logró ser presentada a los reyes en el palacio de Buckingham. El príncipe, situado tras el trono dorado de sus padres, quedó sorprendido por la gracia de su porte y la dignidad de sus movimientos. Pero no sería hasta una cena que tuvo lugar en el Hotel Dorchester de Londres cuando Wallis se apuntase el tanto definitivo ante el príncipe de Gales. Este acababa de regresar del condado de York, donde había estado visitando clubes obreros en pueblos y aldeas. La conversación recayó sobre los proyectos que acariciaba el príncipe de crear un consejo de servicios sociales para la población desempleada y carente de recursos, que en aquellos momentos ascendía a más de dos millones y medio de obreros en la Gran Bretaña. Entre la gente de la buena sociedad un tema así sólo habría provocado exclamaciones de aburrimiento y desdén. Sin embargo, en aquella época, marcada por las terribles secuelas de la Gran Depresión, el príncipe Eduardo sentía un interés real por los asuntos sociales, y Wallis Simpson era la primera mujer que demostró no sólo estar interesada por dichos temas, sino también estar bien informada acerca de los mismos. Había leído lo que la prensa decía sobre los proyectos de Eduardo y quería saber aún más, por ejemplo, en qué consistía la jornada de trabajo de un príncipe. Eduardo apreciaba enormemente el que otras personas supiesen valorar la importancia de su trabajo, y más sabiendo que mucha gente minusvaloraba las labores que él solía realizar o las desconocía completamente.

Foto tomada el 16 de octubre de 1956 en la estación ferroviaria de Saint Lazare, en París, al regreso de los duques de Windsor de un viaje a Estados Unidos. El ex monarca británico saluda a la pequeña multitud congregada para recibirles, parisienses orgullosos de acogerles en la ciudad que ha sido calificada por muchos como «la capital del amor».

Es posible que fuese durante aquella larga noche, que en sus memorias Eduardo califica de inolvidable, cuando la amistad que sentía por la señora Simpson se convirtió en amor.

Eduardo y Wallis empezaron a verse cada vez con más frecuencia. Solían coincidir en algún apartamento londinense para cenar en compañía de amigos comunes o como huéspedes de fin de semana en alguna mansión en el campo. El siguiente paso fue dado por Eduardo al convertirse en visitante asiduo del piso que los Simpson poseían en Bryaston Court. Allí, el príncipe no sólo disfrutaba de una cocina que no dudaba en calificar como la mejor de Londres sino que podía cambiar abiertamente impresiones con diplomáticos, hombres de negocios extranjeros y mujeres inteligentes. La conversación en el hogar de los Simpson era, en palabras de Eduardo, «ingeniosa y rebosaba las nuevas ideas que burbujeaban furiosamente en el mundo de los Hitler, Mussolini, Stalin, el *New Deal* y Chiang Kai-shek».

Una real tormenta

En enero de 1936 la muerte de Jorge V lleva al príncipe de Gales al trono de sus mayores. En los seis primeros meses de su reinado, internacionalmente tensos tras la ocupación de Renania por los alemanes y las sanciones a Italia decididas por la moribunda Sociedad de Naciones, las relaciones entre Wallis y Eduardo no suscitaron grandes recelos, excepto entre los círculos eclesiásticos más cercanos a la Corte. Los fines de semana los pasaban juntos en Fort Belvedere, un encantador castillo situado dentro del bosque de Windsor, del que Eduardo había hecho su hogar. La presencia de Wallis en un par de cenas oficiales celebradas en York House, residencia oficial del rey en Londres, quedó debidamente registrada en la *Circular de la Corte*. «No iba con mi carácter el secreto ni el disimulo», dice el ex rey en sus memorias. «Nos veíamos siempre que podíamos. Su energía y su simpatía me apoyaban en mi soledad.»

En efecto, el rey no se recataba de mostrar públicamente su relación con Wallis. Aquel verano pasaron unas deliciosas vacaciones en la costa dálmata, a bordo de un yate escoltado por dos destructores de la Marina británica. En septiembre, Wallis fue invitada a Balmoral, residencia escocesa de la familia real desde los tiempos de Alberto y Victoria.

Como de costumbre, la tormenta no se produjo hasta que el verano hubo pasado. Tras el regreso del rey a Londres, Wallis se trasladó a Ipswich, en cuyo tribunal debía verse su caso de divorcio. La prensa norteamericana se enteró al instante y dedujo que Wallis se casaría con el rey tan pronto como se viese libre de su vínculo legal con el señor Simpson. El rey, por su parte, obtuvo de dos grandes magnates de la prensa inglesa que ésta seguiría sin ocuparse del asunto. El gobierno británico, por su lado, se vio obligado a anotar en su agenda de preocupaciones —la Guerra Civil española, el corredor polaco, la libra esterlina, el presupuesto del Aire— una más: la vista de la causa de divorcio de los Simpson ante el tribunal de Ipswich.



La pareja acabó siendo el símbolo del matrimonio por amor.



El 27 de octubre, dicho juzgado concedió un decreto *nisi* (expresión latina equivalente a nuestro «a menos que»). Según la ley inglesa, este decreto era la primera de las dos etapas necesarias para obtener un divorcio absoluto. Entre ambas etapas debía mediar un período de seis meses, lo que suponía que Wallis no podría volver a casarse hasta fines de abril de 1937.

Y la fecha de la coronación de Eduardo estaba prevista para el 12 de mayo de aquel año.

El 3 de noviembre, con ocasión de la solemne apertura del período de sesiones del Parlamento, el rey pronunció el Graciosísimo Discurso del trono, en el que declaraba «solemne y sinceramente en presencia de Dios» que era un fiel protestante y que «defendería y mantendría los preceptos que aseguran la sucesión protestante al Trono del mejor modo posible, de acuerdo con la ley».

Un problema de Estado

Un amigo le propuso al rey, y éste a Wallis, la idea de un matrimonio morganático. En este tipo de casamiento, no del todo infrecuente entre las familias reales europeas, la esposa no tiene el rango social del marido y los hijos carecen del derecho de sucesión a las dignidades del padre, aunque no a su fortuna particular. El último matrimonio de esta índole en la familia real inglesa había tenido lugar más de noventa años antes. Pese al consejo en contra de otros amigos del monarca, el asunto fue sometido a la consideración del gabinete, que aceptó traspasar la cuestión a los Dominios, cuya opinión era vinculante para el soberano. Los términos en que fue redactada la pregunta («¿Recomienda usted que el rey se case morganáticamente? O, si el rey insiste en casarse, ¿recomienda usted la abdicación?») eran bastante significativos de la respuesta que deseaba Mr. Baldwin.

El rey no estaba constitucionalmente obligado a aceptar el consejo de sus ministros, pero, si lo rechazaba, el gabinete dimitiría, y el monarca tendría que tratar de formar otro gobierno con elementos de la oposición, paso que, con toda probabilidad, provocaría unas elecciones generales. Tanto Clement Attlee, jefe del partido laborista, como Archibald Sinclair, jefe de fila de los liberales, apoyaban a Baldwin en esta cuestión. Si el rey provocaba la dimisión del gabinete no hallaría otro modo de formar gobierno que el recurrir a la formación de un cuarto partido, el partido del rey, lo que rompería el equilibrio de poder existente y divi-

diría peligrosamente a la nación. La actitud del monarca fue en este punto sumamente escrupulosa, negándose a respaldar toda iniciativa tendente a dar un vuelco a la situación.

El pacto de silencio fue roto por la prensa cuando el gabinete desaconsejó al rey el matrimonio morganático. Wallis, que había huido de incógnito a Francia, fue descubierta y asediada en su villa de Cannes por los reporteros y una multitud de curiosos. Otro tanto le ocurrió al rey en Fort Belvedere. La prensa británica fue extremadamente dura con Wallis, pero tampoco Eduardo se libró de los ataques. «Toda mi vida había sido la arcilla pasiva de la que la prensa hizo entusiásticamente la imagen consabida del príncipe encantador. Ahora viraba en redondo y se inclinaba a demoler al hombre de carne y hueso que había estado allí siempre.»

Aunque el soberano se sentía apoyado por parte de la prensa y de sus súbditos —pequeñas multitudes se agolpan todos los días frente a los palacios de Buckingham y San Jaime y ante el 10 de Downing Street—, el primer ministro planteó en los Comunes que no quedaban más alternativas que la abdicación del rey o la dimisión del gabinete. Winston Churchill, que apoyaba al monarca, se enfrentó solo a la Cámara y fue abucheado. El primer ministro y varios amigos del rey hicieron un último esfuerzo para impedir la abdicación y presionaron a Wallis para que renunciara a Eduardo. Pero el rey descubrió el complot y aseguró a Wallis que la abdicación era un hecho consumado: si ella escapaba, él la seguiría hasta el fin del mundo.

El 10 de diciembre se firmó el acta de abdicación. El amor había triunfado sobre las exigencias familiares, sociales y políticas.

Su hermano Bertie, que había de sucederle con el nombre de Jorge VI, le propuso tomar el nombre de la familia, Windsor, y un título de idéntico rango al de sus otros dos hermanos, los duques de Gloucester y Kent. Tras despedirse de sus ex súbditos en una alocución radiada desde el castillo de Windsor, el duque marcha al extranjero. En una casa de campo que los Rothschild poseen cerca de Viena, esperará a que el divorcio de Wallis se consume. Luego se casaría con ella.

Y así, a bordo de un destructor de la Marina británica, daba comienzo una nueva vida para el que había sido rey de Inglaterra durante casi un año. Una vida no por desahogada menos errante que la de cualquier vagabundo.

J. G. C.

Bibliografía básica

La vida de un rey. Memorias del duque de Windsor, Grijalbo. Barcelona, 1971.

MARTIN, R. G.: *La mujer que el rey amó*, Pomaire. Barcelona, 1975.

En la página opuesta, cuadro oficial de la nueva familia real del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte: el hermano de Eduardo VIII, convertido en el nuevo monarca, Jorge VI, acompañado de su esposa y sus hijas Margarita e Isabel, reina de Inglaterra desde el 2 de junio de 1953, con el nombre de Isabel II. Bajo estas líneas, tropas de la Royal Air Force (RAF) rinden honores militares al féretro del duque de Windsor, a la llegada de los restos mortales del ex rey a Gran Bretaña para recibir sepultura en tierra inglesa, tras su fallecimiento en París, en 1972.



Gran Bretaña no había perdonado su abandono, pero rindió honores al féretro con sus restos mortales.

JOHN MAYNARD KEYNES, LA REVOLUCION EN LA ECONOMIA

HAN pasado casi cincuenta años desde la aparición en 1936 de la Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero, *de John Maynard Keynes. Medio siglo en el que dos generaciones de economistas han confirmado en sus teorías y en sus libros de texto la huella indeleble que Keynes ha dejado en la ciencia económica. Huella parangonable a la dejada por la* Riqueza de las Naciones, *de Adam Smith, o los* Principios de Economía Política y Tributación, *de David Ricardo.*

En aquel año estallaron dos revoluciones: una sangrienta, la Guerra Civil española, preludio de la Segunda Gran Guerra, y otra incruenta, la teoría keynesiana, destinada a conducir a la sociedad de posguerra a unas cotas de desarrollo económico jamás conocidas.

Rafael de Juan, profesor de Estructura económica en la Universidad de Barcelona, es el autor del siguiente artículo.

Keynes contrajo matrimonio con la bailarina rusa Lydia Lopokova en 1925. Esta formaba parte de los prestigiosos ballets de Sergei Diaghilev, hablaba bastante bien el castellano y era admirada por el pintor Pablo Picasso, que había hecho varios de los decorados de los ballets de Diaghilev y le había dedicado a Lydia el apunte escénico que aparece en la ilustración de la página siguiente. En 1930 el matrimonio Keynes visitó España, y Lydia sirvió de intérprete a su marido.



John Maynard Keynes y su esposa Lydia Lopokova.



Keynes y Cambridge

El nombre de Keynes está íntimamente ligado al de la Universidad de Cambridge. John Maynard Keynes había nacido en Cambridge el 5 de junio de 1883; su padre, John Neville Keynes —destacado economista y autor de un tratado ya clásico sobre metodología económica— fue profesor y archivero de dicha universidad, y su madre llegó a ocupar puestos importantes en la misma ciudad.

El autor de la *Teoría General* se educará en Eton y en el King's College de Cambridge, llegando a la temprana edad de 22 años a la presidencia de la Cambridge Union. Después de dos años en la India Office, retornará a esta universidad como becario y profesor. Joseph A. Schumpeter —magistral historiador de la economía y uno de sus primeros biógrafos— recuerda al Keynes de aquel entonces como «un profesor de constitución enjuta, aspecto ascético y mirada ardiente, un hombre reconcentrado y profundamente serio, un hombre conmovido por una impaciencia reprimida, un polemista formidable a quien nadie podía ignorar, respetado por todos y estimado por muchos».

En Cambridge tuvo como profesores a Alfred Marshall y a A. Cecil Pigou, los más destacados economistas de la época en el Reino Unido; en Cambridge se relacionó con hombres como Whitehead, Bertrand Russell y W. E. Johnson; en Cambridge contó con colaboradores tan destacados como Joan Robinson, James Mead, Richard Kahn y Roy Harrod, quienes —según testimonio de John Hicks, Nobel de Economía, y el que más haría por la popularización del keynesianismo— tuvieron, todos ellos, alguna participación en la construcción de la *Teoría General.*

De Marshall, alma y corazón de aquel Cambridge de principios de siglo, recibió el impulso para interesarse por el dinero y la banca, así como la primera inspiración para rechazar la sacrosanta ley de Say —«la oferta crea su propia demanda»—, lo que le permitirá elaborar su genial teoría sobre el desempleo. Keynes buscó la solución a los problemas de su tiempo con una mezcla de radicalismo comedido y de ortodoxia generosa, pero siempre desde su enclave en la tradición cambriana.

El grupo de Bloomsbury

La biografía de Keynes es extraordinariamente rica en amistades, cargos, aficiones y contrastes. Si Cambridge es el Keynes respetuoso con la tradición clásica encarnada en A. Marshall, Bloomsbury representa al Keynes

«El capitalismo internacional e individualista de los años treinta no constituía ningún éxito. No era inteligente, ni virtuoso, ni justo, ni capaz de proporcionar los bienes y servicios que necesitamos. Pero, cuando nos preguntamos cómo reemplazarlo, nos domina la perplejidad», escribía John Maynard Keynes, el economista británico cuya obra domina todo el segundo tercio del siglo XX. *En la foto, el matrimonio Keynes, ya con el título de lord, a su llegada a Londres procedente de un viaje académico a Estados Unidos. Su aspecto es similar al de cualquier matrimonio inglés de clase media. Moralista y demócrata, Keynes nunca aceptó construirse «torres de marfil» por encima de sus conciudadanos. El pensamiento económico de John Maynard Keynes fue consecuencia de la más pura tradición democrática británica, cuya vida política se alternaba entre las ideas de un conservadurismo no cerril ni reaccionario y las del socialismo fabiano, moderado y posibilista. Especulador, tanto en el intelecto como en la* City *londinense; funcionario de ocasión; jugador de* bridge*; interesado por las cuestiones políticas, no era un político; apasionado por los problemas prácticos, era capaz de disfrutar de las sutilezas de la lógica. Según Schumpeter, fue largamente feliz porque supo comprenderse a sí mismo. Virginia Woolf le describió como un hermafrodita mental... Le caben tantos calificativos como rica fue su vida en ocupaciones y preocupaciones. En la abadía de Westminster reposan, desde abril de 1946, los restos mortales de quien alcanzó el título de* lord, *barón de Tilton, y el reconocimiento universal de ser uno de los grandes pensadores de nuestro siglo.*

rebelde, con resabios de ácrata y fulgores de radical.

El grupo Bloomsbury inicia su andadura en 1905, aunque su embrión intelectual está presente en la sociedad semisecreta Los Apóstoles, formada por estudiantes del Trinity College de Cambridge poco antes de terminar el siglo. Al grupo pertenecieron los más brillantes y significados pensadores, artistas e, incluso, políticos ingleses de la época: pintores como Vanessa Bell, Roger Fry y Duncan Grant; políticos como Leonard Woolf; escritores como Lytton Strachey, E. M. Forster, David Garnett y Virginia Woolf; economistas como J. M. Keynes. No deja de sorprender que dos de sus más significados miembros, Keynes y Virginia Woolf, pese a contarse entre los fundadores, se negaran a considerarse miembros efectivos del mismo.

El grupo conoce su apoteosis en los años veinte, superando las profundas heridas dejadas por la Primera Guerra. La frivolidad en que el grupo degeneró al enjuiciar los acontecimientos europeos, en especial la ascensión del fascismo, lo hirió de muerte. Fue como si estallara una campana de cristal y sus fragmentos conocieran la ilusión de efímeros centelleos. Cuando aparece la *Teoría General*, el grupo era sólo una sombra, un recuerdo, un fenómeno intelectual digno de análisis.

La militancia —efectiva o afectiva— de Keynes en el grupo dejó huella en su vida y en su obra. En la primera, amén de su probada homosexualidad, una concepción moral basada en valores como la magnanimidad, el placer de las relaciones personales y el disfrute de la belleza, allí donde ésta apuntase. Los *Principia Ethica* de G. E. Moore fue el catecismo de Keynes y demás compañeros del grupo. Poco después de la publicación de la *Teoría General*, reconoce Keynes su deuda, recordando la publicación de los *Principia* como «el comienzo de un nuevo renacimiento», cuyo «efecto sobre nosotros dominó, y quizá sigue dominando, todo lo demás».

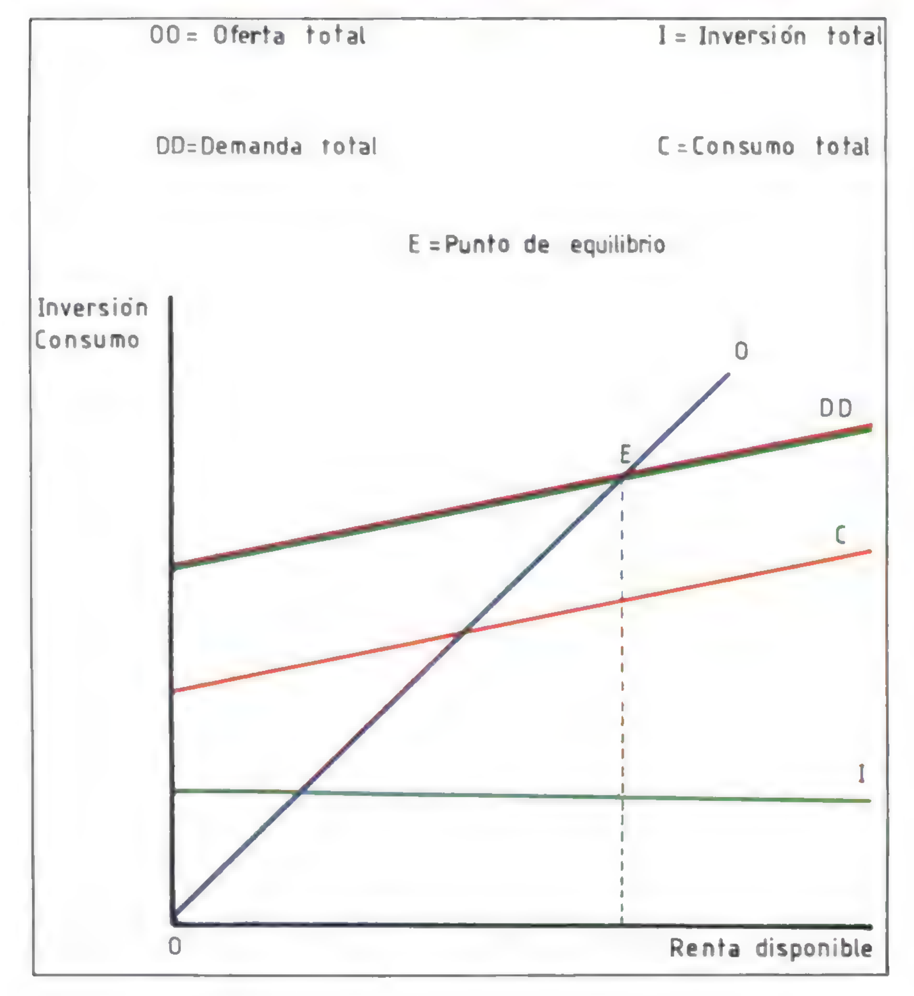
Y en su obra, la impronta de Bloomsbury se deja sentir con notable intensidad en la preocupación keynesiana por los problemas sociales y económicos inmediatos, los del presente o, en lenguaje más académico, por los de corto plazo. La decadencia del keynesianismo coincidirá con el resurgimiento de una conciencia abierta a nuevos y más amplios horizontes temporales de los problemas económicos.

En 1936 es posible aún percibir las cicatrices de las graves heridas causadas por el *crack* del 29, a pesar de que el programa económico puesto en práctica por la administración Roosevelt —*New Deal*— en 1933, y que se considera un instintivo anticipo de las ideas keyne-

Keynes fue matemático por vocación y economista por afortunado accidente. A pesar de ello, apenas empleó las matemáticas en sus obras de economía, lo que ha dado pie a especulaciones sobre su aversión al empleo de las mismas en el tratamiento teórico de los problemas económicos. De hecho, en la Teoría General *solamente en una ocasión acude a la ilustración geométrica. Sin embargo, sus epígonos no han dudado en emplear masivamente diagramas como el de la figura para esclarecer los contenidos de la* Teoría General.



Dibujo de la esposa de Keynes realizado por Picasso.



sianas, ya había hecho sentir su benéfico influjo.

Y de entre esas cicatrices, la del paro es la que más atemoriza. No es posible entender la *Teoría General* sin tener presente en todo momento la obsesión por este problema, que pone en evidencia la fragilidad de la teoría económica vigente en esos momentos. Keynes no duda en afirmar: «En verdad, el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida —y en mi opinión, inevitablemente— al capitalismo individualista de estos tiempos; pero puede ser posible que la enfermedad se cure por medio de un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficacia y la libertad».

En este marco de preocupación por las insoportables secuelas del desempleo, así como de salvaguardia de la libertad, amenazada tanto por el sistema soviético como por los aires nacionalfascistas que soplaban con fuerza en Centroeuropa, hemos de intentar comprender los esfuerzos y la genialidad de Keynes en su *Teoría General*.

La Teoría General

La aparición de la *Teoría General* —con palabras de Samuelson— «sorprendió a muchos economistas de menos de 35 años con la inusitada virulencia de una enfermedad que por primera vez atacase y diezmase una isla de los mares del Sur». ¿Qué significaba, en realidad esta obra? No era un huracán que destruye lo establecido para terminar disipándose en el mar de las misiones cumplidas; tampoco una revolución que alcanza a dividir la historia en etapas, por más que así lo han pretendido algunos estudiosos. Fue como una lluvia de viejos conceptos con original acuñación, de nuevas herramientas de análisis de gran facilidad de manejo; como una brisa que consigue renovar el aire viciado de una teoría económica cerrada en sí misma, alejada de los problemas concretos, atemorizada ante los cambios.

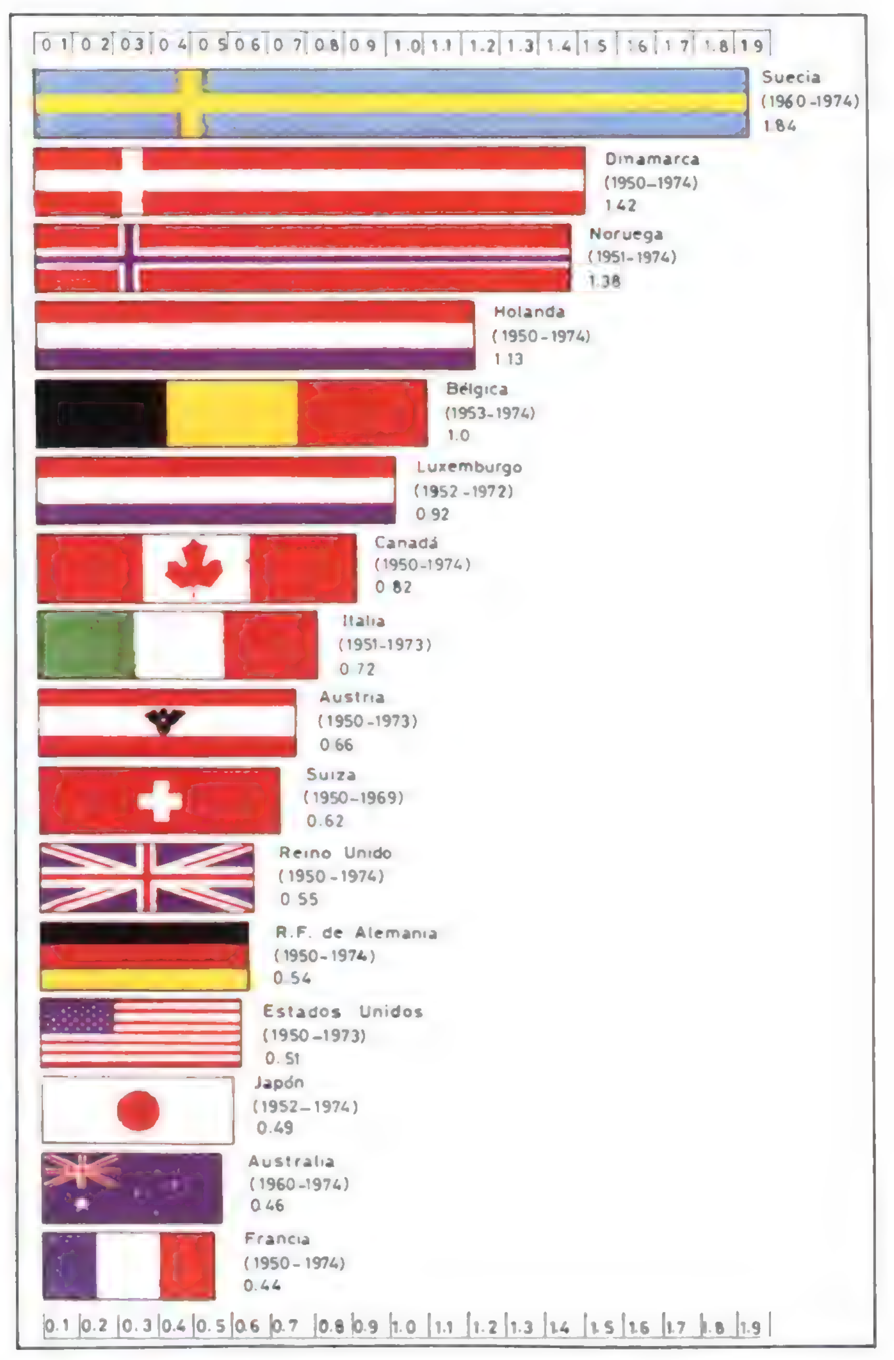
El mismo Keynes confirma en el breve Prefacio a la obra la desgracia en que ha caído la economía ortodoxa, y no tanto por la falta de consistencia lógica en la superestructura, cuanto por la falta de claridad de sus premisas. Y poco después se reafirma en su propósito de estudiar «las fuerzas que determinan los cambios en la escala de producción y de ocupación como un todo; y ... opino que el dinero entra en el sistema económico de una manera esencial y especial...».

Dos grandes innovaciones introduce la *Teoría General* en el ámbito de la ciencia económica: la posibilidad de un desequilibrio persistente en el sistema, y la necesidad de un enfoque totalizador, sin perder la sencillez, de cuantas fuerzas determinan las principales variables económicas. En el primer caso, la existencia del dinero, que sirve no sólo de instrumento de intercambio, sino que constituye un valor en sí mismo, actúa como posible factor desestabilizador. Los mecanismos autocorrectores, cuando los hay, no siempre son suficientes, bien por insuficiencia de información, bien por lentitud de actuación. Estos hechos dan lugar a lo que Keynes denomina *preferencia por la liquidez* por parte de los sujetos económicos (fenómeno similar a lo que los clásicos entendían por *ate-*

1936

John Maynard Keynes, la revolución en la economía

Tras la Segunda Guerra Mundial, las teorías keynesianas comienzan su paseo triunfal por universidades y textos académicos, el incremento de los índices de participación del Estado en la economía ha sido ininterrumpido. Y lo que es aún más sorprendente: se convierten en un signo inequívoco de sociedad avanzada. Con la crisis actual vuelven a ser cuestionables las ventajas de esa injerencia estatal.



Participación del gasto público en el crecimiento medio estimado de la renta nacional.

soramiento), y a la gestación de las *expectativas,* sobre todo en el estamento empresarial. Keynes se decanta hacia lo que llamaba «leyes psicológicas», dando entrada a los comportamientos, algo que había aprendido en los *Principia* de Moore, y muy acorde con la tradición empirista inglesa.

Aceptado el desequilibrio no sólo como un hecho real, sino como una persistente amenaza potencial, sólo una visión conjunta del sistema económico puede hacer frente al reto. Las principales medidas diseñadas por Keynes se articulan en torno a lo que denominó *demanda efectiva:* punto de intersección de la función de demanda global con la función de oferta global; ésta, nos dice, «es la esencia de la teoría general de la ocupación». A través de la demanda efectiva, el Estado se introduce en la economía como un agente de primera magnitud y por derecho propio.

Keynes fue un científico de contrastes, tanto en sus acciones como en sus escritos. Con respecto a estos últimos, sorprende encontrar la austera sencillez de su Teoría General *junto con la sentida emotividad de las páginas que escribió sobre su maestro Alfred Marshall, sin duda las más bellas de su extensa producción científica. Y en ellas, y recordando a su maestro y a las secuelas de la crisis del 29, escribe: «De la metafísica pasé a la ética, y creí que a través de ésta sería difícil justificar las condiciones existentes en la sociedad... Entonces me dediqué a visitar durante mis vacaciones los barrios más pobres de diversas ciudades, reconociendo una calle tras otra, y observando los rostros de las gentes más pobres. Después decidí estudiar tan a fondo como me fuera posible la economía política». Ese era Marshall, y así le recordaba su más aventajado discípulo. Estas imágenes están en el transfondo de la* Teoría General.

El Estado keynesiano

Keynes da carpetazo al Estado gendarme de los clásicos y al sistema económico fundado en el *laissez-faire.* El Estado debe intervenir, y así lo expresa en las notas finales de la *Teoría General:* «El Estado tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través de su sistema de impuestos, fijando la tasa de interés, y quizá, por otros medios... Creo, por tanto, que una *socialización bastante completa* de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena... No se aboga francamente por un sistema de socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que conviene al Estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde... Los sistemas de los estados totalitarios de la actualidad parecen resolver el problema de la desocupación a expensas de la eficacia y la libertad».

Toda la política del gasto público, su volumen, composición y financiación, que constituye uno de los pilares sobre los que se asienta la *Teoría General,* lleva explícita la actuación de los gobiernos en los sectores claves de la economía. Las dimensiones reales de esta actividad pública con respecto al sistema global dependerá de las opciones políticas, pero queda ya fuera de toda discusión no sólo la legitimidad, sino también la necesidad de esa actuación más allá de cualquier ideología.

El mensaje keynesiano para un mundo en crisis

Si es que ha existido una era keynesiana, ya ha pasado. Los modelos económicos de desa-



Paro para unos y horarios imposibles para otros.



El Plan Marshall, una ayuda para la Europa de la posguerra.

rrollo, por ejemplo, en los que se concentraron los talentos de muchos economistas en los años cincuenta y sesenta al arrimo de lo que Garaudy llama «el fetiche keynesiano del crecimiento», no sólo no han servido para suavizar las tensiones entre las naciones y los bloques mediante la atenuación de las disparidades, sino que han sido utilizados por los grupos privilegiados de los países subdesarrollados —fuertemente representados en los gobiernos respectivos— para justificar políticas económicas injustas. «¡Trágico desatino!», gritará Raúl Prebisch, uno de los más antiguos y tenaces valedores del ancho mundo de la miseria.

No se puede cargar sobre Keynes cuanto los keynesianos han erigido o especulado a la sombra del genio de su maestro y guía. Tan difícil es establecer una delimitación de pensamiento entre Keynes y los keynesianos, como injusto sería tentar una secuencia lógica.

La tentación de bucear en la obra keynesiana en busca de una respuesta a la actual crisis es tan comprensible como inconsistente. Comprensible en la medida en que su éxito ante el drama de los años treinta sugiere intentar repetirlo saltando por encima del río de la historia. Inconsistente por cuanto contradice la misma labor de Keynes, volcada al presente por mor de la eficacia que no de la irresponsabilidad. Keynes fue ese hombre que encuentra la respuesta adecuada a los acuciantes problemas del momento y le da forma convincente, por seductora, para llevarla a la práctica.

La obra de Keynes no sirvió para evitar la guerra, pero fue utilizada en la reconstrucción. Keynes fue el mascarón de proa de un navío que, arrastrado por una nueva generación de economistas libres del dogma clásico, elucubraron nuevas teorías y elaboraron nuevos instrumentos de intervención para un mundo que aceleraba el cambio. El miedo al futuro motivó a Keynes para entregarse al presente.

En todo caso, sigue siendo ejemplar, es decir, eficaz y permanente, su actitud ante la ciencia convencional y académica. Según reza al final del Prefacio de su *Teoría General:* «He tratado de escapar a las formas habituales de expresión y de pensamiento... La dificultad reside no en las ideas nuevas, sino en rehuir las viejas que entran de rondón hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas, como la mayoría de nosotros». Keynes no es la medicina para nuestra crisis, pero sí un admirable ejemplar de médico.

R. de J.

Bibliografía básica

KEYNES, J. M.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* Fondo de Cultura Económica. México, 1943.
BELL, Q.: *El grupo Bloomsbury,* Taurus. Madrid, 1976.
HICKS, J.: *La crisis de la economía keynesiana,* Labor. Barcelona, 1976.
LEIJONHUFVUD, A.: *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana,* Vicens-Vives. Barcelona, 1976.
LEKACHMAN, R.: *La era keynesiana,* Alianza. Madrid, 1970.
SCHUMPETER, J., A.: *Diez grandes economistas. De Marx a Keynes,* Alianza. Madrid, 1967.
SKIDELSKY, R.: *El fin de la era keynesiana,* Laia. Barcelona, 1982.

Keynes fue el genio que encaró con sorprendente lucidez las consecuencias económicas de las dos grandes guerras. En la primera, acudió a la Conferencia de Paz de París como representante financiero del Tesoro inglés. Acabará dimitiendo ante la imposibilidad de conseguir «un tratado justo y prudente», y quedar así con las manos libres para su dura denuncia del acuerdo de Versalles, lo que hizo en su obra Las consecuencias económicas de la paz *(1919). En la segunda, su éxito fue mayor, aunque no total. Tuvo escaso eco en la Conferencia de* Bretton Woods *(1944), no así en las ideas que guiaron la reconstrucción de Europa, fruto de la asunción de las ideas keynesianas, sobre todo por colegas y políticos del otro lado del Atlántico. La* Ley general sobre el Empleo *(1946) y el* Plan Marshall *(1947) son el reconocimiento explícito de la bondad de sus teorías. En la fotografía, llegada a Francia del primer buque estadounidense del Plan Marshall, ayuda que los norteamericanos utilizaron para controlar diversos sectores de la economía europea.*

Dibujo realizado por García Lorca.

FEDERICO GARCIA LORCA



Retrato del poeta granadino.

La poesía y la realidad

García Lorca se definió a sí mismo como «vidista». Fue el único «ista» que se aplicó, el que indicaba su amor a la vida, su ansia de vida. La vida como fuente constante de inspiración poética. Porque Federico partía siempre de una realidad vivida cuando componía sus obras, y él mismo llegó a afirmar que todos los personajes que aparecen en su poesía y en su teatro eran reales, habían existido. Y eso es cierto, aunque aparezcan en el papel o en la escena poetizados, envueltos en el misterio y en la magia que el autor les dio en la obra.

El ojo del poeta percibía la realidad, y la mente del poeta convertía esa realidad en arte. Teniendo en cuenta el «vidismo» de Lorca y su inigualable capacidad para la captación del misterio de las cosas, es decir, de la poesía de las cosas, no es extraño que mantuviese durante toda su vida una actividad infatigable; que afirmarse estar trabajando al mismo tiempo en cinco o seis obras (muchas de las cuales nunca llegaría a escribir; para él, trabajar en una obra consistía en madurarla mentalmente), y que siempre rebosase una alegría imparable y contagiosa. Incluso cuando atravesó por el período más triste y desagradable de su vida, desde la primavera de 1928 hasta su viaje a Nueva York en la primavera del año siguiente, Federico invocaría «la cantidad de alegría que Dios me ha dado», para justificar su superación. Pensaba que tenía el deber de ser alegre y no sucumbió ante su crisis sentimental.

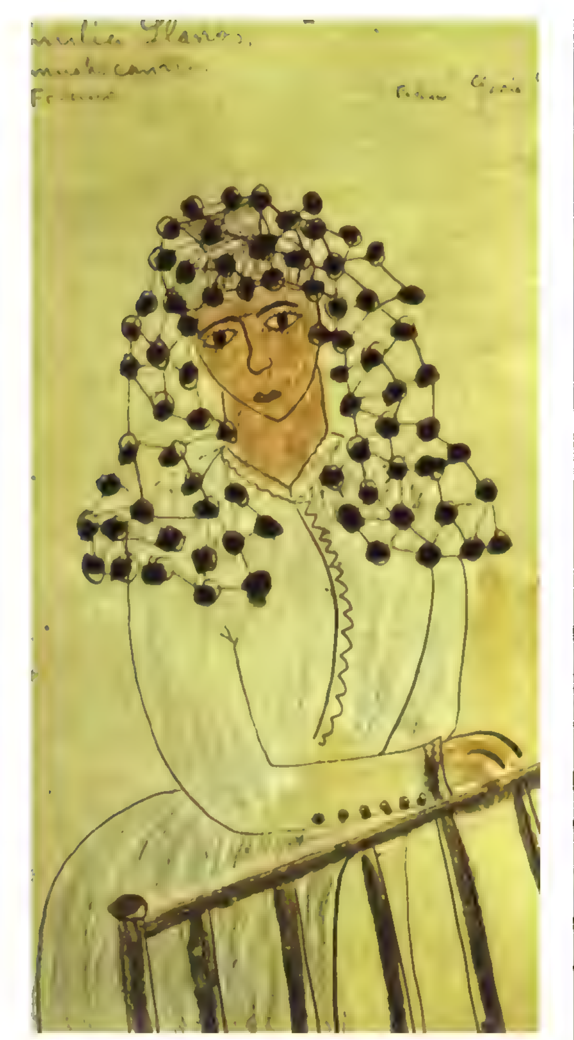
García Lorca llegó a la poesía en el momento justo: ni prematura ni tardíamente. Se acercó a la poesía cuando comprendió que era el único vehículo posible para transmitir su visión poética del mundo; o su visión dramática, que, en su caso, viene a ser lo mismo, pues para él los personajes de una obra de teatro deben llevar «un traje de poesía, y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre». No es posible establecer una diferencia entre poesía y realidad; como tampoco es posible analizar separadamente la poesía y el teatro de Lorca, o sus dramas en verso y aquellos en que mezcla verso y prosa... García Lorca utilizaba en cada momento la forma de expresión coincidente

Todos los biógrafos y cuantos conocieron a Federico García Lorca coinciden en resaltar el excepcional «calor humano» que emanaba su persona y su exquisita sensibilidad siempre a flor de piel, captadora de cualquier rasgo de belleza, de cualquier sentimiento, de cualquier sufrimiento. «Federico» fue un gran poeta que supo seguir siendo un niño a pesar de hacerse hombre. Artista integral, escribía, representaba, dibujaba, diseñaba trajes y decorados, componía y tocaba instrumentos musicales, etc. Su vida era como un poema, y su alegría o tristeza contagiaban a todos aquellos que le rodeaban. En las ilustraciones, un retrato del poeta en medio de dos dibujos suyos.

«LA poesía existe en todas las cosas, en lo feo, en lo hermoso, en lo repugnante; lo difícil es saberla descubrir, despertar los lagos profundos del alma.»

Federico García Lorca lo consiguió. Descubrió la poesía en todo lo que había a su alrededor; todo parecía despertar los lagos profundos de su alma. Y esto fue así desde siempre. En la obra de García Lorca están presentes los sucesos, las visiones y los sentimientos de su infancia; la música, los romances, los profesores y los parientes, los sonidos: el agua de los ríos y de las fuentes, «la vida apasionada y los martirios del agua». El viento cantando entre los chopos... Federico cantando con el viento. Cantando siempre, riendo, hablando, jugando. «La felicidad era su piel», dijo Neruda. Y es que la infancia, sobre todo, pero también la adolescencia de Federico, fueron dos etapas prolongadas y alegres de su vida que moldearon su personalidad jubilosa y que corren como un hilo conductor, unas veces visible y otras casi oculto, a través de toda su obra.

Pedro Sánchez Palencia, poeta y escritor, es el autor de este artículo.



Dibujo realizado por García Lorca.

con su visión poética. No era un «poeta lírico» que tanteaba el teatro, como afirmó Manuel Machado en la crítica que realizó tras el estreno de la primera obra de Federico *(El maleficio de la mariposa)*, en el teatro Eslava, de Madrid, el 22 de marzo de 1920. La obra era una simple dramatización de uno de sus «poemas de animales», y carecía de una estructura escénica aceptable, como debió reconocer el propio autor cuando, unos días antes del estreno, intentó que la obra no llegase a representarse. Sin embargo, incluso en esta obra podía apreciarse ya la inspiración dramática y el instinto teatral de Lorca.

La inspiración y el estilo

Del mismo modo, en su otra obra de adolescencia (dejando al margen su primer libro, *Impresiones y paisajes*, publicado en 1918 y compuesto por artículos escritos en prosa poética durante las «excursiones artísticas» que realizó en 1916), *Libro de poemas* (su primer libro de poesías, publicado en 1921), está ya contenido su mundo poético, así como los símbolos y la intensidad metafórica, que Lorca va a desarrollar más adelante. Se puede decir que Federico encontró su «lenguaje poético» desde el momento en que, en 1917, sustituyó su afición exclusiva y absorbente a la música por su dedicación entusiasta a la poesía.

Su obra es, pues, un todo, y quizá la única separación que cabría establecer sería la del proceso de elaboración por el autor; es decir, en sus tres primeras obras *(Impresiones y paisajes, El maleficio de la mariposa* y *Libro de poemas)* la inspiración brota a raudales al contacto con los lugares, las plantas, los insectos, la vida del campo; y el poeta se deja arrastrar por esa inspiración vigorosa. Mientras que a partir de 1921, influido quizá por las actitudes coincidentes de Manuel de Falla y de Juan Ramón Jiménez, que consideraban la música y la poesía, respectivamente, como un oficio que debe ser ejecutado con reflexión, responsabilidad y fervor, Lorca lleva a cabo con sus obras una depuración laboriosa y una reelaboración constante. No es extraño, por tanto, que no

publicase ningún libro ni estrenase ninguna obra de teatro hasta 1927. Lo cual no quiere decir que no escribiese, sino todo lo contrario, pues en esta época fueron escritas *Mariana Pineda, Romancero gitano* (1928), sin duda su libro más famoso y con el que más se ha identificado al poeta (aunque a éste le molestaba su «gitanismo», que, como él mismo dijo: «es un tema literario y un libro. Nada más.»); y tres libros de poemas en los que Lorca descubría una «rarísima unidad» y que pretendía publicar juntos. Se trata de *Canciones* (1927), en el que ya se aprecia una intensa labor de estilización; *Poema del cante jondo* (1931) y *Suites*, proyecto inacabado del autor, libro que ha aparecido en 1983 en una edición de André Belamich, que contiene más de dos mil versos inéditos.

El otro rasgo, que podríamos llamar «evolutivo», en la obra de Lorca sería el de su progresiva identificación con el teatro, que él mismo justificaría en la última entrevista que le hicieron: «Particularmente, yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. Por eso llamé a las puertas del teatro y al teatro consagro toda mi sensibilidad». Lorca no abandona sus demás actividades: conferencias, recitales de sus poemas, organización, en junio de 1922, de la Fiesta del cante jondo (junto a Manuel de Falla, Andrés Segovia, y otros); exposición, en junio de 1924, de una serie de dibujos en Barcelona; edición, en colaboración con los jóvenes artistas granadinos, de la revista *Gallo*, de la que aparecieron dos números, en febrero y abril de 1928; asistencia a actos de diverso matiz... Pero entre 1931 y 1936, sólo publica un libro de poemas: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (1935). Dividido en cuatro partes (La cogida y la muerte, La sangre derramada, Cuerpo presente y Alma ausente), el *Llanto* es una de las más bellas elegías de la lengua española, escrita después de la muerte del torero a causa de una cornada que recibió en la plaza de toros de Manzanares, el 11 de agosto de 1934. También escribe en ese período los poemas que compondrían su libro *Diván de Tamarit*, que no llegó a ver publicado.

El teatro

Mientras tanto, en los cinco años que median entre la proclamación de la república y su muerte, organiza la compañía de teatro itinerante y popular La Barraca, con la que recorrerá los pueblos de España representando las obras más selectas del teatro clásico español. La Barraca inicia su actividad el 10 de julio de 1932 en Burgo de Osma, poniendo en escena *La guarda cuidadosa* y *La cueva de Salamanca*, dos entremeses de Cervantes. En su repertorio se incluían obras de Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, etc. Precisamente, Lorca realizaría una versión de *La dama boba*, de

Con el título de abogado por la Universidad de Granada en el bolsillo, carrera que nunca ejerció, Federico García Lorca se instaló en el Madrid de la Dictadura y pronto se convirtió en centro de la Residencia de Estudiantes, dependiente de la Institución Libre de Enseñanza. Autor teatral de éxito a raíz del estreno de Mariana Pineda *(1927), escribió luego* La zapatera prodigiosa *(1930),* Bodas de sangre *(1933),* Yerma *(1934) y* La casa de Bernarda Alba *(1936), junto a otras piezas teatrales y numerosísimos poemas. Animador del teatro popular con el grupo La Barraca (1932-1935) y poeta de gran fama, Federico vivió con intensidad la vida cultural de la Segunda República y gozó de la amistad de «las maravillosas gentes de la farándula» entre las que se encontraba «en su salsa». En la primera foto, de izquierda a derecha, Federico García Lorca junto a la actriz Lola Membrives y el dramaturgo Eduardo Marquina, en la estación del Norte, de Madrid, tras su regreso de una gira teatral. A la derecha, estampa casera de Lorca, con batín y junto a una maceta.*



Federico, Lola Membrives y Eduardo Marquina regresan de una gira.

Lope, que se estrenó en Buenos Aires durante la estancia de Federico en la capital argentina (octubre de 1933 a marzo de 1934), donde representó el papel del Autor en su obra *La Zapatera prodigiosa.*

Pero su dedicación al teatro no se limita a sus esporádicas actuaciones, a sus adaptaciones o a la organización de La Barraca; consiste, sobre todo, en su labor como creador. En el período señalado se estrenan sus principales obras dramáticas: *Bodas de sangre* (marzo de 1933), primera pieza de su trilogía de dramas rurales andaluces, que completarán *Yerma,* estrenada en el Teatro Español de Madrid, el 29 de diciembre de 1934, con Margarita Xirgu como protagonista, y *La casa de Bernarda Alba,* acabada poco antes de su muerte. Las mujeres son las protagonistas de las tres obras; mujeres invadidas por pasiones desesperadas e irrefrenables, imposibles de satisfacer en el medio en que viven; son pasiones frustradas, por tanto, que degeneran finalmente en hostilidad, violencia y muerte. Como siempre, las tres obras parten de hechos reales. El rapto de una novia por su antiguo novio el día de la boda, suceso acaecido en una aldea de la provincia de Almería, está en la base de *Bodas de sangre;* la génesis de *Yerma* debió de ser la romería de mujeres estériles a la ermita de Moclín (Granada), igual a la del último acto de la tragedia; finalmente, si bien la trama de *La casa de Bernarda Alba* no se basa en ningún hecho real, la mayoría de los personajes, algunos con sus nombres, podían encontrarse en Valderrubio o en Fuente Vaqueros, los dos pueblos donde Lorca pasó su infancia.



El poeta de lo popular.

Además de la trilogía, en el período a que nos referimos se estrenaron *El amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* (5 de abril de 1933) y *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores* (estrenada en Barcelona el 12 de diciembre de 1935, por la compañía de Margarita Xirgu). Una vez más encontramos multitud de realidades vividas en la base de la obra, concebida en 1924, cuando Moreno Villa le relató la historia de la *rosa mutabile. Doña Rosita* está ambientada en la Granada de principios de siglo, y en ella aparecen, con sus nombres, varios profesores que Federico tuvo en el colegio; y el personaje de Doña Rosita está lejanamente emparentado con una tía de Federico, solterona, que vivió con la familia durante sus primeros años en Granada.

Además de las obras citadas, Lorca dejó terminadas, a su muerte, otras dos: *Así que pasen cinco años,* escrita en el verano de 1931 y subtitulada expresivamente *Leyenda sobre el tiempo;* en ella el autor se aparta de la técnica teatral tradicional. La otra obra, *El público,* sólo fue publicada en 1976 por el poseedor del único manuscrito, Rafael Martínez Nadal.

Antes de esa dedicación casi absoluta al teatro, García Lorca había estrenado, además de *El maleficio de la mariposa,* su drama en verso *Mariana Pineda* (Barcelona, marzo de 1927), un canto a la heroína liberal granadina cuyo origen se encuentra en los romances tradicionales, y *La Zapatera prodigiosa* (Madrid, diciembre de 1930), una farsa humorística y desenfada, en cuyo prólogo el autor dice: «(...) Por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo...» En este párrafo queda suficientemente explicada la unidad que para Lorca existía entre teatro y poesía; la unidad que existe en toda su obra.

Y lo que confiere esa unidad de conjunto armónico a toda su creación artística, es el lenguaje poético. Lenguaje que ya está presente, como se ha dicho, en su *Libro de poemas,* pero que tras seis años de elaboración, aparece firmemente estructurado en *Canciones* (1927), con el inconfundible sello personal de Federico: la riqueza simbólica, la fuerza de las metáforas y las imágenes.

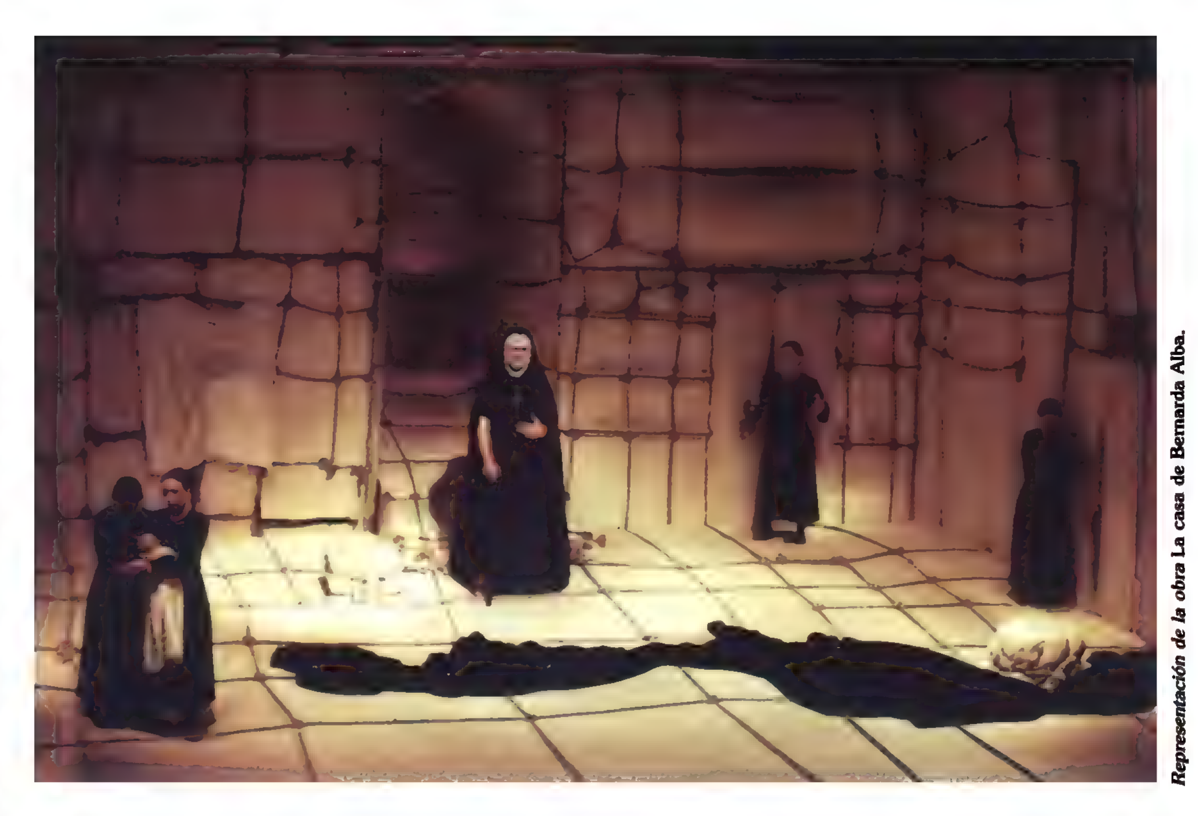
La característica esencial de ese lenguaje poético es la mezcla natural, nada artificiosa, de lo culto y lo popular. Esto no era ninguna novedad en la literatura española; pero en el



ANTONIO MACHADO RUIZ (Sevilla, 1875-Collioure, Francia, 1939)

Andaluz de origen, pasó la mayor parte de su vida en Castilla y fue capaz, como pocos, de captar y cantar la belleza dura e imponente de la meseta castellana. Se educó en Madrid, en la Institución Libre de Enseñanza, pero nunca fue un estudiante destacado. En 1899 pasó una temporada en París y empezó a escribir, mientras pretendía dedicarse profesionalmente al teatro. A finales de 1902 publicó su primer libro de poemas, *Soledades,* de influencia modernista, aunque la poesía de Machado desborda con mucho las clasificaciones académicas. En 1907 obtuvo por oposición una cátedra de Francés para Institutos de Enseñanza Media, y eligió la vacante de Soria. La etapa soriana fue capital en la vida del poeta, que contrajo allí matrimonio, en julio de 1909, con Leonor Izquierdo. En 1911 marchó a París con su esposa, becado por la Junta de Ampliación de Estudios, pero el estado de salud de Leonor, enferma de tuberculosis, se agravó, y hubieron de regresar a España. La esposa del poeta murió en Soria el 1 de agosto de 1912, poco después de la aparición de *Campos de Castilla.* Abrumado por la desgracia, Machado logró el traslado al Instituto de Baeza, donde permaneció hasta 1919. En 1916 se licenció en Filosofía «por libre». Fueron años de maduración intelectual y política en los que Machado rompió con el positivismo bergsoniano estudiado en París, y pasó de un vago patriotismo noventaiochista a actitudes políticas

mucho más concretas, de claro matiz republicano años más tarde. En 1919 fue destinado al Instituto de Segovia, donde al año siguiente colaboró en la fundación de la Universidad Popular y, en 1931, sería una de las personas que proclamaron la república. Colaboró en la *Revista de Occidente* desde su aparición en 1923. Al año siguiente publicó *Nuevas Canciones*. En 1927 fue elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, aunque nunca llegó a tomar posesión. En 1928, en Segovia, conoció a Pilar de Valderrama, *Guiomar* en sus poemas, quien sería su amor platónico el resto de su vida. En 1932, proclamada ya la Segunda República, fue nombrado hijo adoptivo de Soria y trasladado al Instituto Calderón de la Barca de Madrid, donde le sorprendió la Guerra Civil. Sin vinculación a ningún partido político, Machado permaneció inquebrantablemente fiel a la república. En noviembre de 1936, ante el riesgo de la inminente caída de Madrid, Machado, con toda su familia, fue evacuado a Rocafort, cerca de Valencia, y posteriormente, ante el avance de los sublevados, a Barcelona. Machado, muy quebrantado ya de salud, colaboró con enérgico pesimismo en *Hora de España* y *La Vanguardia*, no dudando en apoyar los Trece Puntos del presidente Negrín y luchando al mismo tiempo con las incomodidades, la escasez y sus propios achaques. La ruptura del frente catalán sumió a los Machado en el terrible éxodo de miles de personas hacia Francia. El último trecho del camino lo hizo a pie, como tantos otros, bajo la lluvia invernal. Llegó a Francia con su madre nonagenaria, acompañado de un grupo de amigos, sin un céntimo, el 27 de enero de 1939. Murió el 22 de febrero, dos días antes que su madre, en Collioure, un pueblecito costero en cuyo cementerio está enterrado. La dictadura franquista procuró inútilmente marginar la obra poética machadiana.



***Representación de la obra* La casa de Bernarda Alba.**

caso de García Lorca no supone una vuelta a «lo popular» desde «lo culto», ni una utilización de expresiones populares (en sus obras no aparecen jamás términos dialectales). Lo popular y lo culto están unidos en la vida de Federico desde su infancia; ambos elementos intervienen por igual en su educación, de tal manera que en su alma de poeta se produce, instintivamente, una síntesis que acabará siendo perfecta cuando al instinto se una la reflexión crítica y el dominio insuperable de la estructura interna del idioma, que Lorca poseía.

Una vida en 38 años

La infancia de Lorca transcurrió en el campo, entre Fuente Vaqueros (pueblo de la vega granadina que «en su corazón tiene una fuente que mana sin cesar», donde nació el día 5 de junio de 1898), Valderrubio y el cortijo de Daimuz, en la vega de Zujaira. Su contacto con el pueblo y con el habla popular fue directo y constante en esa etapa definitiva de su vida. Pero al mismo tiempo, en su casa el ambiente era culto. Su padre, Federico García Rodríguez, era, por tradición familiar, un propietario acomodado, en cuya familia se habían dado algunos antecedentes artísticos. Vicenta Lorca Romero, madre del poeta, era maestra. Y tanto uno como otra eran grandes aficionados a la música, organizando en su casa frecuentes veladas musicales.

Cuando en 1908 la familia se traslada a Granada para que Federico estudie el bachillerato, no se rompe el contacto con el campo, mantenido a través de la visitas de familiares o de paisanos de los pueblos de la vega, y de las estancias veraniegas en Daimuz y Valderrubio. Y el contacto con lo popular se va a ver acrecentado por la presencia, en la casa de Granada, de las criadas, que enseñan a Federico los romances y las canciones tradicionales que tanto van a influir posteriormente en su obra (Lorca rindió en varias ocasiones un homenaje a las criadas, por la labor de puesta en contacto con lo popular, que desempeñan para los hijos de la burguesía). Lo culto se mantiene, e incluso adquiere mayor importancia, en esta etapa granadina: recibe lecciones de música de don Antonio Segura, a quien dedicará su primer libro, y aprende a tocar la guitarra con su tía Isabel; asiste a clase en el colegio del Sagrado Corazón, en el Instituto y, a partir de 1915, en la universidad; se reúne con los jóvenes intelectuales granadinos en una tertulia a la que ponen por nombre «El Rinconcillo»...

Cuando en la primavera de 1919 viaja por vez primera a Madrid, llevará ya dentro de sí los elementos que le permitirán crear el lenguaje poético más peculiar, más directo, de la literatura española del siglo XX.

Se ha querido ver en su libro *Poeta en Nueva York*, escrito durante su estancia en Norteamérica en 1928-1929, una excepción, un caso aparte dentro de la obra de Lorca. Sólo se podría admitir esa excepcionalidad si nos atenemos a la influencia del superrealismo en dicho libro (aunque el profesor Vicente Llorens afirma la existencia en Lorca, Alberti y Cernuda,



Una de las representaciones de Yerma.

Las obras de Federico García Lorca, tanto sus poemas como sus piezas dramáticas —sobre todo estas últimas—, representan prototipos tan universales que no han perdido actualidad con el paso del tiempo, sino todo lo contrario. El choque de sentimientos y necesidades vitales —siempre la fuerza de la vida en Federico— contra las estructuras represivas de las sociedades autoritarias, subyace en muchas de sus obras. En la página opuesta, representación actual de La casa de Bernarda Alba, *la viuda «vieja y seca» represora de los sentimientos de sus jóvenes cinco hijas. Con esta obra, subtitulada como «Drama de mujeres en los pueblos de España», Lorca completa su trilogía sobre la pasión sexual y el amor insatisfecho iniciada con* Bodas de Sangre *y continuada por* Yerma. *En esta página, representación actual de esta última obra, estando magistralmente interpretado el personaje lorquiano por la actriz catalana Nuria Espert.*

de un superrealismo español producto de la deformación que la transmisión oral introduce en la tradición popular, dando lugar a imágenes irracionales). Pero *Poeta en Nueva York* contiene también muchas imágenes repetidas en toda la obra de Lorca. Debemos pensar, por tanto, que el poeta adapta de nuevo su lenguaje a aquello que desea expresar: la impresión desoladora que le produjo Nueva York: prisa angustiosa, arquitectura fría y sin raíces, la crisis, la esclavitud del hombre en la sociedad industrial... Todo es poéticamente terrible: la grandeza de los negros de Harlem (lo que más le gusta de la ciudad); la muerte desesperada, cruel, fría, de los suicidas de Wall Street, «muerte que es podredumbre y nada más». El resultado de todo ello es un libro desgarrado y desgarrador, unido indivisiblemente al resto de la obra de García Lorca.

El «duende» de García Lorca

A su alrededor todo fue siempre magia, misterio e intensidad. Era imposible que alguien escapase al extraño influjo que parecía ejercer sobre todos los que le rodeaban. Hay numerosos hechos que así lo atestiguan. Por ejemplo, desde niño, Federico fue aficionado a las máscaras y a los disfraces, así como a las representaciones de cualquier tipo, de tal modo que no era difícil encontrar a toda la familia y a las criadas reunidos ante un altar construido por Federico, desde donde éste lanzaba encendidos sermones que todos los presentes escuchaban respetuosamente; o bien insistía en disfrazar a las criadas con los atuendos más extravagantes, cosa que ellas aceptaban de buen grado, como todo lo que viniese de Federico.

Unos años más tarde, habiendo publicado ya sus dos primeros libros, su padre le exigió la obtención de un título universitario. García Lorca nunca fue un buen estudiante: no le interesaban los conocimientos académicos, prefería aquellos que obtenía del contacto directo con la realidad. Desde 1915 había sido un estudiante «nominal» de Letras o de Derecho, pero sólo había aprobado algunas asignaturas de esta última carrera. Fernando de los Ríos y Agustín Viñuales, profesores de la Universidad de Granada, enterados de las presiones familiares, decidieron que el caso de Federico era excepcional y que no se le podían aplicar los criterios académicos tradicionales. Don Agustín Viñuales llegó a plantearlo en la facultad: «La Universidad granadina (encontrará) con el tiempo, no ya justificación de un trato de excepción, sino un motivo de orgullo». De ese modo, Federico se licenció en Derecho en 1923. Jamás utilizó su título.

Fue precisamente Fernando de los Ríos quien entregó a Federico una carta de presentación para Juan Ramón Jiménez, cuando, en la primavera de 1919, aquél hizo su primer viaje a Madrid. La carta decía: «Muy querido poeta: Ahí va ese muchacho lleno de anhelos románticos; recíbalo Vd. con amor, que lo merece; es uno de los jóvenes en quien hemos puesto más vivas esperanzas...». La respuesta

de Juan Ramón tras la visita de Federico es bastante elocuente: «*Su* poeta vino, y me hizo una excelentísima impresión. Me parece que tiene un gran temperamento y la virtud esencial, a mi juicio, en arte: entusiasmo».

Tras alojarse en dos pensiones, Federico se instaló, gracias a la influencia de Juan Ramón, en la Residencia de Estudiantes, verdadero centro del apogeo cultural español hasta 1936. Lorca se convirtió inmediatamente en el alma de la Residencia. Su actividad incansable le llevaba a cantar durante horas acompañándose al piano o a la guitarra, a gastar bromas, a disfrazarse, leer sus poemas... Su cuarto solía estar lleno de amigos; uno de ellos, el pintor Gregorio Prieto, le presentó una tarde del otoño de 1924 a Rafael Alberti, quien recuerda así el encuentro: «¡Noche inolvidable (...)! Había magia, duende, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez?».

Portada de un folleto editado con motivo del II Congreso Nacional de Escritores, reproduciendo el cartel de la obra teatral Mariana Pineda *(la heroína liberal andaluza fusilada por Fernando VII por haber bordado una bandera con el lema «Ley, Libertad, Igualdad»), en homenaje a su autor, Federico García Lorca.*

Los homenajes se multiplicaron tras la muerte del poeta.

Durante su estancia en Nueva York asistió a un *party;* los invitados charlaban en pequeños grupos. De pronto Federico se sentó al piano y comenzó a cantar canciones españolas: todos le rodearon y le escucharon emocionados. También su magia les había llegado al corazón.

Pablo Neruda, que encontró por vez primera a Lorca en Buenos Aires, en octubre de 1933, afirma en sus memorias que «la presencia de Federico, su magia personal, imponían una atmósfera de júbilo a su alrededor».

Esa magia irresistible que le llenaba, es la que él trasladó a sus obras, la que confiere a sus poesías y a su teatro un carácter universal e intemporal; la que nos traspasa; la que hace emocionarse a un campesino francés al escuchar el «Romance sonámbulo», del *Romancero gitano*... La magia inextinguible de su vida, de su obra y de su muerte. Sí. También en su muerte la magia. Unos meses antes de su asesinato, mientras buscaba por las aldeas de Extremadura trajes del siglo XVII, para la representación de *Peribáñez* por La Barraca, un amanecer vio cómo una piara de cerdos negros atacaban y devoraban a un corderito. Cuando a su regreso a Madrid le contaba a Neruda esta visión premonitoria, aún temblaba por el espanto que le había producido. Y unos días antes de su detención, comenzada ya la Guerra Civil, se levantó una tarde de la siesta, pálido, pues acababa de verse, en sueños, rodeado de mujeres enlutadas que agitaban hacia él unos crucifijos... Sí. También magia en su muerte, que parecía venir de lejos, que podría haber sido como un romance más. Pero ya no estaba él para escribirlo.

El compromiso político de Lorca

Desde 1926, España vive una coyuntura histórica caracterizada por una crisis generalizada y profunda. Hay una crisis económica, militar, política y, fundamentalmente, social. En esa coyuntura, los intelectuales van a desempeñar un papel decisivo, al contar con una autoridad moral como nunca habían tenido en la historia de España, como consecuencia de su protagonismo en la oposición a la Dictadura de Primo de Rivera.

Se ha denominado a la república de 1931, *república de sabios.* Si bien la afirmación es exagerada, es cierto que nunca los intelectuales participaron tan activa y militantemente en la política, como lo hicieron en España en la década de los treinta. Pero mientras que en 1929



Federico García Lorca junto a Margarita Xirgu.

1936

Federico García Lorca

En la fotografía, Federico García Lorca (segundo por la derecha) junto a la actriz y frecuente protagonista de sus obras dramáticas, Margarita Xirgu, en un acto de despedida a la estrella teatral poco antes de partir para América en gira profesional. El homenaje se celebró en la sede de la sociedad cultural Los Sitios, de Bilbao. La Xirgu fue la actriz más brillante del teatro español de los años treinta, interpretando desde las obras clásicas del Siglo de Oro el teatro de vanguardia (Zola, Oscar Wilde, Pirandello, Bernard Shaw). Quizá lo más destacado de su obra sean las interpretaciones de los personajes valleinclanescos (Divinas Palabras, *1933) y sobre todo lorquianos* (Bodas de Sangre, Yerma, La casa de Bernarda Alba). *Nacida en Molins de Rei (Barcelona) en 1888, falleció en su exilio uruguayo en 1969.*

todos los intelectuales y artistas formaban un bloque unido de oposición a la Dictadura, a partir de 1931, y sobre todo a partir de 1933, el deterioro progresivo de la convivencia social en España y en Europa va a llevar a los intelectuales a tomas de postura cada vez más rígidas que acabarán creando una dicotomía insuperable.

García Lorca nunca fue un militante político. Lo cual no quiere decir que fuese apolítico: Federico había asumido claramente un compromiso ético que le llevaba a estar siempre del lado de los pobres, de los oprimidos, de los hambrientos; en contra de los opresores, los explotadores... Era un antifascista convencido, y para él no se podía ser poeta sin ser revolucionario. Pero le tocó vivir en una España en crisis y enfrentada. Apoyó a la república en 1931, se puso del lado del Frente Popular en 1936. Pero se le pedía una toma de partido concreto, y a eso él no estaba dispuesto. Lorca simplemente deseaba ser amigo de todos. Y esto, que en España, en 1984, parece normal, era impensable en 1936.

Pero no solamente sus actividades públicas muestran el grado de compromiso ético y social (y también político) de Lorca. Muchas de sus obras levantaron ampollas en la moral puritana de amplios sectores de la burguesía española. Y determinados elementos de la clase dirigente de Granada («donde se agita actualmente la peor burguesía de España», diría el poeta en 1936) se habían sentido agredidos y ridiculizados en algunos dramas y poemas de Federico.

El asesinato de Lorca no fue el resultado de enfrentamientos de tipo personal, como se afirmó durante muchos años en España y en el extranjero. Federico era considerado un «rojo», y su muerte, como ha demostrado Ian Gibson, hay que enmarcarla en la represión generalizada que acompañó a la sublevación de julio de 1936 en todos los lugares, pero muy especialmente en Andalucía. Las derechas odiaban a Lorca, a sus amigos y a todo lo que él representaba. Y cuando sonó la hora de su venganza sanguinaria, no dudaron en aprovecharse de ella.

«Mi corazón reposa junto a la fuente fría»

En la carretera de Víznar a Granada hay una fuente que los musulmanes granadinos llamaban *Ainadamar* («Fuente de las Lágrimas»). Junto a ella, en la madrugada del 19 de agosto de 1936, fueron fusilados dos banderilleros (Arcollas y Galadí), un maestro (Dióscoro Galindo) y un poeta: Federico García Lorca. Nació junto a una fuente y lo llevaron a morir junto a otra. El misterio de la vida y el misterio de la muerte, que llenaban todas sus obras, unidos en aquel amanecer como un símbolo más, pero esta vez real, junto a *Ainadamar*, Fuente de las Lágrimas, llanto eterno por el poeta asesinado... El ciclo del agua se había cerrado. Ya su corazón reposa junto a la fuente fría.

P. S. P.

Bibliografía básica

ALONSO, D.: *Poetas españoles contemporáneos*. Gredos. Madrid, 1958.
GARCÍA LORCA, F.: *Obras Completas*. Aguilar. Madrid, 1977.
CANO, J. L.: *Federico García Lorca. Biografía ilustrada*. Destino. Barcelona, 1962.
GIBSON, I.: *El asesinato de Federico García Lorca*, Bruguera. Barcelona, 1981.
GARCÍA LORCA, F.: *Federico y su mundo*, Alianza Tres. Madrid, 1981.
Federico García Lorca, Edición de Ildefonso-Manuel Gil, Taurus. Madrid, 1973.



Política internacional

Muere Jorge V de Inglaterra. Le sucede su hijo Eduardo VIII.
Victoria del Frente Popular en las elecciones españolas. Manuel Azaña se encarga de formar gobierno. En el mes de mayo es elegido presidente de la República.
Alemania ocupa la zona desmilitarizada del Rhin.
El general Johannes Metaxas instituye la dictadura en Grecia.
Muere el rey Fuad I de Egipto. Le sucede su hijo Faruk I.
Formación de un gobierno de Frente Popular en Francia bajo el mandato de Léon Blum.
Firma del pacto antikomintern entre Alemania y Japón.
Tratado militar entre Gran Bretaña y Egipto. Las tropas inglesas limitan su ocupación a la Zona del Canal.
Italia conquista Etiopía, y el rey Víctor Manuel III se declara emperador de Etiopía.
Conferencia de paz interamericana en Buenos Aires. El tratado final es firmado por 21 países.
Nuevo tratado entre Estados Unidos y Panamá sobre el canal. El poder administrativo queda en manos de los norteamericanos.
Altercados en Argentina por el enfrentamiento entre el Frente Popular y el Frente Nacional.
Golpe de Estado frustrado con el asesinato de varios ministros en Japón.
Alzamiento militar en España. Comienza la Guerra Civil. El general Franco es nombrado jefe del Estado y Generalísimo de los ejércitos sublevados.
Constitución de tendencia socialista en Venezuela.
Franklin D. Roosevelt reelegido presidente de Estados Unidos.
Adolf Hitler y Benito Mussolini reconocen el gobierno del general Franco.
Pacto germano-italiano, origen del Eje Berlín-Roma.
Abdicación del rey Eduardo VIII de Inglaterra.

Sociedad

Entre las nuevas mejoras del gobierno socialista francés figura la semana laboral de 40 horas.
Carlos Saavedra Lamas, premio Nobel de la Paz.

Economía

La mayor parte del oro depositado en el Banco de España es enviado a Rusia.
La Sociedad de Naciones levanta las sanciones económicas impuestas a Italia por su invasión de Etiopía.

Ciencia y tecnología

El transatlántico inglés Queen Mary *consigue cruzar el Atlántico en cuatro días.*
Entra en funcionamiento el primer helicóptero en servicio en Alemania.
Alemania introduce en el mercado el caucho sintético con el nombre de «buna».
Alexander Oparin publica El origen de la vida sobre la Tierra.
Creación de la Fundación Ford para el fomento de las ciencias y la cultura.
Muere Juan de la Cierva.

Deportes

Celebración de los Juegos Olímpicos en Berlín.
El norteamericano de color Jesse Owens logra cuatro medallas de oro (100, 200, 4 × 100 m y salto de longitud, donde alcanza los 8 m 6 cm).

Literatura

Eugene O'Neill, premio Nobel.
Graham Greene: Una pistola en venta.
Miguel Hernández: El rayo que no cesa.
Eduardo Mallea: La ciudad junto al río.
Aldous Huxley: Ciego en Gaza.
Georges Bernanos: Diario de un cura rural.
Margaret Mitchell: Lo que el viento se llevó.
Luis Felipe Vivanco: Cantos de primavera.
John Dos Passos: El gran dinero.
André Gide: Retorno de la URSS.
William Faulkner: ¡Absalón, Absalón!
Mueren Federico García Lorca, Rudyard Kipling y Miguel de Unamuno.



Reproducción de un dibujo de Serguei Prokofiev.



Crisis francesa de 1936.

Cine

Charles Chaplin: Tiempos modernos.
Jean Renoir: Une partie de campagne.
Fritz Lang: Furia.
Frank Capra: El deseo de vivir.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Paul Muni por La tragedia de Louis Pasteur, *y a la mejor actriz a Louise Rainer por* El gran Ziegfeld.

Teatro

Jean Anouilh: El viajero sin equipaje.
Terence M. Rattigan: El francés sin esfuerzo.

Música

Werner Egk: El violín mágico.
Arnold Schönberg: Concierto para violín, op. 36.
Sergei Prokofiev: Pedro y el lobo *y* Romeo y Julieta.
Carl Orff: Carmina Burana.
Bela Bartok: Música para cuerda, percusión y celesta.

Pintura y escultura

Piet Mondrian: Composición en rojo y azul.
Salvador Dalí: Calma blanca.
Gran exposición consagrada al cubismo y al arte abstracto en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Arquitectura

Frank Lloyd Wright: La casa de la Cascada, *Bear Run, Pennsylvania.*
Albert Speer: Palacio de Congresos, *Nuremberg.*
Oscar Niemeyer: Ministerio de Educación, *Río de Janeiro.*





***Robert Delaunay:* Relieve.**



D. Miguel de Unamuno por J. Echevarría.



Héroes de una invasión.

1937

LA GUERRA CHINO-JAPONESA

CON el pretexto de un tiroteo a un grupo de sus soldados, Japón inicia en julio de 1937 una guerra de conquista contra su eterno rival, China. Los sectores militaristas nipones, envalentonados por el éxito de la guerra contra los rusos en 1905, culminan así una larga campaña de intoxicación política y de agresiones contra su vecino. Es sólo el primer capítulo de una estrategia que debe conducir al Japón al dominio de todo el Extremo Oriente y que culminará en la Segunda Guerra Mundial.

Unas pretensiones que vienen de lejos

Las primeras señales invasoras las dio Japón en 1927. Con el pretexto de preservar sus intereses en el ferrocarril de Manchuria, Japón invadió esta región y creó en sus límites el Estado satélite de Manchukuo. Le siguió un intento de desembarco en Shanghai, frustrado por la presión norteamericana y una posterior mejoría en las relaciones con China gracias a la llegada al poder de los liberales en Tokio.

Pero la firma del tratado naval de Londres, que imponía al Japón la limitación de su flota submarina, orgullo de la Armada nipona, provocó en el partido militar tal indignación que el gabinete liberal se vino abajo. En 1931 ocupó el poder Inukai, contra el cual, las fuerzas militaristas y los simpatizantes del expansionismo emprendieron una campaña de atentados terroristas para inducirle a abandonar la política de amistad con China.

Ahora bien, China se desangraba otra vez por aquellas fechas en una crónica guerra civil. En contra de la Asamblea nacional de Nankín, reunida en 1931, se había constituido en Cantón un gobierno formado por la izquierda del Kuomintang, mientras que los generales insurrectos marchaban sobre Pekín, y el Turquestán, apoyado por la URSS, se sublevaba contra el gobierno central. La herencia de Sun Yat-sen, el padre de la China moderna, estaba a punto de perderse. Años antes, cuando Sun fundó en Cantón (1921) un gobierno republicano chino, logró que éste fuera reconocido por las potencias occidentales, aunque los gobernadores locales y generales, especialmente en el Norte, no le prestaron acatamiento. Sun y muchos de sus partidarios, que desconfiaban de los afanes colonialistas de las potencias occidentales, se volvieron hacia la URSS en busca de ayuda. De 1923 a 1927 este acercamiento se tradujo en una estrecha cooperación entre el Kuomintang, el partido de Sun Yat-sen, y el nuevo partido comunista de China. La colaboración soviética se produjo bajo el criterio de que la revolución democrático-burguesa debía preceder a la victoria del proletariado. Con la muerte de Sun Yat-sen en 1925, Chiang Kai-shek se hizo con la dirección del Kuomintang logrando varias victorias militares que culminaron en la ocupación de Nankín en marzo de 1927. Chiang consolidó su poder en el Kuomintang y rompió sus anteriores vínculos con los comunistas, que se convirtieron en otra de las fuerzas organizadas contra el gobierno a partir de entonces.

En 1928, Chiang Kai-shek tomó Pekín y, nombrado presidente, fijó la capital en Nankín.

Manchuria es una extensa zona situada al nordeste de China, entre Mongolia, la costa soviética del Pacífico y Corea del Norte. De clima estepario, ha sido tradicionalmente una región poco poblada, cuyos habitantes durante siglos se fueron fundiendo con los chinos (a pesar de la Gran Muralla), logrando en el siglo XVII derrotar a la dinastía Ming y hacerse con el trono del Imperio chino (dinastía Manchú) que conservaron hasta el advenimiento de la República de Sun Yat-sen en 1911. La debilidad de la dividida China y las ambiciones imperialistas de Rusia y Japón dividieron de hecho, a finales del siglo XIX, a Manchuria en dos zonas de influencia, rusa y nipona respectivamente. Tras la revolución soviética en Rusia, ésta abandonó la zona en manos del naciente Imperio japonés, que la colonizó con nipones y coreanos, invadiéndola militarmente en septiembre de 1931, haciendo caso omiso a la autoridad moral de la Sociedad de Naciones de Ginebra. En 1932 Japón proclamó unilateral y teóricamente a Manchuria como Estado independiente con el nombre de Manchukuo, ejerciendo sobre él un protectorado civil y militar. Derrotado Japón en la Segunda Guerra Mundial (en Manchuria lo fue por chinos y soviéticos), la URSS pasó a controlar parte de esta región, pero cedió todos los derechos a la República Popular China en 1950.

Aunque seguía existiendo oposición por parte de los belicosos «señores de la guerra» y los comunistas, China estaba más próxima a lograr un mando único que en cualquier otro momento desde el fin del imperio. Chiang había logrado su objetivo de expulsar a los comunistas de Kiangsi, tras dura lucha, y éstos iniciaron su Larga Marcha a su nuevo reducto en Yenán y regiones circundantes, bajo la dirección de su líder, Mao Tse-tung; el cisma entre comunistas y nacionalistas parecía ya definitivo. Pero mientras, el apoyo soviético se había centrado en la colaboración para el tendido del ferrocarril transmanchuriano, y con la ruptura de Chiang con los comunistas empezaron sus problemas. Después de expulsar al director ruso del ferrocarril logró que el fondo de la cuestión quedara delimitado por el armisticio de Jabarovsk (1929), que estipulaba en una de sus cláusulas que la cuestión del ferrocarril del Oriente chino se resolvería mediante una conferencia. En los dos años siguientes, el ferrocarril fue motivo de disturbios e incidentes fronterizos entre chinos y rusos, fomentados por Japón, que veía en el conflicto una excelente excusa para intervenir.

La construcción de un Estado títere en Manchuria, al servicio de los intereses japoneses, se completó en 1934 con la instalación en el trono del Manchukuo del príncipe Pu-Yi, miembro de la destronada familia imperial china. En la fotografía, el recién proclamado Emperador del Manchukuo, con el nombre de Kang Teh (sentado, con chistera y gafas, en el centro), posa rodeado de su gabinete y de los imprescindibles «consejeros» militares y civiles japoneses. Sus teóricos súbditos (muchos nunca aceptaron su autoridad) sumaban entonces la cifra de 26 millones de personas.

La invasión de Manchuria

Estas disensiones pasaron a segundo plano cuando Japón se decidió a tomar cartas en el asunto. En septiembre de 1931, el Japón utilizó abiertamente los disturbios provocados a lo largo del ferrocarril de Manchuria meridional (sobre el que los japoneses poseían derechos especiales) como pretexto para invadir la ciudad de Mukden y Tsitsikar, punto de enlace de las vías férreas del sur de Manchuria y de los ferrocarriles que allí convergían: el surmanchuriano y el transmanchuriano. Esta ocupación militar no se limitó a estas plazas, sino que finalmente las tropas japonesas se extendieron por toda Manchuria. En febrero de 1932 Japón atacó Shanghai; en este mismo mes se estableció un nuevo gobierno en Manchuria —ya denominada oficialmente con su nuevo nombre nipón de Manchukuo— bajo el heredero manchú Henri Pu-Yi. La política exterior de Tokio seguía vacilante ante las presiones de sus militares, oscilando entre la negociación diplomática y la intervención abierta. Shidehara, ministro liberal de Asuntos Exteriores del Japón, ajeno a esta campaña, hubo de inclinarse ante los hechos consumados, si bien hizo saber que las tropas se retirarían en cuanto quedase garantizada la seguridad de los bienes japoneses. Pero el gobierno chino, se negó a negociar e implantó el boicot a los productos japoneses, tal y como había hecho antes, especialmente en Shanghai, donde las inversiones niponas ascendían a 600 millones de yens. El nacionalismo chino se vio exacerbado por las humillaciones japonesas que hablaban de China como «esfera de influencia del Japón». Que Manchukuo había sido creado artificialmente como



El príncipe Pu-Yi, nombrado emperador con el nombre de Kang Teh.

un estado-colchón al servicio de Tokio entre China y Japón no ofrecía dudas a Occidente. Pero una vez más, la sanción internacional fue débil e inoperante. La ocupación militar japonesa de Manchuria provocó la intervención de la Sociedad de Naciones, en la que Estados Unidos pidió que no se reconocieran las conquistas del Japón, en tanto que sir John Simon, representante del Reino Unido, y Aristide Briand, por Francia, se opusieron a la imposición de sanciones al Japón, buscando un arreglo en Oriente, con el reparto de Manchuria, similar al que años más tarde se haría en Occidente con el reparto de Checoslovaquia. Ambas tácticas dilatorias se habrían de mostrar inútiles, tanto con la voracidad de Berlín como con la de Tokio. Por tanto, la Sociedad de Naciones no tuvo más remedio que aceptar la propuesta japonesa de enviar a Manchuria una comisión investigadora, que, sin embargo, reconoció la agresión japonesa. Reconocimiento tardío e ineficaz que no logró poner fin a la lucha, una vez dominada Manchuria por Japón.

Entonces, el general Asaki, jefe del partido nacionalista nipón, que desempeñaba en el gabinete Inukai la cartera de Guerra, ordenó la conquista militar de Manchuria y Jehol. Chiang Kai-shek, debilitado por las luchas intestinas y por su ruptura con los comunistas, no contaba con las fuerzas necesarias para hacer frente a la agresión japonesa, y tras su respuesta poco enérgica fue acusado por el gobierno de Cantón de concomitancias con el invasor.



Grabado japonés del siglo XIX.

Japón se retira de la Sociedad de Naciones

Mientras, el desorden crecía en China, y en enero de 1932 Japón, so pretexto de los disturbios, logró desembarcar sus tropas en Shanghai. Los chinos ofrecieron una resistencia heroica, pero tuvieron que ceder ante el bombardeo aéreo de la ciudad, que causó millares de víctimas. China apeló otra vez a la Sociedad de Naciones, pero cuando la Asamblea se reunió en marzo de 1932, ya se había visto obligada a aceptar un armisticio.

La creación del Estado de Manchukuo bajo la protección y tutela del Japón tenía para éste una importancia enorme. Manchuria era la parte más industrializada de China, su producción de carbón alcanzaba anualmente en aquella época los ocho millones de toneladas, y la de hierro cerca de los dos millones. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos japoneses por atraerse a la población, sobre todo a los comerciantes, agricultores y pequeños burgueses, que eran los elementos rectores de la vida social, no lo consiguieron. Pu-Yi, el nuevo líder de Manchuria, que era el ex emperador de China destronado en 1911 por la república de Sun Yat-sen, acabó por no ser más que un títere de Tokio al frente de un gobierno autónomo que sólo tenía de ello el nombre.

La burguesía china fue hostil a Tokio y los campesinos se mantenían indiferentes; mientras el Japón se hacía con Manchuria, la Sociedad de Naciones, a consecuencia de la queja presentada por China, reunió en Shanghai una conferencia, integrada por los ministros de las potencias implicadas. En ella se consiguió del Japón la evacuación de sus tropas (abril de 1932). El informe que Lord Lytton redactó sobre el Manchukuo fue presentado ante la Asamblea en diciembre de 1932, pero ante el desinterés mostrado por el tema por las potencias occidentales, la Sociedad de Naciones notificó a la comisión creada para resolver la situación que hallase los medios para llegar a una solución amistosa. Lo que significaba de hecho abandonar a China a su suerte.

A primeros de 1933, sin embargo, Japón procedió a la invasión de Jehol, y a la vista de la desunión occidental declaraba que no aceptaría ninguna solución que no implicara el reconocimiento del Estado de Manchukuo. Era ya demasiado; en respuesta a esta arrogancia, la Sociedad de Naciones condenó la actitud del Japón (febrero de 1933), y éste se retiró oficialmente del organismo internacional de Ginebra, precediendo al gesto que poco después haría Alemania. El 27 de marzo de 1933, Japón retiró su delegación ante la Sociedad de Naciones.

Tras las protestas chinas por la invasión de Manchuria y la condena de la Sociedad de Naciones, Japón abandonó la organización internacional en 1933, mientras sus intereses claramente bélicos e imperialistas se ponían de manifiesto al invadir China, argumentando que era intolerable el boicot que los chinos hacían a los productos japoneses desde la creación de un Manchukuo «independiente». Aliado en 1940 a la Alemania nazi y a la Italia fascista de Mussolini (eje Roma-Berlín-Tokio), en 1941 atacó sin previo aviso la flota estadounidense (Pearl Harbour, 7 de diciembre) y en pocos meses invadió Filipinas, Hong-Kong, Malaca y numerosas islas del Pacífico, creando un imperio colonial —el Imperio del Sol Naciente— de más de 8 millones de kilómetros cuadrados, poblado por casi 450 millones de personas. En la ilustración, grabado nipón del siglo XIX relativo a la familia imperial.



Tropas japonesas invaden territorio chino.



Un guerrillero anti-rojo se prepara para disparar un mortero.

Con la pública revelación de la inutilidad de este organismo y la inacción de las grandes potencias, quedó abierto el camino a nuevas agresiones por parte de los imperialismos totalitarios. La Alemania hitleriana seguiría el ejemplo del Japón siete meses después, retirándose el 23 de octubre del mismo año. Sin embargo, contrasta entre estas deserciones de las futuras potencias beligerantes en la Segunda Guerra Mundial el ingreso de la URSS en la Sociedad de Naciones el 19 de septiembre de 1934.

El partido de la guerra

Esta situación no hizo más que confirmar la situación de dominio creciente del Japón en su esfera de influencia asiática. Asesinado el primer ministro Inukai en mayo de 1932, la preponderancia de los militares facilitó el acceso del almirante Saito al poder. En Tokio el partido de la guerra había ganado la partida, y toda la máquina industrial japonesa se volcó en los preparativos de la guerra. Las barreras económicas levantadas por británicos y americanos contra las exportaciones japonesas aceleraron el clima bélico, y Japón se decidió a conquistar nuevos mercados —y dominios— por la fuerza de las armas. El imperialismo nipón, apoyado por las teorías del filósofo Toyama, se lanzó a defender la «misión divina» de realizar el gran Japón.

Para someter mejor a los chinos, Okada, el sustituto de Saito, dio a conocer en abril de 1934 un plan por el que Japón se presentaba como la potencia rectora de Extremo Oriente y se oponía a cualquier tentativa de China para requerir la ayuda técnica y financiera de las potencias occidentales. Okada denunció el tratado de Washington sobre armamentos navales y conminó a Chiang Kai-shek a aceptar su tutela. Al año siguiente, en marzo de 1935, las tropas japonesas penetraron en la zona desmilitarizada por la tregua de Tang-Ku y obligaron al ejército chino a evacuar la provincia de Ho-Pei, y en junio entraron en la provincia de Cha-Jar, en la Mongolia interior. De este modo, Mongolia se separaba de China, quedando la zona exterior bajo control ruso, y la oriental y meridional, bajo control japonés. Tokio intentó ganarse de nuevo a Chiang Kai-shek, ofreciéndole su apoyo para reprimir a los comunistas, pero éste no aceptó tal ofrecimiento, realizado con la fuerza de las armas. Entonces, Okada erigió las provincias de Cha-Jar y Sui-Yuan en un Estado autónomo, colocando al frente a un jefe tártaro como autoridad satélite, e hizo lo mismo con las provincias de Ho-Pei,

Chang-Tun y Chang-Si. Mientras Okada intentaba magnificar sus triunfos frente a los cada vez más exigentes «ultras» del partido militar, el gobierno de Nankín pedía ayuda a Occidente para organizar la resistencia. En noviembre, las tropas japonesas continuaron avanzando, ocupando parte de la región de Pekín y de Tien-Tsin. Sin embargo, las potencias occidentales, preocupadas por el sesgo que tomaban los acontecimientos en Europa, con el expansionismo de la Alemania nazi y la Italia fascista, desoyeron el llamamiento de Nankín. Tan sólo Estados Unidos declaró su propósito de no admitir ninguna situación que pusiera en peligro el principio de los puertos francos.



Soldados chinos se rinden a las tropas japonesas.

El pacto antikomintern y sus consecuencias

La firma del pacto antikomintern enfrentó a Japón con la URSS; a principios de 1937, la formación del eje Roma-Berlín-Tokio y el estallido de la Guerra Civil española precipita el apoyo de la URSS a los nacionalistas chinos, aproximándose a Chiang Kai-shek. Tokio empieza a verse cercado en su política agresiva, máxime cuando Inglaterra se aproxima al gobierno de Nankín para no dejar a Stalin todas las posibles ventajas de una alianza con China. Es un momento en el que parece que se aproxima el fin de las hostilidades, y Chiang Kai-shek tiene la ocasión de lograr la unificación nacional china, bendecida por Londres, Washington y Moscú. Pero la reacción japonesa no tarda en sucederse. El nacionalismo militarista japonés era imparable y no admitía victorias a medias. En Tokio se desató una caza de brujas contra los «moderados», partidarios de no ir más lejos en China y mantener relaciones cordiales con Occidente. El general Nagata, el ex-primer ministro Saito y el ex ministro de Asuntos Exteriores Takahashi fueron asesinados por elementos de ultraderecha afectos al partido militar, en una intentona por hacerse con el poder. A pesar de que el emperador Hiro-Hito desautorizó el *putsch* y se ejecutó a 17 terroristas, la semilla estaba sembrada. Okada dimitió y fue sucedido por Hirota, que apenas duró unos meses, siendo sucedido a su vez por el general Ugaki, que tampoco se mantuvo. Los militares lograron al fin imponer a su candidato más duro, el general Hayashi, furibundo nacionalista y violento antiliberal que en 1937 decidió emprender una acción de envergadura contra China. Con el pacto antikomintern firmado, el gobierno de Tokio se lanzó a la batalla, alegando que Chiang Kai-shek cedía a las presiones de los comunistas. El ultimátum de Tokio contra Nankín exigía al gobierno chino que abandonase su «hostilidad» contra Japón y aceptase su «cooperación económica», especialmente en las pobladas provincias del Norte. La «cooperación» exigida por Japón se refería al sometimiento chino a las necesidades de su industria de guerra, a enviar a Japón los suministros necesarios de hierro, carbón y materias primas, y sobre todo, a mantener el carácter agrícola de la economía china, a fin de que ésta sirviera de despensa nipona en sus planes de expansión por Asia y no se constituyera en rival de la economía industrial japonesa.

Una guerra abierta no declarada

Chiang Kai-shek se negó, y Tokio en respuesta decidió la guerra abierta, que, sin embargo, nunca fue declarada. Los nacionalistas chinos contaron con el envío de material militar ruso y británico, y algo también norteamericano. La URSS envió a China aviones *Polikarpov I-15* e *I-16*, que se enfrentaron en desventaja a los *Claude* y, sobre todo, a los *Oscar* y *Cero* nipones. En julio de 1937, con el pretexto de un tiroteo a tropas niponas que efectuaban maniobras en el puente de Marco Polo, cerca de Pekín, Japón conmina a China a la entrega de la región de Pekín; 48 horas más tarde, tras un avance relámpago japonés, Pekín es conquistado. Es el 28 de julio de 1937. El 20 de agosto, el príncipe Konoye, a la sazón primer ministro nipón, declara envalentonado que el problema chino exige «una solución completa». Esta solución pasaba por la instalación de un gobierno chino aprobado por Tokio y por la dimisión de Chiang Kai-shek. El silencio de Nankín es respondido por una fuerza expedicionaria japonesa de 150.000 hombres, que desembarcan en

En la página opuesta, arriba, soldados chinos se rinden brazos en alto a las bien entrenadas tropas invasoras japonesas, después de un encarnizado combate en las cercanías de la ciudad de Lushan. Abajo, un soldado voluntario de un «grupo anticomunista», equipado con armamento moderno. La división interna de China, país que vivió más de 30 años de guerra civil permanente, fue causa de su debilidad y «alentó» la invasión japonesa. Sobre estas líneas, fuerzas del moderno y disciplinado ejército imperial nipón cruzan la línea fronteriza entre Corea y China. Pero no todo sería «un paseo militar» en este viejo y desangrado aunque orgulloso país. Los japoneses serían derrotados en agosto de 1945.



Un oficial nipón arrebata la bandera china a unos soldados. Grabado del siglo XIX.

La rivalidad chino-japonesa era tradicional en la zona del Extremo Oriente, donde ambas potencias se habían disputado durante siglos la hegemonía del este de Asia. En los albores del presente siglo ya había estallado un conflicto entre China y Japón (guerra de 1894-1895) con motivo del control de Corea. Japón ganó la guerra, aunque su victoria fue limitada en el campo diplomático de las potencias europeas con intereses en China. Japón había sabido modernizarse técnicamente, a diferencia de la vieja China, caduca, dividida y decadente. Sobre estas líneas, un grabado nipón de 1894 muestra a un oficial japonés arrebatando una bandera china.

Shanghai, y por un ejército similar que emprende la ofensiva de la línea férrea Pekín-Hankew. Así dio comienzo la guerra abierta que habría de durar ocho años y empalmar con la conflagración mundial de 1939 a 1945.

Shanghai cayó, tras una heroica resistencia, el 8 de noviembre; Pekín y Tien-Tsin ya estaban en manos japonesas, y Nankín, la ciudad del gobierno de Chiang Kai-shek, es tomada por las fuerzas niponas el 13 de diciembre del mismo año de 1937. El avance japonés ha sido fulgurante; en seis meses se ha hecho con el control de un quinto de China e instalado un gobierno pelele a su gusto y satisfacción. Al mismo tiempo, el imperio del Sol Naciente aprovecha la ocasión para medirse con la URSS, combatiendo en la frontera de China y Corea por el territorio soviético, pero esta vez sin tanto éxito. Los tanteos contra el Ejército Rojo de julio y agosto de 1938 convencen a Tokio de que es peligroso abrir otro frente en Siberia, y hacen pensar a los japoneses que el poderío militar de la URSS es mayor de lo que creían.

Sin embargo, en Occidente no se supo medir bien el alcance de la amenaza japonesa. A Londres llegan noticias de la crueldad del invasor con los habitantes de la gran nación china, pero se atribuyen a exageraciones de la propaganda. La misma ceguera se mantiene en Estados Unidos cuando se habla de la fuerza de portaaviones y submarinos de la moderna Armada japonesa.

La debilidad occidental

La ofensiva japonesa se centró, como ya se ha dicho, en dos líneas; una al norte, desde Pekín hacia Hankew, siguiendo el ferrocarril, y otra al sur, con el desembarco en Shanghai que condujo rápidamente a la toma de Nankín. Tras la caída de Nankín y su espantoso saqueo, que costó millares de vidas, el Japón hizo una propuesta de paz, aprovechando su situación de fuerza. La propuesta de Tokio exigía una participación importante en la explotación de las riquezas naturales de China, un desarme arancelario en favor de sus exportaciones, la autonomía de Mongolia interior, la desmilitarización del norte de China y la adhesión al pacto antikomintern. Chiang Kai-shek, refugiado con su gobierno en Hankew, se negó. En Occidente se seguía practicando una política de

avestruz, y aun viendo amenazados por Japón los intereses coloniales en China, no se condenó tajantemente la intervención nipona. Ante esta indecisión, Japón bloqueó los puertos del Este y hundió barcos ingleses y americanos sin encontrar apenas reacción firme en su contra. El 21 de octubre de 1938 se rindió Cantón y poco después Hankew. Chiang Kai-shek se retiró entonces a Chung-King, en el alto Yangtsé, mientras que los japoneses avanzaban por el norte ocupando Chang-Tsi y se internaban por el valle del Yangtsé. En la primavera de 1939, Japón era dueño de una quinta parte del territorio de China, con un 42 por 100 de su población.

Mientras, Inglaterra, que era la gran potencia occidental colonial en Extremo Oriente, volvió a dar una prueba más de debilidad, que pagaría luego muy cara. El gobierno británico hizo una declaración en Londres en julio de 1939 por la que Inglaterra reconocía «las necesidades especiales» de las fuerzas japonesas en China, comprometiéndose a no efectuar ninguna acción en contra de las citadas «necesidades».

Comunistas y nacionalistas

Ante la agresión japonesa, nacionalistas y comunistas se unen de nuevo; a primeros de 1938 ambas fuerzas conciertan un acuerdo por el cual Chiang Kai-shek reconocía a Yenán en la provincia de Chen-Si como capital del Estado comunista chino, y a su vez éste se compromete a no atravesar las fronteras de Chen-Si y Kan-Su. Tras este acuerdo, el VIII ejército comunista entró a formar parte del cuartel general de Chiang Kai-shek, y los comunistas tuvieron representación en el Consejo Político del Pueblo. La influencia comunista creció, tanto por el prestigio de su líder, Mao Tse-tung, como por el papel que las guerrillas comunistas desempeñaron en la lucha contra Japón. Mientras Chiang Kai-shek luchaba con un ejército regular, las fuerzas de Mao actuaban a espaldas de los nipones conforme las tropas gubernamentales se retiraban. Pero pronto volvieron las disensiones, sobre todo cuando el IV ejército comunista de Mao Tse-tung pasó al sur del Yangtsé, reanudándose las peleas entre las tropas de Mao y las de Chiang, para satisfacción de Tokio.

Mientras tanto, la guerra ha estallado en Europa, y Tokio se aprovecha para establecer un gobierno títere chino en Nankín, mandado por Wang Sing-wu, que permite a Japón mantener guarniciones en el Norte, en Mongolia y en los principales puertos «hasta dos años después de terminadas las hostilidades con las fuerzas de Chiang Kai-shek». Con la complicidad de este gobierno satélite, Japón se dedicó a aislar las concesiones comerciales extranjeras y explotar las riquezas del norte de China a través de compañías subsidiarias de los grandes *trusts* nipones, como la Mitsui y la Mitsubishi, anulando el tráfico comercial francobritánico. Con la derrota de Francia, Japón impone su intervención en Indochina al gobernador general francés en Saigón, aceptándola el gobierno de la Francia de Vichy, a cambio del respeto a la integridad de sus colonias. Integridad teórica, ya que los japoneses controlan el puerto de Haiphong y utilizan los aeropuertos mientras dure la guerra contra China. La debilidad de Vichy es aprovechada por Tokio, que lanza a Siam contra Francia exigiendo la devolución de las provincias del norte de Camboya. Francia cede, y en 1941 abandona los territorios reclamados.

En abril de 1941, con sus tropas extendidas por China y el sudeste asiático, Japón parece invencible. En esa fecha, Matsuoka, ministro de Asuntos Exteriores nipón, firma con la URSS un pacto de no agresión. La intención está clara; Japón no desea otro frente con los rusos por el Norte; en plena batalla europea, Japón quiere tener las manos libres para sus planes de expansionismo por el Pacífico, y guardarse las espaldas para cuando se decida a atacar a Estados Unidos... En junio de 1941 Hitler invade Rusia, y Japón no interviene. El pacto ha funcionado, y Tokio, sabiendo a la URSS enzarzada contra la Alemania nazi por Occidente, no teme por su flanco nororiental. Todo queda dispuesto para que la Armada nipona se lance, a primeros de diciembre, por sorpresa, contra la base naval estadounidense en el Pacífico, en las islas Hawai, en Pearl Harbour.

Pero eso ya forma parte de otra historia... La que da comienzo con el 7 de diciembre de 1941, y abre la guerra de Japón contra Estados Unidos. Mientras tanto, China resistió la invasión japonesa y con el apoyo angloamericano cambió el signo de la lucha a partir de 1944. Luego habrían de proseguir las luchas internas entre nacionalistas y comunistas que, resueltas por las armas en 1947, darían lugar a los dos estados que aún hoy subsisten: la China continental, comunista, y la nacionalista, establecida en el reducto isleño de Taiwán (Formosa).

J. R.

La transformación del Japón en un Estado fuerte y moderno se inició en la segunda mitad del siglo XIX, bajo la dinastía Meiji. Se abolieron los usos y costumbres feudales, se levantó la prohibición de viajar al extranjero y de que extranjeros entraran en Japón, que había estado vigente durante siglos y castigada su violación con la pena de muerte, así como la creación de una nueva corte en una nueva capital, Tokio. La supuesta democratización política no llegó a realizarse o se hizo muy imperfectamente, pero sí se sentaron las bases para construir una economía moderna, orientada sobre todo hacia la gran industria y sus aplicaciones militares. Los japoneses sacrificaron una vez más sus individualidades al Estado y en poco tiempo convirtieron a su país en una gran potencia.

Bibliografía básica

ALLEN, L.: *Japón: Los años de triunfo*, Nauta. Barcelona, 1970.
CARRINGTON GOODRICH, L.: *Historia del pueblo chino*, Fondo de Cultura Económica. México, 1950.

EL «GUERNICA» EN LA BORRASCA DEL MUNDO

EN la cima del monte Cosnoaga un hombre agitó una bandera roja. Otro la vió desde la torre de una iglesia de Guernica, y comenzaron a repicar todas las campanas: se anunciaba así que llegaban aviones enemigos. Eran las cuatro y media de la tarde del 26 de abril de 1937: día de mercado. En la ciudad había diez mil personas: tres mil de ellas refugiadas de otros pueblos ocupados o bombardeados. Durante tres horas y media se turnaron los bombarderos y los cazas. El 27 de abril la delegación oficial de Euzkadi en Valencia (el gobierno trashumante de la República estaba allí) publicó una nota oficial: «Ayer por la tarde quedó reducida a ruinas y escombros la villa de Guernica: su Casa de Juntas, el árbol de su tradición, el caserío que formaban sus calles señeras e hidalgas, cayeron bajo el bombardeo de la aviación rebelde (...). Allí estaba Guernica. Entre sus ruinas solamente quedan cadáveres carbonizados en gran cantidad. Los que la evacuaron, hombres, mujeres y niños, sacerdotes de Dios y gentes civiles, fueron perseguidos por la metralla. Guernica, con su archivo, biblioteca, museo y tradición, ha pasado al seno de lo histórico.»

Eduardo Haro Tecglen, periodista y escritor, es el autor de este artículo.



Las imágenes fotográficas son obietivas: Guernica fue el infierno.

1937


Picasso, desde un país en paz, sufría una patria en guerra.

El martes 27 de abril de 1937 el periódico vasco Euskadi, *editado en Bilbao, informaba así en primera página a sus lectores: «El pueblo vasco, por su libertad». «Prosigue la fuerte ofensiva rebelde». «Nuestros heroicos combatientes siguen defendiendo palmo a palmo el territorio leal vasco, dispuestos, como todo el pueblo, a superar el trance cueste lo que cueste». «La aviación alemana, sirviendo al odio de los fascistas españoles, bombardeó e incendió ayer nuestra histórica villa de Guernika. El pueblo vasco tiene que vengar ahora un crimen más». A continuación,* Euskadi *reproduce el parte de guerra del consejero de defensa, que se inicia así: «Frente de Guipúzkoa. El enemigo ha atacado hoy por las zonas de Berriz y Durango, siendo rechazado con muchas bajas. La aviación alemana, al servicio de los facciosos, ha bombardeado Guernika, población indefensa de la retaguardia, sin otro objeto que hacer una demostración de su saña contra nuestros más caros sentimientos». A la izquierda, fotografía de las ruinas de la villa foral vasca tras el masivo bombardeo aéreo. A la derecha, Pablo Picasso a la entrada de una de sus múltiples casas francesas, en la época en la que pintó en París el* Guernica, *el cuadro más famoso de todo el siglo XX.*

TELEGRAMA

UŔUTIDATZI

27 ABR. 1937

119

27 abril 1937

VALENCIA

Un telegrama comunica al gobierno el bombardeo de la villa de Guernica.



Las ruinas de aquel pueblo hablaban por sí mismas.

Un tema para un encargo

Seis días después, Pablo Picasso comenzó a preparar el cuadro dedicado a Guernica: las primeras rayas, el primer boceto, está fechado el 1 de mayo. Los dos apuntes de ese día tienen una caligrafía simple, pero ya figuran en ella cuatro elementos fundamentales: el toro, el caballo, la casa, la mujer de la lámpara. Picasso era director del Museo del Prado desde el mes de septiembre, pero el museo había huido de sí mismo: en una noche de noviembre los grandes cuadros habían sido evacuados (Alberti lo relata en su obra de teatro *Noche de guerra en el Museo del Prado)*. La fachada estaba cubierta de sacos terreros para protegerla de las bombas. Picasso había recibido en enero el encargo, hecho por el gobierno de la República, de pintar un cuadro para la Exposición Internacional de París convocada para el verano, pero aún lo había hecho. Las noticias sobre el bombardeo de Guernica le sugirieron la idea. Las descripciones de los testigos presenciales parecen coincidir con la imagen final del cuadro. He aquí una: «... rostros petrificados por el dolor de quienes, sentados en el borde del camino, contemplaban impávidos la consunción de Guernica y, en aquella inmensa hoguera, los cuerpos de sus seres queridos. Todas aquellas gentes daban la impresión de haberse vuelto locas. El terror les había quitado el más leve sentido de la realidad». El corresponsal del *Times* de Londres daba la identidad de los atacantes: bombarderos Heinkel y Junker, cazas Heinkel. Los mismo que, tres años más tarde, iban a lanzarse contra Londres y Coventry. Pero entonces los británicos leían las noticias de la guerra de España con una sensación de lejanía, salvo los intelectuales y los militantes de partidos obreros. Lo mismo sucedía en París, a cuyas puertas iba a llamar el grito de Guernica ese mismo verano, llevado por Picasso a la Exposición Internacional.

Un imaginario viajero soviético se asombraba de esa indiferencia. «Había llegado a París desde el Moscú de los años duros, con hilos de plata en el cabello, exigente y lleno de desconfianza: Moscú vivía con la sensación de una tormenta muy próxima; y si los parisienses no se inquietaban en absoluto por la agonía de la ciudad de Madrid, su vecina, en cambio muy poco tiempo antes, ante un mapa de España, en una noche de hielo y borrasca, los moscovitas se apretaban en silencio en la Plaza Puchkin. Y, tras su mutismo, se percibía la inquietud, la cólera, la fe». Pero en París «se hubiera dicho que nadie sospechaba que la muerte se había deslizado bajo sus ventanas. Como siempre, los pescadores dormitaban en los muelles

del Sena, los adoradores de Horacio estornudaban al pasar las hojas polvorientas de los libros de ocasión; en las esquinas de las calles los músicos ambulantes cantaban el amor de Kiki, tan irresistible y cómodo». Era un personaje de la novela de Ilya Ehremburg *La Tempestad*. Ehremburg fue cronista de la guerra de España, y ahora estaba en el inconsciente París que todavía era, como dijo Hemingway, «una fiesta». Hemingway fue también corresponsal, y novelista, en Madrid. Y Madrid no era una fiesta. En una crónica cablegrafiada el 11 de abril de 1937 —quince días antes, por tanto, del bombardeo de Guernica— contaba sus impresiones de la ciudad a la que acababa de llegar: «En la ciudad, donde todas las calles estaban llenas por la multitud del domingo, los obuses llegaron con el brusco relámpago de un cortocircuito, y después se produjo el ruido esordecedor del granito convirtiéndose en polvo. Durante la mañana, cayeron sobre Madrid veintidós obuses. Mataron una vieja que venía del mercado, lanzándola por tierra como un bulto de ropas negras; una pierna arrancada repentinamente fue a estrellarse contra la pared de una casa. En otra plaza mataron tres personas que se esparcieron como otros tantos paquetes rotos de viejos trapos en el polvo y las esquirlas...»

Bajo el volcán

Fue una época extraña. España estallaba, y todo el aire de Europa estaba ya cargado de un premonitorio olor a pólvora. En 1937, Hitler había tomado ya los plenos poderes, anunciaba la necesidad de «espacio vital» y diseñaba sus planes de expansión. Gran Bretaña se preocupaba, sobre todo, por el amor de un rey: Jorge V había muerto en enero de 1936, y su hijo mayor, Eduardo VIII, había preferido a una americana divorciada, la señora Simpson, antes que el trono de lo que aún era un gran imperio: sería esta pareja la de los duques de Windsor, emigrante toda su vida... La crisis real había llevado al poder a un conservador, Chamberlain, que iría, con su paraguas y su bombín, a pactar inútilmente con Hitler en Munich. En Palestina, dos jóvenes terroristas se enfrentaban en filas distintas, el árabe Anuar el Sadat y el judío Menajem Beguin: años más tarde, ambos jefes de sus estados y premios Nobel de la Paz; uno de ellos, Sadat, moriría en un atentado, y un poco después Beguin se retiraría de la política entre la vergüenza y la inutilidad de las matanzas de palestinos en Chabra y Chatila. Irlanda se proclamó en 1937 Estado soberano, con una Constitución republicana (contra la monarquía británica), pero comenzaría ya una dura disputa contra Londres por la región del Ulster. Hoy, también allí como en Palestina, siguen perpetuándose las bombas y la violencia de cada día. En Francia había un Frente Popular gobernando desde mayo de 1936. Lo presidía Léon Blum, viejo socialista histórico que había introducido por primera vez mujeres en el gobierno. Pero cuentan los republicanos españoles que, cuando iban a pedirle armas para combatir la sublevación, a pedir la ayuda de un Frente Popular para otro Frente Popular, Léon Blum se deshacía en lágrimas: «No puedo... no puedo...». Unos años después, Léon Blum estaría en un campo de concentración alemán: de 1942 a 1945. Entre 1936 y 1937 tres colonias francesas, Argelia, Túnez y Marruecos, pedían su independencia: necesitarían veinticinco años —y mucha sangre— para conseguirla. En China, Chiang Kai-shek se enfrentaba desde 1935 con una rebe-

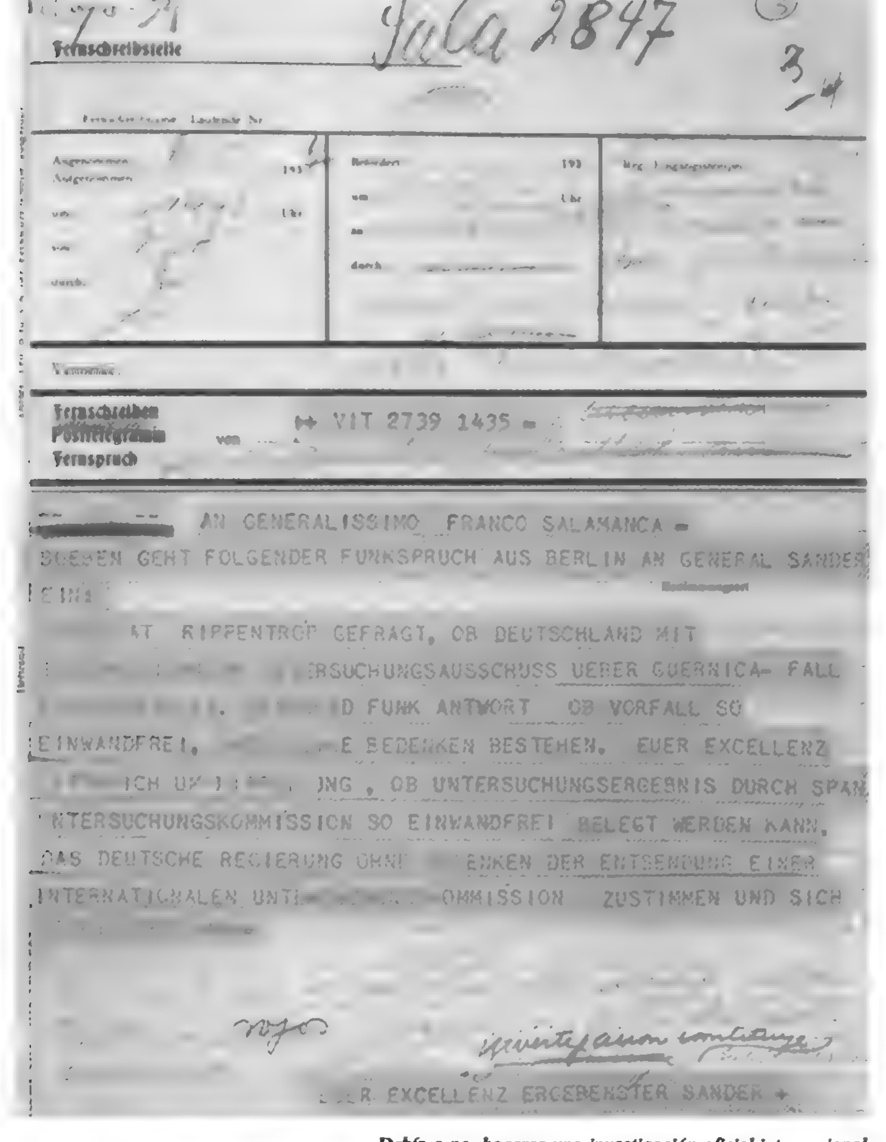
En la página opuesta, arriba, telegrama y parte de guerra del gobierno autónomo vasco comunicando al gobierno republicano (entonces con sede en Valencia) el brutal bombardeo de Guernica. Abajo, aspecto de las ruinas de la villa foral vasca. En esta página, escudo de la Legión Cóndor, cuerpo de élite de la aviación alemana, enviado por Hitler para ayudar a Franco en la Guerra Civil española.



Escudo de la Legión Cóndor.

lión comunista, ayudado por Hitler; los comunistas, dirigidos por Mao Tse-tung, se habían salvado del exterminio gracias a la Larga Marcha: diez mil kilómetros a pie en un año. Pero en 1937, cuando se estaba celebrando la Exposición Internacional de París —con el *Guernica* en el pabellón español—, Japón entraba en guerra contra China: Japón, en el pacto antikomintern (Komintern = Internacional Comunista) con Alemania, Italia y la España de Franco; China, ayudada por un pacto con la URSS. La URSS, por su parte, había comenzado ya las grandes purgas del estalinismo: aún con la Exposición de París abierta, se estaba juzgando al mariscal Tukachevski; ya habían sido eliminados Zinoviev y Kamenev en 1936, Rikov y Bujarin caerían en 1938. La Italia fascista había terminado su guerra en Abisinia (Etiopía), el *Negus* estaba en el exilio de Londres (volvería al final de la Guerra Mundial, para reinar con mano férrea: en 1974 fue derrocado por un golpe de Estado, y murió en prisión un año después). En Estados Unidos, Roosevelt aún luchaba con las consecuencias de la catástrofe económica de 1929 mediante su *New Deal*, propuesta ya desde su primer mandato presidencial, que introducía al Estado en la empresa privada. En 1937, el 95 por 100 de los americanos eran hostiles a la idea de que Estados Unidos interviniese en una posible guerra europea, pero en el mes de octubre el presidente pronunció el famoso discurso «de la Cuarentena» advirtiendo que se enfrentaría con las dictaduras europeas. Lo hizo cuando llegó el momento; pero Roosevelt murió muy poco antes de que terminara la guerra, y su labor fue lentamente destruida. Sin embargo, todo este mundo agitado, nervioso, con los fantasmas del nazismo y del comunismo enfrentándose, con revueltas en las calles de las ciudades europeas, producía un nervio cultural, un movimiento literario y artístico profundo.

La Guerra Civil española fue utilizada por los nazis como campo de experimentación de las nuevas tácticas aéreas de gran capacidad destructiva, utilizadas luego masivamente durante la Segunda Guerra Mundial. Guernica fue la primera víctima de los bombardeos continuados, combinando bombas de metralla con bombas incendiarias. Durante tres horas y media, en raids de aviones que se lanzaban en picado cada 20 minutos, la villa foral vasca fue reducida a cenizas. Abajo, telegrama del jefe de la Legión Cóndor a Franco, consultando si Alemania debe aceptar la constitución de una comisión internacional para investigar las responsabilidades del bombardeo de Guernica.


Jala 2847

Fernschreibstelle

Fernschreiben
Posttelegramm
Fernspruch

VIT 2739 1435 =

AN GENERALISSIMO FRANCO SALAMANCA =
[illegible]GEHT FOLGENDER FUNKSPRUCH AUS BERLIN AN GENERAL SANDER
EIN:
[illegible] AT RIPPENTROP GEFRAGT, OB DEUTSCHLAND MIT
[illegible] [illegible]RSUCHUNGSAUSSCHUSS UEBER GUERNICA- FALL
[illegible] [illegible]D FUNK ANTWORT OB VORFALL SO
EINWANDFREI, [illegible]E BEDENKEN BESTEHEN. EUER EXCELLENZ
[illegible] ICH [illegible] [illegible]UNG, OB UNTERSUCHUNGSERGEBNIS DURCH SPAN
[U]NTERSUCHUNGSKOMMISSION SO EINWANDFREI BELEGT WERDEN KANN,
DAS DEUTSCHE REGIERUNG OHNE [illegible]EHKEN DER ENTSENDUNG EINER
INTERNATIONALEN UNT[illegible] [illegible]OMMISSION ZUSTIMMEN UND SICH
[illegible]
[illegible]R EXCELLENZ ERGEBENSTER SANDER +

Debía o no, hacerse una investigación oficial internacional.

«El arte de la pintura no esta hecho para decorar apartamentos»

El cine hablado tenía ya diez años, y Charlie Chaplin acaba de rodar *Tiempos modernos*, donde ya se recogía la palpitación de la actualidad. En Estados Unidos, una solterona de provincias, tímida y soñadora, Margaret Mitchell, había escrito *Lo que el viento se llevó*. En 1937 llevaba ya vendidos cuatro millones de ejemplares: despedía una época dorada, la del profundo y cálido Sur, pero en realidad los lectores estaban viendo también la despedida de su propio tiempo. Sin embargo, en su país, la atención de los intelectuales se centraba más en los nombres de Steinbeck, Dos Passos, Caldwell, Eugene O'Neill, Henry Miller: eran los que, bajo Roosevelt, estaban viendo ya que lo que cambiaba era la condición humana. *La condición humana* era el título que André Malraux había dado, en 1933, al libro en el que relataba la lucha revolucionaria en China. Malraux ya estaba, en 1937, en España, y era teniente coronel de Aviación. Combatía, escribía y filmaba *L'Espoir*. Cuando los alemanes bombardeaban Guernica, Malraux estaba en Valencia asistiendo a un Congreso de Escritores Antifascistas que se desarrollaba en plena Guerra Civil, y que se acercaría a los frentes. Jean-Paul Sartre estaba escribiendo *La Náusea*, que estallaría más tarde, en el mundo de la posguerra, creando el existencialismo. La pintura: en torno a la Exposición de París brillaban Dufy (presentó en la exposición un *Homenaje a la electricidad);* Utrillo pintaba Montmartre, copiándolo

no del natural, sino de tarjetas postales; Rouault daba a sus personajes cercados por un trazo grueso un sentido místico; Léger pintaba la nueva máquina que Chaplin había filmado en *Tiempos Modernos*. El holandés Mondrian, el ruso Chagall con sus formas flotantes, la delicadeza del japonés Fujita, el alemán Ernst... Y los españoles: Juan Gris, Picabia, Miró. Y Picasso.

Picasso había cambiado ya el camino del arte varias veces. Había participado en el futurismo, el dadaísmo y el surrealismo. Había fundado —con Braque— el cubismo. Estaba en todas las formas cambiantes y, al mismo tiempo, estaba nutriéndolas de tradición. Si Arnold Schomberg había roto la música, él había roto las formas. Si llegaba a Europa un aire africano con el jazz, Picasso traía las formas del arte negro. Los rusos habían enseñado una manera nueva de descomponer el movimiento en el ballet: tenían decorados de Picasso. Este, en 1901, expuso sus primeros cuadros en París (Galería Vollard): cumplía veinte años. En mayo de 1937, a los cincuenta y seis años, explicaba por qué estaba pintando este cuadro: «La lucha que se desarrolla en España es la de la reacción contra el pueblo, contra la libertad. Toda mi vida de artista ha sido una lucha contra la reacción y contra la muerte del arte. (...) En el lienzo en el que estoy trabajando, al que titularé *Guernica*, y en todas mis obras recientes, expreso claramente mi horror por la casta militarista que ha hundido España en un océano de dolor y muerte...». Años más tarde, después de la Guerra Mundial, Picasso seguiría explicándose en término muy parecidos: «¿Qué creen ustedes que es un artista? ¿Un imbécil que sólo tiene ojos si es un pintor, orejas si es músico, o una lira a la altura de su corazón si es poeta, o incluso si es boxeador, que sólo tiene músculos? Al contrario, es al mismo tiempo un ser político, constantemente vivo para recibir y responder a todos los acontecimientos externos, bravos o felices o estimulantes. ¿Cómo le sería posible no interesarse en los demás, y tener la virtud de una indiferencia de torre de marfil que le aislara de la vida que tan irresistiblemente le reclama? No, el arte de la pintura no está hecho para decorar apartamentos. Es un instrumento de guerra para el ataque y la defensa contra el enemigo».

Estudios para el «Guernica»

Queda antes dicho que comenzó a trazar el 1 de mayo. Al día siguiente hizo dos estudios más. Las figuras cambiaban de posición entre sí, comenzaban a hacerse más visibles. Aparece un soldado muerto. La casa se va agrandando. En todos los primeros bocetos, el espacio es cuadrado, salvo en dos (8 y 9 de mayo) en que el espacio se va pareciendo más a su configuración final. A partir de esta fecha, la escena dibujada es nocturna. Durante los mismos días hace, aparte, estudios de algunas de las figuras: sobre todo del caballo, al que dedicó los trabajos fechados el 10 de mayo. El día 11, el boceto muestra ya una imagen notablemente parecida a la que resultaría al final, y trabajaba ya sobre el lienzo. El mural ocuparía la pared frontal de un patio en el pabellón español de la Feria. Este espacio le dio la configuración y las dimensiones. Los cambios siguientes son de zonas de luz y sombra, de relieve de figuras, de adaptación de esas figuras entre ellas, pero hay uno muy significativo: una versión tiene un sol de fondo y, recortado en él, un puño cerrado; en la siguiente, el puño se ha convertido en una bombilla, y el sol en una lámpara. Algunas personas creen que el cambio se hizo para evi-

La sensibilidad picassiana se vio afectada grandemente por los sufrimientos de la población civil en la guerra de España. El Guernica *y la colección de bocetos y fotografías en la que puede seguirse paso a paso su concepción, exhibidos desde el 10 de septiembre de 1981 en el Casón del Buen Retiro de Madrid, es un feroz y visceral alegato contra la guerra. Durante la ocupación nazi de París (junio 1940-agosto 1944), Picasso respondió a unos oficiales alemanes que visitaron su estudio y le preguntaron sobre el* Guernica*: «Ese lo pintaron ustedes». En la foto, el universal pintor español mezcla los grises del* Guernica *en su taller de París.*



Picasso en busca de su obra, un boceto tras otro.



Combatir desde el arte las atrocidades de la guerra.

Frente a la multiplicidad de símbolos y significados que los críticos de todo el mundo decían ver en el Guernica, *el cuadro sobre el que más se ha escrito en toda la historia del arte, Picasso declaró en 1947 al marchante Kahnweiler, quien lo comunicó al director del Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA), que «el toro del* Guernica *es un toro y el caballo un caballo. En el cuadro también hay un ave que es un pollo, y este pollo es un pollo». Para Picasso, el pintor pinta realidades no símbolos; es el literato el que crea símbolos, pero no el artista plástico.*

tar la identificación política del puño en alto con el saludo del partido comunista (al cual no se adhirió hasta después de la Segunda Guerra Mundial) para no limitar la amplia representación del pueblo. La fecha exacta en que el cuadro quedó terminado no se sabe. Pero sí se sabe que cuando fue colocado en la Exposición, el pabellón español no estaba totalmente terminado aún.

Muchas interpretaciones

Desde aquel momento, el cuadro ha sido visto por millones de personas. La Exposición de París registró 31 millones de visitantes: no era más que el principio. Toda clase de intelectuales, de críticos y de historiadores, de psicoanalistas, han analizado el cuadro. Se ha interpretado cada uno de sus detalles. El escritor Juan Larrea, tan próximo a Picasso, cree que el caballo es un símbolo del fascismo: le han combatido duramente otros críticos. El toro sería el pueblo español: una pelea de fábula, entre dos animales míticos. Un caballo de picador —el elemento odiado de la fiesta, el agresor— y un toro que queda por encima de él... Francisco Carantoña piensa que el toro es una energía y que el hombre destruido es «el pueblo del dos de mayo, víctima de su pasión por la libertad», pero que vuelve a brotar a la vida. Las dos mujeres de la derecha serían espectadoras —según esta versión— atraídas por el combate. Este autor sitúa todo el cuadro en la tradición, en los símbolos, en el grafismo de Goya. Otros han encontrado referencias muy directas en las *Matanzas de los Inocentes* de Matteo di Giovanni y de Guido Reni; han visto la cabeza de la mujer como un recuerdo de la *Thetis* de



1937

El «Guernica» en la borrasca del mundo

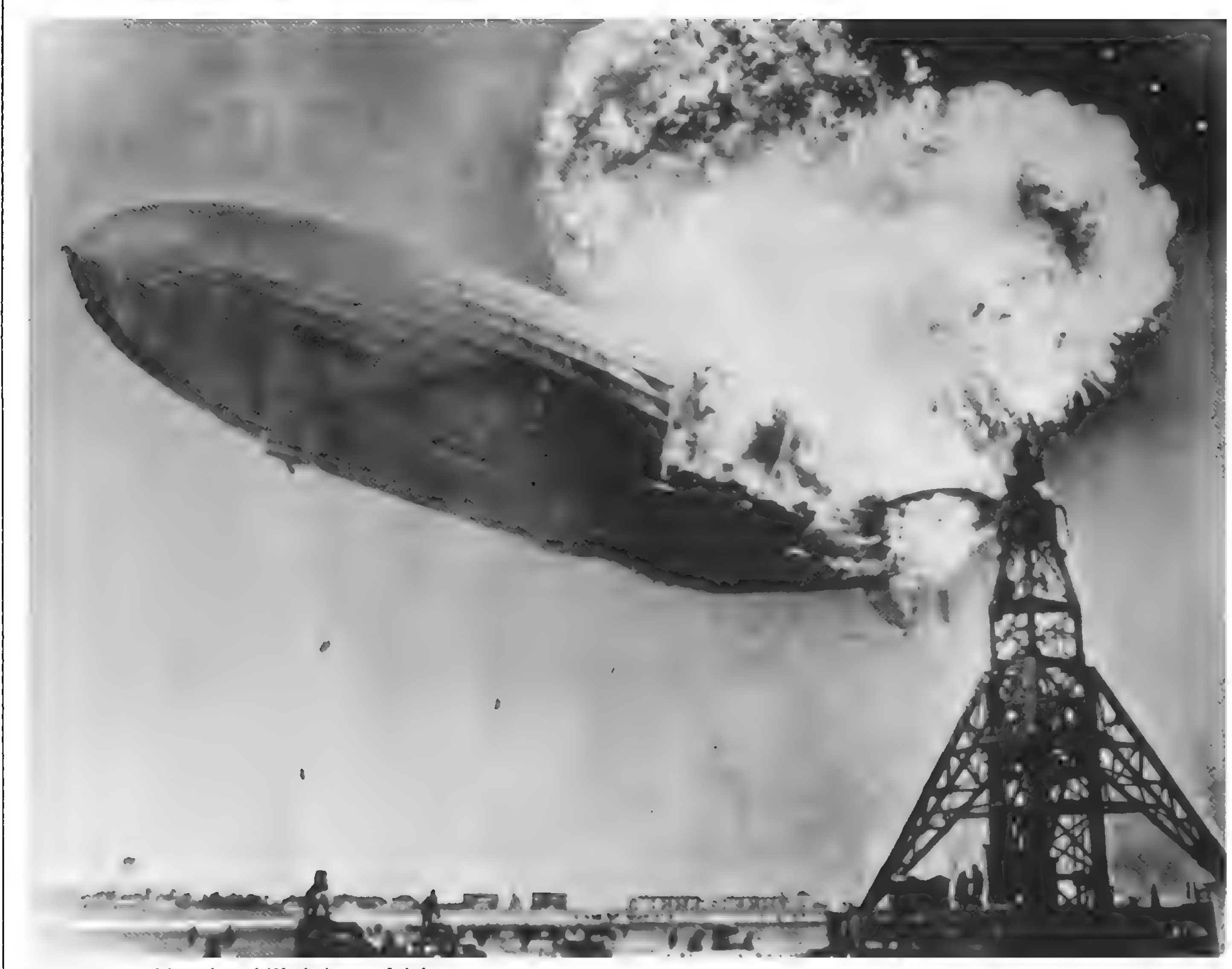
Tras la restauración democrática en España, en 1977, después de casi 40 años de dictadura franquista, se iniciaron los trámites para el traslado del Guernica *a suelo español desde el Museo de Arte Moderno de Nueva York, lugar donde el cuadro se encontraba «depositado» desde 1939. El* Guernica, *por el que el gobierno de la República pagó a Picasso 150.000 francos franceses, era propiedad del pueblo español, pero su creador consideró, primero, que sólo podría volver a España cuando se restaurasen «las libertades de una República democrática», y, posteriormente —el 14 de abril de 1971—, escribió al abogado francés Roland Dumas, su albacea testamentario, dejando a su arbitrio el juzgar cuándo el cuadro debía volver a España «una vez que se restablezcan las libertades públicas». El abogado dio el visto bueno al traslado el 21 de febrero de 1981, y el 10 de septiembre del mismo año el* Guernica *entraba a formar parte del Museo del Prado de Madrid, primera pinacoteca del mundo, de la que Picasso fue director durante la República. Considerado el artista más grande del siglo XX y quizá de toda la historia del arte, Picasso confesaba que «todo cuanto sé lo aprendí un verano de convalecencia en un pueblo de Tarragona llamado Horta de Ebro. Allí aprendí a cuidar un caballo, a dar de comer a las gallinas, a sacar agua del pozo, a hablar con la gente, a equilibrar la carga de un burro, a ordeñar una vaca, a cocer bien el arroz, a tomar fuego del hogar. Es decir, a vivir de mis manos».*

Poussin. Se le ha identificado con Crucifixiones, con Desprendimientos. Desde luego, con el Goya de los fusilamientos del 3 de mayo en la Moncloa. No hay ninguna imposibilidad en nada. Habría que volver a su primera exposición en París, 1901, y a una crítica que, vista ahora, tiene una extraña luminosidad: «Es fácil identificar, aparte de a sus grandes antepasados, los maestros antiguos, una docena de influencias probables (escribió Félicien Fagus): Delacroix, Manet, Monet, Van Gogh, Pisarro, Toulouse-Lautrec, Degas, Forain, quizá también Rops. Cada influencia es sólo momentánea, rechazada inmediatamente después de haberla usado. Es evidente que su entusiasmo por los otros pintores no le ha dado aún la ocasión de crear un estilo personal: su individualidad total yace en ese entusiasmo, esta juvenil e impetuosa espontaneidad...». Había adivinado aquel crítico lo que sería Picasso toda su vida: un resumen, un compendio de toda la pintura del mundo.

El *Guernica* ha corrido después la suerte que se sabe. Su viaje a Nueva York, en espera de que una democracia en España lo legalizase, la lucha diplomática para conseguirlo. Una divulgación en reproducciones, grabados, libros, postales, revistas, como no ha conocido ningún cuadro contemporáneo. Ahora, en la hora de las «revisiones», una nueva crítica a su composición, su atonalidad.

Pero es uno de los doce cuadros más famosos del mundo, comenzando por el bisonte de Altamira. Rebasa ya el tema concreto de Guernica: es un símbolo de los pacifistas del mundo entero. En una época en la que ya un bombardeo proyecta hacia el infinito, o la nada, lo que pasó en Guernica.

E. H. T.



Dos instantáneas del accidente del* Hindenburg *en Lakehurst.

En las fotografías, dos momentos del pavoroso incendio declarado el 6 de mayo de 1937 a bordo del gigantesco zepelín alemán Hindenburg *(LZ-129) en el campo de aterrizaje (especialmente diseñado para dirigibles) de Lakehurst, Nueva Jersey, Estados Unidos. El accidente paralizó la construcción de los nuevos dirigibles germanos LZ-130 y LZ-131, utilizados para sus fines de propaganda política por la Alemania nazi.*

Los precedentes

Para entender mejor lo que fue la época dorada de los zepelines debemos remontarnos a sus orígenes. Todo empezó en el siglo XIX, cuando la obtención de hidrógeno —14 veces más ligero que el aire— permitió un fuerte impulso en el desarrollo aerostático. El francés Giffard y su compatriota Blanchard sentaron las bases de la navegación aérea en globos controlables, pero se trataba de experimentos incipientes en los que los globos tenían, de hecho, más de aerostatos libres que propiamente dirigidos. Otro francés, Henri Dupuy de Lome, construyó, en 1872, un dirigible bastante bien diseñado, que hubiera podido funcionar de no ser por su insuficiente fuerza motriz, a cargo de los músculos del piloto. En el mismo año, un alemán, Paul Haenlein, consiguió volar en un dirigible impulsado por un motor Lenoir, de combustión interna, con gas de alumbrado. Hubo otros diseños a base de motores eléctricos, y en 1884, dos franceses, Charles Renard y A. C. Krebs, consiguieron volar ocho kilómetros en un dirigible de su invención, impulsado por motor eléctrico; sin embargo, estos motores tenían los mismos inconvenientes que las máquinas de vapor, esto es, resultaban demasiado pesados para adaptarse con éxito a la aeronáutica. El descubrimiento y extensión del motor de gasolina solucionaría este punto. A principios de siglo, el millonario brasileño residente en París, Alberto Santos-Dumont, aficionado a todas las novedades técnicas del progreso, acopló un motor de automóvil a un pequeño dirigible, logrando, tras ocho intentos infructuosos, un noveno con éxito; en una cálida mañana de junio de 1903, Santos-Dumont logró, para asombro y solaz de los parisienses, cruzar la capital de Francia con su dirigible, al

1937



«HINDENBURG»: EL ULTIMO DIRIGIBLE

EN la tarde del 6 de mayo de 1937, poco después de las siete, se produjo la tragedia que acabó con uno de los símbolos aéreos de la pujante Alemania nazi: el incendio del LZ 129 Hindenburg, *uno de los gigantes del aire de su tiempo. Su fin acarreó el de toda una raza de atlantes aeronautas: los dirigibles.*

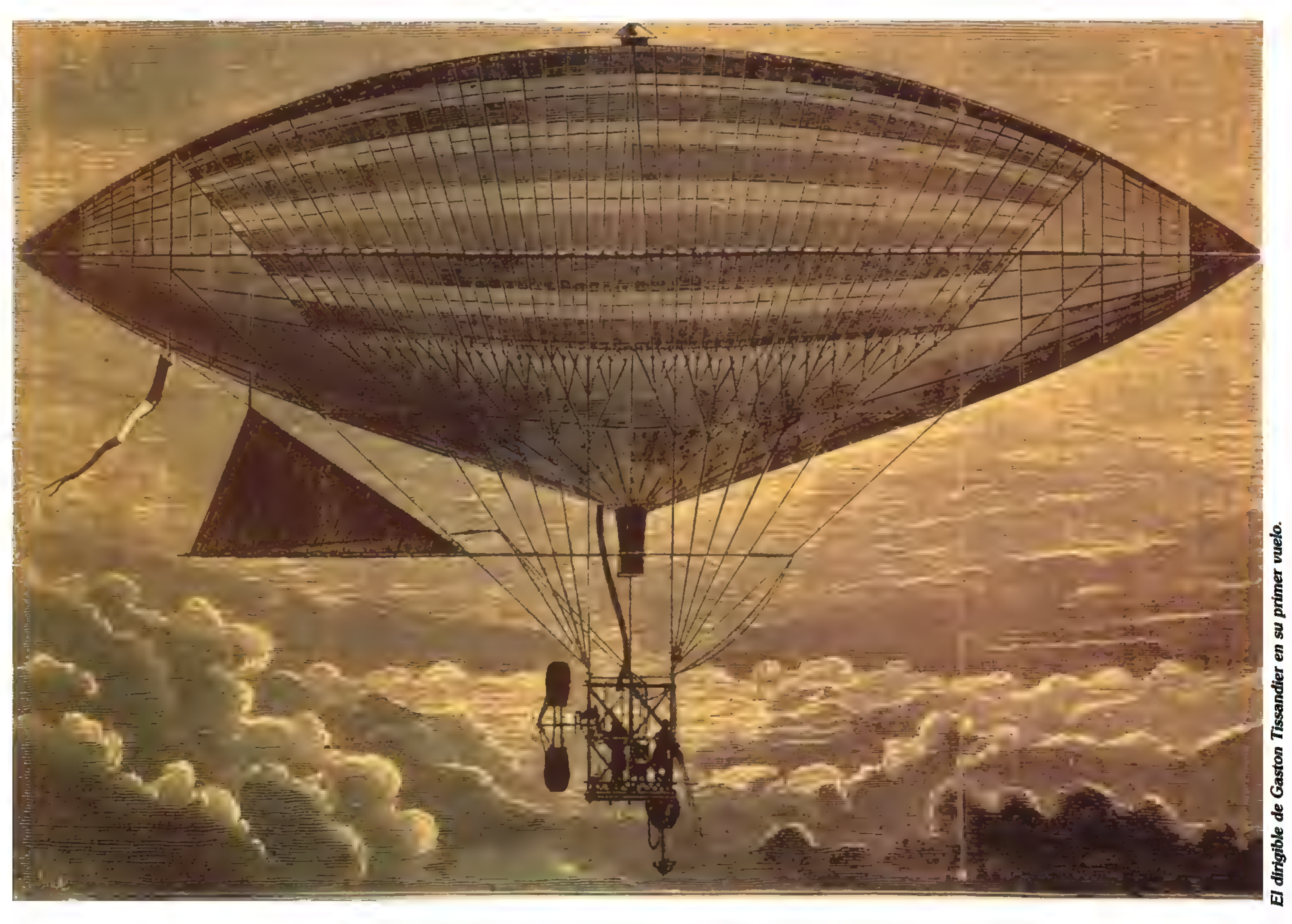
La catástrofe del Hindenburg *costó treinta y seis vidas. Aún hoy se ignoran con exactitud las causas del desastre, aunque todo parece indicar que, a consecuencia de una falsa maniobra con los cables de amarre, el dirigible flexionó a menos de 60 metros del suelo, provocándose un pavoroso incendio tras una fuerte explosión. En cuestión de segundos, las llamas envolvieron la sección de cola de la inmensa nave de casi 250 metros de largo, y los espectadores que acudieron a recibirla en el campo norteamericano de Lakehurst, en el Estado de Nueva Jersey, se convirtieron en los espantados testigos del final de una era.*

que le puso el nombre de *Pequeño Vagabundo*. Santos-Dumont voló a lo largo de los Campos Elíseos hacia su lujosa mansión, en cuyo jardín tomó tierra ayudado por su servidumbre, quienes sujetaron el globo mientras el excéntrico franco-brasileño entró en su casa para desayunar a base de café y *croissants*. Con el estómago lleno, Santos-Dumont prosiguió su paseo aéreo de regreso al punto de partida. Un año antes, los hermanos Lebaudy, también franceses, habían conseguido una azaña similar.

El conde Zeppelin

Mientras tanto era en Alemania, a orillas del lago Constanza, donde los ensayos de un militar aristócrata, general retirado de Caballería, iban a consagrar definitivamente el dirigible como transporte aéreo por antonomasia. Ferdinand von Zeppelin era un entusiasta de la navegación aérea y estaba convencido de que los globos dirigibles serían el auténtico transporte aéreo del futuro. A principios de siglo y una vez retirado de sus ocupaciones militares, dedicó íntegramente su vida a la experimentación de aeronaves más ligeras que el aire, capaces de gobernarse a sí mismas y de realizar todo tipo de maniobras desde el aire con total independencia. En 1901, tras varias experiencias, el conde Zeppelin consiguió volar sobre el lago Constanza de orilla a orilla, a una altura de más de 70 metros. Su dirigible era distinto a los de Santos-Dumont —que a su lado parecían pigmeos— y a los de Lebaudy, o los del americano Thomas Baldwin. La característica principal de los zepelines era la de ser algo más que un globo controlable, ya que la construcción de los mismos se basaba en una estructura rígida

El zepelín Hindenburg *había realizado antes de su destrucción 63 viajes comerciales (transporte de pasajeros y carga), muchos menos que los de su antecesor, el* Graf Zeppelin *del doctor Eckener, que había hecho 590 vuelos comerciales. Entre los dos habían transportado 15.000 pasajeros y 120.000 kilogramos de carga, recorriendo más de dos millones de kilómetros.*



El dirigible de Gaston Tissandier en su primer vuelo.

Los antecesores directos de los zepelines o dirigibles rígidos fueron los globos o dirigibles flexibles y los semirrígidos que les siguieron. Los primeros en elevarse en un globo aerostático más ligero que el aire fueron un gallo, un pato y un cordero, colocados experimentalmente en la barquilla del globo de los hermanos Montgolfier, elevado sobre el cielo de París el 12 de septiembre de 1783 ante el asombro de la corte del rey Luis XVI y la reina María Antonieta. Dos meses más tarde el globo fue tripulado por un físico y un excéntrico aristócrata. Arriba, el dirigible semirrígido de Gaston Tissandier en su primer vuelo, realizado el 8 de octubre de 1883. Tissandier fue el pionero de la aplicación de la electricidad como elemento propulsor de un dirigible. En la página opuesta, un tradicional globo aerostático, característico de la investigación aeronáutica del siglo XIX.

que alojaba en su interior varios globos esféricos independientes; la teoría del dirigible rígido permitía una maniobrabilidad y unas dotes de control superiores a la de los dirigibles semirrígidos que, en realidad, eran demasiado flexibles y vulnerables a los golpes del viento. El conde Zeppelin alteró la fisonomía del dirigible reduciendo su figura ovoide a la estilización de un cigarro puro; bajo la estructura rígida de la aeronave se situaban los motores de impulsión, con hélices a ambos lados, y la barquilla de mando. El zepelín de 1901 tenía ya casi 120 m de largo, y el número de globos estancos en su interior varió de 10 a 20. Ferdinad von Zeppelin siguió trabajando en sus diseños y logró atraer la atención del Kaiser por la posibilidad de su aplicación militar. Hacia 1905, los dirigibles del aristócrata alemán habían sido probados con éxito sobre tierra firme, y sólo las maniobras de amarre y desamarre requerían una especial destreza, sobre todo si se realizaban con viento. La potencia de los motores fue aumentando conforme se desarrollaban unidades pensadas para su uso específico en la aviación y con ello aumentaba la velocidad y el alcance de los zepelines.

De los 25 km/h que alcanzara el primer ingenio de Zeppelin (el *LZ 1*, iniciales de *Luftschiff Zeppelin)*, se pasó a los 70 km/h, si bien, sólo mantenibles cuando no había viento y a plena potencia; los ensayos prosiguieron; al *LZ 2*, destruido en un accidente provocado por el viento después de realizar dos viajes, le sucedió el *LZ 3*, que efectuó varios vuelos satisfactorios logrando el principal objetivo del conde Zeppelin: interesar al gobierno alemán en su fabricación con fines militares. Zeppelin recibió una oferta del ejército del Kaiser para fabricar un dirigible militar que tenía que reunir las siguientes condiciones: una autonomía de 24 horas de vuelo y la posibilidad de realizar un viaje de 700 km desde su base a una meta fijada. Con este objetivo, el conde Zeppelin construyó su nueva nave, el *LZ 4*, que salió el 4 de agosto de 1908 de Friedrichshafen con el propósito de cumplir las 24 horas de vuelo, pero a las once horas hubo un fallo en el motor, y se vio obligado a tomar tierra. Una vez reparada la avería, volvió a elevarse en el aire por segunda vez, para volver a sufrir, poco después, el mismo percance. Sin embargo, en su segundo descenso, el *LZ 4* tuvo mala suerte, viéndose envuelto en una tormenta que lo arrastró al suelo, donde finalmente explotó. Este fracaso, que termi-

nó en desastre, desanimó al conde Zeppelin y a sus colaboradores —entre los que ya destacaba el doctor Eckener—, y sintiéndose decepcionados, pensaron en abandonar la construcción de nuevos dirigibles hasta no haber perfeccionado los existentes. La catástrofe, sin embargo, solidarizó a la población alemana, que a la vista de la popularidad de Zeppelin fue sensibilizada por una campaña de prensa que abrió una colecta para la construcción de un nuevo zepelín por suscripción popular. En pocas semanas se reunieron casi un millón y medio de dólares, y este eco popular llevó al gobierno del Kaiser a aceptar el *LZ 3* como aeronave experimental y establecer un gran programa para la construcción de zepelines que prosiguió hasta el principio de la Primera Guerra Mundial, convirtiendo a Alemania en la primera potencia aérea aerostática del mundo.

Alemania en cabeza

Mientras que el auge de la aviación hace pasar en el resto del mundo a un segundo plano a los globos dirigibles, el éxito y la fama de los zepelines hace que éstos se difundan en Alemania más que en ningún otro país. La política armamentista y belicista del Imperio alemán supo ver las ventajas de contar con una flota de esta clase de aeronaves en caso de guerra, mientras que las naciones europeas en su inmensa mayoría se centraron en desarrollar el aeroplano como arma aérea, lo que tampoco fue descuidado por el Kaiser. En cualquier caso, los dirigibles también fueron considerados militarmente por otros países. En Inglaterra, a la vista de los éxitos de los zepelines, el Almirantazgo encargó en julio de 1908 a la firma Vickers & Sons y Maxim un proyecto de aeronave dirigible, y en 1909 se destinaron 35.000 libras de la época —una suma muy respetable— para la construcción del primer dirigible militar británico, a cargo de la Royal Navy, el *Mayfly,* de corta vida, ya que inauguró su primer vuelo en agosto de 1911, pero en septiembre del mismo año se partía en dos al maniobrar para entrar en su hangar, por culpa de una fuerte ráfaga de viento. Tras esta desgraciada experiencia, el Reino Unido perdió interés por los dirigibles, de modo que a principios de la Primera Guerra Mundial tan sólo Alemania contaba con una fuerza aérea relativamente importante de esta clase de aeronaves.

Mientras tanto, los zepelines se popularizaban en Alemania. En 1910 se realiza el primer servicio aéreo de pasajeros, con la construcción del *Deutschland,* pilotado por el propio conde Zeppelin en su vuelo inaugural. Pero



Los globos aerostáticos: un bello intento a la conquista del cielo.

pocos días más tarde el flamante dirigible se destruyó en accidente; sin embargo, cuatro aeronaves gemelas del *Deutschland* estuvieron transportando viajeros durante cuatro años sin sufrir ningún percance, lo que indica que su grado de fiabilidad empezaba a ser alto, y miles de pasajeros conocieron las delicias de volar en una máquina mucho más silenciosa y confortable que el aeroplano, de evoluciones lentas y suaves a una velocidad que, aunque reducida, ya no lo era tanto... unos 80 km/h. Se podían tomar bebidas y comidas frías a bordo, y las cabinas estaban dotadas de un nivel de confort sorprendente, con alfombras y butacas de mimbre. No hay que olvidar que estamos en 1910, cuando la aviación seguía siendo fundamentalmente deportiva y ni siquiera se planteaba la opción del transporte comercial.

Un arma de guerra

Pero no adelantemos acontecimientos; estamos a principios de la Primera Guerra Mundial, y el dirigible se ha convertido ya en el arma orgullo del Imperio alemán. El deseo fundamental del ejército germano —el mismo que

Arriba, postal de la época en la que puede verse al Graf Zeppelin *del doctor Eckener sobrevolando el famoso Hotel Nacional de Madrid, en uno de sus numerosos viajes a través del mundo en los que transportaba pasajeros y correo urgente. Abajo, retrato del mariscal germano Paul von Beneckendorff und Hindenburg (1847-1934), nombre con el que Hitler bautizó el gigantesco zepelín LZ-129, en su intento de que la Alemania nazi, «la nueva Alemania», recuperara la grandeza militar del pasado.*



El Graf Zeppelin *sobre el Hotel Nacional de Madrid.*



Paul von Hindenburg.

luego en la Segunda Guerra— era el de bombardear Inglaterra de forma total, y hasta que los primeros bombarderos *Gotha* estuvieron en condiciones de hacerlo, fueron los zepelines los encargados de esa triste misión. El *LZ 30* había sido ya diseñado pensando en su misión como bombardero, aun a pesar de lo vulnerables que resultaban con su peligroso hidrógeno a las balas enemigas. Peter Strasser fue el comandante del servicio aeronaval alemán encargado de tan peligrosa misión. Strasser estaba convencido, sin embargo, de que los dirigibles no eran las naves idóneas para estas misiones bélicas de bombardeo, pero obedeciendo las órdenes de sus superiores enviaba a diario dos o tres zepelines para que patrullaran de 12 a 20 horas sobre el mar del Norte, en misiones que eran más de reconocimiento y escolta que otra cosa. En aquellas operaciones los dirigibles estaban siempre a merced de las condiciones atmosféricas y de la aviación británica, y se perdieron más por las primeras que por la segunda. Había que mantener un equilibrio perfecto del lastre durante el ascenso, porque si no las naves se inclinaban peligrosamente y eran incapaces de maniobrar, aparte de subir involuntariamente a grandes alturas por recalentamiento del hidrógeno, altitudes en las que la falta de oxígeno y la baja temperatura incapacitaba a la tripulación. (No hay que olvidar que en 1914 ya se había alcanzado una altitud de 10.000 m en dirigible, cuando los mejores aeroplanos no sobrepasaban los 6.000.) Igualmente, los zepelines eran propensos a incendiarse durante las operaciones de soltar gas para que la nave perdiera altura, condiciones todas ellas que hacían que su manejo fuera delicado y poco adecuado a las maniobras bruscas que los combates aéreos imponen.

Los dirigibles alemanes de la Primera Guerra Mundial iban armados con ametralladoras instaladas en barquillas colocadas debajo del globo, a proa y a popa, pero aun así resultaban muy vulnerables a los ataques desde arriba, y los comandantes alemanes se desanimaban pronto cuando veían caer envuelto en llamas a un dirigible de su escuadrón, con lo que acababan abandonando pronto su objetivo, arrojando sus bombas al agua y volviendo rápidamente a sus bases. La primera excursión sobre Inglaterra con estos fines, por parte de los zepelines alemanes, se limitó a ataques de escasa importancia en zonas costeras; pero en agosto de 1915 los Escuadrones de Invasión se dirigieron hacia Londres en vuelo nocturno, aprovechando una noche sin luna, y sembraron el pánico en su bombardeo sobre la capital inglesa, provocando varios incendios y 55 muertos, aunque el daño moral fue superior al físico.

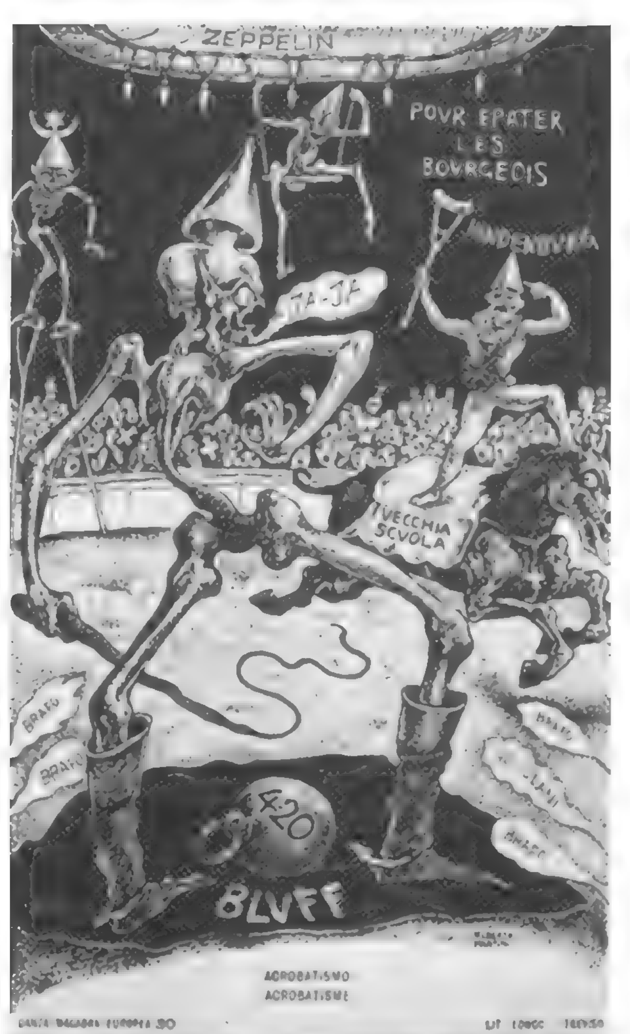
A partir de entonces, los dirigibles alemanes que enviaba Strasser sobre Londres efectuaron muchos vuelos aprovechando las noches sin luna con el objeto de minar la moral de la población británica. Heinrich Mathy fue el comandante de zepelines más famoso, con sus 120 vuelos de guerra, incluidos trece ataques contra Gran Bretaña. El 8 de septiembre de 1915 arrojó dos toneladas de bombas sobre Londres, que causaron grandes incendios y daños por valor de más de dos millones y medio de dólares de la época; fue sin duda el ataque aéreo alemán más demoledor de la Gran Guerra. La reacción británica fue la de equipar a los biplanos de caza con balas incendiarias y explosivas en sus ametralladoras. Así, en una noche de septiembre, poco después del ataque de Mathy, uno de estos cazas de combate británicos incendió y derribó un zepelin alemán. Apenas un mes más tarde otros dos zepelines que intentaban bombardear Londres fueron derribados, y el propio Mathy cayó en octubre pereciendo al sufrir su aeronave un ataque sobre territorio británico.

La tozudez de Strasser

Estas derrotas desanimaron a las incursiones de dirigibles sobre Inglaterra por un tiempo, aunque en 1917 con unos nuevos modelos más perfeccionados y potentes volvieron a probar fortuna. Strasser confiaba en que volando a grandes altitudes (por encima de los 5.000 m) conseguirían evitar a los cazas enemigos. Pero la tecnología de la época era aún muy rudimentaria para bombardear con eficacia desde esa altura, y a la vez la falta de aire provocaba fallos en los motores y desvanecimientos en la tripulación. El 19 de octubre de 1917 se llevó a cabo el último ataque en masa de zepelines sobre Gran Bretaña. Once aeronaves salieron en misión de bombardeo desde las costas de Flandes y sólo siete regresaron. Tres meses después los alemanes perdían otros cinco dirigibles a consecuencia de una serie de explosiones ocurridas en la base de zepelines de Alhorn. En el verano de 1918 otros dos fueron incendiados en tierra, en la base de Tondern, cerca de la frontera de Dinamarca, por un ataque de siete aviones *Sophwith Camel* británicos, que habían despegado desde el portaviones *Furious.* Esta fue la primera vez en la historia de la aviación en que aviones despegados desde un portaviones atacaron un objetivo situado en tierra. La suerte de los zepelines como arma aérea estaba, pues, echada. Aun así, Strasser se resistió a admitir la derrota. El cinco de agosto de 1918 mandó de nuevo cinco dirigibles contra Inglaterra. Confiaba en su nuevo modelo, el *LZ-70,* un gigante que había alcanzado más de 130 km/h en sus vuelos de prueba; pero los aeroplanos británicos estaban ya muy bien preparados contra estos elefantes del aire. Antes de que llegaran a las costas inglesas, las balas incendiarias de los *DH-4* disolvieron la formación, y el propio Strasser halló la muerte en su flamante *LZ-70,* con ello se acabaron las incursiones de zepelines sobre Inglaterra.

La competencia anglosajona

Pero no sólo los alemanes tenían zepelines modernos capaces de recorrer largas distancias; ingleses y americanos se lanzaron a construir dirigibles civiles capaces fundamentalmente de efectuar largos viajes, aprovechando la mejor de las cualidades de estas aeronaves: su gran autonomía. En junio de 1919 el Atlántico fue cruzado por un aeroplano pilotado por el capitán John Alcock y el teniente Arthur W. Brown; bien es verdad que fue por la ruta más corta de Terranova a Irlanda, pero en aquel mismo verano un dirigi-



***Postal de época. La amenaza del* Hindenburg.**

Según las enciclopedias, zepelín es todo globo dirigible de tipo rígido. Su nombre deriva del apellido del conde y militar germano Ferdinand von Zeppelin, constructor del primero de ellos en 1900. La estructura rígida de un zepelín solía estar construida de duraluminio y dividida en diversas secciones independientes. El entramado de la estructura acostumbraba hacerse con viguetas del mismo material. Cada sección independiente se llenaba de gas (helio o hidrógeno), reservando algunas como depósito de combustible del motor (etileno o blaugás —gas azul—). Debajo de la estructura se suspendían las barquillas o los compartimentos de carga y/o pasajeros. En la ilustración, una postal satírico-tétrica sobre los zepelines. Un esqueleto danza sobre uno de ellos mientras otro cuelga de él. Esta «danza macabra europea» se completa con la leyenda, en francés, «Para asustar a los burgueses: Hindenburg*».*



Los zepelines, un objeto curioso puesto de moda.

Los primeros zepelines, construidos en la década de 1900 a 1910 no sobrepasaban los 130 m de longitud; pero después de la Primera Guerra Mundial, su tamaño fue aumentando paulatinamente hasta alcanzar los 236 m de largo y 30,5 de diámetro del Graf Zeppelin *(1928) y los 244 y más de 40, respectivamente, del* Hindenburg *(1934). Arriba, postal navideña de la época con un nido de pájaros pendiente de un zepelín y la leyenda «Feliz año». Abajo, ilustración francesa en color con un tema de dirigibles.*

ble cruzó también el Atlántico sin contratiempos. El 2 de julio, el *R 34*, dirigible de fabricación británica, despegó de Escocia y llegó a Mineola (Long Island) al cabo de cuatro días y medio, y en su vuelo de regreso a Inglaterra invirtió tan sólo 75 horas. Sin embargo, siguió siendo Alemania el país que más desarrollo consiguió de estas aeronaves. Muerto el conde Zeppelin, su sucesor el doctor Eckener mantuvo el mismo espíritu que el desaparecido conde en cuanto a la viabilidad de los zepelines como naves de largo alcance, y en su recuerdo hizo construir el *Graf Zeppelin*, un gran dirigible concebido como nave de lujo que fue sin duda el más afortunado de todos los que se construyeron. El *Graf Zeppelin* llegó a hacer 144 travesías del Atlántico sin ningún incidente y se convirtió —bajo la experta dirección de Hugo Eckener— en una nave propagandística de la técnica aeronáutica alemana en esta clase de aparatos. El *Graf Zeppelin* disponía de dos comedores, sala de fumadores (convenientemente aislada dada la inflamabilidad del hidrógeno), miradores y camarotes dobles similares a los que poseían los grandes transatlánticos. En realidad era de lo que se trataba: un lujoso transatlántico del aire. Tuvo algunos problemas en sus viajes. En una ocasión sus motores fallaron y hubo de ser manejado como un globo libre en su vuelo de regreso de Sudamérica, tomando los mandos el doctor Eckener. El *Graf Zeppelin* fue construido en 1928 junto con otro dirigible gemelo, el *LZ 126 Los Angeles*, tenía 236 m de largo por 30,5 m de diámetro, y una capacidad de 105 metros cúbicos de gas. Sus cinco motores de 530 caballos cada uno le permitían una velocidad de crucero de casi 130 km/h. Su carga útil no era demasiado grande (15 toneladas), pero resultaba bastante maniobrable. En 1929 hizo un viaje de demostración por toda Europa sobrevolando también España, donde llamó poderosamente la atención en Barcelona, Valencia y Sevilla. En 1928 —su año de construcción— efectuó un viaje de ida y vuelta a Estados Unidos, siempre al mando del doctor Eckener. Desde el 15 de agosto al 4 de septiembre de 1929, el *Graf Zeppelin* hizo uno de sus más famosos vuelos al conseguir dar la vuelta al mundo en menos de 12 días. El viaje tuvo cuatro etapas: desde Lakehurst —Nueva Jersey, EE. UU.— a Friederichshafen —Alemania—, de allí a Tokio, y de Japón a Los Angeles, finalizando de nuevo en Lakehurst. El vuelo fue todo un éxito reduciendo en sesenta días la mítica cifra que Julio Verne había predicho medio siglo antes en sus novelas. La duración exacta del vuelo fue de 11 días, 23 horas, 1 minuto y 14 segundos, según el conciso cronometraje germánico. El *Graf Zeppelin* llevó en este viaje 20 pasajeros y 500 kg de correspondencia.

En Inglaterra el último gran intento de zepelín rígido de gran alcance fue el *R 101*, construido en 1929. Se trataba de lograr una gran nave que permitiera los vuelos sin escalas de Londres a la India y facilitar así las comunicaciones del imperio.

Sin embargo, en su primer viaje hacia Asia, el *R 101* se estrelló en Francia, y medio centenar de vidas fueron el alto precio pagado por el intento británico de dar la justa réplica al *Graf Zeppelin*.



Se trataba de lograr una gran nave que permitiera vuelos sin escalas.

El fin de un coloso

Quizá el éxito del *Graf Zeppelin* se debiera a que resultó el más racional de los grandes zepelines; siendo grande no era sin embargo tan mastodóntico como su sucesor, el *Hindenburg*. Sus motores podían ser alimentados con gas *blau* o con gasolina, y el propio doctor Eckener cuidó mucho de evitar los riesgos de posibles fuentes de incendio. El *Hindenburg*, con sus 244 m de largo, su diámetro de más de 40 m y su capacidad —doble que la del *Graf Zeppelin*— excesiva resultaba más vulnerable. La prueba de ello es que, tanto el *Graf Zeppelin* como su gemelo el *Los Angeles*, murieron de muerte natural tras doce años de servicio, destinados a aprovechar su aluminio para fabricar aviones de guerra en plena conflagración mundial, en 1940. Quizá fueron las excepciones que confirmaron la regla. Con la subida de Hitler al poder los zepelines tuvieron otro enemigo; Hitler alentó la construcción del *Hindenburg* movido por sus manías de grandeza, pero no simpatizaba con la compañía constructora y menos aún con el doctor Eckener. Este veía venir las calamidades que se cernían sobre Alemania de la mano de los nazis, y no se había recatado en manifestarlo a sus pasajeros y clientes. En más de una ocasión afirmó durante sus viajes que «estos nazis están locos; quieren conquistar Europa y el resto del mundo». No se equivocaba. Sin embargo Hitler utilizó sus conocimientos durante la construcción del *Hindenburg* y obligó a que el *Graf Zeppelin* luciera unas grandes svásticas en los timones en sus viajes a América.

Quizá el fatal destino del *Hindenburg* fuera un justo castigo a las ambiciones de colosalismo del dictador alemán. Empeñado en utilizar hidrógeno como gas sustentador en lugar de helio, debido a su mayor poder ascensional, y con todos los detalles de lujo y refinamiento que imaginarse pudiera para una nave aérea en aquella época, el *LZ 129 Hindenburg* era un desafío insultante a la técnica de su tiempo. Contaba con 60 tripulantes para 50 pasajeros y tenía detalles tales como una sala de cinematógrafo y un salón de música con un piano, construido éste en aluminio para reducir su peso. Todo ello fue pasto de las llamas una bochornosa tarde de mayo de 1937, cuando con su centenar de pasajeros se incendió en el aeródromo especialmente adaptado para dirigibles de Lakehurst. Tras la catástrofe, que costó 36 vidas, Hitler dio la puntilla a la construcción de los zepelines suspendiendo los trabajos del *LZ 130*, otro superzepelín en proyecto. Fue también el final de una era de gigantes del aire.

J. R.



Una atracción durante la Exposición Internacional de Barcelona en 1929.

Arriba, el famoso Graf Zeppelin *sobrevolando el cielo de Barcelona durante la celebración de la Exposición Internacional de 1929, organizada por la capital catalana, según un óleo del pintor Jaume Mercadé. Abajo, dirigible norteamericano sobre la ciudad de Portland, Maine, Estados Unidos.*

Bibliografía básica

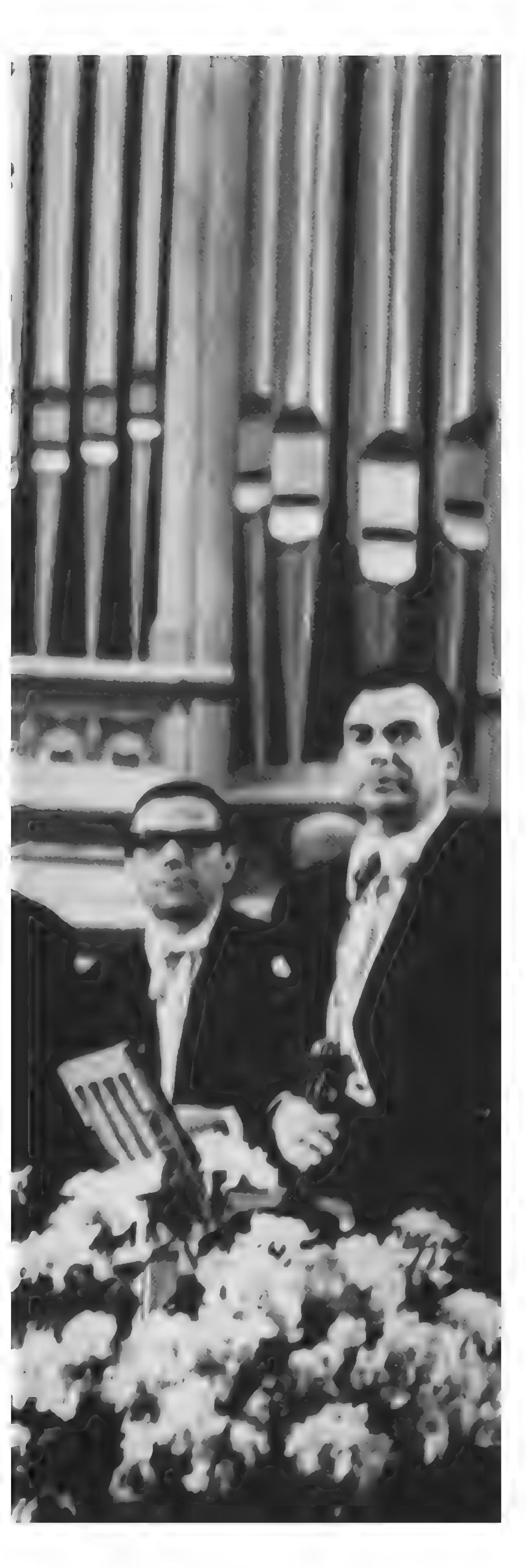
ROBINSON, D. H.: *LZ 129 «Hindenburg»*. Col. «Famous Aircraft series», W. E. Hersant Ltd. Londres, 1965.
PALMER, H. R.: *This was Air Travel*, Superior Publishing Co. Seattle, 1964.
LLEGET, M.: *La conquista del aire y del espacio*. Hispano-Europea. Barcelona, 1958.
GORDON, A.: *Historia de la navegación aérea*. Ed. Labor. Barcelona, 1966.
LAUNAY, A. J.: *Historic Air Disasters*. Ian Allan, T. House, Shepperton. Middlesex, 1967.
TUNNEY, CH.: *Wings*. Sackett public. Ltd. Londres, 1978.
LOWLEY, J. L.: *Balloonships. The legend of an era*. Chicago, 1972.



Sobrevolando la localidad de Portland en Estados Unidos.



Herbert von Karajan, una historia de triunfos en la dirección de orquesta.



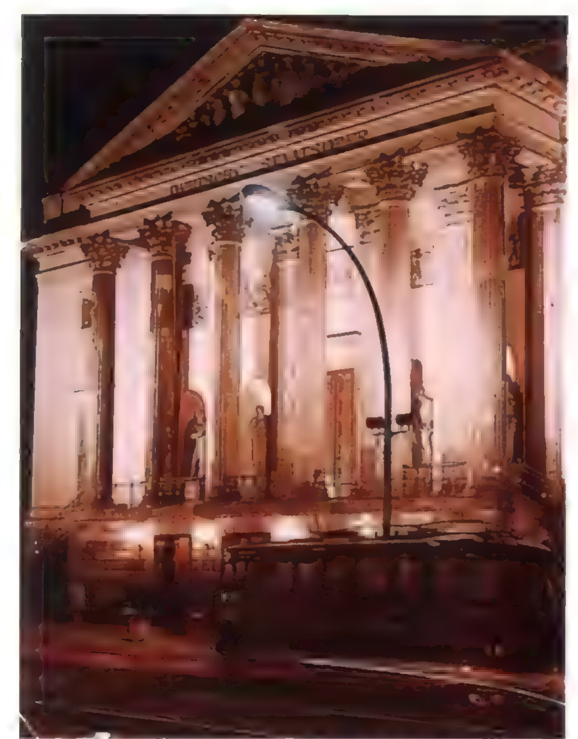
Herbert von Karajan, conocido en los ambientes musicales como Der Gott (El Dios, en alemán) o Herbert el Terrible, nació en 1908 en Salzburgo (Austria) en el seno de una familia culta pero desunida, en la que confiesa «haberse sentido muy solo», pero con la que compartía su afición por la música. Su padre era médico cirujano y tocaba el clarinete. En la casa había piano, y el famoso director recuerda cómo «mi hermano mayor, Wolfgang, daba clases de piano y yo también quería aprender pero se lo tomaban a risa. Me decían que era demasiado pequeño. Así que empecé a esconderme detrás de las cortinas del salón antes de que llegara el profesor. En tres meses de escuchas clandestinas tocaba ya mejor que mi hermano, y entonces me dejaron dar clase. A los cuatro años dí mi primer recital. No podía vivir sin la música...». En la foto, Herbert von Karajan con la Orquesta Filarmónica de Berlín, tras una de sus actuaciones en Moscú en mayo de 1969.

UN MITO LLAMADO KARAJAN

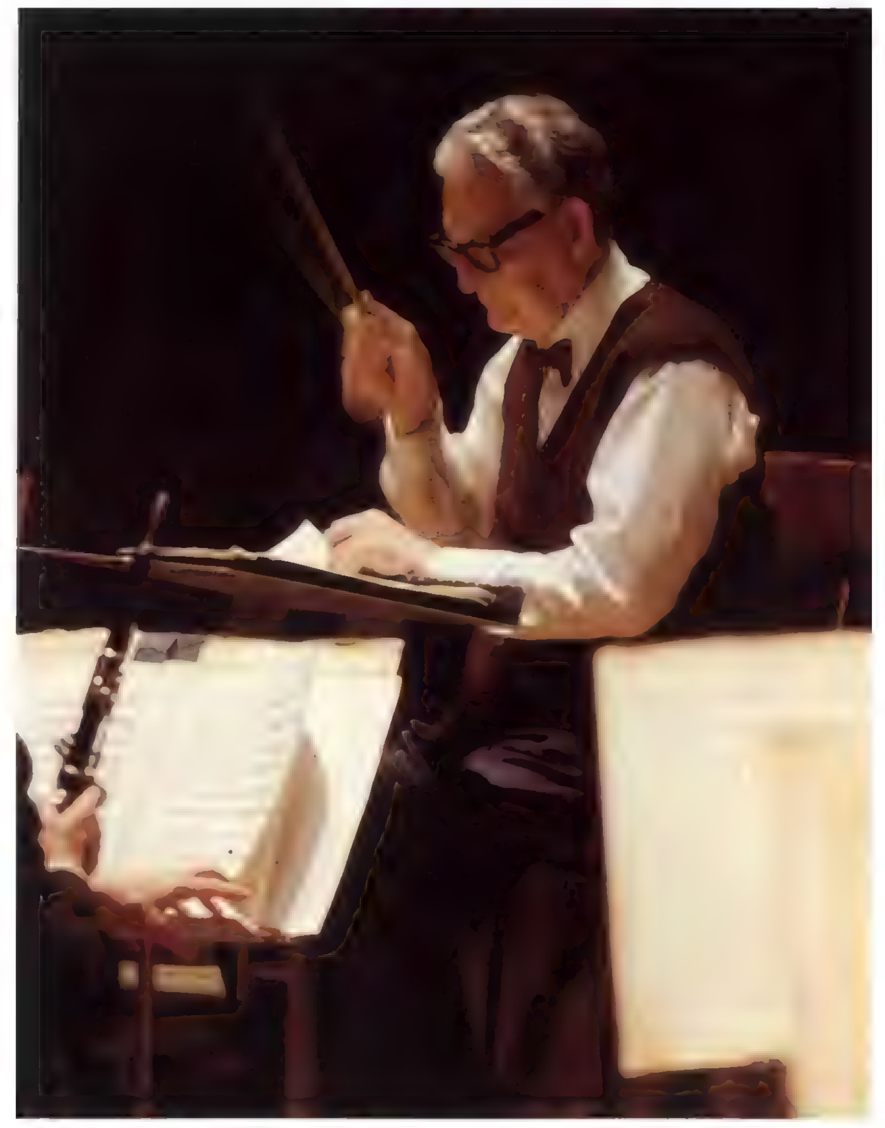
EN 1937, con sólo 29 años de edad, el joven salzburgués Herbert von Karajan ascendió a la tarima del teatro de la Opera de Viena para dirigir la representación de una de las más conocidas obras de Wagner, Tristán e Isolda. *El éxito fue completo, pero Karajan no se dejó tentar por un contrato permanente y retornó a su puesto, al frente de la orquesta de Aquisgrán. Cuatro años después, sin embargo, se estableció ya en Berlín: faltaba muy poco para su consagración en Europa.*

Andrés Ruiz Tarazona, periodista y musicólogo, es el autor de este artículo.

Herbert von Karajan es un enamorado de su ciudad natal, Salzburgo, cuna también de Mozart y uno de los centros musicales más importantes del mundo. Su bellísimo caserío barroco sirve de marco todos los años a un Festival de Música del que Von Karajan es uno de sus animadores habituales, desde sus tiempos de juventud. Arriba, edificio del Teatro de la Opera de Berlín. Abajo, Klemperer dirigiendo una orquesta sinfónica.



Edificio de la Opera de Berlín.



Otto Klemperer.

El pianista que quería ser director

El año 1941 se establecía en Berlín el joven director de orquesta austriaco Herbert von Karajan (Salzburgo, 5 de abril de 1908). Era ya por entonces uno de los más conocidos y prometedores maestros del mundo germánico, pues su carrera se había iniciado muy pronto.

A la edad de cinco años, Karajan se presentó como pianista en su ciudad natal, pero mientras estudiaba piano en el Mozarteum de Salzburgo, decidió tomar clases de dirección con Franz Schalk en la Academia de Viena.

A los veinte años tuvo ocasión de dirigir por primera vez, en un concierto de estudiantes, a la orquesta de la Academia. Pero le correspondió la obertura de *Guillermo Tell*, de Rossini, y sólo eso no podía dejarle satisfecho. Aprovechando su fama como pianista, consiguió formar una orquesta profesional y, al frente de ella, se presentó ante el público de Salzburgo, el 23 de enero de 1929. Dirigió un programa que incluía el *Don Juan* de Strauss y la *Quinta Sinfonía* de Tchaikovski. Estaba allí el intendente del Städtisches Theater de Ulm, y el joven Karajan fue contratado.

El Teatro de Ulm era modesto dentro de Alemania, pero Karajan realizó durante cinco años una labor extraordinaria, dirigiendo obras que excedían las pequeñas dimensiones del escenario y de los medios allí disponibles.

Dirigió *Los maestros cantores, Lohengrin, Fidelio* y muchas obras sinfónicas, con versiones particularmente buenas de la *Heroica*, el *Concierto en re menor* de Mozart, en el cual, por cierto, apareció también como solista, el *Don Juan* o *Vida de Héroe*.

Durante los veranos acudía a Salzburgo, llenándose de la experiencia que iba recibiendo durante los ensayos y los conciertos del Festival. Allí se relacionó con Max Reinhardt, el ilustre director de escena, alma del Festival, y cuando, ya famoso, en los años cincuenta, Karajan lanzaba sus producciones operísticas en Salzburgo, solía invocar con frecuencia la memoria de Reinhardt.

Tuvo ocasión de oír por entonces al gran Arturo Toscanini, que dirigió en Viena, con la orquesta de la Scala, *Lucia* y *Falstaff*, quedando profundamente impresionado.

El más joven «Kapellmeister»

Desde Ulm, Karajan dio un paso adelante al ser nombrado, en 1934, *Generalmusikdirektor* en Aquisgrán.

Era entonces, con 27 años de edad, el más joven *Kapellmeister* de Alemania, y no dudó

en unirse al partido nazi en el poder para mejorar su posición artística en el mundo musical germánico, siendo apoyado por Hermann Goering, en oposición a Furtwängler, que era protegido por Goebbels. Con aquella indigna postura política, pues él no desconocía las discriminaciones de todo tipo impuestas por el nazismo (prohibición de interpretar a grandes autores como Mendelssohn, Mahler, o Schönberg por su origen judío, expulsión de los instrumentistas judíos de las orquestas, depuraciones de todo tipo en el mundo musical), Karajan comenzó su irresistible ascensión como director.

En 1937 se presentó en la Opera de Viena dirigiendo *Tristán e Isolda* por invitación de Bruno Walter, triunfando en toda la línea. La Opera vienesa le ofreció un puesto permanente, pero él prefirió seguir monopolizando la vida musical de Aquisgrán. Allí se había casado con la primera cantante de opereta de Aquisgrán, Elmy Holgerloef, pero el matrimonio sólo duraría tres años.

En 1938 dirigió por vez primera a la Orquesta Filarmónica de Berlín, con un programa que comprendía la *Sinfonía Haffner* de Mozart, la segunda suit de *Dafnis y Cloe* de Ravel y la *Cuarta Sinfonía* de Brahms. Para ello había pedido ensayar con la orquesta por secciones, comenzando por la cuerda, lo cual no dejó de sorprender a los músicos, ya que se trataba de un programa «rutinario».

Una oferta desde Berlín

Aquel mismo año, el intendente de la Opera de Berlín, Heinz Tietjen, le ofreció dirigir allí una ópera de Wagner-Regeny titulada *Los burgueses de Calais*. Karajan respondió que lo haría encantado si, a continuación, le dejaban dirigir *Fidelio*, *Tristán* y *Los Maestros Cantores* con el tiempo necesario para ensayar. Tietjen dio su conformidad, pero con un añadido. Si Karajan deseaba dirigir óperas de repertorio, le ofrecía cambiar las tres citadas por una *Carmen*



Actuación de la Orquesta Sinfónica de TV y Radio soviética.

Para Von Karajan «una orquesta no es una masa que camine a fuerza de latigazos, es, cómo decirlo, un vuelo de pájaros salvajes (...). Antes que director musical yo soy como un padre para mis músicos, lo sé todo de ellos, sus enfermedades, sus divorcios. Hace falta mucho tiempo para llegar a la compenetración total en un grupo. Pero después, es maravilloso, los 120 maestros de la Filarmónica tocan con y para el director. Este no puede equivocarse. Contra la pereza y la fatiga está la voluntad. Y si se posee decisión, toda la orquesta te sigue en bloque, sin vacilar (...). El momento mágico se produce cuando el entusiasmo o el miedo consiguen que 120 individuos se fundan en uno solo». Tras la muerte del prestigioso director Furtwängler en 1954, Von Karajan recibió en Italia, donde estaba trabajando, un anónimo que decía «El rey ha muerto. Viva el rey». Un año más tarde era nombrado director de una de las orquestas más prestigiosas del mundo, la Filarmónica de Berlín, cargo que aceptó diciendo: «Os entregaré todo, pero no podéis echarme al cabo de cuatro años». En 1985 cumplirá 30 años en este puesto.

Von Karajan es un «hombre de hierro» que cultiva disciplinadamente tanto su vida intelectual como física. Avido lector, hace gimnasia y yoga diariamente y practica deportes náuticos con su yate Helisara *siempre que puede. Vive lujosamente en alguna de sus cuatro residencias (Salzburgo, Viena, Saint Tropez, en la Costa Azul francesa, o Saint Moritz, en los Alpes suizos), pilota personalmente su propio reactor* Mystère 10 *y por carretera viaja en Mercedes con chófer. Le entusiasma su trabajo y aborrece perder el tiempo. Se define «optimista y superelitista», a la vez que afirma «no temer a la muerte», ya que naturalmente cree en la reencarnación y espera regresar en forma de halcón. Esta creencia la basa en una cita de Goethe que dice: «Si tengo en mi mente más de lo que mi cuerpo pueda expresar, entonces la naturaleza tiene que darme un nuevo cuerpo». En la foto, el director de orquesta Bruno Walter en plena acción.*



Bruno Walter.

con el mejor reparto posible. Karajan le pidió, por escrito, ese reparto, y cuando lo tuvo en sus manos, rechazó la posibilidad de dirigir en Berlín si Wagner y Beethoven quedaban al margen del contrato. Tietjen tuvo que escribirle de nuevo, esta vez de su puño y letra, y no a través de una secretaria, ofreciéndole dirigir *Tannhäuser.*

Una vez más, la respuesta del joven director austriaco fue contundente: «Debe haber algún error. Yo no quiero dirigir *Tannhäuser,* sino más bien *Fidelio, Tristán* y *Los Maestros Cantores».*

Por fin Tietjen capituló, y Karajan hizo su presentación en la Berlin Stratsoper el 30 de septiembre de 1938 con *Fidelio* de Beethoven. Antes de Navidad, dirigía *Tristán e Isolda* y una nueva producción de *La flauta mágica* de su ilustre conciudadano Wolfgang Amadeus Mozart.

En Berlín comenzó la era Karajan, y desde esa ciudad, donde se había instalado definitivamente en 1941, comenzó a expandir su imperio y su fama por todo el mundo. La Segunda Guerra Mundial y sus desastrosas consecuencias para el Tercer Reich, con el que él había colaborado, le mantuvieron apartado algún tiempo de la dirección, pero pronto comenzó a dar señales de vida en las espléndidas grabaciones que llevó a cabo para el sello EMI a partir de 1947, en especial un *Requiem Alemán* de Brahms, con Elisabeth Schwarzkopf y Hans Hotter, y una *Novena* de Schubert.

A partir de entonces, la historia de Herbert von Karajan es la historia de sus triunfos, de la más asombrosa carrera que ha conocido la dirección orquestal. Triunfó en toda la línea y en todos los aspectos de la música, exceptuando quizá los relacionados con el cada vez más especializado mundo del barroco.

La consagración

Todo comienza con sus actuaciones con la Sinfónica, de la que llega a ser titular desde 1949, para la Sociedad de Amigos de la Música, en Viena; sigue con sus intensas relaciones, a partir de 1947, con la Philharmonia Orchestra de Londres, con el Teatro alla Scala de Milán (donde estrenó *Trionfo di Afrodite,* de Carl Orff en 1953, con la Schwarzkopf y Nicolai Gedda). Prosigue con los conciertos al frente de la Filarmónica de Viena, con la célebre versión de *El anillo de los Nibelungos* en Bayreuth (1951), cuando se atrevió a alterar la disposición orquestal preconizada por Wagner, y cobra nueva dimensión al presentarse en Estados Unidos con la Filarmónica de Berlín (1955). La crítica norteamericana quedó favorablemente sorprendida al hallarse ante una auténtica máquina de hacer música, pero no de modo virtuoso



Toscanini dirige la orquesta. Violín solista, Adolf Busch.

o gesticulante, sino sobrio y sumamente ceñido a la partitura. Para el famoso crítico neoyorkino Harold C. Schonberg, jamás se puso en duda su poderío, pero además se encontró una gran dosis de poesía e imaginación en sus interpretaciones.

Karajan demostró que era, pese a su objetividad, capaz de transmitir sensaciones excitantes y electrizantes. Algunos críticos no se han dejado seducir por el arte de Karajan, acusándole de frío perfeccionismo y llegando a decir de él que «tiene la brillante translucidez de un carámbano perfectamente formado».

En 1955 Karajan sucedió a Furtwängler en la dirección de la famosa Orquesta Filarmónica de Berlín, uno de los mejores conjuntos sinfónicos del mundo. El salzburgués la llevó a una perfección asombrosa, perpetuada en innumerables grabaciones de las más grandes partituras del repertorio universal.

El árbitro de la música europea

En enero de 1957 sustituyó a Karl Böhm como director de la Opera de Viena. En ese momento ya estaba Karajan al frente del Festival de Salzburgo, convirtiéndose en el árbitro de la gran música europea de aquellos años.

Su dominio, su fama y riqueza aumentaban por momentos, acrecentados por millones de discos y la exclusiva dirección del Festival de Pascua de Salzburgo. Sus giras con la Filarmónica de Berlín, algunas de las cuales le trajeron a España, sus producciones líricas para la Scala, la Opera de Viena, el Festival de Salzburgo, el Metropolitan Opera House de Nueva York, las películas, las filmaciones para televisión, el amplísimo repertorio desarrollado, hacen de Herbert von Karajan no sólo un multimillonario en recursos económicos, sino uno de los artistas más populares del mundo, incorporado a la alta sociedad y creador de una Fundación que lleva su nombre, la cual organiza un concurso internacional cada dos años para jóvenes directores de orquesta.

El eclecticismo de *Der Gott* (el Dios), como ha sido llamado, ha universalizado su figura, al ser el primer maestro de la escuela germánica que ha roto con la tradición directorial de aquella cultura.

Combinando la precisión y brillantez de Toscanini con la serena y poética fantasía de Furtwängler, la personalidad de Herbert von Karajan, más emocional que reflexiva, ha democratizado la mejor música del pretérito y alguna de su época, mucho más que ningún colega antes que él, incluyendo los ya citados y otros grandes de nuestra época.

A. R. T.

La primera foto que logró hacerse de Toscanini dirigiendo una orquesta. Fue durante un concierto en Baltimore (Estados Unidos) en 1932. El solista del recital fue el violinista Adolf Busch. Toscanini ha sido, junto a Furtwängler, uno de los maestros admirados por Von Karajan, émulo de condensar en su batuta de director la precisión del primero y la naturalidad del segundo. A sus alumnos, Karajan siempre les dice: «Una orquesta es como un barco; colocadlo en la posición apropiada y él mismo hará el resto». Para escándalo de ortodoxos, Karajan defiende que la calidad de los discos modernos es mejor que la de los conciertos en directo y lleva grabadas más de 280 obras clásicas, casi todas récord de ventas en plena época del rock.

CRONOLOGIA

Política internacional

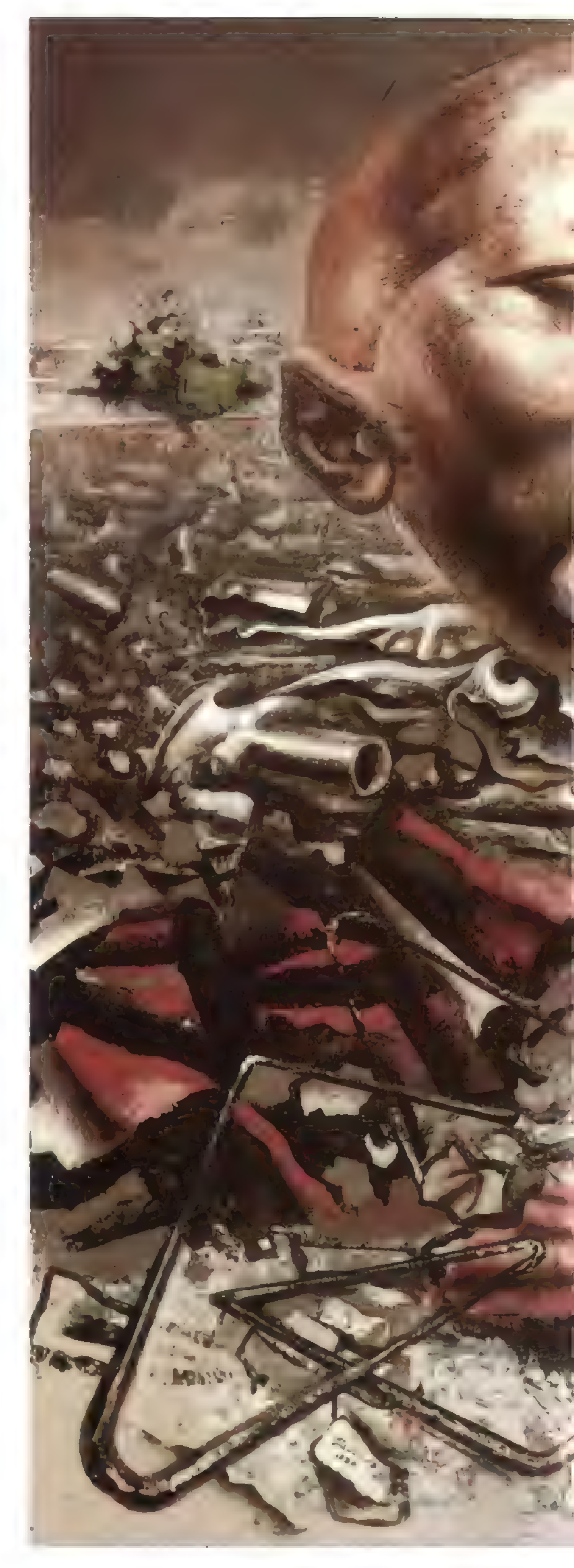
La villa de Guernica es bombardeada y destruida por aviones alemanes.
El primer ministro británico Stanley Baldwin presenta su dimisión. Le sucede Neville Chamberlain.
Irlanda se convierte en república con soberanía completa.
Dimisión del primer ministro francés Léon Blum. Se forma un nuevo gobierno de Frente Popular bajo el mando de Camille Chantemps.
Benito Mussolini visita oficialmente Alemania.
Firma de un tratado de amistad entre Yugoslavia y Bulgaria.
Italia entra a formar parte del pacto antikomintern y abandona la Sociedad de Naciones.
En Estados Unidos se aprueba una ley de neutralidad por la que se prohíbe la exportación de armamento a los países en guerra.
El Consejo Popular de las Indias Holandesas pide convertirse en colonia en el plazo de diez años.
El partido del Congreso Hindú participa en los trabajos parlamentarios con el fin de conseguir poner en práctica la Constitución de 1935.
Nuevos enfrentamientos entre China y Japón motivados por el incidente en el puente de Marco Polo, en Pekín.
El gobierno republicano español se traslada de Valencia a Barcelona.
Egipto entra a formar parte de la Sociedad de Naciones.
Aviones japoneses bombardean el cañonero norteamericano Panay en el río Yangtsé (China). Japón pide excusas y se compromete a pagar las reparaciones.
Las purgas soviéticas llegan a los altos mandos del Ejército. El mariscal M. Tukachevski es ejecutado junto con varios generales.
Con la conquista de Gijón por las tropas de Franco se da por finalizada la campaña del Norte.
Las fuerzas japonesas se apoderan de Pekín, Shanghai y Nankín. Chiang Kai-shek traslada la sede del gobierno a Chung-King.
Las tropas republicanas españolas toman Teruel.
Acuerdo anglo-italiano sobre la conservación del statu quo en el Mediterráneo.
Ley de «defensa social» en Perú para mantener el orden interno.
Mueren Austin Chamberlain y Erich Ludendorff.

Sociedad

El nacionalsocialismo prohíbe a todos los alemanes la aceptación del premio Nobel.
Inauguración en Salamanca de la primera emisora de Radio Nacional de España.
El duque de Windsor contrae matrimonio con Wallis Simpson, en Francia.
En Suiza, el retorrománico es reconocido junto al alemán, francés e italiano, como cuarto idioma nacional.
El papa Pío XI denuncia el nazismo.
Muere el psicólogo Alfred Adler.

Economía

Firma de un pacto comercial entre Estados Unidos y la Unión Soviética.
México nacionaliza sus ferrocarriles.



David Alfaro Siqueiros: **Eco de un grito.**



Nacionalización de las fábricas de armamento en Francia.

Ciencia y tecnología

Frank Whittle construye el primer motor de propulsión a chorro.
Muere Guillermo Marconi.

Sucesos

El dirigible alemán Hindenburg *hace explosión y se incendia en su aterrizaje en el aeropuerto de Lakehurst (Estados Unidos), después de una travesía transatlántica.*

Literatura

Roger Martin du Gard, premio Nobel.
Pablo Neruda: España en el corazón.
Marcel Bataillon: Erasmo y España.
Nicolás Guillén: Cantos para soldados y sones para turistas.
Ernest Hemingway: Tener y no tener.
John Steinbeck: La fuerza bruta.
Virginia Woolf: Los años.
André Malraux: La esperanza.
John Dos Passos: U. S. A.

Cine

Jean Renoir: La gran ilusión.
William Dieterle: La vida de Emilio Zola.
Leo McCarey: La pícara puritana.
Frank Borzage: Cena de medianoche.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Spencer Tracy por Capitanes intrépidos, *y a la mejor actriz a Luise Rainer por* La buena tierra.

Teatro

Jean Giraudoux: Electra.
Bertolt Brecht: Un penique para el pobre.

Música

Bela Bartok: Sonata para dos pianos y percusión.
Igor Stravinski: Juego de cartas.
Francis Poulenc: Misa en Sol.
Benjamin Britten: Variaciones en un tema de Frank Bridge.
Carl Orff: Carmina Burana.
Mueren Maurice Ravel y George Gershwin.

Pintura y escultura

Pablo Picasso: Guernica.
Paul Delvaux: La llamada de la noche.
Georges Braque: Mujer con mandolina.
José Clemente Orozco: Murales del Palacio del Gobernador, *Guadalajara (México).*
David Alfaro Siqueiros: Eco de un grito.
Exposición de «arte degenerado» en Munich.

1938

EL PACTO DE MUNICH

EL estallido de la Segunda Guerra Mundial tiene un prólogo diplomático en el pacto de Munich. El 29 de septiembre de 1938, los mandatarios de Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña sellan el destino de una nación ausente, Checoslovaquia, y reconocen los derechos alemanes sobre la región de los Sudetes. Es otro triunfo para Hitler y el partido nacionalsocialista. La táctica para la anexión ha sido muy similar a la utilizada con Austria, con Renania, con El Sarre, y también



Mantener la paz a costa de cualquier humillación.

lo es la reacción, timorata y conciliadora, de Gran Bretaña y Francia. Poco después, al dirigir el Reich sus apetencias hacia Polonia, estallará la Segunda Guerra Mundial. ¿Fue entonces, y sólo entonces, cuando París y Londres descubrieron el fondo anexionista de la política internacional de Hitler o, como dan a entender algunos investigadores, fue ése el momento en que se consideraron preparados militarmente para frenar a un régimen del que no ignoraban las intenciones?

We, the German Führer and Chancellor and the British Prime Minister, have had a further meeting today and are agreed in recognising that the question of Anglo-German relations is of the first importance for the two countries and for Europe.

We regard the agreement signed last night and the Anglo-German Naval Agreement as symbolic of the desire of our two peoples never to go to war with one another again.

We are resolved that the method of consultation shall be the method adopted to deal with any other questions that may concern our two countries, and we are determined to continue our efforts to remove possible sources of difference and thus to contribute to assure the peace of Europe.

Neville Chamberlain

September 30, 1938.

La firma de Chamberlain a pie de texto.



Arriba, reproducción fotográfica de una de las páginas del pacto de Munich. Abajo, de izquierda a derecha, Neville Chamberlain, primer ministro británico, conservador, dispuesto a conseguir la paz a costa de sufrir cualquier humillación, tal como le criticó luego Winston Churchill en el Parlamento inglés; Edouard Daladier, primer ministro francés, de centro-izquierda, se sentía representante de un país débil y con la opinión pública mayoritariamente pacifista; Adolf Hitler, canciller del llamado Reich (Imperio) alemán y jefe del partido nazi, fue el gran ganador de Munich aunque años más tarde dijera que le perjudicó el no haber podido iniciar la guerra en Europa en 1938 en vez de en 1939, cuando Francia e Inglaterra no tuvieron ya más remedio que reaccionar ante su nueva invasión de Polonia; Benito Mussolini, Duce (Caudillo) de la Italia fascista, fue el «figurón» de la conferencia, apareciendo públicamente como «el salvador de la paz», controlado a distancia por los mandatarios nazis. A la derecha, su cuñado, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores y testigo de la vergonzosa claudicación de «las podridas democracias» ante Hitler. Ciano cuenta en sus Memorias que Mussolini le dijo tras el pacto de Munich: «Las democracias están hechas para tragar sapos».



Mussolini en el momento de la firma del pacto.

En la fotografía, Benito Mussolini firma los textos del pacto de Munich en nombre de la Italia fascista, que gobernaba desde 1924. Desde Estados Unidos, el presidente Franklin Delano Roosevelt mandó el siguiente telegrama a los primeros ministros del Reino Unido, Francia, Alemania y Checoslovaquia: «Por amor a la humanidad, os suplico urgentemente que no rompáis las negociaciones, sino que busquéis un arreglo pacífico, justo y constructivo de los problemas que se discuten». Ante tal «candidez» de los «corderos» democráticos no es de extrañar que, en Munich, «el león» Hitler se llevara la mejor parte. El problema se resolvió abandonando a los checos ante los leones. Stalin, por su parte, tomó buena nota de que las democracias no eran de fiar y, un año después de Munich, firmó con Hitler el maquiavélico pacto nazi-soviético (23 de agosto de 1939), en el que la razón de Estado se sobreponía a cualquier ideología.

La PE y los acuerdos de Munich

Cuando Adolf Hitler escala los peldaños del Reichstag a finales del mes de enero de 1933, el partido nacionalsocialista tiene ya unos claros designios sobre su acción internacional. Al igual que en el plano interno, *Mein Kampf* es una fuente inagotable de conocimientos sobre la actuación posterior del nazismo, que los dirigentes políticos de la época deberían haber leído más atentamente. Doctrinalmente, las ideas motrices de la política anterior del Tercer Reich se moverían en torno a dos ejes principales: el espacio vital y la superioridad de la raza aria. Un pueblo fuerte, el alemán, necesita una extensión de sus límites estatales, Europa central. Política de irredentismo territorial que sólo podría ejecutar un Estado fuerte, incardinado en la unidad de la raza alemana por encima de las fronteras, unificadas por la comunidad lingüística. Toda una argumentación teórica que, ciertamente, no estaba muy alejada de los excesos del nacionalismo a lo largo del siglo XIX; sin embargo, antes de llevar a cabo el gran designio expansionista era absolutamente imprescindible cubrir unas etapas previas. En primer lugar, y sobre todo, la denuncia del tratado de Versalles que, aparte amputaciones territoriales y pesadas cargas económicas, imponía unas cláusulas muy restrictivas al ejército alemán y a su industria pesada. En segundo lugar, llevar a cabo una diplomacia muy activa de alianzas y entendimientos, que despejará el camino hacia la construcción de posteriores proyectos. En esta fase inicial, Italia y Gran Bretaña serán los máximos centros de actuación de la diplomacia nazi, en la que tampoco hay que olvidar la eficaz labor de propaganda que el mismo partido nacionalsocialista llevará a cabo, en ocasiones al margen del propio gobierno alemán.

La normalización diplomática de Alemania

El primer paso en el camino deseado por Hitler vendrá de la mano de una propuesta de Benito Mussolini, que, ansioso siempre de brillar en el firmamento diplomático europeo, lanzará la idea de un acuerdo global entre Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña. Era un retorno a los tiempos del directorio europeo, que el propio Mussolini presentaría bajo el nombre de «Pacto de entente y colaboración entre las Cuatro Potencias» y que invocaba, en su artículo segundo, la posibilidad de revisar los tratados de paz suscritos al final de la Gran Guerra europea; para Alemania, lógicamente, era la ocasión soñada de hacer ineficaces las cláusulas impuestas en Versalles. Pero el desinterés británico y la hostilidad francesa al proyecto hicieron fracasar los propósitos de Mussolini, que a finales de aquel año de 1933 declararía entre altisonante y amenazador: «A falta de revisión (del tratado de Versalles) por el pacto de los Cuatro, hablará Su Majestad el Cañón».

Muy pronto, sin embargo, lograría Hitler sus primeros éxitos exteriores. El territorio de El Sarre, por decisión de la Sociedad de Naciones y del tratado de Versalles, estaba sometido, por un período de quince años a la tutela de la organización ginebrina. Desde la subida al poder de Adolf Hitler, la política reivindicativa alemana se había hecho mucho más agresiva, apoyando con todos sus medios al Deutsche Front (partido nazi sarrés) y agitando favorablemente a la opinión a través de dos importantes órganos de expresión periodística: el *Saarbrükker Zeitung* y el *Saarbrücker Landeszeitung*. Transcurrido el período de quince años previsto, debería celebrarse una consulta a la población de El Sarre en los términos de elección siguientes: anexión a Francia, restitución a Alemania o mantenimiento del estatuto de administración de la Sociedad de Naciones. El plebiscito, bajo control de un comité internacional de la Sociedad de Naciones, tuvo lugar el día 13 de enero de 1935. Los resultados no dejaron lugar para duda alguna: sobre una población de más de medio millón de personas, cerca de 480.000 se pronunciaron a favor de la unión a Alemania; en términos globales el 90 por 100 de los electores. Con esta ocasión afirmaría Hitler que se había dado «un paso decisivo en el camino de la reconciliación entre los pueblos»; inaugurando una táctica que luego repetiría después de cada agresión, afirma solemnemente que, a partir de ese momento, Alemania ya no tenía pendiente ninguna reivindicación territorial. Alemania se engrosaba con El Sarre, su territorio, su población, sus recur-

sos mineros, y eliminaba así la hipoteca que pesaba sobre su economía. Al mismo tiempo, conseguía la estabilidad de sus fronteras occidentales y la cancelación de la política de reparaciones.

Un segundo extremo para la disolución de las cláusulas de Versalles era la eliminación de los obstáculos militares. A comienzos del mes de marzo de 1935, el mariscal Goering declaraba a un periodista británico que Alemania se proponía desarrollar su ejército aéreo; días más tarde, el 16 del mismo mes, se establecía el servicio militar obligatorio en Alemania, y Hitler anunciaba el propósito de contar con unos efectivos de 35 divisiones; pocas semanas después, en el mes de mayo, Hitler nuevamente anunciaba su intención de construir en sus astilleros su propia flota de guerra. La reacción franco-británica será de corte radicalmente distinto. Gran Bretaña, tras negociaciones celebradas en el mayor de los secretos, concluye un acuerdo con Berlín, en virtud del cual reconoce el derecho de Alemania a construir una flota que igualase en tonelaje al 35 por 100 de la británica, llegando al 45 por 100 en el caso de los submarinos. Los efectos militares del tratado de Versalles habían sido también aniquilados. Hitler había conseguido su primer objetivo, subiendo además el índice de su popularidad entre sus compatriotas, que habían proclamado la denuncia del tratado de Paz desde el momento de su firma.

El fin de las garantías colectivas

A partir del año 1935, se comprobará que el sistema de seguridad colectiva, instrumentado por la Sociedad de Naciones, es un mecanismo diplomático de total ineficacia para el mantenimiento del inestable equilibrio europeo. De ahora en adelante, invalidada la seguridad colectiva por sus mismos artífices, todos los intentos convergerán en un retorno al sistema de directorio de las grandes potencias europeas. Alemania había abierto el camino, merced a un entendimiento bilateral con Gran Bretaña. En sentido similar, hay que entender el acuerdo de Stresa, promovido fundamentalmente por Francia ante el despertar alemán. Se trata, en esencia, del viejo plan de Louis Barthou, promovido por su sucesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Pierre Laval. Gran Bretaña, Francia e Italia firman el día 11 de abril de 1935, en la ciudad de Stresa, un texto fundamentado en tres puntos: uno, su protesta contra la denuncia de los tratados internacionales (Versalles); dos, su propósito de mantener los acuerdos firmados años antes en Locarno (las



Chamberlain y Daladier, dos conservadores en un pasillo.

Arriba, los primeros ministros de Gran Bretaña y Francia, Neville Chamberlain, el Pacificador, y Edouard Daladier, respectivamente, firman el pacto de Munich. Abajo, el embajador británico ante la Alemania nazi, Henderson, charla con el obeso mariscal Goering poco antes de la cena que precedió a la firma del tratado.



Cenas oficiales, diplomacia y sonrisas, todo para evitar una guerra inevitable.

Arriba, Adolf Hitler, recién nombrado nuevo canciller de Alemania, fotografiado con su gobierno el 30 de enero de 1933. Sentados, Hitler, Goering —los dos hombres fuertes del nuevo régimen— y el centrista Von Papen, «compañero de cama» de los nazis. Tras la anexión del territorio del Sarre (13-1-1935) y el inicio del rearme de Alemania, Mussolini intentó una maniobra por su cuenta firmando en la ciudad de Stresa un acuerdo bilateral con Francia, semejante al entendimiento táctico que Hitler había pactado con Inglaterra. Pero la diplomacia y la fuerza de Alemania pronto colocaría a la Italia fascista en una posición subordinada. Abajo, Mussolini se dirige a la conferencia franco-italiana de Stresa.

garantías sobre las fronteras occidentales alemanas); tres, su intención decidida de mantener la amenaza de independencia austriaca. Stresa, que era un éxito diplomático para Mussolini, pues le aproximaba a la diplomacia anglo-francesa, flanco siempre descuidado por la política exterior de la Italia fascista, no disipaba en absoluto las aprensiones galas, por lo que Francia, por su parte, también retorna a las viejas alianzas de tiempos pasados, aquellas que estrechaban lazos con los vecinos orientales de Alemania. A la tradicional amistad franco-polaca, se uniría el día 2 de mayo de 1935, la firma en París de un tratado franco-soviético, de cinco años de duración, y que estatuía un sistema de consultas y, fundamentalmente, que si uno de los dos signatarios era agredido por un tercer país, el otro firmante daría inmediatamente su ayuda y asistencia al agredido. Este circuito diplomático francés se completaba por los acuerdos ya suscritos entre Praga y París. Sería necesario añadir que este mecanismo defensivo era de una eficacia escasa o casi nula, ya que no había ningún protocolo militar que lo completase adecuadamente.

No obstante estas deficiencias, los movimientos diplomáticos franceses tenían un significado político que no se ocultaba a los dirigentes del Tercer Reich. El día 21 de mayo, ante el Reichstag, Hitler afirmaba que el pacto franco-soviético era una clara violación de los acuerdos de Locarno, y, en este mismo sentido, dirigiría un memorándum al gobierno francés. En estos momentos, Hitler jugaba con dos bazas importantes: el fortalecimiento conseguido por su entendimiento con Gran Bretaña y la ineficacia de la Sociedad de Naciones, puesta sobradamente de relieve con motivo de la agresión italiana al Estado africano de Abisinia.

Pero, en esencia, ¿qué eran los acuerdos de Locarno? Los documentos suscritos en octubre de 1925, en dicha ciudad, por los representantes de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Italia y Alemania, estaban constituidos por un conjunto de tratados que intentaban completar el sistema ginebrino de seguridad colectiva. En Locarno, Alemania se compromete a respetar sus fronteras con Francia y con Bélgica, trazadas en Versalles; en Locarno, también, se suscriben una serie de convenciones de arbitraje entre Alemania, de una parte, y Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia, de la otra, y en Locarno, finalmente, Francia suscribe sendos tratados de alianza con Polonia y con Checoslovaquia.

El 7 de marzo de 1936, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Von Neurath, convoca en su despacho a los embajadores de los países firmantes de los acuerdos de Locarno y les entrega una nota en la que Berlín denuncia aquellos textos internacionales. En el mismo acto, les comunica que «unos destacamentos simbólicos» estaban entrando, en aquellos mismos momentos, en la zona renana, desmilitarizada por el tratado de Versalles. Aquel mismo día, 7 de marzo, Adolf Hitler declaraba en el Reichstag alemán:

«A los amistosos ofrecimientos y a las seguri-


Primer gobierno de Hitler tras las elecciones de 1933.





dades pacíficas que Alemania no ha dejado de reiterar, Francia ha respondido con una alianza militar con la Unión Soviética, que está dirigida exclusivamente contra Alemania y que constituye una violación del pacto renano. Desde este momento, el tratado de Locarno ha perdido su sentido intrínseco y ha dejado de existir. Por tanto, Alemania no se siente ya vinculada a este pacto extinto.»



Conferencia de Stresa en 1935.

La ocupación de Renania

Los destacamentos «simbólicos» que, en los días sucesivos, entraron en Renania estaban compuestos por diecinueve batallones y doce baterías de artillería; un total de treinta mil hombres. Bajo el régimen de ocupación militar, el día 29 de marzo un plebiscito aprobaba la actuación hitleriana por el 99 por 100 de la población consultada. Simultáneamente con estas acciones, Hitler, en una actuación que se haría repetitiva siempre tras una nueva agresión, ofrecería a Bélgica y a Francia la suscripción de unos pactos de no agresión, válidos durante veinticinco años, a los que se unirían, en calidad de garantes, Italia y Gran Bretaña.

Las reacciones de las cancillerías europeas, en particular la francesa y la británica, salvo las acaloradas declaraciones de rigor en estos casos, fueron de una cautela y una prudencia extremas. Se inauguraba, a partir de ahora, la tristemente famosa «política de apaciguamiento» que solamente serviría para alentar las ansias expansionistas del Tercer Reich. En definitiva, se trataba de sacrificar cualquier peón en el tablero europeo, con tal de evitar una guerra continental que repitiese los horrores vividos entre 1914 y 1918.

Una muestra de la pasividad europea en aquellas fechas fue la intervención de Anthony Eden, a la sazón secretario del Foreign Office, que enviaba un telegrama al gobierno francés recomendándole que «conservara la sangre fría y no hiciese nada que luego resultase irreparable». El día 9 de marzo, el propio Eden, afirmaría en la Cámara de los Comunes: «La ocupación de la zona del Rhin por la *Reichswehr* es un severo golpe para la santidad de los tratados (...); felizmente no hay razón alguna para suponer que la acción actual de Alemania implique una amenaza de hostilidades». También, en esta ocasión, las reuniones del consejo de la Sociedad de Naciones, celebradas en Londres a partir del 14 de marzo, reforzaron esta pasividad ante la agresividad hitleriana.

La ocupación de la zona del Rhin tuvo aún mayores repercusiones en el flanco euro-occidental. Quizá la más llamativa fue la protagonizada por Bélgica, que a partir de estas fechas afirma su voluntad de practicar una política exterior «exclusiva e íntegramente belga». Meses después, confirmando esta línea independiente, el rey de los belgas, Leopoldo II, hacía pública la alocución pronunciada ante su consejo de ministros, el día 14 de octubre de 1936: «La ocupación de la zona del Rhin, falseando los acuerdos de Locarno, en su fondo y en su forma, casi ha vuelto a colocarnos en nuestra posición internacional de la anteguerra. Nuestra situación geográfica nos impone mantener un

El 26 de septiembre de 1938, tres días antes de la conferencia de Munich, Hitler en un encendido discurso pronunciado en un mitin en el Palacio de Deportes de Berlín y radiado profusamente a todo el mundo amenazó claramente con invadir Checoslovaquia «para liberar a tres millones y medio de alemanes separados de sus compatriotas en 1919 por un grupo de estadistas enloquecidos (...)». Tras insultar al primer ministro checo, Benes, Hitler añadió: «Durante 20 años los alemanes de Checoslovaquia y el pueblo alemán del Reich han debido sufrir las persecuciones de los checos (...) porque estaban sin armas (...). ¡Y encima el mundo de las democracias se indigna! En estos años hemos aprendido a despreciar a las democracias mundiales (...). El señor Benes está en Praga convencido de que no le puede pasar nada porque tiene detrás a Francia y a Inglaterra (...). Nosotros no queremos checos; pero yo declaro al pueblo alemán: en la cuestión de los Sudetes, mi paciencia se ha agotado. Ahora el señor Benes tiene en la mano la paz o la guerra. ¡O acepta esta oferta y libera por fin a los alemanes, o iremos a conquistar esa libertad! ¡Que el mundo se entere!». En este clima se celebró la conferencia de Munich.

En la fotografía, el primer mandatario de la Italia fascista, Benito Mussolini, a la izquierda, vestido con traje civil, posa junto al canciller de Austria, el socialcristiano y derechista Dollfuss, desbordado por la derecha por los grupos de choque nazi que atentaron contra su vida. En Austria las veleidades «independientes o mediadoras» de la Italia fascista fueron también supeditadas al expansionismo nazi. Mussolini volvió a ser «un títere figurón» en las manos de Hitler.



Benito Mussolini y Engelbert Dollfuss.

dispositivo militar suficiente para disuadir a cualquiera de nuestros vecinos de ocupar nuestro territorio para atacar a un tercer Estado». Declaración que no puede entenderse, simplemente, como un retorno de Bélgica a su estatuto de neutralidad de 1839, pero que, evidentemente, le despegaba de su alianza con Gran Bretaña y Francia. Hitler recibiría con alborozo la declaración belga, y manifestaba, ante el Reichstag, su propósito de reconocer a Bélgica «como territorio neutral e intangible» y su firme voluntad de respetar la inviolabilidad y la integridad territorial de la patria y del territorio de los belgas. Muy pocos años tendrían que transcurrir para que Bélgica fuera la puerta por la que el ejército alemán invadiera Francia y demostrara el pragmatismo de Hitler con respecto a sus propios compromisos.

El «Anschluss»

Los deseos de unión entre Alemania y Austria databan de años antes. Casi inmediatamente después de la Gran Guerra europea, posiblemente como consecuencia de la desaparición de los grandes imperios centrales, alemán y austro-húngaro, y como hipotético remedio a la derrota, surgió esta idea, que no se llevó a efecto al situarse Austria bajo la protección económica de la Sociedad de Naciones. Incluso antes de la subida al poder en Alemania del nacionalsocialismo, en plena crisis económica, en marzo de 1931, firmaban en Viena, el Dr. Curtius, ministro alemán de Asuntos Exteriores, y el canciller austriaco Schober, un proyecto sobre «asimilación de condiciones aduaneras y político-comerciales» entre ambos países; en realidad, se trataba de un intento mal encubierto de unión aduanera, ya que se modificaban las legislaciones arancelarias y se suprimían las barreras económicas entre Austria y Alemania; lógicamente, podía ser entendido como un primer paso hacia un futuro proyecto de unidad política. Francia, por un lado, y los miembros de la Pequeña Entente (Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia), por el otro, manifestaron de inmediato su hostilidad al proyecto, que finalmente quedaría abortado cuando el gobierno francés condicionase, en aquel mes de agosto,

su ayuda económica a Austria a que no se materializase la unión aduanera.

El pacto de Munich

Ya con Hitler en el poder, Austria era considerada por los dirigentes y doctrinarios nazis, lisa y llanamente, como parte integrante de Alemania. Sin embargo, en aquellos primeros tiempos, el proyecto se reveló prematuro. Cuando en Venecia, en 1934, Hitler expuso sus intenciones sobre Austria a Mussolini, éste, todavía en posición de prepotencia, no vio con simpatías los deseos alemanes. Austria, en aquella época, ya estaba minada por la propaganda nacionalsocialista. El canciller Dollfuss, que trataba de llevar a cabo una experiencia de corporativismo en su pequeña República, sólo tenía apoyo, aparte de su partido socialcristiano, de las fuerzas obreras, encuadradas en sindicatos socialistas y comunistas, organizaciones a las que, inconscientemente, se opone, e incluso, en los primeros meses de 1934, reprime brutalmente. Agitación social que asciende cuando, el día primero de mayo, Dollfuss impone un texto constitucional de marcado carácter autoritario. En este clima de tensión, el 25 de julio, un grupo de nazis austriacos irrumpe en el edificio de la cancillería hiriendo mortalmente a Dollfuss en su mismo despacho. El golpe de mano fracasa, porque la opinión austriaca condena el atentado. Dollfuss, que aun agonizante tiene fuerzas para firmar su carta de dimisión, es sustituido al frente de la cancillería por otro político católico, Schuschnigg. Hitler reemplaza a su embajador en Viena por Franz von Papen, que desempeñará un papel fundamental en las futuras relaciones entre ambos países. Sin embargo, hay que señalar que, en esta ocasión, sólo un gobierno europeo reaccionaría rápidamente ante las asechanzas a la independencia de Austria: Benito Mussolini, pocas horas después del atentado contra Dollfuss, envía dos divisiones de fuerzas alpinas a la frontera italo-austriaca con el Brennero. Meses antes, el *Duce* había confiado a Dollfuss: «Nos opondremos por todos los medios a la incorporación de la República austriaca al Reich». Oposición que debe situarse en la política exterior del Fascio Italiano que, según el mismo Mussolini, consideraba la cuenca del Danubio como «el hinterland europeo de Italia», dentro de unas ideas más amplias que contemplaban la posibilidad de un entendimiento entre Italia, Austria y Hungría. Gran Bretaña y Francia, por su parte, consecuentes con su diplomacia pasiva, no iniciarán el menor movimiento defensivo a favor de la amenazada Austria. Esta será la última ocasión en que se crucen y se enfrenten los caminos de Italia y de Alemania; en el futuro, ya no habrá disentimientos entre el fascismo y el nacionalsocialismo. Síntoma de este cambio es el asentimiento que el *Duce* otorga al proyecto que el canciller Schuschnigg le presenta, en su entrevista de Rocca delle Caminate, en junio de 1936, acerca de un tratado austro-alemán; que, con el visto bueno italiano, se firma el 11 de julio de 1936 (tan sólo unos días antes del comienzo de la Guerra Civil española, en una trágica concatenación de acontecimientos). En dicho tratado, ambos países se comprometen a no injerir en sus asuntos internos; aunque Austria se comprometía a tener presente, en su política exterior, que era «un Estado alemán». Por lo demás, Viena enajenaba totalmente sus posibilidades de independencia y admitía una amplia amnistía para los nazis austriacos encarcelados y la legalización del partido nacionalsocialista de Austria.

La anexión de Austria

Los meses finales del año 1937 ven la cristalización del eje Berlín-Roma-Tokio, cuando el 6 de noviembre Italia da su adhesión al pacto antikomintern. No debe interpretarse como un futuro del azar el que, sólo un día antes, Hitler expusiese a sus colaboradores más íntimos los planes de actuación para los años inmediatos: lograr la unidad estatal de los germanos reparti-



Hitler o la ambición.

A la izquierda, retrato en color de Adolf Hitler, canciller del Reich alemán. Los mandatarios de Francia y Gran Bretaña se limitaron a acatar su voluntad sobre el tema de los Sudetes, y en siete horas de conferencia se pasó a firmar el texto del pacto de Munich. Los Sudetes, Silesia meridional y toda una franja que bordeaba la frontera austriaca (Austria ya había sido «anexionada» a Alemania el 12 de marzo de 1938) pasaban al Reich alemán. Polonia —la que sería próxima víctima de los nazis— ocupó la cuenca carbonífera de Teschen; Hungría, la Eslovaquia del Sur y luego Rutenia. Checoslovaquia perdió 41.200 kilómetros cuadrados y casi 5 millones de habitantes, quedándose con 99.000 kilómetros cuadrados y 10 millones de población. La fórmula federal que se intentó fue subvertida por los nazis, y tanto Bohemia-Moravia como Eslovaquia pasaron a «pedir» la protección del Reich alemán. En marzo de 1939, Checoslovaquia había sido «barrida» del mapa de Europa. Y el expansionismo nazi continuaba.

Tras la «traición» de las democracias a Checoslovaquia en Munich, Hitler y Stalin sorprendieron al mundo firmando un pacto nazi-soviético en Moscú, el 23 de agosto de 1939. Arriba, Von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores alemán, y Stalin fotografiados en el Kremlin poco después de la firma del pacto. Entre las cláusulas secretas de éste, los dos dictadores totalitarios habían decidido «repartirse» Polonia. Y como consecuencia de la invasión de este país estallaría la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939. Abajo, Chamberlain, el primer ministro británico, informa a la Cámara de los Comunes de la tensa situación internacional. Tras la claudicación de Munich, Winston Churchill le lanzó la lapidaria frase: «Por su culpa hemos sufrido una derrota ignominiosa y total». Pronto le sucedería en el cargo.



Firma del pacto germano-soviético.



Chamberlain se dirige a la Cámara de los Comunes.

dos entre Alemania, Austria y los Sudetes. El primer objetivo sería el austriaco. Con ocasión de la firma italiana al pie del pacto antikomintern, Mussolini declararía: «Austria es un país alemán de raza, de lengua y de cultura. La cuestión austriaca no debe ser considerada como un problema entre Italia y Alemania». Mussolini da el giro definitivo a su política exterior, enfeudándose totalmente con el Tercer Reich, a cambio del sueño del Imperio italiano en el Adriático y en Africa.

Los meses siguientes son de una intensa actividad propagandística de los nazis austriacos. Cada vez son más numerosos los incidentes y más repetitivo el eslogan: «Un Pueblo, un Reich, un Führer». Con esta ambientación de fondo, el día 12 de febrero de 1938, Hitler y Schuschnigg se entrevistan en Berchtesgaden; el austriaco acepta las condiciones de un memorándum que le impone a otro nazi, Seyss-Inquart, como ministro del Interior. Con esta última actuación todos los resortes del poder se encontraban ya en Berlín. Hitler, en plena ascensión ideológica, recibía al embajador británico el día 3 de marzo de 1938, para comunicarle lo siguiente: «Alemania no permitirá a ninguna tercera potencia que se inmiscuya en la reglamentación de sus relaciones con aquellos países que cuentan con una numerosa población alemana. En Austria, un gobierno impopular aplasta a los alemanes; esta situación no puede durar más tiempo; y si Gran Bretaña continúa oponiéndose a las tentativas hechas por Alemania para asegurar una paz justa y razonable, llegará un momento en que será necesario acudir a la guerra».

Ante peligros tan evidentes, el día 9 de marzo, el canciller Schuschnigg anuncia que el día 13 convocará al pueblo austriaco para que se pronuncie en las urnas a favor de una «Austria libre, independiente, social y cristiana». La jornada del día 11 de marzo de 1938, parece la sucesión de una pesadilla cinematográfica. A las diez de la mañana, Seyss-Inquart, en contacto permanente con Berlín, pide al canciller que no tenga lugar el plebiscito; petición que acepta el consejo de ministros. Pasado el mediodía, a las tres de la tarde, solicita la dimisión de Schuschnigg, a la que éste accede. Y a la caída de la tarde, el propio Seyss-Inquart es designado nuevo canciller, que, con plenos poderes, aquella misma madrugada del 11 al 12 de marzo, solicita a Berlín el envío de tropas alemanas para el mantenimiento del orden interno en Austria.

Cuando amanece el 12 de marzo de 1938, en imágenes inmortalizadas por los documentales de la época, el ejército del Tercer Reich cruza la frontera con Austria.

Hitler, erigido en defensor de la raza, es aclamado por sus compatriotas de origen. Un día después, sendas leyes, alemana y austriaca, consagran la unión entre los dos países, refrendada el 12 de abril por un referéndum celebrado en lo que ya se denomina «Gran Alemania» y aprobada, bajo ocupación militar, por el 99 por 100 de votos afirmativos.

Las reacciones franco-británicas no superan el nivel plañidero con que habían recibido acciones anteriores, violadoras de la más elemental legalidad internacional. Mussolini, que en esta ocasión no ha oído el dramático llamamiento de Schuschnigg, se apresura a felicitar a Hitler, que le contesta emocionado: «Jamás olvidaré esto. Jamás. Pase lo que pase, estaré siempre dispuesto a acompañarle, en la felicidad y en la desgracia, poco importa. Nunca lo olvidaré. Si alguna vez necesita una ayuda o se encuentra ante un peligro, puede estar convencido de que me tendrá a su lado, suceda lo que suceda, incluso si el mundo entero está en contra suya». La trágica amistad entre Hitler y Mussolini, sellada en Abisinia, en España, en Austria, sólo concluiría con muerte y con sangre.



La Alemania nazi o la humillación justificada.

Tras el Anschluss *o anexión de Austria por la Alemania nazi, la vida de los judíos austriacos se convirtió en un auténtico calvario. Sus casas y negocios fueron destruidos o expropiados, mientras sufrían como personas todo tipo de vejaciones y humillaciones públicas. En la foto, un grupo de judíos vieneses es obligado por las tropas nazis a fregar de rodillas las calles de la capital austriaca. Pronto vendría el internamiento masivo en campos de concentración o de exterminio (la terrible «solución final») y los métodos que causaron la muerte a unos seis millones de hebreos capturados por los nazis en toda Europa.*

El conflicto de los Sudetes y la conferencia de Munich

En los días siguientes a la invasión de Austria, París y Londres recordaron tímidamente a Berlín los compromisos que tenían contraídos con la República de Checoslovaquia. Pero la nueva agresión nazi estaba en marcha: ahora se trataba de la minoría alemana de los Sudetes checos; una población de algo más de tres millones de personas sobre un total de cerca de quince millones.

La técnica de actuación, tanto en el plano interno como en el internacional, sería la reiteración de lo que ya se había plasmado con éxito en ocasiones anteriores. El 22 de abril de 1938, se entrevistan Hitler y Keitel y ponen en marcha el Plan Grün para la futura invasión. Dos días después, tan sólo, el 24 de abril, tiene lugar el Congreso del *Sudeten Deutsche Partei*, en Karlsbad, donde se aprueba un programa cuyos puntos más importantes reclaman la igualdad total entre «el grupo alemán» y «el grupo checo», el establecimiento de un gobierno autónomo en los Sudetes, la libertad de adhesión al partido nazi, el establecimiento de funcionarios de lengua alemana en dicha zona y la promulgación de una legislación protectora de los alemanes con residencia fuera de los Sudetes.

La agitación de los nazis de los Sudetes, financiados y dirigidos por Berlín, crea un clima de tensión interior que, lógicamente, conduce a una declaración de Von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores, en términos amenazadores: «Si las provocaciones checas continúan, setenta y cinco millones de alemanes actuarán como un solo hombre. Si Francia comete la locura de atacar a los alemanes, puede que sufra la mayor derrota de su historia, y si Gran Bretaña se une a Francia, entonces será una lucha a muerte».

La situación de Checoslovaquia, república de corte y modelo liberal en el corazón de Europa, era aún más compleja que en los supuestos considerados, ya que, además, estaba vinculada por un acuerdo de amistad con la Unión Soviética, cuyo gobierno, en los meses primeros de 1938, había hecho pública su intención de acudir en auxilio de Praga en el caso de una agresión alemana. Esta posibilidad, que podía haber frenado el impulso hitleriano, quedó abortada prontamente, ya que esta hipotética intervención soviética tenía forzosamente que contar con la autorización de Polonia, cuyo territorio deberían cruzar los efectivos rusos; posibilidad a la que se negó tajantemente Varsovia; y otro tanto ocurría con Rumania, distanciada de Moscú por el contencioso territorial de Besaravia, pendiente de solución.

Septiembre fue el mes fatídico en que se desarrolló la tragedia. En sus primeros días, se reunía Hitler con Henlein, jefe del partido nazi de los Sudetes, para declarar su completo entendimiento. El día 5 de septiembre, Praga aceptaba plenamente el programa de Karlsbad. Pero ya era tarde, los designios del Tercer Reich iban mucho más allá: Hitler afirma que



Marcha sobre Munich. Alemania avanza pisando fuerte.

En la fotografía, los nazis, conquistado ya el poder en Alemania en enero de 1933, desfilan triunfalmente por las calles de la ciudad de Munich. Hitler, en el centro, encabeza la marcha, flanqueado a su derecha por Hermann Goering. Munich, capital del sureño Estado germano de Baviera, fue a lo largo de la historia un rico centro agrícola y comercial que se opuso a la Reforma luterana y fue llamado «la Roma germánica». Cuna de la reacción conservadora y autoritaria alemana, en una de sus múltiples cervecerías se fundó el Partido Nacional Socialista Alemán del Trabajo (NSDAP) en 1919, participando sus miembros en el fracasado golpe de Estado de noviembre de 1923, el primer intento de derribar las instituciones democráticas alemanas.

todos los pueblos tienen derecho a la autodeterminación, y Henlein, en un movimiento perfectamente sincronizado, pide que los Sudetes sean anexionados por Alemania.

Los días que siguen son de una intensa actividad diplomática; pero cada jornada que transcurre, Hitler, estimulado por la pasividad anglo-francesa y la debilidad de Praga, multiplica sus pretensiones. Ya no se trata sólo de los Sudetes; ahora exige también la revisión de todas las fronteras de Checoslovaquia y la solución de los problemas de las minorías alemanas húngaras y polacas. De no aceptarse sus propuestas, juega la carta del chantaje y declara que irá a la guerra; en consecuencia, el día 25 de septiembre anuncia la movilización total de sus efectivos militares; Francia llama a filas a sus reservistas; Gran Bretaña pone a su flota en estado de alerta; Roosevelt envía mensajes conciliadores a las partes implicadas en el potencial conflicto.

Antes de hacerse efectivas las órdenes de movilización general, Chamberlain envía un mensaje patético a Berlín y a Roma, proponiendo la celebración de una conferencia al más alto nivel, con participación de Italia, Gran Bretaña, Alemania y Francia. Paradójicamente, Checoslovaquia no será invitada.

El 29 de septiembre comienza la conferencia de Munich. Los dos bloques están perfectamente delimitados: Francia y Gran Bretaña, dispuestas a defender la paz a cualquier precio; Italia y Alemania, apoyándose mutuamente sin vacilaciones. El diplomático galo François Poncet trazó un admirable cuadro del encuentro: «Los miembros de la conferencia entran en contacto en un salón donde se ha instalado un buffet. Intercambian saludos corteses, pero glaciales, y se contemplan mutuamente. Mussolini, barrigudo, en su uniforme a punto de estallar. Hitler, amable a pesar de su voz chillona, pero turbado, agitado, muy pálido, incapaz de hablar con sus invitados ya que desconoce el inglés, el francés y el italiano, y sus huéspedes no comprenden el alemán, salvo Mussolini, de cuyos zapatos no se despega el *Führer*».

En la madrugada del 30 de septiembre, se firman los acuerdos de Munich, donde se aceptan todas las peticiones de Hitler. Se trata de un documento muy breve, tan sólo un preámbulo y ocho artículos, aparte anexos y declaraciones. Su artículo primero decía: «La evacuación del territorio cedido por Checoslovaquia comenzará el día primero de octubre y habrá de concluirse el día diez, sin causar daño o destrucción a las instalaciones existentes». Mus-



Postal satírico-tétrica de la época.

Una postal satírica tremendista expresa gráficamente lo que se escondía detrás del nazismo y el expansionismo bélico de Hitler: muerte y desolación. La confusa doctrina del nacionalsocialismo, recogida en el Mein Kampf (Mi lucha) *de Hitler (1925-1927) y en* El mito del siglo XX *de A. Rosenberg (1930), se basaba en ser una «antidoctrina», más que en la formulación de un pensamiento político propio. «Antijudío» («los judíos han sido durante siglos los explotadores del pueblo alemán»), «antimarxista» («doctrina judaica, generadora de división y conflictos sociales»), «antiparlamentario» («el parlamentarismo y la democracia no son más que una fuente de debilidad»), «antiliberalismo», «antiindividualismo» y defensor a ultranza —como una fe— «de la superioridad de la raza aria» y «del empleo de la fuerza y la violencia de los superiores». Su lema de «orden y autoridad» cautivó a la pequeña burguesía, y una «Nueva Alemania» se agrupó bajo la consigna: «Un pueblo, un Estado, un Caudillo». El* Führer, *Adolf Hitler. Después vendría la sangre.*

solini, con su estilo característico, exclamaría: «No se puede negar una limonada a un hombre que tiene sed».

Las consecuencias de Munich

El primer día del mes de octubre, las fuerzas del Tercer Reich entraban en Checoslovaquia, ocupando los Sudetes y alguna que otra ciudad no habitada por ciudadanos de expresión alemana. Chamberlain y Daladier, a su regreso a Londres y a París, respectivamente, aseguran que han ganado la paz para varias generaciones; sin embargo, como escribiría Maurice Baumont, los ciudadanos franceses y británicos tienen la íntima convicción de haber sido humillados.

A comienzos de diciembre de 1938, se corona la farsa mediante la firma de acuerdos de no agresión entre Alemania, Gran Bretaña y Francia. Porque, en los mismos días que el Tercer Reich entraba en los Sudetes, el 2 de octubre, efectivos polacos hacían otro tanto y ocupaban la ciudad de Teschen y, el día primero de noviembre, se imponía a Praga un nuevo documento por el que cedía a Polonia una zona de 10.000 kilómetros cuadrados, poblados por un millón de habitantes; y, al día siguiente mediante arbitraje italo-alemán, se concluía el Arbitraje de Viena, por el que Checoslovaquia cedía a Hungría un espacio de 12.000 kilómetros cuadrados, con un millón de habitantes.

Sin embargo, aún quedaba el último acto de la tragedia. Ya en 1939, el 16 de enero Hitler anuncia que ha decidido dar una «solución político-territorial a la cuestión checoslovaca». Contando con la complicidad de monseñor Tiso, convocado en Berlín, y mediante las oportunas presiones al presidente Hácha, el *Führer* consigue la convocatoria de la Dieta Eslovaca y la petición de protección al Tercer Reich. Las tropas nazis habían ya entrado en Bohemia y Moravia. El 15 de marzo de 1939, Hitler con sus ejércitos entra en Praga y declara que Bohemia y Moravia forman parte, desde la noche de los tiempos, del espacio vital alemán. El resto del Estado checo se convierte en protectorado alemán, siendo designado «protector» el alto dignatario nazi Von Neurath. Desde ese día, se instalan definitivamente fuerzas militares alemanas, con carácter permanente, en el protectorado, al tiempo que el Tercer Reich se ocupa directamente de la organización económica y financiera y de los asuntos exteriores del desaparecido Estado. Checoslovaquia no recobraría su independencia hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Pocos meses después, el 1 de abril de 1939 concluía la Guerra Civil española. Albania se incorporaba a la grotesca corona imperial italiana. Francia y Gran Bretaña continuaban soñando en una paz egoísta, conseguida al precio de independencias ajenas. Quedaba expedito el camino hacia Polonia, y en el mes de septiembre de 1939 el escenario estaba dispuesto para el estallido de la mayor conflagración que había de conocer la humanidad.

R. M.

Bibliografía básica

BAUMONT, M.: *Les origines de la deuxième guerre mondiale,* Payot. París, 1969.

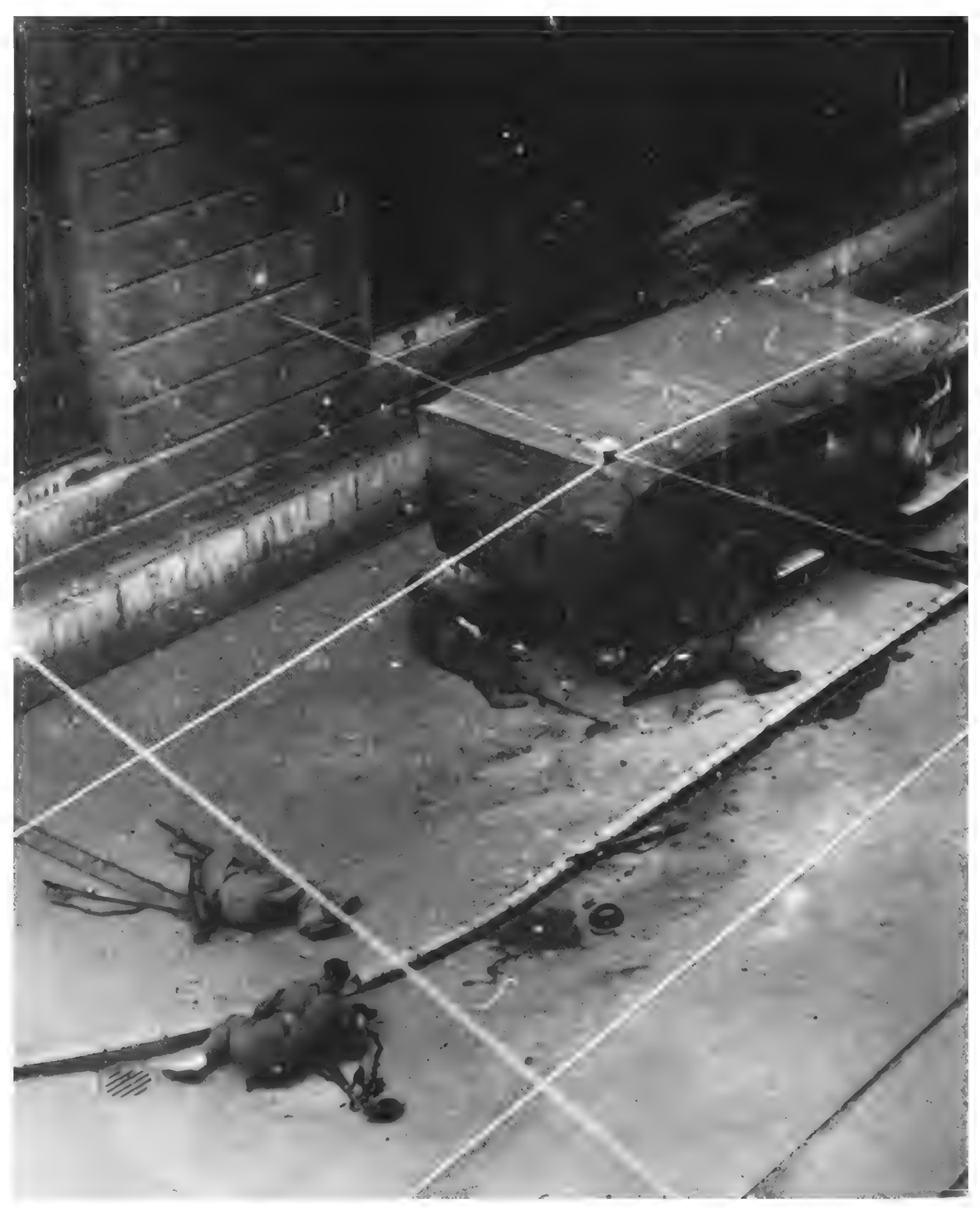
CARR, E. H.: *International relations since the Peace Treaties,* MacMillan. Londres, 1937.

CHASTENET, J.: *Europa entre dos guerras* (1939-1945), Epesa. Madrid, 1945.

DUROSELLE, J. B.: *Politique étrangère de la France. La décadence (1932-1939),* Seuil. París, 1979.

GILBERT, M.: *Las potencias europeas, 1900-1945,* Grijalbo. Barcelona, 1966.

PARKER, R. A. C.: *El siglo XX: I. Europa, 1918-1945.* Historia Universal Siglo XXI. Madrid, 1982.



1938



LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: DEL JARAMA AL EBRO

LA Guerra Civil Española se ha internacionalizado. Mientras Franco recibe abundante material de Alemania e Italia, la República encuentra a su principal valedor militar y diplomático en la URSS. Durante 1937 y primeros meses de 1938, los dos ejércitos libran cruentas batallas de desgaste: Jarama, Brunete, Belchite, Teruel. Mientras, Franco avanza, y el 19 de junio sus tropas entran en Bilbao; el 26 de agosto están ya en Santander; el 21 de octubre cae Gijón. La república ha perdido el norte de España y con él casi todas sus posibilidades de ganar la guerra.

Horror y muerte en las calles de Gijón.

Tras el desconcierto inicial de 1936, el año 1937 es la fecha clave, política y militarmente, para el futuro desarrollo de la Guerra Civil española. La República reorganiza su estructura militar, creando el nuevo Ejército Popular, regular y disciplinado, capaz de enfrentarse a los mandos castrenses profesionales del bando nacionalista. El apoyo extranjero a los contendientes, con clara ventaja de la ayuda italo-alemana a los sublevados, se materializa cada vez más. 1937 será el año de las grandes batallas. Algunas, como las del Jarama, Brunete y Belchite, quedarán en tablas. El Ejército Popular hará correr a los fascistas de Mussolini en Guadalajara, después de la conquista italiana de Málaga. La República pierde Euskadi (junio), Santander (agosto) y, tras una heroica resistencia, Asturias (21 de octubre). Desaparece el frente norte, y los republicanos reconquistan Teruel (diciembre). Madrid sigue resistiendo. En la foto, un sangriento bombardeo aéreo nacionalista siembra de muerte y sangre las calles de la ciudad costera asturiana de Gijón. Con la pérdida del Norte (gran cantidad de hombres y material) la República ya no podía ganar la guerra. 1938 sería un año de resistencia y, tras la batalla del Ebro, la derrota total llegó en 1939.

Jarama, Málaga, Guadalajara...

En los primeros meses de 1937 se libraron las dos últimas batallas por la conquista de Madrid. En el Jarama el choque fue durísimo; tropas republicanas bien preparadas y armadas se opusieron a los nacionales, que pugnaban por cercar la capital. Se habían movilizado reemplazos y ambos bandos disponían de numerosos aviones, principalmente soviéticos los republicanos, y alemanes e italianos los nacionales. Lo mismo ocurría con los tanques. En los altos niveles del ejército republicano había asesores militares de la URSS. La batalla terminó casi por agotamiento.

Una ofensiva contra Málaga fue iniciada por Queipo el 14 de enero; en la segunda fase participaron unos doce mil italianos recién desembarcados que disponían de cuantioso material. Tensiones políticas y desorganización militar entre los defensores, facilitaron al enemigo la conquista de la ciudad. Millares de malagueños, confundidos con los combatientes, escapaban hacia Almería perseguidos por los nacionales. A mitad de camino entre ambas poblaciones, el ataque quedó frenado por unidades republicanas de refresco.

Con estos efectivos italianos e italo-españoles, bien pertrechados en cuanto a equipo de guerra y transporte, se montó una nueva ofensiva que algunos creyeron podía resultar decisiva. Unos 40.000 hombres mandados por el general Roatta, atacaron por la carretera de Zaragoza a Madrid flanqueados por la derecha por una división española. Tras el rompimiento del frente y el rápido avance inicial, la reacción republicana fue enérgica; Miaja envió considerables efectivos. La aviación «legionaria» (italiana) no consiguió despegar debido al mal tiempo. Sí operó la republicana (soviética, internacional y española) desde aeródromos mejor situados. El barro y la nieve obstaculizaron los movimientos de las numerosas fuerzas motorizadas; y la incapacidad del mando italiano, que dejó en reserva la mayor parte de sus tropas, contribuyó al fracaso. El desorden degeneró en caos; detenida la ofensiva, el contraataque republicano puso fin a la batalla frustrando los ambiciosos objetivos. Se luchó con dureza lo que produjo grandes pérdidas de hombres y material.

A las 12,15 horas del día 26 de septiembre de 1937 entran en Santander, la capital cántabra, las tropas nacionalistas de la 4.ª Brigada de requetés de Navarra y los camisas negras italianos del Corpo di Truppe Volontarie (CTV). Sólo en los tres días precedentes se habían rendido 35.000 soldados republicanos. Miles de familias comprometidas con el régimen democrático se hacinan en el puerto santanderino para ser evacuadas en pequeños barcos hacia Asturias o Francia, tal como recoge la instantánea aquí reproducida. Pocos lo lograrán y pocos podrán escapar de la sistemática represión de los vencedores.



Evacuación de la población civil en Santander.

Fueron capturados prisioneros italianos si bien la propaganda exageró el número. El *Corpo di Truppi Volontarie* (CTV) tuvo que ser retirado del frente. La moral republicana creció, y la resonancia internacional de aquella batalla fue enorme. Quedaba en evidencia la intervención de unidades de la milicia fascista y del ejército regular italiano. Franco desistió de atacar Madrid. El próximo objetivo iba a ser la franja norte —Euzkadi, Santander y Asturias— para lo cual se concentraron importantes efectivos.

La campaña del norte

El mando supremo correspondía al general Emilio Mola, jefe del ejército del norte. La fuerza principal eran las Brigadas de Navarra, con alta proporción de voluntarios navarros y también vascos; las mandaba el coronel José Solchaga. Franco reunió al efecto la mayor parte de su aviación: alemana, italiana y española. A los republicanos les irían llegando por mar armas y aviones, y por el aire algunos aparatos desplazados desde la zona central, pero la superioridad de Mola resultaba aplastante. Los vascos, apoyados por asturianos y montañeses, opusieron una tenaz resistencia desde que el 31 de marzo se rompió el frente. El 29 de abril se produce el terrible bombardeo de Guernica por aparatos alemanes de la Legión Cóndor, que arrasa el núcleo de la población y causa numerosos muertos; no más de doscientos sin embargo. Este bombardeo, que la propaganda nacional negó que fuese el origen de las destrucciones, y que sería muy controvertido, conmovió a la opinión mundial. Tres días después de la agresión, Solchaga conquistaba Guernica. En esta ofensiva participaba una brigada italoespañola y más adelante el CTV. En Euzkadi se peleó con encarnizamiento, pero rotas y rebasadas las fortificaciones del llamado *cinturón de hierro,* los nacionales entraron en Bilbao el 19 de junio. La ciudad y sus industrias no fueron destruidas como pretendieron hacer los comunistas y los batallones asturianos, de acuerdo con lo ordenado por el gobierno de Valencia. El potencial industrial y minero quedó en poder del vencedor. Los avances hacia el oeste continuaron. En accidente de aviación el 3 de

A la izquierda, cartel de propaganda republicano invitando a la población madrileña a cavar trincheras y fortificar la capital para hacer efectivo el lema de «No pasarán. Madrid será la tumba del fascismo». Tras resistir las embestidas nacionalistas desde noviembre de 1936, la ciudad sólo capituló tres días antes del final de la guerra, el 28 de marzo de 1939. Un cuplé que se puso de moda tras la victoria franquista tuvo por título el revanchista Hemos pasao. *A la derecha, aviones nacionalistas bombardean los puentes que los ingenieros militares republicanos tienden sin cesar sobre el río Ebro, durante la ofensiva iniciada por el Ejército Popular en la madrugada del 25 de julio de 1938 con 100.000 hombres.*



Madrid pasa a ser el símbolo de la fortaleza.



El deber: para unos, construir; para otros, destruir lo construido.

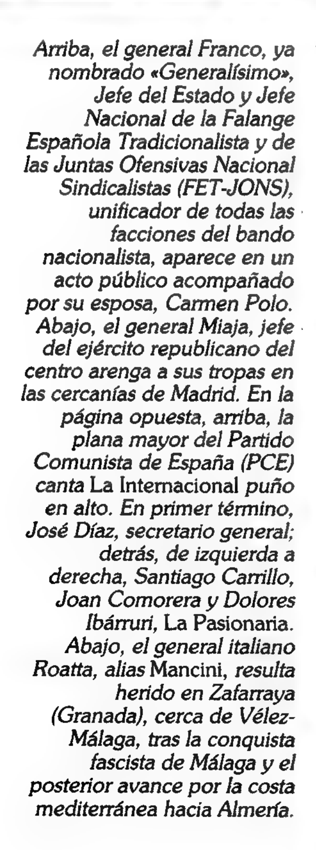
junio había muerto el general Mola, a quien sustituyó Fidel Dávila.

Política en la retaguardia

Franco se propuso crear un partido único que recogiera aspectos doctrinales y símbolos de Falange Española y también de los tradicionalistas; en el mismo partido se integrarían las demás organizaciones derechistas que le apoyaban. Hubo resistencia por parte de determinados jefes falangistas y se produjeron incidentes en Salamanca, que se saldaron con dos muertos y cierto número de encarcelamientos. El 19 de abril, Franco se convirtió en jefe nacional de FET y de las JONS; todos los poderes estaban ya en su mano. Mayor gravedad tuvieron los llamados *hechos de mayo* en Barcelona. El PSUC (comunistas catalanes) se habían propuesto, siguiendo directrices de Stalin, acabar con los disidentes del POUM. Paralelamente la Generalidad deseaba recuperar el poder y someter a los anarcosindicalistas, asimismo enemigos del PSUC. Un incidente, en cierta medida provocado, hizo que los extremistas de la CNT, FAI y Juventudes Libertarias se lanzaran armados a la calle y levantaran barricadas. La ciudad quedó convertida en campo de batalla.



Sonreír, brazo en alto, al paso del «Generalísimo».



Arriba, el general Franco, ya nombrado «Generalísimo», Jefe del Estado y Jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FET-JONS), unificador de todas las facciones del bando nacionalista, aparece en un acto público acompañado por su esposa, Carmen Polo. Abajo, el general Miaja, jefe del ejército republicano del centro arenga a sus tropas en las cercanías de Madrid. En la página opuesta, arriba, la plana mayor del Partido Comunista de España (PCE) canta La Internacional *puño en alto. En primer término, José Díaz, secretario general; detrás, de izquierda a derecha, Santiago Carrillo, Joan Comorera y Dolores Ibárruri,* La Pasionaria. *Abajo, el general italiano Roatta, alias* Mancini, *resulta herido en Zafarraya (Granada), cerca de Vélez-Málaga, tras la conquista fascista de Málaga y el posterior avance por la costa mediterránea hacia Almería.*



Miaja con sus tropas.

Las autoridades se vieron impotentes para reducir a los revolucionarios, a pesar de que los ministros anarcosindicalistas se trasladaron a Barcelona en un intento de restablecer la convivencia; sólo consiguieron treguas precarias. La Generalidad tuvo que ceder al gobierno central el Orden Público, que le correspondía en virtud del Estatuto autonómico. Valencia envió una poderosa fuerza, que decidió la sangrienta pugna. Murieron en combate o por represalias inmediatas cerca de trescientos hombres. La influencia anarcosindicalista se verá en adelante muy mermada. El POUM desaparece triturado por los prosoviéticos. Consecuencia de los sucesos de mayo, de la marcha desfavorable de la guerra y de las maniobras comunistas, se produciría el cambio de gobierno. El 18 de mayo Largo Caballero fue sustituido por el también socialista Juan Negrín, que era ministro de Hacienda cuando la masiva exportación de oro a la URSS. Esto hizó suponer a Moscú que sería más manejable que el viejo líder de la UGT. Prieto, que colaboró en la maniobra, fue designado ministro de Defensa.



La plana mayor del partido comunista escucha la Internacional.

La batalla de Brunete

Para desbaratar el frente nacional de Madrid y aliviar la situación bélica en el Norte, se dispuso una gran ofensiva republicana; se llamará batalla de Brunete por ser este pueblo el primer objetivo. Se inició el 6 de julio con calor sofocante, en tierra seca y ardorosa. Los cuantiosos efectivos concentrados y la sorpresa favorecieron a los atacantes que se apoderaron de Brunete. Pequeñas guarniciones nacionales resisten y dan lugar a la movilización de reservas y a que la ofensiva quede frenada. Ejerce el mando republicano el general Miaja, y Rojo es el jefe del Estado Mayor. Participan los mejores mandos del Ejército Popular, Modesto, Líster, El Campesino, Mera, entre los de milicias; Jurado, Prada, Casado, entre los profesionales; y los internacionales, Walter, Kléber, Gal... La superioridad en hombres, armamento y aviación al iniciarse la ofensiva era enorme. Barrón y Sáez de Buruaga contraatacan y dan tiempo a que la aviación italiana y española y la Legión Cóndor acudan desde el Norte, así como dos brigadas de Navarra. Mandaba a los nacionales el general Varela. El empeño con que se peleaba, los efectivos de artillería, aviación y carros, el clima que lo agravaba todo, hicieron de esta batalla una de las más penosas y sangrientas. El 24, Líster tuvo que abandonar las ruinas de Brunete. Poco después, las tropas traídas del Norte regresaron a aquel frente. Só-


El general italiano Roatta cae herido cerca de Málaga.



Las gafas quedan representando al «gran director» que ha muerto.



Líster rodeado por los hombres del famoso Quinto Regimiento.

lo un mes se retardó el ataque sobre Santander. Las bajas fueron numerosísimas; los muertos, sumando los correspondientes a ambos ejércitos, llegarían a tres mil. Aquella operación había sido promovida por los asesores soviéticos.

El Ejército Popular se rehizo pronto y planeó un ataque contra Zaragoza. Se confiaba en una sublevación de la retaguardia enemiga. Aprovechando la concentración de tropas, Indalecio Prieto ordena a Líster que disuelva el Consejo de Aragón, organismo autónomo dominado por los anarcosindicalistas. Por la fuerza se pone fin al discutido experimento de las comunas libertarias. Lo mismo en el ejército que en la retaguardia la influencia comunista se manifiesta cada vez mayor. A mucha distancia de cualquier otro proveedor, la URSS suministra armamento, aporta consejeros militares, tanquistas, aviadores y otros especialistas, dispone de policía propia y tiene supeditadas a las Brigadas Internacionales, influye decisivamente en la propaganda y es valedora de la República en algunos organismos internacionales. El enemigo, y los descontentos del propio bando, acusarán a Negrín de estar supeditado a los rusos; lo que ocurre es que no puede escapar a su influjo, y rara vez a sus imposiciones.

El Norte ya no es republicano

La ofensiva contra Santander seguía adelante. Dávila se enfrentaba contra fuerzas muy inferiores mandadas ahora por el general Gámir, que ha recibido magros suministros bélicos. Concentra Franco casi toda su aviación sin importarle dejar desatendidos los demás frentes. El 24 de agosto conquista Torrelavega y dos días después las brigadas de Navarra y el CTV entran en Santander. Los prisioneros ascienden a 60.000 y el material capturado es ingente.

El mismo día en que perdían Torrelavega, los republicanos, que han reunido en Aragón un ejército tan poderoso como el de Brunete, rompen las líneas nacionales. Tres agrupaciones —Trueba, Kléber y Modesto— tenían que converger en Zaragoza. Como en Brunete, pequeños destacamentos enemigos se pegan al terreno y resisten a ultranza. Franco no retiró esta vez fuerzas de las que progresaban hacia Asturias; sólo parte de la aviación. Los republicanos no salvaron la barrera que el enemigo les opuso ante Zaragoza. Se atacó y cercó Belchite, donde unos 2.200 hombres se enfrentaban a varias brigadas apoyadas por tanques, artillería y aviación, a las que se añadirían más adelante los internacionales y Guardias de Asalto. Los defensores se encastillaron en los

edificios más sólidos y en las casas; Belchite quedaría totalmente arrasado. Atacantes y defensores peleaban entre las ruinas, y el hedor de los cadáveres se hacía inaguantable. La noche del 5 al 6 de septiembre unos doscientos hombres conseguían ganar las propias líneas. La República conquistó Belchite y unos dos mil kilómetros cuadrados, que comprendían unos pocos pueblos. Hicieron bastantes prisioneros, y las bajas fueron cuantiosas por ambas partes. La República disponía de un ejército poderoso, capaz de medirse con el enemigo; su fallo principal consistía en que al prometedor empuje inicial sucedía una incapacidad de penetración esterilizadora. La guerra iba a ser larga. En esta batalla aviadores españoles entrenados en la URSS pilotaron con éxito aparatos soviéticos.

La configuración montañosa del frente asturiano resultaba favorable a los republicanos, que disponían de un ejército aguerrido y bien armado. Dávila mandaba tropas mejor pertrechadas y contaba con una aviación eficaz y numerosa, mientras que los asturianos apenas tenían aparatos. La operación de rodear los Picos de Europa resultó lenta y trabajosa. Aranda era ahora el jefe de las unidades que atacaban por la parte sur. El CTV no participaba en las operaciones. El Consejo de Asturias, que se autoproclamó soberano, reemplazó a Gámir por el enérgico coronel Adolfo Prada. El 14 de octubre las columnas de Solchaga y Aranda coincidieron en Infiesto; la suerte de Asturias estaba decidida. El 21 los nacionales entraron en Gijón y Avilés; algunos dirigentes escaparon por mar; la campaña del Norte había terminado antes de que el invierno se echara encima. El botín fue cuantioso y los prisioneros muchísimos. Varios centenares de combatientes se refugiaron en los montes para iniciar guerrillas. Las fábricas, las minas, los puertos vascongados, montañeses y asturianos quedaron en poder de los nacionales y en seguida estuvieron en condiciones de funcionar. Además fueron incorporándose al ejército cuantos no queda-

En la página opuesta, gafas con su funda, pertenecientes al general Mola, «director» primitivo de la sublevación militar del 18 de julio de 1936, fallecido en accidente aéreo el 3 de junio de 1937. Ya nadie disputará el mando único a Franco. Abajo, el general Enrique Líster, comunista formado militarmente en la Unión Soviética, posa rodeado de sus hombres del famoso Quinto Regimiento. En esta página, los puentes bilbaínos sobre el Nervión son destruidos por los gudaris vascos antes de la entrada de los franquistas en Bilbao, el 19 de junio de 1937.



Los puentes de Bilbao destruidos por los gudaris antes de la entrada de los nacionalistas.



Juan Negrín, presidente de la Segunda República.

ban retenidos en campos de concentración o cárceles. Millares de vascos, santanderinos y asturianos se apuntaron voluntarios en banderas de Falange y tercios de requetés. La escuadra nacional se pudo concentrar finalmente en el Mediterráneo.

Teruel, una batalla de prestigio

Mientras España se desangraba y destruía su riqueza, Alemania, Italia, la URSS y las democracias, a través de comerciantes y contrabandistas, continuaban enviando armas y efectivos bélicos. Seguía funcionando el llamado Comité de No Intervención, y se mantenían pugnas y polémicas de fronteras para afuera. Cuando la afluencia de material soviético a través del Mediterráneo era mayor, a petición de Franco intervino solapadamente la marina italiana, que utilizaba submarinos y aun buques de superficie contra el comercio republicano. Las unidades *piratas* hundieron barcos españoles, y de otros países, incluso ingleses. Gran Bretaña convocó una conferencia en Nyon. El 14 de septiembre se firmó el acta final; una seria advertencia a Italia. Las agresiones piratas dejaron de producirse; la escuadra y la aviación nacionales mantuvieron el bloqueo, lo que obligó a la URSS a utilizar la ruta del norte y a que los suministros bélicos tuvieran que atravesar Francia con apertura y cierre de fronteras según las tensiones internacionales.



Un torpedo varado en la playa es el centro de atención.

El gobierno republicano se trasladó a Barcelona, y a pesar de contrariedades militares, divisiones internas y de la penuria de alimentos que padecían las ciudades, demostraba una firme voluntad de lucha. Se organizó una ofensiva contra la desguarnecida plaza de Teruel y de nuevo se juntaron las mejores tropas y material de toda clase en abundancia. El 15 de diciembre inicia Líster la penetración; el frío era intenso y las condiciones meteorológicas adversas. Los nacionales, una vez más sorprendidos, se fueron retirando hacia la ciudad, cañoneada y bombardeada masivamente. El 19 quedan cercados por fuerzas tan superiores, que sólo pueden confiar en el auxilio exterior. Lo quebrado del terreno, la nieve y el mal estado de los caminos hacen que los refuerzos se retrasen. Aranda y Varela atacan a los republicanos que oponen tenaz resistencia. Bombardeados y batidos por la artillería, acosados por tanques y armas automáticas, los defensores se hallan encerrados en pésimas condiciones, amontonados, carentes de material sanitario, mezclados con la población civil, sin apenas alimentos e imposibilitados de evacuar heridos ni enterrar a los muertos. El 31 de diciembre Aranda está a punto de enlazar con los sitiados; la firme oposición republicana y la nieve se lo impiden. El Ejército Popular redobla los ataques y por medio de minas hace volar los edificios. La situación de los sitiados es insostenible y el comandante militar decide rendirse. A unos tres mil ascienden los prisioneros; entre ellos el obispo. Grandes fueron los estragos y elevada la mortandad entre militares y civiles. La conquista de Teruel se celebra como éxito resonante de Prieto y del Ejército Popular. Ocurre que Franco no da por terminada la batalla y se propone reconquistar la ciudad, cuya pérdida ha provocado efectos desmoralizadores en la retaguardia nacional.

Los nacionales, que disponen de más y mejores reservas, inician las operaciones el 18 de enero de 1938 y pronto las extienden al norte, hacia el río Alfambra. El 22 los nacionales reconquistan lo que queda en pie de Teruel; un golpe para la moral republicana. El entusiasmo se trueca en pesimismo; el prestigio de Indalecio Prieto decae, lo mismo que su ánimo.

Ramón Serrano Suñer, cuya esposa es hermana de la del Generalísimo, está organizando un verdadero Estado, y se nombra un gobierno con representantes de las distintas fuerzas políticas, económicas y sociales.

El derrumbe del frente de Aragón

Con seis cuerpos de ejército y la mayor parte de la aviación, el 6 de marzo los nacionales desencadenan una violenta ofensiva en la parte central de Aragón. Los internacionales manda-



El tumultuoso mayo barcelonés.

En la página opuesta, arriba, el prestigioso médico y catedrático de fisiología, Juan Negrín, elegido presidente del gobierno de la Segunda República española el 17 de mayo de 1937, tras los sangrientos sucesos de Barcelona, que enfrentaron durante una semana a los anarquistas (CNT-FAI) y trotskistas del POUM, contra los comunistas y el resto de los partidos que defendían la legalidad republicana. Chocaban dos estrategias. La de los primeros podía resumirse en el lema: «Aprovechemos la guerra para hacer la revolución social»; la de los segundos, en la consigna: «Primero ganemos la guerra al fascismo, y luego haremos la revolución». Bajo estas líneas, barricada anarquista en el centro de la capital catalana. Frente a ella, la población de Tarragona observa un torpedo de fabricación italiana, varado en la playa, tras ser disparado contra un buque republicano por la flota del Duce.

DIBUJAR LA TRAGEDIA O REPRESENTAR LA GUERRA



Solana.

Dice el crítico de arte Josep Termes en su artículo Una aproximación histórica al grafismo español de 1931 a 1939: *«El cartel, el poster, iba a competir con el mitin, la radio y el cine en la lucha por difundir entre el pueblo unas consignas políticas y sociales...». Durante la guerra los grafistas de ambos bandos (la inmensa mayoría de artistas e intelectuales apoyaron a la República) se esforzaron por plasmar en el papel las excelencias de sus partidarios y las brutalidades de sus contrarios. De arriba a abajo y de izquierda a derecha, obras de Solana, Sáenz de Tejada, Castelao y Sim. El segundo fue quizá el dibujante más destacado de toda la Guerra Civil, que vivió desde el bando nacionalista. Entre los cartelistas republicanos, el más famoso fue sin duda el valenciano Josep Renau, maestro también del fotomontaje.*



Sáenz de Tejada.



Castelao.



Sim.

EMILIO MOLA VIDAL (Santa Clara, Cuba, 1887-Alcocero, Burgos, 1937)

Emilio Mola, hijo, nieto y bisnieto de militares, fue ante todo y sobre todo, el director del Alzamiento Nacional. Nació en Cuba, el 9 de julio de 1887, donde su padre era jefe de línea de la Guardia Civil. Su carrera militar fue en extremo brillante. Ingresó en la Academia de Infantería en 1904 y sirvió casi ininterrumpidamente en Marruecos, donde consiguió cuatro ascensos por méritos de guerra y la medalla militar individual.

Terminada la campaña de Marruecos, fue designado para el mando de la circunscripción de Larache, puesto en el que cesó, a requerimiento del general Berenguer, para ocupar la Dirección General de Seguridad, en la que permaneció hasta la posterior proclamación de la República.

El nuevo régimen ordenó su procesamiento por las presuntas responsabilidades en que hubiera podido incurrir con ocasión de los disturbios estudiantiles en la Facultad de Medicina de San Carlos en marzo de 1931. La causa fue sobreseída por la Sala II del Tribunal Supremo y, luego, por la Subcomisión IV de Responsabilidades del Congreso.

Poco después, con motivo de la rebelión del general Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932, fue separado del servicio activo.

Amnistiado el 8 de mayo de 1934 por aplicación de la ley de 24 de abril, fue nombrado jefe de la Circunscripción Oriental de Marruecos y comandante militar de Melilla, y al quedar vacante la jefatura de las fuerzas militares del Protectorado la ocupó accidentalmente, hasta que fue confirmado como titular, en plaza de superior categoría, el 1 de noviembre de 1935.

A la llegada al poder del Frente Popular fue trasladado a Pamplona. Fue entonces cuando creyó que la situación exigía una intervención del Ejército.

A su paso por Madrid, camino de Pamplona, se entrevistó con los generales Orgaz, Goded, Ponte, Kindelán y Saliquet. Se acordó entonces preparar al Ejército para un alzamiento militar que sólo se produciría «si los acontecimientos lo exigían», y de cuya organización se encar-



Qué nueva tragedia afecta a este niño envuelto en una manta.

dos por el general Walter no pueden evitar que el enemigo entre de nuevo en Belchite. La ofensiva sigue un curso rápido: se bombardea y cañonea, se ataca y maniobra, se cierran bolsas con apresamiento de hombres y material. El ejército del este, que manda el general Sebastián Pozas, es desbordado y batido; el frente se ha derrumbado. Los nacionales conquistan Alcañiz y Caspe. Como en las demás batallas se enfrentan las mejores unidades de ambos bandos. El coronel Leopoldo Menéndez, Modesto, Líster, El Campesino, Walter y Vicente Rojo, que es la cabeza, tienen enfrente a Yagüe, Aranda, Varela, Moscardó, García Valiño, Berti con el CTV; y no tardará en intervenir Solchaga. El objetivo final parece ser Barcelona, que es bombardeada con tremenda intensidad; durante los días 17, 18, 19 y aun el 20 de marzo, se producen más muertes diarias que en Guernica. La moral decae. A Pozas le sustituye otro profesional, Perea, y acuden auxilios del Centro, Extremadura y Andalucía. Las fortificaciones del Cinca, en las que se había puesto alguna esperanza, son rebasadas. El 3 de abril Yagüe entra en Lérida, defendida por El Campesino. El 7 los de Solchaga se apoderan de Tremp. García Valiño, tras derrotar a los internacionales, ha llegado a Gandesa el 3; y al día siguiente, Aranda conquista Morella. No puede Prieto, desmoralizado, seguir al frente del Ministerio de Defensa; las presiones comunistas obligan a Negrín a hacerse cargo de ese ministerio. Se lucha con codicia; los republicanos están recibiendo vía Francia gran cantidad de material y, vista la dirección del ataque de Aranda y García Valiño, tratan de impedir que el territorio republicano quede partido en dos. El día 15, la 4.ª división de Navarra, que manda Alonso Vega, llega al Mediterráneo en Vinaroz. Los nacionales dominan los embalses del Pirineo y conquistan el valle de Arán.

Objetivo: Valencia

Ocurre lo inesperado: Franco ordena atacar Valencia en vez de Barcelona. En esta decisión, que desagradó a sus generales, influyeron

El Campesino *entrega un mensaje a un motorista en el frente de batalla.*

gó la junta de generales que estaba presidida por Rodríguez del Barrio.

La imprevisión y falta de realismo de sus miembros, que jugaban alegremente a las conspiraciones, persuadieron a Mola de que era preciso que alguien tomara en sus manos la dirección del asunto y de que ese alguien tenía que ser él. Nacen entonces sus famosas *Instrucciones reservadas.* La número 1 tiene fecha de 20 de abril, y en ella se introduce una variante significativa sobre lo acordado en Madrid: el Movimiento se abriría a todas las fuerzas políticas, sin más excepción que las que «reciban inspiraciones del extranjero, socialistas, masones, anarquistas, comunistas».

Dirige a los juramentados una circular sobre «El objetivo, los medios y los itinerarios» el día 25 de mayo, y entre esa fecha y el 24 de junio lanza diez nuevas directivas y fija sus objetivos en un importante documento que titulaba *El directorio y su obra inicial.* Iba Mola a la constitución transitoria de una dictadura militar republicana que gobernaría por decretos leyes que serían «refrendados en su día por el parlamento constituyente elegido por sufragio». El programa de Mola mantenía la «separación de la Iglesia y del Estado, libertad de cultos y respeto a todas las religiones» punto éste, junto a otros, que le acarrearía serias dificultades en sus relaciones con las fuerzas políticas que deseaban incorporarse al alzamiento, especialmente con los carlistas, que, meses después de la sublevación, terminarían imponiendo sus criterios. Luego vendría la sublevación, con sus éxitos y sus fracasos; la guerra, con sus imperiosas exigencias, y la muerte, al aceptar una de éstas que implicaba un riesgo excesivo.

Sucedió el 3 de junio de 1937. Mola, general en jefe del ejército del norte, extendía su jurisdicción sobre todo el frente situado al norte del límite entre las provincias de Badajoz y Cáceres. Miaja atacaba en dirección a Segovia y creaba una delicada situación, por lo que decide acudir para apreciarla directamente. El día es malo, pero contra el consejo técnico ordena el despegue. El avión 41-1, en el que viajaba, se estrelló en el término de La Ida, en los montes de Oca. No había cumplido aún los cincuenta años.



Una patrulla de guardias de asalto republicanos practicando una descubierta.

Los sufrimientos de la población civil fueron numerosos durante la guerra de España y la posterior represión impuesta por los vencedores. El poeta Vicente Aleixandre, luego premio Nobel de Literatura en 1978, escribió tras un bombardeo fascista sobre Madrid: «Todas las casas gritan. / Pasáis, y de esa ventana rota sale un grito de muerte. / Seguís... Las ventanas, las puertas, las torres, los tejados / gritan, gritan. Son niños que murieron. / Por la ciudad gritando, / un río pasa: un río clamoroso de dolor que no acaba. / No lo miréis; sentidlo. / Pequeños corazones, pechos difuntos, caritas destrozadas...». Arriba, un grupo de guardias de asalto republicanos entran en un pueblo abandonado por el enemigo y aparentemente desierto en el frente de Aragón, durante la ofensiva del Ebro, en julio de 1938. Tras el fracaso del ataque republicano y la recuperación nacionalista de todo el territorio perdido, el 16 de noviembre del mismo año, la caída de Cataluña y Levante en manos de Franco parece ser cosa de pocos meses. Según avanzan las tropas nacionalistas, la población civil leal a la República huye haciendo largas colas en las carreteras rumbo a la frontera francesa (foto de abajo). Allí serían internados en campos de concentración infrahumanos, a la intemperie, en simples playas valladas con alambres de espino. Muchos españoles con experiencia militar se apuntarán a la Legión Extranjera francesa para huir de aquel infierno. Otros, lucharán luego encarnizadamente contra los nazis en las filas de la Resistencia gala, una vez que los alemanes ocupen Francia en 1940.



Mujeres y niños marchan conducidos por soldados.

razones de política internacional: el temor de que Francia interviniese directamente, y de que la guerra se generalizara comprometiendo el éxito final. La tensión europea atravesaba uno de sus momentos más peligrosos. El 12 de marzo se había producido la anexión de Austria al Tercer Reich; y el conflicto de los Sudetes, que llevaría al pacto de Munich, estaba ya planteado.

Los nacionales se detuvieron en la línea del Segre y del Ebro, y la batalla principal se desplazó al Maestrazgo y a la franja costera. El objetivo era Valencia; Leopoldo Menéndez reorganizó las tropas que quedaron al sur de la divisoria y opuso una denodada resistencia. Conquistaron los nacionales Castellón, avanzaron hasta Nules, y desde la provincia de Teruel adelantaban hacia el mar y Valencia con enormes dificultades y pérdidas. Al norte del Ebro, los republicanos, con el copioso material recibido de la URSS, organizaron un ejército que bautizaron con el nombre del río; el mando se le dio a Modesto. Hasta el Pirineo, cubría el frente el ejército del este a las órdenes del coronel Perea. Hubo fuertes batallas en Extremadura, donde Queipo logró mejoras territoriales. En el Segre contraatacaron los republicanos, que sufrieron graves pérdidas de material y hombres sin alcanzar los objetivos. El general José Miaja asumió todos los poderes de la que pasó a denominarse zona Centro-Sur.

El 1 de mayo de 1938, el gobierno de Juan Negrín publicó lo que se denominó los Trece Puntos: un programa moderado y los fines que se proponía la República. Entrañaba no pocas contradicciones y su principal finalidad, según reconoció el presidente de la República, Manuel Azaña, era propagandística, en especial frente al extranjero. El Estado republicano volvía a sentirse —y a ser— fuerte por cuanto Negrín dominaba al gobierno y ejercía su autoridad. Militarmente sabía que no podía aspirar a ganar la guerra. Hubo algunos intentos de mediación, pero no prosperaban. Los ingleses, que siempre prefirieron que en España hubiese un Estado y un gobierno débiles, para «protegerlos», deseaban que terminara el conflicto armado, foco de peligro para la paz mundial. Algunos han calificado los Trece Puntos como oferta de paz, pero era impensable que Franco y sus partidarios, que estaban ganando la guerra, aceptaran someterse a las condiciones de Negrín y se entregaran a su merced.

En el tránsito de la primavera al verano de 1938 el ejército republicano preparaba una nueva ofensiva que desencadenaría la mayor batalla de la guerra en el recodo catalán del Ebro. Batalla decisiva, aunque la resistencia se prolongara y exigiera nuevas operaciones.

L. R.



Los hombres de Camilo Alonso Vega han alcanzado el Mediterráneo.

El día 15 de abril de 1938, la 4.ª División Navarra del general nacionalista Camilo Alonso Vega llega a las playas del Mediterráneo a la altura de Vinaroz (Castellón de la Plana), después de traspasar las líneas republicanas y cortar en dos el territorio que permanece en poder del gobierno democrático. Los voluntarios nacionalistas de Navarra, requetés carlistas y falangistas, en su mayor parte, cantan el Cara al Sol *frente al mar, saludando al estilo fascista. Su avance a través de la costa se demuestra imparable, tanto hacia el norte, por la ya catalana provincia de Tarragona, como hacia el sur, hacia Castellón y Valencia. La contraofensiva republicana en el Ebro será el último y fracasado gran intento de resistencia militar de la República.*

1938

EXODOS Y MIGRACIONES EN EL SIGLO XX

EN el año 1938 la fundación Nobel decidió conceder el premio de la Paz a la Oficina Internacional de Emigración. Se reconocía así la ingente labor de este organismo internacional, encargado de solucionar los problemas de los millones de personas que, por una u otra razón, se habían visto obligadas a dejar su país natal. De la emigración económica que en los primeros años del siglo XX emprendieron tantos europeos en dirección a América, se pasaba con el transcurrir del siglo a otra motivada por razones de guerra, de política o incluso de discriminación racial. La crisis económica mundial dificulta y vuelve aún más trágico el destino de estos desterrados.



Emigrantes europeos se apiñan en un puerto esperando su embarque rumbo a América.


La falta de medios obliga a los emigrantes a vivir en condiciones infrahumanas.

En busca de nuevos horizontes

Entre 1900 y 1915, a razón de una media anual de algo más de un millón de personas, dieciséis millones de europeos marcharon de sus países de origen en busca de nuevos horizontes donde encontrar, unos, la dignidad que proporciona el salir de la miseria hallando un trabajo justamente remunerado, y otros, el clima de libertad que en sus países se les negaba. La carencia de barreras migratorias, la necesidad de mano de obra y el desarrollo de las comunicaciones marítimas iba a facilitar una corriente migratoria sin precedentes en la historia. Italia, con cinco millones de emigrantes era el país que ocupaba el primer lugar. A Italia seguían Gran Bretaña, Rusia y Austria-Hungría, y si en el caso de la península italiana la razón fundamental que impelía a sus hombres a embarcar para Nueva York o para Buenos Aires era la pobreza del suelo y la alta demografía, en el caso de los otros países las causas eran políticas, religiosas y étnicas; irlandeses que huían tanto de la pobreza como del dominio inglés; judíos de Polonia, de Lituania o de Ukrania, atemorizados por los *pogroms;* húngaros y checos, deseosos de liberarse de la hegemonía austriaca del Imperio de los Habsburgo, buscaron en el nuevo continente las posibilidades de libertad que en su tierra se les negaban. Gran Bretaña, por otra parte, era punto de origen de otro gran movimiento humano hacia sus propios dominios, Canadá, Australia, Africa del Sur o Nueva Zelanda, territorios vírgenes, aptos para la colonización.

Hasta 1911, los Estados Unidos de América, en pleno crecimiento y necesitados de aportación humana, fueron el mayor receptáculo de inmigrantes. Después, la marea se extendería hacia Canadá, Argentina y Australia, en cuyas inmensas extensiones iban a tener cabida los que en la superpoblada y conflictiva Europa habían visto restringidas sus posibilidades vitales.

España ocupaba también un lugar destacado entre los países proveedores de emigrantes. Las líneas de vapores entre la península Ibérica y las dos Américas navegaban en aquellos años con un pasaje mayoritariamente compuesto por gallegos, asturianos, vascos o levantinos con destino a Cuba, México, Argentina o Estados Unidos, dispuestos a revivir de modo incruento y con su exclusivo esfuerzo laboral, la

Los demógrafos o estudiosos del crecimiento de la población han calificado al siglo XIX como «el siglo de la explosión blanca», debido a la enorme reproducción de esta raza en Europa y, sobre todo, en América. En 1900, Europa albergaba a una cuarta parte de la población mundial (412 millones, con respecto a 1.650), si bien, ya desde mediados del XIX, había comenzado una continua emigración a América. En el siglo XX, los nuevos continentes y países se colocan a la cabeza del crecimiento demográfico (crecimiento natural más movimientos migratorios). Hasta 1950 América continúa en primer lugar, seguida de Asia, Oceanía y Africa, que actualmente la han superado. En 1980, la población mundial se estimaba en 4.437 millones de personas, que llegarán a los 6.100 en el año 2000. En la foto, una familia numerosa de emigrantes asiáticos de Bangladesh se hacina en un pequeñísimo apartamento londinense.



Toda la familia debía trabajar, incluso los niños soportaban su jornada.



Sacco y Vanzetti: en la balanza de la justicia pesaba su origen italiano.

epopeya que siglos atrás protagonizaran los conquistadores.

La explosión demográfica del siglo XIX

Pero no era sólo el viejo continente fuente de corrientes migratorias. El mundo, como consecuencia de la victoriosa batalla librada contra los azotes epidémicos durante el siglo XIX, había experimentado un extraordinario aumento de población, pasando de 978 millones de habitantes en 1800 a 1.650 millones en 1900. Y durante los primeros catorce años del siglo, la tasa de crecimiento experimentaría un alza relevante. Ante esta crecida, la tradicionalmente superpoblada China había sido otra de las grandes suministradoras de emigrantes que marchaban a Hawai, a Canadá, a México, a Africa del Sur, mientras Estados Unidos, que tanta mano de obra china había utilizado en la construcción de sus ferrocarriles, ponía las primeras barreras a los inmigrantes de raza amarilla cuyas comunidades se habían afincado fundamentalmente en su costa oeste. Otra gran corriente de chinos se extendería por el Asia Suroriental, por las Indias holandesas, por Siam o por la península malaya. El otro gran país aisático —la India— generó un flujo migratorio de gran alcance hacia el Transvaal, hacia el Africa Oriental, hacia Centroamérica. Otra gran riada hacia ultramar tenía su origen en el Medio Oriente: sirios, libaneses, armenios que huían de las persecuciones turcas y con el ensueño puesto en la arribada a América.

Se estaba en el momento en que una política de puertas abiertas —en el caso de no tratarse de grandes éxodos por persecuciones políticas o raciales— hacia países como Estados Unidos o Australia alentaba a los emigrantes europeos mediante la creación de una legislación favorable al emigrado, la propaganda y la tentación de crearse una nueva esperanza de vida en países libres. Acuerdos mutuos favorecían el desarrollo de una migración internacional que tenía la virtud de ayudar al país en crecimiento y de ser fuente de divisas para la nación exportadora, gracias al dinero que los emigrantes remitían a los familiares que habían quedado en el terruño.

El parón de la Primera Guerra

La Primera Guerra Mundial vino a perturbar profundamente las migraciones voluntarias impulsadas por el desequilibrio económico, para dar lugar a los movimientos forzados de personas, sea por convulsiones revolucionarias o por

los cambios geopolíticos derivados del tratado de paz, sobre todo en el área centroeuropea, en las zonas fronterizas entre Alemania y la renacida Polonia, entre Grecia y Turquía, entre Rumania y Hungría. Pero el gran éxodo forzoso de la segunda década del siglo se produjo como consecuencia de la revolución rusa. La guerra civil y la conquista del poder por los soviets hicieron que más de medio millón de rusos huyeran a los países occidentales, Francia principalmente; 250.000 fueron a parar a China, Japón, Corea e Indochina; 100.000 se establecieron en Manchuria, y unas cuantas decenas de miles se refugiaron en Estados Unidos, en Canadá y en Australia.

En 1917, Norteamérica impuso las primeras leyes restrictivas para la admisión de inmigrantes, creando un sistema de cuotas tendente a hacer prevalecer la inmigración de ciertos grupos étnicos o nacionales en detrimento de otros. Como es obvio, las preferencias se inclinaron hacia una mayor tolerancia para los individuos pertenecientes al tipo nórdico en perjuicio de los mediterráneos y levantinos. Además, la existencia de registros fiables sobre las cifras reales representadas por la emigración no se produjo hasta la década de 1920, lo cual permitió a América del Norte, como receptora de la mayor corriente migratoria de la edad contemporánea, tener unas referencias exactas sobre el origen de su población y, por tanto, ejercer un control estricto y selectivo de la entrada de nuevos emigrantes.

A partir de la Primera Guerra Mundial, el descenso en la presión demográfica en Europa y las progresivas restricciones adoptadas por los países tradicionalmente receptores marcaron el fin de la gran expansión migratoria europea. En 1924, una nueva restricción decretada por el gobierno de Estados Unidos hizo aún más problemática la posibilidad de entrar en el país, que gracias al auge experimentado después de la Gran Guerra se había convertido en El Dorado, en la meca de todos los que aspiraban a crearse una nueva forma de vida. La medida inspirada en gran parte por el aumento de la delincuencia y por el predominio de italianos, irlandeses y polacos en los centros de la mala vida, tomó como base el censo de 1890 para establecer unos cupos de los que salían altamente favorecidos los solicitantes de ascendencia escandinava y anglosajona. No obstante, a lo largo de la década de 1920 todavía fue muy intensa la corriente de personas que, procedente de los países mediterráneos, Italia, España, Grecia y los Balcanes, se instaló en Amé-

De 1900 a 1909 entraron en Estados Unidos más de 8 millones de inmigrantes, europeos en su mayor parte, en lo que se ha considerado el mayor movimiento migratorio a un solo país, quizá en busca del mito de «la gran promesa americana». En la página opuesta, arriba, niños ingleses trabajan largas horas en una factoría textil. Abajo, los inmigrantes italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, ajusticiados en 1927 en EE. UU. por su militancia anarco-sindicalista (cuadro de Ben Shahn en el Museo de Arte Moderno de Nueva York). Bajo estas líneas, Los emigrantes, *obra de A. Tomasi. Un grupo de emigrantes italianos esperan el embarque en un viejo buque, rumbo a América.*

A la espera de alcanzar la gran promesa americana.





Robert Oppenheimer, hijo de emigrantes alemanes.

rica del Sur, tomándola como tierra de promisión. Después, al sobrevenir el *crack* de 1929 y el período de la Gran Depresión, los países necesitados de mano de obra, aterrados ante el paro, cerraron sus fronteras a la llegada de gentes de fuera.

La emigración política

En la década de 1930, el clima de crispación política y el auge de las ideas totalitarias y racistas engendraron una huida por razones políticas y raciales que llegó a ser cualitativamente muy importante. Hombres de todas las profesiones, científicos, intelectuales, artistas, emprendieron un éxodo cuyo origen era principalmente Alemania, Italia y los países de la Europa central dominados por regímenes parafascistas o amenazados por la marea nazi, como fue el caso de Austria, que sería anexionada por Alemania en 1938. Fue una emigración que, si bien no alcanzó cifras millonarias, tuvo el valor de afectar a personas pertenecientes a minorías de alta significación intelectual como Brecht, Musil, Mann, Fromm o Freud. Y el caso de los físicos dio lugar a una verdadera fuga de cerebros: recuérdese a Einstein, Fermi, Teller, Bohr... Su importancia puede medirse por la parte que tuvieron en el desarrollo de la física nuclear y la fabricación de la bomba atómica en Estados Unidos.

El clima de enfrentamiento ideológico que imperaba en la Europa de los años treinta tuvo su estallido general al producirse en España el alzamiento militar que desembocó en la Guerra Civil. Ello dio lugar, al producirse la derrota final del bando republicano, a una nueva diáspora. Cerca de medio millón de españoles, incompatibles con el régimen triunfador y temerosos de las represalias de que se hizo víctima a los vencidos, eligieron la senda del exilio formando una emigración masiva que tuvo su mayor y más generosa acogida en los países hispanoamericanos, México, Argentina, Chile, Venezuela, Santo Domingo, etc. El carácter universitario y docente de gran parte del exilio, la abundancia de profesionales destacados en las más diversas especialidades y ramas del saber, constituyó por lo insólito de su constitución un injerto valiosísimo en las comunidades donde se insertaron, gracias a una identidad cultural e idiomática fruto de sus raíces hermanas. El exilio ruso, el alemán y el español, complementando, aunque por razones diversas, los movimientos migratorios producidos en la preguerra de 1914, configuraron al siglo XX como «el siglo de los desarraigados». Entidades internacionales como la Oficina Internacional de Emigración llevaron a cabo una denodada labor



Einstein, un sabio en busca de patria.

en la ordenación y organización de los movimientos humanos, hasta el punto de serle otorgado el premio Nobel en 1938. También fue esforzada la tarea realizada por la Cruz Roja Internacional en su ayuda a las personas víctimas de migraciones forzosas, entre las que hubo una de carácter patético y que dio lugar a las más dolorosas rupturas: la evacuación de miles de niños españoles residentes en la zona republicana durante nuestra guerra, evacuación que se hizo a países como la URSS, México, Gran Bretaña, etc., para evitar a las criaturas los daños del hambre y el riesgo de los bombardeos de las ciudades.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial

Pero las peores situaciones provocadas por grandes movimientos de personas estaban todavía por llegar. Se produjeron en el decurso de la Segunda Guerra Mundial y como consecuencia de la misma. Las nuevas fronteras creadas al término de la conflagración, la implantación de regímenes anuladores de la libertad individual y la creación del llamado «telón de acero» trajeron un flujo migratorio arriesgado y clandestino que constituía el apéndice final de los éxodos masivos protagonizados en desastrosas circunstancias hacia el final de la contienda por los fugitivos de la ocupación soviética de territorios tan germanos como Prusia oriental, Silesia o Pomerania, así como por ciudadanos de los países bálticos o los polacos de Bielorrusia. Al final de la Guerra Mundial, en 1945, la figura del deportado, del fugitivo, creó el tipo de «la persona desplazada», alguien que se arrastraba por campos de refugiados en espera de una ubicación final. Se calcula que más de 30 millones de europeos, de los cuales el 60 por 100 eran alemanes, quedaron en la situación de «desplazados», habiendo perdido su hogar y el arraigo a sus tierras de origen. Ello dio lugar a la creación en 1945, por la Organización de Naciones Unidas, de la UNRRA, entidad para la ayuda a los refugiados, muchos de los cuales pasarían a la triste condición de apátridas. La UNRRA hubo de llevar a cabo una ingente labor.

La paz no iba a aportar el cese de las migraciones ni de los éxodos. El nuevo orbe que surgía daría lugar a los grandes movimientos de independencia, al final del colonialismo y a la emergencia del Tercer Mundo. La independencia de la India y la secesión del Pakistán

En la página opuesta, el físico norteamericano Robert Julius Oppenheimer (Nueva York, 1904-Princeton, 1967), hijo de emigrantes alemanes y constructor de la primera bomba atómica, lee en la prensa los terribles efectos de su descubrimiento, según recoge la fotografía tomada por el célebre Henri Cartier Bresson. Sobre estas líneas, el físico y matemático Albert Einstein (Ulm, Alemania, 1879-Princeton, EE. UU., 1955) fotografiado junto a su mujer en 1929 en su casa de campo berlinesa. El que ha sido llamado «el gran sabio de la época contemporánea» huyó de la persecución antijudía del régimen nazi y emigró de Alemania en 1933, residiendo primero en Francia, luego en Bélgica, posteriormente en Gran Bretaña y, finalmente, en Estados Unidos, donde se le concedió la ciudadanía en 1940.



Harlem, un barrio aparte para una raza aparte.

Arriba, aspecto del barrio neoyorquino de Harlem, uno de los sectores de «la gran manzana» norteamericana poblada de inmigrantes puertorriqueños y otras gentes «de color» (el adjetivo «negro» sólo es usado como despectivo por los blancos). Invadida por los marines estadounidenses en 1898 con motivo de la guerra hispano-norteamericana, la isla caribeña de Puerto Rico pasó de colonia española a «dominio norteamericano», concediéndosele el ambiguo derecho de «Estado libre asociado» en 1950. En la otra página, inmigrantes mexicanos entrados ilegalmente en Estados Unidos por alguno de los vados del fronterizo Río Grande (de ahí su nombre de «espaldas mojadas») son interrogados por la policía norteamericana.

trajeron aparejado el desarraigo y nuevo asentamiento, de la más sangrienta de las formas, de catorce millones de personas entre hindúes y musulmanes, dando lugar al mayor trasvase de población en el más breve tiempo que el mundo haya contemplado jamás. A este gigantesco movimiento hubo que añadir, como hecho de menor cuantía numérica pero de suma importancia político-estratégica para el área del Próximo Oriente, el éxodo a Palestina de los judíos que sobrevivieron al genocidio hitleriano, la creación del Estado de Israel y el desalojo de casi un millón de árabes de las tierras que secularmente poblaban.

En Europa, la división de Alemania en dos zonas, al convertirse en un hecho consolidado, reportaría uno de los más dolorosos problemas de fractura nacional, y las abismales diferencias en la forma política y en el tipo de vida implantadas en las dos Alemanias representarían el inicio de una huida de población del Este al Oeste, a la que se pretendió poner coto, finalmente, creando el vergonzoso muro de Berlín. Sin embargo, entre 1950 y 1970, la República Democrática alemana vio mermada su población en un 14 por 100 por la fuga de personas a la Alemania Federal.

Europa como destino

En cuanto a los movimientos migratorios no forzados por razones político-ideológicas, la Europa occidental de la posguerra se convirtió, andando el tiempo y de manera paradójica, en receptáculo de inmigrantes. La recuperación económica de los países capitalistas ayudados por el Plan Marshall dio paso a una fase de desarrollo con una fuerte expansión en la demanda de trabajo, sin más posibilidades para satisfacerla que las mermadas generaciones de la crisis de los años treinta y de la guerra de los cuarenta. Y como reflujo a los impulsos independentistas de las viejas colonias, Francia se nutrió de marroquíes, de argelinos, de africanos de la Costa de Marfil, del Gabón... Gran Bretaña admitió un gran contingente de jamaicanos, de pakistaníes, de hindúes, de hombres de color procedentes de las Indias Occidentales del Caribe. Y a partir del área mediterránea —Italia, Grecia y España— se desarrolló, asimismo, al llegarse al *boom* de los años cincuenta y sesenta, una fuerte corriente de emigrantes, principalmente obreros, hacia los países occidentales más desarrollados: Gran Bretaña, Alemania, Suiza y el Benelux, confirman-



La policía interroga a unos hombres que han entrado al país ilegalmente.

do el papel de la Europa más adelantada como territorio apto por la emigración. Portugal, por su parte, como nación deprimida, enviaba a Europa, antes de la pérdida de su imperio colonial, una cuarta parte de su población en busca de mejores condiciones de vida.

Intermedio cruento fue el constituido por los sucesos de Hungría de 1956. Como consecuencia de los mismos y de la ocupación rusa, 200.000 húngaros se evadieron a Austria, y aunque buena parte de ellos regresaron a su patria tras promulgarse una amnistía, no fueron pocos los que requirieron la ayuda de las entidades internacionales a fin de encontrar una tierra que los acogiera.

La meca norteamericana

En las tres últimas décadas, Estados Unidos y Australia siguieron recibiendo una considerable cuota de emigrantes europeos y latinoamericanos, aunque con criterios de selectiva especialización. América Central y Austral, fundamentalmente México y Venezuela, registraron un momento de auge migratorio convirtiéndose en tierra de promisión durante los años cuarenta y cincuenta. Españoles, italianos y alemanes, huidos de la catástrofe de su país, nutrieron el mayor contingente de emigrantes. Más tarde se produce, sin embargo, un cambio en la situación, es decir, Latinoamérica, de ser un continente receptivo, comienza a registrar fugas de población hacia América del Norte. Los puertorriqueños tienen como meta marchar a Estados Unidos, llegando en 1980 a un millón y medio los que allí habitan, casi todos en Nueva York, donde constituyen una comunidad con peso electoral, aunque viviendo entre los estratos más deprimidos de la gran urbe. Ya se ha mencionado la emigración de negros caribeños de las ex colonias británicas a la metrópoli; y a ellos habría que añadir los 5.000 antillanos que, procedentes de Guadalupe y Martinica, entran en Francia cada año. El poderoso imán que constituye América del Norte y su nivel de vida es razón de que sea registrable una corriente de titulados y profesionales de Centro y Sudamérica —hondureños, panameños, mexicanos, argentinos, colombianos y venezolanos— que, tras conseguir ser becados en las universidades americanas, se quedan a trabajar en el país del dólar, engrosando la masa de hispanohablantes que han dado lugar al auge de la

THOMAS MANN (Lübeck, Alemania, 1875 - Zürich, Suiza, 1955)

Novelista alemán, una de las cumbres de la novelística europea del siglo XX, por más que él se empeñara en considerarse un hombre del siglo XIX. Hijo de un rico comerciante y de una brasileña de ascendencia alemana, vivió en Munich hasta 1933. Tras muy someros escarceos universitarios en 1894, alternó desde muy pronto la dedicación plena a la literatura con frecuentes viajes a Italia en compañía de su hermano Heinrich, del que se distanciaría durante años por motivos políticos. En 1901 publicó su primera novela larga, *Los Buddenbrook*, que constituyó un acontecimiento literario. En 1905 contrajo matrimonio con Katia Pringsheim, hija de un matemático, con la que compartió una relación feliz y numerosa prole. En 1909 apareció una deliciosa novela corta, *Alteza Real*, y en 1912, tras la muerte de su amigo y gran músico Gustav Mahler, *La muerte en Venecia*, que el cine ha popularizado torpemente. En 1913 empezó a trabajar en la que había de ser una de sus obras cumbres, *La montaña mágica*, que no terminó hasta 1924 y que fue otro éxito fulgurante. Durante la Primera Guerra Mundial Mann adoptó una postura nacionalista, apoyando la «causa alemana», aunque con el paso de los años reconsideraría por completo su actitud. En 1919, mientras estallaba la revolución en Baviera, publicó *Señor y perro*. En 1922 tomó postura a favor de la república de Weimar e hizo un viaje por España. Tres años después se reconcilió con su hermano Heinrich, mucho más avanzado en política. Ya por entonces la fama literaria de Mann desbordó las fronteras de Alemania para convertirse en un valor literario europeo, celebridad que vino a consagrar, en 1929, la concesión del premio Nobel. Ante el ascenso del nazismo, Mann invita inútilmente a la burguesía alemana a apoyar a la so-

cialdemocracia. En estos años viaja incesantemente. En 1932 visitó a Freud en Viena y pronunció su primera conferencia ante un auditorio obrero: «El socialismo no es otra cosa que... colocarse al lado de quienes pretenden darle a la tierra un sentido, un sentido humano». En 1933 se instaló en Suiza; al año siguiente hizo su primer viaje a Estados Unidos, donde en 1935 sería nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Harvard. En 1936, junto con su esposa y sus cuatro hijos menores, fue privado de la ciudadanía alemana por el régimen nazi. Mann continuó su labor antinazi y a favor de los emigrados alemanes y de literatos presos en campos de concentración. Al estallar la Segunda Guerra Mundial pronunció una serie de alocuciones al pueblo alemán a través de la BBC. Instalado en Estados Unidos desde 1941, obtuvo la ciudadanía americana en 1944. Dos años después publicó *Carlota en Weimar* y, en 1947, la última de sus grandes novelas, *Doctor Faustus*. Mann regresó a Alemania en 1949, pero se negó siempre a residir en su patria. La extensión del macarthysmo le creó problemas en Estados Unidos, que abandonó definitivamente en 1952. Vivió sus últimos años rodeado de honores y premios de distintas instituciones culturales y estados europeos (premio de la Academia Italiana «dei Lincei» y Legión de Honor de Francia, en 1952; doctor *honoris causa* por la Universidad de Cambridge, en 1953; Cruz de la Orden de Orange-Nassau, doctor *honoris causa* por la Universidad de Jena, etc.). Residente en Kilchberg, en Suiza, fue objeto de grandes homenajes con motivo de su ochenta cumpleaños. Una enfermedad circulatoria, de curso rápido dada su avanzada edad, acabó con el gran novelista el 12 de agosto de 1955.



En un albergue de refugiados donde hasta la comida les es extraña.

En la foto, emigrantes indios en Uganda, expulsados de este país africano de la Commonwealth británica por el dictador negro Idi Amin Dadá en 1972, son acogidos en un albergue londinense, donde casi todos se quejan de que la comida no está cocinada a su gusto, con muchas especias, al estilo asiático.

lengua castellana en Estados Unidos, hasta el punto de ser considerada la segunda en importancia en toda la Unión.

Caso aparte y de gran importancia sociológica y humana es el constituido por la emigración de braceros mexicanos a Estados Unidos. Cada año pasan a este país unos 800.000 mexicanos, la mayoría clandestinamente, permaneciendo allí durante los períodos de cosecha, aunque son muchos los que se quedan definitivamente, constituyendo la minoría étnica y cultural de los «chicanos», inmigración que se centra especialmente en los estados de California, Texas y Nuevo México. El chicano forma una población con personalidad acusada, en lucha contra la segregación y en defensa de una cultura y de una lengua propia. Otra corriente migratoria muy significativa fue la producida de Cuba a Estados Unidos como consecuencia del giro adoptado por el castrismo tras su toma del poder en 1959. Las huidas, masivas primero y reducidas después, han hecho crecer la población cubana en Estados Unidos de tal manera que las autoridades americanas se han visto obligadas a cortar la entrada de cubanos que escapan del régimen fidelista y que, como tránsito y en espera del anhelado visado para entrar en Estados Unidos, llegan a España o a algún lugar de Centroamérica, únicas vías de salida por las que es factible dejar la isla, tras las fugas masivas registradas hace pocos años acogiéndose a la extraterritorialidad de las embajadas o incluso huyendo en embarcaciones hacia Cayo Hueso. Con cierto peso económico y social, el exilio cubano en Florida constituye uno de los fenómenos más significativos en cuanto al perfil de la población americana en la última década.

Huir de las dictaduras

Ya en nuestros días la presencia de regímenes dictatoriales en el cono sur, Argentina, Chile y Uruguay, ha provocado un exilio casi masivo de una minoría muy definida, escritores, intelectuales y artistas, aunque tampoco han faltado gentes de variopinta condición propensos a vivir fuera de la ley. La gran mayoría de los proscritos en sus países de origen ha elegido la

España democrática como lugar de residencia, siendo la vivencia, siempre presente, de la acogida prestada a los españoles exiliados en Hispanoamérica la que ha impulsado a una reciprocidad en el trato a quienes se hallan en parejas circunstancias a las sufridas por miles de compatriotas nuestros en 1939.

No obstante, el epicentro de las últimas grandes migraciones forzosas del siglo XX, se desplazaría desde los años cincuenta al Sureste asiático. Y con trágicas características. El punto neurálgico fue la península indochina donde, en 1954, al abandono del país por Francia, hasta entonces potencia colonizadora, se produjo la partición entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Fue el momento en que un millón de personas escaparon del Vietnam comunista refugiándose en el Sur. Esto no sería más que el prólogo de lo que vendría después con la intervención de Estados Unidos en el conflicto. En 1975, el proceso de reunificación de las dos zonas dio lugar a uno de los más escalofriantes éxodos de los tiempos modernos. En 1978 más de un millón de personas se vieron obligadas a trasladarse forzosamente de residencia, lo que provocó la huida de cerca de medio millón de resistentes a la medida. En 1979, el problema de los refugiados del Vietnam fue algo que repercutió sobre la conciencia mundial. Cerca de 200.000 fueron a parar a China, mientras otros tantos iniciaron un espantoso éxodo marítimo. Y los que no fueron víctimas de una despiadada piratería en mar abierto, arribaron a Tailandia, a Malasia y a otros puntos del Sureste asiático, creándose con ellos unos campos de refugiados en las más inhumanas condiciones. La tragedia del Vietnam, unida a la producida simultáneamente en Camboya, donde fueron exterminadas poblaciones enteras, consumaría el sino de este siglo que si ha sido capaz de crear las más grandes maravillas tecnológicas ha sido, en contrapartida, incapaz de hallar los medios dialécticos e incruentos para zanjar de manera civilizada las disputas territoriales del género humano.

R. A.

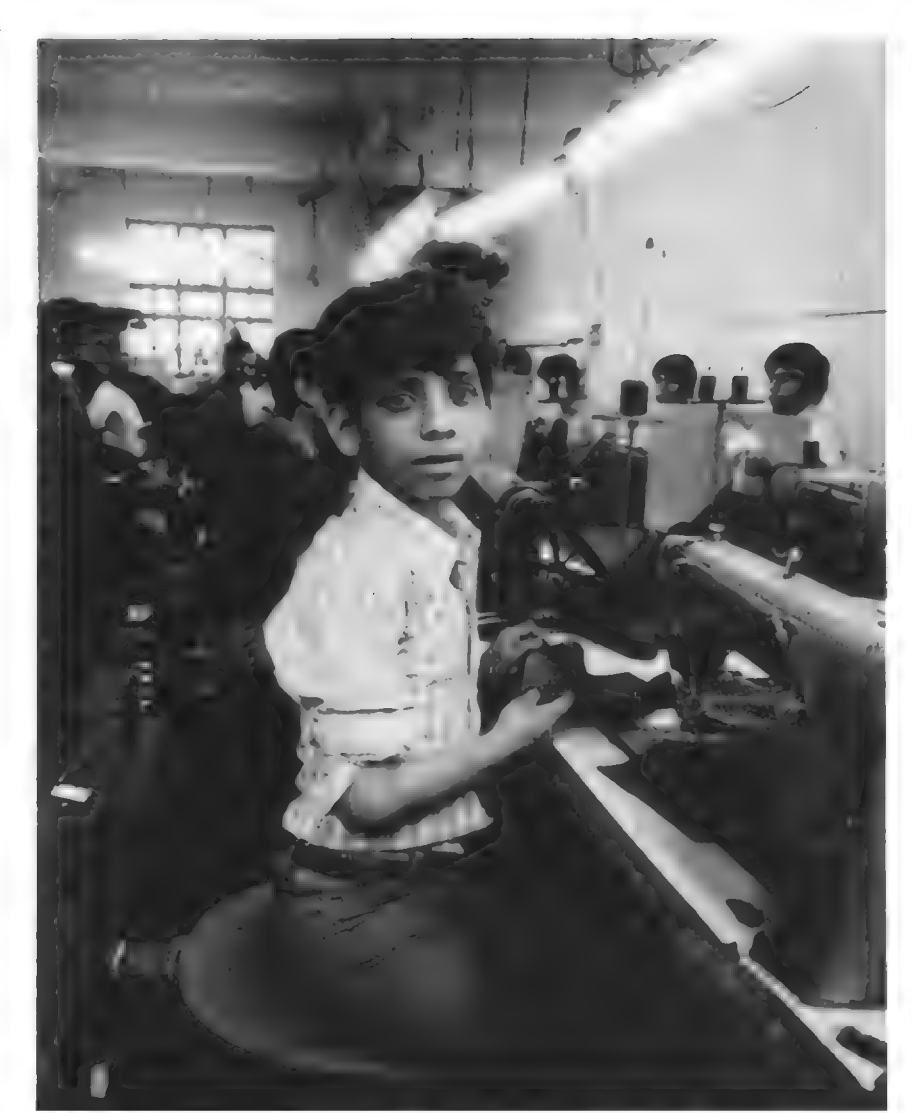
Bibliografía básica

Varios: *Geografía de la Sociedad Humana*. Tomo 5, Planeta. Barcelona, 1981.

Varios: *Historia Mundial del siglo XX*, Argos-Vergara. Barcelona, 1972.

Historia de la Humanidad. Preparada bajo el patrocinio de la UNESCO. Tomo 10. Barcelona.

WRIGLEY, E. A.: *Historia y Población*, Guadarrama. Madrid, 1969.



Algunos empresarios sacan partido a la ilegalidad de la situación.



Allí donde fueron, llevaron sus costumbres y tradiciones.

Arriba, niños asiáticos, emigrantes de Bangladesh en Londres, realizan todo tipo de trabajos para sobrevivir, incluso violando la legislación británica sobre la prohibición del trabajo infantil. Algún «respetable ciudadano» se beneficiará del fruto clandestino de su labor. Abajo, un viejo judío francés lee en la sinagoga de la parisiense rue des Ecouffes *la* Torah *(libro sagrado que recoge la revelación de la ley divina al profeta Moisés), durante los oficios hebreos de un sábado por la tarde, día de riguroso descanso para los israelitas.*



CRONOLOGIA

Política internacional

El ministro británico de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, dimite por estar en desacuerdo con la política del primer ministro, Neville Chamberlain, respecto a Hitler y Mussolini.
Acuerdos entre Italia y Gran Bretaña en los que se reconoce la posesión italiana de Etiopía a cambio de retirar sus brigadas de voluntarios al finalizar la Guerra Civil española.
Adolf Hitler asume personalmente el mando supremo de las Fuerzas Armadas.
Nikolai Bujarin, Alexei Rykov y otros veteranos bolcheviques son condenados y ejecutados en la URSS.
Las tropas franquistas recuperan Teruel, toman Belchite y entran en Cataluña tras la sangrienta batalla del Ebro.
Los alemanes entran sin lucha en Austria. Hitler se desplaza a Viena y se produce la unión de Austria al Reich alemán. Se suprime el nombre de Austria, que queda dividida en distritos.
Disturbios en Checoslovaquia, donde los sudetes alemanes exigen la autonomía de su territorio. Se decreta la movilización.
Discurso de Adolf Hitler en el Palacio de Deportes de Berlín en el que se vislumbra el peligro de guerra.
Polonia ocupa el territorio checo de Olsa, los húngaros entran en Eslovaquia.
El primer ministro inglés Neville Chamberlain se entrevista con Hitler en Berchtesgaden.
Celebración de la Conferencia de Munich, con participación de Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier, primer ministro francés. Llegan a un acuerdo por el que los territorios checos habitados por sudetes alemanes pasan a formar parte de Alemania.
El jefe del Estado checoslovaco Edouard Benes dimite y emigra a Estados Unidos. Es elegido su sucesor, el presidente del Tribunal Supremo Emil Hacha.
Por iniciativa del partido nazi son destruidas las tiendas y sinagogas judías en Alemania.
Firma en París de un acuerdo germano-francés de no agresión.
Muere el Padre de los turcos *Kemal Atatürk. Le sucede como jefe del Estado Ismet Inonu.*
Conferencia panamericana en Lima. Se declara la inviolabilidad de los estados americanos y su unión en caso de amenaza exterior.
El mariscal Pibul Songgram es elegido jefe de gobierno en Siam.
Se suprime el sistema democrático parlamentario en Rumania. Formación de un gobierno de concentración bajo el mando de Miron Christea.
En Chile y Brasil son suprimidos movimientos de tendencia nazi.
Movilización de tropas en Alemania.
Japón establece un gobierno en Nankín.

Sociedad

Huelga general en Francia.
Política antisemita del gobierno nazi alemán. Reclusión en campos de concentración de los judíos.
Nace en Roma el príncipe Juan Carlos, futuro rey de España.
Promulgación de leyes antisemitas en Italia.
Creación del Sindicato Español Universitario (SEU) por el gobierno de Burgos.
La Oficina Internacional de Refugiados obtiene el premio Nobel de la Paz.



Marc Chagall: Primavera.

Economía

Tercer plan quinquenal ruso.
En Francia se aprueba una ley de plenos poderes para restaurar la economía.
Japón se propone como objetivo el dominio económico de Asia.
Aprobación en Estados Unidos de la Labour Standards Act, *que regula los salarios mínimos, el máximo de horas de trabajo y prohíbe que los niños trabajen.*
Promulgación del Fuero del Trabajo en España.
El gobierno de México expropia a las compañías inglesas y norteamericanas que se habían negado a acatar un laudo de la Secretaría de Trabajo.

Ciencia y tecnología

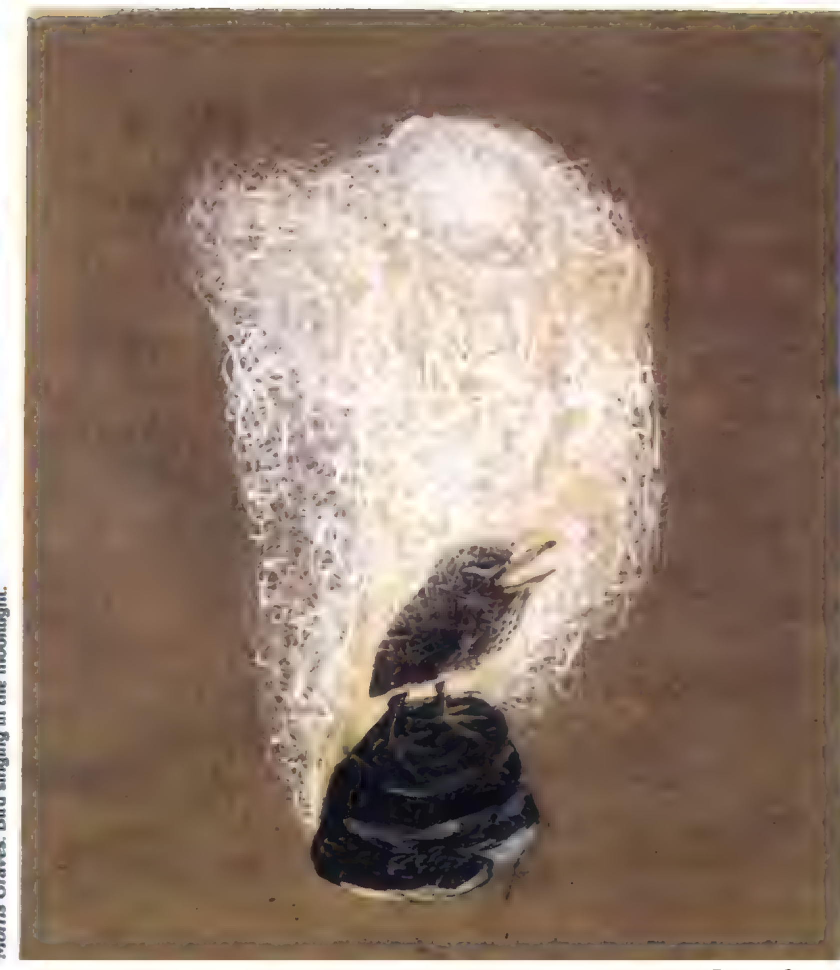
Invención del bolígrafo por los húngaros J. Ladisla y George Biro.
Descubrimiento de la fibra sintética nailon, en Estados Unidos, y del perlón, en Alemania.
Primera máquina fotocopiadora (xerografía) en Estados Unidos.
Otto Hahn y Fritz Strassmann demuestran la fisión del uranio.

Sucesos

El crucero nacionalista Baleares *es hundido en aguas de Cartagena por los republicanos.*



Morris Graves: Bird singing in the moonlight.



Rattner: Otoño.

Literatura

Pearl S. Buck, premio Nobel.
Jean Paul Sartre: La náusea.
Samuel Beckett: Murphy.
Daphne du Maurier: Rebeca.
Graham Greene: Brighton, parque de atracciones.
Nikos Kazantzakis: La Odisea: conclusión moderna.
César Vallejo: España, aparta de mí este cáliz.
George Orwell: Homenaje a Cataluña.
Fallece el escritor argentino Leopoldo Lugones.
El escritor ruso Isaak Babel es deportado a Siberia por haber «difamado» a los héroes de la revolución rusa en sus cuentos.

Cine

Sergei Eisenstein: Alexander Nevsky.
Walt Disney: Blanca Nieves y los siete enanitos.
Alfred Hitchcock: Alarma en el expreso.
Leni Riefenstahl: Olimpiada 1936.
Frank Capra: Vive como quieras.
Howard Hawks: La fiera de mi niña.
Ernst Lubitsch: Las ocho mujeres de Barbazul.
Arthur Koestler: Testamento español.
Oscar de Hollywood al mejor intérprete masculino a Spencer Tracy por La ciudad de los muchachos, *y a la mejor actriz a Bette Davis por* Jezabel.

Teatro

Thornton Wilder: Nuestra ciudad.
Jean Anouilh: El salvaje.
Bertolt Brecht: La vida privada del señor Race.

Música

Arthur Honegger: Juana de Arco en la hoguera.
Richard Strauss: Daphne.
Aaron Copland: Billy the kid.
Silvestre Revueltas: Sensemayá.
Anton von Webern: Cuarteto de cuerdas.
Manuel de Falla: Homenajes.

Pintura y escultura

Morris Graves: Bird singing in the moonlight.
Marc Chagall: Primavera.
Walton Rattner: Otoño.

Arquitectura

Frank Lloyd Wright: Taliesin West, *Phoenix, Arizona.*
Jacobus Oud: Edificio Shell, *La Haya.*
José Luis Sert, José Torres Clavé y Juan Bautista Subirana: Dispensario antituberculoso de Barcelona.

1938

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: DE LA INVASION DE POLONIA A LA CAIDA DE FRANCIA

El pretexto de Hitler para invadir Polonia el 1 de septiembre de 1939 fue, de nuevo, la supuesta «liberación de una parte de la población alemana, oprimida por no arios». Esta vez se trataba de «anexionar al Reich alemán» la llamada desde 1919 «ciudad libre de Danzig-Dantzig-Gdansk», el puerto y centro más importante de la Pomerania septentrional. Ciudad híbrida a lo largo de toda su historia, fue fundada en el siglo X por Adalberto, obispo de Praga. Perteneció luego a Dinamarca, los duques alemanes de Pomerania, Polonia, la orden militar de los teutones germánicos y la liga de ciudades hanseáticas. En 1454 se sometió a la soberanía del rey de Polonia a cambio de un amplio estatuto de autonomía que la convirtió en un floreciente centro comercial. En 1793 fue anexionada militarmente por la pujante y bélica Prusia, recuperando su autonomía dentro del Estado polaco tras la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. A partir de 1933 la mayoría de la Dieta o Parlamento autónomo de la ciudad fue ocupado por diputados nazis, lo que multiplicó los incidentes con las autoridades y la población polaca. Pretexto de la Segunda Guerra Mundial, la ciudad quedó completamente arrasada por los bombardeos. Ocupada por el ejército soviético en 1945, actualmente es la Gdansk polaca.



Invadir, derribar barreras, franquear lo infranqueable, por encima de lo divino y de lo humano. Era el comienzo de una ambición galopante.

1939

En 1939 queda ya muy poco de la Alemania derrotada en la Primera Guerra Mundial y humillada en el tratado de Versalles. El proyecto ultranacionalista de Hitler no se ha quedado en una simple proclama electoral: primero Renania y luego Austria y los Sudetes checos han sido incorporados a la Gran Alemania, ante la pasiva preocupación de Gran Bretaña y Francia. El siguiente paso será Polonia, pero en esta ocasión la respuesta de las democracias es la declaración formal de hostilidades. La Segunda Guerra Mundial ha estallado por fin.



En la foto, tropas hitlerianas rompen las barreras fronterizas que separaban Alemania de Polonia. Todo un símbolo de la fuerza y la voluntad de expansión de «la Nueva Germania», supuestamente destinada a «dominar a las razas inferiores» entre las que se encontraban los eslavos polacos y demás «infrahombres orientales». De las tierras polacas, rapidísimamente invadidas y conquistadas, Hitler hizo dos partes. Una, constituida por Danzig-Gdansk y su «corredor» marítimo, Posnania-Wartheland y Silesia, fue integrada directamente en el Reich germano. Otra, compuesta por las zonas de Varsovia y Cracovia, a donde se expulsó a la población no germánica de la primera, fue organizada políticamente en un Gobierno General, administrada por el mando militar alemán. El 17 de septiembre, las tropas soviéticas de Stalin invadieron la Polonia del este y reclamaron su parte (Ucrania occidental y Bielorrusia), pactada en el vergonzoso tratado germano-soviético del 23 de agosto de 1939, firmado por los dos dictadores totalitarios.

Arriba, tropas alemanas de élite, protegidas por un carro de combate, atacan el 2 de septiembre de 1939 la oficina de correos polaca de la ciudad libre de Danzig-Gdansk, donde se habían concentrado los funcionarios fieles al gobierno de Varsovia. Pero nada podía hacerse frente a la fuerza desplegada por las panzerdivisionen y la infantería motorizada nazi. Abajo, un aspecto del rapidísimo avance de las columnas germanas en territorio polaco. Poco más tarde, Bélgica, Holanda y la propia Francia, sufrirían en su territorio «la guerra relámpago» del moderno y supertecnificado ejército alemán.



Las tropas alemanas atacan a un grupo de resistencia en el Danzig.

Las columnas avanzan rápidamente en Polonia.

Las dictaduras

Llegado el año 1939, todos los problemas presentes en el continente europeo a lo largo de las dos décadas anteriores habrán de alcanzar —de forma natural o, en muchas ocasiones, forzada— un alto grado de crispación. La situación interna de Alemania e Italia, a las que puede inmediatamente agregarse Japón, viene en ese momento definida por una serie de rasgos comunes, aún contando con las lógicas diferenciaciones ofrecidas por cada caso en particular.

En los tres países, los grupos situados en el poder, por medio del ejercicio de la violencia, estaban lanzados imparablemente a una política determinada por el imperialismo colonialista. Una actitud que, naturalmente, debía tropezar con los intereses de las potencias occidentales. Y si Alemania todavía tenía la pretensión de esgrimir, como autojustificación, la afrenta recibida en 1919 por medio de la imposición de los tratados de Versalles, ni Italia ni Japón disponían de esta fácil coartada para su política agresiva. De todas formas, para regímenes de ese tipo cualquier excusa es válida, a partir del momento en que sus poblaciones no solamente sufren los rigores de la represión institucionalizada, sino que responden de forma masiva a los designios de una política basada en la más desaforada demagogia de formas.



En Londres, manifestantes piden la sustitución del gobierno.

Manifestación celebrada en el centro de Londres, la capital del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, el 28 de agosto de 1939, contra el pacto germano-soviético y la claudicación del gobierno inglés de Chamberlain ante Hitler y el nazismo. Los manifestantes pedían ya entonces la destitución del débil primer ministro conservador y su sustitución por el ex conservador y ex liberal Winston Churchill, nombrado para el cargo en mayo de 1940, ya en plena guerra contra los nazis. En su primer discurso al pueblo británico, Churchill explicó claramente la necesidad de sacrificios para, ante todo, ganar la guerra contra el fascismo y defender la democracia parlamentaria. Como promesas, sólo anunció a su pueblo «sangre, sudor y lágrimas», el precio que había que pagar por la libertad.

La propia Alemania —el caso más arquetípico de los tres— tampoco hallaría en 1939 argumentos válidos para su decidida expansión territorial en las tan proclamadas motivaciones acerca de la necesidad de un espacio vital para su desarrollo nacional. Las circunstancias de recuperación económica que se daban en el país habían sido suficientes para superar en gran medida los efectos de la crisis iniciada diez años antes.

Unas finalidades económicas muy concretas serán, pues, enmascaradas en los tres casos tras una profusa fachada de carácter ideológico que, en definitiva, habrá de mostrar toda su capacidad para esta tarea de encubrimiento. Hitler, al igual que Mussolini o el clan militar dominante en Tokio, actuará en un primer plano visible, y sus aportaciones personales en ocasiones habrán de determinar —esto es algo innegable— el curso de los acontecimientos. Pero, de hecho, no serían más que útiles instrumentos colocados en manos de las fuerzas tradicionalmente gobernantes. Unas fuerzas lanzadas ahora a la expansión territorial a cualquier costo, y que hasta el final de las hostilidades servirían como básico soporte a las respectivas dictaduras belicistas.

La máscara ideológica, llámese nazismo, fascismo o autoritarismo de base tradicional, aireando sistemáticamente principios tales como la supuesta perfección del régimen, o la propia superioridad racial, logrará en cada caso un significativo apoyo popular que los gobiernos de estos países utilizarán con otros fines mucho menos exhibibles.

Para entonces —y al contrario de los regímenes democráticos, con los que van a enfrentarse— los tres estados del Eje habrán de lanzarse a la guerra después de una etapa de preparación para la misma, que solamente su naturaleza autoritaria había sido capaz de otorgarles. El ahorro obligatorio; la constitución de grandes *stocks* de productos básicos; un decidido apoyo oficial a la industria metalúrgica y química; y, finalmente, una política de reclutamiento y armamento, se corresponderían con el encuadramiento y adoctrinamiento de la totalidad de la población, que soporta la progresiva exasperación de unos pretendidos sentimientos nacionales.

Tanto Alemania como Italia y Japón habían establecido con mucha antelación un sistema de elaboración de planes y estrategias de carácter bélico, destinados a la consecución de la victoria final en caso de producirse el esperado momento de la confrontación. Así, los escenarios de luchas localizadas que anteceden en el tiempo a la conflagración general —Etiopía, Manchuria, España— no serán más que campos de entrenamiento ante el *ejercicio* en mayor escala que se plantea de forma ya prácticamente inevitable.

Empiezan las persecuciones y muertes masivas.

Tres semanas sólo para llegar a la capital.

La ambigüedad inglesa

El panorama ofrecido por el bloque de potencias que, llegado el momento, formarían la alianza antifascista, no tiene tanta homogeneidad. Y ésta será, en definitiva, la principal razón de su inicial debilidad, perfectamente aprovechada por sus enemigos.

La Gran Bretaña de los años treinta, aún en posesión de una privilegiada posición debido al respaldo de su inmenso imperio colonial, sufrirá, con todo, los efectos de la crisis general. Los graves problemas económicos y sociales con que se enfrenta el país en esos momentos habrán de producir una verdadera parálisis política e intelectual. La falta de preparación militar y la adopción de decisiones completamente equivocadas en cuestiones internacionales serán las dos más destacadas consecuencias de ese general estado de postración. El Reino Unido mantendrá, prácticamente hasta el fin de la precaria paz, una especie de voluntario aislamiento diplomático, al tiempo que muestra su disconformidad por la política francesa en Centroeuropa.

Por otra parte, Gran Bretaña, en sus ámbitos dirigentes, no pretende ocultar su benevolencia hacia la reconstrucción de una Alemania con la que mantiene lazos de entendimiento e interés muy marcados. Lazos, además, mucho más estrechos que los que la unen con el vecino del otro lado del canal de La Mancha. De hecho, la Inglaterra de entonces observa con mayor preocupación el expansionismo europeo de Francia que el manifiesto revanchismo de la Alemania weimariana. Hasta el año 1939, la mayor parte de la clase dirigente británica —con destacadas excepciones, como Churchill o Eden— mantendrá posturas nunca demasiado opuestas al régimen nacionalsocialista.

Estos sectores, que nunca habían intentado ocultar sus simpatías hacia Mussolini o Franco, habían considerado en 1933 que el acceso al poder del partido nazi en Alemania no era más que un acto normal de relevo gubernamental, situado dentro de los cauces establecidos constitucionalmente. Al mismo tiempo, su mentalidad, ordenada liberalmente, les llevaba a creer en la posibilidad de una *entrada en razón* por parte de Hitler, quien, llegado al poder bajo formas aparentemente democráticas, no habría de constituir en ningún caso un problema insoluble. La misma actitud de Chamberlain, apoyando toda ocasión que procurase una mejora de las relaciones con el Reich, respondía a esta actitud básica, profundamente generalizada asimismo entre la opinión pública.

Era, pues, evidente el deseo británico de evitar a cualquier precio un enfrentamiento arma-


Ciudadanos, aún libres, leen en París la noticia de la invasión.

1939

La Segunda Guerra Mundial: de la invasión de Polonia a la caída de Francia

En la página opuesta, arriba, polacos judíos son vejados públicamente, poco antes de su fusilamiento a manos de los nazis. Abajo, una columna militar germana entra en Varsovia, la capital polaca, el 29 de septiembre de 1939, sólo tres semanas después de la invasión del país por el moderno ejército alemán. Hubo batallas en las que la anticuada caballería polaca cargó a sable contra los efectivos y rápidos carros de combate nazis. En esta página, los parisienses (arriba) y los londinenses (abajo) leen en la prensa la noticia de la invasión.

do en el continente europeo. A cambio, llegó a efectuar toda una serie de concesiones para con los gobernantes de Berlín, que alcanzaron niveles difícilmente concebibles en una potencia de la talla mundial de Gran Bretaña.

Francia: una potencia con pies de barro

Francia, por su parte, vivía los últimos años de la década sumida en la convulsión económica y social que la implantación electoral del Frente Popular había supuesto a partir de 1936. Esta crisis interna tendrá, asimismo, una evidente correspondencia en el ámbito exterior, provocando los más pronunciados bandazos e incoherencias en unos momentos en que el más firme espíritu de cohesión era imprescindible. La Francia victoriosa del año dieciocho había establecido, a partir de entonces, un sistema de alianzas en Europa central y oriental, con ánimo de prevenir y anular cualquier posible reacción de la derrotada Alemania.

Con respecto al gran vencido, la actitud francesa durante la etapa de entreguerras se había caracterizado por la más firme dureza, empeñada en mantener indefinidamente el *status* vigente tras la imposición de los tratados de paz. Así, ante cualquier intento británico dirigido a aflojar la tenaza sobre una Alemania desfallecida por la inflación, el paro y el aislamiento político, los gobiernos de París mantuvieron su línea de intransigencia.

En los últimos años treinta, Francia observa un panorama preocupante, en el que coexisten las reticencias británicas hacia su política continental, el manifiesto fracaso de su alianza con la Unión Soviética y, finalmente, la conciencia



Noticia de la invasión para el público londinense.

La invasión y el avance alemán en Polonia, tras las experiencias de la «anexión» de Austria (marzo 1938) y los Sudetes checoslovacos (octubre 1938), se realizó según los planes de la llamada «guerra relámpago», culminando en sólo cuatro semanas. 59 divisiones alemanas (de las 103 con las que contaba Berlín), 7 de ellas acorazadas, y 2.700 aviones, frente a los sólo 600 aparatos y 40 divisiones con que contaban los polacos, inclinaron desde el primer momento la balanza bélica a favor de los nazis e impidieron la estabilización en el este de un frente de desgaste, gracias a la complicidad de Stalin con Hitler. En la foto, ataque de la Wehrmacht *o infantería alemana, a través de un río, en el frente polaco.*



Ataque de la* Wehrmacht *en un frente polaco.

de la propia debilidad. Para entonces, las esperanzas de París terminan por cifrarse básicamente en los intentos de evitar un conflicto, del que teme salir malparado. El vecino del Este, aún condicionado por trabas de todo tipo, sigue siendo el principal foco de temor de una Francia que, en los últimos setenta años, ha conocido dos desastrosas invasiones por parte del mismo.

En París, los responsables políticos y militares conocen perfectamente la profunda debilidad del prestigioso y mitificado ejército francés. Unas fuerzas armadas a las que solamente en caso de manifiesta necesidad se atreverían a oponer a una *Wehrmacht* en evidente proceso de rápido reforzamiento.

Con el paso de los años y el agravamiento de la situación en Europa, las estrategias de las dos potencias democráticas irán confluyendo. En el interior de esta actitud compartida, Francia se presentará como el socio más proclive a cualquier tipo de claudicación, incluso alguna que podría ser calificada de vergonzante. Gran Bretaña, menos amenazada físicamente y aún dentro de la misma disposición, ejercerá un papel más moderado y frío, ante el aumento del riesgo bélico. Pero, en definitiva, tanto la una como la otra llegarán al mismo tiempo a la obligada consideración de la inevitabilidad de la guerra. Una guerra de la que, hasta entonces, han huido, no tanto por un espíritu pacifista como por la defensa de sus particulares intereses materiales.

Americanos y rusos

Los Estados Unidos de América, instalados en un decidido aislacionismo, que cuenta con un mayoritario respaldo popular, se mantendrán en todo momento como un elemento de tácito soporte de las posiciones francobritánicas. Aún apartada del escenario europeo y asiático, la administración Roosevelt evidenciará a las potencias autoritarias su potencial voluntad de ayuda a una Gran Bretaña en situación de peligro. Mientras, utilizará todas las vías posibles para aumentar sus auxilios materiales a su aliado británico, que se apresta para la lucha contra Alemania.

La Unión Soviética, que por su organización política no puede ser incluida en el campo de las democracias, acabó por hacer causa común con ellas en la lucha contra Hitler. En 1939, a Stalin, que ha diezmado los cuadros dirigentes, políticos y militares por medio de grandes purgas, sólo le interesa disponer del tiempo necesario para la reconstrucción económica, que ha emprendido a base de planes de actuación quinquenal. Esta perentoria necesidad llevará a Moscú a jugar la carta de un pacto *contra natura* con una Alemania que, por otra parte, nunca dejó de proclamar sus designios futuros de invasión sobre el espacio soviético.

Las relaciones internacionales

Así trazados a grandes rasgos los marcos internos de los países en futura liza bélica, las relaciones internacionales en vísperas del conflicto pueden ser definidas a través de dos líneas fundamentales. Por una parte, la ya comentada alianza establecida entre los gobiernos de Londres y de París, contando con el potencial respaldo del de Washington. Por otra, la unión de los regímenes totalitarios, a la que

—por el momento— se añade la Unión Soviética, perfectamente homologable a los otros tres en cuanto a la naturaleza de su régimen, aunque totalmente opuesta en razón de la ideología en la que afirma inspirarse.

Hitler no tiene interés alguno en lanzarse a una guerra generalizada contra unos enemigos posibles a los que prefiere contener sin necesidad de un conflicto abierto. Para él, la debilitada Francia no supone ningún problema serio; si ésta persistiese en una negativa a la aceptación de la tesis alemana podría, en cualquier caso, ser militarmente derrotada. El caso de Inglaterra adquiría un matiz totalmente distinto, y en todo momento, Hitler mantuvo vivos los deseos acerca de un acuerdo apaciguador, y aún amistoso, con la gran potencia naval.



Prisioneros esperan su traslado a un campo de concentración.

1939

La Segunda Guerra Mundial: de la invasión de Polonia a la caída de Francia

Arriba, polacos hechos prisioneros por las tropas germanas esperan ser trasladados a un campo de concentración nazi. Casi seis millones de polacos morirían durante los años de la guerra, si bien, nunca cesó la resistencia contra el invasor nazi, empeñado en «borrar a Polonia del mapa de Europa». Abajo, gráfico donde se muestran los movimientos de tropas germanas durante la invasión del país.



Hitler es informado por sus oficiales.

Stalin, desde Moscú, observa con preocupación cómo los occidentales van abandonando de forma sucesiva, en manos de la envalentonada Alemania, a todos aquellos países con los que se habían comprometido en la defensa mutua. Consecuentemente, en busca de su propia seguridad, se decide a la alianza con Berlín. Esto habrá de acarrear al movimiento comunista internacional los momentos de mayor tensión y crisis interna de su historia, pero el pragmático dirigente del Kremlin acepta ese riesgo a cambio de un respiro de desconocida duración. El tratado de amistad y no agresión entre los dos estados, firmado en Moscú el día 23 de agosto de 1939, ante la generalizada sorpresa internacional, supone para Alemania un decisivo alivio, a causa del bloqueo económico que sufre en sus flancos occidentales. El acuerdo, fijado para una vigencia de diez años, establecía asimismo las zonas de influencia de ambos firmantes, una base a partir de la cual la Unión Soviética habría de establecer de forma inmediata su dominio sobre los Estados bálticos y las regiones fronterizas con Rumania.

La situación de Polonia, aprisionada ahora entre dos enemigos coaligados, no podía presentar mayor gravedad. Los gobiernos occidentales, apenas recuperados de la sorpresa producida por el anuncio del pacto, se lanzan a una frenética acción.

Hitler, que gustaba dirigir personalmente las operaciones militares, a consecuencia de lo cual el ejército alemán sufriría luego muchas bajas por sus crasos errores, recibe información de la «guerra relámpago» polaca de oficiales de estado mayor. Tras él, más alto, el Obergruppenführer *Brucker y otros jefes de las SS, encargados del exterminio de «los infrahombres judíos y orientales». Abajo, ciudadanos de Munich, capital del sureño Estado alemán de Baviera, escuchan en la calle el discurso de Hitler anunciando la invasión de Polonia. Baviera fue siempre un foco del conservadurismo autoritario y la reacción alemana y un activo centro de la organización y conspiración nazi contra el Estado democrático.*



En Munich se recibe tranquilamente la noticia.

Los líderes políticos, con la finalidad de evitar que las reclamaciones alemanas sobre Polonia, con motivo de la *normalización* de la situación de la ciudad y territorio de Danzig, degeneren en un conflicto general, presionarán inútilmente a los dirigentes militares de Varsovia en busca de una decisión pacificadora. Chamberlain está decidido a evitar cualquier provocación a Hitler y, a pesar de apresurar la firma de un tratado de defensa mutua con Polonia, no encuentra absurda la pretensión alemana de recuperar el pequeño espacio báltico.

Las garantías occidentales serán también dadas a Rumania y Grecia, pero no tendrán ningún efecto a la hora de la decisión alemana de lanzarse en una rápida acción sobre su desguarnecida vecina. Así, el día primero de septiembre de 1939, las tropas alemanas, como respuesta a unas supuestas agresiones polacas, atraviesan la frontera y se lanzan a la destrucción de las débiles fuerzas que se empeñan en oponer una resistencia imposible. Los occidentales reaccionan lanzando un ultimátum que Berlín ni contesta. Como consecuencia, dos días más tarde, Gran Bretaña y Francia declaran la guerra al Tercer Reich: es el comienzo efectivo de la Segunda Guerra Mundial.

Poco más de tres semanas necesitará la *Wehrmacht* para concluir la total invasión de Polonia, ante la que se abre de nuevo un oscuro período de disgregación territorial y sistemática represión sobre su cuerpo social. El tipo de acción bélica utilizado en este caso, la *guerra relámpago —blitzkrieg—*, hecha a base de rápidas campañas, resulta una novedad en el campo de la táctica militar. Dirigida contra un solo enemigo en cada ocasión, está regionalmente limitada y es breve en el tiempo. Su efectividad podrá muy pronto ser de nuevo observada cuando, en los meses siguientes, Alemania lance sus fuerzas contra Dinamarca y Noruega, primero, y, más tarde, sobre Holanda, Bélgica y Francia. Tan sólo un año después, Yugoslavia, Grecia y la propia Unión Soviética, hasta entonces aliada fiel, conocerán directamente las consecuencias de esta nueva forma de hacer la guerra.

Según los más recientes investigadores, el ataque contra Polonia no constituía para el Reich más que una nueva etapa en el proceso de expansión; contando, por supuesto, con la abstención de las potencias anglosajonas. A Francia, infatuada sin motivo, ni siquiera la consideraba un peligro. Pero, para los estados democráticos, la ruptura del equilibrio europeo que significó esta última incursión fue una cuestión muy grave, pues suponía el trastorno de todo el entramado europeo establecido veinte años antes. La restauración de ese orden, aún mediante el uso de las armas, se observó desde



Judíos polacos son conducidos a un campo de concentración tras la caída de Varsovia.



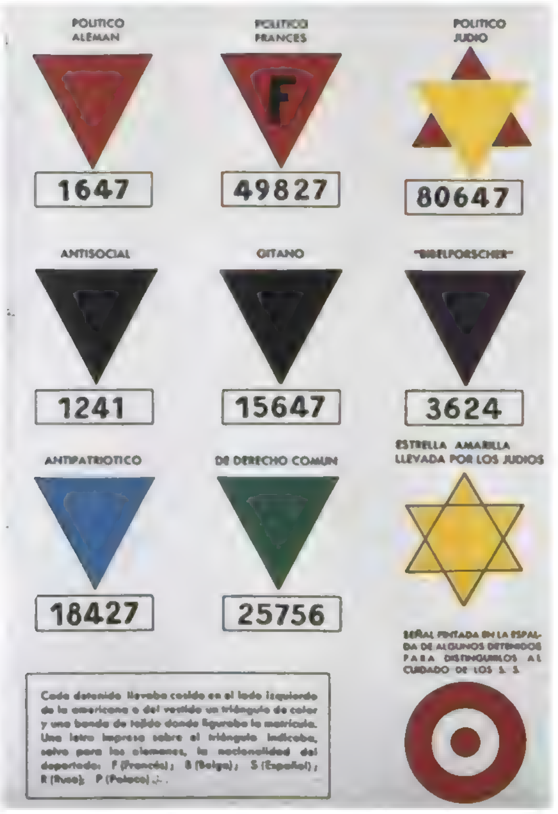
BERNARD LAW MONTGOMERY (Londres, 1887-Alton, 1976)

Estudió en Londres y en la famosa Real Academia Militar de Sandhurst. Se distinguió ya en la Primera Guerra Mundial como un militar duro y eficiente. Al estallar la Segunda Guerra Mundial mandó una división en Francia antes de la retirada de Dunkerque. En agosto de 1942, Churchill le eligió para mandar el 8.° ejército inglés, duramente castigado por Rommel en el norte de África. En 10 semanas el popular *Monty*, tan insufrible con frecuencia para sus superiores, había reorganizado unas fuerzas desmoralizadas y preparado a sus hombres para una batalla de ruptura, ayudado por la supremacía, ya indiscutible, del material bélico aliado. La batalla contra Rommel, el *zorro del desierto*, comenzó el 3 de noviembre de 1942; el 23 de enero de 1943 Rommel no tuvo más remedio que refugiarse en Túnez. Había comenzado lo que los británicos denominaron «la inversión de la marea»; las potencias del Eje pasaban a la defensiva. El 5 de mayo de 1943 los británicos tomaron Túnez, y pocos días después habían hecho 250.000 prisioneros. A continuación, Montgomery dirigió las fuerzas británicas que participaron en el desembarco en Si-

cilia (julio de 1943), al frente siempre de su 8.° ejército, al que hubo de abandonar antes del asalto a Italia, requerido por el alto mando para preparar en Inglaterra una de las operaciones clave de la Segunda Guerra: el desembarco en Normandía (6 de junio de 1944), al mando supremo del general Eisenhower, tras el cual fue Montgomery el máximo responsable de tan gigantesca operación, al frente del 1.er ejército canadiense, el 2.° inglés y las 1.ª y 6.ª divisiones inglesas aerotransportadas. Las fuerzas a su mando cubrieron la zona del Orne, aunque la resistencia alemana les fijó durante más de un mes delante de la ciudad francesa de Caen. A principios de agosto de 1944 se constituyeron dos Grupos de Ejércitos, el 21.° (británicos y canadienses) a las órdenes de Montgomery y el 12.° (norteamericano), al mando de Brandley, pero a la espera de la llegada de Eisenhower, que no tuvo lugar hasta septiembre. Montgomery retuvo el control operativo y la coordinación táctica de ambos grupos, lo que fue un semillero de recriminaciones posbélicas sobre los aciertos y errores de las decisiones tomadas en las semanas siguientes, a lo que hay que añadir las difíciles relaciones personales entre Montgomery y Eisenhower, con frecuencia borrascosas. Al frente del 21.° Grupo de Ejércitos, Montgomery liberó el norte de Francia, Bélgica, Holanda, penetrando en Alemania por el norte, hasta lograr la rendición de las fuerzas alemanas del norte en Lüneburg, el 4 de mayo de 1945. Terminada la Segunda Guerra Mundial le fue concedido el título nobiliario de primer vizconde Montgomery del Alamein. De 1948 a 1951 fue comandante adjunto de la OTAN. Además de varios libros de táctica militar, escribió unas *Memorias* (1958). Siempre cauto, estratega concienzudo, hasta el punto de que muchas veces sus minuciosos preparativos exasperaban a sus colegas, Montgomery distó mucho de ser un innovador de la táctica militar. Insistió siempre, con verdadera tenacidad, en disponer tanto de los hombres como del material que consideraba necesarios antes de cualquier tentativa de ataque, sistema que, cuando menos, garantizaba éxitos seguros al mismo tiempo que acrecentaba su inmensa popularidad entre los hombres a su mando.



El rápido avance germano obligó a huir a las tropas aliadas.



Distintivos para los diferentes tipos de «infrahombres».

Londres y París como una urgente necesidad defensiva. Los intereses nacionales establecidos hasta ese momento están, debido a las acciones alemanas, puestos en peligro; y es preciso salvarlos de la forma en que sea posible.

Hitler, y esto está suficientemente comprobado, se vio impelido a una conflagración a la que no estaba interesado en contribuir. Para él, la guerra será sólo la prosecución de una política de expansión que antes había conseguido imponer por medios aparentemente más pacíficos. Esta inicial decisión, dominante entre los círculos dirigentes alemanes, irá dirigida hacia la consolidación de unos hechos consumados, la ocupación de territorios extranjeros, que habrían de constituir la base para el establecimiento de un nuevo «reparto del mundo». Si en el momento de la invasión de Checoslovaquia, Hitler se hubiese visto enfrentado a una opinión negativa de sus generales, la situación habría cambiado radicalmente. El rápido triunfo sobre Polonia acalló todas las dudas acerca de una posible debilidad del ejército alemán y las discusiones acerca de la voluntad del *Führer*, considerado como arquitecto de la grandeza de la nueva Alemania.

La campaña de Escandinavia

El día 30 de noviembre de 1939, la Unión Soviética, justificando su acción al acusar al gobierno de Helsinki de retieradas negativas a la negociación sobre cuestiones territoriales, lanza un fuerte ataque contra Finlandia. Comienza la denominada «guerra de invierno». Hasta el final del mes de enero siguiente, esta lucha entre fuerzas marcadamente desiguales atrae la atención del mundo, sobre todo cuando se hace presente la capacidad de resistencia finesa. Moscú, arropado por su acuerdo con Berlín, actúa libremente en la zona, pero ve cómo sus fuerzas son contenidas y, a menudo, derrotadas por el pequeño ejército finlandés. Sólo a comienzos de año podrá establecerse una base de conversaciones, que tendrán lugar en Estocolmo. Hasta entonces, Stalin consideraba como gobierno legal a un gabinete comunista formado en la zona fronteriza ocupada.

El tratado de Moscú, firmado el día 14 de marzo de 1940, obligará a Finlandia a la entrega del territorio de Carelia —un 10 por 100 del total de la extensión nacional— así como a conceder a los rusos grandes ventajas de utilización estratégica en los archipiélagos vecinos.

Francia y Gran Bretaña, durante este ambiguo período que ha sido denominado *drôle de guerre* —guerra extraña—, se manifestaban dispuestas a la acción, tanto en Finlandia como contra la misma Alemania. En los dos países, la debilidad de los gobernantes que habían facilitado la presente situación, había sido sustituida por la firmeza de los gabinetes encabezados por Reynaud y Churchill, respectivamente. Tanto en uno como en otro, se vive un ambiente bélico: los reservistas son llamados a filas; toda la economía se orienta hacia la futura guerra; la producción de material bélico se acelera; y, la clase dirigente, al igual que la opinión pública, sólo se dedica a esperar acontecimientos.

El acuerdo entre los dos países es ahora prácticamente total, pero los negativos efectos psicológicos de la tensa espera no tardan en producir consecuencias negativas para cualquier acción coordinada. La idea de un posible ataque contra Alemania, dirigido a través de Bélgica, se desecha ante la oposición del rey Leopoldo y su gobierno. Esta actitud de cerrada neutralidad frustrará una acción que podría haber supuesto el hundimiento de Alemania en su desguarnecido flanco occidental y variado por completo el panorama general del momento. El respeto occidental a la soberanía belga, habría de tener consecuencias desastrosas para todos y, en primer lugar, para quienes se habían mostrado tan ciegamente celosos de una neutralidad imposible.

Así las cosas, la táctica basada en ataques periféricos se presenta como la más adecuada. Londres y París se muestran decididos a cortar la ruta por la que Suecia envía hierro a Ale-

En la página opuesta, arriba, tropas británicas abordan un tren francés durante la retirada aliada ante el impetuoso avance alemán que culminó en el desastre de Dunkerque. Abajo, distintivos para judíos, gitanos o ex delincuentes que los nazis obligaban a coser sobre sus ropas a miembros de estas minorías o grupos sociales, lo que constituía un verdadero castigo de escarnio público. La orden también regía en el interior de los campos de concentración. Bajo estas líneas, una batería artillera alemana castiga duramente los alrededores de la ciudad polaca de Wroclaw poco antes de su conquista.



La artillería alemana ataca los alrededores de Wroclaw (Polonia).



Como una tarántula, la cruz gamada empieza a anidar en toda Europa.

La efectiva organización de propaganda del partido nazi y su gusto por los símbolos se trasladó al Estado alemán tras la toma del poder. Miles de banderas con la cruz gamada del Reich fueron confeccionadas en todo el país y en los numerosos territorios ocupados (foto de arriba). Era el símbolo del «nuevo orden» que los nazis soñaban imponer a toda Europa. A la derecha, un niño judío polaco levanta los brazos tras ser detenido por la Gestapo en el gueto hebreo de Varsovia. Más de cinco millones de judíos morirían en los campos de concentración —luego «campos de exterminio»— durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente en Auschwitz-Birkenau.

mania a través del norte de Noruega. Para una posible invasión preventiva de este país no existían demasiadas dificultades, dado el firme carácter anglófilo de la clase política de Oslo. Estos planes serán inmediatamente conocidos en Berlín, que decide adelantarse a los mismos y, el día 9 de abril de 1940, la *Wehrmacht* entra en territorio danés. El ejército de Dinamarca, sorprendido y abrumado por la superioridad de fuerzas, capitula casi sin lucha; el gobierno, por su parte, ha de someterse a la acción de una fuerza infinitamente superior.

El caso de Noruega, que es rápidamente atacada, presentará, sin embargo, características bien diferentes. El rey Haakon y su gobierno abandonan la capital y se preparan para la lucha que, después de tres semanas, concluye con el triunfo total de las fuerzas alemanas. Así, el día 10 de mayo, mientras el monarca y sus allegados marchan a Inglaterra, se completa la ocupación de Noruega, tras la retirada de una efímera presencia aliada en la costa norte.

La invasión de Francia

Aseguradas sus posiciones en Escandinavia y el frente oriental, el Reich lanzará enseguida el esperado y temido ataque contra el oeste. En la noche del día 10 de mayo de 1940, las divisiones acorazadas irrumpen en territorio holandés, al mismo tiempo que los aeropuertos son ocupados por paracaidistas y todo el país sufre intensos bombardeos. Cinco días serán suficientes para conseguir la capitulación del ejército, destrozado e incapaz de obtener ayuda aliada. La reina Guillermina y su gobierno, marchan al exilio londinense, mientras la ciudad de Rotterdam muestra los efectos del terrible bombardeo a que ha sido sometida. Ahora, cuando las tropas alemanas prosiguen su camino hacia el sur, el rey de Bélgica y su clase política deben comprender el error cometido. Solamente las fuerzas conjuntas anglofrancesas se ven capaces de detener la arrolladora fuerza germana.

El día 28 de mayo, el gobierno y el ejército belgas capitulan. De esta forma, el paso hacia Francia está expedito para las tropas y los blindados alemanes. El ejército francés todavía no ha tenido tiempo de recuperar la fuerza necesaria para oponerse al alemán; y, en su interior, los caducos esquemas defensivos y armamentísticos siguen siendo los de personajes que, como Gamelin, Weygand o Pétain, pertenecen ya claramente a una época pasada. En función, pues, de estos condicionantes, no puede resultar extraña la rapidez con que se producirá el hundimiento francés, ante las operaciones alemanas.

Apoyadas por la aviación, las divisiones alemanas, acorazadas en una alta proporción, atraviesan la región de las Ardenas, considerada hasta entonces como impracticable, y toman por sorpresa a las fuerzas francesas. Estas no conseguirán detener el avance alemán que, en muy pocas jornadas, penetra en el país y alcanza el mar. Unos 337.000 miembros de las tropas aliadas —más de 200.000 británicos y unos 130.000 franceses y belgas— quedarán encerrados en el puerto de Dunkerque. Entre los días 24 y 27, serán evacuados hacia Inglaterra en su totalidad, mediante una serie de embarques realizados ante la inacción de las fuerzas alemanas, que, de haberlo querido, hubieran podido desarticular toda la operación.

J. S. M.

Bibliografía básica

CALVOCORESSI, P., y WINT, G.: *Guerra total. La Segunda Guerra Mundial en Occidente*, Alianza. Madrid, 1979.

CARTIER, R.: *Le monde entre deux guerres, 1919-1939*, Presses de la Cité. París, 1974.

GILBERT, M.: *Las potencias europeas*, Grijalbo. Barcelona, 1967.

HORNE, A.: *La batalla de Francia*, Bruguera. Barcelona, 1974.

MOSLEY, L.: *El fracaso de las democracias*, Caralt. Barcelona, 1974.



Testigos mudos de una gran tragedia, las cámaras pudieron salvar recuerdos, pero no vidas.

1939

En la foto, los actores Clark Gable y Vivian Leigh durante una de las escenas más apasionadas de la película Lo que el viento se llevó. *La cinta, que sufrió un proceso complejo de producción y rodaje a cargo de dos directores, George Cukor y Victor Fleming, fue una de las pioneras en la utilización de la técnica fotográfica del Technicolor. Esta consistía en el triple rodaje de cada escena en tres negativos con los colores básicos (violeta, rojo, verde), que luego se sobreponían para obtener toda la gama cromática. El procedimiento comenzó a usarse en 1932 y, aunque ya se habían hecho filmes con buenos resultados (*Becky Sharp-La feria de la vanidad *y* Sinfonías tontas*, de Walt Disney, ambas de 1935), el éxito y la aceptación por la crítica y el público no llegó hasta 1939, fecha del estreno de* Lo que el viento se llevó. *La película fue en poco tiempo récord de taquilla en la historia del cine.*



En la oscuridad de la sala de proyecciones, aquel día de estreno, ellos qui-

LO QUE EL VIENTO SE LLEVO

EL escenógrafo William Cameron Menzies estaba creando el mayor holocausto que había visto California desde el terremoto de San Francisco. Largas lenguas de fuego se remontaban hasta el cielo y devoraban vertiginosamente las falsas fachadas pintadas de viejos decorados adquiridos para tal propósito. Templos de El Jardín de Alá, *bosques de* El último mohicano *y rascacielos en miniatura del primer* King Kong *ardían a toda prisa en una especie de crematorio de sueños. «La guerra es el infierno» había dicho alguien, y con sus palabras parecía haber marcado realmente el infernal despliegue de aquellas imágenes. Se estaba rodando la primera escena de* Lo que el viento se llevó, *la más grandiosa película épica de la historia del cine. Lo que se intentaba simular era el incendio de Atlanta durante la guerra de Secesión americana, y bien podría uno haberse preguntado si tan elocuente reproducción del hecho tendría algo que envidiar al suceso original.*



...azar a Escarlata O'Hara y ellas ser abrazadas por Rhett Buttler.

Vivien Leigh, el tesoro descubierto tras una difícil búsqueda.



Paulette Goddard, una de las rechazadas para el gran papel.

Un hallazgo bajo el fulgor de las llamas

Mientras el crepitar del fuego proseguía incesante, David Selznick, el productor del filme, contemplaba sentado el espectáculo como un carnoso Nerón. Aquel espectáculo de capital ardiendo que enrojecía los cielos de Culver City. Y mientras todo esto sucedía, una actriz inglesa, apenas conocida en América, se dirigía al encuentro del papel de su vida. Su nombre era Vivien Leigh, y el nombre de la heroína que la lanzaría al estrellato, Escarlata O'Hara. Porque lo cierto es que, después de tres años de preparación de la película, de pruebas y más pruebas a las más prestigiosas actrices, el papel de Escarlata aún no había sido concedido. Sería precisamente en el apogeo de aquella primera escena cuando se decidiría por fin tan importante asunto. En efecto, Vivien Leigh, acompañada de Lawrence Olivier y Myron Selznick, agente de este último y hermano del productor de la película, se encontró frente a Selznick aquel día gracias a una muy inteligente estratagema. Cuando las tres personas mencionadas llegaron a la plataforma en la que Selznick se encontraba contemplando el holocausto, el rojizo resplandor de las llamas se reflejó en la piel de Vivien Leigh, su pelo flotando al viento, sus ojos como ópalos de fuego enmarcados por su sombrerito negro. Al contemplarla, Myron Selznick comprendió que jamás en toda su vida como agente su instinto le había gritado tan fuerte: ésta es la chica adecuada en el lugar adecuado y el momento justo. Así que cogió a su hermano David por la manga y forzándole a darse la vuelta, le dijo: «David, quiero que conozcas a tu Escarlata O'Hara».

De este modo, el 10 de diciembre de 1938, se ponía punto final, al cabo de tres años de toda suerte de pruebas y vacilaciones, a la llamada «búsqueda de Escarlata». Volveremos más adelante sobre el personaje de Vivien Leigh, así como sobre sus compañeros de reparto. Pero antes, vamos a hablar del hombre que rigió los destinos de aquella histórica superproducción.

El productor es la estrella

Desde sus comienzos, David Selznick fue señalado por la gente de Hollywood como un hombre de destino. Tenía para ello las cualidades esenciales: astucia, valor y, sobre todo, suerte. Era un hombre de formidable estatura y

expresión seria, con una voluntad de hierro. Pero tenía además un privilegio fundamental: estaba muy bien relacionado. Su padre, Lewis J. Selznick, había sido un importante distribuidor cinematográfico, y su hermano Myron se había convertido en el «Napoleón» de los agentes de Hollywood. Myron Selznick no era de hecho un buen agente más, era el mejor de su época. Este hombre voluminoso, grueso, beligerante y con frecuencia rudo tenía, al igual que su hermano David, una marca distintiva permanente y casi orgánica heredada de su padre, el viejo Lewis J., quien se vio arruinado por sus colegas y pares —los Schencks, Zukors y Laemmles—, cogido en el fuego cruzado de sus guerras internas.

En 1931, cuando David tenía veintinueve años, envió uno de sus famosos memorándums a sus empleados de la Paramount, quejándose de que no se le había garantizado el control suficiente. Dicho texto, uno de los miles con que obsequiaría a lo largo de su vida a esbirros, jefes y colaboradores para expresar sus opiniones, hacer puntualizaciones o manifestar su descontento, decía así: «Una película es como un cuadro. En lugar de óleos, utiliza talentos y personalidades para contar su historia. Pero cada artista debe pintar su propio cuadro y firmarlo».

Selznick no puso jamás en duda cuál era la firma que debía aparecer en cada una de las películas con las que estuvo asociado. Esta filosofía de productor casi omnipotente y en parte artista habría de marcar en lo sucesivo un estilo nuevo, un modo diferente de hacer cine. El protagonismo del productor, su presencia en todas las decisiones, su figura de estrella, serían a partir de entonces el sello inconfundible de las superproducciones. Y esa misma importancia del productor iría aparejada a un fenómeno también nuevo: el lanzamiento publicitario previo al rodaje de la película y rigurosamente calculado para garantizar el éxito del producto. Esta nueva concepción del cine, *la película de productor,* aunque hubiese apuntado ya en algunas producciones de Hollywood, fue sin duda lanzada al estrellato por el sagaz Selznick, que con su pasión y su personalidad fue capaz de imprimir un carácter inconfundible a todo lo que hizo, creó una marca de fábrica y abrió un camino para que otros siguiesen aquellas pautas.

A lo largo de toda su carrera Selznick no dejó nunca de insistir, implacable y tenaz, en su firme voluntad de que fuese *su* voz la decisiva, de que *su* visión y *su* gusto dominasen toda película producida por él, fuesen cuales fuesen el director o el escritor original. Y era así porque estaba poseído de la certeza de que él conocía mejor que ningún otro las películas y al público.



Un galán, ya famoso, en espera de su actriz.

Al principio trabajó para su padre haciendo de todo, desde diseñar anuncios hasta dirigir. Y allí fue donde adquirió aquella suprema confianza en sí mismo y se convenció de que en el sistema de producción americano todo el que era contratado pasaba a formar parte de un equipo que había de ser dirigido por la voluntad del productor y sometido a su arbitrio.

Así que David Selznick se convirtió en el arquetipo de «productor creativo». Se sentía involucrado en todos y cada uno de los aspectos y detalles de las películas que producía, desde la estructura narrativa básica hasta el color de las uñas de la estrella principal. Y llegó a ser tan grande su predicamento que con frecuencia sustituía un director tras otro, un escenógrafo tras otro, hasta dar con aquello que quería. Pronto se hizo famoso por sus ya mencionados memorándums, con frecuencia interminables, en los que describía con gran detalle lo que *debía hacerse* o lo que fallaba en lo que ya *se había hecho.* Así pues, sus películas nunca dejaron de tener en común un estilo peculiar: el toque Selznick.

En 1936, después de haber trabajado primero para su padre, luego para la Metro Goldwyn Mayer, la Paramount, la RKO y nuevamente para la Metro, creó finalmente su propia pro-

En la página opuesta, arriba, Vivien Leigh (India, 1913-Londres, 1967), a quien un crítico calificó como «la actriz inolvidable del rostro inigualable». Encumbrada a la más alta fama tras su triunfo en Lo que el viento se llevó, *su carrera no la volvió a llevar a una altura interpretativa similar hasta* César y Cleopatra, *basada en la obra de Bernard Shaw y dirigida por Gabriel Pascal (1945). Posteriormente, en 1952, su duelo interpretativo con Marlon Brando en* Un tranvía llamado deseo, *dirigida por Elia Kazan y basada en la obra de Tennessee Williams, volvería a llevarla a la cumbre de la historia del cine. Casada de 1940 a 1959 con el famoso actor británico sir Lawrence Olivier, se convirtió en la* lady *oficial de todo el teatro inglés, pero sus incansables coqueteos no dejaron otra salida que el divorcio. Su último papel fue junto a Lee Marvin en* El barco de los locos *(1965). En esta página, el apuesto rostro varonil de Clark Gable.*

ductora, sueño largamente acariciado al que llamó Selznick International y que firmó un acuerdo con la United Artists para la distribución de las películas. Ya era independiente del todo, y al fin se encontraba libre del nepotismo que su suegro, Louis B. Mayer, había pretendido siempre ejercer sobre él. Pero la poderosa Metro le tendería una vez más sus tentáculos al cederle a Clark Gable para *Lo que el viento se llevó.*

Largos preparativos

En mayo de 1936, Katherine Brown, la editora de Selznick en la costa este, le envió a su jefe una copia de prepublicación y una sinopsis de *Lo que el viento se llevó,* con una recomendación entusiasta para que adquiriese los derechos. Selznick, sin embargo, se mostró más que reticente, y era comprensible. Un mes antes de su publicación nadie podía haber previsto que la novela de Margaret Mitchell se con-



La película dio la vuelta al mundo

Cartel en inglés de Lo que el viento se llevó (Gone with the wind) *que muestra una escena de amor entre Clark Gable y Vivien Leigh sobre otros fotogramas de la película y los demás nombres del reparto. Clark Gable (Ohio, EE. UU., 1901-California, 1960) fue elegido galán del filme en sustitución de Gary Cooper y Errol Flynn, los primeros candidatos. Actor polifacético y de gran profesionalidad, comenzó de extra y rodó 64 películas. A partir de* Lo que el viento se llevó, *en Hollywood se le conoció con el alias de* El rey.

Una de las escenas del filme.

vertiría en seguida en un fenómeno editorial y un delirio americano.

Aunque al principio muchos estudios de cine se mostraron interesados, la insistencia de los agentes de la Mitchell en el elevado precio de los derechos llegó a descorazonar incluso hasta a la omnipotente Metro Goldwyn Mayer. Sin embargo, cuando Jack Hay Whitney, *chairman* del consejo de administración de la Selznick International, telegrafió a Selznick para decirle que fuese cual fuese la decisión de Hollywood él mismo pensaba comprar los derechos para la compañía, Selznick se rindió y pagó por el libro el precio hasta entonces no superado de 50.000 dólares, una suma que habría de ser, no obstante, uno de los gastos menores en la producción de la película.

Una vez adquiridos los derechos, Selznick se sumergió a fondo en el proyecto y lo siguió con obsesiva energía durante tres años consecutivos. Sidney Howard fue el primer escritor contratado para trabajar el guión, aunque luego muchos otros, Fitzgerald entre ellos, reharían el trabajo de Howard, que con sucesivos retoques y transformaciones quedaría, a pesar de todo, como base, figurando su nombre en los títulos de crédito. Se dice, sin embargo, que nunca llegó a existir un guión completo y definitivo, y que las escenas se rehacían o hasta inventaban a medida que transcurría el rodaje. Por su parte, George Cukor fue contratado como director, aunque tampoco llegaría a dirigir más que tres semanas, siendo a su vez sustituido por Victor Fleming, a quien finalmente reemplazó Sam Wood. Fue Fleming, sin embargo, quien figuró en los créditos de la película. Antes de que semejante confusión y multiplicidad de colaboradores alcanzase su apogeo, siempre según el férreo arbitrio de Selznick, Howard y Cukor fueron enviados a Atlanta para discutir el proyecto con Margaret Mitchell, ya que Selznick pretendía ser fiel al espíritu y la letra de su novela.

William Cameron Menzies, antes de que se hubiese acabado siquiera una primera versión del guión, fue contratado para diseñar la producción, empezando por aquellas escenas que se sabía que no precisarían de posteriores retoques. Cuando estuvo listo el guión completo, Menzies hizo un *sketch* de la película entera, escena por escena, incluyendo los movimientos de cámara, la iluminación y los colores.

Por otra parte, la elección de actores tampoco fue precisamente fácil. Para Rhett Butler, el galán masculino, Selznick pensó primero en Gary Cooper, entonces bajo contrato con Samuel Goldwyn, entre otras cosas porque ello le habría permitido hacer el lanzamiento a través de la United Artists. Pero Goldwyn, más que rechazar la petición, lo que hizo fue ignorarla. Entonces, Selznick consideró a otros actores, incluyendo a Errol Flynn, de la Warner Brothers. Después de una indiferencia inicial, la Warner aceptó prestar a Flynn si Selznick le daba a Bette Davis el papel de Escarlata. Finalmente, Selznick hizo un trato con la MGM por la cesión de Clark Gable, bajo unas condiciones tan leoninas que habrían de perseguirle durante el resto de su carrera. A cambio de Gable y de un millón y cuarto de dólares, la MGM adquiría los derechos de distribución y un 50 por 100 de los beneficios, que 25 años después alcanzaron los 41 millones de dólares.



Abajo, espléndido fotograma de la película Lo que el viento se llevó, *en el que el vaporoso traje de Escarlata O'Hara (Vivien Leigh) frente a la lujosa mansión neoclásica de la plantación familiar es todo un resumen de la agridulce y anticuada sociedad sureña, basada en el esclavismo, que la guerra civil norteamericana (1861-1865) se encargó de barrer de la historia. Los estados del sur, agrupados en la Confederación, con economías basadas en la agricultura y en la mano de obra esclava, no pudieron oponerse al empuje de la Unión, aglutinadora de los estados del norte y el este, industriales y modernos, con una concepción de la vida mucho más dinámica y emprendedora que el «viejo y caliente Sur». Contraste que todavía se nota en los Estados Unidos de hoy. Con el Sur cayeron los últimos ideales caballerescos y triunfó plenamente la «democracia del dinero», algo típicamente norteamericano.*

La búsqueda de Escarlata

En cuanto al papel de Escarlata O'Hara, ya hemos contado al principio cómo fue concedido y a quién, pero antes hubo una larga histo-



Vivien Leigh y Lawrence Olivier con Perico Chicote en Madrid.

Clark Gable, el Rey, *era un excelente intérprete que se adaptaba perfectamente a todo tipo de papeles y compañeras de reparto. Es difícil olvidar su actuación en* Lo que el viento se llevó, *trabajo que lo catapultó a la cumbre. Antes había interpretado junto a Greta Garbo el filme* Susan Lenox *(1931) y, junto a Joan Crawford, seis películas, entre las que destacó* Danzad, danzad, locos. *Otras cintas en las que intervino fueron* Sucedió una noche *(1934),* Rebelión a bordo, San Francisco, Saratoga *(1937),* Mogambo *(con Ava Gardner. en 1953) y* Vidas rebeldes (The misfits, *1961, escrita por Arthur Miller y dirigida por John Huston). En la foto, su compañera de reparto en* Lo que el viento se llevó, *Vivien Leigh, junto a su marido, el actor británico Lawrence Olivier, y el barman español Perico Chicote, durante una visita al establecimiento de éste en la madrileña calle de Alcalá, lugar de paso de todos los famosos en la España de los años 50.*

ria de pruebas y rivalidades. Antes de que Vivien Leigh apareciese siquiera en escena, la mayoría de las actrices por entonces famosas y que más o menos podrían adaptarse al papel fueron sometidas a una prueba. Katharine Hepburn, que ansiaba el papel y era la favorita de Cukor, fue, sin embargo, rechazada por negarse a aceptar prueba alguna. Otras que se tomaron seriamente en consideración fueron Miriam Hopkins, Joan Crawford, Margaret Sullivan, Jean Arthur, Ann Sheridan y Carole Lombard. Entre las rechazadas estuvieron Susan Hayward, Lana Turner y Lucille Ball. Al final de este largo desfile, quedó una clara favorita: Paulette Goddard. Selznick estaba prácticamente decidido a concederle el papel, siempre que ella probase que se había casado con Charles Chaplin para evitar el escándalo moral de aquella sociedad puritana. Y fue entonces precisamente, en el momento en que la Goddard parecía haber ganado la partida, cuando una muchachita inglesa de veinticinco años cruzó el Atlántico con el libro de la Mitchell como un sobado tesoro, leído fervientemente una y otra vez, alimentando el secreto propósito de ser Escarlata O'Hara. Y después de fascinar a Myron Selznick, agente de su enamorado Lawrence Olivier, fascinó rotunda y definitivamente a su hermano David bajo el resplandor de las llamas de una Atlanta de cartón piedra ardiendo para gloria del cine.

Olivia de Havilland fue, en la ficción, Melanie Hamilton, y Lesley Howard sería Ashley Wilkes, elecciones éstas que no requirieron tan penosas dudas.

George Cukor, el director de mujeres

A Cukor le gustó Vivien Leigh desde el principio, aunque no se lo manifestase inmediatamente. Y como casi todas las atracciones, aquella también fue recíproca. Cukor era especialista en la sensibilidad femenina, y ellas lo notaban y agradecían. El afecto de Cukor hacia Vivien no se extinguió jamás y siempre atesoró una colección de fotografías suyas. Olivia de Havilland dijo de ellos en una ocasión: «Son los dos tan elegantes y tan curiosamente sofisticados y poéticos y melancólicos, todo a la vez. No sé cómo lo conseguía Vivien, pero lo cierto es que era única, ¡absolutamente única! Siem-







Victor Fleming, que apareció en los créditos como director.

pre que Cukor menciona su nombre, incluso hoy, dice: "y la querida Vivien...", no puede decir Vivien a secas». Y hablando de la primera vez que se vieron, en la oficina de David Selznick, dice también Olivia: «Vivien tenía una frialdad y compostura, y un encanto que me fascinaron. Era un encanto distante, muy personal, muy educado...».

Cuando el intemperante Clark Gable logró, tras una prolongada e insistente labor de zapa, que Selznick decidiese sustituir a Cukor por considerarlo, en su prepotente machismo, demasiado intimista y dedicado a las damas, Selznick se rindió, sujeto como estaba a las férreas condiciones de la Metro, y dejó la elección prácticamente en las manos de Gable. Este, satisfecho de su triunfo, eligió a su director favorito y compañero de francachelas, Victor Fleming. La desolación de Vivien Leigh y Olivia de Havilland fue absoluta. ¿Les iban a privar de su adorado Cukor, único sostén contra aquel Gable que tan antipático les resultaba? ¿Cómo podrían soportar el rodaje, apenas empezado, y con visos de durar varios meses? ¿Cómo iba a resolver el mediocre de Fleming la casi ausencia de guión que tan inteligentemente Cukor resolvía? Selznick sufrió, probablemente, con aquella decisión, pero el negocio es el negocio, y su trato con la MGM no le permitía arriesgarse a perder a Gable, la mayor atracción publicitaria de la película.

Así que, decididas a no perder a Cukor definitivamente, Vivien Leigh y Olivia de Havilland tomaron, cada una por su cuenta, una decisión irrevocable: irían a visitar a Cukor para que las dirigiese en secreto, como así había de suceder durante todo el rodaje. Ninguna de las dos le comunicó a la otra su decisión. Y Vivien Leigh, el primer día que fue a visitar a Cukor con aquella pretensión, le dijo estas palabras: «No logro sacar nada en limpio de Victor Fleming. Será el compañero de juerga del señor Gable, pero está tan confundido que no me extrañaría nada que acabase con los nervios destrozados...». Algo así acabó sucediendo poco antes de terminar el rodaje. Y el director Sam Wood puso el último granito de arena en aquel caos, que sorprendentemente acabó dando un producto brillante. No cabe duda de cuál era el férreo e indestructible nexo de unión de todo aquello: el toque Selznick. Y el productor se convirtió en estrella.

M. S. M.

En la fotografía, Victor Fleming, el director definitivo de Lo que el viento se llevó, *basada en la novela de Margaret Mitchell, con guión de Sidney Howard e ideas de George Cukor. Fleming no era un hombre de ideas, pero sí un gran profesional, inventor de nuevas técnicas de rodaje, conocedor a fondo del lenguaje cinematográfico, eso que parece tan fácil y, sin embargo, es tan difícil: «contar una historia con una cámara de cine». La historia de Margaret Mitchell, contada por él, emocionó a millones de personas. Entre sus otras películas destacan* El Virginiano *(1929),* Valientes capitanes, El mago de Oz *y* Doctor Jekyll y señor Hyde. *Junto al productor David Selznick y el también director George Cukor filmó numerosísimas pruebas de rodaje antes de adjudicar el papel protagonista de* Lo que el viento se llevó *a Vivien Leigh y Clark Gable. Por ellas pasaron estrellas como Paulette Goddard, Jean Arthur, Lana Turner, Claudette Colbert y Susan Hayward. De Vivien Leigh dijo: «Me gusta. Tiene cara de pobre niña rica. Es lo que necesitamos».*



Dibujo de Sim representando un desfile del Ejército Popular.

1939



LA GUERRA CIVIL: DE LA BATALLA DEL EBRO AL TRIUNFO DE FRANCO

PERDIDO el Norte y fracasada la conquista de Teruel, las posibilidades republicanas de ganar la guerra disminuían espectacularmente. Las jornadas de mayo en Barcelona habían abierto además, entre comunistas y negrinistas por un lado y anarquistas y caballeristas por otro, una brecha que se iría agrandando con el tiempo. Para Negrín la supervivencia de la República dependía cada vez más de una intervención europea, a la vista del inminente conflicto entre las democracias y Hitler. La ofensiva del Ebro intentó además frenar el avance de Franco. Sólo lo conseguiría durante unas semanas. Luego, el derrumbe fue total.



Francisco Franco y Serrano Súñer.

El paso del Ebro

El 25 de julio de 1938 el ejército del Ebro cruza el río utilizando barcas, pasarelas y puentes, entre Mequinenza y Benifallet. En las inmediaciones de Amposta fracasaron con muchas bajas batallones franceses; el frente no se modificó. La ambiciosa operación corrió a cargo del coronel de milicias Juan Modesto; mandaban los cuerpos de ejército, Líster y Tagüeña; se les añadiría Etelvino Vega. Los jefes son comunistas; en los estados mayores hay militares profesionales y asesores rusos. Una división nacional atacada, sorprendida y destruida aquella mañana, cubría el arco del Ebro. Les habían llegado noticias de las concentraciones y solicitaban refuerzos del alto mando. Este, menospreció la capacidad del Ejército Popular al tiempo que confiaba en que la corriente haría inviable una operación tamaña. Por su parte el SIM republicano, que deshizo y suplantó la organización de agentes enemigos en Cataluña, cursaba en su nombre informaciones falsas que el mando nacional tardó en advertir eran engañosas. La operación del Ebro iba dirigida en lo político a ganar tiempo en espera de una guerra internacional y levantar la moral republicana; en lo militar, buscaba amenazar Zaragoza por Caspe y Alcañiz, y, a través del Maestrazgo y el curso bajo del Ebro, desbaratar el dispositivo nacional y detener la ofensiva contra Valen-

Pedro Sainz Rodríguez.





La nueva imagen política empieza a dejarse ver en todos los rincones del país.

cia. Conseguirían sólo prolongar la guerra y detener el ataque hacia Valencia.

En una marcha espectacular por aquel quebrado escenario, las unidades de Líster y Tagüeña, apresaron a unos 4.000 enemigos y bastante material, conquistaron varios pueblos y, lo más importante para el curso posterior de la batalla, ocuparon las alturas de la cabeza de puente que se hallaban desguarnecidas. Franco movilizó con rapidez las reservas, mientras Fernando Barrón defendía Gandesa y cerraba el paso al ejército del Ebro. Aparatos nacionales intervinieron de inmediato, y los republicanos retrasaron su presencia. Al abrir las compuertas de los embalses pirenaicos la corriente arrastró algunas pasarelas y puentes. Concentraron los nacionales la Legión Cóndor, la aviación italiana y la española, cada vez más importante dentro del conjunto propio, y se ordenó el desplazamiento de divisiones próximas y lejanas. Los republicanos habían recibido excelentes aparatos de caza que en su gran mayoría pilotaban españoles entrenados en la URSS.

El frente de Gandesa

Gandesa, pivote de la primera fase de la ofensiva, fue escenario de porfiados enfrentamientos. A fin de mes, Modesto tuvo que renunciar a su conquista y con ella a los objetivos estratégicos. La batalla se convertía en una sucesión de ataques frontales y en resistirlos a ultranza. El primer éxito nacional fue reducir el 6 de agosto la bolsa secundaria entre Mequinenza y Fayón. Durante el verano y los principios de otoño se libró una batalla mortífera: los republicanos atrincherados aguantaban las acometidas de la aviación, el cañoneo masivo y los asaltos de la infantería. La contorsionada sierra Pándols y sus fortificaciones, muy favorables a la defensa, dificultaban el aprovisionamiento y la evacuación de heridos.

Surgen en Barcelona problemas políticos: dimiten un ministro de Esquerra Republicana y otro del PNV. Los sustituye Negrín por un catalán del PSUC y un miembro de Acción Nacionalista Vasca, partido muy minoritario; con ello conserva el dominio sobre un gobierno dócil. Para cubrir las numerosas bajas y aminorar la abrumadora cantidad de presos, se promulga el 18 de agosto una amnistía. Combatientes no reincorporados tras permisos o convalecencias, prófugos escondidos o encarcelados, hasta algunos prisioneros y enemigos políticos, al ser enviados a las unidades del Ebro, disminuirán su poder combativo. En la retaguardia y en el frente se extreman las medidas de rigor. Se emprenden operaciones que no modifican el mapa bélico. Atacan los nacionales en Extremadura y los republicanos en Córdoba. Los

A la izquierda, Pedro Sainz Rodríguez, erudito católico conservador que fue nombrado por Franco ministro de Educación. Su principal misión fue «depurar a los rojos» de todos los niveles de la «Educación Nacional». «Los verdaderos principios educativos que defiende el nuevo régimen deben ser solamente los de Religión, Patriotismo, Educación Cívica y Educación Física. Todos ellos al servicio de Dios y de España», decía un opúsculo franquista de la época. En el centro, Franco junto a su cuñado y ministro de Asuntos Exteriores, el germanófilo Ramón Serrano Súñer, bautizado popularmente como el cuñadísimo. Sobre estas líneas, un niño saluda brazo en alto al ejército de Franco, en una zona «liberada» —para unos— u «ocupada» —para otros que ya no tendrán derecho a hablar— por las tropas nacionalistas. La división llegará a todos los sectores de la vida social española.



La ideología del enfrentamiento a muerte entre las dos Españas será moneda corriente durante la Guerra Civil. Sidrín, *el personaje protagonista de un tebeo republicano «mata fascistas» sobre la marcha. Entre la guerra y la cruel represión posterior costará muchos años —será tarea de generaciones futuras— lograr la reconciliación entre la mayoría de los españoles.*

Sidrín: héroes infantiles para la República.

intentos más ambiciosos corren a cargo del ejército del este en la confluencia del Segre y el Noguera Ribagorzana, que se saldan con bajas y pérdidas de material.

Una batalla de 115 días

La batalla del Ebro, con avances nacionales mínimos y elevado porcentaje de muertos y heridos, provoca una oleada de pesimismo en la retaguardia de Franco; y los dirigentes de la Italia fascista y la Alemania nazi desconfían del triunfo nacional. Los republicanos sólo esperan un arreglo impuesto desde fuera o la generalización de la guerra. Promovidas gestiones sobre la retirada de extranjeros, los nacionales exigen los derechos de beligerancia y consideran que los moros, numerosos entre sus tropas de choque, son españoles. Mientras se suceden los frenéticos ataques nacionales y cuando la situación europea es muy tensa, Negrín anuncia la retirada unilateral de los internacionales, que han luchado en primera línea y sufrido cuantiosas bajas. La comisión constituida al efecto evalúa los que aún combaten en una cifra que parece demasiado baja: 12.637. Unos setenta mil extranjeros, sin contar los soviéticos, pasaron por las Brigadas. Retiraron los nacionales 10.000 italianos; en total vinieron a España menos de ochenta mil. Salvo en Gua-





Arriba, una caravana de camiones con reclutas del Ejército Popular republicano posa para el fotógrafo poco antes de partir hacia el frente, donde las fotos serán sustituidas por las balas. Abajo, con la guerra cada vez más en contra, las Cortes republicanas se reúnen en el palacio de la Lonja de Valencia el 1 de octubre de 1937. Preside la sesión Martínez Barrio, al fondo, sobre el escudo constitucional. A la izquierda, «el banco azul» del gobierno desde el que habla su presidente, Juan Negrín. A su derecha, el socialista Indalecio Prieto.

dalajara, los que combatían simultáneamente no llegaron a treinta mil; y los internacionales, unos veinticinco mil.

El pacto de Munich influirá sobre la guerra española; no faltarán quienes propongan aplicar a la República métodos semejantes a los usados con Checoslovaquia. Comienza la URSS a virar hacia un pacto con la Alemania nazi; las consecuencias sólo se irán manifestando más adelante.

El 30 de octubre se reanudaron vigorosos ataques precedidos por un fuego arrasador de artillería y aviación, que facilitó a la infantería la conquista de la sierra Cavalls. La resistencia republicana empieza a vacilar; Líster retrocede el 7 de noviembre al punto de partida, mientras Tagüeña sigue aguantando. Los nacionales progresan; y en una audaz operación que culmina en la madrugada del 16, Tagüeña retira a la margen izquierda lo que queda del ejército del Ebro. La batalla ha durado ciento quince días; las bajas ascendieron a unas setenta mil por bando, quizá los nacionales algunas más. Los republicanos perdieron cuantioso material.

La caída de Cataluña

Pronto Franco desplegaría desde la frontera francesa a la desembocadura del Ebro un formidable ejército; lo mandaba Fidel Dávila. Los



En la madrugada del 25 de julio de 1938 el ejército republicano cruza el Ebro.

La madrugada del 25 de julio de 1938 el ejército republicano cruza el río Ebro entre Mequinenza y Benifallete con barcas traídas de la costa y material de desecho de los cuerpos de ingenieros del ejército francés, con el que pronto se montan puentes y pasarelas hostigados por la aviación nacionalista. Los republicanos avanzan rápidamente y logran capturar 4.000 prisioneros del ejército marroquí de Franco. No obstante el éxito inicial, en cuatro meses los republicanos perderían la batalla, y el 18 de noviembre volverían a estar todos replegados en la orilla izquierda del río. La guerra estaba perdida para la República.

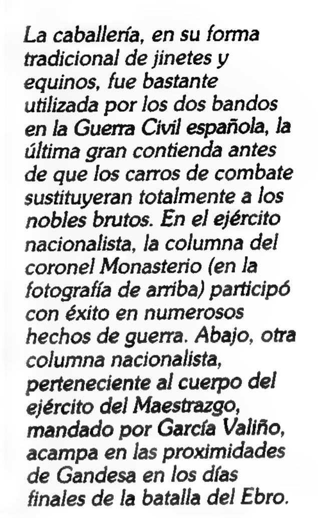
jefes de cuerpo eran: Muñoz Grandes, García Valiño, Moscardó, Gambara con el CTV (al cual se venían incorporando desde tiempo atrás numerosos españoles), Solchaga y Yagüe. Disponía de numerosa artillería y de cerca de medio millar de aparatos. Después de que Alemania detuviera durante algún tiempo los suministros, habían enviado de nuevo copioso armamento. A la defensiva, Hernández Saravia alineaba dos ejércitos; el del este, con Perea al frente, y el del Ebro, con Modesto. Entre ambos sumaban ocho cuerpos y otras fuerzas. La aviación, de alta calidad, era escasa. La URSS acababa de suministrar a la República una enorme cantidad de armamento, pero tenía que embarcarse en Murmansk y llegar vía Francia. El 23 de diciembre el cuerpo de ejército de Navarra y el CTV arrollaron a las unidades republicanas forzando a intervenir a los cuerpos de Líster y Tagüeña, que permanecían rehaciéndose en la reserva. Aunque combatieron denodadamente, el frente estaba desbaratado. En la zona pirenaica se enfrentaban con dureza, pero allí la configuración del terreno permitía frenar los avances. En la mitad sur eran rapidísimos, y la destrucción de material inevitable; prisioneros y pasados se contaban por millares. Rojo no tenía tiempo, ocasión ni medios para reorganizar ni estabilizar el frente. Movilizaron los republicanos nuevas quintas —y tenían en filas varios reemplazos más que los nacionales—, pero ni los padres de familia, los reclutas jovencísimos, ni los amnistiados resultaban combatientes idóneos. Cuando comienzan a llegar armas de la URSS apenas pueden distribuirse con eficacia. Empuja Yagüe desde el sur y conquista Reus; Solchaga el 15 de diciembre, Tarragona. Entra en Cervera García Valiño, Moscardó en Tárrega y Muñoz Grandes en Pons. El CTV apunta hacia Igualada, y un poderoso ejército, que salta sobre las líneas fortificadas, avanza hacia Barcelona. Allí se hacen llamadas a la resistencia, se convoca a los sindicatos, al pueblo, se concentran tropas; nadie responde, y el propio gobierno ordena evacuar los ministerios. El Estado queda disuelto y mucha documentación abandonada. Barcelona, que ha sido bombardeada y cuyo puerto está lleno de barcos hundidos, sin alimentos ni mandos, no resiste. Los nacionales entran el día 26 de enero y son recibidos en triunfo por los adictos a su causa y por quienes ven en este hecho el fin de los padecimientos. Miles de barceloneses y refugiados de otros puntos huyen hacia la frontera confundidos con las tropas en retirada. Las autoridades y el estado mayor se instalan en las proximidades de Francia. Hernández Saravia es sustituido por Enrique Jurado, que nada podrá remediar. Muñoz Grandes se dirige a la Seo de Urgel; García Valiño ocupa Vich; Solchaga, Gerona. Si Azaña piensa aún en una mediación de las democracias, éstas se disponen a reconocer a Franco, con quien mantienen relaciones. Un corto número de diputados celebra sesión de Cortes en el castillo de Figueras. Pronuncia Negrín un discurso en el cual afirma la voluntad de resistencia y reduce a tres los Trece Puntos; Azaña lo calificará, quizá exageradamente, de bufonada siniestra.

1939

La Guerra Civil: de la batalla del Ebro al triunfo de Franco



El coronel Monasterio al frente de una columna de caballería.



La caballería, en su forma tradicional de jinetes y equinos, fue bastante utilizada por los dos bandos en la Guerra Civil española, la última gran contienda antes de que los carros de combate sustituyeran totalmente a los nobles brutos. En el ejército nacionalista, la columna del coronel Monasterio (en la fotografía de arriba) participó con éxito en numerosos hechos de guerra. Abajo, otra columna nacionalista, perteneciente al cuerpo del ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño, acampa en las proximidades de Gandesa en los días finales de la batalla del Ebro.

García Valiño acampa en las inmediaciones de Gandesa.

Arriba, Enrique Líster, comunista, jefe de la 11.ª división del Ejército Popular y protagonista de la batalla del Ebro. Abajo, cartel de propaganda republicana que satiriza duramente la ambición de poder absoluto del general Franco. En la página opuesta, arriba, las tropas nacionalistas entran en Barcelona el 26 de enero de 1939 y desfilan por las calles de la capital catalana haciendo el saludo fascista. Obsérvese a un oficial vestido con chilaba mora. Abajo, miembros de la Cruz Roja y voluntarios rescatan cadáveres de los escombros tras uno de los numerosos bombardeos de la aviación nacionalista que Barcelona sufrió durante la guerra.



Enrique Líster.



Cartel satírico sobre los poderes del general Franco.

El éxodo

El 5 de febrero los presidentes de la República y de las Cortes, y a las pocas horas los de la Generalidad y del gobierno vasco, atraviesan la frontera por caminos de montaña. Cuatro días después se internará Negrín. Los republicanos que no habían sido hechos prisioneros o desertado eran desarmados antes de ingresar en campos de concentración franceses. Con los soldados cruzó la raya una multitud doliente: viejos, mujeres y niños, mutilados, heridos, enfermos. Y también dirigentes políticos y sindicales, funcionarios, policías... Unas cuatrocientas mil personas en conjunto, algunas de las cuales muy pronto regresarían por la misma frontera o por Irún. Ni Azaña, ni Vicente Rojo, ni la inmensa mayoría de políticos, sindicalistas, militares, periodistas e intelectuales estaban dispuestos a trasladarse a la zona centro-sur. Con la excepción de Negrín, Alvarez del Vayo y Uribe, los ministros fueron forzados a hacerlo.

Al tiempo que los franquistas alcanzaban la frontera se rendía la isla de Menorca. En alguna medida intervino Gran Bretaña, que facilitó la evacuación de quienes desearon hacerlo.

La conjura de Casado

La zona centro-sur había quedado aislada del gobierno, y su cooperación con los combatientes de Cataluña fue escasa. El proyectado desembarco en Motril no se intentó siquiera; la operación en las proximidades de Madrid fracasó con muchas bajas, y si inicialmente la ofensiva de Extremadura consiguió avances, pronto hubo que retroceder.

Los militares profesionales, que quedaron como máxima autoridad en la zona, se hallaban convencidos de que la guerra estaba perdida. En Madrid, el hambre era atroz y causaba víctimas entre la población civil; lo mismo ocurría en otras ciudades. La persecución contra los enemigos políticos había remitido, lo cual les permitió organizarse; por desilusión o por oportunismo, no pocos se les aproximaban. Fuertes y disciplinados, los comunistas y los negrinistas procedentes del socialismo o el republicanismo se mostraban decididos a la resistencia. La mayoría de los socialistas, republicanos, gran parte del ejército, la casi totalidad de la marina y hasta los anarcosindicalistas deseaban un acuerdo con el enemigo.—una paz honrosa— que atenuara las consecuencias de la derrota. Suponían los jefes militares que los contrarios nunca aceptarían tratos con Negrín y los comunistas, pero otorgarían condiciones a sus


Tropas nacionalistas desfilan por la recién ocupada Barcelona.

1939

La Guerra Civil: de la batalla del Ebro al triunfo de Franco



VICENTE ROJO LLUCH (Enguera, Valencia, 1894-Madrid, 1966)


La Cruz Roja rescata a las víctimas de un bombardeo.

antiguos compañeros de armas. Esta opinión generalizada cristalizó en el coronel Segismundo Casado, jefe del ejército del centro, quien deseando salvar vidas, ahorrar sufrimientos y preservar en alguna medida el honor del ejército republicano y por ende el de la República, de acuerdo con su visión personal, aspiraba a saltar a un primer plano histórico.

El regreso de Negrín y los ministros, de algún dirigente del PCE, como Dolores Ibárruri, y un corto número de jefes comunistas —Modesto, Cordón, Líster, Tagüeña, Hidalgo de Cisneros, Francisco Galán...— creó confusión en la zona. Advirtió Negrín lo enrarecido del ambiente y el escepticismo, que no disipaba anunciando la llegada de armamento y provisiones, y otras promesas igualmente falaces, cuando Gran Bretaña y Francia reconocían a Franco el 27 de febrero. Tenía depositadas en el extranjero ingentes sumas de dinero y estaba liquidando armamento, buques y efectos adquiridos antes en otros países. El 28 dimitió Azaña de la presidencia de la República, y Martínez Barrio se negó con pretextos legales a ocupar el cargo. El régimen quedaba descabezado. Reunido con los altos mandos militares de la zona, éstos le manifestaron la imposibilidad de resistir y la consiguiente urgencia de buscar la paz a cualquier precio. Casado, Miaja, Matallana y Menéndez formaban parte de una conspiración no bien urdida, cuya trama civil comprendía a Besteiro, a Wenceslao Carrillo y, expresa o tácitamente, a otros. El teniente coronel de milicias, anarcosindicalista y jefe del IV cuerpo de ejército, Cipriano Mera, se puso a las órdenes de Casado. Por su parte, los comunistas recién

Comandante de Infantería recién ascendido el 18 de julio de 1936, gozaba ya de un amplio y merecido prestigio. Era hijo póstumo del teniente de Infantería don Isaac Rojo González, casado con doña Dolores Lluch Domenech, que le dio seis hijos, al último de los cuales, Vicente, no llegaría a conocer, pues falleció meses antes de su nacimiento.

Poco más tarde moriría también la madre, y el huérfano Vicente ingresaría en el colegio de María Cristina, de donde pasaría a la Academia de Infantería, de la que salió promovido segundo teniente el 25 de julio de 1914, cuando aún no había cumplido los veinte años. Sus primeros pasos como oficial los dio en Marruecos.

De regreso a la península, a medidados del año 1919, contrae matrimonio con doña Teresa Fernández Muñoz, y después de una permanencia relativamente breve en el Batallón de Cazadores, de guarnición en la episcopal ciudad de Vich, es nombrado profesor en la Academia de Infantería de Toledo, en la que permanecería desde el 1 de mayo de 1922 hasta finalizar el curso de 1931-32.

Por orden de 19 de julio de 1932 ingresa como alumno en la Escuela Superior de Guerra, y en los períodos de prácticas de Estado Mayor pasa por el Regimiento de Ferrocarriles, la Escuela de Observadores de Aviación, el Regimiento de Zapadores Minadores, el 3.° de Caballe-

ría, el de Artillería a Caballo, la Plana Mayor de la 7.ª Brigada de Artillería, el Cuartel General de la División de Caballería y la Comisión de Límites con Portugal. Durante este tiempo recibe las notas de «brillantísimo» por las maniobras de León en 1934.

En ese tiempo, Vicente Rojo ya había fundado la Colección de bibliografía militar, en colaboración con su compañero de promoción Emilio Alamán Ortega, en la que, bajo su dirección, se dio a conocer a los españoles lo más importante del pensamiento militar entonces imperante.

La carrera de Vicente Rojo había sido, hasta entonces, poco brillante, y cuando logró su estrella de comandante ya eran coroneles sus compañeros de promoción.

Sus casi cinco años de Africa no le habían dado ocasión de sobresalir, pero los diez que consagró al profesorado le habían hecho destacar como un gran profesional, apartado de la política, estudioso y de recta conducta, lo que le valió el aprecio de sus compañeros, que reconocieron en él uno de los más sólidos prestigios de nuestro ejército.

Al llegar la guerra, y con sorpresa para muchos, este hombre, católico practicante, se mantiene fiel a las autoridades del Frente Popular en el poder y pone su talento militar al servicio del gobierno.

Miaja, nombrado jefe de las fuerzas de defensa de la capital, le designó jefe de su Estado Mayor.

Estos dos hombres, unidos en la acción, redondean sus triunfos durante el invierno del 36 al 37, rechazando cuantos intentos hizo el mando nacional por ocupar o envolver Madrid.

El 20 de marzo de 1937 fue ascendido a coronel y confirmado como jefe de Estado Mayor de Miaja. Al caer el gobierno de Largo Caballero, en mayo del mismo año, Prieto, nuevo titular de la recién creada cartera de Defensa Nacional, le nombró jefe del Estado Mayor Central de las Fuerzas Armadas y del Estado Mayor del Ejército de Tierra. Desde estos puestos, Vicente Rojo dirigió la expansión del Ejército Popular, creó el ejército de maniobras y lanzó una serie de ofensivas: Huesca, Segovia, Brunete, Belchite, Zaragoza y Teruel, que, pese a proporcionarle éxitos iniciales pasajeros, fracasaron sucesivamente. En la última, consiguió que



Asalto a los depósitos de víveres ante la inminente entrada de tropas.

llegados se movían de un lado a otro con la esperanza de reemplazar a los jefes que calificaban de traidores y entreguistas. Negrín, instalado en Elda y protegido por una fuerte guardia, se mostraba cauto. Hay quienes sospechan que más que resistir, como decía, su propósito iba encaminado a que otros cargaran con la responsabilidad de la derrota. Por fin se decidió, a principios de marzo, a cambiar algunos mandos; colocó jefes de su confianza en las comandancias de Alicante, Murcia y Albacete, y al coronel comunista Francisco Galán le nombró jefe de la base naval de Cartagena. Asegurándose estas zonas controlaba la evacuación por mar y aire.

Rebeliones en Cartagena y Madrid

En Cartagena se insubordinaron contra Galán, la flota, la base, las baterías de costa y la mayoría de la guarnición. Los sucesos derivaron de manera imprevista, por cuanto a las pocas horas la quinta columna lanzaba proclamas por radio pidiendo ayuda a Franco, se apoderaba de la base, del parque de artillería y de las baterías, y llegaba a dominar la calle. Al recibirse en Burgos los mensajes, decidió Franco acudir en su apoyo y les envió buques de la escuadra y transportes de desembarco. Los rebeldes conminaron a la flota republicana a que abandonara el puerto; un bombardeo aéreo y la amenaza de las baterías les decidió a zarpar el 5 de marzo.



Detrás de la frontera más dificultades y más problemas en los campos de refugiados.

Una brigada, vanguardia de una división, con mandos comunistas, se trasladó para sofocar la rebelión. Los sublevados cometieron el error de encastillarse y confiar sólo en la llegada de la escuadra nacional; ello facilitó que la brigada fuera apoderándose de la ciudad y las baterías. Disponiendo de los cañones de éstas y con ayuda de la aviación se impidió el desembarco nacional, cuyo mando había confiado en que la posición de los sublevados era más firme. Resultó hundido un transporte y hubo muchas víctimas.



Tras la caída de Barcelona, largas filas de «vencidos» se dirigen a la frontera.

En Madrid se sublevó Casado la noche del 5 al 6 de marzo; alocuciones radiadas anunciaron la destitución del gobierno y la formación de un Consejo Nacional de Defensa con representación de los partidos, salvo el comunista, y de las sindicales. El gobierno, reunido en Elda, trató de buscar un acuerdo con Casado, pero éste se proponía romper con Negrín. Miaja asumiría la presidencia del Consejo, que Besteiro no quiso aceptar. Viéndose desasistido, el gobierno evacuaría, en la tarde del día 6, desde el aeródromo de Monóvar; con ellos marcharon Dolores Ibárruri y el general Cordón. Al día siguiente lo harían jefes y comisarios, dirigentes del PCE e Hidalgo de Cisneros... Quedó semioculto hasta los postreros días Palmiro Togliatti, quien, como representante de la Tercera Internacional —y de la URSS—, era la máxima autoridad comunista.

Guerra civil en el bando republicano

Los jefes militares profesionales acataron, en su mayoría, a Casado, pero en Madrid, durante la mañana del 6, unidades con mandos comunistas se movieron contra el Consejo de Defensa. Comenzó una lucha cruenta en la cual se emplearon importantes efectivos, tanques y artillería; la aviación intervino en favor de Casado. Los comunistas ocupan gran parte de la capital; se hacen prisioneros, se fusila, se asaltan edificios, y a los choques suceden calmas tensas. En Levante hay desplazamientos estratégicos de tropas y tanques; sólo algunos encuentros. En el ejército de Extremadura, igual que en el de Andalucía, se encarcela o neutraliza a los comunistas; ciertas unidades y aeródromos permanecen en actitudes equívocas. Los del Consejo llegan a estar casi cercados en el Ministerio de Hacienda en cuyos sótanos se han establecido. Por teléfono logra Mera que se ponga en movimiento una columna de maniobra, cuya intervención había dejado dispuesta. Combatiendo con todos los medios de guerra va reduciendo a los comunistas-negri-

sus tropas ocuparan Teruel, única ocasión —aunque fugaz— en que lograron poner pie en una capital de provincia ocupada por sus adversarios.

En ese momento era ya general, ascenso que se le otorgó en octubre de 1937.

Después vendrían los tiempos durísimos de la campaña de Aragón, que pondrían a prueba el temple de Rojo.

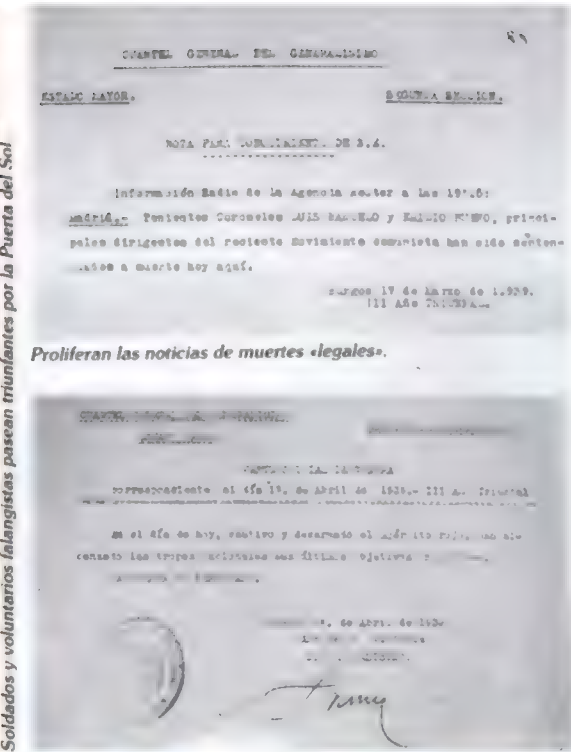
Cuando las fuerzas de Franco alcanzaron la frontera francesa, Vicente Rojo la rebasó y permaneció en territorio francés, negándose a seguir a Negrín.

Terminada la guerra como teniente general, el que la comenzó como comandante, marchó a América del Sur y se asentó en Bolivia, país que le reconoció el grado de general de su ejército. Regresó a España en 1957 y fue condenado a treinta años de reclusión por un consejo de guerra, sentencia que no fue ejecutada, sustituida por la de libertad vigilada. Murió en Madrid, el 16 de junio de 1966.

Arriba, a la izquierda, poco antes de la entrada del ejército de Franco en Barcelona, numerosas mujeres asaltan los depósitos de víveres del puerto y llevan a sus casas lo que pueden. La ocupación no significará la paz para la mayoría sino las privaciones, la represión y el exilio. A la derecha, largas colas de refugiados marchan a pie hacia la frontera francesa hostigados por la aviación nacionalista. El gobierno galo reconocerá al de Franco en febrero de 1939, dos meses antes de su victoria total sobre los republicanos. En el centro, los refugiados que logran llegar a Francia son internados en campos rodeados de alambradas y vigilados por negros senegaleses de la Legión Extranjera. Muchos morirán de hambre, enfermedades o tristeza, como el poeta Antonio Machado.



Soldados y voluntarios falangistas pasean triunfantes por la Puerta del Sol



Información Radio de la Agencia [illegible] a las [illegible]:

Madrid.- Tenientes Coroneles [illegible] y [illegible], principales dirigentes del reciente movimiento comunista han sido sentenciados a muerte hoy aquí.

Proliferan las noticias de muertes «legales».

La guerra ha terminado.

A la izquierda, soldados y voluntarios falangistas, que pronto comenzarán a cumplir funciones policiacas, desfilan sobre un camión por la madrileña Puerta del Sol, centro de la ciudad y punto desde el que arrancan todas las carreteras de España. Inmediatamente comenzaría «la caza del rojo» para vengar pasados agravios. Sobre la represión en Barcelona escribe Hugh Thomas en su magna obra La guerra civil española: *«La Biblia (...) marcaría la pauta para el castigo de la antigua ciudad roja, sede del anarquismo y el separatismo, que, al igual que Sodoma y Gomorra, debía ser purificada». En el centro, arriba, parte del cuartel general de Franco notificando el fusilamiento de los tenientes coroneles republicanos Luis Barceló (hecho cierto) y Emilio Bueno (hecho incierto, ya que este último logró salvarse y fue condenado a 15 años de cárcel). Abajo, el famoso parte final en el que se anuncia que «La guerra ha terminado».*

nistas desde el exterior mientras en el interior actuan fuerzas de asalto y algunos batallones favorables a Casado. Tras diversas alternativas, el 11 por la mañana, después de intenso cañoneo se rinde el último reducto importante —¿rebelde o legal?— y la sede central del PCE. Prisioneros hechos por los comunistas, entre ellos personalidades relevantes, son liberados. Hubo algún fusilamiento, muchas destituciones y una reorganización de los mandos. Entonces el Consejo volvió a plantearse la necesidad de la rendición pactada —la paz honrosa—, y Casado tomó de nuevo contacto con los nacionales, con cuyos servicios clandestinos ya lo había hecho previamente.

Una negociación desesperada

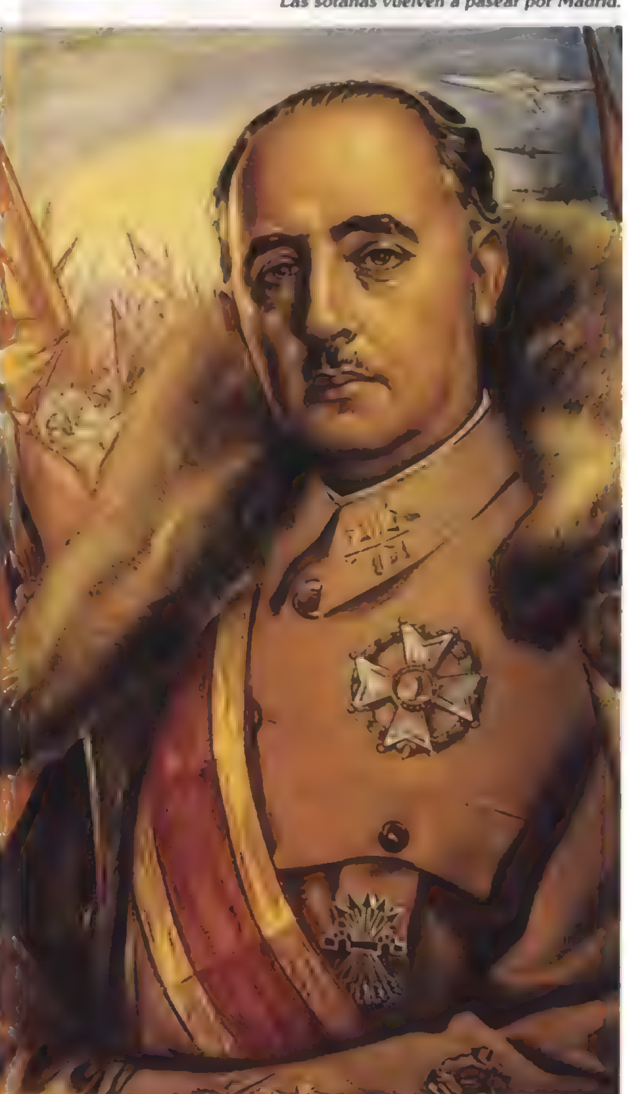
Los acontecimientos posteriores demostrarían que incurrió en errores de forma y tono al dirigirse a los virtuales vencedores, y en sus declaraciones a la radio y prensa. Exigía, como primera estipulación, la «afirmación categórica y terminante de la soberanía e integridad nacionales», lo que presuponía que Franco no pensaba respetarlas. De no aceptarse sus condiciones amenazaba con luchar hasta el fin y añadía veladas amenazas sobre la imposibilidad de contener la ira popular con peligro de destrucciones y muertes de los partidarios de los nacionales. La respuesta: rendición incondicional. Hubo rompimientos, tiras y aflojas, y dos representantes del Consejo volaron a Burgos.



Es la época de recordar grandes victorias.



Las sotanas vuelven a pasear por Madrid.



Besteiro era quien mejor comprendía lo precario de la situación, mientras que socialistas y anarcosindicalistas exigían firmeza. Casado se obstinaba en lograr un acuerdo personal con Franco. Entre tanto descuidaban organizar la evacuación. Destacaron en Francia un emisario que no consiguió de Negrín ni fondos, ni aprovisionamientos ni un solo buque. Casado iba retardando con pequeñas compensaciones para facilitar la evacuación de los comprometidos la rendición que el enemigo le imponía. Al no entregarse la aviación en el día y la hora perentoriamente señalados y al saberse que varios aparatos abandonaban el territorio republicano, el cuartel general de Franco consideró rotas las negociaciones y anunció la inminencia de una ofensiva general; las unidades debían rendirse sobre el terreno. Sólo el primer día hubo mínimas resistencias ante el avance arrollador del ejército nacional. Anticipándose a las órdenes del Consejo, los soldados desertaban, los batallones se entregaban o autodisolvían y en carreteras, caminos y pueblos reinaba la confusión. Excepto Julián Besteiro que permaneció en Madrid y fue encarcelado por los vencedores, el Consejo se trasladó a Valencia. Jefes militares y elementos civiles buscaban la salida por el mar o el aire. Como disponía de avión propio, Miaja fue el primero en expatriarse. En Madrid se sublevó la quinta columna. El ejército nacional avanzaba hacia el Mediterráneo. En Valencia también se echaron a la calle los falangistas, y en otras ciudades y pueblos dominaban la situación. Las tropas entraron en Madrid el 28 de marzo, acogidas con entusiasmo por sus partidarios enfervorizados. Casado y la mayor parte de los consejeros con muchos militares y políticos consiguieron embarcar en un buque de guerra británico que les esperaba en Gandía. Varios comunistas, con Togliatti, evacuaron por la costa y los aeródromos de Murcia. Los demás, decenas de millares, pugnaban por evacuar en un exasperado «sálvese quien pueda». De los poquísimos barcos disponibles, alguno zarpó peligrosamente sobrecargado, otros con pocas personas a bordo. En el puerto de Alicante se concentraron varios miles de combatientes armados y de paisanos con sus familias; les habían dicho que les recogerían para trasladarles por mar al extranjero. La desesperación indujo a varios al suicidio. Rodeados por los vencedores tuvieron que entregarse. Toda la España republicana quedó convertida en un inmenso puerto de Alicante. El 1.° de abril de 1939, Franco anunciaba que, «cautivo y desarmado el ejército rojo», la guerra había terminado.

L. R.

Aspecto tras la victoria de la madrileña plaza de Manuel Becerra (el nombre de este arquitecto republicano, impulsor del «ensanche» urbanístico de Madrid pronto sería sustituido por el de «Roma» en las placas de la plaza). Aparece un sacerdote vestido con sotana y ataviado con sombrero de teja, un atuendo imposible de ver en el Madrid republicano de los años de guerra y resistencia. Como los perdedores de la guerra habían quemado los archivos, la represión de los vencedores empezó a ciegas. Pronto comenzarían las denuncias anónimas, las delegaciones y las detenciones masivas. Le seguirían las «sacas», los consejos de guerra y los fusilamientos.

La astronomía es, según las enciclopedias, «la ciencia que estudia el universo que nos rodea (astros, planetas, cometas, estrellas, meteoritos, galaxias, materia interestelar y materia intergaláctica), intentando determinar los cuerpos que lo constituyen, su formación, sus posiciones relativas, sus movimientos y las leyes que los rigen, así como su evolución en el tiempo, tanto en el pasado como en el futuro. La astronomía es la más antigua de las ciencias, nacida tanto de necesidades materiales (medida del tiempo, navegación, agricultura) como espirituales (temor a lo desconocido y a las fuerzas de la naturaleza) de la humanidad. Esta ciencia tiene cuatro ramas principales: Astronomía descriptiva o Cosmografía (descripción de astros y fenómenos del universo). Astrometría (posición y movimiento de los astros), Astrofísica (experimentación y composición de los cuerpos celestes); y Cosmogonía (origen y evolución del universo)». En la foto, la nebulosa de Orión, compuesta de gas, masa interestelar y protoestrellas, fotografiada en luz azul con el telescopio de 1,23 metros desde el centro astronómico hispano-alemán de Calar Alto (Almería).

1939



Nebulosa de Orión fotografiada en luz azul con telescopio de 1,23 metros.

EL NACIMIENTO DE LAS ESTRELLAS

LA revolución experimentada por la Física en los albores del presente siglo supuso un empuje importante para el desarrollo de la astronomía, la ciencia que se ocupa de los sucesos del universo. El astrónomo se sirvió de las nuevas herramientas que le brindaba la Física, principalmente la mecánica cuántica, la teoría de la relatividad y la teoría electromagnética de la luz, para comprender mejor y más profundamente los enigmáticos fenómenos que ocurren en el espacio exterior, más allá de las fronteras terrestres.

Carlos Eiroa, autor de este artículo, es astrofísico.

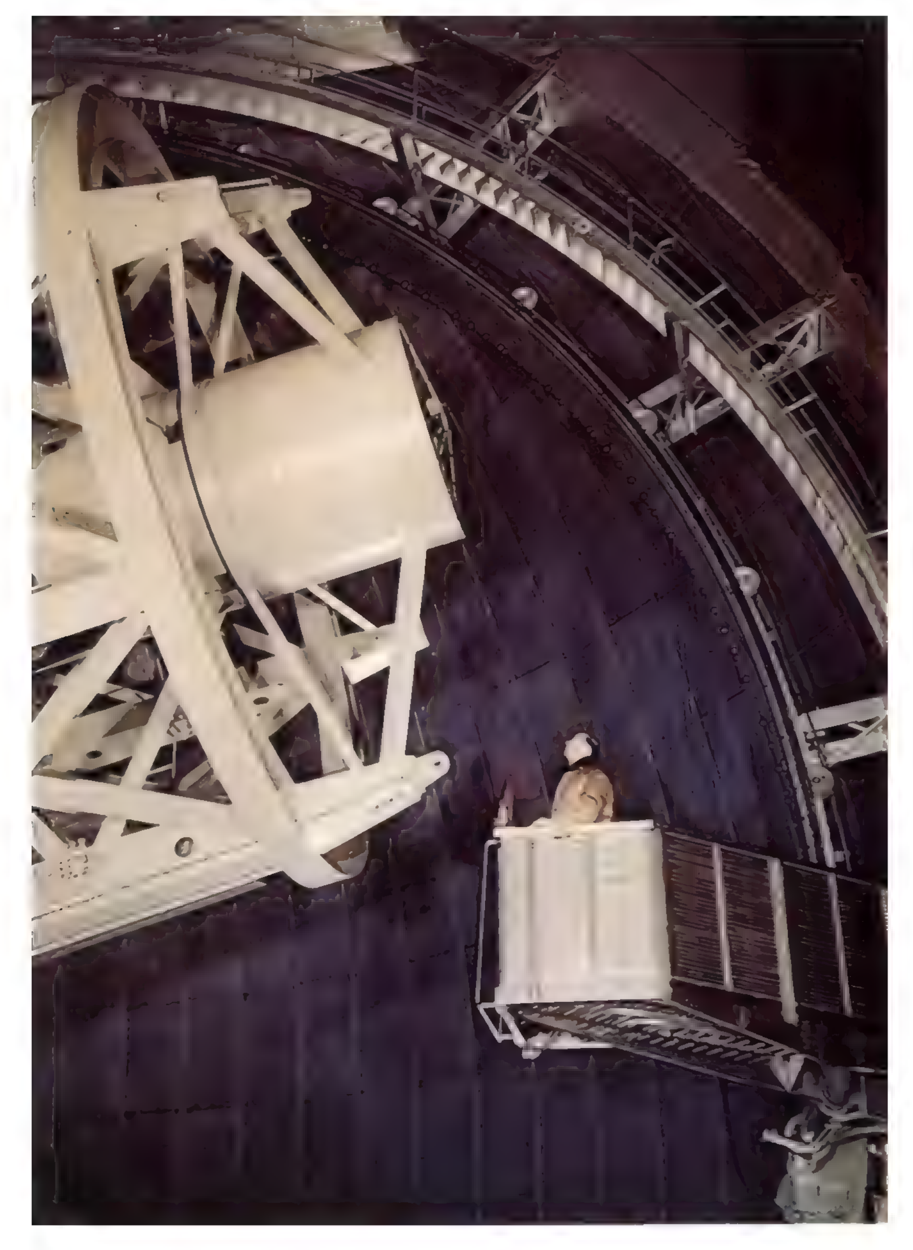


Breve perspectiva histórica

El origen de la energía de las estrellas, la composición y evolución estelar, la naturaleza de las nubes oscuras y brillantes son, junto con otros, interrogantes que empezaron a desvelar sus misterios en las décadas de los años veinte y treinta. Astrónomos y astrofísicos como A. S. Eddington, E. Hertzsprung, H. R. Russell, K. Schwarzschild, O. Struve, C. F. von Weizsäker, etc., vieron sus nombres escritos en el libro de oro de la historia de la astronomía y del conocimiento humano.

Desde los viejos anteojos hasta los modernos radiotelescopios, mucho han avanzado los aparatos técnicos de observación astronómica. El universo es lo único que permanece, dentro de un continuo cambio y equilibrio armónico y dinámico general. En la foto, el telescopio interior Palomar 200, instalado en el observatorio astronómico de Monte Palomar, Estados Unidos.

En 1939, el astrofísico Bengt Strömgren publicó un artículo en la revista *Astrophysical Journal* titulado «El estado físico del hidrógeno interestelar», en el cual se deducía la relación existente entre la densidad del hidrógeno interestelar, la temperatura de la estrella que puede excitar el hidrógeno y el tamaño de la esfera con material ionizado. Este trabajo, basado en reflexiones anteriores de A. S. Eddington y en observaciones astronómicas realizadas por O. Struve, se convirtió en un pilar fundamental para la comprensión de la naturaleza de las nebulosas y, por ende, del medio interestelar y de la formación de las estrellas. Pero si queremos formarnos una imagen fidedigna de todos estos fenómenos, quizás sea preferible empezar desde el principio.



Telescopio interior Palomar 200, instalado en Monte Palomar.



El medio interestelar. Las nubes moleculares

El espacio existente entre las estrellas no está vacío, si bien la densidad de materia es tan baja que está lejos de ser alcanzada en los mejores laboratorios terrestres de alto vacío. Por medio de observaciones realizadas en la zona de las ondas de radio del espectro electromagnético se ha determinado que la densidad media de materia en el medio interestelar es del orden de 0,1 átomos de hidrógeno por centímetro cúbico. Este vacío equivale a tener una bola de un centímetro en un volumen de 1.000 metros cúbicos. Sin embargo, en ciertas regiones del espacio interestelar la densidad de materia es más alta, alcanzando valores de 10 átomos por centímetro cúbico e incluso más elevados. Estas zonas constituyen las llamadas nubes interestelares. Si observamos el cielo en una noche oscura, sin luna, notamos inmediatamente que a lo largo de la Vía Láctea existen unas zonas oscuras donde el número de estrellas es muy reducido. Estas zonas nos indican la presencia de nubes interestelares situadas en nuestra línea de visión. Las nubes actúan a modo de cortina, impidiéndonos ver las estrellas que se encuentran detrás.

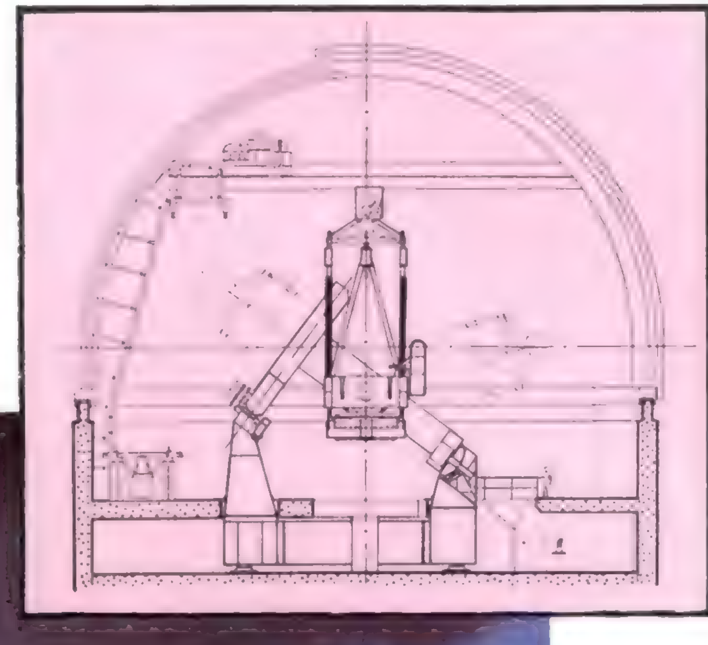
El material del que están compuestas las distintas nubes es similar, variando poco de unas a otras. Las observaciones de los radioastrónomos han revelado la presencia de una treintena de especies moleculares distintas, algunas aún sin identificar. Debido a la gran abundancia de estas especies, a las nubes interestelares se les llama también nubes moleculares. Las nubes más densas están formadas principalmente de hidrógeno atómico y molecular, algo de helio y cantidades más reducidas de monóxido de carbono, vapor de agua, amoniaco y otras moléculas con mayor grado de complejidad. Típicamente, la temperatura de las nubes moleculares es muy baja, del orden de 10 grados Kelvin (el cero en la escala Kelvin de temperaturas

corresponde a −273 grados centígrados), su diámetro es de varios parsecs (1 parsec equivale a 3,26 años luz o 31 billones de kilómetros) y su masa equivale a miles de veces la del Sol (1 masa solar es igual a $2{,}0 \times 10^{30}$ kg). Estos gigantescos objetos celestes reúnen las condiciones adecuadas para que se produzcan en ellos los fenómenos que dan lugar al nacimiento de las estrellas.

Los primeros pasos de la formación estelar

Es un hecho aceptado entre los astrónomos que las nuevas estrellas se forman a partir de las nubes moleculares. Veamos cómo ocurre.

Las nubes moleculares se encuentran en equilibrio hidrostático. La energía cinética del material nebular, energía que tiende a dispersar la nube, está exactamente compensada por la energía gravitacional, que tiende a contraer la nube. Si el equilibrio de la nube se altera, ésta comienza a comprimirse, y entonces en un



Vista exterior de la cúpula y esquema del telescopio de 3,5 metros de diámetro instalado por el Instituto Max Plank de Astronomía (RFA) en el centro astronómico hispano-alemán de Calar Alto (Almería), lugar que tiene uno de los cielos más limpios de Europa. El esquema muestra al telescopio en posición zenital-vertical y otras dos posiciones laterales. Compárese el tamaño del aparato, uno de los más grandes del mundo, con el de los observadores humanos, dibujados a la derecha, abajo.

Telescopio del observatorio astronómico hispano-alemán de Calar Alto (Almería).


La nebulosa Messier 17 fotografiada con el telescopio de 2,2 metros del observatorio de Calar Alto.

punto, o en varios, se inicia un proceso de contracción gravitacional. A su vez, cada una de esas partes de la nube puede fragmentarse. Estos instantes marcan el punto de arranque para el nacimiento de una estrella o de grupos de estrellas.

Varios son los mecanismos que pueden ocurrir para romper el equilibrio en una nube molecular. Uno de ellos se debe a las ondas de choque espiral. Este fenómeno se da en las galaxias con brazos espirales, similares a la nuestra. Otro mecanismo invocado por los astrónomos está relacionado con la expansión de las supernovas. Las supernovas se originan cuando una estrella muy envejecida estalla, arrojando al medio interestelar sus capas más exteriores. El material estelar arrojado se expande en el espacio a velocidades muy elevadas, al principio del orden de miles de kilómetros por segundo y después más lentamente; si en la expansión el gas encuentra una nube molecular, se puede romper el equilibrio de esta última y empezar la contracción. Un tercer mecanismo se debe al llamado viento estelar de las estrellas recién formadas. Este viento empuja el material de la nube molecular con la posible ruptura del equilibrio gravitacional.

Las protoestrellas

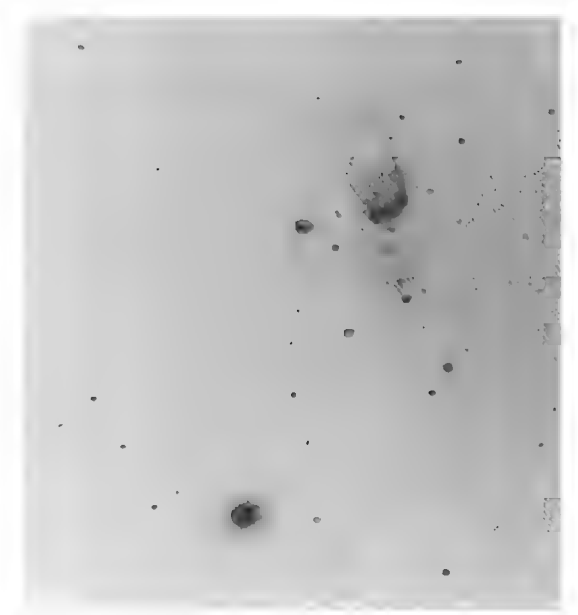
En la contracción gravitacional del fragmento de la nube, el gas se va haciendo más denso y la temperatura empieza a aumentar paulatinamente. Cuando la temperatura alcanza valores alrededor de los 50 grados Kelvin, la energía emitida térmicamente puede ser detectada en la zona del infrarrojo lejano del espectro electromagnético, alrededor de 100 micrones (1 micrón equivale a la milésima parte del milímetro).

En el proceso de contracción, las zonas más internas del fragmento se contraen más rápidamente que las capas exteriores. De esta forma dos zonas claramente diferenciadas comienzan a delimitarse. Por una parte, el núcleo, el embrión de la futura estrella, cuya contracción y aumento de temperatura ocurren velozmente; en su interior, se llegan a alcanzar temperaturas de millones de grados. Este núcleo es lo que los astrónomos conocen con el nombre de protoestrella. Por otra parte, la envoltura, llamada también *cocoon,* donde la contracción y el aumento de temperatura sigue un régimen mucho más lento. La *cocoon* continuará su caída hasta años después de formarse la nueva estrella; el proceso se detendrá únicamente cuando la presión ejercida por la radiación que emite la

estrella contrarreste la contracción gravitacional de la *cocoon*. En este instante se invierte el proceso: la envoltura empieza a disiparse. La temperatura final alcanzada por ésta es muy baja, solamente del orden del centenar de grados Kelvin.

Las técnicas observacionales que nos brinda la astronomía infrarroja son las más apropiadas para el estudio de los fenómenos que ocurren durante el período comprendido entre el inicio de la contracción y el momento en que la protoestrella pasa a convertirse en una estrella propiamente dicha. Esto se debe principalmente a dos motivos: el máximo de la energía radiada en estas etapas se encuentra en las longitudes de onda infrarrojas en el rango implicado de temperaturas, aproximadamente entre 50 grados Kelvin al inicio del proceso y unos 1.000 grados Kelvin, que es la temperatura de las capas exteriores del núcleo. Por otra parte, la densidad de materia en la envoltura es tan grande que absorbe toda la posible radiación emitida por el núcleo en las longitudes de onda del espectro visible. El agente encargado de absorber la energía visible emitida es el llamado polvo cósmico, que es otro de los componentes fundamentales del medio interestelar y de las nubes moleculares. El polvo cósmico está compuesto principalmente por diversos tipos de grafitos y silicatos en forma de pequeños granos, con tamaños de 0,3 micrones aproximadamente.

Actualmente se conocen muy pocos objetos, descubiertos con las técnicas del infrarrojo lejano y de las ondas submilimétricas, que aparentemente se encuentren en las primeras etapas de la contracción gravitacional. No existe, sin embargo, una certidumbre absoluta al respecto y deben ser mirados como posibles candidatos. En cuanto a objetos celestes que se encuentren en la fase de protoestrella se conocen en la actualidad algo más de treinta. Este número se refiere a aquellos objetos cuya luminosidad bolométrica (la energía total emitida por segundo en todo el espectro electromagnético) es mayor que 1.000 veces la luminosidad del Sol. Dentro de estas protoestrellas existe, sin duda, una graduación continua en su estado evolutivo, como indican sus características observacionales. Existen, por ejemplo, objetos que emiten toda su energía en el infrarrojo; o al menos, la energía que emiten en otra región del espectro se encuentra por debajo del límite de detección alcanzable con la tecnología existente. En otros casos, las protoestrellas han sido detectadas en las ondas de radio. Si esta diferencia es real, y no se debe a un problema de sensibilidad, ambos tipos de protoestrellas marcarían dos etapas diferentes en la formación estelar.

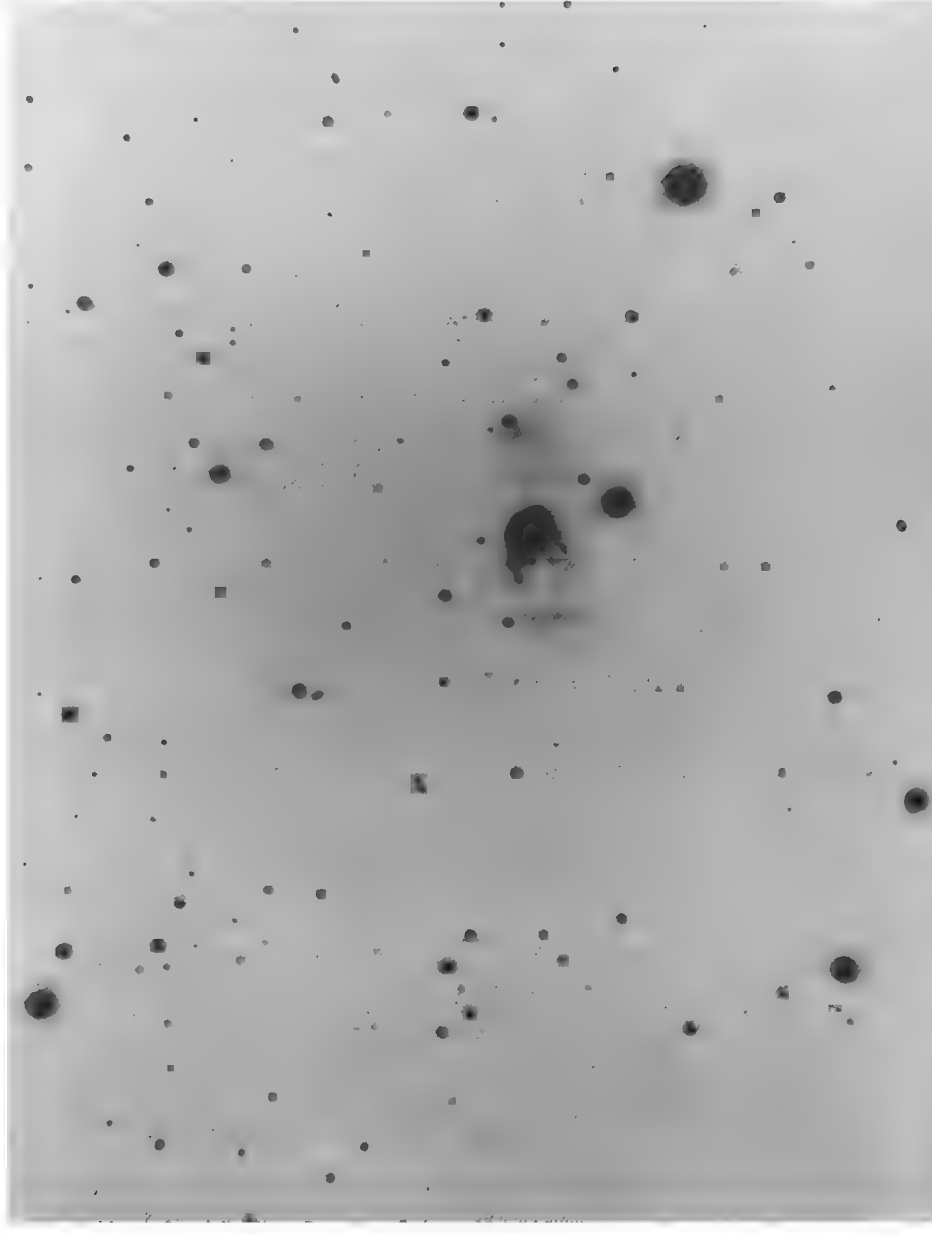


La nebulosa Sharpless 106 en el Cisne.

1939

El nacimiento de las estrellas

La nebulosa Sharpless 106 en el Cisne. Esta nebulosa está asociada a una nube molecular de 1.000 masas solares y es el único lugar donde se ha producido la formación de una estrella en dicha nube. La fotografía está tomada en luz roja, y la de abajo, en luz infrarroja. Nótese cómo la nebulosa se encuentra dividida en dos por su parte central por una franja oscura. Esta franja es posiblemente un anillo de polvo alrededor de la estrella de ionización. Esta estrella es claramente visible en luz infrarroja (fotografía de abajo).



La nebulosa está dividida en dos, en su parte central, por una zona oscura.

Arriba, fotografía astronómica de la nebulosa Rosetta en la constelación de Unicornio. Abajo, uno de los telescopios con los que está equipado el observatorio astronómico de Monte Palomar (Estados Unidos), considerado, junto al también norteamericano de Mount Wilson (Estado de California), uno de los mejores del mundo. Instalados en lugares altos, con cielo limpio y buen clima, se han encontrado restos de observatorios astronómicos construidos varios milenios antes de C. en Babilonia, Egipto y la América precolombina de mayas, aztecas e incas. A los hombres siempre les ha gustado mirar al cielo.



Nebulosa Rosetta en la constelación de Unicornio.



Telescopio observatorio en Monte Palomar.

El nacimiento de una estrella. Estrellas jóvenes

Anteriormente hemos dicho que el núcleo ha ido aumentando constantemente su temperatura en el proceso de contracción gravitacional. Cuando las zonas más internas alcanzan varios miles de millones de grados se alcanza un punto crítico: el interior del núcleo se convierte en una gigantesca caldera nuclear, el hidrógeno comienza a fusionarse y a transformarse en helio. En este instante podemos decir que ha nacido una estrella. El tiempo total transcurrido es del orden de cincuenta millones de años. Dependiendo de la masa de la nube original los parámetros físicos de la estrella varían en gran medida. Existen estrellas cuya masa equivale a una décima parte de la masa del Sol y otras que llegan a alcanzar casi doscientas masas solares. Las estrellas con mayor masa queman su hidrógeno muy rápidamente; su vida es del orden de mil millones de años. Las estrellas de menor masa queman su hidrógeno más lentamente y viven períodos más largos. Una estrella como el Sol tiene una vida de aproximadamente diez mil millones de años. El concepto «vida» de una estrella se refiere al período de tiempo durante el cual se está produciendo la fusión del hidrógeno en su interior.

Las estrellas recién formadas están asociadas espacialmente con las nubes moleculares, a partir de cuyo material se han formado. Esto se debe a que las estrellas, excepto en casos ex-

cepcionales, se mantienen prácticamente inmóviles respecto al entorno que las vio nacer. Este postulado está corroborado por las observaciones astronómicas, y es sobre todo cierto para las estrellas de gran masa. La razón estriba en que al ser relativamente corta la vida de estas estrellas, no tienen tiempo de abandonar la nube molecular, su material «placentario». Para las estrellas de menor masa y con vida muy larga esto no se cumple.

Las nebulosas galácticas

Pero concentrémonos a partir de aquí en las estrellas cuya masa es mayor de 30 masas solares. La luminosidad total de estas estrellas varía entre mil y un millón de veces la luminosidad del Sol, sus radios oscilan entre 4 y 15 veces el radio solar y la temperatura en la superficie estelar se halla en el rango de 20.000 a 50.000 grados. Para poder formarse una idea aproximada de lo que estos números significan, es útil citar explícitamente los valores de estas cantidades en el Sol: la luminosidad es $3{,}8 \times 10^{33}$ ergios por segundo, el radio tiene 700 millones de metros y la temperatura en la superficie solar es de unos 6.000 grados.

En el apartado anterior hemos visto cómo a partir del núcleo, de la protoestrella en definitiva, se ha formado una nueva estrella. Pero, ¿qué ha ocurrido mientras tanto con la envoltura, con la *cocoon?* Un primer efecto, como consecuencia de la formación de la estrella, es la detención de la contracción gravitacional de la envoltura. ¿Se produce algún otro efecto físico observable? Recordemos que nos estamos refiriendo exclusivamente a las estrellas con masas mayores que 30 veces la del Sol; en las estrellas menos masivas ocurren otros fenómenos diferentes a los que vamos a ver a continuación.

Las estrellas masivas, con temperaturas superficiales muy elevadas, emiten la mayor parte de su energía en el ultravioleta lejano (longitudes de onda menores que 1 diezmilésima de milímetro). Por ejemplo, una estrella con una temperatura de 50.000 grados emite aproximadamente el 70 por 100 de su energía en estas longitudes de onda. La envoltura, recordémoslo, está compuesta principalmente de hidrógeno (un 90 por 100 aproximadamente), de helio (casi un 10 por 100) y el resto en forma de átomos de otros elementos, moléculas y polvo cósmico. Pues bien, la energía emitida por la estrella es capaz de ionizar un gran volumen de hidrógeno, es decir, del material de la envoltura. Este volumen de gas ionizado alrededor de la estrella se llama esfera de Strömgren, en honor a que fue este astrofísico quien formuló por primera vez los mecanismos involucrados. Cuando la densidad de gas ionizado es suficientemente alta, éste se vuelve brillante y puede ser observado con las técnicas astronómicas. Este gas luminoso es el que se observa y el que caracterizamos con el nombre de nebulosas. Pero expliquemos los procesos físicos que aquí ocurren algo más detalladamente.

El átomo de hidrógeno consta de un núcleo, compuesto únicamente por un protón, y de un electrón. Ambos, el protón y el electrón, están unidos energéticamente. Sin embargo, las posiciones que ocupa el electrón alrededor del núcleo atómico no pueden ser cualesquiera, sino que están cuantificadas. Estas posiciones se llaman niveles de energía. Cuando incide luz con energía suficiente sobre un átomo, la unión entre el protón y el electrón se rompe; decimos que el hidrógeno se ha ionizado. En las nebulosas ocurre exactamente este proceso. La luz emitida por las estrellas muy calientes posee la energía suficiente para ionizar una gran cantidad de átomos de hidrógeno, creándose lo que se llama una región de hidrógeno ionizado o región HII. Estas regiones constan, por tanto, de un gas en el que conviven muchos núcleos de hidrógeno, protones, con muchos electrones moviéndose libremente en el espacio. Cuando un electrón pasa cerca de un núcleo, éste puede atraparle y el electrón se sitúa en alguno de los niveles de energía permitidos; después irá cayendo muy rápidamente hasta



Telescopio de 200 pulgadas.

Foto nocturna de la cúpula y el telescopio de 200 pulgadas (508 centímetros) con el que está equipado el observatorio astronómico de Mount Wilson, California, EE. UU. Un aparato de similares características también puede encontrarse en el observatorio de Monte Palomar, perteneciente, como el anterior, a la prestigiosa universidad californiana de Berkeley. Los telescopios captan los rayos emitidos por cuerpos lejanos. Su intensidad luminosa está determinada por su apertura, es decir, el diámetro de su espejo principal. Su poder de resolución o capacidad para captar nítidamente los objetos observados va aumentando con el diámetro de las lentes. Pero resulta muy difícil —y caro— fabricar lentes de esos tamaños que sean perfectos ópticamente. Para construir la lente de 3,5 metros del observatorio de Calar Alto (Almería), los alemanes fundieron 40 Tm de cristal purísimo a 2.000 grados centígrados y obtuvieron una pieza bruta de 18 toneladas, que fue enfriada poco a poco, de forma controlada, durante 500 días. Posteriormente, su moldeado, curvatura y pulido ocupó 4 años de pruebas y rectificaciones.

El doctor Bernard Lovell, de pie, observa las evoluciones de la nave Pioner V.

Arriba, el astrónomo británico sir Bernard Lovell, de pie, observa con el radiotelescopio gigante de Jodrell Bank (Reino Unido) la evolución en el espacio de la nave norteamericana Pioner V, *en su viaje de exploración hacia el planeta Venus, en el que recorrerá 48 millones de kilómetros. Al fondo puede verse la pantalla del inmenso y sofisticado aparato. Abajo, radiotelescopios astronómicos pertenecientes a la Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad británica de Cambridge.*



Radiotelescopios del observatorio de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Cambridge.

ocupar la posición de menor energía. En todos estos procesos —movimiento de los electrones libres, captura por un núcleo y posterior caída— se produce una emisión de luz, luz que nosotros observamos en forma difusa y que constituye la nebulosa.

Con ayuda de la teoría formulada por Strömgren, y los perfeccionamientos posteriores, la interpretación de las observaciones astronómicas nos permiten obtener una imagen bastante fidedigna de estos objetos celestes tan espectaculares. Magnitudes como la edad, masa, composición química, etc., se pueden determinar analizando la luz que emiten las nebulosas en el ultravioleta, visible, infrarrojo o radio. Además, estas mismas observaciones nos permiten sacar importantes conclusiones sobre las estrellas que ionizan el gas, ya que según sea la temperatura de la estrella o según sea el número de éstas, las características de las nebulosas son distintas.

Estamos, por tanto, en condiciones de dar una definición muy simple de las nebulosas: son los restos de gas de la nube original y que son ionizados por las estrellas jóvenes y muy calientes.

Realmente, la situación y la naturaleza de las nebulosas es algo más complicado, como siempre. Un elemento de complicación es el ya citado polvo cósmico; su presencia introduce importantes modificaciones en el esquema superficial que acabamos de diseñar. Por un lado, una parte de la energía de la estrella puede ser absorbida y dispersada por el polvo, en lugar de por el gas. Por otro lado, ambos, gas y polvo, están mezclados, absorbiendo también este último parte de la luz emitida por el gas. Si la cantidad de polvo es muy grande, hecho que ocurre en las nebulosas muy jóvenes, su presencia puede impedir que éstas sean observadas en la luz visible. El polvo afecta el intercambio de energía entre la estrella y el gas, y es el causante, aunque no siempre, de la forma irregular que tienen las nebulosas e incluso de que no sean detectables en el óptico.

Presente y perspectivas futuras

Actualmente podemos decir que el marco teórico de la física de las regiones de hidrógeno ionizado nos suministra una explicación satisfactoria de la naturaleza de estas regiones, si bien la teoría necesita algún desarrollo en temas puntuales. En los últimos años, sin embargo, las observaciones astronómicas han revelado la importancia de otros fenómenos físicos en algunas nebulosas, fenómenos que no son explicables en el marco de la teoría formulada inicialmente por Strömgren, sino que van más lejos. Las observaciones muestran que la ionización del gas se produce como resultado del viento estelar y de las ondas de choque, mientras que la energía emitida por la estrella tiene una importancia secundaria.

Observacionalmente, estos efectos se revelan como chorros de gas muy energéticos, que escapan en la dirección de los polos de la estrella, mientras que el ecuador estelar parece estar rodeado de un anillo o disco muy denso de gas y polvo, el cual impide ver la estrella central. Este anillo es un lugar apropiado para la formación de sistemas planetarios.

El rápido desarrollo de las técnicas de observación en astronomía, y las perspectivas existentes para un futuro inmediato, permiten ser optimistas en cuanto a nuevos y excitantes descubrimientos en este campo de la ciencia del universo. Con toda seguridad, los observatorios de Calar Alto en Almería y del Roque de los Muchachos en la isla de La Palma, sin olvidar el radiotelescopio del Pico Veleta en Granada, aportarán importantes resultados. Por fin, la astronomía realizada desde plataformas espaciales promete ser un manantial abundante de información astronómica. Hoy en día, los astrónomos infrarrojos esperamos con verdadera impaciencia la publicación de los resultados observacionales del satélite artificial IRAS (Infrared Astronomical Satellite), el cual llevaba a bordo un telescopio de infrarrojos y estuvo volando durante gran parte de 1983. En total, IRAS ha detectado más de 200.000 fuentes. En cuanto al futuro, y por citar un único ejemplo, la Agencia Espacial Europea (ESA) está desarrollando otro satélite de infrarrojos, ISO (Infrared Space Observatory), que será lanzado en la década de los noventa; los descubrimientos que se esperan de ISO serán, sin miedo a exagerar, revolucionarios en la astronomía.

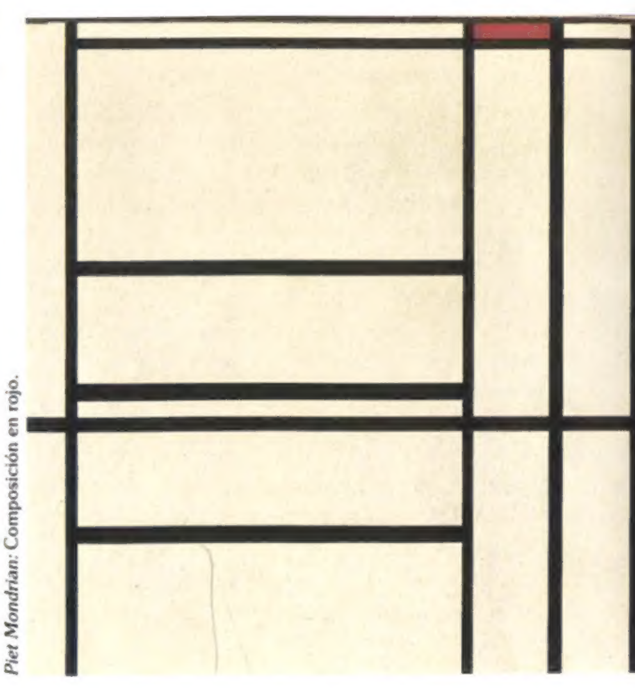
Nota final

Este artículo ha estado centrado en el nacimiento de las estrellas y en las nebulosas relacionadas con las estrellas de gran masa. Existen en el cielo otros objetos con aspecto nebuloso y difuso. Me estoy refiriendo a las galaxias, nebulosas planetarias, remanentes de supernova y nebulosas de reflexión. Sin embargo, tratar de explicar con algún detalle cada uno de estos tipos sería demasiado largo y ocuparía un espacio muy amplio. Otra vez será.

C. E.

La astronomía moderna, en cualquiera de sus ramas especializadas, es heredera directa de los primeros hombres que decidieron mirar hacia lo alto. Caldeos, egipcios, chinos, mayas y aztecas iniciaron la observación del universo en una mezcla de ciencia rudimentaria (astronomía primitiva) y arte adivinatorio (astrología) que todavía sigue utilizándose. Los astrólogos continúan determinando la supuesta influencia de los astros en los acontecimientos terrestres y en la conducta de las personas. Para ellos las estrellas del cielo están divididas y colocadas en 12 «casas», los signos del Zodíaco, a los que cada persona se adscribe según la fecha y hora de su nacimiento, lo que constituye su «carta astral». La astronomía como ciencia experimental moderna se institucionaliza en el Renacimiento (Copérnico, Kepler, Tycho Brahe, Galileo) y continúa en el siglo XX, período en el que también se multiplican las posibilidades técnicas de observación del universo. Pero el hombre sólo conoce un poco del gran misterio, y la frontera de lo desconocido se ensancha a la par que aumenta el círculo de su conocimiento. Continúan las preguntas y los interrogantes. El dibujo de un mapa del cielo, obra iniciada internacionalmente en 1887, todavía está por concluir. Es muy difícil contar las estrellas que adornan la cúpula celeste.


Henry Moore: Prisionero español.


Piet Mondrian: Composición en rojo.

Política Internacional

Las tropas nacionalistas entran en Barcelona. A las dos semanas llegan a la frontera francesa.
Con la toma de Madrid se pone fin a la Guerra Civil española.
Francia, Inglaterra y Estados Unidos reconocen el gobierno de Franco.
El ejército alemán invade Checoslovaquia, que se convierte en protectorado germano.
Hitler intenta anexionarse la ciudad libre de Danzig en Polonia, Francia y Gran Bretaña se comprometen a apoyar a Polonia.
Italia invade Albania. El rey Zogú se exilia en Grecia, y Víctor Manuel III es proclamado rey de Albania.
Pacto de no agresión germano-soviético.
Adolf Hitler y Benito Mussolini firman el Pacto de Acero con el compromiso de ayuda política y militar durante diez años.
Alemania invade Polonia.
Francia y Gran Bretaña declaran la guerra a Alemania. Empieza la Segunda Guerra Mundial.
La Unión Soviética invade Finlandia.
Estados Unidos se declara neutral.
Philippe Pétain es nombrado embajador de Francia en España.
La Unión Soviética ataca Polonia. El gobierno polaco se traslada a Rumania.
Rendición de Polonia. Rusia y Alemania se reparten el país.
Conferencia panamericana en Panamá donde se declara la neutralidad de los estados americanos.

Sociedad

Muere Sigmund Freud.
Muere el papa Pío XI. Le sucede el cardenal Eugenio Pacelli con el nombre de Pío XII.
El gobierno alemán cierra las escuelas superiores y universidades polacas con el fin de erradicar a los intelectuales.
El ministro italiano de Asuntos Exteriores, conde Ciano, visita oficialmente España.

Economía

Hjalmar Schacht es destituido como presidente de la Banca del Reich.
Estados Unidos aplica la condición Cash and carry *para la venta de armas a los países beligerantes.*
Jan Tinbergen publica Estudio estadístico de las teorías del ciclo económico.

Ciencia y tecnología

La compañía aérea Pan-American inicia sus vuelos regulares entre Europa y Norteamérica.
Descubrimiento del factor sanguíneo RH en Estados Unidos.
Producción de penicilina en Gran Bretaña.
Francia experimenta la siembra artificial de nubes para producir lluvia artificial.
P. Karrer aísla la vitamina K.
El químico suizo Paul H. Müller descubre las propiedades insecticidas del DDT.

Sucesos

En la batalla del Río de la Plata los británicos cercan al acorazado alemán Graf Spee. *El comandante de la nave manda que sea hundido por la tripulación.*
Graves terremotos en Chile (40.000 muertos) y en Turquía (23.000 muertos).



Antonio Machado. Ateneo de Madrid.

1939

CRONOLOGIA



El presidente del Reichbank, doctor Hjalmar Schacht, entrevistado por Gordon Lennox.

Literatura

Frans E. Sillanpää, premio Nobel.
Edmund Husserl: Experiencia y juicio *(obra póstuma).*
John Steinbeck: Las uvas de la ira.
Thomas Mann: Carlota en Weimar.
James Joyce: Finnegan's wake.
Antonio Buero Vallejo: Poemas humanos.
Richard Llewellyn: Qué verde era mi valle.
José Gorostiza: Muerte sin fin.
André Gide: Diario.
Muere Antonio Machado.

Cine

Jean Renoir: Las reglas del juego.
Victor Fleming: Lo que el viento se llevó.
John Ford: La diligencia.
Walt Disney: Pinocho.
Oscar de Hollywood al mejor intérprete masculino a Robert Donat por Adiós, Mr. Chips, *y a la mejor actriz a Vivien Leigh por* Lo que el viento se llevó.

Teatro

Thomas S. Eliot: Reunión familiar.
Bertolt Brecht: Terror y miseria del Tercer Reich.

Música

Carl Orff: La luna.
Sergei Prokofiev: Alexander Nevski.
Joaquín Rodrigo: Concierto de Aranjuez.
William T. Walton: Concierto para violín.
Anton von Webern: Cantata n.° 1, *Op. 29.*

Pintura y escultura

Piet Mondrian: Composición en rojo.
Vassili Kandinski: Ambigüedad.
Pablo Picasso: Pesca nocturna en Antibes.
Joan Miró: Constelaciones.
Paul Klee: Conquista de la montaña.
Willy Baumeister: Eidos V.
Henry Moore: Prisionero español.

Arquitectura

Ludwig Mies van der Rohe: Instituto de Tecnología, *Chicago, Illinois.*
Richard J. Neutra: Berger House, *Hollywood.*
Frank Lloyd Wright: Rosenbaum House, *Florence, Alabama.*
Oscar Niemeyer: Pabellón brasileño, *Nueva York.*
Walter Gropius: Pabellón de Pensilvania, *Nueva York.*